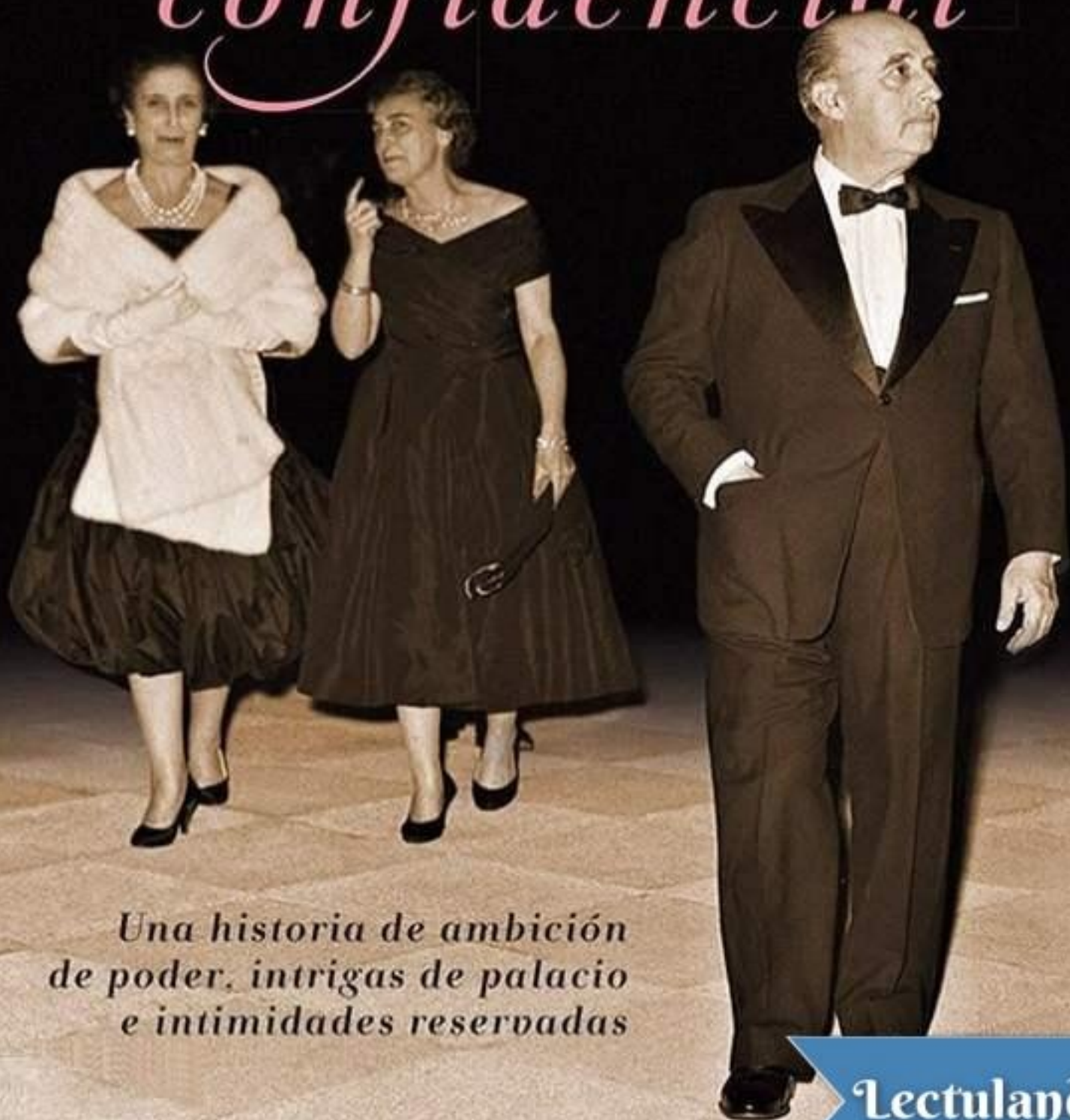


Pilar Eyre

FRANCO

confidencial



*Una historia de ambición
de poder, intrigas de palacio
e intimidades reservadas*

Lectulandia

Pilar Eyre, con su inimitable estilo, no ahorra detalles de los aspectos más ocultos de la vida de Franco. De su infancia tormentosa, llena de complejos, a la sombra de un padre alcoholizado que atemorizaba a la familia. De sus secretos de alcoba con Carmen Polo, una mujer puritana y de fuerte carácter, que crió a la hija de ambos en un ambiente de reclusión. De las tensas relaciones entre Franco y don Juan. Y, desde luego, de la sin duda cordial relación entre el Caudillo y los entonces príncipes Juan Carlos y Sofía. Los celos que despertó en Carmen Polo la «especial relación» de Eva Perón con su marido; la historia de amor adúltera de Ramón Serrano Súñer, «el Cuñadísimo», con una de las aristócratas más bellas de España; la debilidad de Franco por Luis Miguel Dominguín, al que se lo perdonó todo, incluso que se relacionara con una de sus primas, veinte años menor que él...

Lectulandia

Pilar Eyre

Franco confidencial

ePub r1.1

Titivillus 16.06.15

Título original: *Franco confidencial*

Pilar Eyre, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hermana
Georgina

1

—¡Paquito! ¡Rapaz del demonio!

Se abre de golpe la puerta del caserón de la calle de María y una ráfaga violenta de viento húmedo empuja hacia dentro a un hombre alto, de grandes bigotes blancos lacios por la lluvia, que anda desarbolado y tambaleante dando voces:

—Paquito, ¿dónde estás?

Paquito oye a su padre, pero solo se estremecen las puntas de sus orejas, agudas como las de una liebre. Está en su cuarto con los ojos fijos en su cuaderno, con las piernas colgando de la silla y los calcetines sucios caídos sobre los delgadísimos tobillos. Tan concentrado que saca medio centímetro de lengua mientras traza cuidadosamente una línea, el tallo de una flor, un edelweiss, que solo ha visto en los libros. Mueve los labios, pero no reza, ¡canta!, las coplas aldeanas que le ha escuchado a la criada:

*Polo río abaixo
vai unha troita de pé, corre que te corre
quen a puidera coller.*

El bramido de su padre llega mezclado con las sirenas de los buques y la furia del vendaval que golpea la costa:

—¡Paquito! ¡Te mato, Paquito!

A Paquito no le tiembla el pulso; ahora dibuja sobre la flor diminutas gotas de rocío sin dejar de cantar la misma estrofa una y otra vez, mientras calcula cuánto tiempo tardará su padre en llegar a su habitación. Y si podrá acabar el edelweiss. Y dónde recibirá los golpes ahora. Y si alguna vez lo matará. Se le seca la garganta, le arde el estómago y sus mejillas toman la lividez de un cadáver.

*Polo río abaixo
vai unha troita de pé.*

—¡Paquito!

De los canalillos de las tejas caen al suelo chorros de agua, y pasan sombras negras, inclinadas, por la calle, y todo huele a crimen.

Con el hombre entra el olor a tabaco, a alcohol, a tormenta, a miedo.

Nicolás Franco Salgado-Araujo, que en este año, 1899, ha cumplido cuarenta y

cuatro, manotea como si estuviera intentando salir a brazadas de la misma ría de El Ferrol, él, que aun siendo marino nunca ha aprendido a nadar. Y es que trata de sacarse al mismo tiempo de encima el empapado gabán y a su mujer, que intenta abrazarlo para impedirle llegar hasta Paquito. La mujer lo suelta un momento para empujar la puerta y dejar la tormenta afuera, y el hombre aprovecha para darle un empujón. Pilar, embarazada de ocho meses, va a parar contra el perchero del recibidor y se lleva la mano a un costado. Aun así le suplica:

—Nicolás, deja al niño. —Señala a la cocina, de donde llega el olor grasiento del caldo—. Te pongo el tocino con el pan centeno y una taza de ribeiro en el comedor. ¡Soledad, lleva la bandeja para el señorito!

Su marido la empuja a un lado con la mirada fija en el final del pasillo, donde está la habitación de Paquito.

—Déjate de caldo y tráeme la correa, que le voy a dar unos azotes a ese desgraciado, ¡le voy a arrancar la piel a tiras! ¡Hasta los primos de la Puente se ríen de él y dicen que es marica! ¡Paquito!

Pilar, muerta de miedo, invoca el escándalo alargando las vocales en el dulce acento de su tierra:

—Nicolás, Nicolasiño. ¿Qué dirán los criados? ¿Y los vecinos?

Los criados son la criada traída de la aldea, Soledad, que no cobra desde hace dos meses, y los vecinos, la tía Gildita, que, acostumbrada a los gritos de su hermano, continúa bordando espaldares para todas las butacas de la casa a la amarillenta luz de un candil en la galería acristalada, mientras dice para sí misma:

—Menos mal que no me he casado; los hombres son cosa mala, sucios, animales, borrachos. ¡Pobre Pilar! ¡Es una santa! Yo no estoy hecha de su madera y lo mandaba a tomar por *cu*. Ay, si el difuntiño viera todo esto.

Porque la tía Gildita cuando habla a solas suelta palabrotas como cabrón y cosas peores. Y el difuntiño es el padre de Nicolás y ella, de nombre Francisco, que cuidaba enfermos pobres en los hospitales y también era santo.

Nicolás va dando bandazos por el corredor, manchándose de cal las mangas del traje, con la mirada extraviada:

—¡Paquito! ¡Mamalón!

Paquito tiene siete años. Ramón, con cuatro menos que él, lo mira desde debajo de la cama de hierro con el dedo metido en la boca. La revoltosa Pilar, «Pila», entra de puntillas y silenciosamente se arrastra debajo de la cama también. ¡Los hermanos Franco saben desde muy pequeños que para hurtarse a la violencia del padre deben pasar lo más desapercibidos posible! El mayor, Colás, aguanta la respiración detrás de la puerta de su cuarto, porque sabe que si logra pasar inadvertido, Paquito hoy será la única víctima. Todavía tiene las marcas en la espalda de los últimos correazos que ha recibido por traer malas notas.

—¡Paquito!

Cada vez más cerca.

Sí. Ya está aquí

Porque el hombrón ha conseguido llegar a trompicones al cuarto de su hijo. En la puerta saca aún la petaca de aguardiente del bolsillo y se atiza un latigazo como para darse fuerzas. Tose, escupe un salivazo negro y, con voz pavorosa, ruge:

—Tú, marica, ¿qué haces?

Ramón y Pila reptan hasta pegarse contra la pared y tiran de la manta de borra hasta el suelo para que no se les vea; la madre, a espaldas del hombre, con la mano sobre el vientre abultado, trata de tranquilizarlos con un gesto y al mismo tiempo pide silencio a Paquito. El marido, contoneándose y con las córneas inyectadas en sangre, se acerca al niño y con el frasco de aguardiente le da un golpe en el hombro que casi lo hace caer de la silla.

—¿Qué haces, Paquita?

El niño levanta primero los párpados, lentamente aparecen sus ojos terribles. Ojos ya de adulto, enormes, como inmensos faros que le comen toda la cara. Blanco como el papel sobre el que dibuja, finge serenidad aunque no puede evitar que la voz se le quiebre con un gallo angustioso, fruto del pánico, cuando le contesta a su padre:

—Nada. Estoy dibujando.

El padre se acerca. Mira el papel, lo coge con rabia asesina, lo estruja y se lo tira a su hijo a la cabeza.

—Te lo voy a hacer comer... Dibujar es cosa de monjas o de maricas; tendrías que estar estudiando, como Colás. ¡Hasta Ramón es más listo que tú! ¡Hasta la muchacha es más inteligente que tú! ¡Bobo! ¡Asno!

Paquito está frente a aquella mole descomunal totalmente inmóvil, pero con los hombros contraídos aguardando el golpe inevitable. Pálido, enclenque, pone toda su fuerza en sus ojos obsesivos. En la pared se siluetea la sombra del hombre alzando la mano sobre un bulto oscuro, encogido sobre sí mismo. Los segundos pasan lentamente. Uno, dos, tres. El viento ha cesado por un momento y solo queda el sordo runrún de la lluvia y los truenos lejanos. La tensión insoportable se rompe cuando la madre se interpone entre el niño y su marido y propone con voz aguda:

—Por Dios, Nicolás, hay las rosquillas de anís que tanto te gustan, las ha traído Chinto desde Betanzos, ¿no querrás un rodaballo de la Graña? ¡De Padrón trajeron pimientos! ¡Empanada de chocos! ¡Licor café! —Y bajando el tono con toda la pasión que solo pone en sus hijos, ordena más que suplica—. Deja al chiquillo en paz...

Y con la fuerza telúrica de la mujer gallega que ha aguantado sobre sus hombros durante siglos un país desprovisto de hombres, que andaban en la emigración o en la guerra, lo va sacando casi en brazos de la exigua habitación, y aún puede hacerle a escondidas a su hijo una fugaz caricia en la mejilla helada. El marido va mascullando, ya vencida la furia, con un barboteo de autocompasión:

—¿Qué he hecho yo para tener este castigo? Toda la vida trabajando, deslomándome por vosotros. ¿Por qué me casé, por qué?

Aún se revuelve en un último ataque de furia contra Pilar:

—¡Y a saber lo que harás tú mientras yo estoy en el casino distrayéndome como todos los hombres! Tengo derecho, ¿no?

Y se pone a farfullar con la falta de lógica propia de los alcoholizados:

—Santurrona, beata, meapilas... por eso tengo que irme de putas. ¡Me obligas tú! No me das lo que me merezco...

Lloriquea de pena por sí mismo y da unos suspiros de conmiseración que le parten el pecho:

—Cualquier fulana me da más cariño que tú. ¡Nadie me quiere en esta casa!

Pilar, pasado su momento de cólera, intenta ahora razonar con mansedumbre en una letanía repetida cientos de veces:

—Todos te respetamos, Nicolás; yo te quiero...

Aquí vuelve a encrespase el hombre:

—¿Querer? ¡Tú no sabes cómo quieren las mujeres de verdad! ¡Las mulatas, las filipinas! —Se desase de ella y con las manos traza una curva voluptuosa en el aire—. ¡Eso son mujeres y no tú! Conchita me quería más con la uña de su dedo meñique, eso que solo tenía catorce años, que tú toda entera... Y el hijo que tuve con ella, ¡que ni siquiera me conoce!, seguro que me respeta más que estos hijos de tal que no sé de quién son.

A pesar del cansancio acumulado, de los interminables años de vejaciones e insultos, la mujer aún intenta contemporizar:

—Nicolás, qué cosas tienes, no sabes lo que dices...

Su marido la imita aflautando la voz:

—No sabes lo que dices... La señorita de Baamonde y de Andrade... Te llevas a la más guapa de El Ferrol... Señoritinga *da merda* y del pan *pringao*, eso eres tú. ¡Caí como un pipiolo en tus redes! ¡Tanto mundo, tanta hembra para qué! ¡Para venir a parar en esto!

Y hace un ademán ampuloso abarcando a su mujer, la tormenta incansable que ahora vuelve a despertarse estrellándose contra la casa, abarcando El Ferrol y sus 20.000 habitantes, la ría, Galicia y hasta España entera, también culpable:

—¡No hace ni un año que hemos perdido Cuba y Filipinas! ¡Para eso me dejé la juventud allí! ¡Este país se va al carajo! ¡Cómo no voy a beber!

Los hijos oyen sus voces cada vez más amortiguadas, la de la madre complaciente y tranquilizadora:

—Sí, claro que sí, Nicolás. ¡Y tantas familias que han perdido a sus hijos! Por aquí no, ¡no vas a comer en la cocina! ¿O prefieres acostarte un ratito?

La voz del padre, desabrida a veces, gemebunda otras, olvidado ya de sus hijos, continúa:

—Sí, ya sé que quieres que me acueste, para irte a rezar... ¿Cómo se llama esa virgen que te gusta? Chamorro o Chamorra, ¿no? —La mujer se persigna, horrorizada por la herejía—. Que te acompañe Paquita, ¡si hasta tiene voz de niña! Si

es más chico Pila que él... Será más hombre Pila que él...

La madre, sin enfadarse, explica una vez más que si Paquito tiene la voz de niña es por su sinusitis, no respira bien por la nariz y tiene el tabique desviado, ya se lo ha dicho el doctor Díaz, pero su marido se desentiende:

—A mí qué me importa, esas son cosas de mujeres... no quiero comer... me voy a la cama.

Se vuelven a oír los zapatones, que hacen crujir el suelo de madera de castaño que se limpia con arena que se trae de la playa; se da un golpe al entrar en la habitación y tropezar con la puerta:

—Quién ha puesto esta puerta aquí. —Otro golpe con la cómoda—. Coño, cambiáis los muebles de sitio todos los días... será cosa de meigas. Mujer, sácame las botas...

A pesar de todo, a Pilar aún le pueden las preocupaciones domésticas, y protesta:

—¡La colcha! Espera, Nicolás. ¡La colcha! ¡Que quito la colcha!

La colcha la ha tejido a ganchillo durante dos años la tía Gildita, que desde entonces tiene que llevar lentes, y está hecha con un hilo tan fino como una tela de araña que se ha mandado traer de La Coruña. Por las noches, a la salida de la escuelita de doña Aurora, Paquito se sentaba delante de ella con la madeja alrededor de las muñecas, y mientras movía los brazos lentamente la tía iba formando un ovillo esponjoso que guardaba en una cesta al lado de la mecedora.

A Paquito lo quiere más que a sus hermanos, porque es su ahijado. La tía Gildita le cuenta historias de aparecidos, de buques fantasmas y de la Santa Compañía.

El hombre aún extrae de su interior agostado las últimas gotas de mala leche:

—La colcha, la colcha; es para lo único que sirve esta cama, ¡para ponerle la colcha! —Mira con rencor la barriga hinchada de su mujer—. ¡Si cada vez que te toco te quedas preñada! ¡Menuda ganancia!

Y otra vez vuelve a los gritos en el idioma de su infancia, invocando a la amante que ha dejado en Filipinas:

—Concha, Concha, *pobriña, te dexe co neno no ventre, ¡perdona, perliña!*

Se oye el peso muerto de un cuerpo cayendo sobre el colchón, y cuando parece que al fin llega la tranquilidad a la casa, se levanta en la noche, compitiendo con la lluvia que teclea ruidosamente sobre el tejado de cinc, siempre la misma habanera entre toses y quejidos:

Ay, qué placer sentía yo,

cuando en la playa sacó el pañuelo y me saludó. Luego después vino hacia mí, me dio un abrazo y en aquel acto, creí morir.

Las últimas palabras apenas se oyen ya:

... creí morir...

Las ráfagas de viento traen hasta la casa el lejano silbido de los hilos del telégrafo, parece que cesa la lluvia, pero repentinamente golpea contra los cristales de las ventanas un fuerte aguacero. Se oye el chirrido de la barra de hierro que la

muchacha ajusta sobre la puerta y el ruido de sus zuecos claveteados subiendo a la buhardilla donde está su cuarto. Paquito saca una hoja nueva de su carpeta, traza la curva de un pájaro exótico, borrando aquí con miga de pan, rascando allí con una cuchilla, empleando a fondo un carboncillo para hacer sombras, hasta que el hermano mayor, Colás, entra en la habitación. Los dos pequeños siguen debajo de la cama mirándolo todo como si estuvieran en el teatro. Colás, de ocho años, alto, tan parecido al padre. Jactancioso, ensaya una sonrisa y señala con el pulgar el pasillo, de donde surgen ya los ronquidos paternos, decretando con condescendencia:

—Ahora a él ya se le ha olvidado todo.

Levanta los ojos Paquito, ojos aterradores, de viejo, y le dice a su hermano:

—¡Pero a mí no!

Ahora sí se detiene la lluvia. El viento turbulento y otoñal vuelve a arreciar y una contraventana golpea en algún lugar de la casa con sonido de cañonazo. Y aquel niño frágil y endeble levanta el puño al cielo y le dice al mundo en un susurro enronquecido que pone electricidad en el aire y hace estremecerse a sus hermanos con un escalofrío premonitorio:

—¡Algún día me lo pagaréis!

2. PAQUITO (1892-1907)

Todos los antepasados de Francisco Franco fueron mujeriegos y marinos y estuvieron algo locos. Desde el siglo xvii residieron en un pequeño pueblo de pescadores convertido en base naval llamado Ferrol, a diecinueve kilómetros de La Coruña por una carretera endemoniada que pocos se atrevían a recorrer. Por mar la travesía era todavía más peligrosa, pues había que cruzar la Marola y El Seijo Blanco, donde se decía que las sirenas atraían a los barcos al fondo del mar. Los viejos marineros advertían a los jóvenes mientras chupaban sus pipas de espuma en la taberna:

—¡El que pasa La Marola pasa la mar toda!

El bisabuelo paterno, que era bajito como todos los Franco y lucía bigotazos enhiestos e insolentes, luchó en la Cochinchina en una guerra absurda y encarnizada que le dejó varias cicatrices en el cuerpo e incluso un trozo de metralla incrustado en una pierna, alcanzó el grado de teniente coronel, casó tres veces y tuvo quince hijos. Uno de ellos, Francisco, se casó a los diecinueve años con una mujer de treinta, edad avanzada para la época, que solo tuvo tiempo de tener tres hijos antes de expirar, ¡y los tres le salieron excéntricos! El pequeño, algo trastornado, murió muy joven; la chica, Gildita, se quedó soltera y padecía lo que hoy diagnosticaríamos como síndrome de Diógenes: recogía basura por la calle, hurtaba en casa de sus parientes desde trozos de pan seco hasta hilos de coser, juraba como un carretero, fumaba puros y aun así era inteligente, imaginativa y muy culta. El mayor se llamaba Nicolás: fue el padre de Paquito. Francisco Franco Baamonde. ¡El peor padre que podría caerle al que iba a regir los destinos de nuestro país durante cuarenta años!

La madre era una señorita bien, Pilar Baamonde y Pardo de Andrade, de familia hidalga de linaje algo anémico, porque solo tenía una hermana, y con una madre anodina a la que no se menciona en ninguna crónica. Poseían un capitalito en el banco, casas en El Ferrol y algunas fincas con colonos que pagaban o bien un tributo miserable o bien los cada año más menguados productos de la matanza allá en el mes de noviembre.

La misma Pilar iba de jovencita a cobrar este «fuero» a El Cucheiro, en la parroquia de San Esteban de Sedes, y era recibida siempre con idéntica charlatanería en aquellas casuchas en las que la *lareira* quemaba piñas y tojos para cocer interminablemente el oloroso caldo:

—Pero, señorita Pilarita, cómo les vamos a pagar si nuestros hijos comen piedras mismamente...

Cuando la hidalga argüía con timidez que algo se cocía en aquella olla perpetuamente en marcha, la campesina la tapaba con su enorme corpachón y decía:

—Ay, pobriña, si es la comida de los cerdos... si comen mejor que nosotros para que lo que les enviamos tenga buena presencia...

Lo que les enviaban era una ristra de chorizos llenos de nervios que apenas podían masticarse y un trozo de unto rancio que, cuando cometían el error de meterlo en el caldo de la casa de Ferrol, provocaba en la exigua familia diarreas sin fin. Pero aun así Pilar se sentía avergonzada por su egoísmo y declinaba el obsequio futuro echando mano del gallego que había aprendido con su niñera, aunque el padre la reñía cada vez que lo utilizaba porque decía que las señoritas que hablaban en gallego no se casaban:

- *Pois este ano* no envíen nada, no lo vendan, eh, que sea para los rapaces...

La mujer llamaba a toda la familia para que se hincase de hinojos a los pies de Pilar con el fin de besar sus delicados zapatos, ya llenos de bosta de vaca porque había venido caminando por las lóbregas corredoiras, y la muchacha trataba de rechazar el homenaje con las mejillas enrojecidas:

—Por Dios, Maruxa, qué apuro, dejen, eso solo se hace con la Virgen, ¡la abuela no, por favor! ¡Maruxa, no permita que su madre se arrodille!

Pero ya la mujerona gritaba con un ulular que estremecía los castaños y los olmos:

—¿Pues qué es usted? ¡Una santa y una virgen! ¡Cien madres que yo tuviera las haría arrodillarse delante de la señorita de Andrade!

Se oía acercarse el traqueteo de los carros llenos de heno tirados por bueyes que volvían al establo, y la familia se levantaba del duro suelo donde estaba postrada para descargarlos, aún gritando a coro a todo el vecindario, que salía curioso a la puerta de las casas:

—Es una santa, la señorita Pilar de los de Andrade es una santiña... Merécese estar en los altares...

Luego el padre la reñía porque los campesinos de El Cucheiro tenían más dinero que ellos, y terminaba siempre diciéndole:

—Es que de tan buena que eres pareces boba.

Pilar suspiraba, ¡lo que hubiera dado ella por tener carácter y plantar cara al lucero del alba! Y le ocultaba al padre severo pero cariñoso que no solamente le había perdonado el tributo a los aldeanos, sino que les había entregado las escasas pesetas que llevaba en su bolso para que les compraran zuecos a los hijos y aun un pañolón de seda rameada que Maruxa le había pedido para ir a la romería de la Virxen de Chamorro.

Como los Franco, los varones de la familia de Pilar también se dedicaban a la marina, aunque en la rama de intendencia, actividad que estaba bien si la comparamos con la de los comerciantes, pero que no lo estaba tanto en comparación con la de los marinos de verdad, los que se embarcaban y eran condecorados con gran fanfarria por hechos de armas.

De Ferrol y de familia de marinos, no había que ser adivino para vaticinar a qué profesión se iban a dedicar los frutos masculinos de ese matrimonio que llegaría a ser tan desgraciado. A las niñas daba un poco igual cómo se las educara: les tocaba

aprender a leer, las cuatro reglas, esbozar quizás un vals en el piano, bordar el ajuar y la canastilla de los futuros hijos y casarse, con un marino, por supuesto. Mucho más tarde la sobrina de Franco declaró que:

—La sociedad ferrolana era tan cerrada que nos prohibían jugar con niños que no fueran hijos de marinos. ¡El padre de Amalita tenía una fábrica de chocolate y cuando nos veían saltar a la cuerda con ella, nos hacían entrar en casa a bofetadas!

Aun así, Pilar siempre decía:

—Me hubiera gustado estudiar para maestra.

Y cada vez que se lo mencionaba a su padre, este se reía bondadosamente, como si su hija le hubiera dicho:

—Quiero ser trapecionista de circo.

Nicolás Franco apareció un día en Ferrol, con la piel quemada por el sol filipino. Llevaba un sombrero jipi cuando iba de paisano, y unas patillas largas que le daban un aire extranjero. A Pilar se lo dijo una vecina:

—Ha vuelto Nicolás Franco, ha muerto su padre el general y él ha venido a hacerse cargo de la casa que heredó, la de la calle María. ¡Lo han destinado aquí como capitán!

—¿Sigue soltero? —pregunta Pilar con cierto interés porque ella todavía no se ha casado y el panorama de chicos convenientes cada vez es más exiguo.

—¡Soltero, no, solterón! Está todo el día en el casino y en La Cubana. ¡Dicen que en Filipinas ha tenido un hijo con una negra!

Eso a Pilar la llenaba de turbación, no sabía por qué, y esa noche soñó con el cuerpo blanco de Nicolás y el cuerpo negro de una muchacha y se despertó mojada de arriba abajo, pero más abajo que arriba. Se lo contó a su confesor, y don Daniel le dijo:

—Eso son malos pensamientos y los tienes que apartar como sea... Ponte un cilicio si es necesario. Ya te lo traeré yo.

Ferrol es una ciudad pequeña, agobiante, muy cerrada. Las mujeres permanecen todo el día en sus casas, ocultas tras los cristales de las galerías, atisbando entre los visillos los pasos de los transeúntes. Ni aun la belleza intensa del paisaje marino atenúa la tristeza mansa y dulce de la ciudad, que acogota a Nicolás, que todas las noches llega a su casa solitaria y se tiende sobre el diván preguntándose por qué puñetas ha vuelto.

La única distracción es deambular por el paseo de Herrera de siete a ocho, las señoritas como Pilar por el lado izquierdo, las «pichoneras», como allí llaman a las menestralas, las chicas cuyas familias no pertenecen a la Marina, por la derecha. ¡Ambos grupos sociales se evitan cuidadosamente! Pilar se cruza con Nicolás, que levanta el sombrero a su paso con galantería algo exótica.

—Buenas tardes.

—Muy buenas tardes.

A Pilar le gustaría contestar algo más ingenioso, pero no se le ocurre qué.

La muchacha tiene veinticuatro años. Lleva demasiado tiempo paseando por el paseo de Herrera, y pocas amigas de su edad quedan ya sin casar. ¡Y eso que es una de las bellezas de Ferrol! Aunque no es muy alta, tiene porte elegante y unos hermosos ojos color avellana que siempre están un poco húmedos. Sus amigas menos guapas dicen de ella:

—¡Es sosa!

Y es cierto, porque no sabe coquetear, no tiene esa forma de engatusar a los hombres entre maliciosa e ingenua que es patrimonio de la mujer gallega. Exhibe placidez de monja, los chicos no se atreven a requebrarla y son sus amigas más feas las que al final encuentran novio.

¡Pero Nicolás sí se atreve! Es mayor y algo coqueto, porque aunque tiene ya treinta y seis años, solo confiesa treinta y cinco. En Filipinas es cierto que ha dejado un hijo, ¡pero no de una negra, sino de una niña blanca de apenas catorce años! Lo ha reconocido y lleva su apellido, aunque nunca en su vida lo querrá ver.

Las mulatas cubanas ardientes, las delicadas filipinas con sus refinadas artes amatorias, lo han vuelto loco y lo han convertido en un hombre curtido, en un amante exigente. Cuando habla de ellas se lleva la mano en racimo a la boca y se besa la punta de los dedos:

—Aquel olor a hembra...

A veces se cree el hombre más viejo del mundo, y otras siente un fuego interior que le consume las entrañas. Piensa en Pilar como en una fuente helada que tiene que limpiarlo de arriba abajo; un manantial refrescante en el que quiere hundirse y que tal vez borrará al fin el desasosiego y la insatisfacción que lo acompañan desde que nació.

En los informes de la Armada que se conservan sobre su conducta, siempre se menciona lo mismo, «honrado, cumplidor, pero con mal carácter, con tendencia a la insubordinación, de ideas liberales». Y también, «singular aplicación, clara inteligencia y amor al Cuerpo... aunque de carácter exigente... forma de ser atrabiliaria, abierta y extravertida». Nicolás, huérfano ya, con un sueldo mediano, propietario de una buena casa y destinado en Ferrol, piensa que le ha llegado la hora de casarse. Adivina a Pilar serena, buena ama del hogar; ¡le dará hijos! ¡Una esposa sencilla y tierna! ¡Sacrificada! ¡Miel de dulzura para las cicatrices dolorosas que le han dejado sus correrías por todo el mundo!

Tampoco desdeña el que sea de una familia de la pequeña nobleza y que tenga dinero.

Pide permiso al padre, don Ladislao, para visitarla en la galería.

El hombre, aunque no muy convencido por la fama de Nicolás, consiente:

—Si va usted con buenas intenciones...

Nicolás y Pilar apenas intercambian palabra; él fuma en silencio, ella lo mira con

un poco de miedo, ¡es tan distinto de todos los chicos que conoce! Aunque conocer no conoce ninguno en realidad, solo cuando era pequeña, junto a su hermana Carmen, jugaba con sus primos a esconderse en la aldea, en las eras, y recuerda el olor a heno y sus cuerpos juntos, arrimados aunque hubiera más sitio, y la vergüenza que sintió el día en que la descubrió su madre, que le dijo con expresión severa, señalándole a una aldeana:

—¿Quieres terminar como la Sabela?

Pero nunca entendió qué tenía que ver la era, sus primos, la barriga de la Sabela y todos esos niños que corrían semidesnudos por la aldea. Cuando preguntaba por los padres, le contestaban:

—Marcharon a América.

O también:

—Fueron a la mar.

Los novios nunca están solos. A veces va don Ladislao para hablar con Nicolás de los últimos acontecimientos políticos. Hace cinco años que ha muerto Alfonso XII y Nicolás se recrea explicando delante de sus escandalizados oyentes en el casino las últimas palabras que el rey en el lecho de muerte le dirigió a su mujer, Cristina de Habsburgo, embarazada de quien sería Alfonso XIII:

—Tú, Cristinita, guarda el coño y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas.

Son los primeros ministros que se turnan en la cabecera del Estado durante la regencia de la reina Cristina mientras el «pequeño pedazo de rey», según palabras de Nicolás, se convierte en hombre y llega a la mayoría de edad.

Claro que en la recatada galería de su novia, con el futuro suegro Nicolás no habla del coño de la reina, como es natural, solo discute de política. Él es partidario del liberal Sagasta, y don Ladislao del conservador Cánovas.

—Desengañese usted, Nicolás, los liberales quieren echar otra vez a los Borbones e instaurar de nuevo la república.

Y aunque Nicolás no quiere llevarle la contraria al que será su suegro, no puede menos que mascullar:

—Eso es lo que nos gustaría a muchos.

Pilar, que lee todos los días el periódico, trata alguna vez de dar su opinión, pero su novio la corta:

—Las mujeres no entendéis de eso.

A veces a ella se le cae un ovillo de lana al suelo; Nicolás se agacha a recogerlo y sus manos se rozan, nada más.

Únicamente un día, casi de noche, estaban en el vestíbulo, ya despidiéndose. La luz se apagó, la madre fue a buscar un candil a la cocina y la hermana, que hacía de carabina, fingió distraerse con una revista. Nicolás le besó apresuradamente las manos y después la abrazó y le buscó los labios. Ella cerró los ojos y los abrió de golpe, con asombro, cuando sintió los dientes de él contra los suyos y la lengua metiéndose como una culebrilla.

La madre entró con una palmatoria y Nicolás se puso a buscar su paraguas. A Pilar se le hicieron interminables las horas hasta que llegó la noche y pudo acostarse y pasarse la mano suavemente por los labios una y otra vez, una y otra vez, como volviendo a repetir el primer beso que le habían dado en la vida.

Se casan el 24 de mayo de 1890. A las nueve de la noche. Pilar piensa que el matrimonio debe ser algo romántico, como una ilustración de una revista, un haz de luz, ella cosiendo, el marido en una butaca leyendo el periódico y fumando un puro, y un arrapiezo jugando a sus pies. En la pared una imagen del Sagrado Corazón.

Y sí, ha acertado en todo, menos en esa «fotografía» de su marido sentado apaciblemente en una butaca. Pronto se da cuenta el propio Nicolás, que no es tonto, de que en realidad no le gusta la vida de familia y que la desazón que tiene nació con él y morirá con él, ¡y que no se la va a sacar de encima por mucho que se case y su mujer sea un ángel!

Su hermana, la tía Gildita, se lo dice siempre:

—Tú eres un demonio y Pilar es un ángel. Yo soy demonia también, pero como no he encontrado a ningún ángel que me aguante, me he tenido que quedar soltera.

Sí, su mujer es un ángel. Una santa. Lo reconoció su hija Pilar de mayor: «Era muy guapa... Pasó mucho y todo lo sufrió con resignación, siempre dando ánimos a los demás, ¡era una santa!». Su sobrina Pilar Jaraiz también dijo de ella: «A su lado se respiraba paz y confianza, era nuestro remanso espiritual... Miraba con indulgencia las faltas de los inferiores, era abnegada, fiel a sus amigos y tenía un gran sentido de la dignidad». Su sobrino Pacón Franco la describía así: «Sus consejos fueron de gran valor en nuestra educación, todos la queríamos entrañablemente, ¡la única pena que teníamos es que no fue todo lo feliz que merecía!». Hasta Paquito, ya convertido en Caudillo, que solía ser muy reservado con sus sentimientos personales, reconocía delante de su médico que «el gran golpe de mi vida, ¡lo que más me ha dolido!, ha sido la muerte de mi madre». Y admitía con lágrimas en los ojos: «Todavía no me he recuperado». ¡Y habían pasado treinta años!

Nicolás rezonga:

—Sí, sí, es un ángel.

Pero un ángel que le aburre. La estrechez del Ferrol le aprieta la garganta como un dogal de hierro, se niega a ir a la iglesia, le marea ver siempre a Pilar con un rosario entre los dedos o musitando oraciones.

Una lasitud, un tedio que empezó en la misma noche de bodas que habían consumado en la alta cama, entonces todavía sin la colcha blanca tejida por la tía Gildita. Un combate desigual entre un hombre sin refinamientos eróticos, pero muy apasionado, y una mujer horrorizada por la brutalidad masculina.

Como hacían las recién casadas decentes, Pilar llevaba un casto camisón que la cubría toda. Lo había bordado ella misma, como su hermana Carmen, que lo había

estrenado también en su boda con el capitán de navío de la Marina Ricardo de la Puente.

Nicolás la miró de arriba abajo y le preguntó, sin el acento melifluo que utilizaba con ella cuando eran novios:

—¿Eso qué es?

—El camisón —contestó la mujer, bajando la mirada hacia sus pies desnudos.

—Quítatelo.

Pilar levantó los ojos enormes, asustados, hasta el rostro enrojecido de su marido. Los bigotes le temblaban, se había sacado el uniforme, estaba en calzoncillos largos, camiseta, ya se bajaba los tirantes, y seguía diciéndole en tono conminativo:

—Quítatelo, quédate desnuda, ahora eres mía, ¿a qué esperas?

Pilar se puso a tiritar, incapaz de obedecerlo, con ganas de meterse en la cama y taparse la cabeza con la manta como hacía cuando era niña y la criada la asustaba con las meigas y la Santa Compañía. Quiere enterrarse, morir, dar marcha atrás en el reloj de la vida. Pero Nicolás, mientras con una mano se quitaba los pantalones, con la otra la empujaba sobre la cama.

Ni siquiera intentó desabrochar los pequeños botones de nácar. Se oyó el crujido de la tela al arrancarla del cuerpo, y Pilar no supo lo que pasó después porque se desmayó de dolor y vergüenza.

Cada noche Pilar le rezaba a Dios para que Nicolás llegara tan cansado que se quedara dormido sin tocarla. Y Dios cada vez le hacía más caso, y al final su marido solo se acercaba a ella cuando estaba tan borracho que ni siquiera recordaba quién era:

—Guajira... *Akin mahal*...

Después, al día siguiente, cuando observaba cuidadosamente las marcas de los dedos del hombre en sus muslos, primero azules, luego violáceas, después verdosas, se estremecía como si llevara un cilicio y se abrazaba a sí misma. Pero no podía dejar de mirar a las otras mujeres con una pizca de orgullo, como si las señales fueran condecoraciones.

Francisco nació pasados treinta minutos de la medianoche del 4 de diciembre de 1892 en el mismo alto lecho en el que había sido concebido y donde había nacido su hermano Colás, año y medio mayor. La temperatura era suave para el mes de diciembre, 8 grados, pero no había dejado de diluviar desde el alba, con esa lluvia insidiosa que se colaba por todas partes como si fuera humo. Los gritos discretos que se prolongaron durante veinticuatro horas de la sufrida Pilar quedaban apagados por los cañonazos que venían de la dársena. Entre gemido y gemido, la parturienta preguntó:

—¿Ha estallado la guerra?

Se rieron. Era domingo, día de santa Bárbara, patrona de Artillería, y para

celebrar la fecha se dispararon cañones y cohetes e incluso la mujer del alcalde estrelló alguna botella de champagne contra el casco de algún buque para botarlo a la mar. En medio del griterío sensacional, del ruido estruendoso de las olas y los niños haciendo repiquetear sus carracas en los malecones ennegrecidos por el carbón mientras un grupo de traineras hacían sonar cornetas, apenas se oyó el canto lúgubre de la sirena del buque *San Francisco* que lleva a bordo 319 pasajeros, ¡la flor de la juventud gallega!, rumbo a Cuba para trabajar de braceros.

Los muchachos, recién salidos del regazo de sus madres, con el bozo infantil encima del labio y con la misma expresión inocente y confiada de las vacas que mueven la quijada interminablemente en los establos de sus aldeas, se limpian de un manotazo las lágrimas que les impiden ver la tierra adorada que se aleja, con el corazón encogido por la premonición terrible de que no regresarán. Seguramente ninguno de ellos conoce el poema que les dedicó Rosalía de Castro, ¡qué van a conocer!, ¡si ninguno sabe leer! Unos versos cargados de añoranza:

*Adios ríos; adios, fontes;
adios, regatos pequenos;
adios, vista dos meus ollos;
non sei cando nos veremos.*

Solo faltan seis años para que la Perla del Caribe deje de pertenecer a España. La mayoría de estos muchachos dejará su sangre en el campo de batalla y su cuerpo solitario reposará lejos de la «*terriña que los criou*».

Nicolás no está en casa mientras su mujer da a luz, como es natural, ¡para estos trances solo se necesitan mujeres! Después de cenar una rueda de merluza solo en el frío comedor, se ha ido al Casino Naval y ahora permanece arrellanado en un sofá mordiendo un puro Partagás, tomándose una copita de licor café y leyendo *La Integridad*, que se subtitula «periódico católico». ¡Y tan católico! En los anuncios de la última página se anuncia la «Gran sastrería de Felipe Cimadevila en Santiago, expertos en ropas talares, se hacen descuentos a párrocos mayores», se venden «catecismos para catequesis con tipografía gallega» y se recuerda que «la mejor cera pura de abejas para el culto católico está en la gran fábrica de cerería Ramón Masdeu», claro que en la lejana Barcelona, pero no importa porque el texto aclara que «los pedidos se envían con el coche de línea, solo tardan seis días».

Nicolás mastica con rabia su puro y masculla:

—¡Malditos curas! ¡Ellos son los culpables del atraso de este país!

Olvidado del trance que está pasando su mujer, ahora ríe con sarcasmo cuando lee en voz alta una noticia que atañe al papa:

—«A León XII le dolían las muelas, y dijo, nada de dentistas americanos, que me

traigan un dentista romano, y nada de empastes, que las arranquen y ya está». Manda carallo, este tío es tan burro que se cree que las muelas vuelven a crecer como si fueran pasto.

Los socios del casino, unos de uniforme, otros de paisano, aunque todos pertenecen a la Marina, fingen no oírlo y hablan entre ellos. Algunos juegan al tresillo o al dominó. El grupo que está al lado de Nicolás habla de política. Un cuarentón atezado, que acaba de volver de las islas, con aire de entendido diserta:

—Cánovas dijo que nuestros soldados aplastarán a los mambises uno a uno y que Cuba no dejará de ser nunca española. ¡Francia trata a sus colonias con mano de hierro y nosotros vamos a hacer lo mismo!

Un lechuguino de aspecto cadavérico, una flor de casino de provincias, subraya su argumento con un ademán lánguido de su cigarrillo:

—Amigos, ya está bien de imitar a los franceses en todo. ¡Si en Cataluña hacen mejor champagne que en Burdeos, y el roquefort de Asturias es mejor que el francés! Lo único que no podemos imitar son las piernas de la Frou Frou...

Todos ríen, pero Nicolás levanta la vista de su periódico y sin ambages se mete en la conversación, usando un tonillo desdeñoso en el que está casi ausente el acento gallego:

—Qué ignorantes sois, cómo se nota que no habéis viajado... Este es un país de mierda, pobretón, envidioso...

Uno hace amago de protestar, mientras los otros mueven la cabeza tratando de disuadirlo sin palabras porque conocen cómo se las gasta Nicolás. A pesar de todo, el socio intrépido intenta razonar:

—Capitán, hay que mantener las distancias con el extranjero, si no, nos comen. Mira lo que dice el periódico: «¡Evitémonos corrompemos atándonos al carro de la judería banquera gobernado por Rothschild...!».

Nicolás, ahora encendido, con los ojos llameantes, se pone en pie. No es alto, pero impresiona, porque sus bigotazos enhiestos tiemblan y su expresión ha abandonado su habitual tono sardónico para convertirse en un trémolo furioso:

—¿Judería internacional? ¿Qué patrañas son esas? ¡Ojalá tuviéramos la mitad de cerebro que tienen los judíos...! —Y agitando las inmensas páginas del diario delante de sus interlocutores, que retroceden acobardados, grita—: Mirad esta otra noticia: «Un padre intenta ponerle a su hijo el nombre de Anarquía». ¡Esto es lo que me gusta a mí! ¡Que la gente empiece a despertarse y a pensar por su cuenta! ¡Abajo Dios, reyes, papas y Galicia entera!

La barra de madera que sujeta el periódico cae al suelo con un ruido atronador, como protestando por los gritos del capitán Franco. Y aunque todos están acostumbrados a su desabrido carácter, esta vez se alza un murmullo indignado entre los socios. Hombre, gritar contra la reina y los papas está mal, contra Dios no digamos, ¡pero contra la tierra! ¡Contra la tierra de uno cuando esta tierra es Galicia! ¡Ha ido demasiado lejos!

Al fondo, un caballero anciano, un forastero que ha venido a visitar a su hijo que está estudiando en la Escuela Naval, se levanta agitando su bastón por encima de la cabeza:

—No le consiento a usted que le falte a la reina regente... un modelo de esposas y madres... Cuando el rey niño alcance su mayoría de edad...

—¡Si es que ese escuchimizado llega, que me da a mí que le quedan cuatro días! Mejor, ¡uno menos para vivir del cuento! ¡Que venga la república!

El anciano se congestiona como si fuera a darle una apoplejía:

—La república es anarquía, señor mío... Mire usted lo que ha pasado en Jerez de la Frontera con la Mano Negra; matan a los cristianos por las calles y cuelgan sus cuerpos de las farolas para que se los coman los cuervos, se beben la sangre de los niños...

Nicolás tiene un gesto de desprecio:

—Cuánto atraso, por Dios. Aquí el que se bebe la sangre de las criaturas es el rey niño porque está tísico, como su padre. —Pone voz de burla cuando dice rey niño—. ¡Los campesinos andaluces viven peor que los animales! ¡La violencia purifica! ¡Abajo el papa, el rey niño y su p... madre!

Como no ha nombrado a Galicia, esta vez los socios no protestan, solo el forastero está a punto de decir algo, pero un joven, seguramente su hijo, le toca el brazo y le susurra al oído. Nicolás, fuera de sí, grita:

—¿Qué dice usted? ¿Quiere una reparación? ¡Nombre padrinos! Yo puedo demostrar mi limpieza de sangre hasta siete generaciones por lo menos... ¡Todos marinos! ¡Y ninguno nos hemos llevado ni un real a casa! ¡Conocéis mi hoja de servicios! ¡Limpia como una patena desde que entré a los diecinueve años en la Armada!

Como todos saben que es verdad, se hace el silencio, el hombre mayor termina por sentarse y los camareros aprovechan para retirar apresuradamente las bandejas con los vasos sucios. La puerta encristalada se abre, creando una corriente de aire húmedo que disipa un tanto el humo que azulea el ambiente. Un hombre alto se quita el gabán y lo cuelga en el perchero, mete el paraguas en el paragüero y se dirige a Nicolás:

—Nicolás, he pasado por tu casa para ver cómo va lo de Pilar; ya ha dado a luz...

Es su primo Hermenegildo Franco. Nicolás parece no recordar de qué se trata, todavía inflamado por su discusión y los comentarios de los socios, que vuelven a murmurar aunque con la vista puesta en sus periódicos o en la partida. Alguno se retira porque ya es tarde.

Al final, vuelve en sí, sacude la cabeza y dice con vaguedad:

—Ah, lo de Pilar... Ya voy... Pero ¿ha nacido?

Desmañadamente su primo se acerca a él y trata de abrazarlo:

—Sí, sí, ha sido un niño... el segundo varón que tienes...

Con incomodidad, Nicolás se desase y, aún renuente, tarda en encontrar el abrigo,

recoge parsimoniosamente los guantes, el sombrero, se mete los cigarros en el bolsillo:

—Un niño... y comerá como un cabrón, claro, ¡otra boca que alimentar!

El primo ríe:

—Hombre, Nicolás, pues cómo tendría que estar yo, con once hijos, ¡Dios proveerá!

Nicolás hace un gesto como si abanicara el aire:

—Tú vete confiando y... ¿quién está allá?

—Mi mujer no ha podido ir, ya sabes que está regular... Ayer tuvo una hemoptisis. —Hermenegildo, que es también capitán de intendencia, como Nicolás, mueve la cabeza apesadumbrado, pero en honor a su primo finge rehacerse—. Está tu suegro... no se ha movido de su lado, tu cuñada Carmen, aquello estaba lleno de gente, ¡hasta tu hermana rondaba por allí! ¡Creo que estaba escondiendo las cucharillas de café en su bolso! Han mandado traer criados de casa porque no daban abasto...

Los socios fingen no escuchar nada, porque no quieren felicitar al capitán Franco, temiendo una respuesta irascible. Nicolás se enrolla la bufanda al cuello. Lentamente. Visualiza la casa llena de extraños, como si no fuera suya. Cómo le intentarán enseñar un renacuajo diciéndole que es su hijo. ¡Esperarán que se emocione y todo! ¡A él que lo dejen de hijos y de hijas! ¡Mal negocio hizo cuando se volvió a Galicia! ¡Ese frío y esa humedad que se meten en los huesos! ¡Esa gente triste que en vez de cantar llora! ¡La maldita morriña que ata al terruño e impide progresar!

¡Y donde estén aquellas mulatas!

Hermenegildo se frota las manos para entrar en calor y observa a los jugadores para ver a qué partida puede sumarse, pero aun así le pregunta a Nicolás sin fiarse del todo:

—Vas para allá, supongo... Pilar pregunta por ti. ¿Te acompaño?

Pero su primo ya sale murmurando:

—No, no... Voy solo...

Cuando cruza la puerta se levanta un murmullo entre los socios, algo amortiguado porque la presencia del primo impone, pero aun así el anciano agraviado masculla:

—O él o yo... Si está, avisadme, que no vuelvo...

Se oye la palabra expulsión, pero nadie la secunda, ¡en los anales del casino, nunca jamás se ha expulsado de la sociedad a un marino! ¡Únicamente podría hacerse si degrada al cuerpo, pero todos lo reconocen de mala gana, Nicolás es un oficial ejemplar!

La lluvia ha cesado y ahora cae ese orvallo que allí llaman calabobos; no se sabe si las gotas de agua van en horizontal o vertical, transportadas por el viento del noroeste que hace oscilar las muestras en los dinteles de los comercios y levanta del suelo un revuelo de papeles viejos. Después de la fiesta de santa Bárbara, las calles están solitarias; de vez en cuando se ve el ascua del cigarro de un carabinero que se

lleva la mano a la gorra mientras dice:

—Buenas noches nos dé Dios.

Y en las bocacalles desde las que se atisba el mar se ve la lucecita de un barco remoto cruzando las tinieblas.

Es tarde. Van a dar las dos. Nicolás pone rumbo a su casa con desgana, arrastrando los pies como si llevara una pesa de diez kilos en cada uno. Se va acercando; ahí está la plaza de Amboage. Las llamitas de gas de las farolas, no del todo extinguidas, parecen fuegos fatuos en procesión.

Sin darse cuenta, sin reflexionar, de pronto da media vuelta con un molinete de su bastón y, ahora sí, con paso rápido y juvenil dirige sus pasos en dirección opuesta. Chapotean sus pies en la humedad del suelo, las calles están enlodadas. Las casitas de los obreros parecen bultos negros al lado del camino, consteladas de eucaliptus raquíuticos. Los ojos fosforescentes de un gato lo miran desde un muro. Aparecen trozos de campo como calvas, unas matas reseca, tierra, rocas, el olor fuerte a mar y a pescado viene a ráfagas. Tras un recodo, batida por el viento, surge una casa herméticamente cerrada, que parecería abandonada si no fuera por una lucecita amarilla que tililla encima de la puerta. Nicolás golpea con el puño del bastón. La abren y por un momento, a la luz de un quinqué, se atisba un trozo de carne lechosa. Se oye el sonido de una pianola, una risa, el entrechocar de copas, olor a humo, a aguardiente y a mujer no muy limpia. Se recorta por un instante la silueta agigantada de Nicolás, negro contra la luz, y una mano invisible cierra la puerta detrás de él.

Nicolás, al final, al hijo recién nacido no le puso Anarquía, sino Francisco, el nombre del abuelo paterno. Y además Paulino, por su hermano muerto, Hermenegildo, por su madrina la tía Gildita, y Teódulo, por el santo del día. Como dijo el mismo Franco de mayor con socarronería gallega: «Menos mal que no me pusieron el nombre del otro santo del día, Bárbaro». Porque, como queda dicho más arriba, Francisco nació el día de santa Bárbara, patrona de la Artillería, sin duda una premonición para quien habría de confesar que donde se encontraba más a gusto era en medio del fragor de la batalla y con un arma en la mano.

Pero nadie podía vaticinar el alto destino que aguardaba a aquel retoño enclenque, casi raquíutico, de largas piernas desnutridas como gusanos pálidos, con la frente arrugada y expresión de viejo. Lloraba mucho.

Cuando se lo entregaron a su madre, exhausta por el largo alumbramiento, lo miró, y al verle tan feíto, tan poca cosa, tan arrugado, lo amó más que a todos. Que a su padre, su madre, su marido, ¡más que al primero, Colás, que a sus dos años parecía espabilarse solo!

Lo abrazó contra su pecho y le dijo muy bajo, para que solo él lo oyera:

—Mi Paquito, neniño. Tú no tengas miedo, que aquí está tu madre para quererte.

Le parecía que no había acabado de desprenderse el cordón que lo anudaba a ella,

¡siempre sintió ese nudo en su estómago, podía saber exactamente el lugar donde le habían crecido las piernas, los brazos, la piel, las manos a su hijo! La herida que Paquito le dejó en el cuerpo ya no habría de cerrarse nunca.

Toda la vida de Pilar se llenó de ese hijo.

Francisco, en un esbozo de memorias que dictó al doctor Pozuelo, sesenta años después, aún se emociona hablando de ella «religiosa, amparadora de sus hijos, de los que tenía que hacer de padre y de madre, ¡un verdadero ángel del hogar!». De su padre únicamente dice «... adusto, severo, autoritario, frío en religión...».

Nada más. Y nada menos.

También recuerdan todos los hijos que, a pesar de la pesadumbre de su vida, su madre sonreía mucho.

Sonriendo levantaba a Paquito a los cielos, la enorme cabezota bamboleante, el cuerpecillo de renacuajo, y después lo tiraba encima de la cama diciéndole ternezas, inventando palabras que nunca le había dicho a su hijo mayor:

—Bububu... Mi niño sabio. ¡Cuánto cacumen cabe en esta cabeza! Cabezudiño mío, serás más listo tú, ¡vales más que las pesetas y que Cuba y Filipinas todas enteras!

La madre enterraba la cara en su barriguita, le daba besos en el ombligo, le lamía el cuerpo entero como había visto hacer a las vacas con sus terneros:

- *Marelillo, Paquiño mio, xoia da túa nai.*

Le mordisqueaba las orejas, la barbilla, las nalgas, la capitana Franco, la señorita de Andrade, la hidalga de sonrisa triste que ocultaba alguna pena secreta, convertía a su hijo segundo en una bestezuela:

—Paquito, Paquiño, *nenú, rapaziño meu, quen te quere a ti...*

Paquito reía a carcajadas con su bocota desdentada dando chillidos, se le veía la campanilla, reía tanto que se quedaba sin aliento como si fuera a ahogarse e hipaba y chillaba porque su madre le hacía cosquillas en los pies, en la cintura, y luego ella lo abrazaba y se estiraban en la cama y los dos rodaban por el inmenso lecho dando gritos, sin importarles que se arrugara la colcha hecha a mano que le había costado la vista a la tía Gildita.

Después, madre e hijo se ponían serios y se miraban a los ojos enormes, interminablemente, idéntico color, idénticas pestañas largas. Pilar leía en los ojos de Paquito como si leyera su misal, le ponía el dedo delante para hipnotizarle y hablaba con media lengua, como una niña pequeña.

Si el padre llegaba y se los encontraba así, embelesados el uno en el otro, no podía contenerse:

—Tú estás boba, mujer, si es mejor el otro rapaz que este. Colás es un chicarrón. Si este con esa cabeza gorda y ese cuerpiño parece una cerillita.

Colás, chupándose el dedo pulgar y cogido de las piernas de su padre, muerto de celos porque a él su madre no lo quería como al intruso, le gritaba a su hermano:

—Cerillita, cerillita... Bobalicón...

El padre cogía a Paquito, que se ponía a llorar con desespero en cuanto lo veía:

—Tráelo para aquí.

Pero el niño, al rozar su cuerpo desnudo la áspera felpa del uniforme, los correajes, los botones metálicos, sacudía las piernas, se retorció, y Nicolás lo soltaba como si fuera una alimaña:

—Pero si es como una lombriz este niño, tiene chillidos de nena; a ver si lo vas a hacer marica... ¿Pero no ves qué cosa minúscula tiene?

Le pellizcaba el pene con los dos dedos y se lo enseñaba a su hermano:

—Mira, Colás, ¿tú ves algo? ¡Tráeme la lupa que hay en mi despacho!

Y mientras Colás se reía con la broma de su padre, aunque no la entendía muy bien, Pilar, molesta, se apresuraba a vestir a Paquito, mientras intentaba tapar su cuerpecillo enclenque con el suyo.

Las huellas del maltrato paterno se extenderán toda la vida del Caudillo e impregnarán su infancia: «¿Mi infancia? No pasó nada importante... apenas la recuerdo... fue muy corta», finiquita el tema ante su médico. Y su propia hija Carmen cuenta en el libro que escribió sobre él que «es triste, pero no recordaba con afecto su infancia».

Paquito apartaba los ojos de su padre y se ponía a mirar a su madre con veneración mientras lo vestía, y poco a poco los sollozos se trocaban en largos suspiros que estremecían su pecho abultado como el de una paloma pequeña. El padre miraba a madre e hijo con ojos llenos de suspicacia:

—Y que salga este niño de la habitación; ya es mayorcito para dormir con nosotros... Rafaela, Rafaela...

El ama aparecía obsequiosa:

—¿Qué se le ofrece al señorito?

—Llévate a Paquita y no lo vuelvas a traer hasta que cumpla dieciocho años y esté hecho un hombre.

El ama era una chica de la aldea que había tenido un hijo de soltera al que había dejado con sus padres alimentándose de nabos, porque la leche de sus ubres era para los hijos de los señoritos. Dar de mamar no era propio de señoras, que se fajaban los pechos en cuanto daban a luz y buscaban una aldeana robusta y recién parida para alimentar a sus hijos. Rafaela le dirigió una mirada procaz a su señorito, que conocía perfectamente el camino de su cuarto, y cogió al niño con habilidad para llevárselo a la cocina, seguida de cerca por el pequeño Nicolás, que también quería subirse al regazo del ama para hacer lo mismo que Paquito. Pilar le daba la última recomendación:

—Rafaela, tú ten paciencia, no te lo quites enseguida de la teta, que este niño es un dejado y le cuesta agarrarse... Y tú, ¿comiste? ¡Dile a Soledad que te prepare un tazón de leche con pan migado! ¡Mira que a mí me parece que adelgazaste!

Pero ya Nicolás cerraba la puerta con una sonrisa aviesa y se enfrentaba a su mujer:

—Calla, mujer, va, ya toca...

Pilar se daba la vuelta para guardar alguna cosa en la cómoda y hacer tiempo, mientras intentaba protestar débilmente:

—¿Ya? Si Paquito solo tiene seis meses, el médico dijo...

—El médico, cojones.

Nicolás veía a través del espejo la cara de resignación de Pilar y como se persignaba disimuladamente, y se lo llevaban los demonios:

—Pero, mujer, ¡se me quitan las ganas! ¿No comprendes que no hay hombre que pueda aguantar esto?

Pilar se giraba y le decía con sumisión bajando los ojos:

—Nicolás, si yo no digo nada... estoy dispuesta... sé que es mi obligación...

—Obligación, obligación... sí, pero ¡yo quiero que tú sientas como yo! Mira, ¿no notas nada? ¡Eres de hielo!

Se acercaba a ella y la abrazaba, le empezaba a besar en el cuello, y Pilar solo sentía los pelos duros de su bigote que la herían como si fueran estropajo. Nicolás le desabotonaba el vestido, desanudaba las cintas del corsé:

—Mira, déjate, ¿no te gusta? Anda, bobina, te gusta que te toque aquí... Ven, abre la boca, así, no tengas miedo... Disfruta tú también, Pilara, Pilarita...

Nicolás susurraba frases inconexas, con la respiración tan fuerte como la de un asmático, le metía la lengua en la oreja y Pilar sentía una angustia, un ahogo que no se podía explicar. Pero cerraba los ojos con fuerza y se dejaba hacer mientras iba pensando con desesperación en que había que retejar la casa de El Cucheiro, y que los caseros todavía no habían enviado su parte de la matanza, y que había que comprar velas y cerillas. Luego hacía un repaso de las servilletas que había que reponer en la mantelería buena:

—Las grandes, media docena, no, tres, porque dos se las presté a mi hermana para la casa de la Graña, la tía Gildita se debe haber llevado alguna, y cuatro de café, ¿o eran cinco?

Y calculaba si era mejor cambiar de bordadora o enviarlas a Coruña. Maquinalmente le dice a su marido:

—No, el camisón no me lo quites.

Se lo subía hasta la cintura para dejar que Nicolás entrara en ella. Calculaba que la «cosa», el «asunto», esa «cochinada» tardaría apenas unos minutos. Pero Nicolás llevaba seis meses de ayuno, al menos de su mujer, y le levantó el camisón hasta el cuello para besarle los pechos que, aun sin quererlo ella, pensando en otra cosa, sin saber siquiera lo que significaba, se habían puesto llenos y suaves, con los pezones duros como chinchetas. Ahora Nicolás bajaba jadeando hasta sus muslos, que ella mantenía apretados, y tendida sobre la cama, mirando al techo, solo acertaba a murmurar:

—No, eso no, Nicolás, ahí no, Nicolás...

Pero también recordaba los consejos del cura confesor, «hija, en el matrimonio

nada es pecado... tu marido es un hombre que ha corrido mucho, debes dejarlo tomar la iniciativa, si no, se irá a La Cubana... hija, luego me lo cuentas y yo te diré si está bien o mal... y mientras te sometes al débito conyugal piensa en santa Águeda, que le quemaban los senos con hierros ardientes mientras la violaban, y ofrécele tu sacrificio a Dios».

Y Nicolás hundía la cabeza ahora en «el centro del mundo» como decía él, y lanzaba su sordo lamento en idiomas desconocidos:

—Guajira... Chola, niña chola. *Akin mahal...*

Y de repente el lamento cesaba, con las dos manos le abría brutalmente los muslos, subía hasta que su cara quedaba frente a la de ella, y le introducía el miembro en su interior reseco y agostado, moviéndose espasmódicamente hasta que caía hecho un peso muerto encima suyo.

Al cabo él se levantaba de un salto. Ella veía su espalda cuadrada, cómo se metía la camisa por dentro del pantalón, cómo se calzaba sentándose en la cama y levantando la pierna como solo se calzan los hombres, y sentía un ansia que no sabía describir y daría lo que fuera para que todo empezara de nuevo, pero él se ponía a silbar, salía de la habitación sin mirarla para irse al casino, y ella se quedaba abrazándose a la almohada y añorando algo que no sabía muy bien si había tenido alguna vez.

Todo esto fue así hasta su último embarazo. Después de Paquito, el 27 de noviembre de 1895 tuvieron por fin a la niña, Pilar, un año después otro chico, Ramón. Cada vez que le nacía un hermano, Paquito se quedaba en la puerta echado en el suelo como un cachorrillo, y cuando lo dejaban pasar iba hasta la alta cama familiar y miraba a su madre con sus grandes ojos oscuros, en silencio, largo rato, y Pilar advertía como un mudo reproche. Lo hacía subir junto a ella, un poco olvidada del hijo nuevo que berreaba en brazos de la niñera. Que luego murmuraba en la cocina:

—No quiere a ninguno como a Paquito. Es locura la que tiene con el rapaz.

Cuando sus padres se encerraban en el cuarto y echaban la llave, Paquito se quedaba en el pasillo, se ponía a cuatro patas y lo recorría como si fuera un caballo, con el oído atento, pero las gruesas hojas de la puerta ocultaban todos los sonidos. Pero un día vio que entraba el padre, la madre sumisamente detrás, como siempre, y no oyó el ruido familiar de la llave girando en la cerradura. Esperó. Se acercó sigilosamente, agarró la manilla y la puerta se abrió sola, con rapidez, como cae la hoja de la guillotina sobre la cabeza de los ajusticiados. La madre estaba tumbada de espaldas encima de la cama, el rostro dolorido de perfil contra la almohada, la melena, una mancha oscura contra la sábana, desnuda, y el padre encima subiendo y bajando, con los pantalones en los tobillos. Solo se oía un gemido, y Paquito no supo nunca si era su madre o los muelles de la cama.

No supo nunca nada; se fue corriendo a su cuarto, vomitó contra la pared y lo

olvidó todo.

Cuando Nicolás vio que su mujer estaba de nuevo embarazada, ¡por quinta vez!, solo supo decirle:

—A ver si cuando nazca este te olvidas de Paquita.

La última fue niña también. Le pusieron Paz, Pacita. Cumplida la cuarentena, Nicolás se colocó de nuevo encima de su mujer y advirtió su mueca de dolor, los ojos en blanco como las imágenes de las vírgenes de Murillo, la resignación, incluso creyó advertir algo nuevo: repugnancia. Se dejó caer al lado. Aun estando de espaldas, Pilar vio cómo movía la mano arriba y abajo como si tuviera un tic nervioso, la cama crujiendo también frenéticamente, lo oyó gemir. Después su marido se levantó parsimoniosamente y salió de su cuerpo para siempre. Desde la puerta le dijo mientras encendía un cigarro:

—Esto se ha acabado, coño, ¡si cuando me acuesto contigo es como si lo hiciera con una muerta! —Y aquel hombre que no le tenía miedo a nada, se estremeció como si sintiera el frío de la losa sepulcral—. Además, que ya no podemos mantener más hijos.

Sobre la colcha blanca quedó una mancha amarillenta que nunca llegaría a borrarse del todo. En las largas noches solitarias que habían de venir, Pilar repasaba los bordes como si fuera el mapa de su vida:

—Aquí Nicolás, aquí Pilar, aquí Ramón, aquí Pacita...

Y cuando decía «aquí Paquito» se inclinaba y besaba el nombre adorado.

Y fue verdad. Nunca más.

Con sus ojos grandes, ojos de viejo, Paquito parecía comprenderlo todo. Pilar lo veía siempre observándola, vigilándola, pendiente de sus más mínimos gestos, y casi se echaba a llorar cuando le decían:

—Este niño te espía... esto no es normal, solo te mira a ti.

Desmedrado, frágil, gris como un ratoncillo, Paquito fue creciendo poco a poco. Sin molestar. Se ponía en un rincón jugando con los hilos que cogía del costurero, haciendo casas, trenes, planos inventados en el suelo que nadie entendía.

A veces le secreteaba a su madre:

—Cuando sea mayor me casaré contigo.

Fue el padre el que dijo:

—Ya está bien de que este crío del demonio esté todo el día en casa pegado a tus faldas. ¿No han puesto unas señoras unas habitaciones para niños ahí al lado? Pues que vaya con Colás.

Pilar le plantó cara con expresión dolida:

—Nicolás, si a mí me parece bien que estudie... Y las niñas también. Si mi pena es que yo no he ido al colegio casi, ¡me gustaría saber tantas cosas!

El primer día Paquito fue contento. La madre le preparó la tartera con un trozo de

empanada de xoubas, le puso el delantal de rayadillo que le había hecho ella misma del que le asomaban las piernecitas por abajo. Su hermana lo reconocía con ternura: «Paquito era un poco enclenque de aspecto, aunque en el fondo muy fuerte. Sus únicas enfermedades fueron el sarampión y la tosferina, como todos los hermanos». Siempre intentaba estirarse los calcetines sobre las estrechas canillas, pero también siempre terminaban acordeonándose en los tobillos, «¡aquellas piernecillas...!».

La madre le decía:

—Mira, neniño, más que ser guapo es importante ir muy aseado y muy bien arreglado. Vigila los zapatos; hay que llevarlos siempre limpios.

La madre le pasaba una franela, y Paquito, obediente, se ponía a limpiarlos.

Colás iba delante dándoles patadas a las piedras. Él se cogió de la mano de su madre, que le iba contando los niños que allí encontraría:

—Camiliño Alonso, Pedrolo y Pastor Nieto, los hijos del tío Hermenegildo y los hijos de la tía Carmen, tus primos...

Paquito preguntó, curiosón:

—¿Y por qué la tía Carmen ha tenido doce hijos, el tío Hermenegildo once y nosotros solo somos cinco?

Menos mal que Pilar no tuvo que responder porque ya llegaban a la puerta de la escuelita. Las dueñas, que no maestras, eran dos hermanas viudas que poseían un único capital: su casa. Con unos pupitres viejos, unas pizarras y unos mapas intentaban mantener entretenidos a los más pequeños de las familias principales de Ferrol.

—Buenos días, doña Pilar. Así que al final se ha decidido a traer al rapaz. ¿Cómo te llamas, guapo?

Y el niño, con su voz femenil llena de gallos, respondió:

—Paquito.

Y la señorita Aurora, que era algo ilustrada, se echó a reír:

—Ay, ¡qué rico!, tiene voz de *castrati*.

Paquito no sabía lo que era *castrati*, pero sospechó que nada bueno. Pilar le dirigió una mirada furibunda a la mujer y anudó la bufanda al cuello de su hijo para poder darle un beso rápido en la mejilla. Se fue muy deprisa, sin volverse, sintiendo en la nuca los ojos que parecen gritarle «no me dejes».

Cuando Paquito regresó a casa estaba irreconocible. Las rodillas sangrando, la bata rota, la cartera sin las correas, de la fiambarrera ni rastro. Fue Colás el que explicó someramente mientras le daba un mordisco a un trozo de pan:

—Los niños se ríen de él porque tiene voz de marica.

Su amigo de la primera infancia, Pastor Nieto, explicará después: «Estaba muy acomplexado por su voz aflautada... No quería participar en los juegos más violentos, ni tirar piedras a las farolas, porque temía que nos burláramos de su voz».

Esta era la gran pena de Pilar. Su hijo había arrancado a hablar y tenía el tono atiplado, una vocecita que parecía que iba a quebrarse en cualquier momento. El

médico le dijo que era una sinusitis infantil y que con la edad se le pasaría.

No se le pasó.

No se le recuerda nada sobresaliente. Su hermana Pilar observa que «era muy tenaz... muy digno, muy poco comunicativo y, desde luego, un poquitín triste». Todos coinciden, sin embargo, en recordar sus ojos: eran grandes, se fijaban en todo, eran ventanas abiertas que no te expresaban lo que él sentía, sino que captaban todo lo que pasaba a su alrededor. Ojos que tenían la grave mirada de un hombre maduro. Pilar prosigue: «Claro que con la edad se volvió más astuto y cauteloso».

Cuando Paquito tenía tres años, murió Candelaria, la mujer de Hermenegildo Franco, dejando a once hijos huérfanos. Pilar fue a la casa mortuoria, hizo la señal de la cruz delante del cadáver de la prima de su marido y dijo en voz alta:

—Te prometo, Candelaria, que me voy a ocupar de tus hijos lo mismo que de los míos. Descansa tranquila y protégenos, que lo vamos a necesitar.

Emocionado, el viudo se acercó y le cogió la mano.

El mismo día del entierro, Pilar reunió a los once pequeños en su casa. Miguel, el menor, solo tenía año y medio. Lo seguía Pacón, que estaría toda su vida al lado de Franco.

Los niños, vestidos de negro, la miraban asustados, ya con las huellas de la falta de la madre: uno llevaba calcetines desaparejados, el otro se había puesto los zapatos cambiados, la de más allá, con una blusa de verano, tiritaba de frío. Parecían un rebaño de ovejas solo dignas para el matadero.

Pilar señaló hacia arriba:

—Vuestra madre desde el cielo me irá guiando para educaros, ¡con la ayuda de la misericordia divina y la buena voluntad de todos, saldremos adelante! A partir de ahora, cada vez que me necesitéis, aquí estaré. Y si no me necesitáis, también.

La tía Gildita, la cuñada, que estaba presente, rezongaba:

—¿Y de dónde sacarán el dinero estas almas de Dios? ¿Y las ganas, Dios mío?

Los niños permanecían mudos y asustados, el padre miraba fijamente al suelo, y de pronto Nicolás se adelantó, carraspeó, se acercó a su primo y desmañadamente le dio un abrazo. Pilar se aproximó a ellos y colocó la mano sobre el hombro de su marido. Quizás es la vez que llegaron a estar más cerca el uno del otro en todo su matrimonio.

Solo Pilar se dio cuenta de los celos inmensos con que los miraba Paquito. Se oyó a la tía Gildita sorbiendo los mocos.

Hermenegildo apartó a su primo y le dijo:

—Yo sé que en el fondo tienes buen corazón, Nicolás, y por eso te voy a pedir algo muy importante.

Nicolás asintió sin palabras, y Hermenegildo le dijo gravemente:

—Si me pasa algo, si falto yo, tienes que hacerte cargo de mis hijos, quiero

nombrarte legalmente su tutor en el caso de que muera. Sé que pongo sobre tus hombros una carga muy grande, y si lo hago es porque también sé que podrás soportarla.

Fue Pilar la que se apresuró a contestar:

—Claro que sí, Hermenegildo, aquí estaremos los dos para criarlos como si fueran nuestros.

Nicolás hizo amago de darle un puñetazo a su primo:

—Pero ¿qué dices, *hom*? Ay, estos gallegos que solo saben llorar...

Medio sonriendo, Hermenegildo siguió preguntando:

—Pero ¿consientes, primo, consientes?

Pilar y Hermenegildo lo miraban, y Nicolás se encogió de hombros.

—Claro que sí, se hará como quieras, pero tú qué vas a morir, hombre, estaría bueno.

En realidad tardó seis años. En morirse. Los niños Franco Salgado-Araujo, huérfanos ya de padre y madre, se criaron casi puerta con puerta con sus primos y fueron para Pilar como once hijos que no le hubieran nacido en el vientre, pero hijos al fin. Ocho décadas después de los hechos que aquí narro, Pacón, que cuando murió su madre tenía tres años, recordaba con la voz temblorosa ganada por la emoción:

—No pudimos volver a decir nunca el dulce nombre de madre, pero la tía Pilar se portó con nosotros como si lo fuera, ¡fue la persona a la que más he querido! Aun ahora le rezo todas las noches.

Cuando se marcharon los primos, Pilar se envolvió en un grueso gabán y subió a la ermita de la virgen de Chamorro para pedir amparo. Por el sendero cubierto de limo, resbalando con los helechos descompuestos y los charcos llenos de agua turbia, con el sonido del pinar rumoroso y de trecho en trecho el aroma del tojo quemado en las chozas de piedra pizarrosa de los labriegos, Paquito la acompañó por primera vez. La niebla algodonosa subía a la par que ellos. Por cada paso de Pilar el niño tenía que dar tres, pero estaba tan contento al ver que su madre lo había escogido entre todos para que la acompañara, que soportó la larga caminata sin quejarse. Llegaron arriba y Pilar encendió una vela, que depositó a los pies de la piedra sobre la que se había aparecido la Virgen. Se recogió un momento y el niño se arrodilló también a su lado, juntando las manitas. Pilar iba a pedir por sus sobrinos, pero al ver la pequeñez de su hijo, suplicó:

—Virgencita, cuídalo, hazlo fuerte, ¡que no sufra!

Paquito, que todavía no conocía ninguna oración, movía los labios como veía hacer a las beatas. Luego miró a su madre, que levantaba los ojos trasfigurada como siempre que rezaba, y señalándola con el dedito, le dijo:

—Mamá, la Virgen eres tú.

Tuvo una infancia corta, es cierto. Como todos los niños diferentes. Paquito inspiraba

un poco de miedo, un poco de compasión.

Muy pronto se dio cuenta de que lo mejor para sobrevivir entre aquella caterva de primos, hermanos y un padre «iracundo y colérico», como lo describían sus hijos, era pasar desapercibido. «No hacía nada para destacar sobre los demás... Era muy callado y disciplinado, nunca daba motivos para reñirle...», explican sus profesores de entonces. De la escuelita de doña Aurora y doña Pepita pasa al colegio del Sagrado Corazón en la plaza de Armas, dirigido por el padre Comellas, cuyo lema era: «La letra con sangre entra». Aquí también se cuenta que «no era brillante, pero sí muy cumplidor... y sin parecerlo, era muy echado para adelante... Cuando emprendía una cosa ya no la dejaba hasta que no la terminaba». Su gran amigo de la infancia Camilo Alonso Vega contesta cuando le preguntan cómo era el Caudillo en su infancia:

—No lo sé. No hablaba nunca.

Uno de sus primos De la Puente explica que:

—Era un chico corriente, ni estudioso ni desaplicado, muy equilibrado, eso sí.

Y Comellas detalla vagamente:

—Le gustaba la historia y dibujar... tenía mucha memoria. Su hermano Colás sí era listo... y el pequeño Ramón era tan zalamero que la madre lo quería para curita.

Su primo Pacón recuerda:

—Reparaba en cosas en las que nosotros no caíamos... Las aguadoras, por ejemplo. Un día me explicó que estaban muchas horas haciendo cola en las fuentes públicas bajo la lluvia, total para que les pagasen solo quince céntimos por *sellas* de veinticinco litros. Sé que a veces pasaba corriendo al lado de ellas y les metía unos céntimos en el refajo que había sacado de no sé dónde sin que ellas se dieran cuenta. ¡Yo también me acostumbré a hacerlo! ¡Un día me encontró el padre Comellas y me dio unos azotes con la regla en la mano, porque sabía que en mi casa íbamos justos de dinero!

Fue precisamente el padre Comellas el que entró un día en clase y les dijo con gravedad:

—Niños, podéis iros a casa a despediros de vuestros padres, hoy ha estallado la guerra en Cuba.

Se levantó Camilo Alonso Vega, el vecino de pupitre de Paquito, con la voz llena de orgullo:

—Pues mi padre irá en el *Vizcaya*.

Pedro Nieto Antúnez:

—Mi padre en el *Numancia*.

—Mi padre es oficial en el *Asturias*.

—Mi padre cabo.

Casi todos los niños se fueron levantando explicando el destino de sus padres. Paquito permaneció sentado, seguramente envidiando secretamente a aquellos hijos de héroes.

Fue el 15 de febrero de 1898. En la lejana Cuba, sacudida por los movimientos independentistas que querían desgajarse de la corona española, codiciada por su poderoso vecino Estados Unidos, había explotado el crucero estadounidense *Maine*, fondeado en la bahía de La Habana. Murieron 266 marinos, y los norteamericanos dijeron que los autores de la salvajada habían sido los españoles.

Estados Unidos le envió un ultimátum a España ordenando que abandonara Cuba. Pero, antes incluso de que la reina se pronunciase, el presidente Mac Kinley movilizó 250.000 soldados, se decretó el bloqueo de la isla y se enviaron 28 naves de guerra modernísimas, el orgullo de los norteamericanos.

Goliat contra David.

Una ola de patriotismo sacudió España, los periódicos bramaban contra «aquellos salchicheros sonrosados que pretendían imponerse a la nobleza de España». Cánovas ya lo había dicho unos años antes: «¡No nos iremos nunca de Cuba, lucharemos hasta el último hombre y hasta la última peseta!».

Cuando salieron los buques de Ferrol, una orquestina endomingada los despidió en el puerto con las notas de la *Marcha Real*. Los niños agitaban banderitas. Paquito asistió conmocionado al frenesí que llenaba las calles de Ferrol y se emborrachaba con los gritos patrióticos:

—España no puede dejarse vencer. ¡Los yanquis asesinos, sus espíritus miserables quieren doblegar a nuestros héroes! ¡Dios está con nosotros! ¡La santidad de nuestra causa nos será favorable! ¡Nuestra escuadra domina los océanos!

No era verdad. La reina regente solo pudo enviar unos cuantos barcos desvencijados —el *Numancia* tenía treinta años y el *Victoria* todavía era más viejo— y unos cuantos centenares de marinos con armas anticuadas que ni siquiera sabían usar.

Se unieron allí a los 200.000 soldados españoles que llevaban tiempo sosteniendo un régimen que nadie quería, ni siquiera ellos. La mayoría enfermos, y, si no, acababan cayendo muertos en los manglares luchando contra los mambises en una extenuante e inútil guerra de guerrillas, caían a causa de la «peste negra», el «vómito negro», la fiebre amarilla o la depresión que les llevaba a suicidarse con la última bala de sus fusiles.

Nicolás se negaba a someterse a la oleada entusiástica y permanecía ceñudo en el comedor de su casa fumando incansablemente su cigarro. Si le preguntaban su opinión —¡él había estado en Cuba!, ¡en Filipinas!— solo respondía:

—Está muy lejos... yo ya no me acuerdo de aquello... no sé...

En el casino le hicieron el vacío y, por primera vez en su vida, Paquito empezó a mirarlo con cierto desprecio.

«¡Hasta la última gota de sangre, hasta la última peseta!».

Lo musitaba Paquito todas las noches como una oración. Y también: «Dios está con nosotros».

El frenesí patriótico se fue apagando. Las batallas triunfales que se libraban al

otro lado del océano se convirtieron en gestas heroicas en las que un puñado de españoles valientes al mando del almirante Cervera se negaban a rendirse y preferían morir. Paquito se llevaba los periódicos a su cuarto, los guardaba cuidadosamente debajo de la cama y cada noche los leía con fruición a la luz de una vela: «La heroica marinería española ha respondido a su tradición gloriosa. ¡Los buques dominados por el enemigo no se entregan, se hunden en el mar...!».

Y el niño, que se había aprendido de memoria aquellos párrafos inflamados, proseguía con los ojos cerrados:

«...Y los marinos, rodeados de fuerzas superiores, no se rinden, perecen!».

Por la mañana despertaba enfebrecido y con los ojos brillantes, y la madre posaba sus labios en su frente para ver si tenía calentura.

La realidad fue que la insignificante flota española se metió en la bahía de Santiago en una ratonera, ya que, una vez dentro, los barcos solo podían retirarse de uno en uno, y cuando pasaban la bocana del puerto eran bombardeados y hundidos por el moderno armamento norteamericano.

Durante muchos años después, cuando soplaba el bayomo, se sentía el olor a pólvora y dicen que se oían las voces de los muertos.

El desastre no pudo ser más completo.

Murieron quinientos españoles por la gloria de su pabellón, por un solo marino de Estados Unidos. ¡A ellos no les hundieron un solo barco, ni una pequeña lancha! También cayeron presos mil trescientos hombres, incluido el almirante Cervera.

En Ferrol doscientas cincuenta familias quedaron huérfanas.

Con esa habilidad tramposa tan propia de los políticos, Cánovas cambió su discurso. De «el último hombre y la última peseta» pasó a «el deber es tanto más hermoso cuanto más sacrificios entraña».

Paquito apuntó la frase en una hoja de su cuaderno y la escondió dentro de su libro de cuentos de Calleja, no quería que nadie la encontrara. Al lado puso el banderín de papel con el que fue al puerto a despedir las tropas y un trozo de metal que encontró en la calle, que en su imaginación era el fragmento de una bala disparada contra los americanos. Restos de naufragio, reliquias que siempre llevaría en el corazón. Freud decía que el carácter se forma antes de los siete años y que ya no cambia nunca. El desastre de Cuba, seguido de la pérdida de Puerto Rico y las Filipinas, marcó la vida de Franco para siempre. Él mismo lo reconoció:

—La resaca de aquella pérdida cambió a mi familia.

En 1898 tenía cinco años.

Mudo e impresionado, junto a sus primos Pacón y Ricardo de la Puente y su amigo Camilo Alonso Vega, acudió al puerto el día en que llegó el primer barco de repatriados.

Advirtió antes que sus compañeros el humo de la chimenea del vapor *Alicante*:

—¡Ya llega!

Era el 25 de agosto de 1898. Atracó en silencio absoluto, al contrario de lo que

suele suceder con los buques que conducen tropas. Con el único acompañamiento del monótono golpear de las olas contra el muelle, bajan los cien enfermos graves de paludismo, anemia, debilidad general, disentería, tuberculosis. Y los heridos de guerra, muy pocos. Hay varios agonizando, algunos han fallecido durante el viaje y sus cuerpos han sido tirados al mar. En Cuba quedan los soldados muertos, hundidos en el fondo del océano o enterrados en la manigua.

Un oficial con el brazo en cabestrillo, sin las insignias de su grado a la vista, se dirige cojeando al grupo de niños. Pregunta con un hilo de voz que apenas se entiende:

—Camilo Alonso.

Se adelanta el niño. El oficial lo mira por un momento, está a punto de conmovirse, pero ha visto tanto que ya no le queda dentro ninguna emoción. Antes de continuar andando le dice:

—Tu padre murió en el *Vizcaya*; estaba a mis órdenes. Dile a tu madre que tramite la pensión.

Camilo corre detrás del hombre, lo coge por la camisa deshecha:

—Pero ¿cómo murió? ¿Como un héroe?

El hombre no contesta, pero una sonrisa leve y desencantada le cruza el rostro.

Paquito ve pasar las rudimentarias camillas en las que apenas se percibe un cuerpo. Las conducen hombres también depauperados que llevan el brazalete de la Cruz Roja.

Nadie grita. Aldeanas enlutadas, con pañuelos en la cabeza, se acercan a las camillas y van susurrando el nombre de sus hijos:

—Jacinto Nogales Escairon.

—Xose Bujan.

—Vicente Forneiro.

—Eladio Saco.

Nadie contesta. Los hombres avanzan ciegamente y se pierden en la noche.

Solo un anciano, Pedro Cortés Nogueira, levanta su puño y solloza:

—¿Para esto dejé allí a mis tres hijos?

Rubén Darío lloró ese mismo día como lloran los poetas, no con lágrimas, sino con versos: «No puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos con dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de sangre latina, son los bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la loba».

Paquito recordará siempre ese tiempo de derrota. Y su obsesión será que España vuelva a ser imperio.

Todos los niños de Ferrol quisieron hacerse marinos, ir a la guerra y luchar contra los americanos y los mambises. Paquito, Colás, sus primos huérfanos y los hijos de la

hermana de su madre, los De la Puente Baamonde, ¡y hasta la pequeña Pila, que era un chico!, soñaban con vengar a los soldados muertos y, de paso, como quien no quiere la cosa, recuperar aquel imperio donde nunca se ponía el sol. Los juegos normales, correr la cometa, la villarda, el marro, el rescate, incluso policías y ladrones, les parecían aburridos, una pérdida de tiempo frívola e impropia de las metas gloriosas que debían alcanzar. Porque lo que les gustaba de verdad era ir a la Alameda de Suanzes, vendarse piernas, brazos y, si había tela suficiente, la cabeza entera, ponerse un parche en el ojo como si estuvieran tuertos, pintarse con pintura roja fingiendo heridas horribles y llagas purulentas y aun así combatir heroicamente con espadines de madera y pedruscos hasta el último aliento. Y, si no, a patadas o a puñetazo limpio:

—¡Mambís!

—¡Insurrecto!

Pero Paquito los hacía callar llamándoles:

—¡Masón!

Esto de masón se ve que era lo peor de todo.

Paquito era el primero en lanzarse espadón en ristre contra los «ilegales», los americanos «salchicheros»; los acorralaba contra la muralla hasta que terminaba clavándoles el arma con gritos horribles. Pero cuando los niños ya metidos en faena querían seguir rompiendo farolas a pedradas, con un gesto altivo argüía:

—Eso no, que no le gusta a mi madre.

De decapitar mambises, Pilar al parecer no opinaba.

En esas luchas en las que recreaban las guerras entre cubanos y españoles, legalistas y rebeldes, Paquito se trasfiguraba, crecía varios centímetros, y nadie se burlaba de su voz atiplada. Gritaba:

—Dios está a nuestro lado, ¡por la reina!

Y le seguían los chicos gritando:

—¡Por la reina!

Y es que todo era salir a la calle. Irse a luchar en otra guerra porque la guerra de sus mayores impregnaba el hogar convirtiéndolo en un caserón siniestro. Nicolás, el padre, desde el desastre de Cuba, como si su vida hubiera entrado en barrena también, se volvió desordenado, intratable. A principios de mes le entregaba a su mujer el dinero suficiente para pasar treinta días, y el resto lo gastaba antes de que el nuevo sueldo llegara a sus manos. Leía poco, despachaba sus asuntos con premura y eficacia y después se iba al casino a recostarse en un diván viendo pasar a la gente detrás de los cristales con aire de tedio.

Cada vez que advertía que un mozo cruzaba el salón, batía con su anillo el cristal de la copa para que viera que estaba vacía.

A veces jugaba unas carambolas, solo, en el cuarto de billar.

Volvía a su casa de madrugada. Se tumbaba al lado de su mujer, sin sueño, excitado por el alcohol y el café, la oía levantarse sin hacer ruido para no despertarlo,

los pasos de sus hijos por el corredor, y se tumbaba de lado fingiendo dormir.

Algunos domingos se levantaba temprano y vagaba por la casa con el batín arrastrando las zapatillas. Tímidamente, su mujer le proponía:

—¿Por qué no te llevas a los niños de excursión?

Los hijos disimulaban, fingían estar en mil cosas. Lo normal era que el padre contestara:

—Quita ya, mujer, para paseos estoy yo.

Pero a veces recuperaba un poco aquellas ansias de regeneración, le repugnaba la vida que llevaba y, con un arranque repentino, les ordenaba:

—Va, sí, a vestirse, vamos a la ría a respirar aire puro. Un paseo higiénico para hacer salud.

Pacón, el sobrino, contaba estas excursiones con ese tono redicho que le caracterizaba:

—Mi tutor era un hombre inteligente y cultivado, nos relataba las diferentes clases de terreno, de pájaros, de ganado, nos explicaba cómo funcionaban las comunicaciones telegráficas, la electricidad... Si veíamos un barco, lo describía con todo detalle, desde el ancla hasta la vela mayor.

Los niños iban al principio apelotonados a su lado, tropezando los unos con los otros, después se iban quedando retrasados por el camino:

—Un día fuimos hasta la playa de Doniños, y allí nos relató el desembarco de los ingleses al mando del vicealmirante John Warren el 25 de agosto de 1800. Minuto a minuto. ¡Su sabiduría era asombrosa!

Qué diferente esta versión de la de la pragmática Pila, la hermana pequeña de Paquito, que recuerda aquellos «paseos higiénicos» de esta forma:

—Mi padre nos hablaba de temas que no nos importaban durante horas y horas... Caminábamos hasta la extenuación... la mayoría de cosas no las entendíamos, nos peleábamos entre nosotros a sus espaldas para ver quién debía ir a su lado y quién alejarse para poder triscar por nuestra cuenta...

Por detrás de Nicolás, que iba perorando con tono monótono y doctrinal sobre la cría del canario en cautividad y la mejor forma de pescar berberechos, los niños se arreaban unos patadones inmensos, en absoluto silencio porque:

—Si veía que no lo escuchábamos con atención, nos soltaba una bofetada.

Luego, de pronto, llevado por ese carácter inconsistente que le caracterizaba, se aburría de sus propias lecciones, reunía a la tropa dispersa en un soto y les decía moviendo los brazos como un molino de viento:

—Hala, venga, niños, gimnasia, arriba los brazos.

Hacían flexiones, se agachaban y levantaban, daban volteretas. Nicolás no soltaba su enorme puro en ningún momento. El resultado era que alguna de las criaturas terminaba mareada vomitando al borde del camino, mientras el padre, Partagás en ristre, mascullaba:

—Filfa de hijos, flojos, débiles, mierdecillas. Miradme a mí.

Respiraba hondo, ensanchaba el tórax y expelía el humo de su cigarro con ruido de tren en marcha.

Colás era el más taimado de los hermanos y fingía siempre estar muy atento. Aun así, el padre lo miraba muchas veces con sus pequeños ojillos astutos y le decía:

—¿Qué te crees? ¿Que no te conozco? ¿Te crees que me engañas?

Y le soltaba un pescozón, y cuando el chico huía, aún le daba tiempo a pegarle una patada en el culo.

Colás era un chico «listísimo, pero muy malo estudiando, por lo que nuestro padre lo castigaba mucho», contaba su hermana. Le obligaba a meterse debajo del sofá de la sala un día entero y se dice que incluso en una ocasión le rompió un brazo porque se lo encontró masturbándose.

Pilar confiesa con orgullo que «a mí no me pegó nunca, aunque muchas veces lo merecía». Ella era la más atrevida de los hermanos: «¡De nacer hombre, yo hubiera sido general!». Tiraba piedras como el primero, cambiaba la tinta de los tinteros por agua y cogía ranas y las escondía en los cajones de la cómoda, y como nadie podía sospechar que una chica cometiera todas esas atrocidades, muchas veces castigaban a Paquito en su lugar. Con alegre inconsciencia, Pila recordaba años más tarde: «Le pegaban sin merecerlo y le daba mucha rabia, ¡pero nunca me delató!».

Aunque ella no se lo agradecía. Al contrario, un día lo empujó desde la silla al suelo y el niño se dio un porrazo que le hizo perder el sentido. Pila se burló:

—Cobarde, gallina, capitán de las sardinas...

Fue lo peor que pudo decirle.

Paquito, ciego de ira, corrió al costurero de su madre, cogió una aguja de tejer y le dijo a su hermana:

—Ponla al rojo vivo.

La hermana rió, «creyendo que se iba a echar atrás», se justificó ella más tarde, pero yo pienso que visto el sadismo del que hacía gala constantemente, se relamía de gusto. Puso la aguja largo rato sobre la llama de una vela hasta que la punta se convirtió en un ascua:

—Mira, Cerillita, a ver si aguantas.

Y mirando a los ojos de su hermano y sin parar de reír, se la fue clavando lentamente en el brazo. Él le aguantó la mirada sin mover ni un músculo. La aguja atravesó la piel y fue entrando, un milímetro, dos, tres... Al fin la propia Pila se asustó con el olor a carne quemada que llenó la habitación y se la sacó de golpe.

La cicatriz nunca se le borraría a Paquito del brazo. Y gracias a esa absurda demostración de heroísmo, dentro de Pila empezó a crecer un temor supersticioso a su hermano:

—Era especial, afortunado, estaba tocado por el dedo de Dios. Nunca le iba a pasar ninguna desgracia.

Ramón era el más alegre de todos los hermanos, aunque Pila lo describe como «un cabeza loca, un trastornado», y el más independiente. Nunca se sabía dónde

estaba y a nadie le importaba demasiado.

Y Pacita... la pequeña Pacita. Correteando siempre detrás de sus hermanos, con la respiración sibilante de los asmáticos y con los mismos ojos verdes de Ramón hendidos en un leve halo de negrura.

Se subía a las piernas de Paquito y le intentaba meter los dedos en los ojos, en la boca, en las orejas.

Él le decía:

—Pero qué riquiña eres.

La madre reía al ver a su hijo, siempre tan circunspecto, derretirse con la hermana:

—Es al que más quiere de todos.

Por Navidad hacían el Belén entre los dos hermanos. Paquito recortaba cuidadosamente el papel azul que fingiría el cielo, las estrellas de cinco puntas, los riachuelos de papel de plata serpenteando entre el musgo que recogían en el Pico Douro. Le pedía a su hermana:

—Pacita, pásame un cordero.

Los pastores eran más pequeños que las vacas, san José tan grande que no cabía en el portal. Los tres reyes eran negros: no había ninguno blanco porque se habían perdido. El ángel, que colgaba de un hilo y se balanceaba, tenía un ala rota. Eran restos de pesebres de la familia entera. Paquito, con miga de pan, modelaba ocas diminutas que ponía en el río.

Pacita, pobre Pacita.

Cuando cumplió cuatro años, empezó a toser y ya no paró. Ese día Paquito hacía la Primera Comuni3n, pero Pacita no pudo ir a la iglesia castrense de San Francisco porque le ardía la frente. Comulgó entre lágrimas. Su prima Candelaria, que se haría monja y que le había enseñado el catecismo, le preguntó con satisfacción:

—Es la alegría de recibir al Señor, ¿verdad, Paquito?

Pero la madre lo adivinó con tristeza:

—¡Es por Pacita!

La niña pasó cuatro meses encerrada en su habitación, entre el olor amargo de los vahos de eucaliptus. En la semisombra de las contraventanas entornadas se veía tan solo la blancura del embozo, sobre el que se inclinaba día y noche la silueta enflaquecida de la madre, espiando su respiración, que alcanzaba ahora rumores de caverna, ahora se afinaba como un silbido de fuelle averiado.

Pilar medio dormía en una butaca, no comía, siempre pendiente del pecho de su hija, si subía y bajaba. «Hijiña, tranquiliña, eh. Aaarriba aaabajo». Espiaba aquel aliento mínimo...

Nadie le dijo qué enfermedad tenía, aunque ella agarraba los días de visita al médico por el fald3n:

—Son sus pulmones; los oigo, oigo un ronquido dentro de todo. Mira, escucha.

Empujaba al hombr3n sobre su hija, le insistía:

—Es la tisis, es el pulmón.

El médico meneaba la cabeza compasivamente:

—Pilar, ahora vas a saber más que yo: es asma, ¡la mitad de los gallegos somos asmáticos!, nadie se muere del asma...

El padre gritaba por los pasillos:

—Es este clima de mierda que se mete en todas partes...

Los hijos sabían que tenían que apartarse para no recibir un bofetón, una patada, toda la rabia del hombre al límite de sus fuerzas. A veces, por pura desesperación, Nicolás se golpeaba él mismo la cabeza contra las paredes arrancando grandes pedazos de cal. Después, se enfrentaba a su mujer:

—Tienes la sangre enferma y se la trasmites a nuestros hijos, señorita de Andrade, ¡solo hay que ver cómo son! ¡Enanos de circo!

Y luego cambiaba la voz y el gesto, se cepillaba la chaqueta con la mano y le ofrecía una copita de tostado de ribeiro al médico, que se la tomaba sin quitarse los guantes.

Paquito se encerraba en su cuarto y fingía no oír nada. Cantaba mientras dibujaba sus edelweiss:

*A Virxen de Guadalupe
cando vai pola ribeira
descalciña por la area
parece una rianxeira .*

Aunque de pronto se tapaba los oídos e inclinaba la cabeza sobre la mesa y se estaba así horas y horas.

La vieja criada entró un día con una vela en su habitación y le dijo:

—Tu hermana aún durará hasta que suba la marea.

Los perros aullaron y Pacita murió. Pilar se vistió de negro hasta el final de sus días, y la infancia de Paquito, si es que la tuvo alguna vez, también se fue con su hermana, silenciosamente.

«Siempre fue un niño viejo... Nunca le vi hacer cosas de niños», sentenció su hermana.

En la escuela no aprendió nada. Él mismo lo rememoraba con desprecio:

—Me dieron una educación atrasada, sin profesores buenos, se limitaban a tomar la lección por el libro, sin explicaciones ni aclaraciones, ¡no enseñaban! Solo a memorizar sin sentido.

Después del colegio de curas, llegó la preparación para entrar en la escuela naval, en la academia del capitán de corbeta Saturnino Suanzes. Por primera vez se separó de su hermano Colás: este ingresó en la Escuela de Ingenieros Navales.

El grupo familiar se iba disgregando; todo tenía un aire de punto final. El día en que su hermana Pila quemó una silla del salón tratando de emular a Juana de Arco en la hoguera, la madre decidió ingresarla en un convento de monjas. Por primera, y quizás última vez, se enfrentó a su marido:

—Quiero que Pila estudie para maestra. Es lista, ¡vale mucho! No quiero que sea solo...

Iba a añadir «... una señorita inútil de provincias como yo», pero se calló en el último momento. Su marido, ya desinteresado de la marcha del hogar, asintió con indiferencia.

Paquito se concentró en sus estudios; a final de curso se iba a examinar a La Coruña con su primo Pacón y se quedaban a merendar en casa de su tía Gildita, que les daba las sobras que hurtaba en la plaza, un plátano pasado, una manzana agusanada, un trozo de membrillo rancio. Siempre le preguntaba:

—¿Tienes novia?

Paquito se ponía rojo como una amapola y la tía lo reconvenía:

—Ya te deben gustar las mozas, *hom*.

Las niñas. Sí, le gustaban; a veces miraba cómo la falda les golpeaba las pantorrillas por detrás cuando corrían, o cómo se hacían la trenza al lado y luego se la echaban sobre la espalda de golpe, o cómo caminaban, tan elegantes, por la calle Real de La Coruña en verano, con sus blusas escotadas, que dejaban ver los cuellos fuertes y blancos, y sentía el ansia de cogerlas de la mano, de cuidarlas, de guardarlas como si fueran criaturas preciosas.

Él quiere encontrar una novia que sea como su madre, una virgen pura para adorarla.

Cuando sus amigos hablan de «cochinadas», como él las llama, se pone a sacarle punta a un lápiz, o a limpiarse los zapatos con una hoja de castaño, o a calcular quién saldrá volando primero de la copa del árbol, si una tórtola o una *pega*, pensando en el fondo que todo es mentira y que lo dicen por darse importancia.

Cuando salían de la casa de la tía Gildita, Pacón protestaba indignado:

—Qué más quisiéramos que tener novia, ¿verdad, Paquito?

Sofía Mille, por ejemplo. Altiva, delgada, de pelo castaño, con el rostro alargado y pálido de una figura de cera, se parecía un poco a la virgen del Chamorro. Los amigos le embromaban y le decían:

—Tú le gustas... acércate a ella.

Paquito se revolvía. ¡Él se contentaba con admirarla en silencio! Pastor Nieto es el único que habló de aquellos amores infantiles:

—Entonces, si te enamorabas debías entregarle a la niña que te gustaba una estampa de la virgen María, y si le gustabas, ella te tenía que dar las gracias, y si no le gustabas, pues no.

En la plaza Amboage, los amigos conchabados le pusieron una estampa de la virgen a Paquito en la mano y lo empujaron hacia Sofía, que saltaba a la comba con

una amiga. Paquito no tuvo más remedio que llegar donde ella estaba y aguardar con la estampa en la mano a que dejara de saltar.

Con frialdad, la niña se detuvo, enrolló la cuerda, se acercó a Paquito, que esperaba con la mano tendida como un pedigüeño, cogió la estampa y la rompió en mil pedazos que tiró al suelo. Mientras se iba, se echó las trenzas hacia atrás y aun le dijo con displicencia:

—Déjame en paz; no me gustas.

Cuando contaba este episodio, muchos años después, Pastor reía hasta que se le caían las lágrimas:

—¡Paquito se puso a llorar y corrió a las faldas de su madre! ¡Eso que ya estábamos a punto de entrar en la Marina como cadetes!

Es de suponer la poca gracia que le harían estos comentarios al entonces ya Caudillo, aunque no consta en acta si tomó alguna represalia sobre su amigo de juventud.

Con razón dicen los ingleses «nadie es un héroe para su lacayo». A lo que podríamos añadir en este punto, «ni para sus amigos de infancia».

Paquito se aisló de su familia; en casa siempre estaba encerrado en su cuarto estudiando, su madre lo miraba con tristeza pero no se sentía con fuerzas para consolarlo. Fueron dos años de preparación exhaustiva, que terminaron con una gran decepción. El rey ya tomaba sus propias decisiones porque se había hecho mayor, ¡tan mayor que incluso se acababa de casar con una princesa inglesa de la que la madre de Paquito decía «es muy elegante»!, ¡y tan mayor que ya había tenido su primer hijo, un bebé gordo y rubio que salía mucho en las revistas! Lamentablemente, una de las primeras decisiones que tomó fue cerrar la Escuela Naval meses antes de que ingresara Paquito:

—No hay dinero... no se necesita ninguna flota importante porque no hay imperio que defender...

Esas fueron las justificaciones que se dieron, y Ferrol entero se sumió en el desaliento.

Pero Paquito ya había determinado que para él los estudios de niño y la infancia se habían terminado. Ya no había vuelta atrás.

Se enfrentó a su padre y le dijo:

—Si no puedo ser marino, quiero entrar en el Ejército de Tierra. Voy a presentar mi solicitud en la Academia de Infantería de Toledo.

La madre arguyó débilmente:

—Pero ¡tan joven, hijo!, ¡irte de casa, separarte de nosotros!

Algo debieron ver en los ojos del hijo que la discusión se terminó en un momento. Se pidió plaza en la Academia de Toledo. Paquito solo tenía catorce años; en caso de ser admitido, sería el cadete más joven, ya que se solía entrar a los diecisiete.

El día en que dejó a la vez su ciudad y su niñez, un caluroso domingo del mes de

julio de 1907, Paquito desayunó una taza de caldo, se echó el petate al hombro y fingió despreocupación delante de su madre. Pilar también fingió que se lo creía. Pero consiguió abrazarlo en el pasillo, lo abrazó fuertemente, ¡todavía era más alta que él, no siéndolo mucho! Y le susurró al oído las palabras de la infancia:

—Neniño...

Lo apartó de sí para mirarlo, los ojos color avellana anegados en lágrimas. Paquito se agarró a ella muy fuerte, enterró su rostro en su pecho, que olía a espliego, a mentol, a cera, un poco a lejía, ¡el olor de las madres!, hasta que sintió la manaza de su padre sobre el hombro:

—Venga, no te pongas a hacer la Paquita ahora; tú, mujer, déjalo, que la lancha no espera.

Los ojos de su madre continuaron brillando dentro de él mientras iba hasta el muelle caminando dos pasos por detrás de su padre.

Porque Nicolás se había empeñado en acompañarlo a Toledo. Paquito sabía la verdadera razón de este viaje: su padre tenía una «fulana» en Madrid y a la vuelta se quedaría unos días con ella. Quizás ya para siempre.

Se lo había contado Colás con suficiencia:

—Se llama Agustina, y le escribe cartas en las que le llama amor mío y le pone dibujos en los que sale la picha.

Con brutalidad, Colás le reveló la realidad de la vida:

—Papá se quiere ir a Madrid con ella para hacérselo todas las noches.

Y ponía el dedo índice y el pulgar formando un círculo en el que metía una y otra vez el dedo de la otra mano.

Paquito se tiró ciegamente hacia él:

—Calla, qué asco; calla, cerdo, tú qué sabes.

Colás reía tanto que apenas podía defenderse:

—Pues qué te crees que hacen nuestros padres... Cómo te crees que hemos nacido nosotros... —Lo que hemos repetido todos los niños desde que el mundo es mundo—. Bobo. Cerillita, bebé pequeño... —Se zafaba de su hermano y corría hasta el extremo del cuarto y allí alzaba las manos y continuaba haciendo el gesto grosero —: Así... ellos también... así, así...

Puñetazos, patadas, mordiscos, a todo recurría Paquito mientras le gritaba con un tono tan agudo que parecía el de una tiza contra una pizarra:

—Mamá, no; mamá, no; mamá, no.

No recordaba el día en que entró en su habitación y los vio, o tal vez sí que lo recordaba.

Abría la boca Nicolás dando una inmensa risotada a pesar del dolor que sentía, se zafaba de su hermano, bailoteaba alrededor de la habitación y continuaba poniendo los dedos en círculo:

—Mete saca mete saca.

Con una mirada terrible, Paquito cogió las tenazas de la chimenea. Se acercó a su

hermano.

Y si no llega la madre a separarlos lo mata.

Padre e hijo cogieron primero la lancha hasta La Coruña, y de allí el tren que debía llevarlos a Madrid. Asomado a la ventanilla, Paquito iba viendo alejarse el paisaje de su infancia: un campesino en un carromato tirado por un caballejo de larga crin, una mujer que conduce las vacas —su pañolón de color rojo destaca en el verdor brillante—, los álamos negros que pasan a una velocidad de vértigo, las chimeneas humeantes que también parecen decirle adiós.

*Adios, vista dos meus ollos;
non sei cando nos veremos.*

El tren horadaba la quietud veraniega, el blando sosiego campesino, y de pronto el traqueteo monótono cambiaba por un rugido tremebundo porque entraban en un túnel, y el hollín se metía en los ojos y en la garganta haciéndolos toser a todos. Era el primer viaje de Paquito, y lo rememora muchos años después delante del médico que recopiló sus recuerdos de juventud: «Yo abría y cerraba las ventanas e iba por el corredor... me impresionó el contraste repentino entre la vegetación de mi tierra y los montes pelados, solo alterados por la zona de viñas del valle del Bierzo».

El padre, detrás de él, mordiéndose el bigote amarillento por el tabaco y leyendo el periódico, solo le decía con voz hastiada:

—Cierra la ventanilla.

Y aunque él creía que nadie había advertido su pasmo, su padre lo humilló avisándolo:

—Y no hagas tantos espavientos, pareces un *pailán*.

Se sintió avergonzado y se sentó. Paquito recuerda que:

—Fue un viaje muy duro; la compañía adusta y rígida de mi padre, su falta de solicitud y de confianza no me lo hicieron ni simpático ni cordial.

Apoyó la cabeza en la ventanilla, vio el reflejo de su rostro en el cristal oscuro y sintió que el traqueteo del tren le decía: «La España gloriosa tiene que volver. Por el imperio hacia Dios. Borraremos la vergüenza del desastre. ¡Nuestro deber es morir por la patria!».

Echó el aliento sobre el cristal, lo borró con la mano, aparecieron lentamente los añorados ojos maternos y una oleada de ternura lo sobrecogió. Paquito no sabía que, a su misma edad, catorce años, un muchacho francés llamado Marcel Proust, a la pregunta «¿Cuál es tu idea de la infelicidad?», había contestado: «estar separado de mamá».

A la altura de Ávila se quedó dormido.

3. FRANQUITO (1907-1917)

Academia de Toledo.

—¿Estatura?

Pegado a la barra vertical del tallímetro, muy derecho, el soldado de Infantería Francisco Franco miraba fijamente al frente. Si se estiraba mucho, mucho, quizás crecería un par de centímetros. Metió las nalgas, tensó los muslos, intentó alargar el cuello hasta casi descoyuntárselo. Se puso ligeramente de puntillas, lo justo para que no se le notase.

—No hagas trampas, chaval.

La segunda planta del Alcázar de Toledo, semivacía, reverberaba de luz. El sol de agosto caía a plomo sobre las paredes de piedra recalentadas por el largo verano castellano y el aire inmóvil parecía complacerse en un enorme bostezo vacacional. La mayoría de los cadetes todavía no habían llegado. Un funcionario administrativo de aspecto apático realizaba la filiación del nuevo soldado. Miró distraídamente unos ojos grandes, abiertos, vivos, que se le comían toda la cara.

—Coño, coño, coño, mira a quién tenemos aquí, un figura...

Se acercó a él para bajar la barra horizontal hasta que le tocó el occipucio. Paquito, inmóvil, ni siquiera parpadeaba. El oficial se detuvo un momento observándolo con curiosidad, ¡él, que tallaba a centenares de soldaditos llegados de toda España cada seis meses! Le preguntó bruscamente:

—¿De dónde eres?

—De Ferrol.

—Pero eres un niño.

—¡Catorce años, señor!

El hombre, colilla pegada al labio, miró la medida que marcaba el tallímetro, mientras le decía con indiferencia:

—Te aconsejo que bajes los ojos delante de tus superiores, y ándate con cuidado, que hay por aquí mucha mala leche... Joder, que te veo a ti muy imberbe, no sé si vas a aguantar esto...

Paquito lo miró con ferocidad:

—¿Aguantar? ¡El ejército va a ser mi familia hasta que me muera! ¡Que será en un campo de batalla con honores!

El oficial se rió con socarronería:

—Sí, sí, te ha salido muy bonito... Tira, va, tira... héroe... Daoíz y Velarde... — Y apuntó las medidas en el certificado—: 29 de agosto de 1907. Cadete Francisco Franco Baamonde. 1,64. ¡Ya puedes irte, Franquito!

Las pisadas de las botas nuevas de Paquito rechinaban en los corredores con un sonido que recordaba vagamente los carros de los bueyes llegando al establo de la

lejana aldea. El imponente Alcázar de Toledo, inmutable desde hacía quinientos años, repetía el sonido, que llegaba hasta las altas bóvedas y se desparramaba por el patio vacío, donde había caracoleado el caballo de Carlos V. Por las juntas del empedrado crecían unas hierbas pajizas, y un grillo, despistado, cantaba intermitentemente escondido en el capitel de alguna columna.

Pero, cuidado, que para Paquito el Alcázar no estaba desierto. Las voces de los muertos de todas las batallas que ensangrentaron este país ahora descarnado y pobre, pero en otro tiempo imperio, le decían al oído:

—Tú serás uno de los nuestros.

El mismísimo Carlos V, honrado en piedra en el centro del patio, exhibía una leyenda en su base que conmovió al niño profundamente: «Quedaré muerto en África o entraré vencedor en Túnez».

¡África! ¡Túnez! ¿Por qué estas palabras impresionaron tanto a Paquito? Años después, el gran poeta Manuel Machado contó en unos versos la fuerza evocadora que de forma misteriosa tienen algunas palabras:

*¿Qué tienen, madre, qué tienen
estas palabras que suenan
tan adentro de mi pecho
y tan lejos y tan cerca...? [...]
¿Qué dicen sin decir nada...?
Sin contar nada ¿qué cuentan...?*

¡África! En Marruecos quedaban los últimos restos del imperio español, un trozo de desierto, Melilla, Tetuán y poco más, y un moro llamado El Mizzian, montado en un caballo negro, sembraba el terror entre los soldados españoles. El Mizzian, que decía:

—A mí solo puede matarme una bala de oro.

El Mizzian, que predecía el futuro y vaticinaba para su hijo un porvenir extraordinario:

—¡Sin dejar de ser moro, será español y mandará más que el rey!

De cómo se cumplió esta asombrosa profecía iremos dando cuenta en este relato.

¡África! Esa palabra encendió en Paquito un anhelo estimulante y nervioso, como esa electricidad que acababan de poner en la casa de Ferrol, de la que la criada decía:

—En habiendo tantas *cousas bonitiñas pra* inventar, ¿por qué discurrieron esa porquería?

Sin querer, Paquito sonrió. El recuerdo de su familia por un momento le hizo olvidar dónde estaba. Pero de repente la vergüenza enrojeció sus mejillas y se ocultó en la sombra del corredor, como temiendo que alguien lo viera. ¡Porque su padre se había ido por fin a vivir a Madrid definitivamente con la fulana de la que le había hablado Colás! Paquito sabía que se llamaba Agustina, era joven, y unos decían que

era maestra, y otros que trabajaba en un circo.

Su padre, mil veces maldito, había clavado la espada del abandono en el corazón de su madre, que ahora se le asemejaba a la imagen del Sagrado Corazón chorreando sangre que presidía el comedor familiar.

Su madre se lo había contado a su manera, como no dándole importancia, mientras le hacía la maleta:

—A papá lo trasladan a Madrid... el pobre está muy disgustado... yo misma le he buscado un ama de llaves para que lo cuide, porque yo no puedo ir... ¡por vosotros!

Vosotros era Pila, que estaba interna con las monjas, vosotros era Colás, en la Escuela de Ingenieros Navales, era el pequeño Ramón, que se cuidaba solo y quería ser aviador y volaba con los brazos extendidos por toda la casa haciendo:

—Brrrr brrr.

Vosotros era la tumba de Pacita en el cementerio de Canido.

Claro que Paquito solo contestó:

—Sí, mamá. Mejor no vayas.

Suavemente, pero con voz serena, la madre le había dicho:

—A lo mejor viene el abuelo a vivir conmigo, aquí... es mayor y necesita que lo cuiden...

¡Cuidar al abuelo, que salía a cazar solo por los montes en invierno y en verano, que se bañaba desnudo en las pozas de los ríos, que se negaba a tener chimenea y encender fuego en su casa porque decía que eso era cosa de afeminados! ¡Cuidar al abuelo, que para divertir a los nietos les enseñaba los bíceps, boxeaba con ellos y les retaba a hacer carreras!

Era el miedo a la soledad lo que le hacía recabar a Pilar el auxilio del padre, que a regañadientes había consentido en ir a la casa de la calle María, refunfuñando:

—Más que vivir conmigo, tenías que irte a Madrid y presentarte en la casa de ese rufián para echar a la pelandusca.

La hija se llevaba la mano a la boca para ahogar un grito y don Ladislao la miraba con compasión:

—Es que de tan buena eres boba.

La tía Gildita, la propia hermana del rufián, apoyaba esa idea:

—Sí, Pilar, tú has de defender lo que es tuyo, ¡mi hermano es un canalla y un sinvergüenza, y no se ha enterado de que tú eres una santa! ¡Ya se dará cuenta alguna vez y vendrá arrastrándose!

Se le iluminaban los ojos a la pobre Pilar ante la perspectiva de ver a su marido arrastrándose hasta el umbral de su casa y suplicando su perdón y quizás incluso subiendo con ella de rodillas por el Pico Douro para venerar a la virgen del Chamorro. ¡No, no, eso era demasiado! ¡Hasta en los sueños tiene que haber cierta lógica! Con que le pidiese perdón era suficiente, y ya sonreía con suavidad Pilar, ya extendía la mano generosa para posar los dedos en la frente del arrepentido, cuando la tía Gildita rompía a toser como un carretero, la miraba de forma escrutadora y

decretaba:

—Claro que, pensándolo bien, lo veo difícil que vuelva, la pelandusca solo tiene veinte años y parece mulata, y ya sabes que a Nicolás las mulatas...

«Guajira... *Akin mahal...*».

A Pilar le iban a hablar de mulatas.

Todo esto lo sabía Paquito, pero se limitó a asentir con los ojos bajos, poniendo primero las botas que ocupaban casi toda la maleta, sabiendo que su madre espiaba todas sus reacciones:

—Sí, mamá, quédate con el pobre abuelo —y aun añadió—, y luego, cuando papá deje Madrid y a nosotros nos destinen a Ferrol y volvamos a vivir juntos, él que regrese a su casa.

La madre fingió animarse:

—Claro, y tú, cada vez que pases por Madrid, vete a ver a tu padre... Mira, te pongo estos libros, estas biografías de grandes hombres, y luego se las pasas a él, que ya sabes que tanto le gusta leer...

Y con un hilo de voz añadía sin mirarlo:

—Y luego me cuentas cómo está y eso.

Paquito por dentro dijo una de las pocas imprecaciones que se iba a permitir en la vida: «¡Y un *carallo* voy a ir a la casa de mi padre y de su puta!».

Aunque por fuera asintió mansamente mientras murmuraba:

—Gracias, mamáña.

A Paquito le hubiera gustado ser mayor, o por lo menos más alto, y abrazar a su madre y que ella apoyara la cabeza en su hombro, y besarle las manos y los pies como se hace con la virgen. Pero los dos continuaron haciendo la maleta, las biografías de Julio César, Disraeli, Juan de Austria y García Moreno:

—Mamá, ¿quién es García Moreno?

—Este te lo ha traído el padre Comellas. Es un presidente ecuatoriano que consagró su país al Sagrado Corazón...

—Qué bonito, madre...

—Le llamaban dictador...

¡Dictador! Paquito paladeó la palabra, no le disgustaba, después colocó bien doblados los flamantes uniformes de cadete compuestos de tres guerreras, una de paño oscuro para galas y dos grises para diario, y cuatro pantalones, dos grises y dos rojos, además de las mudas de algodón, el papel de cartas, los sobres y los sellos, la foto de los hermanos donde Pila lleva un gran lazo de color blanco en un lado de la cabeza, la foto de la madre, ya con el cabello oscuro entreverado de plata y con los ojos tristes a pesar de la sonrisa, el misal de tapas de raso negro de la Comunión y una estampa de la virgen del Chamorro.

No, del padre no había foto.

Y hasta que el barco salió continuaron hablando de una vida familiar que los dos sabían que no iba a volver nunca.

Un lejano toque de fagina rebotó en los muros del Alcázar, y Paquito volvió en sí y apretó los puños, ¡si tuviera ahora delante a su padre le reventaría la cabeza!

Volvieron las voces de los muertos, los lúgubres lamentos de Numancia y Zaragoza donde mujeres como su madre habían disparado cañones y matado enemigos a punta de bayoneta. Oyó a Fernando III uniendo Castilla y León al grito de:

—¡Aquí empieza España!

Lo dijo al menos un actor al que la peluca algo apolillada y el traje raído no restaban ni un ápice de gallardía en una obrita en el Ateneo que los hermanos habían visto ese verano. Para que no cupieran dudas, la obra se titulaba *Fernando III el Santo. Aquí empieza España*.

Paquito se puso a recitar a gritos el epitafio del Cid Campeador, ¡otro de sus héroes!, que se sabía de memoria:

*El Cid Ruy Díaz soy, que yago aquí encerrado
y vencí al rey Bucar con treinta y seis reyes paganos.
De estos treinta y seis reyes, veintidós murieron en el campo;
los vencí en Valencia después de muerto encima de mi caballo.
Con esta son setenta y dos batallas que vencí en el campo.
Gané a Colada y a Tizona: por ello, Dios sea loado.
Amén.*

Sus botas nuevas rechinaban sobre el empedrado, Paquito desenvainó el sable que acababa de comprarse por treinta y cinco pesetas en el establecimiento de accesorios militares de don Jerónimo Parra y trazó una zeta en el aire. Ahora eran los lamentos de los marineros de la Armada Invencible hundida en el canal de la Mancha por los ingleses en 1588, los soldados fusilados el 2 de mayo de 1808 en Madrid por las tropas francesas. Paquito hendía el aire con su espadín dando mandobles terroríficos:

—Atrás, gabachos...

Ahora venía lo peor de todo, las voces de los soldados en Cuba luchando contra los nativos en los manglares:

—Masón, mambís, atrás...

Los marineros hundiéndose con sus barcos en la bahía de La Habana bajo el fuego norteamericano. El regreso de los repatriados, las camillas de los agonizantes y los hombres con los ojos llenos de horror. Los mutilados que recorrían incansablemente las calles de Ferrol haciendo ruido con sus patas de palo.

Entre todos estos recuerdos dolorosos se abrían paso los lugares de nombre exótico y al mismo tiempo familiar. Paquito paladeaba las sílabas:

—Melilla, Gurugú, Casabona, Uad Lau, Xauen, Alcazarquivir, Tetuán...

Porque ya no era el soldado número 4595 de la Tercera Compañía de su promoción, ¡el más joven de todos!, ya no se acordaba ni de Ferrol, ni del verano que había pasado luciendo su uniforme por el paseo de Herrera, ya no se acordaba ni de su padre ni de sus hermanos, ¡de su madre sí, porque madre y patria son lo mismo! Y era la madre la que le susurraba:

—Tú serás muy grande, Paquito, devolverás la gloria a este país. ¡Serás un nuevo Juan de Austria, un nuevo Cid Campeador, un nuevo García Moreno!

—¡Atrás, atrás, yo devolveré la gloria a este país!

Un comentario burlón muy cerca de él lo sobresaltó:

—Eeeh, chiquitín.

Se detuvo con un pie en al aire, el sable desenfundado y una profunda y dolorosa sensación de ridículo.

Cuatro cadetes lo observaban entre risas:

—¿Qué haces, hombre? ¡Te vas a hacer pupa!

Uno se le acercó por detrás:

—Eso que hacías era danza, ¿no, chiquitín? Porque me da a mí que tú eres marica.

Otro se puso a su izquierda:

—Marica, no, mariquita, porque eres enano de circo.

Paco intentó envainar el sable, pero con los nervios no acertaba donde estaba la funda. Con el pie uno de los cadetes tiró el espadín al suelo, donde rebotó con sonido metálico. Paquito se lanzó para recogerlo, pero uno de los muchachos, el mayor, empezó a darle patadas como si fuera una pelota mientras otros dos le apresaban los brazos por atrás:

—El chiquitín se ha enfadado, ¿cómo se llama el chiquitín?

El cuarto cadete ya le arrancaba los papeles que llevaba en el bolsillo de la guerrera y leía:

—Francisco Franco Baamonde.

Los cuatro rieron y el mayor dijo:

—Franco es mucho nombre para ti, ¡te llamaremos Franquito!

Otro empezó a saltar detrás de él con el sable en alto:

—Franquito, cógelo, Franquito, cógelo.

Sin poder moverse, intentó una maniobra desesperada, los botones saltaron y se le abrió la guerrera.

—Dejadme, dejadme.

Al oír su voz, arreciaron las risas. Uno le puso la zancadilla, consiguió tirarlo al suelo y colocar la bota sobre su pecho; empezó a apretar. El mayor aproximó su cara a la suya susurrando con las notas altas del acento gallego de la costa:

—Franquito, Franquito. Estás muy tierno... vete con cuidado por las noches... Franquito... Me llamo Pereira, acuérdate de mí por las noches...

Paquito cerró los ojos pensando que había llegado su último momento, le pareció

que le venía a la boca el sabor de la leche que había mamado, el olor de la ría en las noches húmedas, la voz de su madre:

—Paquiño, nene mío.

Cuando de repente la presión cedió, se oyó ruido de pisadas. Abrió los ojos y vio unas botas negras, relucientes, y un vozarrón que venía de lo alto:

—¡Cadete, en pie!

Paquito se levantó, se sacudió el polvo del uniforme, se abrochó la guerrera, recogió su sable y lo envainó. Hizo el saludo reglamentario. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos, pero se contuvo; levantó los párpados frente a un teniente que lo observaba con socarronería:

—¿Qué estaba haciendo, cadete?

Sus cuatro atormentadores se mantenían en grupo detrás del oficial, a la expectativa.

Silencio.

El teniente volvió a preguntar:

—¿Qué ha pasado, cadete? Soy su superior y exijo la verdad.

Los cuatro muchachos lo taladraban con los ojos, pero Paquito ni siquiera los miró al responder:

—Nada, mi teniente. He tropezado y me he caído.

—¿Se ha caído usted solo, cadete?

—Sí, señor, llevo botas nuevas y el suelo está levantado.

El teniente lo miró con burla:

—¿Es que en su aldea no llevan zapatos, soldado? ¿Está usted acostumbrado a los zuecos?

Los cuatro cadetes rieron la gracia del oficial, y Paquito empalideció:

—Sí, señor, quiero decir, no, señor, nunca llevé zuecos.

—Cadete, no me gusta que los soldados anden tirados por el suelo, ¡hay que honrar este uniforme!

—Sí, señor.

El teniente se giró y les dijo a los otros muchachos:

—Y esto va también por ustedes. Por usted, Guarner y, sobre todo, por usted, Pereira.

El muchacho que parecía el líder del grupo tartamudeó:

—Sí, señor.

—Usted es gallego también, ¿no? Como este cadete.

Pereira se irguió y contestó con arrogancia:

—Gallego sí soy, pero no como él porque yo nací en Coruña.

El oficial se alejó, y Paquito entró en el inmenso dormitorio, se fue al rincón que le habían asignado, sacó su maleta de debajo de la cama, cogió la foto de su madre, la acercó a sus labios y así estuvo toda la noche.

Franco, años después, recordará aquella época con gran tristeza: «Fue un

calvario... qué triste acogida tuve, ¡yo que llegaba lleno de ilusión a incorporarme a la gran familia militar!».

Y también le dictó a su médico en un conato de Memorias que nunca terminó: «La impresión por este abuso la conservé toda mi vida».

La primera noche le tiraron la sábana al suelo y le movían la cama. No le dejaron que se lavara la cara, le echaron el plato de migas del desayuno sobre los zapatos recién lustrados. Al toque de corneta se reunió con sus 350 compañeros en el patio del Alcázar, frente a sus tres profesores. Al sol. Apenas podía tenerse en pie, pero recordó el consejo del oficial administrativo y cuando el teniente pasó frente a él, bajó los párpados.

El oficial se detuvo:

—Cadete, ¿cuánto mide?

Paco tartamudeó:

—164, señor.

Con voz lo suficientemente alta para que lo oyera el batallón entero, le dijo:

—Cuando vaya a recoger el armamento, diga que al cañón de su fusil le recorten quince centímetros.

Al final del primer día les dieron los libros que debían utilizar durante el curso y les conminaron a colocarlos junto a su ropa en una pequeña taquilla. Durante muchas semanas, cuando se levantaba, lo encontraba todo desbaratado. La ropa por el suelo, los libros desaparecidos, los cuadernos manchados de tinta. Cada día el profesor, con sorna, le preguntaba:

—Cadete, ¿hoy se le ha vuelto a abrir el tintero ensuciándolo todo?

Con las mejillas enrojecidas, Paco contestaba:

—Sí, señor, anoche no lo cerré bien y se ha manchado toda la taquilla.

—¿Y sus libros, cadete?

Paco sentía la mirada de sus verdugos clavada en la nuca, «¡mis torturadores! ¡Esa minoría indeseable, esos perdigones resentidos y pesimistas!», como los recordó más tarde, todavía lleno de rencor, ¡aunque habían pasado setenta años!

—Señor, olvidé colocarlos y los he perdido.

—Búsquelos, cadete, y no regrese a la clase hasta que los haya encontrado.

Cada noche, después de las clases, de las prácticas de tiro en el campo de la Vega donde el pequeño fusil de Paco despertaba la risa hasta de sus superiores, después de las marchas agotadoras por los montes de San Servando, mientras sus compañeros jugaban a las cartas o hablaban de chicas, escribía sus tribulaciones a su madre.

Las conversaciones de los muchachos le llegaban inconexas:

—A mí me gustan con las tetas muy grandes... que no quepan en una mano...

—En mi pueblo hay una moza que por una peseta se sube las faldas y te deja mirar...

—¿Y cómo es la *cona*? —preguntaba uno, curiosón.

Y el muchacho, que era de una aldea cerca de Vigo, contaba con suficiencia:

—Tiene pelo hasta la rodilla, y si te acercas huele a berberecho —y alardeaba, haciendo un gesto de hartazgo—. *Bo*, yo ya he visto por lo menos diez coños.

Pereira terciaba:

—Eso es de aldeanos; mi padre, cuando cumpla dieciséis años, me va a llevar de putas.

A Paquito le hubiera gustado taparse los oídos. Las niñas que a él le gustaban, las amigas de Pila, Sofía, Paquita, Ángeles, tenían rostro y manos y quizás pies, pero nada más. Desde el cuello hasta los dedos de los pies eran como las muñecas de su hermana, que Colás desnudaba para ver qué había debajo: un amasijo de cartón piedra informe e indeterminado al que ni siquiera se habían molestado en pintar del color de la carne. Se podía besar la frente alta y pura, se podía estrechar las manos, se podían acariciar los pies... y Paquito sentía en su interior algo que no sabía muy bien cómo explicar, un sentimiento profundo, un anhelo de perfección, un ansia angelical de cuidar, de mimar, de proteger... Y si alguna vez notaba que su entropierna, a pesar de todo, se abultaba, se avergonzaba, cambiaba de pensamientos y se ponía a rezar un padrenuestro detrás de otro hasta que la desazón cedía. Alguna vez, por la mañana, se despertaba con el pantalón acartonado y comprendía con rabia que al fin estaba hecho de la misma pasta grosera que los otros chicos, pero entraba en el cuarto de aseo antes que los demás, pasando incluso ante los cadetes más veteranos aunque eso le costase abrirse paso a empujones, y se frotaba tanto la piel que se hacía sangre.

¡Se hubiera arrancado el miembro para no ser como su padre!

El fin de semana, mientras los cadetes se desparramaban por una ciudad que los acogía fríamente y se gastaban las dos pesetas que les enviaban desde casa tratando de avistar los tobillos de las chicas que tomaban horchata en la plaza Zocodover, él se quedaba leyendo los libros que se había llevado y los que le prestaban en la biblioteca. A veces dejaba el libro encima de la cama y en el enorme dormitorio silencioso se advertía tan solo como si el mundo entero se hubiera quedado desierto.

El 13 de abril tuvo lugar su jura de bandera. Paquito únicamente se atrevió a confesarle sus sentimientos a su madre, pero utilizando la misma retórica que había leído en los libros:

—¡Es la entrega voluntaria de mi vida a la patria!

Se levantó más temprano que los demás. Le sacó brillo a las botas hasta que parecieron espejos. Aceitó su fusil, repasó los correajes, limpió los guantes de cabritilla. Impecable, satisfecho de sí mismo, se vistió parsimoniosamente con la guerrera de gala oscura y el pantalón encarnado, mientras sus compañeros todavía se frotaban las legañas de los ojos. Solo le faltaba el sable. ¿Dónde estaba? Lo había dejado encima de su taquilla. Lo buscó por todas partes, cada vez más nervioso. Hasta que se dio cuenta de las risitas contenidas, las miradas de burla. Con los labios apretados se puso a gatas para mirar debajo de todas las camas. Las sonrisas se

convirtieron en carcajadas y una oleada incontenible de risas recorrió todo el dormitorio:

Vicente Guarner, con su acento valenciano, encabezó el coro:

—Ea ea ea, Franquito se cabrea.

El toque de corneta los sorprendió. Todos terminaron de arreglarse rápidamente y fueron saliendo. Franquito, desesperado, se subía ahora a las sillas para mirar encima de los armarios, entró en el cuarto de baño, encharcado, con toallas sucias tiradas por el suelo, el retrete rebosante... ¡El momento más importante de su vida echado a perder! En la puerta se oyó la voz fría de un teniente:

—Cadete. ¿Qué hace?

Detrás de él, Pereira disimulaba mirando el suelo.

Franquito le contestó:

—No encuentro mi sable, señor.

El oficial se echó a reír, lo que envalentonó a Pereira, que dijo:

—Mi teniente, es un chico aldeano torpe, no sabe ni caminar... Por las noches llora llamando a su madre, porque la madre...

Ahí sí que no. La madre, no.

La dulce madre engañada, sola en el enorme caserón de Ferrol, sola porque está sin él.

No.

Nube rojo sangre delante de los ojos. Cegado, levantó la mano. Sobre la mesa alguien había dejado una pesada palmatoria de bronce. La agarró por la base, se dirigió a Pereira y se la tiró a la cabeza.

Y lo hubiera matado si el teniente no lo hubiera cogido del brazo y lo hubiera arrastrado hasta delante del coronel Villalba, el director de la academia.

A Pereira, dejando un rastro de sangre sobre el empedrado, lo llevaron a la enfermería. Desde los corredores Franquito podía ver a los familiares endomingados esperando en el Patio de Armas a que empezara la ceremonia. A él nadie lo iba a venir a ver. Ahora era solo un muchacho de quince años al que seguramente iban a expulsar del cuerpo. ¡Él, que quería ser soldado por encima de todo, que amaba a su patria lo mismo que a su madre!

¡Qué injusta era la vida!

En el Cuarto de Banderas el coronel, en traje de gala, nervioso porque ese era el día cumbre del año, lo miró con rabia y le dijo al teniente bruscamente:

—¿Qué pasa?

—Le ha tirado un candelabro a otro cadete y le ha abierto una brecha.

El coronel lo miró con detenimiento. El cuello, delgado y vulnerable, surgía de la guerrera pidiendo aún la caricia materna. Esta vez Franquito no bajó los ojos, y el coronel le preguntó:

—¿Tú no eres ese muchacho de Ferrol que siempre pierde los libros?

—Sí, señor.

Se acercó a él paternalmente, le puso la mano sobre el hombro, y le dijo:

—Ahora estamos en confianza... Yo sé lo que son las novatadas y no te creas que me gustan... dínos quiénes son tus enemigos, queremos tomar cartas en el asunto...

Mirando al frente, Paquito dijo:

—Nadie, señor.

El coronel Villalba, el teniente, los soldados de guardia lo miraron con curiosidad:

—Dinos la verdad, cadete. Te quedan todavía dos años y medio de academia... no llegarás al final si no los delatas...

Paquito ni siquiera dudó:

—No sé de qué me habla, mi coronel, desconozco lo que son las novatadas. Se me escapó la palmatoria de las manos y soy yo el que pierde los libros.

—Cadete, ¿sabe que este puede ser el fin de su carrera militar?

—Sí, señor.

Hubo un silencio, y en un segundo se decidió el futuro del que habría de ser Generalísimo de los ejércitos. El segundo que tardó en decidirse el coronel Villalba.

Si él hubiera querido, en esos momentos hubiera cambiado el destino de España y quizás la historia del mundo.

Sacudió la cabeza; el teniente lo miró, expectante. El coronel se encogió de hombros, se puso su esclavina, ya que había empezado a llover, e hizo un gesto con la mano, desentendiéndose del asunto:

—No dé parte, teniente. Este cadete no merece ser castigado.

Y colocándose bien sobre el pecho la Cruz al Mérito Militar que había ganado en Marruecos, le dijo:

—Eres valiente, cadete...

Y otra vez se giró al teniente con una última recomendación:

—Y que le den el fusil reglamentario, sin recortar.

Los dos ordenanzas, soldados como Franquito, ambos andaluces, mientras abrían la puerta se dijeron el uno al otro:

—Tiene *cohone er tío*.

Pereira, que esperaba en el pasillo con la cabeza vendada, repitió como un eco:

—Tiene cojones.

Salió del cuarto Franquito, y ya era otro hombre.

Cojones, sí. Muchos. Demostrado.

A finales del primer año llegaron su primo Pacón y Camilo Alonso, que, al ser huérfano de guerra, iba becado. A Camilo, que era tan bruto que le llamaban Camulo, se le despertó un ansia de mujeres que no podía contener. Se pasaba el fin de semana en la sofisticada casa de la Tere «donde una francesa te hace cosas que las putas españolas no quieren hacer», o, si no, contra las tapias del cementerio mismo cogía a una moza, le levantaba las faldas y aspiraba el olor mugriento y salado de la miseria

como si fuera perfume francés.

Fue Camilo el que un día le espetó:

—Paquito, coño, si no vienes con nosotros de mujeres creeremos que te has hecho maricón.

Paquito desenvainó y le pinchó el pecho con tal rapidez que le hizo un agujero en la guerrera. Camilo gritó:

—Pero, *hom*, ¿te has vuelto loco?

Fríamente, acorralándolo contra la pared, Paco le dijo:

—Si vuelves a repetirlo, te mato.

Miró alrededor, los cadetes se habían detenido y todos lo observaban. Separando el sable del pecho de su amigo, lo dirigió a todos, como las agujas de un reloj, y señalándolos uno a uno fue diciéndoles:

—Y a ti también, y a ti, y a ti, Pereira, y a ti, Guarnier, y a ti, Goded, y a ti, Pacón...

Todos volvieron a sus tareas con un estremecimiento, y su primo se preguntó dónde estaba el Paquito que lloraba en el regazo de su madre cuando las niñas lo rechazaban.

Pero Franquito, además de tener cojones, quería convertirse en un oficial ejemplar. Pronto se dio cuenta de la ineptitud de sus profesores y de la pobreza de sus libros, que se basaban en la estrategia alemana de principios del siglo XIX ¡que ya no utilizaban ni siquiera los alemanes! Memorizar datos ingentes de más de cien batallas, sin ningún análisis, era la principal ocupación de los cadetes en los tres años de formación. Las campañas de Aníbal, del Gran Capitán, de Napoleón, la guerra franco-prusiana, la rusa-japonesa, logística, táctica de las tres armas, todo pasaba por el cerebro de aquellos muchachos tan inane como el agua, sin dejar ni huella ni poso. Solo había que repetir los datos como un loro bien adiestrado y ay de aquel al que se le ocurriera ir más lejos, ¡los profesores no estaban para zarandajas ni para educar genios! ¡Para matar o dejarse matar no hacían falta muchos conocimientos, solo la obediencia ciega!

Se primaba la mediocridad y la ley del mínimo esfuerzo, y se ridiculizaban los intentos de mejora. Encima, el cadete Francisco Franco trabó conocimiento con esa realidad punzante que te mete de golpe en la sordidez de la vida adulta, de la mano de su profesor más bondadoso. El único en realidad. Acomodaticio, paternal, contrario a los castigos físicos, le preguntó un viernes a última hora al cadete Fanjul el tema «fortificaciones». Y recogiendo ya los libros, declaró:

—El lunes seguiremos con el mismo enunciado.

Como el turno iba por orden alfabético, Franquito dedujo que él sería el primero al que preguntaría el profesor el lunes. Tenía dos días para preparar el asunto.

¡Qué gran ocasión de lucimiento!

En su libro de texto, el trazado de las fortificaciones ocupaba tan solo media página. Fue a la biblioteca para documentarse, acudió a un librero de lance del que se

había hecho amigo para que le proporcionara el *Tratado de Fortificaciones o el arte de confluir los edificios militares y civiles* de Juan Muller, trazó planos, mapas, estadísticas. Estuvo trabajando dos días seguidos, sin dormir apenas. El lunes se sentó en la clase con más impaciencia que nunca y probablemente convertido en el mayor experto español en tema tan árido como este. Cuando el profesor dijo:

—Franco, a la pizarra.

Se levantó rápidamente con su montón de apuntes, cogió una tiza a modo de batuta y empezó a perorar:

—Las fortificaciones quedan obsoletas...

¿Obsoletas? ¿Quién sabía en la clase, incluido el profesor, qué quería decir obsoleta? Pero Franquito no advirtió el gesto de malhumor de su maestro y continuó animado por la elocuencia de la diosa Calíope y Demóstenes todo en una pieza:

—El paso del tiempo las deteriora... los materiales...

Allí lo soltó todo, frases como «depreciación progresiva de la fortificación por el paso del tiempo», palabras como «sistemas», «análisis», «abaluartado», todo surgió de aquella cabeza prodigiosa y tan rellena de conocimientos que parecía imposible que no reventase. La clase lo seguía hipnotizada y Franquito se iba creciendo e incluso introdujo algunas palabras en francés:

—*Le pire c'est la salinité...*

¡Francés, el idioma de las putas de la casa de la Tere!

Hablaba y hablaba, mejor dicho, iba despeñándose por el abismo en caída libre sin que nadie lo detuviese. Hasta que el profesor dio una palmetada en la mano de Franquito, que en ese momento trazaba un croquis de las fortificaciones de la batalla de Cavite en Filipinas que exigía toda la pizarra e incluso el marco de madera y hasta un trozo de pared. El golpe resonó en la clase como un latigazo. La tiza cayó al suelo, y Franquito, con un gesto instintivo, se llevó la mano dolorida a la boca.

—Cadete, ¿qué paparruchas está usted contando?

Paco se puso a tartamudear:

—El libro casi no explicaba nada... acudí a la biblioteca...

El profesor se acercó señalándolo con el dedo:

—Usted no se sabe el libro, y aquí lo que cuenta es el libro... déjese usted de florituras y estudie... le pongo mala nota porque no se sabe la lección. A ver, Guarner.

Guarner se levantó y recitó diez frases que no querían decir nada, pero a las que el profesor asentía fervorosamente, como si se tratara del padrenuestro.

Paquito se sentó.

Claro que la vida le dio ocasión de vengarse de esta humillación; él mismo lo contó años después:

—Los conocimientos que adquirí aquel día en cuanto a fortificaciones me fueron muy útiles en Alhucemas. El general Primo de Rivera quiso felicitarme personalmente —y aquí Franco no podía ocultar una sonrisa triunfante—. Me

preguntó dónde había aprendido tanto, y daba la casualidad de que, entre los jefes del cuerpo reunidos, estaba aquel profesor mío. Lo señalé con sorna y el general lo felicitó, pero el oficial delante de mí bajó los ojos, confundido, y no pudo pronunciar palabra.

Franquito se limitó a darle la espalda.

De su paso por la academia, Franco solo recuerda a uno de sus profesores, pero no porque fuera un gran maestro, sino porque era un comandante galardonado con la Laureada Individual de San Fernando que «había luchado al arma blanca con el enemigo y conservaba en su cabeza las gloriosas cicatrices de los machetazos recibidos».

¡Marruecos! ¡La llamada del África, cada vez más imperiosa! Los nativos se habían alzado en armas contra las tropas españolas al mando de oficiales corruptos y cobardes. Habían muerto ya 16.000 muchachos españoles, carne de cañón. Los periódicos llamaban a la colonia «el cementerio africano» y las madres se ataban a las pasarelas de los barcos para que sus hijos no fueran a ese enorme sudario del que no iban a volver nunca. El movimiento pacifista, aupado por los libertarios, pugnaba por abandonar el Protectorado y terminar con aquella sangría. El rey, Alfonso XIII, dudaba. El país entero se debatía en pugnas estériles mientras los jóvenes reclutas españoles, una generación entera, caían frente a los moros de El Mizzian, borrachos de kif y de ansias de venganza. Se encontraban cadáveres con los cojones cortados y metidos en la boca, y decían que eran las mujeres las que practicaban esta refinada crueldad.

—Se los cortan mientras están vivos y les hacen abrir la boca con los dedos.

Paquito tenía muy claro lo que se debía hacer: dureza, sí, pero no solo para tratar al enemigo. Las tropas españolas necesitaban mano de hierro, obediencia, disciplina. Y fe en sus mandos. ¡Oficiales valientes, sin miedo a la muerte, como él!

El himno de la infantería lo proclama:

*El esplendor de gloria de otros días
tu celestial figura ha de envolver,
que aún te queda la fiel Infantería
que, por saber morir, sabe vencer.*

Por saber morir, sabe vencer. Y no solamente él, sino también muchos de sus compañeros. De los 350 cadetes que recibieron el despacho de teniente el 13 de julio de 1910, las tres cuartas partes morirían en Marruecos o en la guerra civil.

Y, como es natural, el teniente Francisco Franco, con tan solo diecisiete años, el oficial más joven del ejército español, inmediatamente pidió el traslado a África. ¡Él no había sacrificado tres años de su vida para vegetar en un casino de pueblo y lucirse

a caballo por las tardes por el paseo de Herrera! En Marruecos estaba la guerra de verdad que creaba patria, el imperio empezaba allí, y también, por qué no reconocerlo, allí existía también la posibilidad de lograr ascensos rápidos.

Claro, se necesitaba tener valor, pero eso a Franquito no le faltaba.

Pero aquí le llegó la primera contrariedad de su vida castrense, ¡no le concedieron el traslado precisamente por no tener la edad reglamentaria! Lo destinaron al batallón Zamora, que estaba destacado en Ferrol. Franquito no se arrugó:

—Cada año presentaré mi solicitud, ¡cada año seré mayor!

Como se trataba de una verdad incontrovertible, nadie le pudo llevar la contraria.

La primera noche en que durmió en su antiguo cuarto en la calle María, la madre entró en la habitación protegiendo con la mano la luz temblorosa de la vela. Le tendió una manta sobre la cama mientras el viento estremecía las contraventanas y aullaba sordamente en las chimeneas.

—¿Estás bien? Hace frío, no parece verano. ¿Quieres una taza de leche caliente?

Paquito protestó:

—No, no, claro. Acuéstate.

En las dos bocamangas de la guerrera puesta en el respaldo de una silla llevaba la estrella solitaria de segundo teniente. Cobraba al mes la decorosa cantidad de ciento cincuenta pesetas, tenía cincuenta hombres bajo sus órdenes, se le cuadraban los soldados rasos por la calle. Las habladurías de sus compañeros de academia habían hecho que le aureolara cierto temor supersticioso, y la fe ciega que tenían en él Camilo Alonso y su primo Pacón le daba prestigio. Incluso salió una mención sobre él en el periódico como el oficial más joven de su promoción.

A pesar de eso, la madre se acercó, se inclinó sobre él y le besó en la frente. Muy cerca del oído le susurró:

—¿Rezas todavía?

Paquito sintió el relámpago del recuerdo infantil, de sus oraciones al pie de la virgen del Chamorro, y contestó con su voz de niño:

—Rezo.

Tendrían que pasar dos años hasta que se cumpliera su sueño.

Dos años que pasaron lentamente, como el trote de su caballo por el paseo de Herrera. Dormía en casa, y sus tardes transcurrían, no en el decadente casino oyendo el ruido de las carambolas del billar, sino en el Cuarto de Banderas del cuartel de Dolores, en la parte vieja de Ferrol. Camilo, Pedrolo, Pacón y su primo Ricardo de la Puente adquirieron la costumbre de pasarse por allí, y en torno a un café, Paquito, y unos licores, los demás, disertaban horas y horas sobre los acontecimientos de Marruecos.

Todos fumaban excepto Paquito, que abría una ventana protestando:

—Esto parece un fumadero de opio.

—En la guerrilla siempre nos ganarán los moros, porque conocen el terreno y tienen el apoyo de la población —decía Ricardo, que todavía estudiaba en la Academia de Toledo, era muy inteligente y tenía tres años menos que él—. Nuestros soldados llegan a Marruecos directamente de las aldeas... no saben nada...

Pacón opinaba con desprecio:

—Ahora, el jefe de Gobierno, Canalejas, dice que lo mejor es que abandonemos aquellas tierras. ¡Menos mal que el rey se opone!

Camilo añadía con una risotada:

—¿El rey? Ese está en Babia... si es que le preocupa... ¡si ni él ni los políticos saben mantener el orden en casa, menos van a hacerlo allí! ¡Mirad el periódico! Esta semana cinco atentados en Barcelona y no se ha detenido a nadie. —Y aquí bajaba la voz—. Coño, el rey. Me ha contado el tío Ramón, que ya sabéis que presta servicio en palacio como mayordomo, que ya ha tenido dos hijos con las criadas y que la reina solo pare enfermos... La corte es una bacanal...

Y se quedaban los muchachos con la sonrisa prendida en la comisura de los labios imaginando qué sería aquello de bacanal, ¡su experiencia era corta y su imaginación no llegaba a tanto! Sonaba a romano.

Aún abundaba en el tema Camilo, que era el más rijoso de todos:

—Dicen que el Alfonso tiene sati... sato...

Y Paquito, que parecía no escuchar, pero escuchaba, precisaba:

—Satiriasis.

Y todos se rebullían en sus asientos apurando sus copas de coñac repitiendo la palabreja dándose las de enterados:

—Ah, sí, claro, satiriasis.

Paquito no hablaba mucho. Mientras sus compañeros disertaban, limpiaba parsimoniosamente su fusil, hasta que soltaba una frase como una perdigonada:

—Yo al rey y a los políticos los fusilaba a todos... ¡Y ni aun así vengaríamos ni uno solo de los soldados muertos por su torpeza y su imbecilidad!

Ricardo de la Puente intentaba protestar:

—Primo, ¿fusilarlos?, ¿a todos?

Y Paquito contestaba con fiereza:

—¡A todos! ¡Si fuera necesario, hasta a ti te fusilaría!

Como después de esto poco podía decirse, callaban hasta que rompía alguno el largo silencio proponiendo:

—¿Nos vamos al paseo a ver a las rapazas? —Y salían en tropel abrochándose las guerreras, ajustándose la gorra a la frente —Franquito siempre la llevaba un poco ladeada—, con la cabeza llena de conspiraciones, planes, estrategias, medallas, ascensos, y se cruzaban con las chicas, con las amigas de Pila. Una de ellas, Ángeles, le sonreía a Paquito con cierta burla que lo atraía y lo repelía a la vez. Su hermana le decía:

—Dedícate a Paquita Maristany, Ángeles es demasiado para ti.

Pero a Paquito la Maristany no le gustaba, porque era tan hombruna que la llamaban Pacorra, y prefería el exotismo rubio, como de lady inglesa, de Ángeles. A pesar de ser casi una niña, Ángeles era voluptuosa, caminaba como las actrices de las películas que echaban en el Ateneo y, sobre todo, era rica, por lo que sus padres miraban con cierta prevención aquellas caídas de ojos y aquellos coqueteos. Paquito era militar, sí, ¡como todos los muchachos de Ferrol!, pero su padre había abandonado la casa familiar para irse a vivir a Madrid con una fulana.

El estigma alcanzaba a toda la familia, como si llevaran la marca de Caín pintada en la frente.

Cuando pasaba Franquito las gentes callaban y se ponían a murmurar a sus espaldas. El muchacho apretaba los puños y comprendía que su madre no quisiera salir nunca.

Después del paseo se iba a casa, deshabitada ahora de voces infantiles, pero también de los gritos desabridos del padre. Por las noches, a la luz de una bujía y mientras su madre remendaba calcetines, Paquito pergeñaba unos versos inspirándose en el escritor de Montevideo, entonces de moda, Julio Herrera y Riesslig. Sus poemas aparecían en los periódicos españoles, y Paquito los coleccionaba cuidadosamente. Había uno en particular que a Paquito le recordaba a la ingrata Ángeles de ojos dorados:

*Con el alma hecha pedazos
tengo un calvario en el mundo;
amo y soy un moribundo,
tengo el alma hecha pedazos;
¡cruz me deparan tus brazos,
hiel tus lágrimas salinas,
tus diestras uñas, espinas
y dos clavos luminosos
los aleonados y briosos
ojos con que me fascinas!*

Como decía Pila, «los versos de Paquito estaban muy bien... eran sencillos, pero profundos y muy líricos, ¡si no hubiera sido militar, hubiera podido trabajar de poeta!».

Quizás. Pero no lograban vencer la resistencia de la bella Ángeles de ojos «aleonados», lo cual en el fondo no disgustaba a Paquito, ya que cuando sus amigos le decían: «¿Nos vamos de putas?», él podía replicar: «No, porque estoy enamorado», sin tener que someterse tampoco a los extraños tejemanejes de un noviazgo en toda regla, en el que quizás incluso debería intentar conquistar la plaza enemiga con lo que vulgarmente se llamaba «meter mano».

Eso era al menos lo que le contaba Colás:

—Si tú llegas a tocarles una teta, ya se pueden dar por jodidas y violadas. ¡Entonces que se casen con su padre!

Paquito no lo entendía muy bien, pero lo que sí sabía era que a él todo eso le daba asco.

Colás, que estudiaba en la Escuela de Ingenieros Navales, pasaba sus vacaciones en la casa familiar y se reía de las ambiciones guerreras de su hermano. Cuando le contaba su frustración por no poder ir a Marruecos, Colás descartaba el tema de un manotazo:

—Yo lo que quiero es vivir bien trabajando lo menos posible.

Ramón siguió los pasos de Paquito e ingresó en la Academia de Toledo, aunque decía con su cerrado acento gallego:

—Yo no quiero pegar tiros, *carallo*, yo lo que quiero es volar.

Colás le contestaba moviendo el índice sobre la sien:

—A ti te falta un tornillo. ¡Volar! ¡Como los pájaros! ¡Loco!

Algunos días, en verano, coincidían los cuatro hermanos en el caserón de la calle María. Pila era una quinceañera rebelde y resposdona, que tenía trasportes místicos y se quedaba de pronto con los ojos en blanco. Las monjas decían de ella:

—O será santa o... —y como no sabían cómo expresar lo contrario, al final recurrían a lo fácil— ¡demonio!

Y aún añadían, algo incongruentemente:

—Lo mejor será que se case pronto.

Ramón, desastrado, con los pantalones caídos y una boina de obrero clavada sobre las cejas, contrastaba con el aspecto siempre cuidadoso de Paquito. Colás fumaba parsimoniosamente y tomaba una copa de coñac en el sillón de orejas, imitando sin querer al padre del que no se hablaba nunca y que desde el lejano Madrid no enviaba jamás noticias, aunque sí sufragaba todos los gastos de la casa. El abuelo se lo había dicho muy clarito a la orgullosa Pilar:

—Yo podría mantenerte, claro que sí, a ti y a tus hijos, ¡pero no me da la gana! ¡Es obligación de él mandarte dinero todos los meses!

Nicolás enviaba la paga íntegra, como queriendo redimirse con este gesto de su acto indigno. Pero nunca una carta. Su mujer se preguntaba tímidamente cómo podían sobrevivir su marido y el... «ama de llaves», sin «viático», como decía la tía Gildita, aunque al final fue ella misma la que aclaró el misterio:

—Cuñada, no te preocupes, hemos heredado de un tío que hizo fortuna en La Habana y que ni siquiera recordábamos que existía. Yo me he comprado dos pisos que le dejaré a Pila, y los demás que se apañen.

Y también le había dicho algo que le había dolido mucho:

—Además, la fulana de tu marido trabaja.

Pilar, que nunca pronunciaba su nombre, la interrogó con la mirada. La tía Gildita le indicó:

—Da clases, pero si es de trapecionista o de gramática parda no me lo preguntes,

porque no lo sé.

¡Dar clases! ¡Ser maestra! ¡Esa hubiera sido su gran ilusión!

Si pudiera ocuparse en algo... no pasarían tan lentamente los días. No llegaría nunca el horror de la noche, que esperaba con los ojos desorbitados de espanto porque le asaltaban en la cama todos los recuerdos agazapados entre las sábanas e imaginaba a su marido penetrando con brutalidad a la otra y hasta esa brutalidad añoraba.

Si tuviera una tarea que llevar a cabo no caería en la debilidad, alguna noche de tormenta más solitaria que las demás porque Paquito se había quedado en el cuartel, de llenar algunas cuartillas con palabras de amor que llevaba a correos escondiéndose como un ladrón y que nunca tenían respuesta.

Tímidamente, una noche en que Paquito estaba luchando a brazo partido con la musa para ofrecerle a su dama el mejor trofeo en forma de soneto, Pilar se atrevió a decirle:

—Hijiño, ¿puedes escucharme un momento?

El huracán infatigable bramaba en las rendijas de las ventanas y tras la puerta de la escalera. Si alguien mirara a través del cristal, creería estar viendo, en la penumbra silenciosa, el tibio gabinete de un matrimonio apacible descansando al final del día.

A veces Paquito se sentía así; recordaba con horror los alaridos del padre en el pasillo y paladeaba la beatífica paz del hogar latiendo como un corazón tranquilo. Incluso se había dejado bigote para acercarse más a la edad de su madre. Tenemos una foto de estos dieciocho años. Las cejas, como cintas de terciopelo sobre unos ojos grandes, melancólicos, de párpados pesados e inesperadamente sensuales. La nariz muy fina y recta. Debajo, el bigote tupido y muy negro disimula una boca de rictus algo infantil, como infantiles son las orejas, pequeñas, despegadas del cráneo, conmovedoras. El rígido cuello de la guerrera, muy ajustada sobre el pecho esbelto, deja ver tan solo un centímetro de la tirilla blanca de la camisa. Es un rostro atractivo, vivaz y algo misterioso. En la parte inferior de la foto, la fecha, 1910, y la firma, un «Paco» de inicial alambicada y con tres rayas debajo en forma de saeta.

El grafólogo Mauricio Xandró analizó años después la letra de Franco y diagnosticó: «Una proyección fuerte y valiente que se apoya en sólidos razonamientos... Arrojo personal, dotes de mando... Sabe imponerse a los demás principalmente con su propio ejemplo».

Se debe decir que el grafólogo realizó este análisis cuando Franco ostentaba la jefatura del Estado y era llamado caudillo. Lo remarco, ya que podría ser que esta circunstancia influyera en el resultado.

Tal vez.

La lluvia repiqueteaba en los cristales. Sin levantar los ojos del papel y con el tono aplomado, Paquito contestó a la pregunta de su madre:

—Mamá, ya sabes que voy a ir a la Adoración Nocturna y el novenario del Sagrado Corazón y todo lo que me pidas... No me gusta que vayas sola...

—Ya lo sé, Paquito, y te lo agradezco, y Él... —y señaló con su índice al cielo— todavía más... pero quería hablarte de otro asunto, ¿me atiendes?

Asintió su hijo gravemente y dejó pluma y papel. La madre le empezó a contar sus sueños mínimos:

—¿Sabes esos cuartos que tenemos ahí en la esquina de la calle María, que son pequeños para vivienda y tan oscuros? Pues había pensado, a ver qué te parece, poner una escuela nocturna obrera...

El hijo la mira con atención, animándola a seguir. Pilar se levanta para dar mayor énfasis a lo que explica y Paquito se da cuenta de que es la primera vez, desde que su padre los dejó, que la ve animada:

—Esos muchachos que se van a América sin saber ni leer ni escribir, ¡si se fueran enseñados tendrían allí mejores oportunidades de prosperar! Tú ahora ya te ganas la vida, ajustaré más el presupuesto, pondré unas mesas, unas sillas y unas pizarras... Encalaré las paredes yo misma, ¡iré por las noches, cuando ellos terminen de trabajar! ¡A vosotros no os quitaré nada!

Y enseguida añade con desconsuelo:

—De todas formas, el único que está en casa eres tú, aunque por poco tiempo... Ya sabes que Pila parece que va en serio con ese chico...

Paquito levanta, vivaz, la cabeza:

—¿Con Alfonso Jaraíz, el compañero de Colás?

Pilar le pone la mano sobre la boca:

—Sí, Paquito; es un buen muchacho, se ganará bien la vida como ingeniero, ¡y un santo por aguantar a tu hermana!

Paquito la tranquiliza con un parpadeo:

—No digo nada, mamá, para mí, si tú estás contenta, está bien...

La madre suspira:

—Ya sé que tu gran ilusión es irte a Marruecos...

Se acerca a su hijo, le coge las manos, lo mira con ojos suplicantes:

—¿Verdad que te parece bien, Paquito? ¿Que no piensas que tu madre es una loca? Dime, nenito, ¿por qué no me contestas?

Paquito coge las manos de su madre, las abre como un libro, hunde su rostro en ellas, y Pilar solo se da cuenta de que ha llorado porque, cuando se levanta y se va, nota las palmas húmedas.

El 6 de febrero de 1912 llegó a la casa de la calle María el telegrama que Paquito llevaba dos años esperando: «Queda usted destinado a Melilla a las órdenes del alto comisario de Marruecos general en jefe Luis Aizpuru». Su madre estaba dando clases en la escuela nocturna, y el abuelo se había ido a cazar a la aldea. Paco salió a la calle con el telegrama en alto y se encontró a Pacón y a Camilo también con idénticos telegramas. Los tres tenientes se abrazaron y se pusieron a dar saltos gritando al

unísono:

—¡Ascenso o muerte! ¡Ascenso o muerte! ¡Ascenso o muerte!

En una ciudad con tantos militares, este extraño comportamiento no llamó la atención de nadie. La gente pasaba a su lado sin ni siquiera mirarlos.

El viaje fue disparatado y caótico; tardaron cuatro días en llegar a Melilla. Tenían tanta prisa en alcanzar su destino que se embarcaron hasta Coruña en el primer barco que salía: un buque mercante llamado *Paulina*, sin condiciones para llevar pasaje, que se encontró con una galerna endemoniada que tiró toda la carga al mar. De Coruña fueron en tren a Madrid, donde Paquito no se molestó en avisar a su padre, a pesar de las recomendaciones de Pilar; de allí a Málaga, y de Málaga a Melilla, otra vez en barco.

Les deslumbró el sol reverberando en las paredes enjalbegadas de blanco de las casas y arrancando destellos fulgurantes de la mar. Extasiado, en la proa del barco, Paquito exclamó:

—¡Es la luz de África!

Se presentaron ante el coronel Villalba, su antiguo director de la Academia de Toledo, al frente ahora de la comandancia de Melilla. Cogió a Franquito por el hombro, recordando aquel día en el que el muchacho estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo, y le dijo:

—He removido cielo y tierra para que te enviasen aquí, ¡sé que no vas a defraudarme!

Franquito y Camilo fueron destinados al regimiento de África, en el campamento de Tifasor cerca del río Kert, aunque en distintos batallones, y Pacón se quedó en Melilla y marchó poco después a la guarnición de Mallorca.

Franquito quiso estar solo las primeras horas que pasó en Melilla. Se paseó por la ciudad absorbiendo por todos sus poros un paisaje que no se le borraría nunca del alma. Su primer biógrafo, su amigo Joaquín Arrarás, dijo, seguramente a sugerencia suya:

—¡Se le metió el veneno de África en la sangre!

Y el mismo Franco le confesó al periodista Manuel Aznar:

—Yo no puedo explicarme a mí mismo sin África.

Personas que lo trataron en la última época de su vida, cuando el parkinson ya había hecho mella en él y se mostraba apático e indiferente a todo, me han contado que:

—Sólo tenías que nombrar la palabra Marruecos para que se animase.

Y eso que Melilla era una ciudad sucia, llena de moscas, en el límite del inframundo, con mendigos enseñando sus llagas purulentas en la calle, perros famélicos y niños desharrapados fumando hachís. Pero, aun así, la algarabía del zoco con los comerciantes a la puerta de los tenderetes vendiendo alfombras, babuchas, y

de repente sacando ricas telas recamadas en oro o un puñal afiligranado con piedras preciosas en la empuñadura, el olor a sándalo, a ámbar, a especias, el embrujo de las mezquitas, todo tan distinto de la tierra mansa y dulce que lo había visto nacer, conquistaron su corazón de una forma que ni él mismo pudo explicarse nunca.

En mi primer viaje al norte de Marruecos, en mi época universitaria, hablé con muchos hombres en Melilla y en Xauen que lo habían conocido. Me paraban por la calle y me decían:

—Envíale saludos de parte de Hassan al Jataimi... me recordará... yo luché a sus órdenes.

Habían pasado más de cincuenta años, pero se llevaban los dedos a la boca y luego los elevaban al cielo:

—*Allah hu akhbar!* ¡Alá lo bendiga!

Obviamente, me abstuve de explicarles que aunque los dos, Franco y yo, viviéramos en España, nuestros contactos eran inexistentes.

Me limitaba a inclinar la cabeza y mascullar:

—*Allah hu akhbar!*

O algo que se le parecía mucho..

Dentro de la Melilla mora había otra, la de la guarnición española, un microcosmos apolillado, algo cursi, de estrictas separaciones jerárquicas, donde la hija de un coronel no podía ser amiga de la hija de un cabo. Las muchachas de la colonia evitaban el sol con sombrillas y velos, no conocían ni una palabra de árabe, no se mezclaban jamás con la población nativa y no se interesaban por conocer la cultura marroquí, ¡ninguna había puesto un pie en una mezquita! Sus días ociosos se iban organizando en bailes sin fin, tómbolas y los «cuadros escénicos» en los que las muchachas se disfrazaban, y todo el mérito consistía en quedarse inmóviles durante cinco minutos en las funciones benéficas en el Casino Militar o en Capitanía.

Su único objetivo era casarse, y cuanto más alta fuera la graduación de su novio, mejor, para reproducir luego en la noria sin fin de los cuarteles diseminados por toda España la misma forma de vida.

Se tomaba el té, alguna muchacha tocaba el *Vals de las olas* con notable impericia en el piano, los viernes por la tarde se celebraban los «asaltos», bailes con la carabina presente para jóvenes que todavía no se habían puesto de largo, y todas se aburrían un poco comentando los últimos chismes que llegaban de la península y recortando figurines de modas.

A los hijos de los reyes los llamaban «infantitos» y si algún criado moro le dirigía la palabra a una de aquellas muchachas ignorantes y pretenciosas, se le podía castigar a latigazos.

Paquito escogió un viernes para su presentación en sociedad. Entró en Capitanía General a las seis de la tarde, solo, pero enseguida se adelantó a estrecharle la mano un comandante muy atezado, mayor que él, de grandes ojos saltones, que se presentó:

—Soy Pepe Sanjurjo. Villalba me ha dicho que te atendiese.

Paquito le hizo el saludo reglamentario y le estrechó la mano con admiración:

—¡Hombre, el león del Rif!

Sanjurjo, un pamplonés veterano de la guerra de Cuba, hinchó el pecho y fingió modestia:

—Bah, leoncillo más bien...

Otro comandante de la misma edad que Sanjurjo, y también veterano de Cuba, se unió a ellos y añadió:

—¡A mí me ha dicho lo mismo! ¡Tienes un buen padrino en Villalba! Soy Gonzalo Queipo de Llano.

Saludo al superior, apretón de manos al nuevo amigo. Franco era el más bajo, el más joven, el más inexperto, pero los dos militares se dieron cuenta de la seguridad en sí mismo que desprendía.

Sanjurjo señaló con el índice a Franquito:

—Francisco Franco, de Ferrol, yo creo que en Cuba conocí a tu padre...

Paquito cortó:

—Seguramente, estuvo allí cuatro años.

Largo silencio, algo incómodo.

Uno de sus amigos de aquella época comentó más tarde: «Podía estar en silencio dos horas y tenías la impresión de que también, si te quedabas allí para verlo, dos años».

Queipo de Llano bromeó:

—Se vuelve uno salvaje todo el día en las montañas hablando solo con moros... Yo llevo dos meses en Alcazarquivir... Desde que estuvo el rey no había regresado a la civilización. —Señaló con un gesto la sala—. Bueno, si se le puede llamar civilización a esto...

¡El rey! Estuvo en Marruecos con gran aparato, es cierto. Paquito preguntó con tono desdeñoso:

—¿Y se enteró de algo?

Sus nuevos amigos rien. Queipo le cuenta:

—¿Pero no lo sabes? ¡Estuvo artista! Se le ocurrió ir a una escuela indígena, aún nadie entiende por qué, y uno de los moritos se le acercó y le habló en español. ¿Y sabes lo que dijo el rey?

Paquito niega con un gesto, y Queipo continúa, encantado de encontrar a alguien que no conozca la historia, que incluso ha salido publicada en *El telegrama del Rif*:

—Le preguntó qué quería ser de mayor, y el morito contestó: «soldado, como usted».

Franco esboza una sonrisa, ¡no le ve la gracia! ¡Todos los niños, incluso los moros, quieren ser soldados! Pero es que faltaba lo mejor, porque Queipo gustaba de contar sus historias echándole mucho intrínquilis:

—¡Era un hijo de El Mizzian! ¡Mohamed! ¡Y el rey le prometió que, cuando tuviera la edad, lo enviaría a la escuela de Toledo, aunque tuvieran que rehacer los

reglamentos de arriba abajo para matricular a un no cristiano!

Los dos amigos ríen, pero Franco está perplejo, ¿un moro oficial del ejército español? ¿Como ellos?

Poco podía imaginar Paquito que Mohamed El Mizzian iba a ser uno de sus más leales subordinados y que él mismo iba a nombrarlo teniente general.

Queipo guiña un ojo y señala con el pulgar a su compañero:

—Pero debemos tener cuidado en no criticar al rey, porque este es monárquico...

Paco no sabe qué decir, permanece silencioso y empieza a mirar los estucados del techo con gran interés.

Queipo canturrea algo sin venir a cuento.

Silencio.

Sanjurjo se aclara la voz, y a la desesperada, para distender el ambiente, le pregunta a su nuevo amigo:

—¿Te gusta alguna chica de aquí? Como yo estoy en Melilla, las conozco a todas... Las decentes y las otras... sé una casa de niñas en la medina, ¡están sanas y algunas son vírgenes! Claro que esas te costarán un poco más...

¿Putas a Franquito? Mira a su alrededor y dice:

—¿Y ese grupo?

Unas muchachas con aspecto de poca salud y vestidos largos de seda algo pasados de moda hacen mohínes tratando de llamar su atención cerca de una palmera despeinada metida en un tiesto. Se acercan a ellas, que se apresuran a sorber sus pajitas como si en ello les fuera la vida, la horchata gorgotea y todas se ríen enseñando dientes conejiles:

—Visi Peñalba, Maruja Mateo, Marina Rebés, Sofía Subirán —y aquí Sanjurjo se ve obligado a precisar—, su padre es el coronel Subirán y su tío el general Aizpuru.

Sofía estira la mano tanto como da el brazo y Paquito no sabe si besársela o desatornillársela y tirarla al mar. Al final opta por estrechársela levemente. Es una chica espigada, con aire desdeñoso, pelo oscuro, rizado, cuello largo y un collar de perlas. El periódico local, *El telegrama del Rif*, ya había hablado de sus ojos: «Los bellos ojos de Sofía Subirán, rostro de increíble encanto, adquieren un prestigio inmenso allá en la penumbra de aquel palco... Son como joyas, como piedras raras, de un fulgor extraño, guardadas y defendidas por el doble cerco de lanzas de las pestañas largas».

Aunque tenemos que reconocer, a la vista de las siempre deladoras fotografías, que si el periodista alababa los ojos de prestigio inmenso de la sobrina del alto comisario con esta retórica un tanto relamida, quizás era porque en aquel rostro anguloso, de enormes cejas despeinadas, dentadura ingrata y nariz aguileña, no había nada más que destacar.

Pero Sofía pertenecía a la primera familia española de la colonia, y Paquito le pregunta:

—¿Puedo escribirle?

La niña, de tan solo quince años, hace un dengue y dice que sí.
Cuando los amigos intentaron arrastrarlo a un prostíbulo, Paquito dijo:
—No puedo, ¡estoy enamorado!

Para aliviar el tributo en sangre que pagan las familias españolas, el presidente del Consejo de Ministros, todavía José Canalejas, que morirá seis meses después en un atentado anarquista, organiza una tropa al mando de Dámaso Berenguer de «soldados regulares, moros integrados en el ejército español, bajo el mando de oficiales españoles».

Uno de estos oficiales es Franquito, que con solo diecinueve años es destinado a la primera línea de fuego.

El 24 de marzo de 1912 abandona Melilla y llega a las montañas de Tisafor. La primera noche la pasa despierto arma en mano:

—Temía que me asesinaran mis propios hombres.

Tienen poco tiempo para el adiestramiento y las prácticas de tiro con sus viejos fusiles Mauser modelo 1893. El enemigo está al acecho.

Habla poco, observa mucho. No quiere que esos rufianes, que combaten por dinero, se den cuenta de lo joven que es y de su falta de experiencia. Y que tampoco lo adviertan los otros oficiales. Cree que ha sabido transmitir aplomo y fortaleza, cuando un comandante le indica:

—No saques tanto brillo a tu fusil, que funciona como reclamo, y no te pongas los guantes de cabritilla blancos para el combate por el mismo motivo.

Por las noches, mientras los otros oficiales bebían y se hacían traer moras desde los pueblos vecinos y los gritos de ellas llenaban la noche, Paquito extendía los mapas a escala tan reducida que apenas tenían utilidad y los completaba con anotaciones y dibujos, ensayando estrategias que había ideado con sus amigos en el cuartel de Ferrol. Pero la intensidad de las horas nocturnas era tal que a veces levantaba los ojos hasta las estrellas, miraba las suaves lomas de color gris punteadas por el verdor oscuro de los árboles, y sentía la cuchillada del aire frío entrándole por el cuello de la camisa. Su ordenanza, un joven argelino llamado Ahmed, le llevaba sigilosamente una taza de té a la menta y se sentaba a su lado.

—*Salam aleikum.*

—Buenas noches, *aleikum salam.*

Paquito añadía siempre:

—¿No os ha quedado algo de la carne que coméis vosotros? ¿Esa pinchada en un palo? *La'him kanzir?*

—*La'him kanzir!*

El chico se levantaba rápidamente y volvía con la carne de cordero aún chorreante de especias, los dos se tumbaban en el suelo y Paquito le preguntaba:

—¿Cómo se dice estrella en moro?

—*Najma*.

—¿Y pájaro?

—*Dagab*.

Paquito levantaba la mano derecha y preguntaba:

—¿Y esta?

—*Yaminah*.

—¿Y madre?

—*Om*.

—¿Y amigo?

—*Sadiki*.

Una vez Ahmed le señaló los ojos y le dijo:

—*Haward*...

—*Laa ana lafhan*, Ahmed... no entiendo...

El muchacho repitió lentamente:

—*Yamil*... «Bonitus»... ojos «bonitus»...

Se quedaban dormidos con las primeras luces del alba.

Por las riberas del río Kert, donde están acampados, se paseaba impunemente El Mizzian incitando a los cabileños a que se batieran sin reposo defendiendo sus tierras. Sobre un caballo negro, con su blanca chilaba y barba canosa, encabezaba altanero y gesticulante el grupo de desharrapados rabiosos como perros salvajes que eran sus tropas. Daba gritos aterradores:

—*Lilamam!* ¡Adelante! *Yala yala!* ¡Vamos!

Por una puta que solía prestar servicio en el campamento, se enteran de que El Mizzian está preparando una ofensiva contra las posiciones españolas.

Franquito comenta con ironía:

—Pues para algo sirven estas mujeres, aparte de para transmitir enfermedades repugnantes y bajar la moral de la tropa.

Un cabo, algo avergonzado, ríe con nerviosismo:

—Mi teniente, con todos mis respetos, usted no sabe cómo son estas mujeres en la cama... Se lo dejan hacer todo, son sumisas, puedes pegarles, maltratarlas...

Soñador, pone la mano hacia abajo, enseñando el dorso bronceado:

—El cuerpo lo tienen así, oscuro —y rápidamente gira la mano y enseña la palma —, y la raja, blanca como esto...

Franquito debe retirarse abruptamente, si no hubiera mandado fusilar a su cabo, o mejor, le hubiera retorcido el pescuezo con sus propias manos, ¡el eco espantoso se repite en su cabeza!

«El olor a hembra... aquellas mulatas...».

¡Mujeres! La guerra es para los hombres. Las mujeres son Sofía Subirán, a la que escribe postales almibaradas en las que nada cuenta de la situación, «deseo pasen pronto los días para tener la alegría de verla», «le saluda desde este rincón lejano su buen amigo», «reciba el más afectuoso saludo de su amigo», las mujeres son su

hermana Pila, «dile a Ángeles que me guarde un baile en el casino cuando vaya de permiso, y cuídate de salir sola con Alfonso, ya sé que tú eres decente, pero la gente murmura, que te acompañe mamá o la tía Gildita», las mujeres eran la madre «rezo todas las noches, sin faltar ni una, ¡hasta mi ayudante reza conmigo!».

Pero, atrás mujeres, atrás sentimientos dulces, atrás madres, novias, amigas, que llega el día inevitable, ¡su bautismo de fuego!

Porque el coronel Berenguer ordena que entre en combate la sección de Franquito y también la de otro oficial llamado Emilio Mola, ya veterano.

Mola tenía cinco años más que Franco y se había hecho famoso en Marruecos porque le gustaba sentarse en lo alto de los parapetos con los brazos cruzados, sin protección y disfrutando del ruido de los proyectiles alrededor suyo.

Los otros oficiales decían con un tono que oscilaba entre la admiración y la burla: —¡Ya está Mola haciendo el payaso!

Es un día caluroso, a pesar de lo cual, Paquito se ha vestido cuidadosamente. Enfrente está el enemigo y hay que honrarlo. También a sus hombres, muchos de los cuales dejarán hoy su vida en el combate. Sus hombres, que lo observan expectantes, tratando de adivinar cómo se comportará este oficial que ni fuma, ni bebe, ni va con mujeres. Al lado de la corrección impecable del oficial, la tropa va vestida de forma algo estafalaria con turbantes, capas y debajo ligeros trajes de dril; sus alpargatas son un impedimento para correr por la tierra reseca y muchos prefieren ir descalzos. La mayoría están afectados por la disentería por comer carne cruda y por la sífilis debido a su contacto con prostitutas. Aun así aguardan en perfecta formación a que este teniente novato les marque el camino de su ataque y, por qué no, de su existencia a la deriva.

Hace calor y esa calma tensa que precede a las grandes tormentas. El caballo patea, nervioso.

El batallón está preparado, trescientos hombres que anhelan entrar en combate. ¡Contra sus hermanos! ¡Porque son moros, como ellos! Llevan la violencia en la sangre y quieren matar, ¡y si no pueden matar, prefieren morir!

Y Paquito se da cuenta con algo de asombro que él también siente lo mismo.

Lo contó años después:

—La guerra es lo mío... Me di cuenta en Marruecos...

Sus hombres combaten por la paga. Él por los ascensos, las medallas, la gloria. Y se obliga a sí mismo a recordar la imagen del muchacho que vio nada más llegar a Melilla: le habían arrancado la piel y tenía el aspecto de un lechón crudo. Sólo habían dejado intacto su rostro, los ojos desorbitados de miedo. Sanjurjo, que fue quien se lo enseñó, le dijo:

—Les arrancan la piel mientras están vivos... hace ruido de tela rasgada; si son hábiles sale en una pieza...

Y mientras le cerraba los ojos con mano piadosa, le comentó:

—Este era paisano tuyo... De Coruña... También estudió en la Academia de

Toledo.

Se obligó a mirarlo de nuevo. «Gallego soy, pero no como él, porque yo nací en Coruña».

¡Pereira!

La rabia fría, que es la peor, se adhiere a sus poros, lo cubre todo entero. Ya está listo.

Se ajusta la guerrera, palpa por fuera el escapulario que le ha dado su madre y que se ha prendido en la camiseta, encima del corazón. Se pone al frente de la tropa. Primera mirada de asombro, porque los oficiales suelen ir a un lado o detrás. Pero él va una quincena de pasos por delante. Se gira, levanta el sable y grita:

—¡Al ataque! ¡Sin piedad!

Y en árabe:

—*Yala yala!*

Galopa él, y sus hombres corren detrás suyo; siente el piafar de su caballo, en estos momentos cruciales constituye un blanco perfecto, galopa y galopa, quiere ver al enemigo de una vez, enfrentarse cara a cara con los asesinos de Pereira, con las bestias feroces que mutilan a los soldados españoles para que sus madres no puedan reconocer los rostros y no puedan besar sus frentes porque ya no existen. En la lejanía se divisa una nube de polvo que se va agrandando. El ulular de los gritos de guerra del enemigo eriza el vello de los brazos.

Uno a su lado dice con la voz llena de temor supersticioso:

—Es El Mizzian.

Sí, es El Mizzian, que como burla va cantando una vieja canción en español, idioma que ha aprendido de su hijo:

*Mambrú se fue a la guerra,
qué dolor qué dolor qué pena.
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá.
Ah ah ah, no sé cuándo vendrá.*

Y luego grita:

—¡A El Mizzian solo puede matarlo una bala de oro!

Sus hombres, la «harka», rugen a su alrededor, sedientos de sangre. Ellos no reciben paga alguna, ni siquiera tienen comida suficiente. Pero están defendiendo su pobre tierra reseca y agostada del invasor y su lucha solo tiene un final: cuando recuperen su país.

De pronto, del batallón de Mola sale la bala certera. Y no es de oro, sino de plomo vulgar, como vulgar es el nombre del que la disparó, que por este hecho ha pasado a la historia: el cabo Gonzalo Sauca. El Mizzian cae al suelo. Desconcierto, confusa algarabía entre los suyos, que, de pronto, desarbolados, miran a su alrededor, algunos

caen de rodillas, otros piden perdón y los más se dan media vuelta y empiezan a correr. Despavoridos y con gestos de desolación y pánico.

Franquito pica espuelas a su caballo. ¿Se van a quedar sus hombres sin su ración de sangre? No y mil veces no. ¿No van a poder vengar a los 16.000 muchachos muertos en la flor de la vida, esos cadáveres putrefactos con los ojos vueltos hacia arriba y los testículos metidos en la boca?

¡No, por Dios! ¡Aunque precisamente aquí Dios está de más! Ya lo dijo Franquito el primer día:

—Aquí se reza en la intimidad si apetece, pero no quiero ver rondando curas como pájaros de mal agüero.

Su caballo echa humo por los belfos; muy pegados a él, sus hombres se mueven al unísono dando gritos espeluznantes. Se echan sobre los seguidores de El Mizzian, ¡la temida harka!, que más que correr se arrastran, desarmados; solo se giran para juntar las manos y pedir perdón.

¿Perdón? ¿Qué palabra es esa?

Sin dejar de galopar, Paquito, que se ha quedado sin balas para el fusil, coge su pistola parabellum y apunta a una espalda cualquiera. ¿Es un hombre? No, es un moro, una chilaba, un asesino de españoles, el enemigo, es su padre... El desconocido se levanta un momento por el impacto de la bala, como si quisiera volar, y después cae al suelo, donde se agita unos segundo y queda inmóvil, y sus pies descalzos son lo más muerto de todo.

Franquito ruge:

—¡Por Pereira!

Pero no se detiene ni un instante. Su primer muerto, sí. Qué fácil le ha resultado. Y el segundo, y el tercero, y ahora desenvaina el sable, que agita por encima de su cabeza aunque no tiene que utilizarlo porque dispara con la parabellum con una sola mano.

Sus hombres se han lanzado encima de sus presas, que no oponen resistencia, y les hurtan con mano hábil las joyas, les escrutan los bolsillos, el cuello, e incluso les quitan los zapatos, si es que alguno lleva; el suelo se llena de vísceras, y Paquito siente por primera vez el hedor dulzón de la sangre. Franco ya ha dejado de disparar cuando se le acerca uno de los suyos. En la punta de la bayoneta ha clavado la cabeza barbuda de un hombre tan oscuro como él, aún con los ojos abiertos y el largo pelo desflecado agitándose al viento.

—*Ma sha allah!* ¡Dios lo quiere!

Le pasa el siniestro trofeo a Franquito con una sonrisa más siniestra todavía. Todos los hombres se han detenido, unos en posturas difíciles, otros con el botín entre las manos, alguno incluso a punto de cortar la cabeza de un enemigo de rodillas ante él, que ve la oportunidad de escabullirse y salvar la vida. Todos miran a su teniente. Franquito no duda ni un momento. Se inclina para coger el sangrante reclamo:

—*Shukran!* ¡Gracias!

Ahora sus hombres gritan:

—*Ma sha allah! Ma sha allah!*

Y con el sanguinolento despojo en alto atraviesa lentamente el campo de batalla.

Desde una loma, el coronel Berenguer sigue el ataque con unos prismáticos. Sin apartar los ojos comenta:

—La sección de Mola ha tenido que replegarse.

—Sí, señor, pero Mola ha regresado para salvar a dos de sus hombres, se los ha llevado a hombros...

—¡Teatrero, como siempre, pero ya tiene el ascenso a capitán en el bolsillo!

Sigue mirando por los prismáticos. De pronto pregunta:

—¿De quién es el batallón de la izquierda? Se ha desenvuelto bien.

Le informan:

—Es el de Franquito.

Le pasa los anteojos a su segundo y pregunta:

—Mira ahí, ¿quién es ese al que vitorean sus hombres?

El comandante observa en silencio masticando su puro y rezonga:

—Es Franquito.

—Tiene *baraka*.

Lo dicen sus hombres cuando llegan al campamento, cobran la paga y se reparten el botín.

Y añaden:

—Tiene «manera».

Es su forma de reconocer que es un buen oficial.

En todos los combates, ¡decenas de ellos, con bajas en uno y otro lado!, Paquito ha luchado cuerpo a cuerpo, en primera fila, y no ha recibido ni un rasguño.

Uno de sus soldados lo recordará más tarde ante las cámaras de una televisión inglesa:

—Se le veía correr ante los demás... No le tenía miedo a la muerte, ¡parecía buscarla! Siempre con un arma en la mano, disparando, llevándose por delante a decenas de hombres. Y si alguno de los nuestros caía al suelo, no lo trasladaba, ¡lo dejaba morir en el sitio! ¡Todo antes de replegarse!

En el fondo le satisface ese: «Tiene *baraka*».

Cuando culmina con éxito una operación, Franquito le envía un telegrama a su madre con una única palabra: «Salvo». El mismo día en que se casa su hermana Pila con el ingeniero militar Alfonso Jaraíz, la madre no quiere salir de casa hasta que no reciba el dichoso telegrama. Aunque don Ladislao, el abuelo, la apremia:

—No hagas tonterías, que este buen muchacho aún se arrepentirá, ¡no sabe dónde se ha metido! ¡Y aún tendremos que apencar con Pila hasta que se muera!

Y el abuelo se dice que esto de que los chicos y chicas mantengan las distancias

durante el noviazgo y que apenas se conozcan cuando se casen también tiene sus ventajas, en este caso para Pila, que sigue siendo, como reconoce ella misma, «de la piel de Barrabás».

Pero el telegrama llegó al fin, la madre salió para la iglesia y pudo realizarse la boda.

El director del periódico de Ferrol conoce cuando ha habido escaramuzas importantes en Marruecos solo sabiendo qué día doña Pilar recibe un telegrama de su hijo.

Cuando Paquito le explica en las cartas lo de su supuesta *baraka*, la madre sonríe bondadosamente mientras contesta; *Baraka*, no, hijo, que eso es superstición. Lo que te salva es el escapulario que te puse y las oraciones a mi virgen del Chamorro».

Pero Paquito sabía que en Marruecos las supersticiones también eran útiles para causar temor al enemigo. Hasta el mismo Berenguer le dijo un día pensativamente, mientras le prendía en el pecho su primera condecoración, la Cruz del Mérito Militar «por haber estado sin recompensa en tres meses de operaciones activas»:

—Van a tener razón tus hombres, ¡tienes *baraka*, coño!

Y quizás era cierto. De los 41 oficiales que estuvieron al mando de los regulares indígenas de Melilla, 35 resultaron muertos en los treinta primeros meses de ofensiva. Franco no. Aunque a punto estuvo.

Su arrojo en el combate le valió, asimismo, su ascenso a capitán.

Claro que el frente de Melilla, con la muerte de El Mizzian y la eficaz ofensiva de los regulares con los oficiales españoles al mando, se había pacificado momentáneamente y ya daba pocas ocasiones de lucimiento. En Europa nadie prestaba mucha atención al conflicto de España y su Protectorado, porque una sangrienta guerra, que en los libros de historia aparecería como Primera Guerra Mundial, enfrentaba a las potencias del Eje contra los aliadófilos, y durante cuatro años, de 1914 a 1918, tiñó de sangre los campos europeos, donde quedaron nueve millones de cadáveres. Alfonso XIII, en una de las pocas decisiones sensatas de su reinado y aconsejado por su jefe de Gobierno el conservador Eduardo Dato, proclamó la neutralidad de España. Claro, que no había más remedio, ni el armamento anticuado, ni la impericia de los oficiales, ni las tropas indisciplinadas y desmoralizadas podían servir de ayuda a ningún bando.

Esperando nuevo destino, Franquito pasó unos días en Melilla y las postales se hicieron carne. Muchos años después, Sofía habló de aquellos tiempos al periodista Vicente Gracia:

—No me gustaba... Era demasiado correcto, aburrido, no sabía bailar... Era chiquitín, poquita cosa...

Aunque, sin ella quererlo, y gracias a la pericia del periodista, delata sus verdaderos sentimientos en algunas ocasiones:

—Yo le quería dar celos con otro oficial, y él no se enteraba, si se lo comentaba decía «no me importa...». Mis amigas me dijeron que también iba detrás de ellas y

les rondaba la casa, aunque yo no quise creerlo, ¡tenían envidia!

Y otra vez:

—Él me venía detrás, quería relaciones, pero yo me negué siempre.

Déjenme decirles que creo que en vez de la mujer habla el despecho. Sofía permaneció soltera toda su vida en una época en la que el único destino de las mujeres era el matrimonio. Mientras sus amigas se casaron con militares, ella tuvo que ver como el más importante de todos pasaba por su lado, no se decidía a formalizar y al fin se casaba con otra.

Sofía intentó con sus manifestaciones reescribir su vida, creo, incluso, que a fuerza de repetirlas, ella misma llegó a creer sus mistificaciones, ¡qué más da! Hace tiempo que el polvo cubre a una y a otro, y el viento acabará barriendo al fin también el polvo.

Aunque es obligación de los biógrafos escarbar y tratar de poner las cosas en su sitio.

Leídas las treinta postales que se conservan de Franquito, todas con imágenes de muchachas de mejillas coloreadas de rosa, flores en el pelo y vestidos de gasa, no se advierte más que unos intentos no muy entusiastas de entretener la soledad que debía sentir un chico de apenas veinte años en su aislada posición. «Amiga Sofía... veo lo malillo que ha estado su hermano y su mejoría, de lo cual me alegro...», «a ver si cuando vaya a esa podré tener el gusto de verla...», «le envió un millón de gracias por los recuerdos que le ha dado a La Serna para mí...». «Querida Sofía, no sea usted mala y dígame lo que piensa de mí...», son intentos desgastados de mantener una relación que anime sus largas noches de tedio. Mientras sus compañeros se refocilaban con las prostitutas moras, Paquito podía decir:

—¡Voy a escribir a la novia!

Incluso la misiva más ardiente, «creo que usted se equivoca porque yo la quiero bastante, por no decir muchísimo», parece contestar a un requerimiento de ella, más que a una manifestación espontánea de amor. Sofía, consciente de eso, se apresuró a explicar que:

—Las cartas apasionadas las rompí y solo he guardado las postales porque salían fotos muy bonitas.

Postales que Paquito simultaneaba con cartas a Ferrol a las amigas de su hermana, que, embarazada de su primer hijo, vivía en Puentedeume. Precisamente, Ángeles Barcón, la de los ojos aleonados, da una versión de Franquito totalmente contraria a la de Sofía:

—Paquito hablaba que seducía, explicaba cosas muy entretenidas e inteligentes y sabía muy bien cómo enamorar a las chicas. Además, le precedía siempre su imagen de valor y arrojo y eso siempre impresionaba.

Sofía, por su parte, continúa destilando su particular hiel:

—No destacaba por nada... no llamaba la atención... Mi padre no quería que hablara con él, y cada vez que Franquito lo veía emprendía una carrera

impresionante, ¡ni los rojos han hecho correr tanto a Francisco Franco! ¡No lo quería para mí porque yo tenía otros pretendientes más importantes!

¡Anda, Sofía, a otro perro con ese hueso! ¡Otros pretendientes más importantes y guarda usted las postales de aquel ser insignificante durante sesenta años!

¿No sería que Franquito no quería enfrentarse a su padre porque no tenía ninguna intención de comprometerse con usted?

Más.

—No era nadie. Un oficialito.

Habla otra vez el despecho. En esa época Franquito ya era uno de los oficiales más prometedores de su promoción, con una carrera imparable, capitán a los veintiún años, y eso lo comentaban sin cesar los altos mandos del ejército colonial. Incluso *El telegrama del Rif* se hizo eco de una anécdota que le atañía:

«En un combate, el capitán Franco sostenía la cantimplora en la mano y una bala dio en el tapón y la abrió. El valiente capitán se limitó a comentar, flemático como buen gallego, en dirección a los moros: la próxima vez a ver si apuntáis mejor... Y después bebió tan tranquilo, como si allí no hubiera pasado nada y no hubiera estado a punto de perder la vida; le vino de un centímetro...».

A la distancia de noventa años, familiarizada ya con el carácter de mi biografiado y conociendo a mis hermanas de sexo como las conozco, me arriesgo a decir que ni Franquito estuvo tan enamorado de Sofía Subirán como ella nos ha querido hacer creer, ni ella lo despreció tanto como nos ha contado la historia.

Su nuevo destino fue Tetuán. Y fue allí donde estuvo a punto de fallarle su *baraka*. El 28 de junio de 1916, después de una marcha de 32 kilómetros y con el viento en calma, la columna conducida por el capitán Franco recibió orden de atacar las trincheras de El Biutz donde se refugiaban los cabileños, que los recibieron fusil en mano. Cayeron tres oficiales. Franco mandó cargar cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, y él se puso al frente de sus soldados. Una bala alcanzó su parabellum, quedó desarmado. Los hombres caían en torno suyo, se agachó para recoger el fusil de un muerto, y en ese momento una bala le perforó el abdomen. «Sentí —señalaría años más tarde— como si de pronto me hubieran aplicado un hierro candente en el estómago que me abrasara cortándome la respiración». Su primer pensamiento no fue ni para Dios, ni para la patria, ni para la madre. Se tentó la guerrera y con gran esfuerzo sacó el sobre donde llevaba la paga de la compañía, 20.000 pesetas, ¡los mercenarios exigían sus sueldos bajo amenaza de desertión!, y Franquito lo sabía y lo aprobaba, y por eso le tendió el sobre a su teniente y le susurró:

—Repártelo tú equitativamente entre todos... son buenos muchachos... díles que...

Los buenos muchachos se estaban entregando a una orgía de sangre y rapiña a su alrededor, pero cuando vieron que su jefe había caído, se pusieron de rodillas a

rezarle a Alá para que le devolviera la vida.

—*Yarhamuk Al-lah!* ¡Que Alá tenga misericordia de ti!

Ahmed se acercó a él:

—*Sadiki.*

Y le mostraba su mano derecha, que ya no existía, solo un muñón. Su capitán musitó aún:

—*Yaminah.*

Franquito sonreía con la mueca de la muerte ya en los labios, enseñando un poco los dientes, con las mejillas hendidas, el blanco de los ojos de color amarillento. Al ver que se retorció sobre sí mismo y que pretendía quitarse la ropa, como hacen los agonizantes, el teniente dictaminó:

—Es una herida mortal.

Dos moros cargaron con él y lo llevaron bajo las balas enemigas al puesto de primeros auxilios. El oficial médico movió la cabeza compasivamente:

—Morirá sin remedio. Y si no muere ahora, se le manifestará la gangrena y morirá en unos días.

Sus hombres lloraban copiosamente y preguntaban qué se podía hacer. Para evitar un motín, los oficiales les dijeron que podían llevarlo al hospital de Ceuta, pero ¿cómo hacerlo?

A hombros, sobre una camilla. Treinta kilómetros turnándose expuestos a cualquier escaramuza o paqueo, como se llamaba entonces a las acciones de los francotiradores.

Una bala perdida acabó con la vida de Ahmed, su ordenanza argelino. Quedó sobre el suelo, con los cuervos volando en círculos por encima.

Con cada accidente del terreno, Franquito gemía débilmente. Exangüe, su figura había mermado, parecía apenas un niño pequeño, le resbalaba por la oreja un hilillo de sangre. Los moros lloraban:

—*Al-lahumma Rabbin nas adh-habal baása, eshfi wa anta shafii, la shifaá il-la shifaá uka shifaá la iughadiru saqamaa* (Oh, Alá, Señor de la humanidad, quítale el sufrimiento y sánalo, porque tú eres el que cura. La curación de sus heridas solo te pertenece a ti, oh, Alá).

No los dejaron entrar en el hospital y permanecieron en los alrededores de la clínica, gastándose el dinero en bebida y en mujeres, fumando kif y entonando salmodias interminables en honor a su jefe.

Pilar recibió el telegrama fatal, y antes de abrirlo ya sabía lo que contenía.

—Hay que llamar al padre.

Fue lo primero que dijo. Y así fue, se avisó a Nicolás, que después de mucho protestar y maldecir, y solo porque lo llamaron de Capitanía casi obligándolo a ir, se dobló:

—¡Yo viajo, pero por mi cuenta!

Cuatro días tardó en llegar Pilar al hospital de Ceuta. Viajando sola, ¡ella que apenas había salido de Galicia! Un viaje interminable en el que miles de cosas pasaron por su mente.

Aun dentro del terrible dolor que la atenazaba, ¿no estaría esperanzada Pilar? ¿No pensaría que ese reencuentro, en la cabecera de su hijo moribundo, podría significar el principio de una nueva vida?

Y... no se atrevía ni a pensarlo... si Paquito muriera, ¡Dios no lo quiera y la virgen del Chamorro no lo permita! Pero si el Señor al final lo llamaba a su seno, ¡cómo se iban a consolar el uno al otro! Ya sentía Pilar la tibieza de las lágrimas de su marido contra su hombro y sus palabras susurrantes: «Perdóname, Pilara, perdóname», dejándose caer al suelo para arrodillarse y besar el bajo de su vestido, como se hace con las imágenes en procesión.

Y cuando san José diera los tres golpes que anuncian la muerte en la puerta de las casas según la superstición aldeana, una anciana Pilar posaría su mano sobre la blanca cabeza de su marido en una caricia o en una bendición y le diría:

—Vámonos los dos juntos, nos ha llegado la hora.

Pero de pronto le asaltaba a Pilar el recuerdo de «la otra», la trapecionista, la maestra, la domadora de leones, la mulata, que bajo todas estas personalidades la imaginaba. Pilar no odiaba a nadie, pero si la gripe se llevara por delante a su rival, previa confesión, por supuesto, ella iba a subir a la virgen del Chamorro descalza y en invierno, que tiene más mérito.

Pilar era un ángel, sí, ¡pero también era humana!

Llegó al hospital creyendo que su hijo estaría agonizante y se lo encontró sonriendo. Los médicos le explicaron el milagro enseñando, orgullosos, una de las primeras radiografías que se habían tomado en Ceuta:

—Aquí se ve todo; la bala, después de atravesar la pared del abdomen, no ha tocado ningún órgano vital.

Por delicadeza no le contaron que se había llevado por delante un testículo. El derecho.

Su hermana Pilar, años después, dio más detalles:

—Se salvó porque siempre salía a combatir en ayunas. Si hubiera comido, el estómago hubiera estado más bajo por el peso de lo ingerido y le hubieran dado de lleno.

Franquito se dejó abrazar y después preguntó a su madre:

—¿Has visto a mis hombres? Me han traído en brazos y no se han movido de la puerta del hospital —y con una punta de tristeza, añadió—: A mi ordenanza, Ahmed, lo mataron por acompañarme... Solo tenía catorce años.

La mujer, que no había visto a nadie fuera, intercambió una mirada con el médico y dijo:

—Sí, sí, claro, hijo, se les veía muy afectados.

Después, en el pasillo, se lo contaron:

—Tuvimos que desalojarlos, pues habían montado una tienda donde se turnaban las p..., en fin, mujeres de mala vida, hacían fuego y se habían traído hasta una cabra para que les diera leche, y músicos.

Pilar abrazaba al hijo, le besaba la frente, le decía:

—Qué delgado estás.

Se acercaba a su oído y le susurraba:

—Mi cerillita.

Y no dejaba de espiar la puerta que habría de cruzar el rufián de su marido.

Hacía nueve años que no se veían. Dolorosamente ella constató que no había envejecido y que se le percibía pulcro, olisqueó como hacen los perros, ¡olió a otra mujer! Aquella ropa, cuidada, limpia, planchada, la había dispuesto otra mujer. Aquel cuerpo lo había disfrutado otra mujer. Aquel... aquello... eso... había entrado en otra mujer...

Paquito torció el gesto al ver a su padre:

—¿Para qué viniste? ¡No hacía falta!

Los espió a los dos, enfurruñado, ¿se rejuntarían de nuevo?

El padre gruñó:

—Esta guerra de mierda que no quiere nadie ¡por un trozo de desierto que no nos pertenece! Para que se enriquezcan cuatro, empezando por el rey. Tú estás tonto... ¿Hay cantina aquí?

Franquito se negaba a escucharlo y se puso a hablar con el enfermero marroquí:

—*Salam aleikum*.

El padre lo miró, sardónico:

—¿Ahora hablas moro? En algo aprovechaste el tiempo al menos...

Ni una palabra de los tres años de combates cuerpo a cuerpo, de las posiciones tomadas, de las medallas y ascensos... Ni una palabra sobre su herida, que lo había llevado a las puertas de la muerte...

La madre, que no dejaba de acariciar la frente de su hijo, intervino con dulzura:

—Nicolás, de «allá» todos te envían recuerdos.

El hombre se giró hacia ella y la miró por primera vez. Tuvo un momento de debilidad:

—¡Allá! —carraspeó—. ¿Y cómo están por allá!

Pilar se levantó y se acercó a él, que retrocedió un poco.

—Mi padre está bien... Los chicos, ya sabes, Colás en Valencia, trabajando como ingeniero...

—Ya sé, ya sé —masculla, impaciente de nuevo, Nicolás, encendiendo un cigarro—. En los astilleros...

Pilar prosigue, impertérrita:

—A Ramón lo han destinado a Larache...

—¡Tener dos hijos en esta guerra de mierda, qué cruz! Y allí está haciendo el loco

como siempre —se burla el padre—. ¡Le llaman el Chacal!

Paquito, ofendido, habla como si lo hiciera solo, de cara a la pared, con el ceño fruncido:

—¿Ser valiente es estar loco? Menudo militar...

El padre finge no oírlo y ya aparta la cortina de la ventana, mirando al exterior. El acento cantarín de su mujer, su mansedumbre, le crisan los nervios. Pilar quema a la desesperada los últimos cartuchos:

—Y ya sabrás que somos abuelos, la chica mayor de Pila se llama Pilar también y el segundo Francisco, como...

El padre casi escupe, señalando a su hijo con el dedo pulgar:

—¡Como este!

Pilar se queda sin aliento, pero se recupera a duras penas:

—¡Tus nietos están deseando conocerte!

Nicolás empezó a pasear por la exigua habitación, como un gato enjaulado:

—Conocerme a mí... ni que tuviera monos en la cara... Buena pieza es esta Pila, anda que Ramón... dice que quiere volar, ¡y este atontado! —Y levantaba el puño en dirección a Paquito, que había cerrado los ojos.

A pesar de su intención de no enfadarse, la madre se acalora e intenta defender a los hijos:

—¡No hables así de ellos! ¡No me han dado nunca ni un disgusto!

El marido la mira con sorna:

—Como yo, ¿no? ¡El único que vale la pena de todo el rebaño que me has dado es Colás! ¡Ese sí que sabe vivir bien!

Pilar, con gran esfuerzo, vuelve a bajar la voz para que suene cautivadora:

—Mi escuela marcha... tengo quince alumnos...

Pero Nicolás rezonga:

—Caridad que no sirve para nada... es la justicia lo que importa...

La mujer, cada vez más desmoralizada, persiste aún:

—La tía Gildita... Los De la Puente, Ricardo está también en Marruecos... Los chicos de tu primo Hermenegildo, que en paz descansa, tus ahijados... Pacón está en Mallorca...

Las palabras, casi inaudibles, se pierden en el aire sin que nadie las recoja.

Con impaciencia, Nicolás agarra su maleta y dice:

—Bueno, ya está bien de cháchara; me voy, que me han prometido habitación en Capitanía... —mira al hijo que fingía dormir—. Ya te veo recuperado, poco me necesitas, ya iré pasando...

Estuvo un mes en Ceuta. Cogió el hábito de ir todas las tardes al casino militar. Se sentaba en el diván y se hacía llevar una botella de coñac; cuando quedaba vacía, se levantaba y se iba trastabillando hasta su alojamiento. Los otros militares susurraban:

—Es el padre de Franquito.

Su expresión adusta, eternamente descontenta, los mantenía alejados. Un día se

encontró a Camilo Alonso Vega y le espetó:

—Tú, en confianza, aquí las casas de putas, ¿dónde están?

Camilo, algo azorado porque al fin y al cabo se trataba del padre de su amigo, lo llevó a la casa de Shalima, de donde no salió hasta que se embarcó de nuevo para España.

A su hijo no volvió a verlo.

A la mujer, tampoco.

Nunca más. Pilar y Nicolás no volvieron a encontrarse.

El Ejército colonial en pleno dio tal suspiro de alivio cuando Nicolás Franco volvió a la península que seguramente impulsó el barco a velocidad nunca vista. ¡Sus hazañas se comentaban en el casino, cuando no había señoras delante, por supuesto!

—¡Dicen que en el momento cumbre grita viva el rey! Y no quiere hacerlo de la forma normal. Solo quiere...

Bajaban la voz, hacían un gesto y todos se echaban atrás con miradas de complicidad:

—Ah, solo quiere hacer eso...

Algún oficialillo joven trataba de bromear:

—¡La mejor forma de no repoblar el país con mestizos!

Pero nadie reía, porque, al fin y al cabo, estaban hablando del padre del héroe de la batalla de El Buitz. En todos los periódicos se había publicado el parte de la operación bélica «donde el capitán Francisco Franco Baamonde, de los regulares, figuró como muy distinguido por su incomparable valor, dotes de mando y energía desplegada en dicho combate. En telegrama recibido por el general en jefe, de fecha 30 de junio, del ministro de Guerra y publicado en la orden general del 2 de julio en Tetuán, el capitán Franco es felicitado por el Gobierno de SM y por ambas cámaras por la importante operación realizada tan brillantemente en el citado día».

Cuando la madre se va, llega Ramón desde Larache, con un permiso de un día. Paquito se levanta de la cama por primera vez y ambos hermanos se funden en un abrazo.

Después se separan, se miran el uno al otro:

—*Salam aleikum.*

—*Aleikum salam.*

Ríen, se dan palmadas en la espalda. Son de la misma estatura, los dos muy delgados, con ojos grandes que les llenan toda la cara, los de Ramón verdes, negros los de Paquito.

Paquito se interesa:

—¿Estás bien en Larache?

El hermano contesta con voz apagada:

—Sí, supongo. Está al mando el comandante Millán Astray —y luego añade,

aunque no pensaba hacerlo—. Me ha dicho que te dé muchos recuerdos, que tiene una conversación pendiente contigo.

El hermano mayor le da un pescozón:

—¿Conque chacal del desierto, eh?

Ramón se avergüenza y se encoge de hombros:

—Allá somos todos chacales...

Los dos son de pocas palabras, pero aún Paquito pregunta:

—¿Y sigues con tu manía de volar?

Se iluminan los ojos del hermano:

—Pero ¿no ves la importancia de la aviación en la guerra? ¡Los zepelines alemanes han dejado Lieja y Amberes reducidas a cenizas! Y no solamente sirven para destruir, las aeronaves hacen fotografías del terreno que luego sirven para elaborar la estrategia de ataque, ¡es el futuro! —Pero luego se encoge de hombros, con uno de sus típicos cambios repentinos de humor heredados de su padre—: Aunque aquí no hay dónde estudiarlo...

Cuando toca irse, Paquito vuelve a levantarse trabajosamente, y le habla a su hermano en el idioma de su infancia:

—*Adeus, irman.*

Pero Ramón contesta:

—*Ma'a s-salamah akh.*

Franco repite, sonriendo:

—*Ma'a s-salamah akh.* Adiós, adiós.

Los dos hermanos habían aprendido árabe, algo muy poco corriente entre los oficiales españoles.

Ramón se va, emocionado, limpiándose los ojos con el dorso de la manga, aunque no puede dejar de pensar que Paquito tiene *baraka*, porque él se arriesga tanto como su hermano, pero nadie se da cuenta.

El día en que iban a darle de alta, lo fueron a ver Queipo de Llano, Sanjurjo y Mola. Y Camilo Alonso Vega, que se sentó a los pies de la cama.

Sanjurjo, después de quince años peleando en Cuba y en África, había ascendido al fin a coronel.

Se lo contó Queipo a Franquito:

—Ahora nos tenemos que cuadrar ante él.

Mola, que era hombre culto, le llevó unos libros de Pérez Galdós y le dijo, sin darse cuenta de la suspicacia con que Franquito miraba su obsequio, ya que este autor tenía fama de ateazo y liberalote:

—Paco, te han hecho comandante, te han dado la cruz de María Cristina, y te van a enviar a España, ya te llegará la disposición oficial, pero a nosotros nos lo han comunicado en Capitanía. Aquí no hay sitio para otro comandante, dicen que está el

cupo cubierto, ¡no te jode!, ¡con la falta que haces aquí! Si allí el ejército no existe, donde se libran las batallas de verdad es en Marruecos...

Con abatimiento, Franco preguntó:

—¿Y sabes adónde me envían?

—Sí, a Oviedo.

Y Camilo, que había estado callado hasta entonces y al que por algo a sus espaldas llaman Camulo, remató:

—¡Nunca se habrá visto entrando en la guarnición de Oviedo a un comandante que sea virgen como tú!

Enorme silencio.

Pasó un ángel y tenía la misma cara de cabreo que Franquito.

Oviedo lo recibió envuelta en niebla y lluvia. Estaba deshaciendo su equipaje en el hotel París de la calle Uría, donde iba a alojarse, cuando llamaron a la puerta. Abrió y era su superior, el coronel Vivancos, que le dijo:

—Tengo un coche abajo para ir a comer el *bollu* a la romería de la Balesquida. En Tarna. Te divertirás y conocerás gente.

Paco arguyó:

—¡Pero si está lloviendo!

El hombre se rió:

—Si aquí dejáramos de hacer cosas porque llueve, no saldríamos nunca de casa.

Paco aún no se encontraba muy bien y se sentó bajo un árbol; le dolía el estómago, no digería bien, la luz le molestaba... Sobre la hierba habían tendido manteles y preparado sobre ellos las tarteras con carne empanada, patas de pollo, tortillas, sardinas en escabeche, *frixuelos* y *casadielles*. Dentro de cubos de cinc se veía el cuello esbelto de las botellas de sidra. Los asistentes a la romería ya lo conocían de oídas, porque acababan de salir sus hazañas de guerra en un artículo muy elogioso en *ABC*. Lo miraban de reojo, sin atreverse a dirigirle la palabra.

Las mujeres se susurraban al oído:

—¡Es Franco!

Está muy delgado, con ojeras, y parece tan joven que la gente, inconscientemente, buscaba en su bocamanga la estrella de ocho puntas de comandante. Una anciana, que por sorda hablaba muy alto, dijo:

—¡*Si ye un rapaz, hom!*

¡El comandante más joven de España! ¡Tenía solo veintitrés años!

Un niño se acercó, lo miró con el dedo metido en la boca y fue corriendo después a refugiarse entre las faldas de su madre. Y le preguntó:

—¿Es el comandantín?

Fue la primera vez que oyó la palabra, pero no se molestó en sonreír. Por un día Paco dejó a un lado los convencionalismos sociales, no se esforzó en agradar y se

preguntó por qué había ido. Unos niños jugaban a perseguirse dando chillidos, una criatura de pecho llena de encajes berreaba en un cochecito, un gaitero preparaba el instrumento disponiéndose a tocar, los perros ladraban a lo lejos y la lluvia había dado paso a un sol violento y ardiente.

¡Pero no un sol como el de África! La atormentadora nostalgia por la tierra exótica estaba dando sus primeros coletazos. ¡No lo abandonará nunca!

Paquito tenía calor, palpitaciones; empezó a abanicarse con un periódico, creía sentirse febril y algo enfermo.

Por un efecto de la luz le pareció de pronto que el verde del *prau* se volvía rojo sangre. Y las sandías colocadas en grandes cestos parecían cabezas de moros apretujadas.

¡Ahmed!, ¡la harka!, *Yarhamuk Al-lah*. ¡El misterio de los bosques sagrados de Beni Aros, el impenetrable secreto de Xauen, los caminos de las montañas de Tetuán que no ha pisado ningún viajero europeo!

Un dolor agudo le bajó desde el esternón hasta el centro del estómago y una oleada de calor insoportable casi lo tiró al suelo. Le hubiera gustado estar tendido en la penumbra de su habitación de Ferrol con las persianas entornadas, y que su madre le pusiera una compresa helada en la frente. La muchacha tuvo que repetírselo dos veces:

—¿Quiere un granizado de limón?

Franquito se puso en pie de un salto y cogió el granizado, que le heló las manos y le devolvió la vida. La chica lo observaba sonriendo con timidez, con sus grandes ojos oscuros muy parecidos a los de Pilar, la madre. Iba de luto.

Mientras lo bebía de un solo trago sin dejar de mirarla, llegó una señora mayor que la cogió del brazo y se la llevó, amonestándola:

—*Viens, ne parle pas avec des inconnus.*

La chica aún le sonrió mientras se iba.

Paquito detuvo a la primera persona que pasó, un desconocido que lo miró con asombro. Él, tan cuidadoso siempre de las formas, preguntó anhelante:

—¿Quién es?

El hombre miró a la figura vaporosa que se alejaba girándose de vez en cuando y le dijo mientras se desasía:

—Carmina Polo.

4. EL COMANDANTÍN (1918-1926)

—Jaque mate.

En Oviedo se juega mucho al ajedrez.

Pacón levantó la vista del tablero para mirar a su primo:

—Hombre, Paco, ¡no me jodas! —Pero tumbó con resignación a su rey.

Franco, satisfecho, se reclinó en el respaldo de la butaca, mientras se tentaba el cinturón. La herida reciente todavía le molestaba, pero también era cierto que la vida sedentaria en Oviedo, donde su único trabajo era pasar revista a las tropas, y además las fabadas con el abundante compango a base de chorizo, morcilla y lacón que le preparaban en el hotel París, le habían hecho perder esbeltez. Cada mediodía se sentaba a su mesa, al lado de la ventana, sacaba su servilleta del aro de hierro, la extendía sobre sus rodillas y fingía no oír el rumor apagado de los otros huéspedes.

—Es Franco. ¡El comandantín!

Melancólicamente, Paco se soltó un agujero del cinturón, mientras pensaba que debería incrementar sus paseos a caballo con una hora suplementaria por la tarde.

Llevaba tres meses en Oviedo. Tenía tiempo, ¡demasiado tiempo!

Por la vidriera empañada de vaho del Real Automóvil Club se atisbaba el tráfigo declinante de gentes por la calle Uría. Una familia entera pasaba bajo un inmenso paraguas negro, una dama gruesa cubierta de velos bajaba de un Daimler plateado, delante de los escaparates de Blanco y Negro unos campesinos calzados con zuecos se extasiaban mientras comían parsimoniosamente unos carbayones que extraían de un cucurucho de papel. En el pescuezo, colgado por el mango del borde de su chaqueta, llevaban el paraguas, como si el ligero orballo que caía sobre la ciudad no fuera lluvia suficiente para molestarse en abrirlo.

Dentro del club, un grueso tronco se iba consumiendo lentamente en la chimenea para combatir la fría humedad de este insólitamente frío mes de agosto de 1917, y se oía el ruido de las fichas de dominó sobre las mesas de mármol, el correr de las sillas sobre los suelos alfombrados y a los camareros pasando velozmente con trapos mojados en la mano, cajas de puros y notas sobre bandejas.

¡Europa es un buen tema de conversación! Los bolcheviques han tomado el poder en Rusia y tratan de apartarse de la guerra europea pactando con los imperios centrales:

Poli Herrero resume el sentir de todos:

—¡Yo quiero que ganen los alemanes! A ver si se les bajan los humos de una vez a esos bergantes hijos de la Gran Bretaña...

Pacón interviene mientras va guardando las fichas de ajedrez en la caja:

—Si pierden los ingleses, don Poli, los alemanes les obligarán a devolvernos Gibraltar...

Pero Peñafiel, que es anglófilo, se inmiscuye:

—¡Ojalá los ingleses no se hubieran detenido en Gibraltar y hubieran continuado hasta Vigo! Seríamos ingleses de segunda, pero al menos hubiéramos dejado de ser españoles...

Franco y su primo cruzan una mirada. Pacón está a punto de protestar, pero Paco le hace un signo imperceptible con la cabeza. Y es que no quiere hablar de política, y además prefiere no enemistarse con las familias principales de Oviedo. Pero más tarde manifestará que «el villano de la guerra de 1914-1918 fue Inglaterra, ¡nuestros enemigos tradicionales! Con el hundimiento de la Armada Invencible comenzó nuestra debacle».

Teniendo en cuenta que el tal hundimiento tuvo lugar tres siglos y medio antes de los hechos que narro en este libro, hay que admirarse de la persistencia en el rencor que manifestaba el comandante.

Franco desdeña hablar de la política europea, pero cuando se reúne con los otros oficiales «africanistas», como ahora les llaman, Camilo, Pacón, Yagüe, que también han sido destinados a Oviedo, al regimiento número 3 del Príncipe, se quitan la palabra los unos a los otros para hablar de «aquello». En el ambiente clásico y algo inglés del Real Automóvil Club, reviven el olor a arena y a pólvora, los atardeceres encendidos, el picante aroma a especies del zoco de Melilla.

Los gritos:

—*Ala akbar!*

Y también los combates, el peligro, ¡las hazañas de sus moros! Yagüe está hablando de los fallos estratégicos del frente de Tetuán, cuando Franco interrumpe el relato para musitar soñadoramente con su voz suave y los ojos brillantes:

—Glop glop.

Pacón le interroga con la mirada y su primo le aclara:

—Mis hombres jugaban al fútbol con las cabezas de los enemigos...

Sonríe con benevolencia, como se complace uno en evocar las travesuras inofensivas de los hijos pequeños, y remeda el ruido sordo:

—Glop glop. —Es el sonido que hacía la cabeza cada vez que le arreaban un patadón—. Glop glop.

Después añade con asombro regocijado:

—No creáis, que tenían bastante resistencia las cabezas aquellas. ¡Aguantaban un partido entero de dos tiempos!

Pacón intenta reír, pero solo le sale un graznido que disimula tosiendo, y hasta Camilo, que no se distingue por su delicadeza, empalidece y tiene que meterse una copa de coñac de golpe entre pecho y espalda.

Al lado de la chimenea, un hombre delgado y alto descabeza un puro evitando mirar la mesa donde están «los africanistas». Camilo, para cambiar de conversación, susurra:

—Mira, ahí está tu «suegro»... el viudo Felipe Polo. Ayer comentó en el

Campoamor que antes le entregaba su hija a un torero que a ti... ¡La han sacado de las ursulinas y la han puesto interna en las salesas para que no la vieras, porque no tiene madre que la vigile! Su tía Isabel, que la sustituye, se horrorizó de que fueras contando por ahí que te gustaba, ¡solo tiene quince años!

Paco levanta vivamente la cabeza:

—Pero yo qué voy a contar... Solo pregunté su nombre en la romería. —Y protesta mientras apura su taza de café—. Ya sé que solo tiene quince años. ¡Ya crecerá! No tengo prisa...

Su primo lo observa con atención:

—Pero, Paco, esa chica, ¿te gusta de verdad?

El comandantín le dirige una mirada terrible. Nunca habla de sus sentimientos, pero en esta ocasión lo que siente debe ser tan profundo que contesta al fin:

—Gustar es poca cosa, primo, es poca cosa.

Camilo le pega un golpe en el hombro a Pacón y le dice:

—Claro, *hom*, a mí me gustan las putillas de la Granja, ya sabes, ¡pero no por eso me voy a casar con ellas!

Pacón no le presta atención, ni le ríe la gracia, se gira hacia su primo y le pregunta gravemente:

—Ah, pero ¿te vas a casar?

Franco no contesta. Se oye el timbre lejano de un teléfono y claramente estas palabras:

—Pásale recado al comandantín de que se presente en la guarnición.

El botones se acerca cuando ya Franco se está levantando y colocándose la gorra:

—Comandante Franco, ¡le reclaman!

Se pone la gorra y sale a la calle, ya envuelta en sombras. Pasa delante del café Peñalba, donde un camarero con chaqueta negra y delantal blanco hasta los pies que está cerrando las persianas metálicas le saluda:

—Buenas noches, comandante.

Los imponentes palacetes de Vereterra, Tartiere y Olivares parecen dominar la calle, ya desierta, donde las bombillas eléctricas apenas alumbran con su delgado filamento. La esfera luminosa del Banco Herrero marca las nueve.

Esos caserones tristes pero espaciosos, esas calles estrechas, húmedas y tortuosas de las que hablaba Clarín en *La Regenta*, publicada treinta años atrás, esa ciudad vieja, fea y aburrida que hacía trabajosamente la digestión del cocido y de la olla podrida mientras oía entre sueños el monótono sonido de las campanas de las iglesias ha prosperado mucho desde entonces. De la circunstancia de que España se mantuviera neutral durante la guerra mundial se han beneficiado los magnates textiles catalanes, los barones del acero y los armadores vascos, ¡pero también los propietarios de las minas de carbón de Asturias! Los países en guerra deben ser abastecidos, porque ellos ya no pueden producir.

Sí, Oviedo ha prosperado.

Pero los mineros se han organizado en sindicatos y ya no se contentan solo con tener unas cuantas fabes para comer. El proletariado, en Rusia, se ha alzado en armas contra el tirano. ¿Por qué aquí no?

Una ola revolucionaria arrasa España. ¡Los obreros, los mineros, el campesinado, comprenden su fuerza y saben que su mejor arma no es una pistola, sino la huelga general! En Madrid se reúnen el líder socialista Julián Besteiro y el anarquista Salvador Seguí, llamado El noi del sucre, y decretan solemnemente la primera huelga general que va a paralizar España: «Con el fin de obligar a las clases dominantes a aquellos cambios fundamentales del sistema que garanticen al pueblo el mínimo de condiciones decorosas de vida y de desarrollo de sus actividades emancipadoras, se impone que el proletariado español emplee la huelga general, sin plazo definido de terminación, como el arma más poderosa que posee para reivindicar sus derechos».

Franco entra en el cuartel. Muy tieso, impecablemente vestido, golpeándose una mano con el guante de la otra, se dirige al despacho del general Burguete, seguido por las miradas de admiración de los soldados:

—Es el comandantín. ¡Estuvo en África!

Da un sonoro taconazo.

—Siéntate, Franco. Tengo una misión para ti.

A Franco se le ilumina la cara:

—Muy bien, mi general, se cansa uno de pasar revista a las tropas... ¡Yo creo que en dos días puedo estar en Melilla! Mal asunto fiarse de ese santón, El Raissuni; a mí me recuerda a El Mizzian, que decía que quería a España y luego luchaba contra nosotros, ¡menudos aliados nos buscamos! ¿Sabe usted, mi general, que el hijo de El Mizzian está estudiando en la Academia de Toledo?

El general, confuso, descarta el tema con un gesto:

—¿África? No, Franco, no, estás equivocado, se acaba de repatriar a 20.000 soldados españoles, ¡el conflicto ya está encauzado! La misión que tengo que encomendarte está aquí, en Asturias...

¡Los mineros en huelga!

—¡Hay que aplastar la revolución!

El general se excita tanto que no puede permanecer sentado. Se levanta y recorre el pequeño despacho mil veces:

—Son unos sediciosos. ¡Hay que pasarlos a sangre y fuego! ¡Hay que tratarlos como a bestias salvajes! ¡Los bolcheviques tienen presos a los zares, a ver si aquí los mineros se van hasta el palacio de Oriente y hacen lo mismo con los reyes y los infantitos!

Aparece un ordenanza alarmado por las voces, que ante el gesto imperioso de su jefe se retira rápidamente.

Franco aprovecha para intervenir:

—Pues si fueran al palacio de Oriente no los encontrarían, porque están veraneando en Santander...

Burguete se desconcierta por un momento, y si no hubiera conocido la seriedad de su oficial, creería que le estaba tomando el pelo. Aparta esta idea inquietante y prosigue:

—Porque esos desalmados quieren que venga la república. ¡Son un hatajo de gandules que solo quieren trabajar cinco días a la semana! —Y aquel hombre, cuya principal ocupación era recorrer el paseo a caballo y hacer prácticas de tiro un par de horas por las mañanas, mira al cielo—: ¿Dónde iría a parar este país si todos trabajásemos cinco días a la semana? ¿Dónde, Dios mío, dónde? —Se vuelve otra vez hacia su oficial—: Pero, ¡figúrate si esos hijos de mala madre quieren disolvernos a nosotros! —Se golpea el pecho—: ¡A nosotros, comandante! ¡Al ejército!

Se acerca a Franco, tanto que este puede olerle el aliento algo aguardentoso e incluso ve que le faltan los dientes de abajo:

—Pero eso no es todo. ¡Quieren divorciarse, quieren que cierren las iglesias! —Se acerca tanto, que Franco retrocede frente al dedo acusador—: ... Y... y... ¡pretenden que cierren los cabarets! ¡Y las casas de putas!

Franco enrojece, el general se recupera y hace un gesto con la mano:

—Hombre, ya sé que eso a ti no te importa, pero... pero... —Los ojos giran en sus órbitas, busca y rebusca en unos papeles que tiene encima de la mesa más motivos de odio, al final esgrime uno a modo de espada y lo agita delante de Franco, al borde del ataque de apoplejía—: Mira, lo peor, lo peor, aquí está... ¡Quieren que se prohíban las corridas de toros!

Pero Franco en realidad ya no escucha al general, solo reflexiona sobre la tarea que le ha sido encomendada. ¡Su primera acción de guerra en la propia patria! Y aquí el enemigo no son moros, sino compatriotas. ¡Españoles contra españoles!

Le adjudicaron ciento treinta hombres (los mineros en huelga eran siete mil) y le ordenaron «pacificar la zona».

La demostración de fuerza duró una semana. Al cabo de este tiempo, los mineros volvieron al trabajo, ¡aunque en el suelo quedaron los cadáveres de ochenta trabajadores! Franco se lamentó años después de la decisión que lo envió a las minas, «en los pueblos mineros no pasaba absolutamente nada, ¡estaban en paz! ¿Qué locura nos había llevado hasta allí? ¡Eran españoles como nosotros, nuestros hermanos!». Y este insólito, desconocido Franco, continúa explicando que «en la semana que estuve allí no recibí más que atenciones por parte de los mineros, los alcaldes socialistas y los sindicalistas. No hubo ni un solo choque».

En una reunión con centenares de mineros en los años cuarenta, también les dijo:

—Entre vosotros hay todavía supervivientes de aquellos días... ¡Sabéis perfectamente que mi columna nunca llegó a entrar en acción!

Y aún añadió conmovido ante el periodista inglés George Hills, director de los servicios informativos de la BBC, con el que mantuvo varias entrevistas a lo largo de los años cincuenta:

—Fue una ocasión para conocer la zona minera y sus casas, la vida de aquellos hombres y el abandono triste en que un país tenía a sus clases trabajadoras. ¡Y las condiciones espantosas en que los patronos hacían trabajar a los obreros!

Esta versión difiere de la del sindicalista Manuel Llaneza, que dice:

—Hubo pillaje, violaciones y torturas...

Pero el mismo Preston reconoce en su monumental biografía sobre Franco que le ha sido imposible reconstruir aquel episodio de su vida. Tengo que añadir que ni en uno solo de los periódicos de la época sale ninguna mención a la fuerza de choque del comandante Franco ni a su persona.

En Oviedo el tiempo parece haberse detenido.

A Franco le encomiendan la instrucción de los oficiales. Su primo Pacón, que entonces era capitán, nos informa de que «¡no nos dejaba pasar un movimiento mal hecho! Y en vez de criticarnos, nos preguntaba y nos obligaba a pensar».

Pacón cuenta:

—Él lo llamaba método socrático. Me decía, capitán Franco, ¿me quieres decir el motivo de haber avanzado bajo el fuego enemigo de la forma que lo has hecho? No alzaba la voz ni se enfadaba, pero ¡te obligaba a reflexionar y a corregir tus errores!

En el Real Automóvil Club, los socios apenas levantan la cabeza de sus periódicos cuando entra el comandantín. Paco saluda:

—Buenas tardes, señores.

En su rincón de siempre le esperan Pacón, Camilo y sus nuevos amigos y alumnos, los capitanes Sueiro, Civantos y Valcárcel. También los ingenieros de minas Berjano y Brea, y el médico gallego Ricardo Pérez y Linares-Rivas, con mucho interés para que nadie se dejara el guión de su apellido compuesto, y si se suprimía el Pérez, pues mejor. Cuando los botones pasaban gritando: «¡Doctor Pérez, doctor Pérez!», él fingía no oír, pero si lo llamaban: «Doctor Linares-Rivas», se levantaba como impulsado por un resorte.

Todos son jóvenes, todavía solteros, con mucho tiempo libre; algunos han visto la muerte de cerca. Paco suele decir:

—¡Esa señora ha pasado muchas veces por mi lado, pero nunca me ha reconocido!

Por las noches, cuando sus pasos suenan solitarios sobre el empedrado pegajoso, cuando los árboles, desprovistos de hojas, agitan sus ramas con siseante murmullo y se oye el toque de silencio del lejano cuartel, los amigos hablan en voz baja entre ellos para tomar la dirección de la Granja, donde unas muchachas esperan ansiosamente a que la soldadesca tenga ganas de divertirse. Todas tienen nombres

andaluces, Rosío, Marifé, Lola, pero una de ellas le confesó ingenuamente a Pacón con el cantarín acento de la tierra:

—Yo soy de Tuy, pero el amo dice que quedamos mejor de andaluzas.

Los amigos hablan tan quedo que Franco no los oye. El viento arrebató chispas a los cigarrillos que corren calle abajo como gusanos de luz. ¡Franco es su amigo, pero también su superior, y encima casto! Camilo lo repite en un susurro tan apagado que a veces no se oye ni a sí mismo:

—¡Entró virgen en Oviedo y saldrá de la misma forma!

Pero a Paco, cuando se va al hotel a sumergirse en la biografía de Napoleón Bonaparte y a escribir cartas a la madre, le gustaría perderse en algún tugurio, pero solo para oír cantar, aunque sean canciones tristes, porque el gallego se divierte llorando:

*Cando penso que te fuches
negra sombra que me asombra .*

Franco no cantaba, seguía con la boca cerrada las inflexiones de la triste sonata balanceando la cabeza hasta que al fin no podía evitarlo y pronunciaba en falsete una frase que sobresalía por encima de las demás, haciendo que los otros se dieran con el codo:

O pe dos meus cabezales...

Tiene ansia de compañía, de camaradería entre hombres, de dar a conocer todo lo que lleva en el pecho. ¡Por primera vez en su vida quiere divertirse, bromear, siente deseos de correr aventuras!

Desde el día en que la conoció, apenas ha vuelto a ver a Carmina Polo Martínez-Valdés. Se ha enterado de que tiene un hermano mayor, Felipe, y que después le siguen Isabelina y Ramoncita, a la que llaman Zita. Los cuatro van siempre acompañados por su institutriz, madame Claverie, una francesa con aspecto de gendarme que les enseña a comer sin separar los codos del talle, a caminar con libros sobre la cabeza y a hacer reverencias como si vivieran en la corte de Versalles:

—¡El pie hacia atrás mientras el talle se mantiene recto!

Paco se ha enterado de que son huérfanos de madre desde hace un año y que su tía Isabel Polo, casada con un sobrino del conde de Canillejas, se ha tomado muy en serio la recomendación de Ramona, su cuñada, antes de fallecer:

—Isabel, te los encomiendo.

Felipe, el padre, es el típico señor de provincias, abogado sin ejercer, liberal sin ejercer mucho tampoco, porque en los casos concretos es partidario de la «mano dura», con una renta suficiente y con ciertos resabios aristocráticos en su linaje. Su

hija mayor, tan guapa, tan elegante, tan bien educada, se merece algo más que un militar, aunque este sea el heroico comandantín. Además, que a él esto de Marruecos no le importa, ¡lo que le jode, como dice él, es la situación caótica del país!

—¡No son los moros los que necesitan mano dura, sino los españoles!

Carmina va al colegio, primero a las ursulinas, después a las salesas, toca el piano, aprende ballet con su prima Laína Vereterra y con su amiga Pilar Herrero, habla el francés perfectamente, recita poesías de Lamartine y lee la vida de su compatriota Eugenia de Montijo, aunque saltándose los pasajes escabrosos de su juventud.

También le gusta leer la vida de María Antonieta, aunque no tanto, porque la decapitan.

Es una niña todavía, y no puede explicarse la atracción misteriosa que le hizo acercarse al comandantín a ofrecerle un vaso de limonada fresca. ¡Percibió en él algo que la cautivó! Estaba bronceado por el sol y, como llevaba la camisa abierta por el calor, vio la piel desnuda del cuello, más desnuda porque estaba blanca. Y sus ojos grandes, enormes, cercados de profundas ojeras. Las pestañas de abajo eran tan negras y tan tupidas como si las llevara pintadas con khol, como los moros que salían en *La Ilustración Española*. No lo vio como el soldado brutal que cortaba cabezas de un solo tajo, según contaban las criadas de casa. Notó que unas perlas de sudor le resbalaban por la frente y que se llevaba la mano al pecho como si le doliera el corazón.

Fue cuando se acercó y le dijo:

—¿Quiere un granizado de limón?

Sus miradas se cruzaron apenas unos segundos. ¡O quizás fueron horas! Se comieron el uno al otro con los ojos, ambos respiraron hondo como si estuvieran en una carrera, y a los dos los hirió el mismo rayo.

Después Carmina bajó los párpados con inconsciente obediencia, no a Paco, sino al sentimiento que la había poseído.

Sin saber cómo, se notaron enamorados.

Los dos se dieron cuenta.

Carmina contó después: «Me enamoré de él en cuanto lo vi, ¡estaba predestinada!».

No había prisa. Ninguno de los dos dudó ni un momento en que eran como dos barcas que hubieran llegado a puerto, el uno iba a ser de la otra. Su nieto José Cristóbal lo contó muchos años después:

—Para mi abuelo no existía otra mujer que mi abuela, y mi abuela no veía por otros ojos que los de mi abuelo. ¡No he visto nunca una pareja más unida!

¿Que Felipe Polo se opone? A Franco no le importa, está acostumbrado a tener que superar múltiples obstáculos para conseguir lo que realmente le importa, ¡otra cosa le hubiera parecido sospechosa!

A veces Paco se sorprende viendo una cara gozosa reflejada en el cristal ¡y es él!

Porque ha atisbado a Carmina tomándose un helado en Peñasanta con sus hermanos, o entrando en el palacio de los Vereterra en la calle Uría, la ha visto de espaldas y de repente ella se ha girado y le ha sonreído, con esa conexión especial que tienen los enamorados.

Descubre que en el colegio en el que la han internado para huir de él, las salesas, a las siete de la mañana celebran una misa. Unas cuantas beatas y las niñas internas. ¡Y con tanta devoción que de las veintidós alumnas que había en esos años profesaron catorce!

Todas se giran cuando el comandantín cruza la puerta, moja los dedos en el agua bendita, se persigna, se arrodilla delante del sagrario y se sienta en un banco siguiendo la misa atentamente mientras pasa las páginas de su viejo misal. Las niñas se ríen y cuchichean, las monjas, desconcertadas, las mandan callar, mientras se preguntan entre ellas con la mirada:

—¿Y este?

¡Vuelve al día siguiente, y al otro y al otro! Carmina lo mira y baja rápidamente los ojos, las otras alumnas lo espían entre risitas, y hasta las monjas, que ya se han enterado de cuál es el objeto de la devoción del popular comandantín, lo buscan cada mañana con cierta ansiedad. Incluso el cura, que antes celebraba la misa de forma rutinaria, se explaya hablando del hijo pródigo y del pastor que solo ofrece una ovejita al Señor porque no tiene ninguna más, con cierta cadencia más propia de una jota, ya que el cura es baturro, que de un sermón religioso.

¡El padre se entera y conmina a las monjas para que reprendan a su hija! Lo hacen, pero Carmina mira al suelo con los labios apretados, sin decir palabra.

La superiora se lo confesará a un periodista años después:

—Carmina Polo era muy dulce, pero tenía una gran energía y era muy decidida, ¡cuando se interesaba por un tema, era capaz de ir hasta el final!

Paco le escribe a su madre. No se atreve a confesarle que está enamorado, pero le habla de Carmina, «te gustaría, es alta y delgada, muy elegante a pesar de ser tan niña, ¡tiene una forma de moverse! Como si volara». Por primera vez, a Paquito, como a su hermano Ramón, también le gustaría volar; se siente ligero e irresponsable y, cuando sus amigos planean una broma, él se apunta con entusiasmo.

El objetivo de su burla es Ricardo Pérez y Linares-Rivas. Es un muchacho inteligente y bondadoso, con una única locura: la gente «bien». Atiende a los hijos de las familias importantes de Oviedo y al fin consigue ser invitado a tomar el té en casa del marqués de la Vega de Anzo. Se pone levita, guantes, un bastón de caña, ¡a sus veinticinco años parece un niño disfrazado de persona mayor!

Se vuelve insoportable. A partir de la visita al palacio del marqués todo le parece mezquino y pequeño. ¡No se le cae de la boca el marqués de la Vega de Anzo!

—Mis amigos los marqueses de la Vega de Anzo no toman sidra, sino champagne francés. Esto en casa de mis amigos los marqueses no se estila... —Cualquier motivo es bueno para sacar a colación su delirio—. ¡Una luna así había el otro día, y mi

amigo el marqués me dijo que...! ¡Si pudierais hablar con el marqués como hago yo os daríais cuenta de que...!

Un día llegó y comentó displicentemente:

—Mañana me han vuelto a invitar allí... —se miró las uñas—, ya sabéis, ¡al palacio del marqués de la Vega de Anzo!

Es el propio Paquito el promotor de la gamberrada. ¡Ya le está cargando que el marqués frecuente a un oscuro medicucho de pueblo y no se le ocurra invitar al glorioso comandantín, héroe de África!

Los amigos se encuentran en el hotel de Paco y se disfrazan de facinerosos. Con un parche en el ojo y boina, Franquito hasta se pone una camiseta de rayas, alpargatas y exhibe una faca de considerable tamaño. Se cubren con los capotes para que nadie los descubra y se quedan escondidos en el parque San Francisco. Cuando Ricardo sale de la casa del marqués, a las doce y media, se le echan encima cuatro bultos a los que apenas distingue en la oscuridad de la noche, pero sí oye sus horrisonos gritos:

—¡Te sacaremos las mantecas... ven, que te vamos a desollar vivo!

Como a Paco le han dicho que no grite porque su voz lo delataría, se limita a abrir y cerrar la navaja con un escalofriante chirrido.

¡Pérez se pone a correr con el corazón en la garganta, corre y corre con el grupo de malandrines detrás, que no se dan a conocer hasta que salen del parque! Las risotadas de los amigos contrastan con el tono indignado de Pérez, que respira agitadamente y solo sabe decir:

—El infarto, la angina de pecho... —confundido, echa mano de su léxico profesional—, las aurículas, el ventrículo... he estado a punto... cabrones... hijos de puta...

¡Franco se ríe tanto que se tiene que sujetar los costados para que no se le abra la herida del abdomen!

Claro que esta broma tuvo consecuencias.

Al cabo de un mes, llega al hotel París un telegrama dirigido al comandante Franco. El auditor Rodríguez de Viguri le comunicaba que el ministro del Ejército le había concedido la Laureada de San Fernando, la máxima condecoración a la que puede aspirar un soldado español, por los hechos de El Buitz. Rodríguez de Viguri le recomendaba que «guardara reserva» hasta que el expediente saliera en el *Boletín Oficial del Estado*.

Pero ¿cómo callarse?

Aturdido, salió a la calle sin saber a quién comunicar la buena nueva. Se cruzó con Felipe Polo, que fingió no verle, y estuvo a punto de detenerlo y cogerlo por las solapas de la chaqueta:

—Usted me desprecia, pero el rey me ha concedido la Laureada de San Fernando.

Y después, con un gesto muy poco suyo, porque los sueños a veces también se vuelven locos, le diría haciéndole un corte de mangas:

—¡Chúpate esa!

Y lo peor:

—¡Cursi!

En el club se acercó a sus amigos y se lo comunicó en voz baja a todos. A todos menos al doctor Pérez, que estaba en el hospital y no llegaba hasta más tarde. Franco les rogó que mantuvieran el secreto:

—Daré un banquete y lo contaré en los postres. ¡Pérez se desmayará! ¡Su marqués no puede competir con mi Laureada!

Y después corrió al hotel a escribirle a su madre y a sus hermanos.

Reservó mesa en el Dos Mundos. El menú era de postín: ostras, perdices rellenas, pollitos de la granja, truchas y lionesas. También le indicó a Pacón que estaría bien que llevara un billete a *El Comercio* indicando que «el comandante Franco ha sido condecorado con la Laureada de San Fernando». Pacón sugiere:

—Y podría poner también que varios oficiales de la guarnición te ofrecemos un banquete.

Paco mira a su primo con afecto:

—Me parece bien, Pacón... —y añade—, ¡estoy seguro de que lo hubierais hecho si yo no me llego a adelantar!

El primo enrojece por su mentira flagrante, pero asiente:

—Sí, claro, me voy pitando a la redacción para que salga mañana.

Paco ya no lo escuchaba, porque estaba en una nube. ¡Cuando Carmina lea el periódico se morirá de gusto! ¡Seguro que recorta la noticia y la guarda toda la vida!

El camarero abre con pericia una botella de Marqués de Riscal. Risas contenidas, miradas de complicidad entre Franco y sus invitados.

¡Traen las ostras sobre un lecho de hielo picado!

Todos jalean como si estuvieran en los toros:

—¡Ole!

El único que no parecía participar en la juerga era el médico, que miraba displicentemente la ceniza de su cigarro, arrellanado en la butaca sin hablar con nadie. Al final apagó la colilla contra su plato, levantó la vista decidido y señaló a Franco.

—Tú no me la das... Yo ya sé qué te pasa...

Medio riendo, medio serio, Franco fingió sorprenderse:

—No sé qué quieres decir con eso. ¡Yo estoy como siempre, no ocurre nada!

Sin mirarlo, apoyando sus aseveraciones con golpes del dedo índice sobre la mesa, le dijo:

—Anteayer has recibido un telegrama firmado por el auditor Rodríguez de Viguri en el que te decía que se te había concedido la Laureada.

Risas generales. Franco, al final, lo admitió como a regañadientes, pero en el fondo encantado de darle una lección a aquel advenedizo al que invitaban a casa del

marqués de la Vega de Anzo:

—Pues, sí, la verdad... no quería decírtelo por lo cotilla que tú eres...

Y Pacón preguntó, con una sonrisa intrigada:

—Pero tú, ¿cómo te has enterado?

Se levanto el amigo, le hizo una seña al mozo para que le llevara el gabán, se lo puso por los hombros, y tomando su bastón dijo:

—Porque te lo he enviado yo... ¿qué os creíais? ¿Que me iba a olvidar de la broma pesada que me pegasteis? ¡Y ahora me voy, queridos, que me esperan en el palacio!

Salió cantando una melodía.

Se quedó Franco hundido en su silla, sin saber qué cara poner, consolado por sus amigos que no hacían más que decirle:

—¡Pero qué cabrón! Ya te la darán, Paco, tú tienes más méritos que nadie... Pero comemos, ¿no? No se va a tirar todo esto...

Mudo, Franco hizo un gesto que abarcaba la mesa. Mientras los amigos chupaban las ostras, engullían los espárragos gordos como brazos de bebé, limpiaban las patas de pollo, devoraban perdices, entonaban su letanía de consuelo:

—Seguro que se está tramitando... ¡El rey firmará el conforme! —Sacaban el postre, unas lionesas que tardaron cinco minutos en desaparecer—. ¡Nadie como tú para lucirla!

Se oyeron los primeros taponazos de las botellas de champagne.

Los brindis:

—¡Por la Laureada!

Franco hizo un gesto con la mano para que callasen. ¡Sus comentarios no hacían más que añadir sal a la herida!

El primo, Pacón, al recordar este episodio, añadía, «bien se conocía que Pérez no era militar... No podía comprender la gran ilusión que es para nosotros recibir tan preciada condecoración». Aunque no dejaba de añadir en ese estilo adulator que lo caracterizaba: «¡Como es natural, la Laureada le fue concedida al cabo de unos años!».

Es cierto. La pidió para él Alfonso XIII desde su exilio romano una vez acabada la guerra en una carta que aun hoy nos sonroja leer, por ese sentimiento tan difícil de explicar que se llama «vergüenza ajena»: «... esa invicta y heroica condecoración jamás tan bien otorgada ha sido a un caudillo que tan brillantemente salvó a España», para terminar con el más difícil todavía: «Faltando al protocolo, le envío hoy como en otros tiempos un fuerte abrazo».

¡Faltando al protocolo dice el rey, que está por encima de todos los protocolos!

Claro que para esto faltaban una guerra civil y nada más y nada menos que veinte años.

Franco, que sigue con la maldita sonrisa que no sabe cómo borrar de sus labios, se deshace al fin de sus amigos, que al pretender consolarlo de buena fe consiguen que

su sensación de ridículo sea todavía más punzante, y sigue sonriendo en su habitación, ¡como las cabezas cortadas que sus hombres exhiben clavadas en sus bayonetas, que enseñan los dientes en una mueca agónica que remeda una sonrisa!

Escribe a su madre. Pilar adivina su enorme frustración a pesar de las palabras ligeras, «una broma, una niñería». Envía otro billete, anónimo en esta ocasión, a *El Comercio* desmintiendo la noticia de la concesión de su Laureada «propagada por los enemigos del comandante Franco envidiosos de su carrera triunfal» y durante semanas va únicamente de su habitación al cuartel, del cuartel a sus libros. «Me dediqué a leer libros socialistas, desde Proudhon hasta Saint Simon y Fourier, y me di cuenta de que lo que decían no podía solucionar el mundo».

A veces se detiene en medio de una página, le invade un terror indescriptible y se lleva las manos a las mejillas. Le arden como si tuviera fiebre. ¡Carmina se ha enterado de la broma y debe estar muriéndose de risa! ¡Cómo va a volver a presentarse delante de ella, le mirará el pecho desprovisto de la Laureada, eso siempre será un baldón en sus relaciones!

¡Él, que se ha enfrentado a la muerte en El Buiz, no puede enfrentarse al ridículo!

Un domingo, desalentado, mira la calle desde la ventana de su habitación. Por la acera izquierda, por donde circula la buena sociedad ovetense, ve pasar a los cuatro hermanos Polo acompañados por madame Claverie. Han dejado ya el luto y van vestidos de marinero. Carmina, con sus piecitos calzados con botines blancos, como sus medias, avanza tímidamente esquivando los charcos. Lleva el pelo negrísimo con ondas hasta los hombros cogido a un lado con un pasador.

¡Paco la mira intensamente!

De repente, como si él la hubiera llamado, levanta la vista y se detiene unos segundos. ¡Se quedan mirándose! Se para el tiempo. Paquito se hunde en los ojos de la muchacha, tranquilos como un lago. Pregunta sin palabras:

—¿Me quieres a pesar de todo?

Y sus ojos contestan:

—Te quiero.

Se desvanece el dolor, la vergüenza, la inseguridad. Esos ojos le dicen:

—¡No puedo vivir sin ti!

Y quizás:

—¡España tampoco!

Franco parpadea. Sonríe Carmina imperceptiblemente. Paco le hace un gesto como diciéndole:

—Ya me he rehecho, ¡puedes irte!

Baja silbando al comedor. En su mesa del hotel está su botella de vino, que apenas toca, su servilleta, y una nota: «El marqués de la Vega de Anzo le invita el martes de la semana que viene a su casa, a las ocho».

El día antes fue a recoger su primera chaqueta de civil buena, de paño inglés, a Casa Montes. Mientras se la envuelven, entra en la tienda el propietario del Banco

Herrero, el hombre más rico de Asturias, don Poli Herrero.

Le saluda:

—Hombre, comandante. —Y a continuación se queja al dependiente—. ¡Qué caro es todo aquí!

El propietario, obsequioso, le dice:

—Pues su hijo se ha hecho este mes tres trajes.

A lo que responde don Poli:

—¡Sí, claro, mi hijo tiene un padre rico, pero yo no!

Franco y el propietario, don Juan Montes, se miran por encima del mostrador y se echan a reír.

Hacía semanas que Paco no se reía.

A la primera persona que ve en la casa del conde de la Vega de Anzo es al viudo Felipe Polo.

Franco se dirige hacia él con la mano tendida y le suelta de carrerilla:

—Soy Francisco Franco, y pienso como usted, que los moros necesitan mano dura, pero los españoles también, y me gustaría visitar a su hija en su casa.

El hombre se sobresalta y lo mira con suspicacia, pero también con cierta curiosidad. Le contesta:

—¡Ya veremos! No tenga usted prisa.

¡Tres años! Fue lo que duró ese no tenga usted prisa de Felipe Polo. Y eso que la hija, desde el principio, se lo dijo muy clarito:

—¡Papá, yo solo me casaré con Paco!

—Es un militar.

—Es el hombre que yo quiero. ¡Además, es un héroe y va a hacer cosas grandes por España!

El padre le amenazaba sin mucha convicción:

—Te desheredaré.

A lo que la muchacha contestaba:

—¡Nunca la mujer de un militar se ha muerto de hambre!

¿De dónde le vino la audacia a esta niña, educada sin madre, para enfrentarse a su padre y contentar al mismo tiempo a su novio? ¡A esta provincianita, alumna de las monjas más severas, que no ha salido nunca de Oviedo!

Al mismo Franco le sorprende su audacia. Un día Carmina le envió un billete, a través de un mozo de comedor, en el que le indicaba:

—Si pones una nota en la cinta del sombrero del marqués de la Rodrigo, que luego viene a casa, yo podré leerla y te contestaré por el mismo conducto...

El marqués dejaba el sombrero en el colgador del club, y Franco, con nerviosismo adolescente, metía un papel en el que había pergeñado apresuradamente unos versitos de amor.

Otras veces le decía:

—A las siete asómate al balcón de tu cuarto.

Y Franco se encontraba con la sorpresa de que en la ventana de enfrente, que pertenecía al palacio de los Vereterra y que no se abría nunca, se vislumbraba el rostro pálido de su novia, como una aparición.

Franco se admiraba, ¡era una estratega a la altura de cualquier militar de la academia de Toledo y desplegaba tanto valor como un soldado de África!

Se lo decía en sus cartas: «Carmina, si tú quisieras, ganarías la guerra en cuatro días, ¡si el comandante debías ser tú!».

Pero Felipe Polo no daba su brazo a torcer:

—¡Militar de tres al cuarto! Ya me he enterado de que el padre vive con una puta en Madrid. ¡Mala familia!

En verano se le despertaba a Paquito la nostalgia de Ferrol y de los suyos. Los Polo se iban a la casona de San Cucao, y sentía el tedio trepar por él como una enredadera. En el empedrado de la calle Uría reverberaba el sol, se oía el sonido monótono de un organillo y la evocación de la madre le producía una honda ternura. ¡Y añoraba los rostros familiares y su cuarto, que seguía como cuando se marchó, como si fuera a volver todas las noches!

Su familia lo acoge como a un desterrado. El abuelo tiene una excusa para destapar una botella de coñac, aunque sabe que Paquito no bebe nunca, Soledad, la criada, pone de postre su especialidad, las filloas de sangre, y la tía Gildita se permite fumar un purito porque, según dice, «¡es bueno para el asma!».

Pila ha ido desde Puentedeume, con dos niños y embarazada de nuevo. Colás, que también ha ido desde Valencia, bromea tocándole la barriga:

—¿Pero no dices que tu marido está siempre trabajando?

Y Pila contesta riéndose:

—*E logo...* ¿Qué crees? ¿Que esto no es trabajar?

Nicolás, que se está convirtiendo en el capitalista de la familia, lleva un reloj colgado de una cadena de oro y dirige unos astilleros. Es modesto, como todos los hermanos:

—¿Dirigir yo? ¡Me dirigen ellos!

Hasta Ramón, ceñudo, raro, sin mirar nunca a los ojos, ha venido con permiso desde Marruecos. Cuando su hermano le pregunta qué hace, se encoge de hombros:

—Yo qué sé... arrastrarnos por el suelo.

Colás ríe:

—Tolo, pero ¿sigues pensando en volar?

Ramón se come las uñas, no contesta, pero sueña en un cielo sin rivales. ¡Ahí superaría a su hermano y a esos oficiales estirados que ni siquiera se acuerdan de su nombre! ¡Él, volando, sería el rey del mundo!

Solo Paquito se lo toma en serio:

—Espérate a ver si abren la escuela de aviación y te matriculas el primero.

Al mediodía, mientras toman el oloroso caldo, la madre, que hace el signo de la cruz sobre el pan y luego lo reparte, no se cansa de ver las cabezas de sus cuatro hijos, con las manos cruzadas, musitando una oración. Su nieta mayor, de cuatro años, Pilín, la mira sin embargo a ella. Y le dice con admiración tratando de trepar por sus rodillas:

—¡Te pareces a la Virgen!

Y Pilar sonrío con nostalgia, porque lo mismo le decía Paquito cuando era pequeño, pero también con una punzada dolorosa, porque todavía recuerda aquellas noches de amor, ¡tan escasas, tan lejanas!, en las que un cuerpo de hombre se anudaba a ella, inmovilizándola. La pierna de Nicolás se cruzaba sobre su estómago y así se quedaba dormido.

A la tarde, Paquito sale a pasear por el paseo de Herrera, yendo y viniendo, perezosamente, al paso lentísimo del gentío. Las risas y las charlas se cortan de repente cuando pasan los hermanos Franco. Pila lleva a Pilín agarrada a las faldas. Colás, atildado, con una flor en el ojal de la chaqueta, hace molinetes con el bastón. Ramón va detrás, con el sobrino pequeño, Francisco, en brazos, entretenido en mirar escaparates.

Pero es Paco el que concita las miradas. Es un héroe, ha estado en Marruecos, ¡el comandante más joven de España! Va sonriendo, pensando en la novia lejana y pura.

Colás, de pronto, le da un codazo y le señala con la punta del bastón:

—Mira qué pedazo de hembra va por allí...

Pasa una muchacha de busto arrogante y labios reidores y carnosos, un poco burlones. Camina moviéndose con desenfado, como si fuera desnuda; sus tobillos dorados atraen los ojos de todos los hombres del paseo.

Pila protesta:

—Pero si es mi amiga Ángeles Barcón. ¡La acaban de hacer reina de los Juegos Florales! Paco, ¿no te acuerdas de ella? —Y se pone a gritar a la muchacha—. Eh, Ángeles, Ángeles...

Cuando la chica se acerca, Pila les dice a sus hermanos:

—Sigue soltera.

A lo que Nicolás apostilla, piropeador y mirándola de arriba abajo mientras se quita el sombrero:

—¡Será porque usted quiere!

La chica se echa a reír cerrando los ojos brillantes, con un punto de prometedora malicia en el fondo, y le dice a Paco con intención:

—Hombre, Paquito... ¿o ahora te tengo que llamar comandante?

Paco ríe, siente de pronto que su sangre se pone a correr como loca por sus venas. La mira extasiado:

—¡Llámeme como quiera!

Pila propone:

—Vente con nosotros a tomar un helado.

Y le dirige una mirada de advertencia a Colás y ambos se adelantan. ¡Por una chica que le gusta a Paquito! Pila le dice a su hermano levantando el puño:

—Que aprenda la señorita Polo de Oviedo. ¡Si ella no lo quiere, aquí hay un montón de chicas fetén que están deseando pescarlo!

Paco y Ángeles se quedan rezagados. Ella saluda a los conocidos con aplomo, pero él no puede apartar los ojos de los brazos semidesnudos de la muchacha ni del comienzo de su escote. Con una risa de mujer ardiente, Ángeles le dice sin mirarlo mientras le da un golpe en el brazo con el abanico:

—Ten cuidado con lo que estás pensando.

El perfume de la muchacha le llega a Paco con una extraña voluptuosidad, la escucha anhelante, pendiente solo de su boca húmeda. Porque ahora no tiene facultad de raciocinio, si no sabría que su deseo sexual, largamente reprimido, se ha puesto en pie dentro de él, poderoso y exigente.

¡Es la primera vez que desea a una mujer!

Ángeles es una muchacha libre, independiente, estudia para maestra, está al tanto de las últimas modas, va a Madrid todos los inviernos. ¡Paco no ha conocido a nadie como ella! Es la guapa oficial de Ferrol, su padre es el hombre más rico de la comarca y su desenfado jovial lo seduce.

Por la noche, cuando llega a su casa, en vez de acordarse de los grandes ojos mansos de Carmina, recuerda la intención picante de la conversación de Ángeles y de pronto se quita el pantalón, mete la mano bajo el calzoncillo y se coge el miembro, hinchado y palpitante.

Todo desaparece menos la carne dura y perfumada de la mujer.

Por primera vez, nota cómo le nace en su interior el semen, por debajo del ombligo, cómo va descendiendo hasta su pene; no oye sus propios jadeos, ¡se podría hundir el mundo que él no se enteraría! Y a continuación ese instante en el que se muere, apenas unos segundos, el silbido intermitente al vaciarse, la lava caliente y pegajosa que cae sobre su piel, que resbala por su costado hasta manchar la sábana, el palpar loco de su corazón.

Después se levanta y sobre la mesa donde dibujaba de pequeño le escribe a su novia una carta larguísima y llena de nostalgia.

¡Se ven diariamente! En el teatro, Ángeles en el palco principal, Paco en la platea, intercambian miradas fogosas. En el paseo se cruzan a veces, caminan un rato juntos, aislados del gentío, y Paco le habla de los atardeceres africanos, de Ahmed, y también le cuenta cómo le hirieron.

Ella, años después, lo recordaba con nostalgia: «Franco sabía cómo enamorar a las chicas».

Ferrol los observaba, empezaron a hablar de ellos, los rodeaban sonrisas expresivas, ¡de vez en cuando un dedo los señalaba! Pilar entró una noche en su

cuarto y casi lo descubrió. Él empezó a rebullir y a quejarse:

—No sé qué le pasa a este colchón, cruje, ¡a ver si va a tener bichos!

La madre deja la bujía en la mesita de noche y se sienta en el borde de la cama. ¡Cómo echa de menos ahora tener marido! ¡Mejor dicho, que este hijo tuviera un padre que supiera qué decirle!

Ella sabe lo que le pasa, lo que hace todas las noches, pero ¿cómo abordarlo?

Afirma más que pregunta:

—Ayer no comulgaste.

Le acaricia la cabeza, los ojos. Paquito cierra los párpados y la madre le pasa los dedos por las sienes, después se inclina y le besa la frente.

Vuelve a coger la palmatoria y sale. ¡Hay cosas que una madre no puede decir! ¡Paco es un soldado, ha visto la muerte de cerca, es un hombre ya!

Con un suspiro va a su habitación y mira su cama desierta. La tía Gildita discute al fondo de la casa con su criada particular, Elisa, y el padre fuma en el salón, el humo del habano recorriendo el pasillo como una tenue gasa. Y la madre se arrodilla frente al crucifijo que preside su habitación y le pide:

—¡Que no sufra, Dios mío! ¡Virgencita, que no sufra!

¡Hasta que al fin sucede lo inevitable! Aparece en la prensa un breve, en la sección Ecos de Sociedad: «Al comandante Franco se le ve siempre muy bien acompañado de la señorita Barcón, nuestra última reina de los Juegos Florales. Estamos ante un anuncio de boda, felicitaciones a los novios».

Ese día Ángeles llega a su casa con algo de temor. Su padre la está esperando en la puerta.

—¡Ni felicitaciones ni hostias!

Le da un bofetón que la tira contra la pared. «¡Me hizo mucho daño y me prohibió que siguiera viendo a Paco Franco!», contó ella más tarde.

Aunque Ángeles es una chica moderna, todo tiene un límite y no osa desobedecer al padre. Baja la cabeza y al día siguiente se va a Madrid.

Su padre le enumera los defectos del pretendiente:

—Es militar, no tiene dinero, su padre es un sinvergüenza, ¡y a mí no me da la gana!

Ángeles Barcón recordará estos amores con nostalgia:

—Pudo ser, ¡pero al final no!

Paquito se queda un día entero en su cuarto, viendo caer la lluvia. Los días pasados, su locura, lo avergüenzan y lo llenan de un asco profundo hacia su propio cuerpo. ¡Incluso el cuerpo de Ángeles ahora le causa una imprecisa repugnancia! Le parece que así deben sentirse los que se despiertan después de una borrachera.

En su corazón renace el cariño sosegado, seguro, que no hace sufrir, de Carmina.

Antes de dormirse, se acerca a su madre y le dice:

—Mañana iré a confesar con el padre Comellas.

Al día siguiente, por la noche, regresa a Oviedo.

En el hotel le espera una nota de Felipe Polo. ¡Le pide cita! Se encuentran en Peñalba. Polo, sin más circunloquios, se dirige a él con la mano tendida y le dice:

—Puede usted venir a casa a visitar a mi hija...

Carmina le contó muchos años más tarde a una amiga: «Cuando conocí a Paco y decidí casarme con él, ¡nada ni nadie podía hacerme cambiar de opinión!».

Polo prosiguió, todavía incrédulo:

—La loca esa me ha amenazado con hacer huelga de hambre porque se ha enterado de que usted pretende a otra muchacha. ¡Yo no sé de dónde ha sacado ese carácter!

Franco guardó silencio. Su relación con Ángeles Barcón se había roto y no había posibilidad de recomponerla. Podría haberlo contado. Pero prefirió callar. «¡Se consiguen más cosas callando que hablando!», solía decir a sus ministros cuando era jefe del Estado.

¡Se puede decir que, gracias a Ángeles Barcón, Franco pudo casarse con Carmen Polo!

Cuando visitó la casa de su novia por primera vez, en la calle Uría 44, lo primero que le llamó la atención fue el mayordomo, con camisa rayada, chaleco negro y corbata roja. Después, la suntuosidad de las habitaciones. La sobrina, Pilar Jaraiz, Pilín, recordaba de mayor que «¡no se parecía nada a nuestra casa de Ferrol, producía una impresión de lujo contenido mezclado de buen gusto!». Había cornucopias, grandes espejos, cuadros de señoras elegantes con marcos dorados, lámparas de cristal de roca, alfombras de la Real Fábrica de Tapices y los escudos labrados en madera de los Martínez Valdés y los Polo entrelazados.

Pasaron al comedor. El menú lo había elegido la tía Isabel. De primero, espárragos:

—Felipe, quiero ver cómo se comporta ese hombre en la mesa.

¡Franco los comió con cuchillo y tenedor, lo que le valió el desdén hasta de la servidumbre!

Después pasaron a la salita a tomar café. La mesa estaba guarnecida de jarritas de leche, azucareros, cubiertos de plata relucientes y unas tazas de porcelana traslúcidas con cenefas doradas y las iniciales de la familia esmaltadas en azul. En los platillos no había ni carballones ni rosquillas de anís, sino brioches y mantequilla rizada, croissants y bizcochos recién hechos. Todo de un gusto deliciosamente afrancesado, «¡hasta la novia de mi tío parecía francesa!». Paco fue presentado a los hermanos. Isabelina y Zita le hicieron una pequeña reverencia, y Felipe lo miró con admiración y le preguntó:

—¿Es verdad que ha matado usted solo a más de cien moros?

Franco se echó a reír y madame Claverie reprendió al muchacho y lo hizo salir de la sala.

Los recién estrenados novios se sentaron en unas butaquitas de *petit point*. Carmina dijo, repentinamente seria:

—¡Sé que te ha gustado una chica de Ferrol, sé su nombre, sé que es muy guapa! Alguien se ha encargado de contármelo. —Y añadió suavemente, sin reproche alguno en la voz—: Te esperaré porque tengo fe en ti, y además, tú sabes que nadie te va a querer más hondamente que yo.

La confesión ingenua y al mismo tiempo apasionada de Carmina le conmovió. Se inclinó sobre sus manos frías y su extravío pretérito le pareció una alucinación.

El contacto con los Polo amplió su círculo de amistades, que ya no tuvo que limitarse únicamente a los compañeros de la milicia. Y pudo poner una muesca en su pistola por un segundo marqués, ¡el de la Rodriga, que era riquísimo y organizaba los sábados en su casona unas cenas en las que se podía comer a la carta! Allí conoció Franco a Pedro Sainz Rodríguez, catedrático de Literatura en la Facultad de Derecho, una de las mentes más brillantes de su generación, con el que iba a tener contacto toda su vida, ya que llegó a ser ministro suyo aunque después se convirtiera en su enemigo. Otro de los invitados era Gasparón Jovellanos, un pintoresco descendiente del político que, siempre en precario, cuando se encontraba muy apurado económicamente, enarbolaba en el balcón de su casa una bandera de socorro y los amigos le enviaban alimentos y bebidas, hasta que arriaba el estandarte. También pasó unos días invitado en casa del marqués el escritor gaditano José María Pemán, quién después contó: «No se sabía muy bien por qué, pero todos hacían mucho caso al comandantín».

Sainz Rodríguez se le quejaba a Franco:

—¡No hay derecho! Ayer fui al Campoamor y en la platea y en las localidades caras estaban los mineros, y en el gallinero los aristócratas y los catedráticos.

—Pero usted no —argüía Franco, que sabía que Sainz Rodríguez, que entonces tenía veintitrés años, flirteaba con la hija del marqués de la Taverga, Lolina—. ¡Usted estaba en el palco de Taverga!

Y Sainz admitía:

—¡Es verdad, yo no! —Añadiendo—. Se perdió usted una ópera importante, *El anillo del nibelungo*, en la que Wagner crea una nueva mitología alemana para exaltar la germanidad y concebir un nuevo tipo de héroe moderno.

Franco opinaba, cáustico:

—Menuda pesadez debe ser eso.

El catedrático se indignaba:

—Pero, a usted, ¿le gusta la música?

Imperturbable, Franco confesaba:

—¡Claro, la zarzuela *Marina* es muy bonita! —Y se ponía a canturrear en falsete—: «Costas las de Levante / playas las de Lloret».

Y Sainz, rabioso, le espetaba:

—A mí me gusta más esa parte de «¡a beber, a beber y apurar las copas del

amor...!».

El comandantín se echaba a reír bonachonamente. ¡A él no le afectaban las indirectas!

A Sainz, gran bebedor y un habitual de las casas de putas, le desesperaba que Franco no probase el alcohol y que tuviera un noviazgo tan casto que no hacía falta ni vigilancia. Cuando no estaba él delante, protestaba:

—¡Este hombre va a dejar vacante el noble oficio de carabina!

Tenemos otro testimonio de esta época. El del también militar, antiguo compañero suyo en la academia de Toledo, el valenciano Vicente Guarner, destacado asimismo en Oviedo. Guarner se mantuvo fiel a la República durante la guerra civil y su opinión la dio desde el exilio. ¿Despecho del vencido? ¡Quién sabe! Guarner afirmaba que «a Franquito se le despertó una ambición ilimitada cuando se prometió a Carmen Polo, y un inmenso complejo señoril de vanidad y presunción, e incluso cambió su aspecto físico, adelgazando y ostentando fino bigotito. Medía prudentemente todos sus pasos y acciones en estas reuniones de la sociedad local. Hablaba muy poco».

La guerra europea ha terminado con la derrota de los teutones. Aunque la simpatía de Franco estaba con ellos, no se manifestaba, quizás porque sabía que Felipe Polo era anglófilo.

¡Hablaba muy poco, es cierto!

¡A menos que se tocara el tema de África!

Al Raissuni se ha convertido en una pesadilla para el ejército español. Con un puñado de hombres toma la zona norte de Marruecos, la Yebala, y amenaza Tetuán. Las tropas formadas por soldados con tan solo un mes de instrucción al mando de oficiales tan inexpertos como ellos apenas le presentan resistencia, y el suelo del Rif se llena de nuevo de sangre española. ¡Franco se indigna!

—¡Nuestros hombres están desmoralizados! Nadie cree en esa guerra, empezando por los ministros, el jefe de Gobierno y el rey. ¡No se dan cuenta de que es en la guerra donde se crean líderes y se hace patria!

Sainz Rodríguez protesta, cínico:

—Está muy lejos...

Y Paco contesta, sombrío:

—Allí hay 250.000 españoles, entre vivos y muertos... ¡Es España!

A Sainz le gusta provocar a Franquito:

—Y además nos está costando mucho dinero...

Y Paco precisa con amargura:

—Sí, trescientos millones de pesetas que en su mayoría van a pagar los sueldos de centenares de oficiales cobardes e ineptos. ¡Y luego la tropa no tiene ni para comer decentemente!

Se ofrece voluntario y lo rechazan, no necesitan comandantes, oficiales tienen de sobra. ¡Lo que quieren es carne de cañón para utilizarla como parapeto!

Su superior le dice con cinismo cuando le entrega el parte en el que se niega su petición:

—Si quieres entretenerte, vete a Valdemoro, ¡allí también puedes pegar unos tiros! Mira, te he apuntado al cursillo de puntería para oficiales.

Franquito enrojece de rabia. ¡Que alguien piense, encima un general, que la guerra es un entretenimiento! ¡Qué bajo ha caído el ejército español!

Se despide de la novia y prepara su bolsa, pero no deja su habitación de hotel porque en dos semanas regresará.

La primera persona que ve cuando llega al cuartel de Valdemoro es a Camilo Alonso Vega.

Cuando lo está abrazando, oye una voz histriónica a sus espaldas:

—¡Franquito! Eres tú, ¿no?

Franco se gira, furioso por el diminutivo, y se encuentra a un hombre alto, con el cráneo pelado, la cara chupada y cadavérica, que ríe enseñando los enormes agujeros negros de su dentadura y un canino de oro.

Está yendo hacia él para palmotearle la espalda:

—Tuve a tu hermano Ramón en Larache a mis órdenes... Soy Millán Astray. ¿Este es amigo tuyo? —Le da a Camilo un golpe en el hombro que lo hace tambalear —. Venga, vamos a pegarnos un pelotazo.

Y el comandante José Millán Astray, leyenda viva del ejército español, coge a los dos amigos por los hombros y los arrastra hacia el bar mientras saluda a uno que pasa, se cuadra delante de otro, guiña los ojos negríssimos con gestos que recuerdan a un macaco y dando golpes sobre la barra se pone a gritar:

—Aquí hay tres soldados españoles que esperan ser servidos. —Se saca un librito del bolsillo posterior, lo esgrime en alto—. Franco, Franquito, ¿tú sabes lo que es el bushido?

El interpelado niega sin palabras, y Millán agita el libro delante de sus narices:

—¡El alma de Japón! El autor es el gran Inazo Nitobé. ¡Según el bushido, no hay pecado que no pueda limpiarse con la muerte! —Vuelve a guardar el librito y comenta modestamente—. Lo he traducido yo...

—¿Hablas japonés? —se admira Camilo.

Millán Astray lo observa con altanería:

—No, ¿y?

Franco le da un codazo a su amigo, que se apresura a comentar:

—Claro, claro, no es necesario...

Millán Astray se recuesta en la barra y dirige toda su atención a Paco, ignorando a Camilo, que se pone a dar vueltas a la gorra como un cadete, olvidado de todos.

—Ay, Franquito, carajo, yo tengo un sueño... —De pronto enrojece, de las orejas parece brotarle la sangre, pone los ojos en blanco y hace un ademán con los dedos como cogiendo una pluma imaginaria para escribir en el aire—. ¡Quiero formar un ejército de parias, asesinos y ladrones que quieran purificarse con la muerte! ¡La

muerte, la muerte que todo lo limpia, hasta el pasado más negro! ¡Yo les daré un objetivo, les daré dignidad, los pondré de pie! —Se acerca a Paco y levanta dos dedos delante suyo—: Y solo con estas dos cosas: respeto y disciplina.

Paco se echa un poco hacia atrás mientras lo escucha con una sonrisita condescendiente, hasta que ve que el bar entero se ha callado y todos están pendientes de las palabras dichas en tono declamatorio del comandante. Como a Millán le encanta la notoriedad, da una vuelta sobre sí mismo con los pulgares metidos en el correaje y hace un conato de salutación, pero Paco advierte con asombro que, aunque los ademanes son teatrales, respira autenticidad por todos sus poros.

Un teniente rubicundo, muy joven, se acerca a ellos y, con un taconazo, se ofrece:

—Comandante, yo no soy ningún paria porque mis padres me han hecho un hombre de bien, pero me gustaría estar a su lado.

Millán Astray lo coge por el cogote y le da un meneo:

—Tómame algo, muchacho, pero yo quiero solo la hez de la sociedad, ¡los desheredados de la tierra!

Franco mueve la cabeza para librarse del sortilegio que provocan las palabras de Millán Astray, va a lo práctico y pregunta con cierta sorna gallega:

—¿Pero qué se les ofrecerá a cambio? ¡Ya sabes que no hay dinero!

Y Millán Astray, trasfigurado, con el puño cerrado, los ojos brillando de júbilo y las venas azules destacándose en la frente amarillenta, grita con iracundia:

—Ellos nos entregarán su sacrificio, su disciplina, su violencia, su sufrimiento, su muerte, ¡y nosotros les daremos la redención y la gloria! —Y luego, bajando la voz, precisa—: Y me estoy metiendo al rey en el bolsillo para que destine a mi sueño una partida considerable.

Camilo, que no se resigna a su posición subordinada, musita:

—*Boh*, vaya novedad, será como la Legión Extranjera que hay en Francia...

Y Millán Astray, magnánimamente, concede:

—Sí, como la Legión Extranjera. —Y se da un enorme golpe en el pecho y luego golpea el de Franco y grita—: ¡Y tú y yo mandándolos!

Franco sonrío, mira asimismo al infinito y asiente.

Millán, sin apartar sus ojos de él, se dirige a Camilo por el extremo de la boca:

—Y tú también puedes venir, muchacho, siempre hay sitio para inteligencias de segundo orden...

José Millán Astray y Terreros tenía entonces cuarenta años. Era gallego también, de Coruña, y, a diferencia de Franco, no había ningún antecedente militar en su familia. Su padre, un abogado que llegó a ser director de prisiones, quiso que su hijo estudiara Derecho y le contagió la pasión por la lectura. Pero José entró en la academia de Toledo y, como Franco, salió teniente con dieciséis años. Cuando todos le auguraban un brillante provenir como oficial de salón, se fue voluntario a Filipinas, donde protagonizó una gesta que lo haría famoso y le proporcionaría su primera «María Cristina»: con tan solo veinte hombres defendió el pueblo de San Rafael del

ataque de tres mil rebeldes. Se encerró en un convento y consiguió enviar una nota a su superior, el comandante Sarthou. Pero, en lugar de pedir refuerzos, dijo: «No necesito el auxilio de nadie, estoy contento por tener ocasión de demostrar el valor de mis hombres». Tenía tan solo diecisiete años. Murieron casi todos.

Regresó a España cargado de condecoraciones y honores y se casó con la hija de un general, Elvira Gutiérrez.

Cuando salían de la iglesia, Elvirita le confesó tímidamente a su flamante marido el pequeño detalle de que había jurado castidad de por vida. Millán, en lugar de anular su matrimonio como hubiera podido hacer en el Vaticano, decidió seguir con ella fraternalmente. Y usarla como criada, menester al que se entregaría Elvirita abnegada y gozosamente hasta su muerte.

El pacto íntimo no se llevaba en secreto, al contrario, el relato de su singular matrimonio adornaba todas las conversaciones de aquel marido que solo lo era sobre el papel:

—Me lo dijo justo cuando salíamos del templo, con una cara de pasmadiña que daba pena, y yo, ¿qué iba a hacer? ¿Darle una patada?

La mujer, siempre presente, bajaba la cabeza y suspiraba, y Millán proseguía:

—Vivimos como hermanos, y si yo tengo mis cosas, ¡que no digo que las tenga, eh, Elvirita!, ¡que no digo que las tenga!, pero en el caso de que las tuviera, ¿ella puede oponerse?

Y Elvirita se encogía de hombros con resignación y le llenaba la copa de coñac de nuevo.

Casado con una mujer de estirpe militar, con una hoja de servicios brillante y heroica, a Millán se le ofreció formar parte del Estado Mayor y un futuro esplendente en el ejército, pero, sediento de aventuras hiperbólicas, solicitó el traslado a África. Como a Franco, la luz de Marruecos lo cautivó, África le atrapó en su cepo letal. ¡A veces se revolcaba por el suelo y se comía la tierra a puñados! ¡A los dos días dominaba el árabe y se aficionó a las mujeres moras!

Elvirita fue con él y se ocupaba de cambiar las sábanas y limpiar su tienda con devoción de buena sirvienta.

Larache, Tetuán, el Rif, la Yebala... Millán era un bravucón que entraba en combate cantando, y en medio de una lluvia de balas, él, que era un obseso de la higiene, de pronto sacaba un espejito y se ponía a afeitarse. Si uno de sus hombres caía, se lo echaba al hombro y le iba susurrando como si fuera su propio hijo:

—Muchacho, si te has de morir, estate contento. ¿Qué es la muerte? Nada, un instante, menos que nada... ¡Envidia me das! ¡Hijo de puta, chacal, en media hora ya estarás en el otro lado!

Por las noches, como Franco, se quedaba en su tienda leyendo la historia de las guerras carlistas o los combates navales de Nelson, pero, a diferencia de aquel, con tres muchachas sentadas al modo moruno fumando una pipa de kif; una de ellas tenía la misión de pasarle las hojas del libro.

Elvirita dormía tranquilamente después de haber lavado sus camisas y sus calzoncillos. Era muy meticulado.

En Valdemoro se moría de tristeza y añoranza recordando África. Vaciando la botella entera de coñac, mientras los oficiales daban tiros en el exterior contra dianas de papel, secándose los ojos lacrimosos, movía la cabeza frente a Franco:

—Ver a aquellos muchachos de nuestras aldeas muriéndose a chorros, Franquito, ¡qué dolor tan grande! ¡Te juro que voy a ponerme de rodillas ante el ministro, el rey y Dios si es necesario para conseguir nuestra legión extranjera! —Y se lanzaba a dar voces—: ¡Viva la muerte! ¡Viva la muerte! ¡Viva la muerte! —Y, sin transición, decía, con los ojos brillantes del fanático—: ¡Y tú conmigo! ¡Franquito! ¡Tú conmigo! ¡No sé cuánto tardaré! ¡Pero tú conmigo!

Pero para Franco, su futuro inmediato era Oviedo. Y Carmina.

Había que casarse.

A falta del padre, Nicolás fue desde Valencia a pedir la mano de la novia. Vestido con el uniforme de marino, algo entrado en kilos y fumándose un Romeo y Julieta de medio metro, hizo un gran papel, contó su trabajo en los astilleros, habló de una novia remota, de los antepasados nobles por parte de los Andrade, del gran futuro que tenía Paco, y cuando salió, le dijo a su hermano:

—Esta chica te conviene, Paco, más que Ángeles... aquella era demasiada mujer para ti. Oye, aquí, ¿donde están las casas de putas?

Paco, malhumorado, lo remitió a Sainz Rodríguez, que se lo llevó encantado a La Granja, donde invitaron a ostras y champagne a todas las niñas «a cargo de don Juan March, que es el que paga aunque él no lo sepa».

Las chicas se empeñaban en bailar malagueñas, pero Colás les pedía, lleno de morriña:

—¡Y no! ¡Una muñeira!

Pasaban los días lentamente; se fijó la fecha, el mismo Polo se lo comunicó al director de *El Correo de Asturias*, Eduardo Serrano:

—Ya puede usted anunciarlo.

Dos meses antes Franquito había recibido una carta de Millán Astray.

Acababa de llegar de Argelia, donde había estado visitando el cuartel general de la Legión Extranjera en Sidi-Bel-Abbes, «muchacho, ¡qué forma de premiar y castigar!, ¡a lo grande!». Porque la Legión, el ejército de mercenarios con el que soñaba para sustituir a los soldados de reemplazo, estaba en marcha. El 28 de enero de 1920, el rey, que veía con espanto cómo la opinión pública se movilizaba contra la guerra y en consecuencia contra su misma persona, firmó el decreto por el que se creaba el Tercio de Extranjeros, llamado así a la manera de los regimientos de Flandes en el siglo XVI, aunque para Franco y Millán Astray siempre fue la Legión.

Si los que morían eran parias y criminales, y además extranjeros, las madres

dejarían de tenderse sobre las vías para evitar que sus hijos marcharan a Marruecos y nadie cuestionaría al rey.

Millán, recién ascendido a teniente coronel, fue nombrado jefe de la Legión. Y quería a Franco para mandar su primera bandera, porque así, bandera, se llamaban los batallones.

A Paco se le encendieron los ojos, ¡África de nuevo!

Lo primero de todo hablar con la novia.

Cuando cruzó la puerta de la casa de la calle Uría, Carmina ya se lo notó en la cara y le dijo:

—Te ha llamado Millán Astray. ¡Te vas a África!

Franco asintió espiando su reacción, pero la novia se levantó y le dijo:

—No te preocupes, Paco, te esperaré el tiempo que sea necesario.

El novio le tomó las manos y le preguntó:

—¿De verdad, no te importa?

Carmina suspiró por dentro, ¡como si el hecho de que ella se opusiera le fuera a hacer cambiar de opinión! Rápidamente se dijo que tenía que avisar al Taller Modesta para que no siguiera haciendo el traje de las damitas, niñas que crecían de mes en mes, y llamar al cura para anular la fecha, y a *La Voz*, y desconvocar a los invitados, y el banquete... Pero por fuera sonrió serenamente:

—Me importa, pero me importa más que tú cumplas con tu deber.

En ese momento entró un hosco Felipe Polo, que ya se había enterado, a poner objeciones, pero su hija le advirtió con las cejas levantadas:

—Papá, Paco se va porque la patria lo llama...

Y Polo no tuvo más remedio que agachar la cabeza:

—La patria, claro... claro... Si nos ponemos en este plan... Lo que tú digas, chiquituca.

El 10 de octubre de 1920, Franco, acompañado por sus ya inseparables Camilo Alonso Vega y su primo Pacón, llegó a Ceuta con cuatrocientos hombres. Más que hombres eran bestias salvajes, bandidos, forajidos, desertores, excombatientes de la guerra europea, anarquistas buscados por la policía que huían de la cárcel y también algunos curas que escapaban del convento. Nadie da su nombre verdadero, ni la ciudad donde ha nacido; son huérfanos de patria y de familia. Franco, por las noches, escribiría sus impresiones que luego publicaría en un libro llamado *Diario de una bandera*. Ahí confiesa que cuando miraba a esos hombres terminales sin ningún hogar al que volver, no sentía horror por su desordenado comportamiento, «sino simpatía, ¡vamos a encaminar nuestra vida juntos!».

Claro que esto no significaba que fueran a hacerse amigos:

—¡Me perderían el respeto y me despreciarían! ¡Tienen que saber siempre que soy su jefe!

Millán Astray los recibió en una lancha, y mientras esta se balanceaba peligrosamente, los arengó:

—Os habéis levantado de entre los muertos, porque vosotros estabais ya muertos, no lo olvidéis, habéis venido a vivir aquí una nueva vida, la cual tenéis que pagar con la muerte, ¡habéis venido aquí a morir! ¡Viva la muerte!

Y aquellos hombres, endurecidos unos, despreciables otros, trataron de erguirse y sacar pecho por primera vez en sus vidas y rugieron todos a una:

—¡Viva la muerte!

Después advirtió que el que no estuviera dispuesto a dar su vida, podía retirarse, ¡ninguno lo hizo! Franco confesó que la arenga y la actitud de sus hombres lo emocionó profundamente.

La tropa pasó dos días en Ceuta. Franco les advirtió:

—Son vuestros dos últimos días de libertad.

Supieron aprovecharlos. Fueron dos días terroríficos de los que hablaron los ceutíes mucho tiempo. Dos días de pillaje, borracheras, peleas y violaciones que se saldaron con una prostituta asesinada y un soldado misteriosamente degollado. Cuando Franco dio la orden de reagruparse, se tuvo que cazar a algunos legionarios a tiros. Murieron dos más y el rey empezó a arrepentirse de haber autorizado esa empresa loca, pero el general Villalba, que fue jefe de la academia de Toledo y había llegado a ser ministro de Guerra, lo tranquilizó:

—Millán Astray es un perturbado, un jefe arrebatado y genialoide, un líder nato, un hombre de acción. Franco es meticoloso, el organizador esforzado, sereno e imperturbable. Se complementan y no tienen motivos de envidia el uno del otro, porque los dos son valientes: Franco tiene el coraje del hombre de sangre fría, Millán el del exaltado.

Para evitar que los hechos se repitieran, la tropa se acuarteló en Riffien, a diez kilómetros de Ceuta. Allí Franco va a tratar de convertir a esa escoria en caballeros legionarios.

Él mismo escribe en un papel que cuelga en la entrada: «Legionarios a luchar, legionarios a morir».

Lo primero de todo, que coman bien:

—Mis hombres, si tienen que ser eficientes, deben estar bien alimentados.

Le encarga a Camilo Alonso Vega que establezca una granja para proporcionar carne fresca, vacuno, conejos y gallinas a la tropa, y construyó un inmenso depósito de agua fresca cuyos planos realizó él mismo. No en vano, en sus raros momentos de confidencias, decía «si no hubiera sido militar, ¡cosa imposible de imaginar!, pero si no lo hubiera sido por cualquier causa, me hubiera gustado estudiar ingeniería o arquitectura».

Sabía que lo único que podía doblegar a estos hombres era la disciplina, una disciplina brutal, en la que la vida humana no tuviera ningún valor. Pide permiso a Millán para aplicar la pena de muerte por faltas de conducta. Millán Astray, el

«perturbado», tuvo un escalofrío premonitorio y se negó en redondo:

—No, Franco, tú sabes que no se puede aplicar este castigo sin las garantías que marca el código de la justicia militar.

Paco no se quedó conforme, pero no dijo nada.

Pocos días después, un legionario le tiró el plato de comida en mal estado a su oficial. Franco analizó fríamente los hechos y ordenó que un pelotón de legionarios fusilara al compañero rebelde. Y sin que se le moviera ni un músculo, decretó:

—¡El batallón entero desfilará antes su cadáver!

Los legionarios comprendieron que cada falta, por leve que fuera, podía costarles la vida.

Franco llamó a Millán Astray, se lo contó y le dijo con desapego:

—Asumo toda la responsabilidad.

Serio y circunspecto por una vez, el teniente coronel se limitó a asentir, aunque empezó a mirar a su subordinado con otros ojos.

En Riffien, Franco pasaba las noches diseñando ejercicios de refinada crueldad para educar a aquellos hombres. Preparaba caminatas de treinta kilómetros, cargaba bolsas con piedras y se las ponía al hombro, organizaba peleas entre ellos, los hacía correr, saltar, dar volteretas bajo el sol bochornoso del mediodía, cuando los termómetros marcaban cincuenta grados, hasta que se derrumbaban en las cunetas, sin tiempo de llegar a los catres, sin ganas de alimento, con los pies ensangrentados, ¡y entonces los levantaban a bayonetazos y les hacían limpiar el plato de hojalata en el que comían hasta que brillaba como un espejo!

Un día pasó por el campamento el comandante Vicente Guarner. Mientras cenaban en la tienda recordando sus tiempos de cadetes en Toledo, entró un oficial a comunicarle a Franco que habían capturado a unos legionarios huidos que habían cometido un robo leve. Sin mirarlo, todavía con la sonrisa de la conversación prendida en los labios, Franco le dijo:

—Que los fusilen.

Guarner se horrorizó y se puso a protestar:

—Franquito, coño, ¡por un pequeño robo! Pero ¿qué te pasa? ¡Es que ni siquiera estás siguiendo las ordenanzas de nuestro código militar!

Franco le cogió de la muñeca y se la apretó tanto que le hizo daño, mientras le contestaba, iracundo:

—Tú, cállate. ¡No tienes ni idea de la clase de hombres que son! Si no actuara con mano dura, pronto esto sería un caos.

La señal morada le duró a Guarner varios días.

Arrarás, el entusiasta biógrafo de Franco, cuenta que «creó el clima heroico y los dones guerreros de la Legión, gracias a él la fama de aquellos hombres lanzados por la resaca de la vida al alistamiento fue igual a la de los *poignards* de Napoleón o los granaderos prusianos».

Los detractores de Franco señalan que, en esos años en los que estuvo al frente de

la Legión, Franco se deshumanizó hasta perder el sentido de la piedad. Una carencia, por otra parte, que afecta a todos los dictadores y generales. Napoleón Bonaparte, al que tanto admiraba Franco, declaró antes de una batalla decisiva en el frente de Alemania: «Tengo 300.000 soldados a mis órdenes, inocentes todos ellos, y sé que morirán treinta mil, inocentes todos ellos, ¡si tuviera piedad y pensara en sus madres no podría hacer la guerra ni vencer a los prusianos!».

Fermín Galán, que estuvo en el Tercio como capitán a las órdenes de Franco, resumió con tristeza que:

—Los legionarios, con una historia humana difícil detrás, eran despojos de la sociedad utilizados como carne de cañón en una empresa imperialista para satisfacer las ansias de gloria militar de los oficiales.

Los legionarios empiezan a participar en acciones de guerra. Ahora, a El Raissum se une otro caudillo, Abd el Krim, que se ha educado en España y está al frente de unas tropas mucho más organizadas y peligrosas, que visten de caqui y maniobran a la europea. Franco, para las acciones más arriesgadas, pide voluntarios, y no solamente todos dan un paso al frente, sino que se pelean entre ellos para poder ir. Incluso alguno deja inutilizado a un compañero de una cuchillada para poder ocupar su lugar. Si acaban de cobrar la paga, se la entregan a los soldados que se quedan o la donan a la Cruz Roja, porque creen que ya no van a volver, y se despiden:

—¡Hasta la otra vida!

Y no mueren solo los legionarios, los oficiales también. Franco, en su diario, hace balance de las pérdidas en la batalla de Ulad-Dau, donde han ido a ayudar al ejército regular, que ha caído en una emboscada. «El teniente Agulla, gravísimo, el teniente Urzaiz, grave, el capitán Franco Salgado, herido, el teniente España, muerto, el teniente Calvacho, herido de dos balazos, el teniente Penche, muerto. El teniente Montero, herido. En la tropa 143 bajas».

Sí, el pobre Pacón recibió un tiro en la pierna que le mantuvo dos meses alejado del frente. Volvió sin estar curado del todo, «porque yo solo soy completamente feliz al mando de mis hombres y bajo las órdenes del jefe de mi bandera, el comandante Franco Baamonde», le explicó a Millán Astray.

En el ejército regular cae el teniente coronel González Tablas y le sustituye Emilio Mola. Los dos hombres, Franco y Mola, se saludan apresuradamente en medio del fragor de la batalla:

—Comandante Franco, te felicito por el valor de tus legionarios.

—Comandante Mola, te felicito por tu valor.

La Orden General del Ejército de ese día dice escuetamente: «El Tercio de Extranjeros se ha cubierto, una vez más, de Gloria».

Franco siempre va al frente, gritando:

—¡A la bayoneta!

El combate cuerpo a cuerpo lo enardece. Los oficiales suelen permanecer en la retaguardia dirigiendo el avance, pero Franco necesita mezclarse con el enemigo,

mirar sus ojos, mojarse las manos con su sangre, parece inmune a las balas y sus soldados vuelven a decir:

—¡Tiene *baraka*!

Cuando termina una acción, Franco se va a su tienda y convoca a los oficiales para analizar los aciertos y errores de su actuación.

Finge no oír los alaridos, los chillidos, las carcajadas extraviadas, los gemidos de los agonizantes, las canciones en diferentes idiomas, las voces de las mujeres. Sabe que la tropa se entrega al pillaje y a la barbarie más espeluznante.

Es un trato sin papeles, sus hombres le ofrecen la vida, pero, si no mueren en combate ese día, pueden «divertirse». Y este delirante «divertirse» va desde arrancar la piel del enemigo, los ojos, la lengua, hasta el ensañamiento con los cuerpos de las moras, vivas o muertas.

Después de violarlas, les clavan un cuchillo en la barriga o en la vagina y dejan que se desangren lentamente.

Cuando algún oficial se atreve a protestar, Franco responde con displicencia:

—Así esas mujeres no tendrán más moritos.

Sus hombres saben que tienen permiso para matar o mutilar a los prisioneros.

Tenemos testimonios gráficos de esas acciones repugnantes. Fotos en las que los legionarios sostienen las cabezas cercenadas de los vencidos, mirando a cámara, orgullosos unos, otros burlones, como si estuvieran enseñando un trofeo ganado en los concursos que organizan los feriantes por los pueblos.

Luego, en el campamento, Franco también finge no darse cuenta de que los legionarios intercambian los objetos robados. Las cabezas decapitadas ruedan por tierra; pasado el momento de euforia ya nadie les presta atención, si acaso, alguno, con exceso de alcohol u otras sustancias en el cuerpo, coloca alguna y le pone gorra, gafas y un cigarrillo entre los labios. Franco hace esfuerzos para que no se le escape una sonrisa.

Si alguien le hace algún comentario, se apresura a cortarlo:

—Ellos habrían hecho lo mismo con mis hombres si hubieran ganado.

El general Batet, que realizó un informe por cuenta del Gobierno sobre la actuación de la Legión en Marruecos, solo se explica el fanatismo de los legionarios por la acción de «la cocaína, la morfina y el alcohol», aunque también desmitifica su supuesto valor en la batalla, «muchos de ellos se baten en camelo, con mucha teatralidad», y también carga contra Millán Astray, «un payaso», y contra el mismo Franco, «el tan traído y llevado por su valor comandante Franco no siente satisfacción de estar con sus hombres... pide la Laureada de San Fernando cuando lo único que ha hecho ha sido cumplir con su deber...».

Señalemos que tan «en camelo» no pelearían los legionarios, ya que en los cinco años en los que Franco fue su jefe, solo sobrevivieron el diez por ciento.

Entre combate y combate, la Legión descansa, por Navidad los alemanes cortan un árbol y lo adornan con algunas cabezas de moros, aunque el día de Nochebuena los oficiales mandan descolgarlas y ponen en su lugar botellines de cerveza. Pero ni siquiera en esas fechas los hombres hablan de sus países ni de sus familias. El escritor Arturo Barea, que luchó en el Tercio, cuenta en *La forja de un rebelde* hasta qué límites de resistencia puede llegar un legionario para ocultar su pasado.

Están los soldados formados y Millán Astray pasa revista. Se detiene delante de un mulato de labios gruesos y ojos rojos estriados de amarillo. Le pregunta:

—¿Tú de dónde eres, muchacho?

—¡A ti qué te importa!

Millán se quedó rígido, mirándolo a los ojos:

—Tienes derecho a no decirme de dónde vienes, pero no tienes derecho a hablarme como si yo fuera tu igual.

—¿Y qué tienes tú más que yo? —escupió el hombre «con labios húmedos de baba y rojos como sexo de perra en celo».

—¿Yo? —rugió el comandante—. ¡Yo soy mucho más hombre que tú!

Le abofeteó, se pelearon como si estuvieran en la selva y el mulato quedó en el suelo, chorreando sangre.

Millán, epiléptico en su locura, gritó:

—¡Firmes!

Los ochocientos legionarios, Barea incluido, dijeron:

—¡Firmes!

El mulato se levantó del suelo, los labios reventados, la nariz echando mocos y sangre, y con los ojos del fanático, intentó gritar:

—Firmes.

Millán le golpeó las espaldas macizas:

—¡Mañana en la batalla necesito a un valiente como tú a mi lado!

Por Navidad Franco le escribe una carta escueta a su novia donde no le cuenta nada de interés y le dice que puede ir fijando una fecha para la boda. Pero se abre un nuevo frente de batalla en el Rif y deben aplazarla de nuevo.

La tropa se entera y le canta a su jefe con la letra de *La Madelon*.

*El comandante Franco es un gran militar
que aplaza su boda para ir a luchar.*

Franco oye la canción desde su tienda y se echa a reír. Eso que está con sus oficiales, quejándose de que en Madrid no tienen en cuenta sus esfuerzos y, para evitar que Marruecos caiga en manos de Abd el Krim, continúan defendiendo una estrategia de salón sin ninguna efectividad. Mientras la Legión va cubriéndose de

gloria alcanzando todos sus objetivos, el general Silvestre, al mando de tropas españolas y regulares, decide por su cuenta y riesgo, para hacerse el héroe, abrir el paso de Melilla a Alhucemas.

¡No va a ser solo la Legión la que se lleve todas las alabanzas!

Son tan solo 130 kilómetros, en manos de Abd el Krim, que se convierten en el cementerio de 4.000 españoles. Las tropas regulares, mil hombres, desertaron y se pasaron a las filas del enemigo, y el resto, al mando de oficiales sin experiencia, vagaron por la región tan sedientos que debían beberse sus propios orines, hasta que Abd el Krim, en el monte Gurugú, los pasó a todos a cuchillo.

Como Silvestre se negó a cumplir el código no escrito que dicta que el responsable de la derrota debe salir al campo de batalla para hacerse matar por las balas enemigas, los oficiales supervivientes le formaron consejo de guerra en la posición de Annual. Se le condenó por incompetente y el veredicto fue muerte por suicidio.

Se despidió de su hijo, un joven alférez a sus órdenes, le entregó una carta a su ayudante para una dama (Silvestre era viudo) y al parecer murió de un tiro en su tienda, no se sabe si disparado por él o por otra persona. Su cuerpo desapareció y se desconoce dónde está enterrado.

Durante muchos años el desastre de Annual formó parte del imaginario trágico de nuestro país, y los niños cantaban en las escuelas, con esa habilidad tan española de convertir las derrotas en proezas:

*En el monte Gurugú
ha nacido una amapola
con un letrero que dice
¡viva la sangre española!*

Al final se tuvo que pedir auxilio a la Legión para defender Melilla, amenazada por los hombres de Abd el Krim. El 23 de julio de 1921 Franco desembarcó en Ceuta con su batallón del viejo ferry *Ciudad del Cabo*. Como era domingo, a pesar de lo urgente de la situación, fue a misa con sus tropas y solo después se dirigió a Melilla, donde los ciudadanos temían el pillaje de los moros, pero también de las tropas españolas. En el mismo puerto, Millán Astray se dirigió a la multitud con su penetrante voz para tranquilizar a los melillenses y explicarles que la Legión no tenía nada que ver con el ejército español que habían conocido hasta entonces:

—Pueblo de Melilla, la Legión que viene a salvaros os saluda, estamos dispuestos a morir por vosotros, ¡olvidad el miedo! Los pechos de los legionarios se interponen entre vosotros y el enemigo. ¡Viva España! ¡Viva Melilla! ¡Viva la Legión!

La Legión se instaló en Melilla sin disparar ni un solo tiro. Aunque después se desquitaban «pacificando» la región.

Unos días después, en Nador, mientras Millán Astray estaba observando con sus

binoculares el avance de las tropas junto a Franco y Pacón, recibió un disparo perdido en el pecho y se abrazó a Paco gritando:

—Me han matado, me han matado, cógeme con tus brazos fraternales. ¡Viva España, viva el rey, viva la Legión!

Y se puso a cantar:

*Soy un hombre al que la suerte
hirió con zarpa de fiera...*

Se lo llevaban en la camilla y proseguía cantando:

*Soy un novio de la muerte
que va a reunirse en lazo fuerte...*

Y se despedía de sus hombres:

—Adiós, chacales, mirad cómo muere un legionario.

Y se oía su voz a lo lejos, cada vez más débil:

Con tal leal compañera...

Elvirita lo cuidó con tal unción que al cabo de tres semanas volvió al combate.

En el hospital conoció a la duquesa de la Victoria, introductora de la Cruz Roja e íntima amiga de la reina Victoria Eugenia, que había ido con un valeroso grupo de enfermeras a atender a los heridos y amortajar a los cadáveres. Millán Astray la hacía llamar a su lado, se bajaba la sábana con la excusa de enseñarle la herida, y se mostraba ante ella totalmente desnudo.

La duquesa le decía:

—Cúbrase, teniente coronel, que va a coger frío.

Un día la benefactora quiso conocer al héroe de Marruecos, el comandante Franco, que se presentó en Melilla con un grupo de sus hombres. El periódico *El Sol* dio cuenta de esta extravagante visita: «Esta mañana la duquesa de la Victoria ha recibido de los legionarios una *corbeille* de rosas encarnadas. En el centro lucían, con su morena palidez de alabastro, dos cabezas moras, las más hermosas entre las doscientas que hubo ayer». Al parecer la duquesa casi se desmayó, y eso que tenía el valor de un general de granaderos, y Franco se disculpó galantemente:

—Mis hombres son muy valientes, duquesa, pero en el fondo tienen alma de chiquillos.

El rostro de Felipe Polo, en la lejana y apacible Oviedo, también palideció cuando leyó este suelto en el periódico, y después de meditarlo mucho, decidió enseñárselo a su hija:

—Mira, Carmina, para que te des cuenta de la clase de hombres que manda tu novio.

A Carmina se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se rehízo enseguida y le espetó a su padre:

—Es la guerra.

Y luego añadió fieramente:

—Lo han ascendido a teniente coronel.

Después de tres aplazamientos, la boda se fijó para el 16 de octubre de 1923. Antes, convertido en héroe nacional, en el «as de la Legión», Franco pasó por Madrid para que el rey le impusiera la medalla al Mérito Militar y lo nombrase gentilhombre de cámara.

Son días agitados. El capitán general de Barcelona, Miguel Primo de Rivera, acaba de dar un golpe de Estado suspendiendo la Constitución y el rey lo ha respaldado:

—Franquito, esto era un caos, a ver si se arregla ahora... Hombre, ya sabes que el general quiere vernos fuera de Marruecos... —Ante el gesto grave de Franco, el rey lo coge por los hombros con campechanía—. A ver si un día de estos nos cuentas cómo está aquello. ¡Qué cabronada que a Millán Astray lo hayan herido! ¡Le han tenido que cortar el brazo!

Porque a Millán la guerra lo va mermando a trozos y se le designa en la prensa con el calificativo de «glorioso mutilado».

A la salida de palacio, el periodista catalán Juan Ferragut le hace al teniente coronel Franco su primera entrevista. Dice de él, «tiene treinta años pero parece un niño. Su rostro moreno, sus ojos negros y brillantes, su pelo rizo, cierta cortedad en el gesto y la palabra y la sonrisa pronta lo infantilizan. Ante el elogio Franco se ruboriza como la muchacha ante el piropo».

—Pero si yo no he hecho nada... los peligros son menores de los que la gente cree, solo hay que aguantar un poquito.

Franco parece reflexionar:

—El valor y el miedo no sé lo que son... en el militar todo se reduce a otra cosa: concepto del deber, del patriotismo.

Cuando Ferragut pregunta por qué ha dejado Marruecos, Franco responde:

—Porque allí no hacemos ya nada... no hay tiros; la guerra ahora es un trabajo como otro cualquiera, es solo vegetar...

El periodista entra en terreno personal:

—¿Está usted enamorado?

Y Franco contesta:

—¡Hombre, calcule usted! ¡Ahora voy a Oviedo a casarme!

El día de la boda fue un martes soleado con algo de viento. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de San Juan el Real y el banquete en casa de la novia. Desde Ferrol, cargadas de maletas y sombrereras, fueron Pilar y su nieta Pilín, la hija de

Pila. A los ojos de la niña, de siete años, aquel día fue «algo grande, la gente a lo largo del trayecto vitoreando a los novios, el banquete espléndido, mi traje de paje de tul bordado... todo contribuyó a llenar de sueños mi cabeza de niña». *El Comercio* dijo que la boda era «un verdadero acontecimiento». La revista *Asturias* tituló el reportaje «Un alto en la lucha», y *Mundo Gráfico*, «La boda de un caudillo heroico». Fue la primera vez que a Franco se le dio el título de caudillo. Y caudillo parecía, con sus espuelas relucientes y su traje de campaña de la Legión con las dos estrellas de ocho puntas de teniente coronel en las bocamangas, junto a sus cuatro condecoraciones: la Cruz al Mérito Militar, la placa de María Cristina, el bastón de gentilhombre y la medalla al Mérito Militar. «La iglesia abarrotada, en el exterior un destacamento tuvo que mantener el orden, el banquete fue opíparo, entremeses variados, espárragos de Aranjuez y solomillo Perigord, para beber Marqués de Riscal y Bourgogna 1902». Y dos inexactitudes que evidencian que entonces, como ahora, los periodistas no somos infalibles: «Destacaban entre los numerosísimos invitados los hermanos del novio: don Nicolás Franco, con uniforme de la Marina, y don Ramón Franco, con uniforme de aviación».

Los invitados no fueron numerosísimos, sino tan solo dieciséis, ya que el tío de Carmina, Luis Veretierra, estaba gravemente enfermo, de hecho murió cuatro días después, y se consideró que la boda era de medio luto. Y Nicolás y Ramón no acudieron. Colás dirigía los astilleros de la Unión Naval de Levante en Valencia, propiedad de Juan March, y dijo que no podía faltar a su trabajo. Era una excusa un tanto inverosímil, ya que Nicolás solo iba a su despacho un par de horas diarias. Una vez que el presidente de los astilleros le llamó la atención por su falta de laboriosidad, Colás le respondió cachazudamente:

—Ustedes pusieron en mis manos una empresa que era una ruina y yo he conseguido que diera beneficios. Ustedes deben comprender que yo actúo como el relojero, al que después de haber montado el reloj no le corresponde otra función que dedicarle un rato cada día para darle cuerda.

En la carta de disculpa a su hermano, le dijo que no podía asistir a su boda ya que estaba ultimando la construcción de un buque, y con esa dosis de cinismo *bon vivant* que le caracterizaba, no le dio vergüenza comunicarle que:

—Yo mismo he decidido bautizarlo con el nombre de Miguel Primo de Rivera.

Ramón está destinado en Melilla, ha conseguido al fin su título de piloto en las bases aeronáuticas de Getafe y Cuatro Vientos, y acaba de ser condecorado con la medalla al Mérito Militar por las acciones de guerra realizadas a bordo de su pequeño Savoia, aunque la verdad es que pasa más tiempo de naufragio que tirando bombas, ¡hasta cuatro veces en medio año ha caído al mar y ha tenido que ser rescatado! En una ocasión estuvo cinco horas y en otra un día entero. Por esta razón, no todos los oficiales estaban de acuerdo en la efectividad de los hidroaviones. Uno de sus comandantes protestaba:

—Menuda ganancia; hemos tenido que enviar el *Alfonso XIII* tres veces para

buscar a ese pelmazo apartándolo de la línea de fuego. ¡Para salvar a uno, han muerto decenas!

Ramón también le escribió una carta de excusa a su hermano, como Nicolás. Y su pretexto también tuvo su miga: le decía que estaba preparando un vuelo sin escalas de España a América. ¡Un vuelo que pondrá su nombre en la historia con letras de oro!

Paco le leyó la carta a su madre comentándole cáusticamente.

—Dice que quiere ser un nuevo Cristóbal Colón. ¡Que se contente con ser un buen oficial, caramba! Ya tenía razón Colás, ¡está loco!

Y la madre primero se sintió íntimamente satisfecha al constatar que la máxima palabrota que se concedía Paquito era un «caramba», pero después se persignó y se horrorizó a partes iguales por el otro hijo:

—Pero ¿dónde tiene la cabeza tu hermano? ¡Se matará! Pero a quién se parecerá este loco...

Paquito, que conocía las andanzas desordenadas de su hermano en Marruecos, donde se jugaba la paga en las casas de putas todas las noches, prefería no contestar y se encogía de hombros. Él sabía perfectamente a quién se parecía.

Pero la madre, adivinando su pensamiento, aún defendía con timidez al padre prófugo:

—Tu padre tendrá sus cosas, pero «esto» no lo haría nunca...

Pila también se disculpó, estaba embarazada y tenía ya cuatro hijos. Pero en realidad no iba porque la familia de la novia de su hermano no le caía bien, y refunfuñaba como la niña que en el fondo seguía siendo:

—Ahora que mi hermano es importante ya lo quieren en la familia... Pues ahora la que no los quiere soy yo.

Nicolás, el padre, que vivía con su Agustina en un pisito de la calle Fuencarral, no fue invitado. El día en que se casaba su hijo fue a la tasca en la que solía emborracharse por las tardes y brindó:

—¡Por el farsante mayor del reino!

Lo fue a buscar Agustina y lo encontró contando a la concurrencia trabajosamente que él había tenido tres hijos, y de los tres, solo uno era un poco hombre. Bueno, también había una mujer que era más hombre que los otros, y de los otros solo uno era un poco... Con tozudez de borracho repetía:

—Un poco... solo un poco...

Agustina lo cogió con sus brazos vigorosos y lo fue sacando a la puerta, mientras él forcejeaba para soltarse, clamando con la lengua trabada por el alcohol:

—Solo uno... solo uno...

En la puerta escupió una saliva pegajosa y negruzca y maldijo:

—¡Para Paquita!

El abuelo Ladislao no quiso ir, pero no porque se considerase viejo para el viaje, sino porque no le daba la gana ponerse frac. Y la tía Gildita, que hubiera asistido a la boda de su ahijado con mucho gusto, fue disuadida con el argumento de:

—No hay comodidades... en el hotel no hay habitación y tendríamos que dormir las tres juntas...

Porque Pilar se horrorizaba imaginando a la tía Gildita arramblando con objetos de plata o de latón, que a ella el valor de las cosas le daba lo mismo, dejando en evidencia a la familia y avergonzando a Paquito delante de gente tan fina como los Polo y Martínez Valdés. Tampoco fue su gran amigo Pedrolo Nieto, ni Alonso Vega, ni su primo Pacón, que estaban en Marruecos. Ni su primo Ricardo de la Puente. En realidad todos los invitados eran de la parte de la novia, excepto la madre y la sobrina.

Los padrinos fueron Alfonso XIII, por ser Franco gentilhomme, representado por el gobernador militar general Losada, una de las personas con el físico más ingrato que he visto, a tenor de las fotos, y una hermana de la madre de Carmina, Pilar Martínez Valdés, viuda de Ávila, que tampoco era Mary Pickford, la actriz de moda en aquellos momentos. Y es que hay varias fotos de ese día: Franco se muestra ufano y tan seguro de sí mismo que no le importa en absoluto que su novia sea más alta que él. Carmina, que lo sabe, avanza erguida como una cariátide, sonriente y exultante, algo vencida hacia el lado derecho, donde lleva un inmenso ramo de gladiolos que debe pesar varios quintales. Sus testigos fueron su hermano Felipe y su primo Carlos Gil de Arévalo, y Franco consiguió dos marqueses, dos: el de la Vega de Anzo y el de la Rodrigo. Pilín, que llevaba las arras junto a la hija de una prima de Carmina, Margaritina Suárez-Pazos Vereterra, de mayor recordó con abatimiento que «no sé qué pasó para que aquellas personas entrañables se convirtieran en pocos años en unos seres extraños a mí, ¡qué nos ha hecho la vida!».

Margaritina, por su parte, declaró a *Nueva España* cuando contaba noventa y seis años que «la boda me pareció horrible, ¡me caí, empecé a sangrar como un pollo y me tuvieron que dar puntos en la rodilla!».

Cuando llegaron a casa de la novia, Franco leyó en voz alta el telegrama que un grupo de legionarios le dirigía desde el calabozo, donde estaban por una falta menor, pero, como se apresuraban a remarcar ellos «¡no por desertores!». A continuación, en ese estilo cuartelero que tanto les gustaba, saludaban a su jefe: «Recluidos en Fuerte Macho felicitamos al bizarro jefe de la Gloriosa Legión que pospuso los intereses de su cariño por servir antes a la patria, amor de sus amores». Los invitados, entre los que había tres sacerdotes y dos monjas, sin saber muy bien qué comentar, hicieron un amago de aplausos que Felipe Polo cortó rápidamente haciendo servir la comida.

Con una sonrisa nostálgica, Franco se puso a hablar de sus hombres, y cuando ya iba a contar alguna de sus terribles hazañas, Carmina lo cortó con un tonillo humorístico que quitaba hierro a la frase, quizás algo ofendida por el comentario de los legionarios de que para Franco la patria era el amor de sus amores:

—Mi única rival es África.

El padre la miró con sorpresa, como miró el profeta Balaam a su burra cuando arrancó a hablar, dándose cuenta por primera vez de que su hija ya no era una niña y

se había convertido en una mujer de mundo.

Y Felipe Polo tuvo también otro motivo para admirarse. De primer plato pusieron unos espléndidos espárragos. Franco, con perfecta naturalidad, los cogió por la punta y se los metió limpiamente en la boca, mientras hablaba de la forma de rezar que tenían los moros:

—En una alfombra, de rodillas y de cara a La Meca.

Se secó los labios con la servilleta y cogió otro espárrago.

Felipe miró a su hermana Isabel, Isabel miró a Felipe, y ambos hicieron un ademán de muda e irónica admiración, hasta que advirtieron que Carmina los estaba observando con frialdad y también algo de orgullo. El padre y la tía se apresuraron a bajar la mirada, mientras la novia le decía plácidamente a su marido sin apartar la mirada de ellos:

—Paco, cuenta aquello de... ¿Otro espárrago?

Seis años después, en una entrevista que le hicieron para la revista *La Estampa*, Carmen Polo declaró que: «Fue el día más feliz de mi vida... un sueño, que me parecía que le estaba pasando a otra persona...».

Y a una amiga le confesó, poco antes de morir, que «nunca he vivido un momento tan emotivo como el día de mi boda».

No, Franco nunca habló de ese martes de octubre en el que unió su destino a una muchacha de veintiún años que llevaba enamorada de él desde que tenía quince. «Cuando lo conocí, me di cuenta, ¡estaba predestinada!». Él tenía treinta y en total estarían juntos sesenta años.

El día anterior, madame Claverie le indicó a su pupila:

—Tu futura suegra es una mujer muy sencilla, ¡sus trajes parecen de monja! Pero *elle est tres elegant, c'est une dame...* Deberías ir a verla.

Carmina obedeció y se presentó en el hotel París. Llevaba un vestido blanco con una cenefa azul en el bajo, y una sombrilla para protegerse del sol, que todavía apretaba a pesar de que acababa de entrar el otoño. Se desenguantó y, pomposamente, se echó a los pies de Pilar y le dijo:

—No pierde un hijo, gana una hija.

Pilar le hizo tomar asiento. La miró. Carmina se mantenía muy tiesa, con los pies cruzados el uno sobre el otro, las manos descansando sobre el regazo, la expresión alerta, la cabeza un poco ladeada sobre el hombro derecho. El pelo le caía sobre el ojo y se lo retiraba de vez en cuando con un gesto lánguido, de mujer mayor. Son muy distintas, pero las dos están animadas por la misma voluntad: cuidar al niño que hay dentro del uniforme. Pero, no, Pilar se corrige con tristeza: cuidar al hombre que hay dentro del uniforme. A pesar de la diferencia de edad, de clase social, de carácter, ve a Carmina no como una nuera, sino como una hermana.

No, ella no sabe nada de su Paquito, de la correa detrás de la puerta, de los «marica», «Paquita», «Cerillita», de cuántas veces ocultó el niño el rostro lloroso en su regazo, y cuántas veces ella acarició su cabeza y le susurró al oído:

—*Miña xoia.*

Ese niño será solo suyo, para siempre, y nadie se lo podrá quitar.

Pero el hombre, el héroe de África, el jefe de la Legión, ya le pertenece a Carmina, que la mira con expresión interrogativa.

Pilar se emociona.

Se desabrocha la cadena que lleva en el cuello y le tiende una medalla de la virgen del Chamorro:

—Mira, Carmina, es de su comunión... me gustaría que la tuvieras tú.

Carmina la mira con curiosidad, le da la vuelta, la vuelve a mirar. Pilar informa quedadamente:

—Es de oro.

La otra enrojece y contesta atropelladamente:

—No miraba eso... No me importa...

Y ahí tuvo un gesto espontáneo, se abrazó a ella y le dijo en un susurro:

—No pase pena, Pilar, yo también sabré cuidarlo...

La noche de bodas estuvieron en la casona que la familia Polo tenía en San Cucao de Llanera, a quince kilómetros de Oviedo. Llegaron a las once.

La cola del traje de crespón de Carmina se ensució del barro del caminillo. La puerta se cerró detrás de ellos con un sonido apagado. El jardín de La Piniella, no muy grande, quedó fuera, protegiendo con su bruma algodonosa la intimidad de los recién casados. Franco se detuvo en el vestíbulo y admiró los cuadros, la chimenea rústica de ladrillo visto, el techo con vigas, la completa librería que había pertenecido al padre de Felipe Polo, catedrático de Retórica en la Facultad de Filosofía de Oviedo. Enmarcado, en la pared, estaba el bastón de mando del otro abuelo, el Martínez Valdés, que había sido alcalde de La Llanera, y Paco lo estudió cuidadosamente. Claro que lo mismo podía estar colgada la vara florida de san José o un plátano podrido, porque en realidad Franco no veía nada, solo intentaba retrasar todo lo posible el momento de entrar en la habitación nupcial. Segura de sí misma, con un ligero taconeo, Carmina enfiló el pasillo mientras se quitaba el velo de encaje con un suspiro de alivio:

—Estas agujas... No podía más... Mira lo que me han hecho esos chicuelos que estaban a la puerta de la iglesia, ¡un desgarrón! ¡Y esta mantilla tiene doscientos años! Ven, Paco.

Franco dio un respingo, le sorprendió la naturalidad con la que su ya mujer se movía, y balbuceó:

—Sí, sí, Carmina, ya voy.

La muchacha abrió una de las puertas y Franco vio dos camas enormes, altas, con cabezal de madera y un sencillo crucifijo en la pared. Y sobre una de las camas, un camisón de seda gris primorosamente bordado, doblado como una flor. Sin ninguna

cortedad, Carmina corrió los cortinones de terciopelo mientras le decía:

—Esta será nuestra habitación cuando vengamos; era de mis padres, pero papá nos la ha cedido, ¡por algo soy la primera hija que se le casa!

Le señaló un galán de noche:

—Ahí puedes colgar tu traje. —Y en este punto tuvo a bien ruborizarse un poco —. Las cosas que había en tu maletín, la criada las ha dispuesto en la cómoda.

Recogió el camisón y comunicó un escueto:

—Ahora vuelvo.

Paco se apresuró a desnudarse, quitarse las botas, con el nerviosismo, le llevó su tiempo, colgó cuidadosamente el uniforme. Al fin se puso un traje de dormir y se metió rápidamente en la cama. Fría, húmeda.

Pensó en si Carmina se daría cuenta de que le faltaba un testículo, pero descartó enseguida esta idea. Y tenía razón: ni la joven tenía experiencia para saberlo ni tuvo la audacia jamás de mirar el aparato reproductor de su marido.

Paseó la vista por la habitación y se dio cuenta de que encima de la cómoda había dispuestos una cubitera de plata con una botella de champagne Piper Brut extra del 18, dos copas y un plato con bombones.

Carmina entró y miró con indulgencia el conjunto:

—Es un detalle de madame Claverie... lo encargó ella en París. ¡Ya sabes cómo son los franceses! Pero ni a ti ni a mí nos apetece, ¿verdad?

Paco negó en silencio; desde que había entrado en la casona casi no había pronunciado palabra, aunque Carmina fingía que no se había dado cuenta y se movía por la habitación cerrando aquí un cajón, alisando la colcha adamascada a los pies de la cama, poniendo derecho el crucifijo. El pelo corto le nimbaba el rostro moreno y muy vivaz, y los ojos le brillaban animados por una luz diminuta, en un momento se detuvo delante de la luna del armario y se miró la frente de cerca, comentando con indignación:

—Ya ves la marca que me ha dejado la corona de azahar...

Pero sonreía mientras se arreglaba un rizo de la nuca. Miró a través del espejo a su marido en la cama y frunció con coquetería los labios en un beso.

Paco, sin saber qué decir, le miró los pies descalzos y protestó tibiamente:

—Ponte algo, Carmina, que te vas a constipar.

La muchacha se giró, se puso a reír y se llevó la mano a la frente, en un remedo de saludo militar:

—¡A sus órdenes, mi teniente coronel!

A Paco se le destensaron los músculos del rostro, y se echó a reír también:

—Qué mal lo haces, ¡parece mentira que seas mujer de militar! —Se incorporó —. Mira, tienes que dejar la mano recta con respecto al brazo, la muñeca tan rígida como una barra de hierro, la palma tiene que ser invisible para mí.

Carmina lo intentó de nuevo; la mano, cómicamente, le tapaba el ojo dándole el aspecto equívoco de una cantante de *music hall*:

—¿Así?

Paco alcanzó a cogerle el pulgar y lo puso pegado a la palma de la mano:

—Inténtalo de nuevo, sube desde la cadera hasta la sien.

Su mano acarició sin querer la curva de la cadera y subió por la cintura. Tocó un pecho, flojo y blando. Carmina lo miraba fijamente, sin apartarse, incluso se arrimó para que el contacto fuera más profundo. Franco, con la voz enronquecida, susurró:

—Descanse.

Una Carmina de ojos burlones se puso la mano encima de la ceja y dijo:

—Siempre a sus órdenes, teniente coronel Franco.

Se rieron los dos y se dispó la tirantez. Carmina se sentó en el borde de la cama y le preguntó a su marido con dulzura:

—¿Quieres que apague la luz?

—Apaga.

Cuando empezaron a cantar las alondras, Paco sintió rebullir la cabeza de su mujer sobre su brazo. A la luz turbia del amanecer, vio que una mariposa se había quedado prendida en la cortina. Se la señaló y le dijo:

—Mira... En Galicia se las llama volvoreta...

Medio en sueños, Carmina repitió:

—Volvoreta...

Camilo Alonso Vega solía decirle «entraste virgen en Oviedo y saldrás virgen». Paco se ríe un poco por dentro y tiene ganas de decirle a su amigo, como cuando eran pequeños:

—Te equivocaste, Dios te castigará.

Y reflexiona sobre ese hecho extraordinario que le había permitido poner una mujer en su misma cama. Y el mundo entero lo encontraba normal, los curas, las monjas incluso, lo felicitaban por tener el derecho a usar ese cuerpo cuantas veces quisiera. La miró. Era suya. Podía hacer con ella lo que se le antojase. Aplastarle la cabecita. Hundirle los dedos en los ojos. Obligarle a que se pusiera de espaldas como hacían las moras y... Vio cómo erguía el cuello y le decía:

—Paco, ¿rezamos el rosario?

Franco sonrió, gozoso, y asintió en silencio.

Se arrodillaron, y Paco se santiguó «en el nombre del padre, del hijo...». ¡Del hijo! ¡Quizás dentro de nueve meses ya vendría un hijo! Carmina miró la blanca sábana de la única cama que habían usado manchada en diagonal por un largo rastro de sangre fresca, después le dirigió una mirada a su marido llena de complicidad y también de sumisión, y solo entonces bajó los ojos y se puso a rezar. «... y del Espíritu Santo, así era en un principio...».

Aquí toma voz la biógrafa. He tenido la suerte de encontrar un médico que atendió a Franco en sus últimos años de vida. Entonces él era un joven ayudante, pero tiene sus impresiones clarísimas:

—Era monórquido, es decir, tenía un solo testículo a resultas de su herida de

guerra, aunque tal circunstancia no impide ni engendrar ni sentir deseo sexual. Pero tenía otra característica que sí nos ayuda a entender cómo había sido su vida sexual: tenía una fimosis acentuada, el prepucio muy cerrado, lo que me permite deducir, por mi larga experiencia en estos casos, que su vida sexual fue inactiva. Que después de conseguir engendrar a su hija, que era inequívocamente suya, no volvió a tener relaciones conyugales con su mujer, y, si lo hizo, fue de forma muy esporádica. —Y añade—: Si tardó tres años en tener un hijo no fue porque su mujer no se quedara embarazada, sino porque seguramente apenas tuvieron relaciones. Y después de que naciera, el asunto se terminó para siempre.

Le pregunté al médico cómo es posible tal cosa, y me contestó, rotundamente:

—Se puede permanecer casto toda la vida... descontando los casos de sacerdotes sometidos a voto, podemos decir que Franco tenía todas las características para ser un hombre frío: maltrato paterno y complejo de Edipo. Sublimaba sus deseos sexuales en el ansia de poder; piensa que el deseo, antes de concretarse en los órganos pertinentes, pasa por el cerebro —y resumía de forma castiza, para profanos—, ¡que no se le levantaba!

Cuando pregunté si doña Carmen aceptaría esta situación, mi informante, persona experta en sexualidad tanto femenina como masculina, me respondió con firmeza:

—¡Por supuesto! Para una mujer de aquella época, el que la dispensaran del débito conyugal era más un alivio que una carga. Habían tenido un hijo, habían cumplido con la sociedad... No dudo que hubiera cariño entre los dos, complicidad, un objetivo común, ambiciones compartidas... pero pasión, no, nunca.

—¿Podemos decir entonces que nunca más tuvieron relaciones sexuales?

—Si me pides mi opinión, sin tener que declarar delante de ningún tribunal, te diré que sí. —Y concluyó—: La ambición, en su caso, sustituyó al orgasmo.

Carmina tardó tres años en quedarse embarazada de la que sería su única hija. Fueron tres años de zozobra constante, «¡mi única rival es África!». Y también, «en mis primeros años de casada derramé muchas lágrimas».

Eso que su matrimonio empezó bien, como un cuento de hadas, yendo a visitar al rey en su palacio. Pero para su marido no fue un encuentro grato. Alfonso XIII parecía dispuesto a retirar el ejército de África:

—Ya sabes lo que dice el general Primo de Rivera, que ni un soldado más debe cruzar el estrecho.

Franco guardaba silencio, uno de esos silencios que ponían nervioso incluso al rey, tan locuaz. Al fin, levantándose bruscamente del asiento y paseando por el exiguo despacho, le preguntó su parecer sobre el golpe de Estado de Primo de Rivera, y Franco dio una respuesta que vista a posteriori nos llena de asombro:

—Yo soy contrario a las dictaduras y por patriotismo no me he opuesto al general. Alfonso XIII pasó por alto la altivez de la contestación y le dijo:

—No te preocupes, Franquito, te prometo que Primo irá a visitaros y decidirá nuestra postura acerca de África sobre la marcha.

Paco había sido nombrado jefe de la Legión en sustitución de un mermado y cada vez más exaltado Millán Astray, el glorioso mutilado cada vez más glorioso, porque cada vez estaba más mutilado, ya que le faltaba un ojo, el brazo y todos los dientes, que sustituyó por piezas de oro. Y aquella muchacha educada en las ursulinas, que nunca había salido de Oviedo, y que soñaba con un futuro esplendoroso como mujer del héroe de la nación, tuvo que montar un piso modesto en Melilla y esperar días, semanas interminables a que su marido regresara del frente.

Al lado de la cotidianeidad tranquila y confortable de Oviedo, Melilla le pareció desordenada, sucia, ruidosa; la luz le dañaba los ojos, el sol constante la obligaba a cubrirse de velos y a llevar sombrilla. De día no puede salir a la calle, ¡el calor de plomo fundido la aplasta y la deja sin aliento!

Encima, el enemigo no está solo en el campo de batalla. Franco, en España, se ha dado cuenta de que la ola pacifista es imparable. ¡Si hasta un general curtido en mil batallas como Primo de Rivera quiere retirarse de Marruecos! Tanta ceguera, tanta incompreensión, es lo único que lo enfurece.

Si su mujer le dice:

—¡Las criadas son sucias!

Sonríe con benevolencia, y le recomienda que no se preocupe tanto por la limpieza y que si quiere le envía a su ordenanza Juanito Zamorano que es muy cuidadoso. Si Carmina se queja del sol, su marido le dice:

—Ponte sombrero, te queda muy bien.

Si se lamenta de que las mujeres del Club Mercantil le resultan tan dudosas que no cree ni siquiera que estén casadas de verdad con los oficiales de baja estofa con los que están viviendo, Paco contesta con calma:

—Seguramente tienes razón, Carmina. ¡Quizás preferirías vivir en la península, como las mujeres de los altos oficiales!

Pero Carmina se niega. Si le cuesta tanto quedarse embarazada viviendo juntos, ¿qué pasaría si solo se vieran una vez cada seis meses?

Y la impasibilidad de Franco se extiende también al ámbito militar. «Tiene siempre ese gesto imperturbable del que es dueño de sus actos», dice Arrarás. Si sus subalternos le cuentan alguna falta de indisciplina de la tropa, cada vez más leve, todo hay que decirlo, Franco sonríe también y dice tranquilamente:

—Calabozo, sin comida ni agua, tres días.

Si la falta es grave, muy fácil:

—Fusilarlos.

Pero la desdichada ceguera de los mandos en España lo saca de quicio. ¡Tantas vidas desperdiciadas, tantos muertos, tanto dolor para ahora retirarse!

Todos en España conspiran para desacreditar al ejército. ¡Él quiere una gloria sin ocaso! Es lo que se propuso cuando juró bandera.

¿No les preguntaron juráis por vuestro honor luchar contra los enemigos de España hasta la última gota de sangre? Él había contestado: ¡sí, juro!

El rey condescendió, al fin, a enviar al general Primo de Rivera de visita a Marruecos. Cuando el dictador estaba a punto de entrar en el cuartel legionario de Ben Tieb, vio cómo aterrizaba una misteriosa avioneta. Extrañado, preguntó qué pasaba y un soldado de mirada aviesa le dijo:

—Es una avería.

¡Mentira! El comandante Varela tenía órdenes de raptar a Primo y llevarlo a las islas Chafarinas si después de la visita persistía en su idea de abandonar Marruecos.

Los legionarios llenaron las paredes del campamento con pintadas hechas con alquitrán, «El espíritu de la Legión es de fría y ferviente agresividad» y también «Los caudillos llevan a sus tropas a la gloria y no al fracaso». Y aún más: «Primo es un borracho». En vez de vitorearlo, un silencio hostil lo acogió en su recorrido por el campo, limpio, impecable, con las tropas perfectamente dispuestas con su uniforme verde diseñado por el propio Millán Astray, la camisa abierta hasta medio pecho, las polainas de vendas, las botas-alpargatas y el chapiri, el clásico gorrillo legionario. Hasta la mascota, un jabalí, se comportaba con desdeñosa urbanidad, con la vista puesta en lo alto, como mandan los cánones.

Dentro se le ofreció a Primo de Rivera, que se secaba la frente con un enorme pañuelo, un *lunch*.

De primer plato pusieron pimientos morrones y berenjenas enteras, después huevos, de todas formas, duros, fritos, pasados por agua, en tortilla francesa y de patatas, y de postre, plátanos.

El general, que era andaluz, masculló a su vecino de mesa, el general Sanjurjo:

—*Sanorvidao* de los pepinos, que también tienen forma de polla.

Después de comer, Franco se levantó, y sin papeles, con el verbo inflamado de las grandes ocasiones, le dijo al dictador con su tono característico, que los legionarios, con sus voces aguardentosas, trataban de imitar en vano:

—Por ser esta la primera vez que un jefe de Gobierno pisa el solar de la Legión, deberíamos estar contentos. ¡Pero no es así, porque los legionarios deseamos mantener las líneas actuales y llegar al último peñasco del Rif a pecho descubierto! ¡Por la gloria de nuestros muertos! ¡Queremos llegar hasta Alhucemas!

El dictador se levantó pesadamente. El menú a base de huevos, a él, que era ictérico, le había sentado como un tiro. También había bebido mucho. Aun así intentó mantenerse fiel a su forma de pensar:

—La aridez de esta tierra (algún silbido) no merece que se aumente el sacrificio (abucheos). Yo puedo hablar con autoridad, no solo porque soy vuestro superior, sino porque mi hermano Fernando dejó su vida en Annual (silencio). Y por eso os digo, ¡no es necesario ir ni a Alhucemas ni a Chauen! Lo mejor es replegarse, no vamos a enviar ni un soldado más (murmullos), debéis obedecer ciegamente (pateos y silbidos). —Y dirigiéndose a Franco directamente, le dijo—: ¡No tenéis derecho a

monopolizar el patriotismo! ¡Esta guerra está arruinando el país!

Franco se levantó de un salto, se puso rojo primero, empalideció después. Con la mirada de las decisiones terribles, miró a un lado y a otro y dijo:

—Capitán Real, su pistola.

El capitán titubeó, sin saber qué hacer, y Franco desenfundó la suya propia con gesto expeditivo, le quitó el seguro y durante unos segundos interminables apuntó al general con pulso firme y una mirada que daba miedo.

Gritó:

—¡Hemos pagado el precio más alto con la moneda más cara: la sangre española derramada!

Sanjurjo contó después aquel momento de furia ciega: «Pasé unos instantes de trágica inquietud; con la mano en la culata de mi revolver temí durante unos segundos verme en la horrenda necesidad de defender la persona del general».

Se hizo un silencio impresionante. Primo de Rivera miró el cañón de la pistola que le apuntaba, vio a los oficiales, Varela, Burguete, el teniente coronel Pareja, de los regulares, también prestos a desenfundar el arma para defender al jefe del Tercio, vio al capitán Mohamed El Mizzian, el hijo del caudillo moro, ahora oficial de la Legión, pequeño, renegrido, abriendo y cerrando los puños con expresión homicida, al hermano aviador, el capitán Ramón Franco, llevándose la mano al tobillo, donde solía llevar un puñal, vio a los legionarios detenidos en el instante de levantarse de su silla, o de asomarse a la puerta, como en una fotografía, y echó mano de su acento más marrullero para decir:

—Está bien, Franco, solo era una opinión... Me habéis convencido... ¡A por Alhucemas!

Los legionarios lanzaron sus chapiris al aire cantando con sus voces entenebrecidas

*Soy un hombre a quien la suerte
hirió con zarpa de fiera;
soy un novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con tal leal compañera.*

Franco, aún ceñudo, volvió a enfundar la pistola, y Sanjurjo pidió una ronda de coñac para todos.

Primo preguntó:

—¿Cómo es esa canción?

Se acercó a El Mizzian, que le llegaba a la altura del pecho, le rodeó los hombros y, siguiendo el ritmo con su copa, se unieron el aristócrata andaluz, el marqués de Estella y Grande de España, de larga tradición militar, y el hijo de un moro muerto por los españoles en el mismo himno legionario:

*Soy un novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con tal leal compañera.*

El avión se esfumó tan misteriosamente como había llegado.

Se tomó Alhucemas y Abd el Krim fue vencido, se entregó a los franceses y fue desterrado a la isla de la Reunión.

Franco, un detalle que pocos conocen, fue premiado con la Legión de Honor francesa.

Pero todo sucedió a costa de largos combates, muchas muertes, mucho infierno. Carmina, en casa, casi siempre sola, rezaba y sufría. Más tarde, en 1928, confirmó sus malos recuerdos de África:

—Figúrese que marché de recién casada —rememora ante el periodista—, y sobre mi mortal inquietud y ansiedad de saberlo constantemente en peligro, había de atender y consolar a las madres, esposas, hermanas y hasta alguna vez novias de los oficiales o legionarios que vivían allí o acudían desde la península al conocer la horrible noticia. El dolor de aquellas pobres mujeres, que mi corazón advertía que podía ser algún día, inesperadamente, el mío, no puede describirse. Hay que pasarlo para poder conocerlo, como yo lo sé.

Y solo tenía veintidós años.

El padre en cada carta le preguntaba cuándo tendría nietos, ¿no quería morir, se sentía ya muy viejo y enfermo, sin que hubiera un niño con su sangre! Cada parto de su cuñada Pilar, que llegó a tener diez hijos, era como una bofetada para Carmina. Sus respuestas, cuando le preguntaban por los niños que no llegaban, siempre eran las mismas:

—¡Cómo vamos a tener hijos aquí! ¡Es imposible!

Cada vez que Paco venía a ella, le parecía que la había dejado en estado. Se palpaba los pechos y se los notaba más turgentes, si se apretaba el estómago sentía como un bultito ahí dentro, hasta padecía mareos por las mañanas. Se había enterado de que las moras adivinaban si una mujer estaba encinta por el color de las palmas de las manos, y cada mes se las tendía a su criada Leila en silencio. La muchacha le contestaba:

—*Saii... Ibn la...*

Mal... hijo, no... Son las únicas palabras que aprendió en árabe.

Y ella le daba un empujón, impaciente:

—¡Tú qué sabes! ¡Vete a la cocina!

Pero la maldita sangre todos los meses la sumía en la desesperación. No hay desolación comparable a la de la mujer estéril.

Paco no le decía nada, pero cada mes, por la misma fecha, la interrogaba en

silencio. Carmina, humillada, respondía:

—No, nada. Ya me ha venido.

Ni siquiera pudo disfrutar con el ascenso de su marido a general, ¡el más joven de Europa! ¡A los treinta y tres años, como Napoleón Bonaparte! Carmina asistía distraídamente a los homenajes que se le tributaban obsesionada por su pena íntima. Se ponía la mano disimuladamente en la barriga y rezaba a la virgen del Chamorro como le había aconsejado su suegra, que adivinaba en las cartas banales llenas de hechos nimios, «hace mucho calor», «gracias por las estampas y los recortes de Paco que me has enviado», la gran tristeza que la embargaba.

Sus hermanas enviaban noticias apremiantes desde Oviedo. El padre estaba cada vez peor, y era tan elegante, que no se daba por aludido y continuaba haciendo su vida normal. Las hijas le decían:

—Papá, por Dios, no vayas al club, que está lloviendo.

Y él, poniéndose su abrigo con cuello de astracán, cogiendo su sombrero y envolviéndose en su bufanda de seda blanca, contestaba:

—Bah... si aquí no saliéramos cuando llueve no nos moveríamos nunca de casa...

Después de comer se quedaba pensativo mirando su taza de café y musitaba:

—Nadie me había dicho que esto iba a ir tan rápido...

Y cuando las hijas preguntaban:

—El qué, papá...

Él señalaba con sus dedos manchados de nicotina a su alrededor:

—Esto... la vida...

Con el ascenso al generalato, le concedieron a Franco el mando de la brigada más importante, el Regimiento del Rey y el Regimiento de León, en Madrid.

La hora del adiós había llegado. Se iba de Marruecos para siempre.

Paco, el último día, en lugar de recibir el homenaje de sus hombres, que sollozaban como niños pequeños y se tatuaban su nombre, Franco, en los antebrazos, prefirió visitar el modesto cementerio de Melilla donde reposan para siempre los cuerpos de los legionarios de origen desconocido que nunca han sido llorados por nadie.

No llevó flores ni rezó. No tuvo ninguno de los gestos teatrales que hubiera exhibido Millán Astray, no saludó, ni gritó: «¡Arriba, mis chacales!». Nada de eso.

Se descubrió y estuvo largo rato en silencio. Quizás escuchando las voces de los muertos.

Se agachó. Cogió un puñado de tierra y se la llevó a los labios.

Después la dejó caer y el viento la desparramó.

Se levantó, se puso la gorra y se la ajustó bien sobre la frente. La visera le ocultaba los ojos, y nadie pudo ver si en ese momento en que se despedía de su vida agitada y ardiente en África y también de su juventud derramó alguna lágrima.

Carmina, que debería alegrarse, sí lloró, ¡y mucho! ¡Temía no llegar a tiempo de

ver a su padre, despedirse de él, besar su frente, abrigarlo como él había hecho en su infancia sin madre!

Al día siguiente, de madrugada, su cuñado Ramón le haría cruzar el estrecho a bordo de su hidroavión. La casa de Melilla estaba llena de paquetes, de cajas; los escasos muebles habían sido retirados, los cuadros descolgados, los bibelots que coleccionaba Carmina estaban envueltos en papel de periódico y guardados en canastas. Los rollos de alfombra se apoyaban contra la pared. Tan solo quedaba la cama para pasar la última noche en la habitación ya desmantelada. Era enero, hacía mucho frío, no había mantas y tuvieron que echarse los abrigos por encima.

Paco no la consoló, aunque la estrechó entre sus brazos con fuerza, pero aun así la mujer no dejaba de tiritar.

Gemía:

—¡Papá, papá!

Y así, entre suspiros, adioses y llantos, concibieron a su hija.

¡La muerte entraba por una puerta, la vida aparecía por otra!

En Madrid cogieron un piso suntuoso en la Castellana y eligieron la mejor habitación para los hijos que habían de venir.

Tenía que hacerle ilusión, pero Carmina solo pensaba en ir a Oviedo, junto a su padre. Y, desde que se supo embarazada, todavía más.

Las hermanas, cuando entró en la casa de la calle Uría, le dijeron:

—No te impresiones por el aspecto de papá —y luego le advirtieron severamente—. ¡Que no te lo note!

Lo vio disminuido, tan pequeño que parecía un niño. Con la máscara de la muerte en el rostro, aún intentó sonreírle. Carmina llevaba unas flores en las manos que depositó en la mesa. El padre, gran señor hasta muriendo, le dijo:

—Gracias, chiquitica.

Le cogió la mano y se la besó con ademán versallesco.

Sin quitarse el abrigo siquiera, se sentó a su lado. Todo el día. Y al día siguiente, y al otro. Le susurraba:

—Mira, papá, voy a tener un hijo, tu nieto.

El padre asentía, con los ojos cansados.

Entró en agonía. Estuvo dos días con el estertor de la muerte, dos días en los que las tres hijas no se separaron de su lado.

Tenía los pies y las manos fríos.

Felipe, el único varón, se sorbía los mocos en el pasillo lamentándose:

—¡No puedo soportarlo!

Felipe Polo y Flórez de Vereterra murió el 21 de junio de 1926. Carmina no quiso regresar a Madrid, y, como homenaje a ese padre que fue padre y madre y que tanto la había querido, eligió que su hijo viniese al mundo también en Oviedo y en la misma casa donde su madre la había tenido a ella.

El 14 de septiembre de 1926 nació la única hija de Paco y Carmina. La madre le

susurró en su oreja minúscula:

—Nenuca, tu abuelo te hubiera llamado Nenuca.

Y por Nenuca ha conocido su familia a Carmen Franco Polo toda su vida.

Franco, tan poco dado a las expansiones sentimentales, confesó más tarde:

—Cuando nació Carmencita creí volverme loco de alegría.

Y también añadió con desaliento:

—Me hubiera gustado tener más hijos, ¡pero no pudo ser!

Existen diversas teorías sobre el nacimiento de la hija de Franco y Carmen Polo. Unos dicen que era adoptada, otros que no era hija de Franco sino de un militar marroquí, otros más que su verdadero padre era Ramón Franco. Se basan en el hecho de que no existen fotografías de Carmina en estado. Yo no doy ningún crédito a estas teorías conspirativas. En esa época se consideraba que las mujeres embarazadas no estaban presentables, y no acudían ni siquiera a actos sociales. En los numerosos álbumes de mi familia, muy aficionados a retratarse, no hay ninguna foto de mis abuelas en estado de gravidez, y eso que entre las dos tuvieron doce hijos.

La suposición de que Ramón era el padre resulta absurda: no solamente porque la acendrada religiosidad de Carmina hubiera impedido toda relación con otro hombre que no fuera su marido, ¡y no digamos con su cuñado!, sino porque Ramón se acababa de casar con Carmen Díaz, con lo que también se descarta que Carmen Franco sea una hija de Ramón adoptada por su hermano y su cuñada, otra hipótesis disparatada que ciertos autores han defendido.

Y no digamos la patraña de que fue un moro el padre de Carmen. Debo decir que cuando pregunté al propalador de este rumor en qué se basaba, me dijo:

—¿No te das cuenta del aspecto marroquí que tiene Carmen Franco?

Yo aporto el testimonio de una nieta del ginecólogo de Oviedo que trajo al mundo a Carmen Franco Polo. Realizando un programa de televisión sobre el nieto mayor del Caudillo, precisamente se plantearon estas dudas sobre la paternidad de Nenuca. Entonces recibí una llamada de quien se identificó con nombres y apellidos como nieta del médico que atendió a Carmina en ese lejano 14 de septiembre de 1926. Con gran contundencia me manifestó.

—Mi abuelo, médico del sanatorio Miñor, trajo al mundo a Carmen Franco Polo y tengo todos los certificados que lo acreditan. Son documentos confidenciales que como es natural solo puedo proporcionar a la familia.

Me contó que había sido un embarazo y un parto normal, en el que no se señaló ninguna incidencia.

En Madrid, con una familia completa, «la espada más limpia de Europa», como definió el general Petain a Francisco Franco, aquel hombre «arrogante como un gladiador romano», según lo describe Arrarás, el militar «deshumanizado que no conoce la piedad», según su propio compañero el general Queipo de Llano, se disponía a entrar en otra vida dentro de su vida.

Aunque en esos años había otro Franco que le hacía sombra.

5. EL DIRECTOR (1927-1932)

Se oye la campanilla de la puerta, elegantemente amortiguada porque el piso del madrileño paseo de la Castellana número 28 donde vive ahora el matrimonio Franco tiene casi trescientos metros cuadrados y el carillón debe atravesar varias habitaciones, un largo pasillo, paredes cubiertas con tapices y suelos alfombrados.

Carmina levanta la mirada inquisitiva de su bordado de *petit point*. Ha dado a luz a su hija, pero sigue siendo una muchacha esbelta y va muy elegante aun en la intimidad de su hogar. Lleva un vestido de estar por casa de paño color gris oscuro, porque todavía está de luto por su padre, y unas zapatillas bordadas en dorado que le ha enviado por Navidad madame Claverie desde Bayona, donde vive desde que sus tres pupilas se han hecho mayores. Se sujeta la media melena con una redecilla y el flequillo lo lleva recogido con dos horquillas para mantener la ondulación permanente que la peluquera que va a casa una vez a la semana acaba de hacerle. Mira cariñosamente a su marido mientras le dice a la criada, que está recogiendo las tazas con restos del chocolate que han tomado para merendar:

—Vete a abrir, pero no dejes pasar a nadie.

Paco está arrellanado en su butaca de cuero capitoné con un tratado de estrategia militar entre las manos. Sobre una mesita tiene una libreta, pluma y tintero para ir apuntando reflexiones que le sugiere el libro, ¡nunca osaría mancharlo! De vez en cuando le hace una observación a su mujer:

—¿Sabes que Aníbal en la batalla de Cannas inventó la guerra moderna?

Carmina, sin levantar la vista de su bordado, susurra distraídamente:

—¿Mmmm?

Formando círculo con el índice y el pulgar un entusiasta Franco le explica a su mujer, a falta de un público mejor:

—Sí, Carmina, el doble envolvimiento es la maniobra militar más perfeccionada que existe, porque ataca al enemigo por los dos flancos, haciendo una pinza... Puedes matar a sesenta mil hombres a la vez.

Sin cambiar el tono de voz, su mujer responde mientras enhebra la aguja:

—¿Ah, sí? ¿Sesenta mil?

Paco vuelve al libro aclarando antes:

—Siempre que sean soldados de infantería, claro está.

Carmina responde con fingido entusiasmo:

—¡Por supuesto!

Mientras, piensa en la película que han visto el día anterior en el Goya, *La mujer del centauro*, y en John Gilbert, que con su bigotito oscuro y sus grandes ojos líquidos le recuerda un poco a Paco.

La criada informa desde la puerta:

—Hay ahí unos periodistas.

—Diles que esperen un momento.

Franco se desentiende, enfrascado en la lectura. Está vestido de civil, con un batín corto de pana sobre la camisa y la corbata. Ha engordado algo, su pelo clarea, está pálido, su cargo al frente del Regimiento del Rey es administrativo y protocolario más que práctico. Nada en él recuerda al militar de África, al héroe de El Buitz, al jefe de la Legión que luchaba a la bayoneta al frente de sus hombres.

Un tiempo pretérito pero no olvidado. Casi todas las tardes se reúne en la Gran Peña con los otros militares africanistas, el general Mola y los tenientes coroneles Varela, siempre hecho un pincel, y Yagüe, todos enfermos de añoranza. Lo reconoce Millán Astray, también general, cuando se deja caer por allí exhibiendo sus mutilaciones con el orgullo del que se sabe personaje:

—Nos duele África...

Y añade melancólicamente cogiendo a Franquito por los hombros con su único brazo:

—Somos generales de pitiminí... Hemos pasado de ser los novios de la muerte a ser los maridos de doña Pepita.

Su doña Pepita, Elvirita, continuaba ciegamente entregada a él.

De vez en cuando Franco, con mucho tiempo libre, iba a los cafés de la Gran Vía y de la calle Alcalá, el Acuarium, la Granja del Henar, el Molinero de las Torres o el Negresco, con Pacón, al que había nombrado su ayudante, y con su segundo, el coronel Campins. Era un ambiente más desenfadado porque allí se reunían con oficiales jóvenes, y Franco les contaba sus experiencias de Marruecos y sus aventuras con la Legión.

Todo tenía un aire un poco otoñal, como si Franco, en lugar de tener treinta y cinco años, tuviera ochenta y fuera ya tan solo a vivir de recuerdos.

Bastaba una frase de Pacón para desatarle la lengua:

—¿Te acuerdas, Paco, aquel día en que una bala te arrancó el tapón de la cantimplora?

Y a Paco le brillaban los ojos, y ayudándose con las manos mostraba la trayectoria de la bala, y contaba cómo la llevó a su tienda y se la robaron sus hombres porque decían que también traía *baraka*.

—Aquellos muchachos... Me levantaba por las mañanas y me los encontraba tendidos a mis pies como perros... Eran mis chacales...

En el Negresco entró un día Pedro Sainz Rodríguez, su antiguo amigo de Oviedo, ahora catedrático en Madrid y bibliotecario del Ateneo, que le dio un abrazo y le dijo al ver el contorno de su abdomen:

—Hombre, Franquito, se ha convertido usted en Francote.

Cuando Franco escuchaba a Sainz quería permanecer serio, porque nunca sabía si el catedrático se reía de él o con él, pero terminaba siempre por escapársele una sonrisa. Metía barriga y se daba golpes en la cintura:

—Es la falta de ejercicio —argüía—, la vida sedentaria...

Y Sainz reía:

—Sí, no hay como cargarse media docena de moros cada día para mantenerse en forma... quizás querría usted pedir suministros a Primo de Rivera para no desentrenarse. ¡Le juro a usted, Franquito, que con tal de seguir siendo dictador es capaz de todo!

Franco reía en sordina, pero ya Sainz lo apartaba de sus amigos para decirle confidencialmente:

—Don Natalio Rivas, ya sabe, el exministro liberal, organiza unas comidas en su casa y me ha dicho que lo lleve. Van el médico Gregorio Marañón, Alcalá-Zamora, el torero Juan Belmonte... Y un paisano suyo al que le falta un brazo.

Franco preguntó, extrañado:

—¿Millán Astray?

Sainz descarta con un ademán:

—Sí, ese también, pero yo quiero decirle el escritor Valle-Inclán... Estaremos en confianza...

Lo miró de arriba abajo:

—De civil, eh, hombre, general, se nota que va usted a un buen sastre.

Y con su traje de Tomás empezó a asistir a estas comidas, haciendo por primera vez vida de sociedad, aunque apenas hablaba, porque «no entiendo de política y solo voy a escuchar y aprender». Y debía ser cierto, ya que muchos años después el propio Marañón le comentó a Natalio Rivas:

—¿Usted pensó alguna vez que aquel militar tan callado que venía a nuestra tertulia iba a ser el protagonista de una larga etapa de la historia de España? —Y reconocía—: Creo que ninguno de nosotros lo valoramos suficientemente. ¡Teníamos una idea bastante pobre de la mentalidad militar!

A lo que contestó don Natalio:

—Sí, él no entendía de política y lleva veinte años en el poder, ¡y nosotros, que entendíamos tanto, no logramos ser ministros más allá de algunos meses!

Todavía seguían llamándole Franquito. Así nos lo explica su primo Pacón, quien precisa, «lo denominaron así hasta nuestra guerra de liberación».

En la lujosa casa de don Natalio, un rico hacendado granadino, Franquito conoció al ministro de Finanzas José Calvo Sotelo, que le habló en tono sentencioso de que se iban a importar automóviles de Italia y maquinaria de Alemania. Franco objetó:

—Mire usted, yo no entiendo de estas cosas porque soy militar, pero creo que si quiere usted defender el valor de la peseta lo que debe hacer es invertir en la industria de nuestro país.

Calvo Sotelo le contestó con arrogancia volviéndose a su otro vecino de mesa:

—Es verdad, como no entiende usted, mejor no opine.

Sainz, mientras salían, le dio un golpe a Franco en la espalda y le dijo:

—Ha quedado usted como el culo, pero llevaba razón, ¡a ver si ahora se nos va

usted a hacer político!

Político, de momento, no, pero sí actor de cine. ¡En una película rodada en la propia casa de don Natalio, *La malcasada*, dirigida por el periodista Paco Gómez Hidalgo! Estaba basada en un hecho real: el matrimonio del torero mexicano Rodolfo Gaona y la actriz Carmen Ruiz Moragas, que terminó en separación. Gómez Hidalgo tuvo el acierto de hacer intervenir en la cinta a lo más granado de la sociedad española de aquellos momentos, desde el dictador Miguel Primo de Rivera, hasta Valle-Inclán, Romanones, el director de *ABC* Juan Ignacio Luca de Tena, el ingeniero Juan de la Cierva, Azorín, Machado, el torero Juan Belmonte y Julio Romero de Torres... El pequeño papel de Franco era el de un oficial recién llegado de las guerras africanas. Él se empeñó en asistir a todo el rodaje y aun le dijo al director:

—Yo creo que no lo haría mal con una cámara en la mano...

Y también le comentó un día a su mujer, pensativamente:

—Llegará un momento en que la mejor forma de propagar una idea será mediante el cinematógrafo. La plebe, que no leería nunca un libro o asistiría a una conferencia, sí vería con gusto una película —y se dejaba llevar por la imaginación—. ¡Carmina, qué gran instrumento al servicio de una causa justa!

Millán Astray también salía en un papel más principal, y Sainz consolaba al un tanto ofendido Franquito:

—Los mutilados quedan mejor, pero para mí que no es plan cortarse un brazo para salir más rato en una película. Ahora, usted verá...

El estreno del film tuvo lugar el 10 de enero de 1927 en el cine Royalty con el slogan de «*La malcasada*... lo que interesa a todos», y se agotaron las entradas durante meses. El crítico de *ABC* dijo: «Hay sensación estética y emoción psicológica... inspira sentimientos españolísimos». Acerca del divorcio, en aquel momento un tema que estaba encima de la mesa y sobre el que se debatía libremente en los periódicos, se mostraban dos opiniones antagónicas. Mientras Lerroux, el líder del Partido Radical Republicano, por otro nombre «emperador del Paralelo» por su afición al *music hall*, argumentaba que jurídicamente no se podía imponer un contrato de por vida, el dramaturgo Muñoz Seca, abuelo del escritor y periodista Alfonso Ussía, decía que «en España, en este tema del divorcio, no hay nada que hacer».

Como era una película muda, de la que hoy solo quedan algunos fragmentos, el diálogo salía en letreros entre escena y escena.

En las numerosas críticas y comentarios que suscitó el film no se menciona en parte alguna la actuación de Franco. También se silencia que la actriz Carmen Ruiz Moragas, en la que está basada la película, era la amante oficial del rey Alfonso XIII, con el que tuvo dos hijos, María Teresa y Leandro, y que el matrimonio con el torero mexicano no fue más que una ficción destinada a tapar aquellos amores, tolerados, pero de los que no convenía hacer alarde. La reina ya había amenazado con volverse a Inglaterra si el rey proseguía esa relación.

Doña Victoria Eugenia dio este ultimátum impulsada no solo por los celos sino

por su tremenda frustración como madre. Recordemos que ella transmitió la hemofilia a dos de sus hijos, y tuvo otro sordomudo, mientras que los hijos de Carmen estaban completamente sanos.

Al enterarse, Franco se negó a asistir a la *première* de la película. Se lo comentó indignado a su mujer la víspera, antes de dormirse:

—He intervenido porque nadie me contó que la película se basaba en la vida de la Carmela... Estas mujeres llevan la desgracia a las familias...

Y Carmen, algo frustrada porque se había comprado un abrigo de *renard argenté* para asistir al evento, contestaba mientras se frotaba las manos con una mezcla de glicerina y limón, poniéndose a continuación guantes de punto para que la mezcla penetrara mejor:

—Sí, Paco, deberían estar prohibidas...

Y después se abrochaba el cuello del camisón hasta arriba y se calzaba calcetines de lana, ya que era muy friolera.

La criada de la casa de los Franco Polo lleva uniforme negro con un delantal blanco almidonado encima y una cofia enhiesta sobre su rubicundo rostro de aldeana de Sobrado del Obispo. Se la ha enviado su suegra, a la que Carmina solo puso una condición:

—Pilar, por favor, que no sea muy guapa.

Aunque Paco sea un modelo de maridos y no esté muy interesado en el sexo contrario, hay que evitar las tentaciones. La suegra lo ha entendido perfectamente sin necesidad de explicaciones, ¡si ella hubiera tenido esta pillería otro gallo le hubiera cantado!, y le ha enviado una muchacha con abundante bigote y un aspecto muy parecido a la figura de la etiqueta del Anís del Mono, que es un licor que Carmina toma para sus desarreglos periódicos. La chica se llama Sara, y con el acento cantarín de su pueblo, cuenta que:

—Esos... señores... chorreaban agua y dejelos en el descansillo hasta que se sequen.

Carmina la mira aprobadoramente:

—Bien hecho, Sara.

En el salón, los muebles de nogal tallado y estilo renacimiento brillan tenuemente a la luz de las lámparas y el olor a linimento de casa elegante se mezcla con el aroma dulzón del chocolate y la canela. Hay fotos de toda la familia en enormes marcos de plata. Por parte de Carmina, una de los padres, ambos ya con cara de muerto, y los cuatro hermanos de niños, vestidos de luto. Por la parte de Paco está la madre, Pilar, con traje negro, el pelo ya completamente blanco y una cruz de plata al cuello, Pila y Alfonso, su marido, con las cabecitas de sus ocho hijos, y Ramón, con el uniforme de aviador. En solitario. Y no porque no tuviera mujer. Ramón se acaba de casar con Carmen Díaz, una de esas mujeres de las que Carmina opina que:

—Deberían estar prohibidas.

Ramón y Carmenchu se han casado a escondidas, en Hendaya, sin pedir permiso

al rey, trámite que era preceptivo, ya que Ramón ha sido nombrado también gentilhombre de cámara por sus hazañas en la guerra de África a bordo de su hidroavión. La familia se niega a conocer a Carmenchu y cuentan las mayores atrocidades, que Ramón se casó con ella en una noche de borrachera en Biarritz, adonde había acudido a jugar a la ruleta, ya que Primo de Rivera había cerrado los casinos en España, y que la había encontrado en un prostíbulo.

Pila era más concreta o tenía más imaginación:

—La conoció en Barcelona, porque ella cantaba en el Paralelo. ¡Es una arrabalera de rompe y rasga! Y, lo peor de todo, ¡francesa!

La propia Carmen Díaz contó, sin embargo, en sus memorias, que Ramón, al que ella llamaba cariñosamente Monchín, la había conocido en Irún, donde estaba realizando unas maniobras militares, y que le hizo un cortejo en toda regla durante seis meses. La muchacha, que era natural de Castro Urdiales, muy guapa, que fumaba, conducía automóviles desde los quince años y se bañaba en el mar con un extremado maillot de goma, pasaba por ser demasiado liberal. Pero lo cierto es que habiendo vivido en Francia y estudiado en el colegio del Sagrado Corazón de París, donde su padre trabajaba como ingeniero en la Regie Renault, las costumbres españolas le parecían anticuadas y aburridas. El padre después adquirió un local en Irún, donde instaló un garaje. Aunque la familia no era muy distinguida, sí eran honrados a carta cabal.

Carmenchu cayó locamente enamorada del menor de los Franco. «Me impresionó su mirada, ¡sus arrogantes ojos verdes te taladraban! Ojos misteriosos, que escondían algo». Al final de sus días, la mujer reconocía que «al fin me enteré de que lo que escondían esos ojos eran traumas, miedos, complejos, su rencor de niño a los demás niños que le decían que no tenía padre... a la sociedad chismosa de Ferrol».

Cuando se fugaron, solo tenía dieciocho años.

Ramón había intentado llevar a su flamante esposa a la casa de la Castellana, y Carmina había respondido fríamente:

—En esta casa no entran esa clase de mujeres, porque hay niñas y podrían dar mal ejemplo.

Teniendo en cuenta que Nenuca apenas tenía un año y que las únicas palabras que conocía eran: «Ro ro», resultaba una excusa un tanto peregrina, pero era en lo único en que la familia entera estaba de acuerdo. Pila se encargaba de informar a todos de que «la Carmenchu bebe y se droga», y añadía, implacable:

—De ninguna de las maneras la podemos aceptar en la familia, ¡no tiene ni el más mínimo requisito!

Únicamente Pilar, la madre, a veces vacilaba:

—Pobre Ramón, si esa mujer es tan mala, habrá que ampararle...

Colás también se había casado, pero su mujer, Concha Pascual de Pobil, cumple todos los requisitos, y sí sale en la foto porque es una chica «bien» valenciana, con la que Carmina mantiene cierta rivalidad. Concha es alta, rubia, de tobillos gruesos,

grandes caderas y un cutis de porcelana. Tiene derecho a un título nobiliario, y cuando Carmina se entera, le dice:

—Paco, por los Bahamonde con hache intercalada, también es hidalgo.

El propio Franco se asombra:

—Carmina, ¿y eso?, ¿de dónde lo sacaste? Si nosotros siempre hemos sido Baamonde sin hache, ¡un apellido muy corriente en Galicia!

Eso es precisamente lo que no le gusta a la generala, que aprieta los dientes y suelta tranquilamente esta bola del tamaño de un tren de mercancías:

—Me ha escrito tu tía Gildita y me ha dicho que el Baamonde tuyo tiene hache intercalada, que lo ha descubierto el padre Comellas en los archivos de la iglesia de San Juan.

No sabemos si Franco creyó este embuste evidente, pero sí es cierto que a partir de entonces empezó a firmar como Francisco Franco Bahamonde.

Concha, muy valenciana, cuando va a Madrid se pone collares de zafiros, pendientes de brillantes y pulseras de todas las piedras preciosas que existen y alguna más que la naturaleza no da pero sí los laboratorios de química. En la casa de sus cuñados dice sin sacarse las pieles de martas cibelinas que cuestan lo que un automóvil:

—Yo, con este abrigo, no tengo nunca frío.

A lo que Carmina responde arrugando la nariz:

—Es que vivir en el campo curte mucho.

Porque su cuñada tiene extensas posesiones en la huerta valenciana. Carmina finge también equivocarse sobre el significado de la palabra huerta, y cuando sirve una ensalada le comenta a Concha:

—Estos tomates no serán como los de tu huerto. —Y luego, distraídamente, pregunta—: ¿Los sueles coger tú misma?

Concha enrojece de rabia y mira a su marido para que la defienda, pero Colás, que ha engordado mucho y lleva una impresionante botonadura de brillantes que le ha regalado su suegro el día de la boda, sonrío mefistofélicamente mientras mira el humo de su puro que sube hasta el techo.

Lo máximo que hace es cambiar de conversación, y le pregunta a su hermano:

—Paco, esta dictadura no sirve para nada, ¡es una mierda! Cada día hay más atentados y huelgas. ¡La semana pasada asesinaron a un empresario muy amigo mío, Miró y Trepas, en su propia fábrica! Y todo el mundo sabe quiénes han sido: ¡los anarquistas!

Porque es cierto, hay atentados de uno y otro signo, enfrentamientos entre la clase empresarial, auxiliada por las fuerzas del orden, y los confederales o anarquista. Cada semana cientos de trabajadores se apuntan a la CNT, el sindicato confederal, o a su filial, la Federación Anarquista Ibérica, la FAI, que acaba de crearse en Valencia, con gran horror de Colás.

—Iban las mujeres y los hombres juntos por las calles besándose y vestidos con

monos. Tenemos la revolución en la puerta de casa ¡y el rey no hace nada!

Paco calla, pero Carmina comenta rencorosamente:

—Al rey no le importa el estado del país, él va a lo suyo, viaja a Deauville con sus... —Va a buscar una revista y enseña la fotografía, señalando el titular—. «El rey se divierte».

En la imagen se ve a Alfonso XIII en el paseo de les Planches a bordo de su Star descapotable vestido con blazer azul, pantalón blanco y un picarón canotier algo ladeado.

Y es que la pobre Carmina se siente desilusionada porque todavía no ha sido llamada a palacio, aun siendo la mujer del héroe de África.

Paco ahora sí dice entre dientes:

—Los Borbones son unos frívolos... tienen taras genéticas.

Y Carmina añade sofocada de indignación:

—Y unos inmorales, Paco, que no se te olvide...

Tan inmorales como el padre, Nicolás Franco, del que no hay ninguna foto en marco de plata. Es como si no existiera. Después de comer, a veces Colás acompaña a su hermano al despacho para ver su último capricho, un robot traído de Francia para limpiar los zapatos. Paco se lo explica con esa meticulosidad que pone en todas sus cosas:

—Te gustará, Colás, porque tú eres un dandy, se mete el zapato por aquí, se le da cuerda y el cepillo...

Y mientras Colás examina el enorme armatoste que más parece instrumento de tortura que limpiador de zapatos, le susurra a su hermano sin mirarlo:

—Estuve allí, con papá, en la calle Fuencarral... La Agustina tiene un aire de menestrala de cojones, en Ferrol sería menos que una pichonera, papá ya sabes cómo es, ¡la trata a patadas y a golpes!

¡Patadas y golpes! Paco se encoge sobre sí mismo, como si los volviera a sentir; el Paquito maltratado continúa vivo dentro de él. Aprieta los labios, entrecierra los ojos, guarda el artilugio en un cajón que cierra de golpe con sonido de cañonazo y casi le escupe a su hermano:

—A mí de esas cosas no me hables. ¡Si se entera mamá! No quiero saber nada...

Colás, débilmente, argumenta:

—Hombre, si ha sido mamá la que me ha dicho que vaya a visitarlo. ¡Es nuestro padre! Me ha contado Ramón...

Franco parece próximo a un ataque de apoplejía:

—¿Ramón? ¡Otro desgraciado que ha tirado su porvenir por la borda casándose con esa pelandusca...! ¡No hables de ellos delante de Carmina!

El hermano mayor, que quiere llevarse bien con todo el mundo, intenta replicar:

—Oye, que la Carmenchu no parece mala chica...

Paco da un bufido y se encamina a la puerta dejando solo a Colás, que aún prosigue, cada vez más inseguro:

—Me contó Ramón que papá y la Agustina se han casado en un ventorro de la Bombilla y la boda se ha celebrado con una verbena, con farolillos, churros y organillo... —Habla a la puerta que se ha cerrado tras su hermano con un sonoro golpe—. Vamos, que a mí tampoco me importa, pero...

Y se dice para sí mismo:

—¿Será posible casarse así, en una verbena, sin cura ni nada?

Pero sacude la cabeza, olvidado ya el problema. ¡A Colás no le gustan las dificultades! Solo tiene un objetivo en la vida, que es divertirse y vivir a lo grande.

Esa noche dejará a su mujer en el Ritz y se irá a Fornos. Después ha quedado con Sainz Rodríguez para acudir a una casa de niñas en la calle Echegaray. El catedrático le ha dicho:

—Ahí la reina es La Caoba, se la disputan Primo de Rivera y Sanjurjo...

Nicolás, algo alejado de la sofisticación en el tema de los vicios de la capital, se asombra:

—¿El general Sanjurjo? ¿El que fue jefe de mi hermano?

—¡El mismo! Como vive en Andalucía, ya deja en la casa de putas los uniformes y las condecoraciones que debe ponerse cada vez que viene a Madrid y tiene que visitar al rey.

Y después informa a su amigo con suficiencia:

—Ella y las otras chicas son expertas en beso negro.

Colás no sabe lo que es eso todavía, pero no quiere estar ni un día más de su vida sin averiguarlo.

Domina el salón un enorme pájaro de bronce sobre una peana, colocada en la cómoda donde se guarda la vajilla buena, de Sèvres, que solo se pone los domingos. En una vitrina esquinera se exhibe un abanico donde unas pastoras huyen de un macho cabrío (está plegado por motivos obvios) y otro con unas flores delicadas pintadas por Wateau. Hay unos gemelos de nácar, un crucifijo de plata, figurillas de marfil y, como único recuerdo de África, un cuchillo con unas piedras preciosas en la empuñadura. También está el sable que sus camaradas de Marruecos le regalaron a su jefe como despedida, con un tigre de plata, con la siguiente leyenda sobre marfil: «Al general Franco, la Legión Extranjera, año 1924».

Carmina se queja cuando Paco no está presente:

—A mí que no me hablen de África ni de Áfrico, ¡qué harta he quedado de todo aquello!

La vitrina está cerrada con llave para poner los objetos delicados fuera del alcance de Nenuca, que los señala con el dedito para que se los bajen. El padre siempre ríe:

—Que no, Nenuca, tú tienes tu muñeca.

Pero a Nenuca no le gusta la inmensa muñeca de Simon & Halbig, con pelo de persona, miembros articulados y ojos de cristal con párpados movibles provistos de pestañas, más alta que ella, que le han enviado directamente desde Alemania. Le da miedo.

Pila, la hermana de Paco, que ahora ha venido a vivir a Madrid porque su marido ha entrado a trabajar como ingeniero en la inspección de ferrocarriles de la capital, se burlaba de esta niña solitaria que lo tiene todo y le decía a su cuñada:

—La volveréis tola... Si tuviera un batallón de hermanos se le quitarían las tonterías. ¿A qué esperas? ¿A que las ranas críen pelo?

Y se reía a carcajadas de su propia broma.

Era la única que se reía, porque Carmina bajaba la vista y pensaba que no iba a invitar más a su casa a esta hermana charlatana y vocinglera, tan ordinaria que se pone los zapatos de su marido aduciendo tan tranquila que:

—Con tanto embarazo se me hinchan los pies.

Ella ya había tenido un hijo, había demostrado que era como todas las mujeres, y lo demás solo era asunto suyo.

Cuando murió el padre de Carmina, Felipe Polo, dejó una herencia bastante saneada, una cantidad de dinero importante y unas fincas ubérrimas en Palencia, además de La Piniella, que quedó para Carmina, y el piso de Oviedo. Carmina depositó sus acciones y dinero en el Banco de Bilbao, donde el director le dio sabios consejos para administrarse. Paco se lo dijo desde el primer momento:

—A mí no me des explicaciones... Gasta como quieras.

Carmina ha utilizado parte de su herencia para montar este piso suntuoso en un edificio diseñado por el arquitecto gallego Antonio Palacios, ¡solo la alfombra de la Real Fábrica de Tapices le ha costado cien duros! Cuando ofrece un té a las mujeres de los otros militares, se ve recompensada por las miradas de asombro que intercambian entre ellas. Sujetas al albur de los traslados, se alojan en viviendas provisionales amuebladas rápidamente con materiales de cuarta categoría.

Además, no tienen gusto.

Toman el té levantando el dedo meñique y preguntan señalando con la mano enguantada el *boudoir* de caoba y bronce con tres lunas interiores formando vestidor que hay en su habitación:

—Esto es Luis XV, ¿no?

Y Carmina contesta mientras se apresura a cerrar las puertas, pues no le gusta que penetren en la intimidad de su ropa interior:

—Luis XVI.

La herencia también da para mantener tres criadas de verdad, incluida la cocinera, además del ama traída de San Cucau de Llanera que les ha proporcionado su médico, el doctor Gil.

—Está recién parida y tiene solo dieciséis años.

El ama ha dejado a su hijo en el pueblo comiendo únicamente fabes y arrastrándose por el suelo como un becerrillo, mientras la leche de sus pechos es para alimentar a la hija de unos extraños. Con el sueldo mantiene a toda su familia.

Y si se da la precisión de «criadas de verdad» es porque además están los jóvenes soldados traídos del cuartel que ayudan a poner la mesa, a servir, a hacer de chóferes

y a atender a los invitados cuando organizan alguna reunión.

Sara pateo como un caballo y se impacienta:

—Señorita, qué les digo a esos... hombres...

Las criadas se han acostumbrado, para todo lo doméstico, a preguntar a la señora. Al señor todo le va bien, mientras su ropa se presente impecable y sus camisas no tengan ninguna arruga. En sus largos tiempos de oficial soltero se ha acostumbrado a detectar la más pequeña imperfección. Claro que de él se ocupa su ordenanza Juanito Zamorano, que estará a su lado toda la vida, hasta el punto de que será él el que lo vestirá con su traje postrero.

Paco tiene siempre presente el consejo de su madre:

—Más que ser guapo, hay que ir muy aseado.

Carmina deja el bordado a un lado y se levanta suspirando:

—Vaya, había quedado con Dolores para ir a una subasta en Durán, la tendré que llamar para dejarlo para mañana. —Porque la mejor amiga de Carmen en Madrid es Dolores Roda, la mujer del coronel Campins—. Habrá que atenderlos. Sara, trae a la niña. —Y se vuelve a su marido—: Quédate así como estas... yo voy a cambiarme... que salga Zita también.

Porque Zita, de tan solo quince años, se ha quedado sola y vive con ellos. Isabelina se ha casado con el ingeniero Roberto de Guezala y Felipe dice que estudia para abogado en la Universidad de Oviedo.

Paco mira a su mujer. La serenidad que exhibía cuando era una adolescente se ha convertido en el aplomo de la dama segura de sí misma que tiene todas las cartas a su favor: un marido que ha llegado a lo más alto de su escalafón, una hija, dinero para llevar un tren de vida superior al de los demás militares y un futuro esplendoroso.

Un futuro que se hace esperar un poco más de lo que tenían previsto. Cuando volvieron de África creyeron que les aguardaba un destino más alto y que alternarían con el rey y la corte. ¡Si el rey le había enviado una carta a Franco en la que decía que era su mejor amigo! ¡Cómo amigo! ¡Hermano casi y salvador de la patria! Carmina la enseñaba con cierta displicencia a los invitados, como quien no quiere la cosa, y la leía en voz alta, ya que en ella don Alfonso alababa «las bellas páginas de la historia que estáis escribiendo con vuestras vidas y vuestra sangre». Y luego le hablaba a Paco directamente, de corazón a corazón, «te envío esta medallita de la virgen del Pilar rogándote que la lleves contigo, pues ella, tan militar y tan española, te protegerá». Pero lo mejor venía al final: «Un abrazo de tu amigo que ya sabes cuánto te quiere y te aprecia».

Pero ni la carta ni los sacrificios, ¡recordemos que Franco ha donado a la patria nada más y nada menos que un testículo!, han servido de nada. Y Carmina culpa a la reina y repite a su círculo de amistades:

—Es extranjera, ¡si ni siquiera ha aprendido a hablar español! Está casi siempre en Inglaterra con su madre, no le gustan nuestras costumbres, ni los toros, aquí solo se rodea de damas inglesas...

Dolores le da la razón:

—Sí, Carmina, piensa que si el rey se va con otras por algo será...

Pero aquí Carmina aprieta los dientes, porque no hay nada que le moleste más que hablar de temas sicalípticos:

—Es de mala educación —arguye, y sus amigas asienten sumisamente.

Los maridos de las amigas suelen ser oficiales que están bajo las órdenes de Paco.

El dictador Primo de Rivera no ha olvidado la comida a base de huevos que le ofrecieron en Marruecos ni el ruido de los percutores de las pistolas que le apuntaban, y le ha dado a Paco este destino importante, pero vacío de contenido, ya que los generales no tienen un papel directo en el mando de las brigadas, que se dejan en manos de los coroneles. Su coronel Campins, por ejemplo, es la eficiencia personificada. Diplomado de Estado Mayor, leal, trabajador, muy conciencioso, sigue como educador la línea de la Institución Libre de Enseñanza y la escuela militar francesa, que indican que no se puede ser un buen soldado siendo un ignorante. Franco le advierte:

—Cuidado, Campins, que la norma aquí y en Pompeya es que el que resiste gana.

Primo de Rivera es el primero en poner obstáculos a la relación de Franco con el rey, al que al final solo ve cuando lo acompaña o va a buscarlo a la estación en las ocasiones en que Su Majestad emprende un viaje oficial o de vacaciones. Alfonso XIII siempre le pega un abrazo con grandes palmadas en la espalda y mucho:

—Hombre, Franquito, un día tienes que venir a comer con tu mujer.

Pero la invitación nunca se concreta.

A veces Paco recorre cabizbajo el pasillo de casa con las manos a la espalda, moviendo los labios, y Carmina no sabe si reza o elabora un interminable memorial de agravios que nunca nadie escuchará.

Carmina sufre, porque le preocupa su marido. ¡Estudiarlo, procurar su bienestar, se ha convertido en el objetivo principal de su vida! Y ve cómo se acentúa su nerviosismo día a día. Tiene solo treinta y cinco años y esperan que lleve la vida de un militar al final de su carrera.

Claro que las noches son lo peor, y es que las noches las carga el diablo con recuerdos de la infancia, de la guerra y sucesos oscuros y tenebrosos de los que despierto no tienes memoria, pero que están ahí, agazapados en el interior, como tigres dispuestos a saltar encima de su presa.

Paco retrasa el momento de irse a la cama lo máximo posible. Siempre hay un artículo del periódico que leer, si va a la Gran Peña se demora acompañando a Pacón hasta su casa y le hace estar abajo largo rato disertando sobre la fuga de capitales al extranjero o la posibilidad de convertir el agua en gasolina. Si va con su mujer al cine, se empeña en volver a casa por el camino más largo con la excusa de hacer ejercicio, hasta que su mujer le suplica por Dios regresar:

—Es que los tacones me están matando, Paco, y son las dos de la mañana.

Porque por las noches, en la oscuridad de su habitación, el circunspecto Franco

que se muestra en sociedad como una persona agradable, serena, imperturbable y atenta con todo el mundo, el general invicto que impresiona a sus oficiales, se despierta gritando bañado en sudor:

—*Alla akbarh.*

Y también, las palabras odiadas del padre salen por su boca sin que él sepa cómo:

—*Akin mahal...* Guajira...

Y Carmina tiene que abrazarlo y decirle:

—No es nada, Paco... No te preocupes... estás en Madrid.

Es que el tranvía ha pasado por la calle y a Paco le recuerda el tableteo de una ametralladora. Se echa a temblar. Carmina lo abraza con fuerza, a él se le escapan unas lágrimas saladas, quemantes, que le mojan el cuello, y ella pasa interminablemente la mano por su espalda, calmándolo como se calma a los niños y a los animales:

—No es nada, Paco, tranquilo.

Carmina sabe que echa a faltar su cama de campaña y que el colchón le parece demasiado blando. Extiende una manta en el suelo, lo coge de la mano y poco a poco lo hace bajarse del lecho. Se acuestan los dos, pasa de nuevo un tranvía, los cristales de la ventana tintinean y Paco se pone a temblar con violencia, Carmina lo abraza, el hombre hunde su boca en el hueco entre su cuello y la clavícula e incrusta sus dientes en la carne, mientras su cuerpo se sacude, convulsionado. Su mujer comprende que está llorando y que hace esfuerzos por contenerse y le suplica:

—Paco, no pasa nada...

El suelo está duro, hace frío. La barba que empieza a brotar raspa como papel de lija. Carmina lo mantiene apretado contra ella; se le duermen los brazos, pero no lo suelta. Poco a poco el llanto violento se deshace en gemidos, el abrazo se vuelve blando y Paco al fin se queda dormido susurrando:

—Mamá, mamáña...

Su mujer lo arroja cuidadosamente.

Se levanta con los huesos doloridos y rehúye la mirada de su marido, que de espaldas a ella está sacando el uniforme del armario. Carmina recoge rápidamente las mantas para que las criadas no adviertan que han dormido en el suelo.

Nunca hablan de estos episodios, pero un día la mujer cambia la cama a una habitación interior.

Carmina se levanta del asiento mirando con ternura a este hombre que solo ella conoce. Paco ha dejado el libro y la observa también. A su mujer. La generala. La señora elegante que podría comer con la reina sin hacer mal papel, ¡si es que esa extranjera fría y altiva se molestase en invitarla, claro está! Pero no ve solo eso, sino a la asturiana que le enviaba cartas en la cinta del sombrero del marqués de la Rodriga, la estudiantilla que con su uniforme azul marino y su camisa blanca lo observaba en la iglesia con picardía. La muchacha que se arrancaba la corona de azahar y se quejaba de que le hacía daño. Y recordó, no ese corto momento de pasión

sexual, ¡ese instante en realidad le avergüenza un poco!, sino la mariposa que se posaba en la cortina de la habitación. Sonriendo, murmura:

—Volvoreta.

Carmina, entretenida en medio de la incesante actividad que está desplegando, poniendo bien aquí una figurilla, alisando la alfombra allí, sacudiendo los hilos que se han quedado pegados en su butaquita de terciopelo azul, colocando al desgaire sobre la mesa un tratado de filosofía de Sócrates, escondiendo una novelita rosa de Felipe Trigo, se detiene y lo mira. Ella también recuerda y se le ilumina el rostro:

—Volvoreta —repite Paco con los ojos brillantes—, volvoreta.

Carmina se rehace inmediatamente y le riñe con fingida severidad:

—Paco, qué cosas de acordarte ahora, ¡ya te daré yo volvoreta! Quédate ahí sentado leyendo como si no supieras que van a entrar esos hombres, y te levantas, los saludas y les ofreces una copa —luego se dirige a la muchacha—, y tú les quitas los abrigos y traes lo que te ordene el general... en la bandeja grande, la de plata

Y antes de irse, aún una última recomendación a la criada:

—Y no pongas las servilletas buenas de hilo bordadas, para los periodistas no vale la pena... trae las normales, las de cada día... ¡Y no te olvides de la botella de coñac aunque no la pidan!

Se va por el pasillo. Entran el periodista y un fotógrafo armado con una cámara. Traen con ellos el frío de la calle, olor a naftalina y a hombre que vive solo. Estrechan la mano de Franco apresuradamente, y el reportero le dice:

—Si le parece, hacemos antes la Kodak, porque este se ha de ir al *football*, que hoy juega el Sporting Club con el ídolo Meana.

Franco se encoge un poco aturdido y protesta:

—Hombre, vestido así, de estar por casa...

El periodista descarta con un gesto:

—Sí, claro, queda mejor, más natural, más humano. Así, ¿ve?, ponga la mano aquí y mire hacia la librería... Tú, Zapata, actúa...

A la velocidad del rayo, el fotógrafo coloca el trípode y se esconde tras un trapo mientras con la mano aguanta una lámpara:

—¡Quieto!

Un minuto, dos, la luz de magnesio deslumbra a Paco, que gira los ojos como un pájaro asustado, y la habitación se llena del mismo olor a pólvora de los morteros.

El grupo familiar, que estaba en la puerta esperando a que se terminara el complicado ritual de la fotografía, entra al fin. Carmina lleva a la niña en brazos, vestida con un traje de seda rosa que le han enviado del Taller Modesta de Oviedo, con la cabeza llena de tirabuzones negríssimos y una cinta de terciopelo rosa también. La madre, que se ha pintado los labios, arrima su cara a la de Nenuca, ¡los niños favorecen tanto! Zita, detrás, aún de medio luto, con un vestido morado que le queda algo corto y le aplasta el pecho, aunque tiene el cuerpo apelotonado todavía de la niña que no ha dejado de ser. Al fondo, la criada dispuesta a coger a Nenuca cuando la

señora se canse.

Franco inquiere con amabilidad:

—¿Qué tema le interesa? ¿Algún episodio de la guerra de Marruecos o la necesidad de crear una nueva escuela de la Armada?

El periodista se saca la colilla de la boca, la echa al suelo, la aplasta con el tacón y bloc en ristre interroga:

—¡Ca, hombre! ¡Yo vengo a hablar de su hermano Ramón! ¿No le gustaría emular su gesta? ¡Toda la familia debe estar muy orgullosa de él! ¡Cuénteme cómo era de pequeño! ¿Ya despuntaba para héroe?

Carmina pone los ojos en blanco y da un ruidoso suspiro.

Porque, ahora, el héroe de la familia, el famoso, el que llena portadas es Ramón Franco. Sí, el mismo Ramón que se tiraba de las sillas porque quería volar. El mismo Ramón que se mordía las uñas y que envidiaba secretamente a Paquito porque él también era chacal en Marruecos pero nadie recordaba su nombre.

Solo cuando decía:

—Ramón Franco Baamonde.

Alguno se percataba:

—Ah, ¿el hermano del africanista? ¡Estarás muy orgulloso del general!

Porque mientras a su hermano lo nombraban general, a él, que se había jugado la vida decenas de veces a bordo de su avión, lo nombraban «solo» comandante.

¡Pues ahora es a Paco al que le preguntan si está orgulloso de Ramón!

Su espíritu recorre el cuarto, donde Carmina se acaba de dejar caer sobre el sofá profundamente decepcionada, un espíritu con boina y alpargatas haciendo cortes de mangas a diestro y siniestro, graznando con su voz aguardentosa:

—¡Chúpate esa! ¡Que te jodan, Paquito! ¡Carmina, señoritinga de mierda!

Ya que el espíritu de Ramón seguro que es tan mal hablado, ordinario y tabernario como el propio Ramón de carne y hueso.

¡Porque al final el loco Ramón logró su loco propósito! Cruzar el Atlántico por los aires. Llegar desde Palos a Buenos Aires en siete etapas como un moderno Cristóbal Colón. Conmover al mundo, mover masas. Hacerse famoso.

Cuando se ve expuesto en el Museo Naval de Luján el *Plus Ultra*, el avioncillo en el que Ramón y sus compañeros, el capitán y piloto Julio Ruiz de Alda, el teniente de navío Juan Manuel Durán y el mecánico Pablo Rada realizaron su gesta, hecho artesanalmente de papel y alambre, parece imposible que la culminaran. Fueron veinte jornadas de expectación seguidas al minuto por la prensa española y sudamericana. En el periódico *ABC* copó la portada veinte de esos veinte días. Los cuatro salieron de Palos de Moguer en medio de una multitud enfebrecida que les gritaba como a dioses, y centenares de miles de personas los esperaban en la etapa final de Buenos Aires. Fue fiesta nacional, se lanzaron bengalas y cohetes, volaron palomas y las sirenas de los buques atronaron el aire.

En el trayecto hasta el hotel les arrancaron todos los botones del uniforme, a

Ramón le cortaron mechones de pelo hasta dejarlo casi calvo y a Pablo Rada se le dislocó el hombro de tanto estrechar manos.

A todos los niños que nacieron ese día se les puso el nombre de Ramón, y *La Prensa* bonaerense señala el hecho curioso de unos hermanos gemelos a los que se bautizó, a uno con el nombre Ramón Franco, y al otro, Pablo Rada.

El viaje estuvo lleno de suspense. Como en las buenas historias, hubo momentos en los que el avioncillo se dio por perdido y el aliento del país se detuvo al unísono del de esa madre doliente de Ferrol que subió cada día caminando hasta la ermita de la virgen del Chamorro con los pies en carne viva. En Cabo Verde se tuvo que soltar lastre y dejar a uno de sus hombres, Durán, por el peso excesivo. Se hicieron banderas, cromos, cuadros con los rostros de los cuatro aviadores, y hasta el cantante Carlos Gardel les dedicó un tango:

*Franco y Durán, Ruiz de Alda son geniales.
Los tres, con Rada, son inmortales.*

Cuando sobrevolaban las playas brasileñas las veían completamente negras, centenares de nativos salían a ver pasar el avión como si fuera un espectáculo de magia.

Ramón se convirtió en el español más famoso en décadas. ¡Ningún ser humano había conquistado el fervor popular del que gozó él!

A su regreso, el mismo rey se desplazó a Sevilla para recibirlos y le dio a Ramón un abrazo interminable procurando que los fotógrafos tuvieran tiempo de tirar una placa. Aunque en el acto el aviador iba de uniforme, enseguida fue a cambiarse para ponerse su boina calada hasta las cejas, el mono abierto sobre el pecho y alpargatas, repitiendo:

—No ha sido para tanto... No tiene importancia... en realidad no había peligro...

El dictador Primo de Rivera también quiso acaparar una parte de la gloria de los aviadores y los citó en su ciudad natal, Jerez. Pero Ramón, harto de homenajes, discursos y desfiles, lo dejó plantado y se escabulló con su Carmenchu a los barrios bajos, donde la policía tardó una semana en encontrarlos. Estaban en una venta con un grupo de gitanos bailando flamenco y se lo tuvieron que llevar casi a la fuerza, amenazándolo con encerrarlo si no se prestaba a participar en los actos que le habían organizado.

Tuvo que asistir en el Aeródromo de Cuatro Vientos al homenaje con condecoraciones que les ofreció el ejército, con el rey otra vez al frente, que le dio otro abrazo y le dijo:

—Por el renombre mundial que habéis alcanzado y por la hazaña que realizasteis, que perdurará en la historia.

Primo de Rivera, al que ese día se condecoraba con la Laureada de San Fernando por su labor en África, se tragó su orgullo y se le acercó para tratar, como se dice en

lenguaje actual, «de chupar plano», pero Ramón fingió no ver su mano tendida y lo despreció delante de cientos de personas. Se lo soltó al rey sin ambages:

—No me gustan los dictadores y no me gusta cómo ha tratado a mi hermano Paco. ¡Yo también estuve en Marruecos y también comí huevos en Ben Tieb!

¡El loco de la familia dando la cara por el sensato!

Cuando se enteró Franco, apretó los puños, pero no tuvo más remedio que armar trabajosamente en su cara una sonrisa de agradecimiento, que le costó tanto como si le arrancasen una muela.

En las reseñas entusiásticas del acto apenas se habla del general Primo de Rivera, y en cambio se elogia hasta el delirio la sencillez del comandante Franco, que sonreía a todo con ojos burlones y un gesto de ironía en los labios. Su sobrina Pilar lo describía como «un dios desenfadado, ajeno a todo, en cuya mente ya se forjasen nuevas aventuras».

Porque la gloria pesa demasiado. O es que quizás ajustarse al papel de héroe resulta sumamente aburrido para un aventurero nato como Ramón. ¡Porque él ya no se pertenecía a sí mismo, sino al país, tan necesitado de ídolos! Sus necesidades particulares no importaban. Lo seguían como a una estrella de cine o un torero, le rompían la ropa, tuvo que hacerse con diez pañuelos cada día porque se los tenía que regalar a sus admiradores. Carmenchu, en sus memorias, cuenta:

«Íbamos a Botín a cenar los dos y la gente se ponía de pie para aplaudirnos, tiraban ramos de flores a nuestro paso, nos regalaban dinero, cuadros, botellas de vino, necesitábamos llevar a personas a nuestro lado que transportaran todos los objetos... Cada día se acercaban cientos de personas a saludarnos, no podía comer, sintiendo tantos ojos pendientes de mis vestidos, de mis peinados, de cada gesto mío, no había forma de iniciar una conversación cualquiera sin que inmediatamente alguien viniera a interrumpirnos, tenía que ofrecer mi mano a decenas de personas que no conocía... estaba siempre malhumorada y harta del viajecito aquel».

Por aquel «viajecito» les pagaron 250.000 pesetas, con las que compraron un chalet en la calle Torrijos 36, donde se fueron a vivir con sus gatos, sus perros y su mono *Manu*. Y compraron también un Chrysler que conducía la propia Carmenchu.

Con él fueron por primera vez a Ferrol.

Porque la familia de Ramón fue arrastrada a un vaivén de popularidad demencial del que salieron aturridos; todo era como un sueño o una pesadilla. No podían salir a la calle, los seguían niños, periodistas, personas que querían tocar simplemente a la madre, el abuelo, la tía, los sobrinos de aquel nuevo descubridor que había hecho lo que nadie se había atrevido a hacer.

Pilar un día escribió asustada a Paco:

—Hijo, quieren poner una placa en casa dedicada a Ramón, ¡a mí no me gusta! Creo que ese día voy a ir a la virgen del Chamorro.

Paco rezongó, y la madre, secretamente, maniobró para que en la placa pusieran también el nombre de Paco y además en primer lugar.

La sobrina, Pilar Jaraiz, entonces con doce años, cuenta en su libro de memorias esa época de continuos sobresaltos, las multitudes siempre en la puerta de la casa de la calle de María, sin descanso para nadie, sin darles ni un momento de tregua. Pilar intentaba salir para ir a la iglesia y la multitud se subía a los bancos para observarla o hacerle preguntas sobre su hijo:

«Los periodistas, los curiosos no le dieron a mi abuela ni un minuto de descanso, no la dejaban ni rezar el rosario, la llegaron a tirar al suelo, toda esa tensión minó su salud, a partir de entonces empezó a padecer de insomnio y a encontrarse mal, ¡solo tardó ocho años en morirse!».

A pesar de todo, Pilar acogió a aquel hijo descarriado y a su mujer «la arrabalera» con gran cariño. Carmenchu, emocionada, confesó que «en todos los días de mi vida no he conocido a una mujer más buena, más cariñosa que mi suegra, fue como una segunda madre para mí... todo a su alrededor fue bondad, su único consuelo eran sus hijos. Monchín la quería profundamente, ¡era tan cariñoso con ella!».

Hasta al padre entrevistaron. A un Nicolás que dijo tranquilamente mientras tomaba un bock de cerveza en la tasca de al lado de su casa:

—El más inteligente de mis hijos es Ramón; Nicolás es un petardista y Paco es el tonto de la familia.

Carmenchu dio una entrevista a la revista *Estampa* con abundantes fotografías de Zapata en las que se mostraba «su belleza muy femenina, con ojos dulces y melancólicos a la vez», y en la que declaraba:

«Monchín es el hombre más bueno y más noble del mundo, ¡me adora! Para él primero estoy yo y después la aviación».

Mientras que su cuñada Carmina manifestaba en la misma revista:

«Para mi marido primero está África y después yo».

A la mujer del general Franco le dedicaron cuatro páginas y a la mujer del comandante Franco, seis. Estaba claro quién era la estrella.

Una estrella tan destructiva como un maremoto. Todos se vieron arrastrados por esa ola incontenible que los aplastó. ¡Y todos se hartaron!

El que más, Ramón.

Se creció, se volvió vanidoso e intratable, se creyó por encima incluso del rey y del dictador, no acudía ni siquiera a que le prendieran las condecoraciones, prefería ir con sus amigos obreros sin ocupación conocida, gitanos, rufianes, contrabandistas, a cenar a una taberna. De sus compañeros de aventura solo se trataba con el mecánico Pablo Rada. En los hoteles la pareja se convirtió en una leyenda. Rompían camas, tiraban los muebles por el balcón y por las mañanas las camareras los encontraban a los dos (en ocasiones con mujeres u otros hombres) metidos en la bañera durmiendo con grandes ronquidos, la habitación en desorden con billetes de banco tirados por el suelo, botellas rotas, manchas de sangre, condecoraciones aplastadas por algún pisotón violento y un retrato del rey lleno de salivazos.

Ramón decía:

—Me he hecho revolucionario.

No había forma de detenerlo, ya que la gente lo adoraba.

Al final cruzó la línea insultando públicamente a Primo de Rivera y no tuvieron más remedio que arrestarlo. Estuvo un mes en una prisión militar, el castillo de Badajoz, en secreto, porque si la multitud lo hubiera sabido hubieran asaltado el cuartel y Badajoz entero. Pero la censura solo funcionó en España, la noticia salió en la prensa mundial, y el rey, asustado por el escándalo, lo indultó, aunque un furioso Primo de Rivera, que ya veía tambalearse su prestigio, manifestó que si se repetían los hechos no tendría piedad.

Los hermanos, Paco y Colás, unieron sus fuerzas para tratar de apaciguar al revoltoso.

No sirvió de nada.

A Colás le dijo:

—¡Déjame en paz! Yo soy más famoso que el rey y que Primo, ahora voy a dar la vuelta al mundo en avión. ¡Anda y chúpate esa!

Y también le recomendó a este hermano sibarita que se hacía los zapatos a medida acolchados por dentro para estar más cómodo:

—Ponte al lado del pueblo, ¡tenemos que compartir con ellos su sufrimiento!

A Paco trató de decirle lo mismo:

—La monarquía tiene los días contados, tienes que sumarte a las fuerzas revolucionarias. ¿No te das cuenta de que esta gente, el rey, Primo de Rivera, en el fondo nos desprecian porque no somos de su clase?

Franco apretó los labios porque en realidad pensaba lo mismo, pero no podía darle la razón a su hermano. La madre se lo había suplicado, con esa mezcla de ternura y perspicacia que es patrimonio de las mujeres gallegas:

—Paquito, no le llenes la cabeza con humo, que baje de las alturas y que aprenda a ser una persona corriente.

También tuvo que morderse la lengua cuando Ramón le dijo:

—¡Hoy se es más patriota siendo republicano que siendo monárquico!

Pero Paco sí echó mano de toda su flema galaica para advertirle:

—Ramón, a ti lo que te pierden son las ganas de provocar, ¡desde que éramos niños! La hazaña que has conseguido no volverás a igualarla jamás, aunque vivas mil años; deja de perseguir sueños locos y acomódate a tu vida de militar, ¡admite que has llegado a lo más alto! Lo difícil viene ahora, pero tú eres lo suficientemente hombre para adaptarte a las circunstancias.

Y lo cierto es que la madre tuvo razón, porque todas las aventuras insensatas que intentó posteriormente acabaron en rotundo fracaso.

Paco también le dijo por su cuenta algo que la madre no le había aconsejado:

—Y hazme caso, Ramón, sepárate de Carmenchu. Y te digo que te separes porque en realidad estoy seguro de que vuestro matrimonio no es válido, si no nunca te conminaría a hacer algo que violenta de tal forma mi manera de pensar.

Ramón iba a protestar, pero Paco alzó la mano:

—Espérate, escúchame. Puedes anular tu matrimonio delante del papa arguyendo múltiples motivos, puedes si quieres pasarle una pensión, déjale la casa y el coche, pero esa mujer te hundirá hacia el pozo, no te recibirán en ningún sitio, no podrás nunca estar con nosotros, la gente de tu casta. ¿Quieres vivir siempre como un paria, tú que eres el hermano que ha realizado la proeza más importante?

Y Ramón tomó la palabra y por un momento pareció hablar sinceramente, con hondura de hombre de bien:

—Paco, te entiendo y te lo agradezco porque sé que lo haces desinteresadamente... Pero yo no puedo coger a Carmenchu y desecharla como si fuera un objeto inservible, tirarla al mar como si fuera una botella vacía... Mala o buena, ella se ha entregado a mí, se ha puesto en mis manos y voy a tener que vivir con esa carga hasta que me muera.

El hermano intentó argumentar, pero Ramón lo cogió de la solapa de la chaqueta y le dijo:

—Si lo hiciera sería menos que un hombre, menos que una mierda, menos que nada...

Paco le dio un abrazo y no quiso que le notase la compasión que lo embargaba. Después, cuando Carmina lo riñó por no haber sido más duro con él, contestó ceñudamente:

—¡Qué quieres! ¡Me daba pena!

La pena hubiera desaparecido de golpe si se hubiera enterado de que en realidad Ramón los había engañado a él y a todos, porque tenía una amante en Barcelona, Engracia Moreno Casado, «la chacala», sirvienta de profesión, que acababa de darle una hija, Ángeles.

Mientras Carmenchu declaraba en las revistas que no había un hombre más bueno y más noble que su Monchín, este hacía vida marital en Barcelona, en la calle Pi y Molist número 2, con su «mujer», su «suegra» y en ocasiones con el antiguo amante de su «mujer», un tragasables llamado Kanisca, y reconocía a su hija Ángeles Franco Moreno en el Registro Civil.

Fingía que iba a Barcelona para contactar con grupos revolucionarios.

Carmenchu declaró años después:

—Lo que más me dolió no fue el engaño, sino que aquella mujer le hubiera dado un hijo, lo que yo no pude hacer... Y que me dijera que en realidad nunca me había querido, que yo solo había sido una muñeca para él, su capricho, el juguete que solo da un instante de placer de vez en cuando, y que su verdadera mujer era Engracia...

Pero sus hermanos todavía no lo sabían. Para Paco era su hermano pequeño, atolondrado, bribón, pero de buen fondo, lo que no es óbice para que le resultara sumamente incómodo moverse por Madrid con todo el mundo preguntando por él. Por la calle llegaron a gritarle:

—¿Pero cómo siendo general ha permitido que lo encarcelen?

Y también.

—¿Es cierto que su hermano va a intentar dar la vuelta al mundo en un avión llamado *Numancia*? ¡Ya no hay hombres como él!

Carmina se lo dijo:

—Paco, estamos todos tan consumidos como si fuéramos nosotros los que hubiéramos cruzado el océano, ¡pero a nado!

Y Nicolás también lo llamó de Valencia:

—En la naviera los hombres se insubordinan, y si los castigo, se encabronan porque mi hermano piensa como ellos.

Hasta Pila le llamó, asustada:

—Me han dicho que Ramón quiere manifestarse por la calle delante de tu casa y de la mía con sus amigos desharrapados.

Y aun le preguntaba, preocupada:

—Oye, ¿y esa manía de ponerse boina?

Así que Franco vio el cielo abierto cuando Primo de Rivera lo llamó a su despacho y le comunicó:

—General, vamos a aunar las cuatro academias militares en una sola, queremos hacer un ejército moderno, y usted va a dirigirla. No crea que me he olvidado de... ciertos episodios, pero Su Majestad insiste en imponer su nombre, y yo estoy de acuerdo.

Paco tuvo la audacia de proponer:

—Me gustaría que estuviera en El Escorial, como Felipe II.

Y Primo repuso, contento de poder llevarle la contraria:

—¿Para que estén los cadetes de permiso todo el día en Madrid yendo de putas? ¡Ni borracho! He decidido ponerla en Zaragoza.

Cuando se lo contó a Carmina, esta le preguntó:

—Paco, esto ¿es un ascenso?

Su marido casi se ofendió:

—Claro, Carmina. Voy a ser el militar más importante de España.

Ella lo cortó con sequedad:

—Ahora ya lo eres, Paco.

Se llevó a Zaragoza a los imprescindibles, al coronel Campins como subdirector y segundo jefe para que dirigiera el equipo de profesores y elaborara los programas del próximo curso, al primo Pacón como ayudante personal y también como profesor, y a Camilo Alonso Vega como instructor militar. Las disposiciones de Franco fueron muy simples:

—No quiero novatadas, ni sífilis, ni militares sietemesinos y entecos... Hidalguía, profilaxis y deporte.

Todo se hizo con prisas. El plan era que Carmina se quedara unos meses en el piso de la Castellana mientras Franco vivía en el viejo cuartel del Carmen, donde no tenía ni calefacción. Pero Carmina no pudo aguantar ni unas semanas sin su marido,

cogió a Nenuca, al ama, a las criadas y a su hermana Zita, una chica alta y guapa que ya cosía su ajuar «por si acaso», y se instaló en un piso en la calle Joaquín Costa. Allí Vicente Gil, el hijo del médico de la familia Polo en Asturias, el doctor Gil, que iba a estudiar en la academia, le hizo a Nenuca la primera fotografía que se conoce de ella: con un abrigo blanco, de piel, mira sonriente a ese chico simpático que le está haciendo una placa con una máquina de cajón que le había costado siete pesetas.

En cuatro meses de trabajo frenético, con brigadas que trabajaban cuatro turnos diarios, levantaron el cuartel en el campo de San Gregorio, los edificios, el campo de tiro y de maniobras, se elaboraron los cuestionarios y el 4 de octubre de 1928 la Academia de Zaragoza abrió sus puertas. De 785 solicitudes, solo se aceptaron 215. Los exámenes eran anónimos para evitar el viejo vicio tan español del enchufismo. Únicamente los hijos de los muertos en combate fueron aceptados sin necesidad de pasar ninguna prueba.

Se les aclaraba mientras se rompía su hoja con el cuestionario:

—No le aceptamos aquí por méritos propios sino por los de su padre, que ha dado la vida por España.

Como es natural, los alumnos salían de las salas de exámenes impresionados y llorando. El primo Pacón contaba que «a pesar de su baja instrucción, se convirtieron en buenos oficiales y casi todos pagaron la deuda que habían contraído con la patria cayendo en nuestra gloriosa guerra de liberación».

Las cifras, frías como los ojos de las estatuas, pero certeras, dan prueba del alto tributo que pagó la academia en los tres años de guerra civil: de 700 oficiales, sobrevivieron 442, de los que cuatro obtuvieron la preciada Laureada individual de San Fernando y diez ascendieron por méritos de guerra. También hay que resaltar que el 95 por ciento de la oficialidad que salió de la Academia de Zaragoza se alineó al lado de las tropas nacionales.

La apertura del curso y de la academia la presidió el dictador Miguel Primo de Rivera, también con lágrimas en los ojos. Porque entre los cadetes tuvo la emoción de ver los rostros juveniles de sus sobrinos Fernando y Federico Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, hijos de su hermano Fernando, muerto en Monte Arruit en acción de guerra. Ambos muchachos tenían, sin embargo, los días contados. Tardarían tan solo ocho años en caer frente a un pelotón de ejecución en la zona militar de la cárcel Modelo de Madrid. El periódico *ABC* del 28 de septiembre de 1936 traía la noticia de que «se ha cumplido la sentencia».

También a Primo le quedaba muy poca vida política. Tan solo dos años después el rey le pediría amablemente su renuncia. El país caminaba hacia el desastre económico, se sucedían las huelgas y los atentados y Primo había perdido el apoyo hasta de las clases acomodadas, su principal soporte, que se apresuraban a sacar su dinero fuera de España y a pedir su renuncia.

Pero Franco seguía a rajatabla la norma de no meterse en política, y la Academia de Zaragoza era un microcosmos en el que imperaba la disciplina más absoluta. Por

primera vez en su vida, y también última, viajó por Europa para conocer otras academias militares. En París el embajador Quiñones de León trató de llevárselo a lugares de diversión nocturna, «a un cabaret tan elegante donde puede ir incluso nuestro rey», a lo que repuso Franco:

—Hace tiempo que dejé de pensar que lo que hace el rey es digno de ejemplo. Déjese usted de cabarets y de vicio y lléveme al Museo del Ejército que quiero ver la tumba de Napoleón Bonaparte. Si no, llamaré a Maginot, que dijo que me acompañaría con mucho gusto.

Porque el ministro de Guerra Maginot había estado en Zaragoza y había realizado grandes elogios de la academia y del mismo Franco.

Quiñones tuvo que resignarse, y después comentó:

—*Cet homme est un espèce d'imbécile.*

Lo dijo en francés porque llevaba toda su vida viviendo en París y porque era un hombre educado.

¿Que el rey no era ejemplar? Pues el primer punto del decálogo del soldado, elaborado por el propio Franco, decía: «Tener gran amor a la patria y fidelidad al rey». Y cuando fue el príncipe de Asturias, raquítrico, con las hechuras de un niño, pálido y tartamudo, a presidir una ceremonia, Franco no tuvo empacho en saludar al «futuro rey de España, al que serviremos con la lealtad a que nos obliga nuestro juramento».

Claro que ya nadie, ni siquiera el propio rey, ¡ni siquiera el pobre don Alfonsito!, se hacía muchas ilusiones acerca del cariño o de la fidelidad de sus súbditos en general, o del ejército en particular.

Franco le comentó con desprecio a su mujer:

—Si no fuera porque Ramón es un loco y un botarate, pensaría que tiene razón. —Porque el hermano continuaba conspirando, alocado e incontenible, esta vez con grupos anarquistas—. La sangre borbónica está putrefacta.

Y después miró con satisfacción a su hija, morena, graciosa, sana como una gitanilla.

Ay, no, que eso de gitanilla no le gustaba a su mujer, que aspiraba a que Nenuca fuera una princesa. En realidad, la propia Carmina ya se sentía reina en la pequeña corte aragonesa que se fue organizando a su alrededor y que le rendía pleitesía porque representaba a la primera autoridad de la región. El barón de Mora, Luis Franco de Espés, le hizo una entrevista en esos días en la que se mostraba embelesado con «esta bella compañera del general que luce su figura estilizada de suma delicadeza, acariciada por sutiles vestiduras negras adornadas con el mantoncillo de manila negro y sedño», lo que nos recuerda los interminables lutos de aquella época, ¡al fin y al cabo, el padre de Carmina llevaba dos años muerto! Su voz también merecía arrebatados elogios, «templada en el mimo arrullador de la brumosa y linda ciudad que la vio nacer». Las declaraciones de Carmina no tenían tampoco desperdicio. Si se le preguntaba por los principales defectos de su marido, contestaba: «Le gusta

demasiado África y estudiar unos libros que no comprendo»; si cuál era su principal afición, decía, «¡la música!», quizás refiriéndose a la zarzuela favorita del general.

*Costas las de Levante,
playas las de Lloret.*

Y si se le inquiría sobre lo que odiaba más ella, respondía sin dudarle: «¡A los moros!».

En ese momento el general en persona entró en la habitación quejándose delante del periodista-aristócrata de no tener tiempo para practicar su gran afición de la infancia, la pintura, lo que provocó que una ruborizada Carmina le llevara la contraria:

—Paco, sí que pintas, muñecas de trapo para Nenuca.

El periodista-barón se atrevió a preguntarle al general cuál era su escritor favorito, y Franco recordó al gallego loco «de las barbas de chivo», según lo describía Rubén Darío, que frecuentaba la tertulia de don Natalio Rivas y contestó:

—Ramón María del Valle-Inclán.

Qué podían tener en común el insigne escritor que perdió un brazo de un botellazo de Manuel Bueno, vociferante, duelista, agresivo, ataviado con capa, chalina y polainas aun en verano, el autor del primer libro sobre un dictador que sembraba el terror y la opresión para perpetuarse, *Tirano Banderas*, y el general Franco, a estas alturas del libro no podemos explicarlo.

La casa fue amueblada también con gusto, y Carmina, aquí ya doña Carmen, empezó a organizar unas tertulias a las que acudían prestamente aristócratas locales, políticos de paso, fuerzas vivas, algunos oficiales a las órdenes de su marido con sus mujeres, como Camilo Alonso Vega, que se había casado con Ramona Rodríguez, asturiana como ella e hija del ganadero más importante de la región, y seguía la amistad con Dolores Roda, la mujer de Miguel Campins.

Carmen se burlaba cariñosamente del acento de Dolores:

—Uau, uau, parece que ladres.

Dolores se callaba, al fin y al cabo general era más que coronel... de momento.

También acudían algunos hombres solteros destinados en Zaragoza. Entre todos destacaba Ramón Serrano Súñer, un abogado del Estado alto, elegante, culto, algo frío pero atractivo, al que las chicas casaderas de Zaragoza llamaban «jamón serrano» por lo rico que estaba. Era hijo de un ingeniero de caminos muy adinerado, había sido premio extraordinario fin de carrera y llegó a ser abogado del Estado cuando todavía era menor de edad. Iba todos los días.

La primera vez Carmina le había preguntado:

—¿Qué te apetece tomar? —señalando el servicio de té completo que estaba sobre la mesa.

Y Serrano le había contestado con un brillo malicioso en los ojos:

—¿Te puedo decir la verdad? —Al asentir ella, expectante, le había dicho—: Lo que más me gustaría sería una jarra de cerveza La Zaragozana.

Y cada tarde, la criada le llevaba una jarra con la popular cerveza en una bandeja.

Se sentaba en una butaca, encendía un cigarrillo y permanecía largas horas con las piernas cruzadas balanceando un pie calzado con un zapato de cordones traído de Inglaterra mientras echaba el humo lentamente por la nariz. Paco sentía una extraña fascinación por este hombre, tan distinto a él. Entraba en casa preguntando a la criada:

—¿Ha venido hoy don Ramón?

Si contestaban afirmativamente, entraba en el salón sin pasar por su despacho frotándose las manos y continuando una conversación en el mismo punto que la habían dejado el día anterior:

—Hombre, Ramón, precisamente acabo de recibir la revista de le Entente Internationale Anticomuniste de Ginebra en la que se explican los planes de la Unión Soviética respecto a España; ya sabes que esta gente tiene tentáculos en todas partes...

Le dejaba su capote a la criada y buscaba la revista:

—En Marruecos ya están asentados, porque aquí ya explica que detrás de Abd el Krim estaban los miembros del Komintern. En la península lo primero de todo serán las universidades y los obreros en paro...

Serrano intentaba protestar con un gesto elegante de su mano pálida, pero Franco lo detenía:

—No, no, espera, Ramón, hay pruebas de que ya lo están haciendo en las cuencas mineras y en las fábricas textiles catalanas... y...

Y aquí intervenía Carmina con sutileza, dirigiendo una mirada de complicidad a Ramón Serrano Súñer:

—Pero, Paco, deja que Ramón te conteste.

Franco se echaba a reír y hacía un gesto de rendición, y Serrano se adentraba en un complicado paralelismo entre la situación española y la Alemania previa a la guerra mundial, y hablaba del jefe de Gobierno italiano, Benito Mussolini, y del líder del partido nazi alemán, Adolf Hitler, porque era un hombre muy leído, apasionado de la política, que detestaba al dictador y sin embargo era un buen amigo de su hijo José Antonio Primo de Rivera, que había sido compañero suyo en la Facultad de Derecho de Madrid. José Antonio era un abogado con unas peculiares ideas en lo social y un gran admirador de los movimientos fascistas europeos. Serrano decía:

—Desengáñate, general, el pueblo no quiere la libertad, lo que quiere son buenos amos.

Y Sainz Rodríguez corregía a Serrano:

—Eso no lo ha dicho José Antonio, sino Julio César.

Porque Sainz Rodríguez era también un visitante del hogar de los Franco en Zaragoza, ya que tenía una medio novia aragonesa, lo que no era óbice para que por

las noches se fuera a las casas de lenocinio que estaban en la calle de la Verónica. Cuando Carmina se quejaba de este comportamiento, Zita comentaba entre risitas:

—Es que el pobre es tan feo que quién lo va a querer...

Su hermana le dirigía una mirada de reconvención, y Zita se tapaba la cara con las manos, mientras Serrano lo observaba todo con una semisonrisa que le atravesaba la cara al bies.

Gran conversador, el catedrático aprovechaba para contarles que la semana anterior había ido a comer a casa de los Primo de Rivera en Madrid, un hogar sin madre, ya que el dictador se había quedado viudo cuando sus hijos eran niños. La mesa la presidía la típica hermana solterona, la terrible tía Ma:

—José Antonio le dijo a su padre que ese anteproyecto de constitución que quiere elaborar para hacer el paripé era una mariconada. La tía Ma se ha horrorizado con la palabreja y el padre ha enviado al hijo a su habitación sin postre. ¿Y sabéis lo que ha hecho José Antonio? Se ha levantado, pero en la puerta se ha vuelto y ha dicho: es igual, total no quería postre.

La gracia de la anécdota era que José Antonio, en esa época, ya tenía veintiséis años y bufete propio.

Como a sus primos, los hijos de Fernando Primo de Rivera, le quedaban ocho años para morir. En realidad, en esa fecha se iba a cumplir la vida de muchos de los que aparecen en este relato.

Serrano reía pocas veces, sonreía mucho y su mirada era soñadora y perspicaz a la vez, como si fuera poseedor de un secreto cautivador y maravilloso.

Carmina se ruborizaba cuando Ramón llegaba a su casa porque creía que estaba enamorado de ella. Sin darse cuenta se iba a mirar al espejo del pasillo y se ponía a cantar, hasta que un día creyó sorprender la mirada biliosa de su hermana Zita y a partir de ahí empezó a hacer esfuerzos ímprobos para que no se le notase. Pero los días en que sabía que Ramón iba a ir, extremaba su arreglo, se pintaba los labios y se rizaba el pelo con tenacillas para parecerse a Clara Bow hasta que la casa entera se llenaba de olor a cuerno quemado.

Si una tarde el abogado no aparecía, estaba malhumorada, contestaba desabridamente, reñía a su hermana por el motivo más nimio:

—Ya has vuelto a cogerme las perlas de mamá. ¡Las perlas son solo para las casadas! ¡Tú solo puedes llevar las perlitas de río que te regalamos por tu santo!

Paco la miraba con asombro:

—Carmina, ¿qué te pasa? ¡No pareces tú!

Y no le preguntaba si estaba embarazada porque sabía que tal cosa era imposible.

Se acostaba desvelada y ardiente. Paco, a su lado, leía un resumen del *Mein Kampf* de Hitler con ciertos gruñidos de desaprobación. La transcripción estaba en francés y a veces le tenía que preguntar a su mujer el significado de una palabra.

—¿*Le monde cherche un patron*, qué quiere decir, Carmina?

Y su mujer le contestaba con brusquedad:

—¡Yo qué sé!

Porque se estaba imaginando junto a Serrano en la misma escena de amor que en el cine había protagonizado Marion Davis en un pajar, aunque cuando se levantaba, por las mañanas, miraba a su marido sintiéndose muy culpable e iba a confesarse:

—Me acuso de haber tenido malos pensamientos.

El sacerdote quería saber cuáles eran estos malos pensamientos con bastante detalle y Carmina relataba apresuradamente:

—Un hombre... al que conozco y yo estamos en una era y él me da un empujón y sale la palabra fin... Soy casada...

El sacerdote, que sabía perfectamente quién era la pecadora, quedaba algo decepcionado, pues esperaba escenas más ardientes de una señora forastera, y la despachaba ahogando un bostezo con media docena de avemarías y dos padrenuestros.

Se decía a sí mismo mientras abría el devocionario:

—Bah, tanta importancia tanta importancia, total para tener los mismos pecados que las de aquí.

Una tarde de invierno llegó Serrano más pronto que de costumbre a la casa de la calle Joaquín Costa. No había nadie, Paco todavía no había salido de la Academia y Zita había ido al cine con la institutriz y unas amigas. Carmina lo hizo pasar a su gabinete diciéndole:

—Aquí estaremos más confortables, ¡hoy hace tanto frío!

Era un cuarto coqueto, íntimo, que daba al jardín trasero, con una mesa camilla en la que el brasero perfumaba el ambiente con olor a resina. El viento del Moncayo estremecía las hojas de la ventana y un sutil visillo de gasa temblaba como un velo de novia.

Se sentaron. Al unísono levantaron las faldas de la mesa camilla y pusieron las piernas al lado de los carbones. Juntas. En la oscuridad. El pie del uno al lado del pie de la otra. Carmina dejó al descuido una mano encima de la mesa. Se acababa de comprar un anillo de esmeraldas y creía que el verde de las piedras volvía su piel más blanca y deseable. La otra mano se la llevó a la garganta.

Abrió los ojos, dejó caer las pestañas. Los segundos se alargaron interminablemente. Uno, dos, tres...

Cuatro, cinco, seis.

De pronto Serrano pareció decidirse y, sin dejar de mirarla, aplastó su cigarrillo contra un cenicero, sacó las piernas, se medio incorporó en la silla y cuando Carmina ya iba a interpretar la escena soñada en tantas noches de desvelo y zozobra, el hombre le ahorró un momento de ridículo que seguramente no hubiera olvidado en la vida, diciéndole con cierta premura:

—Carmina, estoy enamorado de tu hermana Zita y quiero casarme con ella.

Con la mano que tenía en el cuello se aferró su propia garganta como queriendo estrangularse a sí misma, y Carmina emitió un:

—Oh.

Tan solo eso. ¿Se dio cuenta Serrano de la terrible equivocación de la mujer? ¿Había hablado antes de que la otra dijera palabras que nunca podrían borrarse?

Es posible. A sus veintinueve años tenía fama de mujeriego y era un fino psicólogo y hombre de sociedad.

También era ambicioso.

Quizás incluso detectó ese chispazo acerado de odio que por un momento alumbró las pupilas de la mujer despechada.

Carmina carraspeó y dijo con frialdad.

—Eso habría que hablarlo con Paco, ya sabes que es el hombre de la casa porque no tenemos padre...

Y haciendo un esfuerzo enorme para reponerse, le dijo, esta vez con más calidez:

—Yo, por mi parte me alegro, Ramón, y si no te importa me retiro que me duele la cabeza... Si quieres algo toca la campanilla... Paco está al llegar, no te levantes, no te molestes...

Pero ya Serrano se había puesto en pie y se había inclinado ante ella con galantería diciéndole:

—Mejor paso al salón, ¿no?

Y Carmina creyó apreciar un tonillo burlón cargado de picaresca mundana en este comentario que encendió sus mejillas y le hizo balbucear:

—Como quieras. Aquí suelo recibir a las visitas también, ayer estuvieron Miguel Campins y Dolores, y el padre Gómez, ¡aunque no lo parezca, es una salita muy concurrida! —Intentó una breve carcajada que sonó como un disparo—. El salón ya sabes dónde está... ve tú mismo, como si estuvieras en tu casa...

Aunque la obligaran bajo amenaza de garrote vil, no podría recordar luego las palabras absurdas que habían salido de su boca, ¡más que salido, vomitado!, porque solo podía pensar en el tremendo planchazo que se había estado a punto de dar. Y la enorme decepción que la devoraba a dentelladas. Cuando llegó a su cuarto, se tiró sobre la cama y apartó la colcha a manotazos buscando el frío de las sabanas de hilo, aplastando la boca contra la almohada:

—Qué tonta soy, la quiere a ella. ¡Esa mosquita muerta! ¡Qué engañados nos tenía! Espero que no se haya dado cuenta de nada, ¡qué burra! —Pero la imaginación, esa «loca de la casa», según santa Teresa, le dictaba otros pensamientos atroces—. Quizás se casa con mi hermana para estar más cerca de mí, quizás me quiere pero sabe que soy una mujer prohibida... esas miradas no me engañan, me desea, ¡sé que me desea!

Frases extraídas de las novelas eróticas de Felipe Trigo que leía a escondidas se mezclaban con sus pensamientos verdaderos «... en el éxtasis de un puro beso de luna entre jazmines... beso, beso es lo que quiero... la mujer se resguardaba un seno con un pedazo de sábana, si, así, así... en el hotel de vicio y bohemia, la exvirgen rubia del burdel... yo soy casi virgen, casi exvirgen, ¿qué soy yo? Senos, éxtasis,

amante desdichada, burdel, vicios...».

Bajó la mano, el vestido de seda se le había metido entre los muslos, sin darse cuenta empezó a rozarse, a acariciarse, la otra mano subió hasta su pecho, se agarró el pezón, se lo masajéó y sintió cómo se escurría toda, cómo se hacía agua, los pequeños latidos como si tuviera otro minúsculo corazón ahí abajo, en esa zona ignota que solo había palpado a ciegas mientras se secaba y que no sabía cómo era.

Cuando su marido llegó y encendió la luz, dio un largo quejido de espectro. Se apoyó en el codo guiñando los ojos; él la vio enrojecida, con las marcas de las iniciales bordadas en el cojín, una F y una P, marcadas en la mejilla y el pelo sudado pegado a la frente y le dijo alarmado:

—Carmina, ¿estás bien? ¿No te levantas para cenar?

Y ella le contestó tapándose con la sábana:

—Tengo jaqueca, cenad vosotros, ya hablaremos mañana.

Se fija la boda, pero, como en el caso de Paco y Carmina, no deja de aplazarse, porque los acontecimientos se suceden con velocidad vertiginosa. Primo de Rivera le entrega el poder a su sucesor, el general Berenguer, y no le queda otra que irse a París a morir triste y olvidado.

Es entonces cuando desfilan por fin de curso los cadetes adiestrados por Franquito delante de Berenguer y del rey, forman irreprochablemente, pero todo tiene el aire crepuscular de una época que se acaba. Nadie quería a Primo de Rivera, pero tampoco quiere ya nadie a Berenguer, porque nadie desea volver a la España de 1923; en realidad, los españoles al que no quieren es al rey, ¡la monarquía es un régimen que ya ha caducado!

Mola, que también presencia el desfile de Zaragoza como director general de Seguridad, siente admiración:

—¡Qué gran trabajo ha hecho el general Franco! ¡Qué diferencia estos oficiales de aquellos enclenques melenudos y plagados de lacras fisiológicas que conformaban antaño el Ejército español!

Y a la hora del aperitivo, en un aparte, le dice a Franco sin que nadie lo oiga:

—La disciplina la tienes que imponer en tu familia también... Debes controlar a tu hermano Ramón... ¡Si no fuera tu hermano lo hubiera metido en la cárcel! ¡Tengo razones suficientes!

Porque uno de los luchadores antimonárquicos más activos es, ¡cómo no!, Ramón, el hermano chiflado, excesivo en todo, hasta para odiar.

Esa noche un Paco muy intranquilo le escribe una carta pidiéndole que frene «en el camino que has emprendido y que te llevará al desastre...», le advierte de que «te pueden sancionar por tus actividades subversivas», y luego apela al sentimiento familiar, recordando a la madre doliente en Ferrol que le escribe cartas angustiosas, «piensa un poco en todo esto, querido Ramón, y perdona que el primero por ti, y segundo por el disgusto tan grande que mamá sufre con tus cosas y que compartimos los demás, te escriba en este sentido. Te quiere y te abraza, tu hermano Paco».

Ramón le contesta a vuelta de correo quejándose, porque el hecho de que la familia le confiese su disgusto le parece una acción intolerable, le conmina a que abandone al rey y se pase a las filas republicanas, y termina con una rotunda reafirmación, «hago y seguiré haciendo lo que quiero, siempre haré lo que me dicte mi conciencia», y aquí le da un puyazo directo a su hermano, «menos aristocrática y más ciudadana que la vuestra. Te abraza tu hermano Ramón».

Un Ramón que sigue más enardecido que nunca, multiplica sus actividades, no tiene ni un minuto de reposo, conspira, los anarquistas italianos le enseñan a fabricar bombas, hace nuevos adeptos, lanza proclamas, no le tiene miedo a nada porque su impunidad se la proporciona su aureola de héroe, pero al final es de nuevo detenido y conducido al viejo caserón de prisiones militares. En esta ocasión el rey deja muy claro que no va a haber indulto. Paco va a verlo y sale meneando la cabeza:

—No hay nada que hacer, es un caso perdido.

Y, como todos los que tienen hermanos rebeldes, dice:

—¡Son las malas compañías! —Aunque añade su marca de fábrica—. Los masones le han lavado el cerebro.

Pero antes de abandonar la prisión y coger el coche tiene unas palabras con un celador y un sobre cambia de manos.

La multitud intenta tirar abajo las puertas de la prisión para sacar a su ídolo, todos los días se organizan desfiles y la prensa pide su libertad. Al cabo de un mes y medio, Ramón, con la ayuda en el exterior de su mecánico Pablo Rada y quizás con la complicidad de sus carceleros, se escapa por la capilla de la cárcel y pasa a la clandestinidad. Paco le dice a su madre:

—Prefiero no saber dónde está, porque tendría que denunciarle —aunque añade—. Si se pone en contacto contigo, socórrelo y yo te lo reintegraré.

Quebrantada, Pilar no se ve con ánimo para contestarle, pero dentro de su inmensa pena tiene la satisfacción de pensar que, pese a las enormes diferencias que los separan, sus hijos están unidos por un indestructible amor fraternal.

Quizás dialogue en su interior con el padre ausente, al que hace veinte años que no ve, para decirle con humana jactancia:

—Pues no lo he hecho tan mal.

Cuando los periodistas le preguntan a Pilar si está orgullosa de sus hijos, siempre contesta:

—Lo mejor que tienen es que se quieren mucho.

Pero a pesar del cariño que se profesaban, los dos hermanos estaban a punto de enfrentarse a muerte en lo que posteriormente se conoció como la sublevación de Jaca.

Porque el descontento popular reventó al fin en esta pequeña población de la provincia de Huesca. Era el mes de diciembre y hacía frío y caía una lluvia fina que helaba los huesos. Fermín Galán, un capitán visceralmente antimonárquico que había estado a las órdenes de Franco en Marruecos, muy amigo de su hermano Ramón y tan

lunático como él, toma una decisión radical: dar un golpe de Estado. Sale desde Jaca con su guarnición, dos columnas, unos mil hombres, y cincuenta camiones para ocupar Huesca creyendo, equivocadamente, que se le unirá el ejército en pleno en primer lugar y después todos los españoles. La marcha es lentísima, y llegan a Huesca empapados, ateridos de frío, con síntomas de congelación. Pronto está claro que nadie les apoya, y los sublevados son recibidos ferozmente por las ametralladoras gubernamentales, se dispersan por el monte e intentan resistir utilizando tácticas de guerrillas. Los camiones con la munición huyen y las tropas de Jaca son diezmadas y perseguidas como conejos. ¡Sesenta sublevados caen para siempre!

También, por el lado gubernamental, murieron el general Las Heras, el capitán Beorlegui y un guardia civil.

Galán, consciente del fracaso de su intentona, da la orden de alto el fuego para evitar nuevas víctimas. Los supervivientes, mutilados, heridos, algunos agonizando, se entregan en perfecta e impresionante formación. Galán, que hubiera podido huir a Francia tranquilamente cruzando la cercana frontera, marcha en el estribo de un camión hasta Biscarrués y, con esa forma de crecerse ante la derrota que tienen algunos seres humanos, se entrega al alcalde de este pueblecito. Sabe que, en estricta aplicación del código militar, solo le espera la muerte.

Franco, enterado de la marcha de Galán sobre Huesca y a pesar de que se había difundido el rumor de que su hermano estaba al frente de la sublevación, dispuso la salida de tres compañías con morteros y ametralladoras para defender Zaragoza, aunque al final no fueron necesarias y pudieron reintegrarse a la academia sin haber entrado en combate. En carta a su amigo el coronel Varela, «Varelita», le resume los hechos: «Lo de Jaca, un asco. El ejército está lleno de cucos y de cobardes y un loco exaltado arrastró a la colectividad de la manera más cochina».

En consejo de guerra sumarísimo condenó a muerte a los capitanes García Hernández y Fermín Galán como responsables de la intentona golpista, y la sentencia, contraviniendo una vieja tradición, se cumplió en domingo, dos días después de los hechos. García Hernández confesó y comulgó, y en el último momento gritó:

—¡Viva la república!

Galán se negó a que le vendaran los ojos, fumó un pitillo y murió mirando a la boca de los fusiles que disparaban, con una entereza que impresionó a sus mismos verdugos.

Dos hermanos de Galán, Paco, coronel de la Guardia Civil, y José María, oficial de Ejército regular, comunistas los dos, combatieron en el 5.º Regimiento y al finalizar la guerra marcharon al exilio.

En muchas ciudades españolas, cuatro meses después de estos hechos, el día en que se proclamó la República pusieron a las calles más importantes los nombres de Fermín Galán y García Hernández como testimonio de que los mártires de Jaca no habían sido olvidados.

Ramón no estaba al frente de la sublevación, pero sí tenía una misión importante y crucial: apoyar el golpe desde Cuatro Vientos y bombardear el palacio de Oriente desde el aire. Dio varias vueltas con su avión y al final se retiró con la carga intacta porque, según contó:

—Había unos niños jugando en el patio de la armería y no quería matar inocentes.

Madrid se llenó de pasquines gubernamentales en los que se atacaba a Queipo de Llano, implicado en la intentona pero desde allí, y a Ramón Franco como ideólogo de la revuelta.

Paco había ido a Madrid a informar de oficio de su actuación, cuando pisoteó un folleto en el que se hablaba de su hermano. Se agachó, lo recogió y lo empezó a leer distraídamente; el lenguaje era el habitual y no le llamó la atención, «bribón y agente de Moscú, tiene en su haber varios asesinatos de ancianas y niños...», «podrido por la propaganda republicana...», «perdulario», «un malnacido ebrio de vuestra sangre»...

¿Cómo?

Se detuvo en medio de la calle sin dar crédito a sus ojos, lo releyó varias veces. ¡Sí! ¡Ponía malnacido! ¡Que Ramón era un malnacido!

Sin pedir cita, se presentó en el ministerio de la Gobernación y se abrió paso hasta el despacho de Mola, aunque intentaron detenerlo.

Su madre, no. Que no le tocaran a su madre. Por todo pasaba, pero por su madre, no. En ese momento no le importaban los ascensos, la academia, el qué dirán, la opinión de sus superiores... Solo le importaba su madre, que le acariciaba hasta que se quedaba dormido. La madre solitaria y valiente, la madre dulce y resignada, la madre adorada que siempre lo supo todo y que siempre lo entendió todo. La mirada de su madre era la única caricia que querría llevarse en el momento de su muerte.

¡Malnacido un hijo que ha tenido una madre a la que no merecen besar la punta del vestido! ¡Todos ellos, ni Mola, ni Berenguer, ni el puto rey!

Mola se sorprendió al verlo tan alterado, incluso su aspecto físico había cambiado; tenía los ojos brillantes, el cutis arrebolado, se había quitado diez años de encima y recordaba al oficial de Marruecos que peleaba al frente de sus hombres. Agitando el papel con sus manos temblorosas, gritó:

—Mi hermano tiene una madre, la misma que yo, que es una santa, y tendréis que responderme por estas palabras.

Mola se apresuró a disculparse:

—Perdona, Franquito, es una forma de expresarse... en nada queremos ofender a doña Pilar, y le das nuestras disculpas también a ella, por favor, de parte de Berenguer y mía...

Aún enfadado, Franco gruñó:

—Mi madre no sabe nada de esto... y si lo supiera no le importaría, porque a ella lo único que le dolería es que a uno de nosotros nos llamaran mal hijo o mala persona.

Nicolás Franco, sin embargo, no tiene empacho en llamar malos hijos y malas

personas a Colás, Paco y Ramón, eso que es el padre. Recibe a los periodistas en su tasca habitual y se hace invitar a licores; cuanto más bebe más barbaridades suelta, más ríen los periodistas y más diarios se venden al día siguiente:

—Paquito es tonto, Ramón loco y el otro un inmoral.

El inmoral se acaba de quedar viudo. La pobre Concha Pascual de Pobil, la esposa valenciana de Colás con la que Carmina rivalizaba, había abandonado este mundo víctima de unas fiebres malignas, pero Colás era tan comodón que se había casado de nuevo sin tomarse la molestia de buscar una nueva mujer fuera de la familia: lo ha hecho con la prima de Concha, Isabel Pascual de Pobil. Con lo que ha heredado de su difunta mujer se compra un imponente Packard de color blanco, único en España. Es un coche ostentoso, que llama la atención frente a la casa de citas de la calle Espalter donde suele dejarlo cuando va a Madrid, porque a pesar de su nuevo matrimonio, sus costumbres no han cambiado. Los vecinos dicen con suficiencia, presumiendo un poco de visitante tan ilustre:

—Es don Nicolás, el hermano de Ramón Franco, visitando a su puta.

Y el hijo loco, Ramón, ayudado por sus camaradas franceses, ha salido de España y se ha exiliado en París, junto a Queipo de Llano, también implicado en la intentona de Jaca.

Franco masculla:

—Pobres franceses, los compadezco.

Pero envía dos mil pesetas en un giro a «mi querido y desgraciado hermano», lo que tenía bastante mérito, pues en aquellas épocas el sueldo de un general era de 2.800 pesetas mensuales.

El 12 de abril de 1931 se celebran elecciones, que ganan las candidaturas republicanas, al menos en las grandes ciudades. Alfonso XIII publica su famoso manifiesto «no se derramará por mí ni una gota de sangre española» el 14 de abril de 1931, el mismo día en que los alcaldes salen a los balcones de todos los ayuntamientos españoles a proclamar, en medio de un ruido ensordecedor de gritos y aplausos:

—¡Ciudadanos! ¡Queda proclamada la república!

Centenares de voces corean:

—¡Viva la república!

Todo el mundo grita alborozado, algunos lloran, tiran al aire sombreros y chaquetas; los que trabajan en los comercios, los funcionarios, los oficinistas y camareros van con corbata, los obreros con mono y alpargatas, los campesinos con cazadoras de pana, muchos se abrazan sin distinción de clases y dan saltos todavía abrazados; los más pequeños agitan banderitas tricolores que les han confeccionado en la escuela, las plazas enteras parecen estremecerse ante el griterío:

—¡Viva la república!

Únicamente en un balcón de la península cambia el grito. Es el de la Diputación de Barcelona, en la plaza San Jaume. Francesc Macià, que ha triunfado con su partido

Esquerra Republicana, iza la senyera al lado de la bandera republicana y grita:

—*Visca l'estat català!*

Alguien saca una armónica y toca un aire frenético e irreconocible; todos parecen felices, nadie se da cuenta del aspecto adusto de un muchacho con pañuelo rojinegro al cuello que le contesta a otro que le pregunta por qué no corea los gritos:

—Porque nosotros, los anarquistas, no queremos la república sino la revolución.

El rey salió de España por Cartagena cometiendo la inexplicable cobardía de abandonar aquí a su mujer y dejando a su cargo a su cuñada reponiéndose de una operación, a su tía Isabel, tan senil y enferma que moriría días después, y a sus hijos, la mitad de ellos incapacitados. Interrogado posteriormente por esta actitud, Alfonso contestó:

—Tenía la seguridad de que el pueblo español era tan caballeroso que no le iban a hacer nada a una mujer sola y unos enfermos.

Desde luego, caballerosos sí lo fueron, ¡más que él, a pesar de toda esa sangre tan azul, tan ponderada que corría hasta por el último capilar de su cuerpo!

Al pobre príncipe de Asturias, aquel don Alfonsito que, enclenque y tambaleante, había presidido una ceremonia en la Academia de Zaragoza, lo tuvo que coger en brazos su mecánico, Paco, ya que se había fracturado ambos brazos cazando avutardas e iba vendado de la cabeza a los pies para impedir que una hemorragia provocada por su hemofilia congénita acabase con su vida. Mientras el rey se había ido con su nuevo Duesenberg, que alcanzaba los 180 kilómetros a la hora, el príncipe de Asturias tuvo que partir a un exilio del que ya no regresaría en un viejo Hispano con los cristales rotos. A los pies llevaba su baúl Hartmann con sus medicinas y a *Peluzón*, el perro callejero que encontraron entre la nieve medio muerto en Carabanchel, que movía la cola contento porque se iba con su amo y para él todo era una fiesta. Para no llamar la atención, ese día no le habían puesto la gorra y las gafas que llevaba habitualmente.

Don Alfonsito, que había sufrido varias transfusiones de sangre en los últimos días, iba con *piyama*, y todavía tenía ánimos para entregar su escaso caudal a sus servidores que llegaban a despedirse hasta terminar sacando por la ventanilla sus Valores del Estado y ordenando:

—Repartíroslos.

Y todavía le dijo a su amigo Darío López:

—Te cedo toda mi colección de pitilleras, haz lo que quieras con ellas.

El resto del grupo familiar, tan lisiado como esos peregrinos que van a Lourdes a encontrar la imposible recuperación de sus mutilaciones, atravesó en tren una España agreste, reseca y empobrecida pero delirante de alegría por estrenar una nueva forma de gobernarse. La misma reina intentó desgastar con su lima de uñas los escudos reales que adornaban la puerta de sus vagones por temor a las represalias. Pero en esa hora de cobardías y traiciones hay que resaltar el extraordinario valor que mostraron algunos monárquicos, que se atrevieron a salir de sus escondites para ir a las

estaciones de paso a rendir homenaje a su reina, reconociendo quizás que aunque nadie la quiso demasiado, ella intentó hacerlo lo mejor posible.

Muchos de ellos pagarían cinco años después con su sangre su adhesión inquebrantable a un rey que casi nunca estuvo a la altura de las circunstancias, mereciendo el mismo elogio que el *Cantar* dedica al Cid Campeador: «Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor».

La reina solo descansó cuando el tren atravesó las negras aguas del Bidasoa con un ensordecedor estrépito de hierros retemblantes y llegó a Francia. No había guardias ni honores para recibirlos, pero qué dulces le parecieron las palabras del prefecto de Bayona:

—*Bienvenu en France, Majesté!*

Al día siguiente el diario *El Sol* titulaba a toda plana: «Ayer, con un orden absoluto y un entusiasmo frenético, quedó instaurada la república en España». En la Academia de Toledo el paso de la corona al gorro frigio se realizó con serenidad. El general Franco dictó una orden sobria y escueta: «Proclamada la república en España... a todos corresponde cooperar a que la paz reine...». Se forma un Gobierno presidido por Niceto Alcalá-Zamora, con Azaña como ministro de Guerra. Una de sus primeras disposiciones será denunciar la academia como un foco de monarquismo, considerando desproporcionada su estructura y su alto coste en periodo de paz, y creyendo también que hay un exceso de oficiales en el ejército, por lo que la suprime de un plumazo.

Franco se enteró por la prensa de que la academia cerraba, mientras estaba realizando unas maniobras en el Pirineo. Regresó a toda prisa a Zaragoza y se encontró a Carmina, pálida pero serena, haciendo las maletas. Sin dejar de prepararlas, le dijo a su marido con convicción:

—No vale la pena lamentarse, Paco, ya llegará tu momento...

Franco, algo desconcertado, le preguntó:

—¿Volvemos a Madrid?

Y su mujer lo miró directamente hasta darle miedo y le contestó sin una sombra de duda pero echando lumbre por los ojos:

—No, a Madrid no nos conviene volver derrotados... Nos vamos a vivir a La Piniella.

Carmina no quiso contarle que las ratas habían empezado a abandonar el barco. Que a su tertulia del día anterior solo habían acudido Serrano y Dolores Roda y que durante todo el día habían llegado criados portando notas: «Perdón, hoy no puedo ir, tengo un asunto urgente», «disculpo mi no asistencia puesto que me encuentro en cama», «mis hijos han contraído la tosferina y temo pueda ser un mal contagioso». Se dieron doce deserciones, clavos que se hundieron en la cruz del alma de Carmina, que hasta entonces se había creído invulnerable.

¿Volver a Madrid? ¿Pasar por la humillación de que no los reciban en ningún sitio, dar reuniones en casa a las que solo acudan oficiales caídos en desgracia, como

ellos, que se considerarán hermanados en esta hora difícil y se volverán confianzudos? O peor aún, los envidiosos que irán a espiar esas pequeñas grietas por las que entra la decadencia y el descalabro. ¿Tener que halagar a la nueva clase política, esos desharrapados sin rango, sin estudios, sin títulos nobiliarios, que solo quieren vengarse de las humillaciones de clase sufridas hasta entonces?

—¿Tener que ir a rebufo, otra vez, de tu hermano Ramón?

Que ha regresado del exilio y ha vuelto a levantar multitudes, como en sus mejores tiempos.

¡No, y mil veces no! Mejor dedicarse a la vida solariega «en sus posesiones de Asturias», como dice el *ABC*, y esperar tiempos mejores. Y si se tiene que dar un empujón a estos tiempos mejores para que lleguen más rápido, pues se dará, claro que se dará. Oh, cuántas veces ha leído Carmina el Evangelio según Lucas, en el que Jesús grita «he venido a traer fuego a la tierra y cómo quisiera que ya estuviera ardiendo». ¡Cómo quisiera ella también que España entera estuviera ardiendo!

El discurso de despedida de Franco en Zaragoza destilaba toda la amargura y la frustración de aquellos tres años de trabajo incesante: «Tres años lleva de vida la academia y su esplendoroso sol se acerca al ocaso... ». Y con voz en la que la indignación pone notas más agudas todavía, destaca la principal virtud de los soldados:

—¡Disciplina! Fácil de cumplir cuando es grata y llevadera —y aquí deja ver su profundo desengaño—, pero que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad y el error van unidos a la acción de mando, esta es la disciplina que os inculcamos, esta es la disciplina que practicamos.

Y en lugar de terminar con un obligatorio: «¡Viva la república!», dio un grito tronchado, que entenebreció el patio de la academia e hizo que Campins, en segundo plano, moviera la cabeza sobrecogido por oscuros presagios:

—¡Viva... España!

Azaña lo recibió en su despacho con muestras de enfado:

—Quiero creer que usted no ha reflexionado sobre el contenido de su discurso.

Y Franco respondió con impertinencia:

—Señor ministro, yo no escribo nada que no haya pensado antes.

Y así terminó lo que De la Cierva define como «la época más serena de la vida de Franco». Él mismo, al referirse a sucesos de entonces siempre recordaba «cuando yo era persona...».

Cae en desgracia. El general Franco, el militar más importante de España, había dejado de ostentar esta posición. Seguía siendo general, claro está, pero ahora su horizonte era mucho más oscuro que su pasado. Y la boda de Ramón y Zita se resintió de esta nueva circunstancia, aunque al fin pudo celebrarse, en Oviedo, también en la iglesia de San Juan la Real, pero tuvo ese brillo un poco falso del oro que no es oro y ni siquiera se reflejó en la prensa de la época. La república lo había

trastornado todo, y Franco ahora era simplemente un militar del antiguo régimen semirretirado en una aldea remota. Destacó más que él uno de los testigos de Ramón Serrano Súñer, su íntimo amigo José Antonio Primo de Rivera, que llamó la atención con su pelo planchado, sus ademanes enérgicos y la forma de hablar, tan convincente y apasionada.

Era un hombre seductor y sofisticado. Al chófer que lo condujo a la casa de la novia le dio la mano, pero después se la limpió con disimulo en el pantalón. El camarero le iba a servir una sidra, y él le preguntó:

—¿No podría ser *champagne* francés?

Pronto lo rodearon las chicas, las primas de las tres hermanas Polo, Zita, Isabelina y Carmina, y sus amigas. José Antonio estuvo coqueteando con todas hasta que al cabo de un rato se fueron debidamente piropeadas y satisfechas, para que el hombre pudiera dedicarse a temas más serios.

Entre ellas cuchicheaban:

—¿Tendrá novia?

E Isabelina, la hermana mediana, que vivía en Madrid, les contó:

—Está enamorado de Pilar de Azlor de Aragón, pero el padre, el duque de Villahermosa, prohíbe este noviazgo.

Y Mencía Vereterra afirmó más que preguntó:

—Será guapa ella.

E Isabelina contestó con suficiencia:

—Siéndolo mucho, vale más él que ella.

José Antonio se dirigió directamente a Franco, que se mantenía en un discreto segundo plano, y le estrechó la mano:

—Tenía ganas de conocerte. Estuve el otro día con tu hermano Ramón intentado persuadirle para que se uniera a nosotros. Me lo presentó Julio Ruiz de Alda, que es la persona en la que más confianza tengo —e hizo un gesto con el índice como atornillándose en la sien—, pero tu hermano está un poco...

Franco puso mala cara pero no dijo nada. José Antonio rió:

—Me das miedo, general, porque nunca se sabe lo que piensas.

Paco le ofreció esta explicación:

—Es que soy gallego...

José Antonio le rodeó los hombros con afecto, y mirando alrededor, lo señaló con el pulgar, mientras los invitados atendían cortésmente:

—¿Veis? No es ningún intelectual, pero sale airoso de todas las situaciones, porque los que callan nunca meten la pata...

Un poco picado, Franco murmuró:

—Hombre, algo tengo leído...

José Antonio se le encaró:

—Pero tú desprecias a la masa, como yo. ¡El individuo está por encima de la masa! ¡Por eso soy antidemócrata! ¡Las urnas solo están para romperlas!

Serrano, vestido con un impecable frac, se acercó para quitar hierro a los comentarios de su amigo:

—Paco, este cabronazo quiere decir que le caes de puta madre, pero es un redicho...

Los concurrentes esperaron a ver qué cara ponía Franco, y cuando se dieron cuenta de que se lo tomaba bien, todos rieron.

Claro que el buen efecto que José Antonio despertó entre los invitados a la boda lo disipó en parte cuando se peleó con un amigo de Serrano que dijo una inconveniencia sobre su padre:

—En sus últimos tiempos no regía, porque la Caoba le pegó la sífilis.

Le lanzó un gancho que le hizo sangrar por la nariz, y entre el cuñado Felipe Polo y Pedro Sainz Rodríguez, el otro testigo de Ramón, se tuvieron que llevar al ofensor, mientras José Antonio, que sabía boxeo, se ponía en posición de atacar con los puños cerrados gritando:

—Cobarde, si tuviera aquí una pistola esto no quedaba así...

Y el otro gritaba:

—Señorito, marqués...

—Marqués, sí, de Estella, ¡y Grande de España! ¡Pero señorito nunca!

Rabioso, el agraviado daba voces ya desde la escalera:

—Chulo como su padre...

Cual animal iracundo, se revolvió José Antonio y no paró hasta que Sainz lo metió en el coche, echó los seguros y puso rumbo a Madrid.

Carmina lo había organizado todo, y cuando terminó el banquete y los novios se iban a pasar la noche al hotel, le dio un largo abrazo a su hermana, que estaba muy guapa. Ramón la besó en las mejillas cogiéndola fuertemente por los codos en un ademán que Carmina interpretó como:

—Lo sé todo, tonta... ¿te crees que me has engañado? ¡Sé que esta noche soñarás conmigo y que te gustaría estar en lugar de tu hermana!

En Oviedo llamó la atención la boda por el espectáculo que dio Colás, que contrató un chófer negro para llevar su Packard blanco. Isabel, muy orgullosa, sacaba el codo por la ventanilla, y los niños los corrían por las calles. Carmina protestaba por esta exhibición de mal gusto:

—Estos valencianos, qué falleros son.

La vieja rivalidad entre cuñadas seguía latente, aunque hubiera cambiado una de las titulares.

Después Carmina y Paco marcharon a La Piniella y, atravesando la cancela, Paco comentó mientras iluminaba el suelo resbaloso con una linternita:

—Qué tranquilos estamos aquí, ¿verdad?

Y no entendió por qué su mujer estallaba en sollozos.

6. EL GENERAL (1932-1936)

El viento recorre el jardín de la finca asturiana de la familia Polo donde se ha recluido el matrimonio y da un bramido en la chimenea. Paco lee en voz alta *El Debate*:

—«He contemplado con alegría la quema de conventos, esas magníficas luminarias expresión de un pueblo que quiere liberarse del oscurantismo radical y de la roña religiosa».

Porque la república se ha inaugurado prendiendo fuego a conventos e iglesias, y el más satisfecho es Ramón Franco, al que fotografían con boina, mono de obrero y un cigarrillo colgando del labio. Carmina se persigna:

—Jesús, María, José. ¿Dice eso Ramón? ¡Tu hermano está loco!

Pasan a la mesa. El vaho de la sopa de gallina sube desde los platos de loza y Paco protesta mientras revuelve con su cuchara el fondo:

—Se han dejado un trozo de molleja.

Carmina levanta la vista y mira a su marido, que prosigue sin cambiar la voz:

—Y lo peor es que va a matar a mamá a disgustos.

Paco omite que, según dicen, ha sido su propio hermano el que ha robado bidones de gasolina en Cuatro Vientos para quemar las iglesias y los conventos de Madrid, nueve en total. Manuel Azaña, el exministro de Guerra que había cerrado su querida Academia de Toledo, ha declarado:

—¡Hoy España ha dejado de ser católica!

El Gobierno convoca elecciones a las primeras Cortes Constituyentes, cada partido debe presentar sus diputados, y el arco va desde las coaliciones entre los radicales y los socialistas hasta la derecha liberal, pasando por los partidos nacionalistas, tradicionalistas, agrarios y Acción Nacional, un pequeño partido católico. Carmina mira la foto del líder de izquierdas Manuel Azaña en *Mundo Gráfico* con odio. Por su culpa se ha cerrado la Academia de Zaragoza, por su culpa se ha truncado la carrera meteórica de su marido, por su culpa todos han olvidado al creador de la Legión, al héroe de África, donde dejó su sangre y un testículo por defender a la patria, y todo lo resume en un:

—¡Qué feo es este hombre! ¡Parece mentira que alguien haya querido casarse con él!

Y es que Manuel Azaña acaba de contraer matrimonio con una chica veinticuatro años más joven que él, Lola Rivas Cherif, de buena familia, inteligente y muy guapa, en una gran ceremonia en los Jerónimos. Carmina prosigue con esa persistencia en el rencor que tienen algunas mujeres:

—Pero ¿no era un ateazo? ¡A qué viene esta comedia de los Jerónimos!

Aquí, en La Piniella, donde llevan tantas semanas, ¡demasiadas!, se enteran de los acontecimientos con retraso. Desde Oviedo viene de visita Felipe Polo, al que su

hermana riñe:

—Felipe, te has convertido en el típico solterón de provincias. —Y le dice a su marido—. Podría hacerte de secretario.

Paco contesta con sorna:

—¿Para qué? ¿Para archivar las facturas en la papelera?

Le han bajado el sueldo y, a pesar de que viven con gran austeridad, solo llegan a fin de mes gracias a las rentas de Carmina.

Están en la misma situación que Camilo Alonso Vega, también en baja forzosa, que vive en la finca de su adinerada mujer en Noreña. Franco se lo comenta a Camilo:

—Cómo nos tenemos que ver, ¡viviendo de nuestras mujeres! En París, Quiñones me habló de los *maquereaux*, ¡ahora somos como ellos!, ¡y con asturianas, que tiene más merito!

Como están cerca y también bastante aburridos, van a menudo a La Piniella a merendar. Coinciden con el médico de Posada de Llanera, el doctor Federico Gil, que detiene su *charette* en la puerta entre visita y visita, y la hermana de Carmina, Isabelina, y su marido, que pasan temporadas en Oviedo y muchas veces se acercan a la finca con unos bollos suizos para Nenuca. La gran tristeza de Isabelina es que no puede tener hijos, y mira a su única sobrinita con una mezcla de ternura y envidia.

Nenuca juega en un rincón a vestir y desvestir interminablemente una muñeca de trapo con retales que le ha dado la modista. El crepitar de los leños, el humo oloroso y los reflejos rojizos que bailan en el alto zócalo de nogal convierten el tibio saloncito en una fortaleza contra los mil alfileres furiosos de la lluvia en el exterior. De vez en cuando se oye el crujido de la grava bajo las llantas de hierro de los carros que transportan una inmensa montaña de hierba recién segada.

Cuando hablan de la situación política, Miguel, el cuñado, mueve la cabeza con preocupación:

—No sé yo, en manos de este Azaña, que dicen que es un poco así —y mueve la mano blandamente—, invertido, que está liado con su cuñado Cipriano Rivas Cherif...

Carmina abre la boca, pero Paco protesta:

—No me gusta que se hablen de estas degeneraciones viciosas delante de las señoras...

Miguel tose y cambia de tema, con gran decepción precisamente de las señoras presentes:

—Bueno, ya sabes, la gente está exaltada y esos catalanes siempre jodiendo con la independencia...

Pero Paco lo corta con sequedad:

—Démosle una oportunidad a la república, veremos en las elecciones quién sale.

Isabelina salta al quite:

—¿Os acordáis de José Antonio Primo de Rivera, el que vino a la boda de Zita?

Le ha pegado una paliza en el Lion d'Or a Queipo de Llano, ha ido con su hermano Miguel y con su primo Sancho Dávila y le ha marcado la cara con una llave inglesa mientras le gritaba: esto es por mi padre, ¡con mi padre no se mete ni Dios!

Paco sonríe desdeñosamente, y Carmina pregunta:

—¿Es verdad que José Antonio va a fundar un partido nuevo?

Es el doctor Gil el que contesta:

—Hombre, nuevo, nuevo, no, se basa en los fascismos italianos y alemanes, es antiliberal, antimarxista, nacionalista y totalitario.

Paco insiste:

—Pero ¿es monárquico o republicano?

—Ni una cosa ni otra.

—¿De izquierdas o de derechas?

—Ni una cosa ni otra.

Paco decreta, cogiendo una rosquilla de anís:

—Bah, cosas de señoritos andaluces, ¡no triunfará!

Estas primeras elecciones a Cortes todavía no incluyen el voto de las mujeres, pero paradójicamente sí pueden presentarse. Y una abogada llamada Clara Campoamor, de la que Carmina nunca ha oído hablar, se integra en las filas del Partido Radical y explica que, si sale elegida, propondrá el sufragio femenino. Carmina opina que eso está muy bien, aunque no entiende cómo su propio voto, el de una señorita educada en colegio de monjas y con profesora particular y francesa, vale lo mismo que el de Jesusa, la criada, que no sabe ni siquiera poner su nombre. Pero cuando su hermana Isabelina le pregunta a quién votaría si pudiera, Carmina contesta:

—A quien diga Paco.

Zita y Ramón Serrano Súñer siguen viviendo en Zaragoza, donde Ramón va a presentarse por la Unión de Derechas. Ramón, el hermano loco, también se va a presentar como diputado, ¡ahora ya no es el héroe del *Plus Ultra*, sino el héroe de la república! Y todos lo quieren en su partido. Tiene tantas solicitudes que al final se presenta por dos circunscripciones: en Cataluña se incorpora a las filas de Esquerra Republicana, a cuya cabeza está Macià, el presidente de la Generalitat, que es como ahora se llama el Gobierno autonómico. Macià es masón, como Azaña y como Ramón Franco, que en su primer mitin, en la plaza de toros Monumental, llama a los concurrentes «hermanos catalanes» y les dice:

—No queremos una república de banqueros, obispos y generales. ¡Nuestro fin es la revolución y el federalismo! ¡Viva la libertad!

Y después se va a cenar al Paralelo, a la taberna La Tranquilidad, con los líderes anarquistas Buenaventura Durruti y los hermanos Ascaso, a los que había conocido en el exilio. Se saludan con el viejo grito libertario:

—¡Salud y dinamita!

Y Durruti le dice, dándole palmadas en la espalda:

—Compañero, tú crees que hacer la revolución es tan fácil como el vuelo del *Plus*

Ultra.

Hay un instante de silencio, Ramón lo mira con dureza, pero luego suelta una sonora carcajada. Chocan sus vasos y una gitanilla se recoge el delantal sobre la cadera y se sube a una mesa con los pies desnudos, la cabeza echada hacia atrás y la melena

*colgando más abajo de la cintura:
No te mueras cariñito
porque me vas a matar,
tú en el cielo, yo en el infierno,
¡no nos vamos a encontrar!*

Ramón se ha separado de Carmenchu y se ha ido a vivir con Engracia y su hija Ángeles, aunque tampoco le es demasiado fiel a su nueva mujer. Por la noche se va de putas al Barrio Chino, solo, porque Paco Ascaso trabaja de camarero nocturno en el hotel Colón y Durruti va a buscar a su compañera Mimí, que hace de acomodadora en un cine porque, a diferencia de los comunistas, en las filas anarquistas no existe la figura del político «liberado» y todos se ganan el pan con el sudor de su frente.

A los libertarios tampoco les gusta ir de putas y prefieren el amor libre, pero las compañeras se resisten por mucha educación sexual que impartan los médicos higienistas.

En la puerta de La Tranquilidad, mientras Martí, el propietario, baja la persiana, todos se dan un abrazo. Aunque ninguno de ellos lo sabe, por supuesto, los tres tienen una cita con la muerte, que se los llevará durante la guerra civil, Durruti a los cuarenta años, Paco Ascaso a los treinta y cinco y Ramón Franco, el mayor, a los cuarenta y dos.

Ramón también se presenta a diputado con el Partido Republicano Radical por Sevilla, adonde llega con una avioneta que lleva pintado en rojo en las alas el lema «Viva Andalucía Libre». En sus mítines a campo abierto, en Mairena, El Viso, Carmona, La Campana, Lora del Río, explica que quieren abolir los latifundios y su grito de guerra es coreado por miles de voces:

—¡La tierra es para quien la trabaja!

Los periódicos compararon su discurso con el de Jesús en su famoso Sermón de la Montaña, tal fue la impresión que produjo el legendario comandante entre los humildes campesinos andaluces que arrastran desde hace siglos su trágica miseria.

—¡Los Alba, Medinaceli, Infantado, Medina Sidonia, van a tener que trabajar, y sus aparceros vivirán en sus palacios y disfrutarán de sus camas!

Lleva el discurso escrito en un papel. Cuando termina, los campesinos se le acercan con la boina entre las manos encallecidas por el duro trabajo y le preguntan tímidamente:

—¿Es verdad que dormiremos en camas rellenas de plumas de ángel y los tronos

de los reyes nos servirán para cagar?

Ramón mira a su mentor, Blas Infante, que se encoge de hombros, y afirma sin mucha convicción:

—Sí, compañeros, tendréis todo eso.

Y aún le inquietan corriendo al lado del coche:

—¿Y nuestras mujeres tendrán que bañarse todas la semanas?

En Sevilla se hundió el escenario y Ramón se rompió una pierna. Fue una desgracia para el partido, que se vio privado de su figura más atractiva y no consiguió escaño, pero una suerte para él, ya que eso evitó que lo detuviera el general Sanjurjo, el jefe de la Guardia Civil, quien fue allí enviado por el Gobierno para detener la acción sediciosa de Ramón Franco y sus secuaces, que propugnaban la revolución y no la república.

Lo visita en el hospital y le dice:

—Vergüenza me hubiera dado detener al hermano del general Franco, ¡pero él lo hubiera entendido!

Precisamente el general Franco, en su amargo destierro, lee a san Ignacio, «en tiempo de tribulación, no hacer mudanza». La madre le escribe que el abuelo ha muerto, y por un momento lo envidia, ¡dicen que la vida es muy corta, pero a él, aquí, le está pareciendo muy larga! Rastrilla el jardín, limpia interminablemente su coche con un artilugio de su invención, una fumigadora que se pone a la espalda a la que ha aplicado una bomba, y pasea al atardecer por los caminos enfangados llenos de piedras desiguales de San Cucu de Llanera, flanqueados por acacias sin hojas, y que donde el campo, fuera de los farolillos temblorosos que puntean las puertas de las casuchas, parece una enorme laguna negra. De la creciente oscuridad surge el criado con un inmenso paraguas para cobijarlo:

—Que me dice doña Carmen que vuelva usted a casa, que orvalla y no hace tiempo de pasear.

Carmina lo espera en la entrada moviendo la cabeza con preocupación con un groog caliente entre las manos. Pero antes de que tenga tiempo de tomárselo, Nenuca se lanza contra su padre y trata de encaramarse por sus piernas. Con el acento asturiano que le han pegado los guajes aldeanos con los que convive, le confiesa al oído:

—Pá, má no me quiere...

—No, a Nenuca solo la quiere su papáño.

Paco la abraza y hunde su rostro en el pelo oloroso de su hija. La niña, nerviosa como una lombriz, se suelta rápido y lo coge de la mano:

—Pá, a jugar.

Salen los dos afuera, y cuando aparece una Carmina horrorizada gritándole:

—Pero Paco, está lloviendo, esta niña va a coger una pulmonía.

Se los encuentra a los dos arrodillados en el jardín, y Paco está trazando caminillos aplastando la tierra, con piedras hace líneas de defensa, con unos palos

traza el curso de las trincheras y le va contando a su hija, que con el dedo metido en la boca y los ojos brillantes, asiente enfervorizada:

—Ves, aquí tu papá se puso a la cabeza del primer batallón y atacó. —Coge un puñado de hojas de álamo—. Aquí estaban los moros diseminados, porque ellos no tienen disciplina, y nosotros, con nuestras bayonetas...

La niña pregunta:

—Pá, ¿qué son bayonetas?

—Unos fusiles que tienen calada una cuchilla muy afilada —se ríe—. ¿Sabes que con las bayonetas se puede hacer de todo, menos sentarse sobre ellas?

Nenuca pregunta, insaciable:

—¿Por qué?

—Porque te haces daño. —Le da un palmetazo en el culo, y prosigue—. Nosotros empezamos a atacar por aquí y por aquí... —Tira piedrecitas contra las hojas haciendo ruido—: Pum pum, y como nos habíamos acercado sigilosamente...

La niña le corta con un mohín:

—¿Qué quiere decir sigilosamente?

—En silencio... y luego los hombres cogían las cabezas de estos moros —y pone unas manzanas verdes que han caído del árbol— y jugaban con ellas...

Pero ya la madre los hace entrar en casa entre severa y divertida, mientras su marido bajaba la mirada un poco avergonzado. Nenuca se iba corriendo a su rincón dejando un rastro de barro sobre la impoluta alfombra, mientras cogía un amasijo de trapos y le decía a su padre:

—Pá, sigue con la muñeca... hazle ojos azules...

Y Paco se sentaba satisfecho, empuñaba un pincel de tres pelos y pintaba en la tela el rostro de una niña que se parecía vagamente a Ángeles Barcón, su novia ferrolana.

Porque Nenuca le ha arrancado los ojos, una pierna y un brazo a su maravillosa muñeca Simon & Halbig, hasta el punto de que el padre le dice:

—Parece una gloriosa mutilada...

Y sonrío ante la mirada desconcertada de su hija recordando a su antiguo jefe. Millán Astray también ha pasado a la reserva y vegeta por Madrid esperando cualquier destino. Azaña tampoco se fía de él. Ni de Pacón, que está en Coruña, en casa de una hermana, en situación de retiro forzoso. Lo mismo que Camilo Alonso Vega. El único que goza de los favores de Azaña, que lo ha convertido en capitán general de Madrid, es Gonzalo Queipo de Llano. Gracias a su participación en los hechos de Jaca y Cuatro Vientos y a su exilio se ha convertido en el militar republicano por antonomasia. Mientras todos los oficiales africanistas, Yagüe, Mola, Varela, sobreviven con pagas menguadas y en posición de semirretiro, Queipo vive suntuosamente en un fabuloso chalet en la calle García de Paredes.

Cuando Paco orina, se tiene que tocar el prepucio con precaución, porque le duele terriblemente. La herida antigua parece que se le vuelve a abrir, supura, Carmina

advierte su mueca de angustia y le dice:

—Tendrías que ir a Madrid a visitarte con el médico.

Paco abre su libro y se lo coloca sobre las rodillas, se ha hecho traer una lamparita desde Alemania que se coge con una pinza en lo alto de la tapa y así no molesta a su mujer. Y le contesta:

—Sí, mañana prepararé el viaje.

—Y puedes pasar a ver a Azaña. Que no crea que eres un loco revolucionario como ese hermano tuyo.

Azaña, además de ministro de Guerra, es ahora jefe del Gobierno provisional. Paco le reprocha a su mujer:

—Tú en estos temas no te metas, Carmina, una cosa es que algún día puedas votar y otra que opines de mi carrera.

—Tienes razón, perdona.

Paco se coloca bien; según cómo se sienta el dolor en el testículo se vuelve insoportable. Pasan los segundos. Carmina está con la mirada fija en el techo y un rosario entre los dedos, aguardando. La voz de Paco surge de nuevo, sin dejar de mirar su libro:

—Pero tampoco quiero que crea que estoy en contra de la república.

Carmina se medio incorpora y se apoya en el codo, el camisón cae y deja un hombro puntiagudo al descubierto:

—Claro que no, reafírmale que estás a su lado, y que no vas a escuchar los cantos de sirena de los que quieren conspirar en contra suyo, pero que también mereces una recompensa...

Paco contesta haciéndose el distraído.

—Mmmm, quizás. Duerme. Tápate, que hay humedad.

Carmina se da media vuelta y arrima la espalda a su costado. Como cada noche, Paco deja descansar su mano sobre la cadera de su mujer. Es un contacto mínimo que lo tranquiliza. Su amigo Pedro Sainz Rodríguez le ha contado que el filósofo Unamuno duerme todas las noches con la mano apoyada en la pierna de su esposa, doña Concha. Como en el caso de Franco, es la única mujer que ha conocido en su vida. Y un día le hizo a Sainz esta confidencia:

—Mire usted, Pedro, después de cuarenta años de vivir con Concha, comprenderá usted que, si pongo una mano sobre una pierna, no sé si es la mía o la de mi mujer. Pero si a ella le cortaran esa pierna, yo sentiría exactamente el mismo dolor que si me cortaran la mía.

Paco observa a su mujer, la ondulación de su cuerpo de perfil, escucha su respiración acompasada, le sube la manta hasta el cuello y le invade una oleada de ternura. El cariño los anuda el uno a la otra con dedos de terciopelo. La hija, Nenuca, dirá muchos años más tarde:

—Mis padres estaban totalmente identificados... se llevaban muy bien, el matrimonio a mi padre le dio seguridad y tranquilidad, todo lo de la casa y mi

educación lo dejaba en manos de mi madre, mi padre estaba totalmente identificado con mi madre, ¡nunca he visto a nadie así!

El periodista Jesús Palacios le preguntó:

—¿Y su madre?

Carmen Franco, la antigua Nenuca, rió:

—Mamá siempre decía la misma frase, si lo dice Paco, va a misa. Mi padre era bastante machista, pero a mi madre no le importaba, ¡estaba encantada con su papel!

En Madrid se aloja en el hotel Alfonso XIII de la Gran Vía, que desde el advenimiento de la república se llama simplemente Alfonso, y ve que el Gobierno está al tanto de sus pasos porque le siguen continuamente dos policías sin mucha discreción. El médico le dice:

—Tendrá usted que volverse a operar; tiene usted piel muerta y se debe intervenir este testículo. Ahora, también le digo que las relaciones conyugales serán siempre dolorosas, a menos que usted se opere de fimosis...

Paco descarta la propuesta con un gesto de la mano. Las relaciones sexuales no le importan, no tiene tiempo para esas cosas. Lo que él quiere es dejar de tener dolores, pero lo otro, ¡una complicación menos!

Pide audiencia con el jefe del Gobierno provisional. Azaña le da largas y dice que no lo recibirá hasta al cabo de una semana. Una semana que aprovecha para entrar en contacto con sus antiguos compañeros. Va a tomar café a la Gran Peña, donde se encuentra a Millán Astray hablando de las anarquistas con glotonería:

—¡Van vestidas con mono de mecánico y al descender la cremallera quedan desnudas por completo!

Los miembros de la junta de la Gran Peña le comunican a Paco:

—Habíamos borrado a su hermano Ramón como socio cuando los hechos de Jaca, pero hemos tenido que reintegrarlo porque vuelve a ser héroe.

Pacón viaja de La Coruña a Madrid y lo mira anhelantemente, como el perro que espera que su amo le tire un hueso para ir a recogerlo. Todos le hablan vagamente de conspiraciones y golpes de Estado, incluso su amigo Pedro Sainz Rodríguez le cuenta que Sanjurjo dirige una conjura desde el teatro de la Comedia. En los entreactos desaparece de su palco como si hubiera salido a la calle, pero en realidad corre las cortinas y se reúne para dar instrucciones y órdenes a sus subordinados.

Pedro también dice:

—A veces también conspira desde el restaurante la Camorra mientras oye flamenco.

Paco finge no oír nada. Su viejo amigo se ríe:

—Tiene usted una mentalidad tan militar, general... Si se le dice que atraviese esa calle cruzada de disparos, usted lo hace a pecho descubierto y sin miedo ninguno... Pero si alguien va con el chivatazo de que usted está en contacto con un conspirador, aunque sea para tomar un *porto-flip*, y que puede perder su carrera, se caga usted patas abajo.

Franco pregunta sibilinamente:

—¿Qué es eso de *porto-flip*?

Un día llega antes que de costumbre y se encuentra a Millán Astray, que le dice:

—Hombre, tenía ganas de verte a solas.

Paco cree que le va a proponer entrar en algún pronunciamento y lo corta:

—Pepe, que sepas que solo me sublevaría en contra de la república en el caso de que se intentara disolver el ejército o dejara entrar al comunismo en España, ¡si eso ocurriera sería el primero en echarme al monte! Pero eso no está pasando, ¿no?

Millán lo mira con asombro:

—No, hombre, de momento no, y que quede claro que si tú no te metes yo tampoco —duda—. No quería hablarte de eso, sino de...

Se lo lleva a un rincón y le secretea:

—Mira, dicen que Queipo, ahora que es un tío importante, me imita, da voces y se deja abrazar por las mujeres, ¿tú qué piensas?

Paco se aguanta la risa y le da carrete a su amigo:

—Un poco, sí, ¿y qué?

Con gran énfasis el glorioso mutilado se acerca a él y le susurra marcando mucho las sílabas:

—Pero no llega a mi hoja de servicios, porque yo tengo besadas doce monjas, tres de ellas abadesas enclaustradas.

Se incorpora, mira a Paco con su único ojo y hace un ademán a lo gran señor:

—Difúndelo.

Sale Paco todavía riéndose de la Gran Peña y se encuentra a Queipo de Llano subido a lomos de la espléndida yegua que había sido propiedad del rey, *Favorita*, de perfil, totalmente inmóvil, y adivina que ha ido hasta allí para impresionarle y que quizás lleva horas en la misma postura. Franco pasa por su lado, le da una palmada en la grupa al caballo, que relincha furiosamente, y le dice a Queipo:

—Qué, Gonzalo. ¿Posando para un cuadro?

Camina hacia la Puerta del Sol diciendo entredientes:

—¡Menudo par de fachendas!

En el Ministerio de Guerra suenan teléfonos continuamente, el suelo está lleno de cables, hay periodistas hablando con las secretarías, ayudantes saliendo y entrando con papeles para firmar y todo tiene un aire improvisado y provisional.

En un rincón, en un enorme macetero de ladrillos blancos y negros se mustia una palmera polvorienta a la que nadie hace caso.

Azaña lo recibe con sorna gallega, a pesar de que es castellano de Alcalá de Henares:

—¿Qué tal los *praus* asturianos?

Franco lo mira sombríamente y protesta:

—Estoy desterrado, cuando mi experiencia tanto serviría aquí... Yo no estoy al servicio de ningún régimen político, sino al servicio de la nación, y si la patria me

necesita, aquí estoy, respeto la forma de Gobierno que escojan los españoles en las urnas...

Con ironía, Azaña, leyendo al mismo tiempo unos papeles que le traen para firmar, le dice:

—Sí, sí, ya sabemos que es usted muy republicano.

—Pues si lo saben, ¿por qué tengo vigilancia permanente, como si fuera a participar en un atentando?

Azaña levanta la vista de los documentos para mirarle inquisitivamente:

—¿Y no es cierto? Ya sabe que al parecer hay varias conspiraciones en marcha...

—Yo no sé nada, vivo aislado, pero si lo supiera tampoco participaría. Soy fiel a la república, ¡soy un demócrata!

Azaña firma un certificado que le trae una secretaria y hace un gesto con la mano:

—Sí, ya diré que levanten su vigilancia. —Y aún le pregunta—. ¿Dónde quiere usted ir?

Franco se había propuesto pedir un destino brillante en la capital, pero de repente, una vocecita interior le dice «cerca de mamá», y pronuncia unas palabras que a él mismo lo llenan de asombro:

—Ferrol, Coruña... Galicia...

Azaña concluye ya, haciendo una seña para que entre la siguiente visita:

—Creo que está vacante la gobernación militar de Coruña... daré aviso y ya se le comunicará de forma reglamentaria, pero cuente usted con ello...

Y se levanta con la mano tendida. Es cierto, como dice Carmina, que es muy feo, grandón y torpe, pero sus ojos brillan perspicaces, inteligentes, algo coléricos, detrás de los cristales gruesos de sus gafas. Es hijo de una familia adinerada venida a menos, huérfano desde muy niño, de joven vivió el Madrid de los bailes de carnaval y teatro de altos vuelos, después, al arruinarse, tuvo que hacer oposiciones y entrar en el negociado de Últimas Voluntades. Es un estudioso pertinaz, un intelectual capaz de desmenuzar durante meses enteros libros sobre la organización de las defensas en diversos países europeos con el fin de reformar el ejército y el Gobierno de una nación, pero cuando fue presidente del Ateneo mandó cambiar el encalado de las paredes de los lavabos por azulejos para que no pudieran escribir: «Azaña maricón».

—Pero no me falle, eh, general.

—No he fallado nunca, presidente, tengo buena puntería.

Azaña rodea la mesa y se acerca a él:

—No me conteste a la gallega.

Y Franco estrecha su mano y jura solemnemente dando un taconazo:

—¡Yo estaré siempre al lado de la legitimidad!

Azaña se quita las gafas, y se le ve por un momento muy cansado y muy vulnerable, se frota los ojos, suspira, tener un país ingobernable, lleno de partidos políticos enfrentados, con los dos sindicatos más importantes, socialistas y anarquistas, odiándose a muerte, con coaliciones imposibles y ese constante ruido de

sables en el ejército, es una tarea ingente para un solo hombre. Quizás no debería creer a Franco, debería juzgarlo más severamente, interrogarlo a fondo... pero no tiene tiempo, prefiere pensar que es leal, que no le engaña, y le repite:

—Cuenta usted con ello.

Franco sale del ministerio convertido en otro hombre.

Cuando llega a La Piniella, en la puerta está su mujer con la niña de la mano, ya lo sabe todo. Nenuca se lanza a los brazos de su padre y le dice:

—Pá, vamos a ir a Galicia con la abu y los primitos...

Una señora de mediana edad se adelanta y le dice:

—*Mademoiselle Cagmensita, laissez votre tranquille père...*

Y Franco mira a Carmina interrogativamente, y es la propia Nenuca la que le informa:

—Es mademoiselle Duval, pá, ha venido para desburrarme.

Todavía tardan meses en irse a Coruña. Paco se muerde el bigote con nerviosismo todas las mañanas atisbando al cartero, pero su mujer lo tranquiliza con su actitud imperturbable:

—Paco, te lo han prometido, llegará seguro.

Porque al fin, después de muchas vueltas, escrutinios, impugnaciones y votaciones parciales —la democracia es un sistema nuevo para un país que nunca hasta entonces ha celebrado elecciones—, se conoce el resultado definitivo de la consulta: gana la coalición de radicales y socialistas, Niceto Alcalá-Zamora se hace con la presidencia de la república, con lo que los católicos liberales también estarán representados en el Parlamento, y le encarga a Azaña que forme Gobierno.

Carmina se alegra:

—Paco, te lo ha prometido el propio jefe de Gobierno... Azaña no se puede permitir el lujo de prescindir de un militar como tú que encima se ha puesto a su servicio.

Tiene razón. El 5 de febrero de 1932 Francisco Franco Bahamonde toma posesión del mando de la 15 Brigada de Infantería de Galicia. Como es natural, se lleva a Pacón de ayudante.

En La Coruña ocupan unas dependencias en capitania. El primer día, mientras Carmina desempaca, estudia cuidadosamente dónde va a poner el *secrétaire* de palisandro y da las primeras órdenes a la nueva cocinera:

—Se harán dos comidas, una para el servicio y otra para nosotros.

Paco corre a Ferrol. Todo el camino el cielo está cubierto de gruesas nubes pizarrosas y la niebla que sube de la ría difumina el horizonte. La madre está esperando en la puerta de la casa de la calle María y se funden los dos en un abrazo largo y emocionado. Pilar le susurra al oído:

—Paco, mi Paquiño, Paquito, Marelillo...

Y él recupera el viejo olor de su madre, un poco a cera de velas, un poco a espliego, un poco a mentol, un poco a lejía, y todo se le borra menos el enorme cariño

que le tiene.

Pilar lo separa de ella y sonríe entre lágrimas:

—Menudos bobos estamos hechos, va, pasa, entra, filliño. —Y luego, como todas las madres, intenta demostrarle su amor de la mejor manera que sabe—.  Quieres unas filloas que ha hecho Elisa?  Una taza de chocolate?  Unas torrijas?  O mejor quieres una taza de caldo...?  Elisa, trae una taza de caldo para Paquito!

Sale la vieja criada arrastrando las zapatillas.

—Ahora tendr  que llamarlo señorito y general.

Paco la abraza también; es todavía más pequeña que él, la levanta en brazos. La tía Gildita, con un purito entre los dedos, entra también tosiendo como un carretero y disimulando con voz bronca las lágrimas de su voz:

—Este bendito, tanto recorrer mundo y al final vuelve a Ferroli o...

La madre le acaricia, lo mira de arriba abajo, le toca la chaqueta de *tweed*, los botones de cuero, y le dice:

—Qué guapo estás... un poco delgado.  Elisa, y ese caldo! Ven, siéntate aquí, está el brasero encendido, acerca los pies al fuego.

El sofá viejo, con la marca grasienta de una cabeza en el respaldo, est  en su sitio de siempre. Paco la mira y la madre se saca un pañuelo del bolsillo para enjugarse una lágrima:

—Ahí murió tu abuelo... Se quedó dormido con las gafas puestas y el periódico sobre el pecho...

La criada remata:

—No estaba dormidi o, sino que el Señor se lo llevó para *ajunto* de él,  suerte que tuvo de morir así!

Entra una chica joven, con mirada inteligente, y mira a su tío con cortedad. Paco le da un pescozón:

—Pil n,  c mo has crecido!

Es la hija mayor de Pila y es la primera en reír, porque, como todos los Franco, es muy bajita.

La abuela, ya recuperada, dice con orgullo:

—Tiene dieciseis años, es muy lista, este año empez a a estudiar para abogado en Santiago, que la Universidad de Madrid es un nido de revolucionarios.  Me hace mucha compa a!

Franco mira las mejillas enrojecidas de su sobrina, su ancha estructura, sus piernas gruesas, y le dice:

—En vez de llamarte Pil n te voy a llamar Robustiana.

Pilar, en sus memorias, recuerda a aquel Franco jaranero, «zumb n, que me preguntaba si estaba enamorada, haciendo bromas, con una lucecita traviesa en los ojos, gritando no s  por qué:

»— El amor y la pata de cabra!».

Es lo mismo que recuerda su amigo Pedro Sainz Rodríguez:

—Aunque en público Franco era un hombre callado y cauteloso, en privado hablaba por los codos, se tomaba muy pocas cosas en serio, tenía la misma chispa que animaba a Ramón y Nicolás, aun siendo los tres hermanos totalmente distintos.

De los hermanos se habla con los pies en el brasero y una taza de caldo de legumbres en el que flota un trozo de tocino entre las manos. ¡Al final no ha habido más remedio que tomarlo para no disgustar a la madre!

—Ramón me ha escrito. —La madre rebusca la carta en el costurero sin encontrarla—. Yo estoy tranquila porque ha dejado de hacer barbaridades, pero él no está contento como diputado, dice que se aburre...

Entra Pila, la hermana, gritando:

—¡En *El Debate* ponen que Ramón, como diputado, ha sido un fracaso! ¡Qué sabrán estas gentes de Madrid! —Y se tira encima de su hermano—. Ven, sinvergüenza, que te dé un abrazo.

Paco se levanta y queda sepultado por la inmensa humanidad de su hermana, que prosigue:

—Este Ramón es un atolondrado, para qué se metió en política...

Es cierto. Ramón no tiene ninguna cualidad para ser político, no es astuto ni prudente y su ingenuidad y su falta de coherencia le ganan muchos enemigos. El tono de su voz es confuso y dubitativo, no sabe improvisar, no resulta contundente, va siempre desharrapado y con barba de dos días, enfermizamente obeso, y pronto se revela como un cero a la izquierda para su partido en particular y para la república en general. El mismo Azaña escribe con desprecio en sus diarios: «Franco hace en las Cortes un triste papel, está solo en su banco rodeado de pajarracos, nadie le hace caso, la caída de este tipo, cuando ha abierto la boca en las Cortes, ha sido tan definitiva como yo esperaba». Y sentencia: «Es un botarate».

Paco intenta justificar al hermano ausente:

—Es que nuestras Cortes son un desastre, qué diferencia del *Reishtag* alemán, que ahora iré como la seda porque Hitler y su partido nazi acaban de ganar las elecciones con un 34 por ciento de los votos —y añade pensativamente—: Los Franco no sabemos de política, es un oficio de miserables... Ramón hizo el cochino metiéndose a revolucionario sin servir para eso, se ha ganado el odio de todos los partidos...

La tía Gildita masculla mientras mordisquea su cigarro:

—Si se hubiera contentado con ser héroe...

La madre arguye temerosamente:

—Dice que se quiere casar con esta Engracia...

Franco deja la taza con un golpe encima de la mesa:

—¡Porque se ha divorciado de la Carmenchu! ¡Yo le dije que anulara el matrimonio, no que se divorciase! A mí a esa Engracia que no me la presente nunca...

La madre se apresura a darle la razón:

—No, no, claro... —duda un poco más—, pero hay una niña, ¡es mi nieta!

Paco echa chispas por los ojos:

—¡Qué nieta ni qué cojones! —La madre se lleva la mano a la boca, ¡su Paquito diciendo palabrotas!—. ¡Qué nieta ni qué cojones, madre! Es hija del tragasables y no de Ramón... Eso lo saben aquí y en Pompeya... mañana ya me iré a confesar, no te preocupes.

Pila se ajusta con fuerza el chal sobre su prominente barriga de perpetua embarazada y le apoya:

—Claro que no es su hija, ¡aquí esas, la madre y la hija, no entran ni borrachas!

La madre le dirige una mirada de súplica a su terrible retoño:

—Mujer, la niña borracha, qué barbaridad...

Ampulosamente, la hija concede:

—Es una forma de hablar, madre.

Pilar pone una mano en el brazo de su hijo para tranquilizarlo:

—Sí, sí, claro, Paquito. ¿Un poco más de caldo? ¡Mira que se hizo con las berzas de El Cucheiro!

Niega el hijo sin palabras, todavía encolerizado, con una mueca terca en el rostro muy parecida a la de aquel Paquito que dibujaba edelweiss en su cuaderno escolar para olvidar las cosas desagradables de la vida doméstica. La furia del padre. Sus: «Bobo, asno».

Una puerta se cierra en la lejanía y todos se estremecen.

Entra Elisa con un candil en la mano:

—¿Qué hacen a oscuras? ¡Vendrá la meiga de Oza!

Paco finge asustarse:

—¿Pero existe la meiga?

Elisa pone el candil en la mesa y contesta sin contestar mientras se seca las manos parsimoniosamente en el mandil:

—Yo no sé si existe, pero venir, viene.

La madre se apresura a cambiar de conversación:

—Colás, en cambio, está muy bien, muy contento de haberse ido a Madrid a dirigir eso...

—La Escuela Superior de Ingenieros Navales —detalla Pila—, aunque no ha dejado del todo la dirección de los astilleros en Valencia.

A Paco se le desarruga el entrecejo recordando al hermano vividor:

—Sí, cargos muy pomposos, ¡pero luego está todo el día de la Gran Peña al Negresco, del Negresco a Fornos! ¡En todas partes se hace limpiar los zapatos! ¡Yo no lo he visto trabajar nunca a este hermano mío!

La madre sale en defensa del otro fruto de su vientre:

—Pues será que el tiempo le cunde mucho. Él ha tenido suerte con la mujer. ¡Isabel es una señora!

Salta Pilín, que hasta el momento no ha abierto la boca, asistiendo al diálogo de

los mayores con los ojos tremendamente abiertos:

—¡A mamá no le cae bien!

Pila aclara:

—Es una mujer con mucha recámara... no la veo clara y sincera, ¡toda gestitos para encandilar a los hombres! Además, que no tiene ni un duro, ¡pero Colás es un gandul y no quiso molestarse y se casó con la prima! Dice que quiere tener un batallón de hijos, pero me parece a mí que esta no tiene mucha mecha...

Paco, un poco picado porque él solo tiene una hija, le contesta:

—Es que ahora lo moderno es tener pocos hijos, ¡eres del año de la pera, hermana mía! ¡Lo tuyo ya no se lleva!

Ella le da en silencio un pellizco que le hace daño. La madre, sin advertirlo, va a la cocina para dar órdenes para la cena. Pila aprovecha para contarle al hermano señalando a su hija:

—A esta y a sus hermanos los envió yo a casa de papá, ¡a ver si cuando se muera todo va a ser para la Agustina! —Viendo que Pilín no pierde palabra, se apresura a añadir con un guiño que ve todo el mundo—. Agustina, ya sabes, el ama de llaves...

Paco levanta la cabeza bruscamente cuando oye lo de ama de llaves, pero no dice nada.

Pila prosigue con intención, remarcando mucho las sílabas:

—Hay una niña allí, es una sobrinita, se llama Ángeles, yo ya le he dicho a mis hijos que no jueguen con ella...

Paco finge mirar con indiferencia un calendario de la virgen de Chamorro que está en la pared. La sobrina añade tímidamente:

—Ángeles llama papá al abuelo, que nos cuenta cosas de Filipinas y me ha regalado un abanico con flores y pájaros pintados...

Pilín se calla que el abuelo tiene ataques de furor en los que grita contra su hijo Paco:

—Es un burro, os tiene a todos en un puño, ¡es un desgraciado!

Y que en esos momentos, Agustina, «una mujer de pueblo, con una verruga en la cara y las manos enrojecidas por la lejía», se callaba y los hacía irse, y que mientras bajaban por las escaleras oían golpes y lamentos. Y tampoco les cuenta que el abuelo ahora va mal vestido y huele a sucio, y que parece muy viejo, con una larga barba descuidada manchada de nicotina.

*Y que a veces canta
En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana,
sangre de los españoles
que murieron por la patria.*

Y entonces coge por la cintura a Agustina, que se ríe enseñando sus encías

desdentadas, y se pone a dar vueltas con ella por la habitación hasta que los nietos se cansan y se van.

Se oye la puerta de la calle y entran el primo Ricardo de la Puente, que está en León y que también ha venido de permiso, y Pacón, que, frotándose las manos, relata las últimas novedades:

—Azaña ha destituido a Sanjurjo porque no se fía de él y lo ha hecho solo jefe de carabineros; en la Guardia Civil ha puesto al general Cabanellas porque es masón. ¡Ahora sí que Sanjurjo la va a armar gorda! ¡Hasta los camareros del Baviera dicen que va a haber tomate!

Pilar finge enfadarse, porque no quiere que se hable de política, y Pila les pregunta por las novias. Ricardo, que cojea un poco por una herida que recibió en Larache que le valió una «María Cristina», cuenta que Pepita del Saz, su prometida, está ya preparando la boda. Pacón le da un beso a la tía Pilar y contesta que para qué contentarse con una habiendo tantas.

Pilar finge horrorizarse, se abre el círculo para que entren sus sillas, la habitación se llena con el humo de los cigarros y la criada sirve queso de teta, tan cremoso que se escurre del plato, lacón y tazas de ribero. Las risas y las anécdotas de la infancia se suceden. Pila le pregunta a su hermano dándole un codazo:

—Paquito, ¿te acuerdas de Ángeles Barcón?

—¡No voy a acordarme, bo!

Todos ríen. El que ríe más alto es Ricardo. Paco mira con fijeza a su primo, que se le parece tanto que podría ser su hermano gemelo aunque tiene tres años menos:

—¿Sigues creyendo en la república?

El primo contesta:

—¿Y tú sigues siendo tan cavernícola y retrógrado?

Franco aprieta las mandíbulas y responde:

—Un día te mandaré fusilar.

Hay unos segundos de desconcierto y después todos, incluso Ricardo, se echan a reír a carcajadas.

Los Franco son trasnochadores. Al final, Paco coge el coche a las tres de la mañana agotado y feliz. Su madre, todavía con la risa bailándole los ojos, le dice tímidamente:

—Estando tan cerca, ¿volverás pronto? Ya sé que tienes mucho trabajo...

Su hijo se pone el gabán a modo de capa y le dice:

—Mamá, vendremos los tres todas las semanas de jueves a lunes, ¿te parece bien?

—Cielo santo. —La madre se lleva las manos a la cara tratando de ocultar su dicha—. ¿De verdad, Paquiño? Mira que si no puedes es igual, a lo mejor Carmina prefiere estar en La Coruña y alternar con las señoras del Club Náutico e ir a sus anticuarios...

Las aficiones de Carmina ya se conocen en la familia. Con los ojos rientes, Paco promete:

—Mamá, que sepas que ella vendrá también muy contenta, ¡y ya verás a Nenuca! ¡Es tan guapa que parece... —busca el adjetivo adecuado y al fin le resplandece la cara— ferrolana!

Tal es su júbilo, que se porta como un niño, canturrea:

*O galo cando canta é día, é día, é día ,
o galo cando canta é día vaite de baranda ,
vaite todo o día .*

Da unos brincos con los brazos en alto embriagado por el olor a mar, por la presencia de su madre, que le dice adiós con la mano, recortándose contra la luz de acetileno. Paco se sube al coche y lo pone en marcha, baja las ventanillas y todo el viaje siente una pereza extraña alimentada por la esencia húmeda y violenta de la noche y quizás por el recuerdo de Ángeles Barcón.

Sanjurjo no se atreve a levantarse contra el Gobierno de la república sin contar con Franquito, que ha venido a Madrid desde Coruña a escoger caballo reglamentario. Aunque natural de Pamplona, Sanjurjo es un gran admirador de todo lo andaluz y cita a Franco en la Camorra, en la carretera de La Coruña, lleno de comensales con ganas de divertirse que miran con prevención a aquellos hombres que, aunque vestidos de civil, huelen a militar a la legua. Y entre pescadito frito, camarones, jipíos flamencos y palmas, le propone su plan:

—Nos levantaremos primero en Sevilla y luego nos seguirán todas las guarniciones de España... tengo el apoyo de los carlistas de Fal Conde, de Rodezno, de Millán Astray...

Franco contesta con firmeza:

—El pueblo no está todavía cansado de la república... Debemos dejar que todo se desarrolle dentro de la legitimidad...

Sanjurjo protesta:

—Hombre, acuérdate del cierre de la Academia de Zaragoza, de cómo nos tratan a los militares, ¡han anulado los ascensos por méritos de guerra! Acuérdate de la quema de conventos, ¡de los catalanes, siempre dando por culo y pidiendo la independencia!

Franco alza la voz como si quisiera que le oyesen desde las mesas vecinas:

—No le quitamos a la gente la ilusión por el nuevo régimen, tenemos que contribuir a que la república sea de orden y moderada, ¡solo así conseguiremos que no se sovietice!

Sanjurjo dispara su último cartucho:

—Si tú te unes, también vendrán Vareleta, Mola y Goded.

Sainz Rodríguez, la única persona presente en la entrevista, cuenta lo que

respondió Franco:

—No me voy a sumar a tu movimiento, pero te prometo, te doy mi palabra de honor, que si se organiza una expedición represiva sobre vosotros, yo no colaboraré y haré todo lo posible para que no vaya nadie.

Y antes de levantarse e irse, aún dijo, echando sobre la mesa las dos pesetas que costaba el chato de vino que no se había tomado:

—Y no cuentes con Millán Astray... Si yo no voy, él tampoco. Y ni Varelita ni Mola querrán estar en un golpe que quiere volver a traer al rey a España.

Sanjurjo se queja:

—Hombre, de eso no se ha hablado, de momento vamos contra la república...

Pero Franco ya sale sin escucharlo. Amargamente, Sanjurjo le comentó a Sainz:

—Franquito es un cuquito que va a lo suyito.

Y añade, porque se ha dado cuenta de que Franco no ha dirigido ni una sola mirada al tablao donde unas muchachas casi niñas dan molinetes con el mantoncillo e incitan a los hombres:

—Y encima un desaborío.

Cuando Sainz le propone irse también, Sanjurjo, que ya está siguiendo el ritmo del fandango con los pies y dando palmas, contesta sin apartar los ojos del escenario donde una chica delgada taconeaba levantando una nube de polvo:

—Vete yendo tú —y ya desentendido de la política y sus planes subversivos, jalea con un imposible acento andaluz—, *ele, arsa, joya...* ni contigo ni sin ti... la *mare* que te parió... ole, ole y ole... tienen mis males remedio... esos ojos, perla, deberían estar *prohibíos...*

Pero una vez puesto uno a sublevarse, es difícil variar los planes. Con rotunda determinación, el 10 de agosto de 1932 Sanjurjo se levantó en Sevilla y leyó por radio un bando en el que decía: «Queda declarado el estado de guerra en toda la región andaluza, con las consecuencias que dicho estado lleva consigo. Como capitán general de Andalucía, asumo el mando concentrado en mi autoridad de todos los poderes. Así como Dios me permitió llevar al Ejército español a la Victoria en los campos africanos, ahorrando el derramamiento de sangre moza, confío en que también hoy me será permitido, con mi actitud, llevar la tranquilidad a muchos hogares humildes, y la paz a todos los Espíritus. ¡Viva España Única e inmortal!».

El golpe no fue una sorpresa para nadie. El corresponsal del periódico soviético *Pravda*, Ilia Ehrenburg, cuenta en sus memorias lo difícil que es mantener un secreto en España: «Los barberos te cuentan con todo detalle las actividades clandestinas de los golpistas y sus planes de sublevación». El ejército de Madrid estaba avisado, y la revuelta se limitó a un pequeño enfrentamiento en la plaza de la Cibeles que Azaña contempló muy tranquilo desde el balcón del Ministerio de Guerra con las manos metidas en los bolsillos. En Sevilla los anarquistas decretaron inmediatamente huelga general y, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, quemaron el aristocrático Círculo de Labradores.

Azaña llamó a La Coruña para consultar cuál era la situación. Le dijeron:

—Sin novedad.

Cuando preguntó por el militar que más temía, Franco, siguieron informándole:

—Ha estado pasando revista en el buque insignia de la Armada española y después se ha quedado a comer en el barco con el almirante. Con uniforme de gala.

Con lo que Azaña comprendió que el general Franco no había participado en la revuelta.

A las dos de la mañana, el ministro de Guerra envió un telegrama a las distintas guarniciones: «Restablecida la normalidad en Sevilla, resto de España sin ninguna novedad». La «sanjurjada» murió el mismo día en que nació, duró menos que la vida de una flor.

A diferencia de Galán, que se había entregado con valentía a los gubernamentales aun sabiendo que le esperaba la muerte, Sanjurjo huyó hacia la frontera con su hijo, capitán de Artillería, con el general García Herranz y con el teniente coronel Esteban Infantes. Todos fueron detenidos en la carretera que va de Sevilla a Huelva, cerca de Ayamonte.

Franco esa noche cenó con Pacón en casa y le comentó con displicencia:

—Yo ya sabía que la sublevación no iba a tener éxito porque no contaba con las fuerzas de Marruecos. ¡Si te sublevas, no cabe la rendición, has de luchar hasta vencer o morir!

Lleva grabadas en su cerebro las palabras que aprendió de memoria cuando el desastre de Cuba, cuando era un niño de tan solo seis años: «¡Los buques dominados por el enemigo no se entregan, se hunden, y los marinos no se rinden, perecen!».

Y añadió mientras Pacón se repantigaba en su silla encendiendo un cigarro y Nenuca se quedaba dormida en los brazos de su madre con el dedo metido en la boca:

—¡Qué mal preparado estaba todo!

—¿La comida mal preparada? —preguntó su mujer súbitamente alarmada—. La cocinera es nueva, pero aun así...

Paco le respondió bruscamente:

—¡Qué coño la comida! ¡La revolución! —Y luego inquirió, nervioso—. ¿Sabe algo mi madre?

Carmina lo tranquilizó:

—No te preocupes, la he llamado por si acaso, pero no se había enterado de nada.

Es curioso, porque este golpe, la «sanjurjada», al que tanta importancia se dio posteriormente ya que se consideró un antecedente del alzamiento del año 36, apenas tuvo repercusión en su época. Al menos eso se deduce de la lectura de los diarios. En *ABC* no sale apenas ninguna mención al general Sanjurjo, y sí a los comunistas y soviéticos que tiran petardos en Andalucía y entran en los comercios arrasándolo todo. En *La Vanguardia* sí se identifica al general Sanjurjo como cabecilla de este movimiento revolucionario y se comunica a la ciudadanía que el señor Macià, el presidente de la Generalitat, «ha decidido suspender sus vacaciones en Vilanova y la

Geltrú», aunque no por muchos días, ya que la elaboración del estatuto de autonomía no peligraba y esto al fin y al cabo era lo importante. Pero, en el mismo número, el informe sobre la explotación de la fruta fresca en Cataluña ocupa un espacio tres veces mayor, y la nueva política inglesa que promocionaba el consumo de productos autóctonos comparte página al mismo nivel con esas revueltas provocadas por un general faccioso en la lejana España.

Cuando Sanjurjo le pidió que lo defendiera delante del tribunal militar que solicitaba pena de muerte, Franco se negó contestándole con contundencia:

—Mereces la pena de muerte, no porque te hayas sublevado, sino porque has fracasado.

Sanjurjo fue en efecto condenado a muerte, pero el presidente de esa república tan generosa con los que querían acabar con ella, Niceto Alcalá-Zamora, lo indultó, e ingresó en el penal del Dueso, exiliándose después a Estoril.

Azaña, como recompensa por haberse mantenido neutral durante el golpe, le dio a Franco el mando de las islas Baleares, a pesar de la advertencia de Niceto Alcalá-Zamora:

—Temo a esos generales jóvenes porque todos llevan un fascista dentro.

El matrimonio, Nenuca, la mademoiselle y dos chicas de servicio, el ordenanza Juanito, además de una docena de maletas, diez baúles, una decena de sombrereras y un cabás del que Carmina no se desprende porque en él lleva sus joyas, llegaron a Palma el 16 de marzo de 1933 en el barco correo de Valencia. Les sorprendió la dura luz mediterránea. El sol no es plomo fundido, como en África, la tierra no es un páramo yermo, pero Paco a veces se acerca a una chumbera e intenta coger un higo sin pincharse, extasiándose:

—¡Como en Marruecos!

La isla de Mallorca es civilizada y tranquila, y acoge al matrimonio con amabilidad, pero sin entusiasmo:

—Es el carácter de la nobleza de aquí, los «butifarras». No congenian con el elemento militar, pero te han enviado varias invitaciones para cazar porque disimulan —le explica Pacón, que ya lleva semanas preparando la instalación de sus primos en el palacio de la Almudaina y que conoce la isla perfectamente pues fue su primer destino—. Por cierto, Juan March te envía saludos.

Juan March ya es considerado el hombre más rico de España, pero «el pirata del Mediterráneo» envía sus saludos desde la prisión de Alcalá de Henares, donde ha ingresado acusado de contrabando. Pacón se burla:

—Todo el mundo sabe que va a fugarse; con la fortuna que tiene ha sobornado a funcionarios, vigilantes y políticos. —Y cambiando de asunto, le pregunta—: ¿Cómo quedó tía Pilar?

Paco cierra los ojos sin contestar, porque sabe que si habla romperá en sollozos.

Abrazó a su madre en el zaguán oscuro de la casa de la calle de María y le sorprendieron sus huesos frágiles, de pajarillo. En ese momento hubiera querido darle todo, ya que no podía devolverle su juventud. Se apartó de ella para mirarla y le preguntó:

—Mamáña, ¿qué quieres? ¡Dime lo que quieres que te lo doy!

Y la madre, tímidamente, se había puesto a quitarle un hilo que tenía en la chaqueta y le había dicho en un susurro:

—Pues, mira, filliño, si no os parece mal, me quería ir de viaje, sí...

Paco se asombró, le apartó un mechón que le caía por la cara y le preguntó con indulgencia, como si el padre fuera él y la niña ella:

—¿Un viaje tú? Claro que sí. ¿Dónde? ¿A Baden Baden?

La madre lanzó una carcajada que la rejuveneció por un instante:

—¡Loco! ¿A Baden Baden? No, hombre, no... A Roma... La parroquia organiza una peregrinación para ir a ver al papa... Me he apuntado. Será mi primer viaje desde que estuve en África, cuando te hirieron, ¿te acuerdas?

Paco la abraza estrechamente y le susurra con voz ahogada:

—Cómo no voy a acordarme...

Subió al coche. La madre, de pronto mermada y frágil, se puso a caminar al lado, la mano en la ventanilla, con la de Paco encima. La mano seca de su madre, su mano manchada, de vieja, su mano descarnada, su voz con sus últimas recomendaciones mientras los arrapiezos se colgaban del estribo del Chrysler:

—Come. ¡A esa Nenuca la veo muy flaca! ¡La manía que hay en las ciudades de mantenerse delgados, a ver si va a acabar tísica o cosas peores! Y tú, hijo, reza, sé buena persona, cuida de tu familia, tus hermanos, tus sobrinos, tus primos... eres el más fuerte y Dios ha puesto sobre tus hombros la tarea más pesada ¡cuidarlos a todos ellos! ¡Pero Dios no nos envía pruebas que no podamos superar! ¡Cuídalos a todos!

Y Paco le dijo, mientras cambiaba la marcha y desprendía cuidadosamente la mano venerada de la ventanilla:

—A todos los cuidaré, madre, pero por encima de todos a ti.

Pilar se quedó atrás, cada vez más pequeña, y se despidió de su hijo con palabras a las que el acento cantarín quitaba toda solemnidad:

—Bo... No pierdas el tiempo conmigo... Yo ya me estoy yendo al otro lado...

Cada vez que se acuerda de eso, a Paco se le llenan los ojos de lágrimas.

Sin mucho trabajo diario, Paco se dedica a preparar la fortificación de la isla para defenderse de un posible ataque todavía no se sabe muy bien de quién. Por la mañana a las ocho salía a caballo y recorría la costa de Llevant, Alcudia, Pollensa, para encontrar el mejor emplazamiento para las baterías de defensa con el fin de repeler un ataque por mar.

Los viejos campesinos mallorquines que araban la tierra preguntaban colilla en

labio a aquellos hombres vestidos de militares que miraban por anteojos, dibujaban y hacían fotografías:

—*Què fan aquests grans senyors?*

Pacón contestaba:

—Les vamos a enseñar a defenderse.

El campesino volvía a su tarea pensando en las sucesivas oleadas de invasores formadas por moros, judíos, catalanes, ingleses, franceses y hasta un pianista cuyo nombre ha olvidado que murió tuberculoso y vivía con una señora mayor que parecía un hombre. Como el bedel del ministerio que permanece en su puesto mientras cambian los ministros unos tras otros, el mallorquín reflexiona:

—Que invadan, que invadan... que aquí siempre estamos los mismos.

Al mediodía sacaban la fiambra que les habían preparado en casa, y Pacón, todavía soltero, se relamía ante la empanada de carne, la tortilla de patatas y las sardinas en escabeche, que terminaban manchándole el uniforme.

—Demonio de salsa, pero qué bien cocina Carmina.

Franco sonreía indulgentemente, como hacía siempre que se mencionaba alguna carencia de su mujer:

—Carmina no sabe cocinar. ¡Como no le gusta comer! Lo ha preparado la muchacha, que es de Orense. —Y como tenían tiempo, Franco se ponía a filosofar con una ramita de romero entre los labios—. Pacón, ¿tú sabes lo que tiene mejor Carmina?

Pacón contestaba sonriente encendiendo un cigarro:

—Dímelo tú.

—Es la mujer ideal para un militar; nunca protesta por nuestros traslados, se adapta a los sitios pero tampoco tanto que luego le sepa mal irse, sabe ser simpática sin dar confianza, es buena madre porque yo no puedo dedicarme a la niña todo lo que querría, ¡y a ella tampoco!, por lo que tiene que saber entretenerse sola, y siempre me hace quedar en buen lugar. —Se pone a buscar la definición más corta y ajustada—. Mira, ya lo tengo, ¡no molesta nunca! ¡Así tendrían que ser las mujeres de los militares!

Todos trataban de protegerse a la sombra de alguna higuera, menos Franco, que prefería permanecer a pleno sol, tan solo con un pañuelo blanco sobre la nuca. Se burlaba de sus hombres:

—¿Le llamáis sol a esto? ¡Si hubierais visto el de África!

Ni un solo día dejaba de salir a realizar sus viajes técnicos, aunque a veces, por la noche, llegaba a La Almudaina tan dolorido que, en lugar de sentarse, tenía que tumbarse de medio lado mientras le servían la cena. La vieja herida, recibida en África dieciocho años atrás, seguía molestándole, y sentía una quemazón como si le aplicaran una plancha caliente en el aparato genital. Tenía la cicatriz del testículo amputado en carne viva y el pene tan grueso que tenían que modificarle la pernera de los pantalones.

Por la mañana, la criada ponía el desayuno en la mesa y permanecían la señora y ella unos minutos angustiosamente largos mirándose la una a la otra sin pronunciar palabra, oyendo los gemidos del general mientras orinaba.

Los sucesos que sacudían la península llegaban a Palma amortiguados, ¡si es que llegaban! La vida era apacible para Carmina, pero algo aburrida, echaba a faltar sus tertulias de Zaragoza, de Coruña, de La Piniella y se quejaba a su marido:

—La gente es simpática y educada, pero muy cerrada.

Aunque Paco iba a cazar a veces a la zona de Lluçmajor, los grandes palacios de los marqueses de Adeje, Belgida, Belpuig, Casa Ferrandell, los Lagy, Gual, Zaforteza, los Pomar, Zavelló, Muntaner, ¡los Puig de Orfila!, permanecían cerrados para Carmina, la generala, con excusas que no podían ofender:

—Pasamos la mayor parte del año en Madrid, en Barcelona, en el campo, ¡en el extranjero!

—Nuestras casas sin calefacción no son dignas de recibir a la mujer de la máxima autoridad de Baleares.

O también el tan socorrido:

—Estamos de luto.

Como los lutos duraban varios años, la excusa era irrefutable.

Los fines de semana, atrapados en la isla, hacían excursiones, iban a Menorca e Ibiza. Nenuca estaba tan bronceada que parecía una morita. En el Mediterráneo su padre le enseñó a nadar mientras la madre permanecía debajo de una sombrilla, porque decía:

—Eso de ponerse moreno es cosa de campesinos.

Nicolás fue de visita y, mientras se tomaba una copita de ratafía, llevó noticias frescas de la capital:

—Me ha contado Varelita el entusiasmo que despertó José Antonio en el teatro de la Comedia, donde anunció la creación de su partido, Falange Española, ¡se había echado en el pelo toda la gomina que producen los barberos de Madrid en todo el año! —Colás espera que se apaguen las risas cortesanas para proseguir—. Lo acompañaban Alfonso García Valdecasas y Julio Ruiz de Alda. ¡Coño, Ramón está como loco con la Falange! ¡Dice que es fascismo a la española, pero a José Antonio le jode esta definición!

—¿Ramón? ¿Qué Ramón? —interrumpe Carmina, cortando por un momento el vaivén de su abanico.

—¿Cual Ramón va a ser? ¡Tu cuñado! ¡Ramón Serrano Súñer!

La mujer enrojece un poco, pero añade con acritud:

—Oye, que tu hermano Ramón es mi cuñado también —pero se apresura a añadir—, pero a esa Engracia no la quiero con nosotros...

Isabel, la mujer de Colás, enseguida arruga el morrito por esta familia política tan peculiar, pero se apresura a apuntar:

—No, no, yo tampoco.

Después pide lionesas, porque está embarazada y tiene antojo de dulces, merengues, bizcochos, anís, pero ni por esas consigue aumentar un kilo, porque la pobre Isabel es muy delgada y el embarazo le ha puesto un vientre apenas abultado y caído como un cojín viejo. El marido mira sus mejillas flácidas, sus ojos acuosos, su nariz que siempre gotea un poco por un constante resfriado y le dice a su hermano cuando se retiran al despacho:

—Hombre, no hice un buen negocio con ella... Creí contentar a mi exsuegro al casarme con una prima de Concha y no salir de la familia, y me ha retirado la palabra, ¡dice que cómo he podido engañar a su hija con un ejemplar así! Sabrás que Isabel no tiene un duro...

Paco, severo, observa:

—Pero vais a tener un hijo, Nicolás; las otras mujeres se han acabado para ti...

Nicolás coge por el hombro a Paco y le confiesa:

—No todos somos como tú, Paco, ¡la carne es débil!

Y se mira con tristeza la inmensa barriga, y Paco ríe:

—Débil y fofa, Colás, a ver si te aficionas a la hípica y a cazar como yo, se te está poniendo tipo de botijo.

—Déjate de caballos... tal como están las cosas en Madrid, es mejor no distinguirse montando a caballo como un marqués...

Porque la isla está en calma, pero en la península, en un solo año, en las puertas de las fábricas estallan trescientos artefactos hechos con metralla y gasolina, porque los anarquistas no quieren la república, sino la revolución. El primero explota en Caralt vda. Trias y Trinxet, de Hospitalet, cuyos trabajadores están en huelga. La empresa cierra y deja en la calle a mil doscientas familias.

Los tiempos son duros. Los campesinos hambrientos abandonan el campo para vivir una miseria todavía más penosa en las ciudades. Se hacinan en chabolas insalubres, los niños padecen tracoma, ¡no hay trabajo para todos! La miseria aflora en las barriadas del extrarradio. A los ruidos nocturnos de disparos y gritos se unen los aullidos de los perros que agonizan de hambre.

Cada día se ejecutan decenas de desahucios.

El Gobierno de la república no lleva a cabo ningún cambio estructural y el ministro de la Gobernación, el gallego Santiago Casares Quiroga, utiliza para aplastar a las masas obreras la misma táctica que sus predecesores, monárquicos o republicanos: la represión.

La situación se agrava día a día. El expreso Barcelona-Sevilla descarrila a causa de un sabotaje. Según escribió Pacón en su libro *Mi vida junto a Franco*, en este suceso murieron sesenta personas. En la prensa de ese día, sin embargo, leo en *ABC* que «el tiroteo hirió gravemente al fogonero» y en el *Heraldo de Castellón* se consigna que «la locura anarcosindicalista quemó un kiosko de periódicos en la calle Colón, frente a la iglesia arciprestal». La huelga resultante convocada por los anarquistas no triunfó, ya que, de nuevo según *ABC*, «no había ambiente».

En Barcelona sí que la arman gorda, porque Companys anuncia por su cuenta y riesgo la independencia de Cataluña, mientras en Madrid Falange Española se cobra su primer mártir: el estudiante Matías Montero, asesinado mientras repartía el periódico *F.E.*

Pacón todos los días lleva la prensa a la guarnición, la tira encima de la mesa con ademán teatral y le comenta a su primo:

—Mira cómo está todo, hace falta mano dura.

Y Franco responde con parsimonia:

—Solo circunstancias gravísimas justifican la intervención del ejército.

Pacón, airado, le espeta esgrimiendo el diario como si se tratara de un arma arrojadiza:

—¿Y te parecen poco graves las circunstancias?

Y Franco contesta con otra pregunta:

—¿E ir a otra sanjurjada? ¿Otro fracaso?

Se convocan elecciones para el 19 de noviembre de 1933. La consigna de los libertarios, la fuerza motor más importante de los trabajadores, es:

—¡Abstención! ¡Frente a las urnas, revolución social!

Son los primeros comicios en los que votan las mujeres. Carmina le pregunta a su marido:

—¿A quién voto, Paco?

Y Franco contesta:

—A la CEDA.

Esta vez en los colegios electorales no se forman largas colas, ni los triunfos se celebran en las plazas mayores de los ayuntamientos. Porque ganan, aunque por estrecho margen y gracias al voto de las mujeres y la abstención de los anarquistas, las derechas, la Confederación Española de Derechas Autónomas, formada por varios partidos, entre otros la Acción Popular presidida por Gil-Robles, que a pesar de todo parece que no será nombrado jefe de Gobierno. El presidente de la República sigue siendo Niceto Alcalá-Zamora.

Al día siguiente de las elecciones, Franco se levantó con la mano en el bajo vientre y una expresión de dolor profundo. Le dijo a su mujer:

—No puedo más.

Carmina dio un respingo:

—Pero, Paco, si ahora está mejor, ¿no? Ha ganado la CEDA y este Gil-Robles por lo menos es católico...

Y Paco, sin fuerzas casi para contestar, empalidecido, lanzó una imprecación, y solo así Carmina se dio cuenta de su sufrimiento:

—Calla, coño, con Gil-Robles, te estoy hablando de mi herida. —Se dejó caer de nuevo en la cama—. No puedo mantenerme de pie, ni montar a caballo, tengo dolores constantes... debería ir a Madrid.

La mujer se asustó, se acercó a él y trató de palparle la zona abdominal, pero su

marido la apartó con brusquedad:

—¡No me toques!

Carmina retrocedió:

—Perdona, Paco. Pide un permiso, te lo mereces... la situación aquí está tranquila. —Y con un rasgo de humor, añadió—: Creo que los italianos, de momento, no piensan invadirnos...

Franco no se rió con ella, ya que Mussolini tiene ambiciones imperiales en África, concretamente en Libia y Abisinia, pero también en Mallorca por su situación estratégica en el Mediterráneo, y se rumorea que está trazando planes para ocupar las Baleares desde el oeste.

Aun así, como la invasión no parece inmediata, toda la familia se desplaza a Madrid. El piso de la Castellana está alquilado y la hermana Pilar insiste para que se queden en su casa, en la calle de Columela. Una casa entonces con nueve niños, ruidosa e ingobernable. Nenuca no quiere dormir con sus primos, la mademoiselle insiste en comer aparte de las criadas y Carmina se va por las tardes sola al cine para huir del griterío y descansar un rato. Al final, Paco coge a su hermana y le dice:

—Pilar, a esos nueve niños solo los pueden aguantar sus padres...

La hermana se pica:

—¡Aquí tienes ocasión de que tu hija se críe como una niña normal! ¡Si parece una vieja, se nota que solo está con gente mayor!

Franco enrojece de indignación, la mención a su Nenuca del alma es lo único que puede enfurecerle, pero consigue responder contenidamente:

—Nos vamos al hotel Alfonso XIII, pero te prometo que vendremos a comer todos los domingos tu caldo gallego.

Pilín es la que se pone más triste, como recordará años más tarde:

—Me encantaba acompañar a mi tía al Rastro, sabía más de muebles que los mismos anticuarios. E íbamos a merendar a los Italianos. Es la única vez que vi a mi tío ocioso, estaba esperando la fecha de la operación e iba incluso vestido de civil por la calle.

Pilín les presenta a su novio, Antonio Lago, un chico de Puente deume, teniente de Infantería, que está haciendo un curso en el Estado Mayor para diplomarse. Y también, sin decirle nada a su tío, por supuesto, lleva a Antonio a la calle Fuencarral para presentarlo al abuelo Nicolás. Agustina está muy cariñosa, pero el abuelo les dice:

—Hacéis mal en casaros; sois bajitos los dos y no vais a mejorar la raza. — Aunque después se apresura a aclarar—: Pero yo no soy como ese loco de Hitler que dice que la raza aria es la superior... ¡Seguro que el burro de mi hijo Paquito está de acuerdo!

Pero Pilín no sabe lo que piensa su tío en realidad, porque cuando se habla de política en casa, Paco se muestra cauteloso:

—Decía que la república estaba desperdiciando su oportunidad de asentarse, pero

no pasaba de ahí. Mi padre, que era muy reaccionario, se enfadaba y le gritaba, pues métete en política, y mi tío se echaba a reír y le contestaba: Alfonso, que ya me han tentado y he dicho que no.

El día de la operación, el general invicto que no conoce la palabra miedo va temblando como una hoja. Ya en el quirófano, el médico le echa un vistazo a la parte afectada y le dice:

—Además de eliminar el tejido muerto, le puedo quitar el frenillo del prepucio por higiene y para que usted... —Busca las palabras, hasta a él, profesional de la medicina, le impone Franco, aunque esté semidesnudo e indefenso tendido en una camilla— pueda... desenvolverse con más comodidad en el débito conyugal...

Franco, que ya está cerrando los ojos por la acción del cloroformo, los abre de pronto y ruge:

—Deje usted eso como está... si Dios me ha hecho así, para qué enmendarle la plana.

Se quedó dormido y no oyó el comentario de una de las enfermeras, que era de Cádiz:

—Pues la *muhé* de este tío malage que se meta a monja, que tampoco chingará, pero al menos se ganará el cielo.

Pero a la mujer tampoco le gustaba «chingar», así lo reconoció su propia hija:

—Mi madre, si no hubiera conocido a mi padre, se hubiera metido monja.

El cirujano mira a la enfermera descarada con severidad y la hace callar; a pesar de su diagnóstico no tienen más remedio que acatar las órdenes del general, que ya mandaba bastante.

Porque Gil-Robles, el líder de la CEDA, ha ganado por tan pocos votos que no tiene más remedio que apoyarse en el Partido Radical, que es de derechas a pesar de su nombre, y Alcalá-Zamora nombra jefe de Gobierno a Alejandro Lerroux, el «emperador del Paralelo». Los anarquistas señalan con desprecio:

—¡Una república burguesa! ¡Nos van a tener enfrente!

Y como no hay muchos militares de talante conservador que no hayan intervenido en la sanjurjada o que no sean sospechosos de conspirar contra la república, el nuevo Gobierno se vuelve hacia Franco como hacia el sol. El nuevo ministro de Guerra, el radical Diego Hidalgo, un notario de Badajoz ajeno al mundo militar, incluso va a verlo al hospital y se apresura a fotografiarse a su lado, y los periódicos señalan que el general Franco se ha convertido en asesor del nuevo Gobierno, de su plena confianza. Y era cierto, al menos aparentemente. En la larga convalecencia sigue repitiendo hasta el cansancio:

—Lo importante es que aquí no entren los comunistas, cosa que con Azaña no estaba garantizado.

Millán Astray, al que Hidalgo ha rescatado del ostracismo al que lo había confinado Azaña para nombrarlo secretario del Consejo Supremo, lo apoya:

—Es que este Hidalgo es un buen chaval.

Es tan buen chaval que accede, a sugerencias de Paco, a enviar al hermano loco, Ramón, como agregado del aire a la embajada en Washington, con el vago encargo de «enterarse de los últimos avances en materia aeronáutica». Por un periodo de dos años.

Paco, de puertas afuera, le comenta melifluamente:

—Gracias, ministro, Ramón lo hará bien. —Pero por dentro se dice lo de siempre—. Pobres americanos.

Al rival de Millán en el tema de los besos a las abadesas, enclaustradas o no, Gonzalo Queipo de Llano, lo han degradado a inspector de carabineros, ya que tenía fama de izquierdista por haber sido el militar favorito de Azaña, quien, apartado del Gobierno, se dedica a escribir unos libracos muy aburridos que nadie lee y a esperar tiempos mejores. Su mujer, Lola, no se separa de él; no tienen hijos y se llaman el uno al otro «papá» y «mamá».

De nuevo, como cuando Paco fue herido en Marruecos, la madre lo va a ver al hospital. Se queda en la puerta, con el bolso de charol entre las manos. Acaba de cumplir sesenta y seis años, pero parece una anciana; aquella prestancia que tenía cuando era joven ha desaparecido, lleva trajes anticuados y no se diferencia demasiado de las aldeanas gallegas perpetuamente vestidas de negro. En la puerta le dice a su hijo como cuando era pequeño:

—No tengas miedo, que aquí está tu madre para cuidarte. —Y añade con la mirada algo traviesa—. He venido desde Ferrol por ti.

Y el hijo la hace entrar y la abraza por la cintura diciéndole:

—Burriña, si ya sé que estás de paso para Roma... Tú prefieres al papa que a mí, que lo sé yo...

Pilar permanece al lado de su Paquito día y noche, hasta que le dan de alta. Acostumbrada a la actividad, no puede estarse quieta ni un momento, y se ocupa de los trabajos que normalmente harían las enfermeras, tomarle la temperatura a Paco, darle medicinas, hacerle curas, hasta pasa la escoba por la habitación, ¡y porque no la dejan entrar en las cocinas, sino ella misma le haría la comida! En los ratos muertos se pone en una esquina a rezar el rosario, pero sus ojos no se apartan de su hijo.

A Carmina le dice:

—Vete con Nenuca, ¡tengo tan pocas ocasiones de cuidar a Paco!

En ese Madrid lleno de conspiraciones y planes, van a verlo sus antiguos compañeros Camilo y Pedrolo, a los que Millán se ha llevado a la escuela de guerra para dar clases y que cobren un suplemento a sus menguadas pagas, y los otros militares africanistas, Varelita y Yagüe, el primero se ha hecho carlista y el segundo falangista. Hasta Mola se acerca al hospital, vestido de paisano porque desde la sanjurjada está en la reserva y para sobrevivir se ha convertido en vendedor de juguetes. A los pies de la cama deposita una caja primorosamente envuelta y le dice:

—Es para tu hija, una casa de muñecas... género fino, lo traen de París.

A Paco le da apuro y mira para otro lado.

Un día tiene la sorpresa de que aparece en la habitación el comandante Mohamed el Mizzian, el hijo del caid revolucionario muerto en África, está destinado en Marruecos y nada más entrar le dice enseñando sus dientes blanquísimos y puntiagudos como un conejo:

—La república ??? ????????

O sea «es una mierda». Sabe que nadie le entiende, Franco se echa a reír y para disimular le pregunta por Fadela, su mujer. El Mizzian, tan pequeño que le tienen que hacer en Herranz los uniformes a medida, le dice con irritación:

—Solo pare hijas... tenemos seis y un solo chico, ¡a ver si esa Victoria Kent de los cojones consigue que admitan mujeres en el ejército!

Se ríen tanto con esta descabellada posibilidad que a Paco están a punto de saltársele los puntos.

A pesar de lo interesante de las visitas, Paco está pendiente de su madre y esta de él. Y no teme interrumpirlo en medio de una conversación de alta estrategia para darle un yogurt o acercarle una taza de caldo:

—Toma un poco, filliño.

Y aún tiene la delicadeza de dirigirse a los compañeros de su hijo:

—¿Ustedes gustan?

Todos niegan en silencio y la mujer le pone la servilleta alrededor del cuello, y mientras los oficiales hablan, cucharada a cucharada, con la boca un poco torcida y bizqueando, el general se va tomando la sopa de fideos.

Ya recuperado, se va al hotel Alfonso, mientras la madre está alojada en casa de Pilar. El último día, antes de viajar a Roma, cenan todos juntos. Colás lleva una botella de vino portugués rosado y la madre lee en voz alta una carta de Ramón, que está en Washington con Engracia y la niña, y al que todavía se le recuerda como el héroe del *Plus Ultra*, cuando aquí ya todos se han olvidado, pero fiel a su estilo, gruñe porque esos cabritos de americanos se empeñan en hablarles en inglés.

Se saca una botella de aguardiente de Ribero de Avia y Paco cuenta chistes, alborota, hace bailar a Nenuca encima de una silla, y todos terminan cantando

*A virxe de Guadalupe
cuando vai pola ribeira
descalciña pola area
parece unha rianxeira .*

Pilín recuerda aquellos tiempos con nostalgia:

—En esa época mi tío era muy bromista y divertido... Le sacaba punta a todo y reñía a mi padre porque era demasiado serio... La tía Carmina me quería mucho y me regaló mis primeros polvos Myrurgia para la cara, para disimular mis mejillas siempre encarnadas y que el tío Paco dejara de llamarme Robustiana.

Y Carmen Franco habla también de ese padre joven:

—Lo recuerdo siempre cantando.

Todavía con la sonrisa en los labios, la madre se levanta para ir a la cocina. Oyen el golpe sordo, al caer, en el pasillo. A Paco se le para el corazón, una mano de hierro lo retiene en la silla. Oye a los otros moverse, gritar, correr hacia ella. El cuñado aún dice:

—No es nada, se ha desmayado, es el calor, el frío, el clima de Madrid.

Todos, gallegos de pura cepa, se apresuran a corroborar:

—Sí, sí, este clima de Madrid...

Se llamó al médico, que dictaminó una gripe. Cama, reposo. Ahora era Paco el que no se movía de su lado. Sin dormir, sin comer, a veces se inclinaba sobre aquella figura que cada vez abultaba menos y pegaba su boca a la suya y le daba su propio aliento. Espiaba su pecho, arriba, abajo, los labios reseco trataban de pronunciar alguna palabra, el hijo acercaba su oído a la boca:

—Paquiño...

Un día arrancó a cantar con un graznido aterrador:

*Ondiñas veñen, oliñas veñen ,
ondiñas veñen e van...*

Miraba con ojos vidriosos al hijo para que continuara y Paco debía entonar haciendo un esfuerzo sobrehumano:

*Non te embarques rianxeira
que te vas a marear .*

Y la madre repetía, con las mejillas hundidas bajo los pómulos, las sienes pálidas y sudorosas:

rianxeira...

Tardó nueve días en morir. El último, el 28 de febrero de 1934, Paco, macilento, con ojos de alocado, fue a la farmacia militar y dando un puñetazo encima del mostrador, exigió:

—Dadme algo, lo más fuerte, ¡mi madre se muere!

El boticario, sin saber qué hacer, le dio una dosis de aceite alcanforado y le dijo:

—General, no sé si servirá, pero cuando usted vea que está en las últimas... llame a una enfermera y que se la ponga directamente en el corazón.

Cuando llegó a la casa, lo recibió el estertor de los agonizantes. ¡Cuánto ruido se hace al morir! La madre estaba ya con la boca abierta, enorme, ocupándole toda la cara, un agujero negro como un foso, los ojos en blanco, los pelos tiesos como

alambres, trataba de quitarse las sábanas y daba patadas a las mantas con sus escuálidas piernas, puro hueso. Paco le gritó a su mujer:

—¡Pon a hervir la jeringuilla!

Con manos temblorosas, quitó el tapón del frasco de aceite alcanforado y el cuarto se llenó con el olor a trementina. Cogió la jeringuilla de hierro quemándose las manos, levantó el émbolo, aspiró el líquido, bajó la sabana, evitó los ojos ya empañados por la sombra del tránsito final e intentó clavarle la aguja en el corazón.

El ronco rugido con el que la muerte anuncia su venida no se alteró. La aguja chocó contra el esternón. Paco, en un impulso demencial, volvió a levantarla, y cuando ya iba a clavarla de nuevo, a ciegas, fue Colás el que le sujetó la mano en alto con firmeza:

—Paco, ya está, déjala, no la hagas sufrir más.

La jeringuilla cayó al suelo con un sonido metálico que pareció doblar a difuntos y Paco se inclinó sobre el pecho de su madre que exhaló su último aliento mirándolo con unos ojos jóvenes de nuevo, generosos, llenos de compasión, ternura, ojos que le decían:

—Déjame irme, filliño, no sufras.

Y también:

—Ahora tendrás que aprender a vivir sin mí.

Paco lloró hasta el alba como un animal enfermo. Después los vecinos le comentaron a su hermana:

—Cómo gemía su perro, ¡animalito! ¡Parecía un ser humano!

En realidad era un ser humano que gemía como un perro.

Triste como si se le hubiera quebrado el espinazo. Sin fuerzas, deprimido, Paco volvió a la isla. Las energías que lo animaban a recorrer el terreno, a fortificar la costa, a hablar con los campesinos mallorquines, se le habíann agotado, como si se le hubieran secado las pilas de su motor interno.

Su primo Pacón lo corrobora:

—Dio un bajón... una gran lucha espiritual... nunca lo había visto así.

En el entierro de su madre, en la Almudena, había estado ausente, no se había quitado las gafas de sol y fue Carmina la que tuvo que empujarlo suavemente cuando se terminó la ceremonia de adiós, para que se alejara de ese lugar donde su madre iba a descansar para siempre. Colás, cogido de la mano de Pila, sollozaba como un niño pequeño.

Paco no quiso que avisaran al padre; fue en el único momento en que se le vio un eco de su antigua energía:

—¡Ni se os ocurra! —les dijo a sus hermanos—. ¡Si lo llamáis, no me volvéis a ver el pelo en la vida!

El sol jubiloso de primavera le agredía como un bofetón. A Paco le parecía

imposible vivir en un mundo sin su madre, ¡pensar que en el resto de su vida ya no iba a volver a verla y tendría que acostumbrarse a su ausencia perenne! ¡Aprender a vivir sin mamá!

No bastaba con que Carmina intentara consolarlo:

—Estaremos todos juntos en la vida eterna, volveremos a encontrarnos el día del juicio final...

Paco apenas suspiraba:

—Sí, ya, ¡pero falta tanto!

Perdió hasta los ánimos de jugar con Nenuca, que aprendió que cuando estaba papá delante debía entretenerse en silencio, sin molestar. Carmina se limitaba a cuidar de su bienestar físico, le ponía la comida en el plato, que Paco engullía como un autómatas, y le reprochaba suavemente:

—Disfruta, Paco, es langosta, que tanto te gusta...

Pero pronto desistía, se daba cuenta de que nada podía hacer para paliar su sufrimiento.

Por la noche lo oía llamarla interminablemente:

—Mamaíña, mamaíña...

Solo las cartas de sus hermanos parecían consolarlo. Ramón le enviaba notas cortas y lacrimosas desde Washington:

—Me arrepiento de todo el daño que le hice. ¡Si pudiera repararlo!

Y el hermano, anegado en ternura, lo consolaba:

—No te preocupes, Ramón, has sido un buen hijo, le has dado mucho cariño.

Pilín, la sobrina, le escribía en papel de rayadillo contándole sus planes, «no me casaré hasta que no termine la carrera», «uno de mis profesores es un hijo de don Niceto AlcaláZamora, el presidente de la República», y «mi madre te envía muchos besos». Hasta Colás le contaba que iba a misa todos los días «para rezar por mamá».

Cumplía con su deberes maquinalmente, sin fijarse, pero con la pulcritud habitual. El ministro de Guerra, Diego Hidalgo, se decidió a hacerle una visita, y Paco se obligó a salir de su abatimiento para que el ministro se llevara una buena impresión. Los hombres formaron en perfecta marcialidad, Franco le enseñó los planos de defensa cuidadosamente trazados y le mostró el material del que disponían. La comida se preparó con productos autóctonos, en los que no podía faltar ni la coca de trampó, a base de tomate, pimientos, ajo, cebolla y aceite, ni los sabrosos butifarrones ni la popular sobrasada.

Presidía la mesa Carmina, que espiaba a su marido con cierta alarma, porque parecía distraído pero una tristeza de nuevo cuño se reflejaba en sus pupilas. Con las ensaimadas de postre y el licor de hierbas, Hidalgo se dirigió directamente a Franco y le espetó:

—General, siempre que voy de visita a una guarnición, se deja en libertad a los soldados que sufren castigo como atención al cargo que ocupo.

Sin inmutase, Franco respondió mientras cogía su tacita de café:

—Y así se ha hecho en esta ocasión, ministro.

Hidalgo, animado por la ratafia, osó protestar:

—Hombre, mi general, me han dicho que hay un capitán que sigue en el calabozo.

Franco tensó las mandíbulas y una vena se dibujó en su sien, pero a pesar de todo contestó con corrección:

—Le han informado bien, ministro.

—Déjelo ir.

Hasta Carmina lo miró con perplejidad. Se hizo un silencio en la mesa, pero Franco no se inmutó:

—Si es una orden, no tengo más remedio que acatarla, pero si es una súplica, debo negarme.

Hidalgo, una buena persona pero sin costumbre de tratar con militares de alto rango, titubeó:

—General, lejos de mí enmendarle la plana, es una sugerencia, claro está. Pero dígame, ¿qué cosa tan terrible ha hecho ese oficial para merecer este castigo?

Franco bajó la mirada y la fijó en el mantel. Y respondió lentamente:

—Ha abofeteado a un soldado.

El militar que en África había ordenado castigar a un recluta que se había insolentado con un superior, aquí encerraba en una prisión a un capitán que había abofeteado a un soldado.

Hidalgo paseó la mirada a su alrededor. Franco seguía con los ojos bajos, las largas pestañas sombreaban sus mejillas y no se podía adivinar su expresión, pero todos sus hombres, los oficiales que estaban sentados en la mesa, tenientes, comandantes, el primo Pacón y los soldados rasos que estaban de pie, sirviendo o de vigilancia, le aguantaron la mirada, retadores.

Pasaron unos segundos tan largos como un día sin pan, y ahora fue el ministro de la república el que tuvo que bajar los ojos y mascullar:

—Claro, claro... eso no puede consentirse.

Cuando llegó a Madrid presentó su informe sobre el general Franco, «no divaga jamás, las conversaciones sostenidas con él sobre temas militares me revelaron sus extraordinarios conocimientos, no hay secretos para él en el arte de la guerra, analiza con frialdad la ciencia bélica y con calidez todo cuanto afecta a los soldados».

En octubre Lerroux deja entrar en el Gobierno a tres ministros de la CEDA, que anulan inmediatamente los tímidos intentos reformistas de Gobiernos anteriores. Suprimieron los privilegios fiscales de vascos y catalanes, amnistiaron a golpistas confesos como Sanjurjo, que a pesar de todo no regresó de Estoril, prohibieron las elecciones municipales, detuvieron a cientos de sindicalistas y deportaron a los trabajadores más rebeldes: deportar quería decir que apiñaban a decenas de campesinos en camiones y los dejaban a cientos de kilómetros de sus casas para que tuvieran que regresar sin comida y sin dinero. Se clausuraron locales de sociedades

obreras y se permitió que los latifundistas siguieran tratando a sus aparceros como a esclavos, ¡en algunos lugares continuaba existiendo el derecho de pernada!

Los trabajadores, decepcionados, decretan huelga tras huelga, ¡a cada acción de los anarquistas y socialistas responde el Gobierno con brutales cargas policiales en una espiral de violencia que no permite ni un respiro! Los socialistas al fin deciden promulgar la huelga general, ocasión que aprovecha Companys para levantarse contra el Gobierno central de Madrid y proclamar el Estado catalán independiente. En Asturias, 30.000 trabajadores en huelga paralizan las minas, toman una decena de pueblos y acechan Gijón y Oviedo.

Hidalgo, desbordado por la situación, establece el estado de guerra y toma una medida extraordinaria: llamar a aquel general gallego que tanto le ha impresionado para sofocar la sublevación. «En momentos tan graves, necesité una persona como él, aunque su nombramiento causó extrañeza, ya que no pertenecía al ministerio, pero evalué su eficacia extraordinaria y también el hecho de que había residido largas temporadas en Asturias, tuviera allí intereses familiares y conociera perfectamente la capital, la cuenca minera, la costa y las comunicaciones de la región», se vio obligado a justificarse Hidalgo posteriormente.

Cuando recibió el encargo del ministro, a Franco se le iluminaron los ojos como si le hubieran encendido una lámpara de cien vatios en cada pupila. Se irguió, todo rastro de abatimiento desapareció y se puso en movimiento.

Y Carmina no pudo menos de comentar para sí misma:

—¡A este hombre lo que le da vida es una guerra!

Él mismo lo reconoció en el conato de memorias que le dictó a su médico:

—Yo solo me reconozco en medio de una batalla con un arma en las manos.

Y también:

—La guerra es lo mío.

Vestido de civil para no despertar suspicacias, con la única ayuda de su primo Pacón y de dos oficiales de la armada también ataviados con chaqueta y corbata, no se movieron del despacho donde estaban instalados los telégrafos y teléfonos del ministerio en los catorce días que duraron las revueltas, del 5 al 18 de octubre.

¡En aquel horizonte turbulento, cuajado de tempestades, el telégrafo repiqueteaba en todas las guarniciones exigiendo obediencia y lealtad!

En Zaragoza está al mando el comandante Miguel Campins, el antiguo ayudante de Franco en la Academia de Zaragoza. Paco quiere hablar con él directamente:

—¿Sin novedad, Miguel?

—Sin novedad, general.

En León no hay respuesta. Silencio absoluto. Allí está de comandante el primo Ricardo de la Puente.

Se lo comenta Pacón con cautela:

—No contestan...

La respuesta de Franco es inmediata:

—¡Destitúyelo!

Pacón intenta un arreglo:

—Déjame hablar con él primero, Ricardo debe desconocer la situación...

Pero Franco, que sabe que los dos oficiales de la armada están escuchando y sopesando sus decisiones, es implacable:

—Ese cabrón simpatiza con los mineros... en vez de pegarles tiros les regalará rosas, ¡destitúyelo! ¡Aunque sea mi primo! ¡Y te aconsejo que acates mis órdenes de inmediato si no quieres que te destituya a ti también!

Tan solo unas horas después, a las seis treinta de la madrugada, recibieron este telegrama del general Batet desde Cataluña: «General jefe cuarta división a ministro de Guerra, en esta hora el presidente de la Generalidad cesó hostilidades y se entregó incondicionalmente a mi autoridad». Los anarquistas, que han sufrido en carne propia la represión del Gobierno catalán, no han movido ni un dedo para secundar la acción de Companys, que es detenido y la Generalitat suspendida mientras los mossos de esquadra, su única fuerza leal, se arrancan los uniformes por la calle, arrojan sus armas a las alcantarillas y huyen para no ser reconocidos.

Controlada la situación en casi todo el país, Paco dice:

—Ahora, ¡a por Asturias!

Hidalgo, que se ha levantado de la cama para recibir las noticias de Cataluña y va en zapatillas, indica tímidamente desde la puerta:

—Los soldados de reemplazo no querrán tirar contra los mineros.

Franco se gira y le dice con brutalidad:

—Usted me ha puesto aquí para que le gane esta guerra con mis reglas. ¡No se meta! —Y sin consultarlo, ruge al teléfono—. ¡Que vengan desde Marruecos dos banderas del Tercio y un tabor de Regulares!

—¿Legionarios? —se asusta el ministro—. ¿Es necesario?

—¡Esto es una guerra de fronteras entre el comunismo y la gente de bien, y para defender estas fronteras se necesita a gente dura, que no sepan lo que significa la palabra compasión!

Y sin titubear pide que le pongan con el domicilio particular del teniente coronel Yagüe en Soria:

—Juanito, te necesito, te envío un autogiro para que te deje en la playa de Gijón y te hagas cargo de la ofensiva. —Y con firmeza le dice—: ¡Sin miramientos!

Sin moverse del despacho del ministerio, insomne y nervioso en medio de un griterío ensordecedor, tomando litros de café, Franco dirige la fuerza represiva que debe aplastar a los mineros asturianos, que han asaltado la fábrica de armas de Trubia y se han hecho con miles de fusiles y ametralladoras con los que intentan llegar a Oviedo, aunque los más exaltados se dedican al pillaje y a quemar iglesias al grito de:

—¡Puxa Asturias!

Lo primero de todo es enviar al crucero *Libertad*, antes llamado *Príncipe Alfonso*, frente al cerro Santa Catalina para bombardear Gijón. Franco, desde el gabinete

telegráfico, afina la puntería y señala los objetivos. Es una guerra moderna, un ensayo general de lo que luego será la guerra civil.

Las tropas de Marruecos desembarcan en Gijón, Yagüe toma el mando y avanzan hasta Oviedo, donde ya se han atrincherado los mineros. En su progresión tirotean rebeldes, pero también madres e hijos, y arrasan pueblos enteros. Los moros son los más sanguinarios; violan mujeres y mutilan a los hombres según sus bárbaras costumbres, lo que provoca la protesta incluso de los oficiales gubernamentales.

Yagüe esgrime la vieja disculpa:

—Los otros también lo hacen.

Franco, a su vez, lo apoya:

—Las guerras se ganan con el terror, ¡el miedo al miedo es la mejor arma!

Oviedo queda prácticamente destruida, la catedral profanada y dinamitada, e incendiados el teatro Campoamor, la universidad y la biblioteca, que pierde valiosos libros que nunca se han podido recuperar. Durante tres días, ya sofocada la rebelión, los vencedores se dedican a ejecutar sumariamente a los dirigentes sindicales más destacados. El balance final es desolador: 3.000 muertos en toda España, de ellos 350 militares y 35 sacerdotes. ¡El resto era población civil, hombres, mujeres y niños!

Ese octubre se quedó clavado en la memoria de los asturianos y muchos mineros supervivientes de esos días en que estuvieron a punto de hacer la revolución y proclamar el comunismo libertario les pusieron a sus hijas, como homenaje a los mil cadáveres que cubrieron su tierra, el nombre de Octubrina.

Se dictaron penas de muerte para los cabecillas del conflicto, pero Alcalá-Zamora terminó por indultarles, lo que indignó a Paco:

—¡La victoria es nuestra, y no castigar a los rebeldes que han causado tanto muertos significa pisotear a la clase militar e incitar a los extremistas!

Las figuras importantes de la izquierda, los socialistas Largo Caballero e Indalecio Prieto, que habían sido ministros con Azaña, y el mismo Azaña, fueron encarcelados.

Pero Franco se ha cubierto de gloria, es un símbolo para las derechas conservadoras y al mismo tiempo el Gobierno de Lerroux lo aplaude como al salvador de la república, aunque la izquierda le pone el siniestro sobrenombre de «carnicero de Asturias». Hidalgo lo nombra jefe del ejército en Marruecos, pero el ministro de Guerra que sustituye a Hidalgo, el líder de la CEDA Gil-Robles, le otorga más honores todavía: le concede la máxima autoridad en temas militares de la nación, la jefatura del Estado Mayor.

Carmina, mujer práctica, le advierte:

—Tú ahora no te metas en conspiraciones y locuras, ¡eso que lo hagan los perdedores!

Franco protesta:

—Calla, mujer, qué sabrás. —Pero por si acaso advierte—: Si llama Sanjurjo, dile que no estoy.

Solo permaneció seis meses en ese puesto, pero le dio tiempo a conceder la Cruz del Mérito Militar a Yagüe por su labor en Asturias y a reintegrar a todos sus antiguos compañeros en el escalafón: Mola puede abandonar la venta de juguetes, porque lo nombra jefe del ejército de Marruecos, asciende a general a Varelita, le devuelve a Camilo Alonso Vega el grado de teniente coronel y le proporciona la guarnición de Vitoria, y al capitán de corbeta Pedro Nieto Antúnez le da un destino cómodo cerca de casa, ya que su madre está enferma, jefe del campo de tiro de Marín. A Mohamed al Mizzian lo hace comandante en Melilla y a Campins lo confirma en el mando del Regimiento número 5 de Zaragoza.

Queipo de Llano no necesita su ayuda, que tampoco tendría seguramente, ya que no se profesan simpatía mutua, porque sigue siendo inspector general de carabineros. Un papel no muy importante, pero bien remunerado y que le obliga a viajar mucho, es de suponer que aumentando así las posibilidades de besar a más abadesas enclaustradas, o no, para batirle la marca a Millán Astray, que sigue en la Academia de Zaragoza, donde se dedica sobre todo a enseñar canciones a los soldados, porque el canto «asusta a la muerte».

Carmina ha cambiado de domicilio nueve veces en estos últimos años, pero no se queja, al contrario, celebra cada ascenso de su marido como si fuera un hecho natural:

—Paco, te lo mereces... ¡Tú sí que eres un héroe y no tu hermano Ramón! — Ante la falta de respuesta de su marido, reflexiona en voz alta—. Pero el escritorio de palisandro ya no lo muevo más, porque en cada mudanza pierde una pieza.

El momento cumbre de esta etapa fue cuando Franco acudió a Inglaterra a los funerales de Jorge V en representación del Gobierno español, en enero de 1936. Le gustó el país; entusiasmado, le dijo a su mujer:

—¡Tiene el mismo clima que Ferrol!

Al regreso pasó por París, donde se reunió con el doctor Marañón, al que había conocido en casa de don Natalio Rivas. Mientras paseaban por las orillas del Sena, ambos recordaron la película que habían «interpretado» juntos y Marañón dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Pobre España, cómo se ha degradado desde que no hay rey.

A lo que respondió Franco, emocionado también:

—Todo se calmará, don Gregorio, no hay riesgo de golpe de Estado ni conspiraciones... No se preocupe.

Pero lo cierto es que, después de la Revolución de Octubre, ya no fue posible la marcha atrás en el camino que llevaría a nuestro país a la guerra civil, según el análisis del hispanista Paul Preston. Sainz Rodríguez lo describe con sagacidad:

—¡Si se empieza a caer por un precipicio, no se para uno en medio, se despeña hasta el fondo!

Las clases acomodadas se asustaron y sacaron los capitales del país. El duque de Alba, por ejemplo, se llevó las obras de arte de los sótanos del Banco de España, a su hija Cayetana la envió a Sevilla, donde la creía más segura, y él se fue a Inglaterra:

—Si llaman a la puerta de madrugada sabes que es el lechero.

Por otro lado, las clases trabajadoras, el proletariado, como empezaba a llamársele al modo soviético, alimentaron un odio furibundo contra el Gobierno por la brutal represión que siguió a la revolución de Asturias. Largo Caballero les promete en Zaragoza:

—El día de la venganza está cerca, ¡no dejaremos piedra sobre piedra en esta España que hemos de destruir para rehacer la nuestra!

La diputada socialista Margarita Nelken exigía:

—¡Necesitamos una revolución gigantesca. Queremos llamaradas que enrojecen los cielos y mares de sangre que inunden el planeta!

Y José Antonio se partía el pecho enardeciendo a sus hombres, que en apenas unos meses causaron cuarenta atentados mortales:

—¡La única dialéctica que me interesa es la de los puños y las pistolas! ¡La guerra es un elemento de progreso! ¡Es necesaria!

Mientras, el número cinco de Falange, Ernesto Giménez Caballero, se extasiaba:

—¡La violencia es purificadora! ¡Hay que arrasarlo todo para construir de nuevo!

No hubo más remedio que volver a convocar elecciones para el 16 de febrero de 1936, y las fuerzas de izquierdas, que habían aprendido la lección, se presentaban unidas en el Frente Popular. La CNT, que había propugnado la abstención en comicios anteriores, dejó libertad de voto a sus militantes porque tiene 30.000 hombres en las cárceles que solo saldrán libres si vence el Frente Popular.

Pero todos tienen muy claro que, gane quien gane, la guerra será inevitable. Si triunfan las izquierdas, se levantará la derecha, por el contrario, si quien gana es la derecha, serán las izquierdas las que se rebelarán. Lo dice Durruti, el líder anarquista, en sus mítines:

—¡Hay que ir a votar, y luego, sin saber quién ha ganado, hay que ir a casa a por la pistola!

Los tambores de guerra suenan obsesivamente, cada día más fuerte.

Gana el Frente Popular, se abren las cárceles y se recupera la Generalitat en Cataluña, y el nuevo presidente del Gobierno, otra vez Azaña, lo primero que hace es destituir a Franco de la jefatura del Estado Mayor, aunque todavía no desconfía totalmente de él, al fin y al cabo siempre se ha mantenido al margen de la actividad conspirativa de los otros generales.

Se limita a enviarlo a Canarias para alejarlo de los centros de poder, pero con el máximo cargo en la guarnición. Se lo dice muy claramente:

—A su amigo Goded lo envió a Baleares, a Mola a Pamplona, a Yagüe a Marruecos y a usted a Canarias para alejarlos de la tentación.

Franco protesta:

—Hace mal en apartarme, yo aquí le sería más útil, se necesita un ejército fuerte

para reprimir a los sublevados.

Azaña tiene un gesto de hastío:

—No me venga con esas, general, yo no le temo a las sublevaciones, lo de Sanjurjo lo supe y pude haberlo evitado, pero preferí verlo fracasar.

Se despiden con un saludo seco y frío. Y esos dos hombres que en pocos meses van a ser jefes de Estado de las dos Españas en guerra no volverán a verse en persona nunca más.

A la estación lo van a despedir sus amigos Mola y Varelita, que ha quedado en situación de disponible, y le dicen:

—Si esos cabrones desmantelan el ejército, tenemos que ir a por ellos...

Franco no contesta y mira a su alrededor. No quiere meterse en líos.

Cuando el grupo familiar llega a Tenerife, el 11 de marzo de 1936, Carmina sube a proa desde el camarote con su abrigo de pieles nuevo, aunque hace bastante calor, y un sombrero con plumas digna de la gobernadora militar, que es lo que va a ser durante los apenas cuatro meses que resida en la isla. Pero el muelle está lleno de trabajadores canarios que han ido a recibirles puño en alto, con pañuelos rojos y negros al cuello, cantando *La Internacional*:

*Arriba parias de la tierra,
en pie famélica legión.*

Bajan. La gente, cuando ve a la mujer y la niña, calla. Sin inmutarse, Franco pasa revista a las tropas y después sube a su coche, en el interior lo aguardan Carmina, Nenuca y el inevitable Pacón. De la multitud surge un grito:

—¡Muerte al carnicero de Asturias!

Y la multitud ruge en un vendaval desenfrenado y colérico:

—¡Muerte!

Mientras, España vive en medio de un espantoso caos en el que pueden apreciarse los múltiples matices del vandalismo y la maldad, tanto en la izquierda como en la derecha. En Coruña el párroco de Rodeiro fue apaleado y desmembrado por militantes de las Juventudes Libertarias y su cuerpo exhibido a rastras por las calles del pueblo. Un noble andaluz voló a unos mineros con su propia dinamita atados los unos a los otros para ahorrar candela. Los falangistas mataron a la costurera Juanita Rico, ¡había orinado sobre el cuerpo moribundo del falangista Juan Cuéllar, asesinado por los socialistas!

Todo tiene un aire funestamente provisional, pero en Santa Cruz de Tenerife la pequeña familia del gobernador militar se instala en unas dependencias del primer piso de Capitanía General, en la plaza Weyler, e intenta reproducir su vida de siempre. La única diferencia respecto a sus destinos anteriores es que, cuando van en coche, pueden ver los muros con pintadas hechas con alquitrán, «Franco, asesino» y «Muera Franco», y ahora deben llevar doble vigilancia por miedo a los atentados. De

hecho, por primera vez la familia necesita escoltas para moverse, Paco, Carmina y Nenuca, una presencia constante que ya nunca van a dejar de tener mientras vivan.

Cae Niceto Alcalá-Zamora, Azaña es nombrado presidente de la República y el jefe de Gobierno es ahora el líder de Izquierda Republicana y antiguo ministro de la Gobernación Santiago Casares Quiroga, un gallego enfermo de tuberculosis sin ganas ni energías para retomar la situación, cuyo único mérito es ser íntimo amigo de Azaña.

Pero parece como si todo esto no afectara a Franco, que, con esa pasión recién adquirida por todo lo inglés, se ha aficionado al golf y juega largas partidas con el teniente coronel Lorenzo Martínez Fuset, un abogado andaluz obsequioso y dicharachero que le halaga:

—General, tiene usted un brazo hecho a propósito para este deporte.

Martínez Fuset ha sustituido a su querido subalterno y amigo Miguel Campins, que ahora está en la comandancia de Granada y con el que no ha vuelto a coincidir. En las largas horas que permanecen juntos en el campo de golf, en lugar de hablar de política, Martínez Fuset le cuenta a su superior anécdotas del poeta Federico García Lorca, que fue condiscípulo suyo en Granada:

—Desde pequeño le gustaban las cosas delicadas, era un chico muy sensible, ¡cuando entraba una mariposa en clase, la cogía por las alas y la soltaba fuera!

Franco, con zapatos de clavos, pantalón bombacho de cuadros, gorra con visera y guantes de cuero como un perfecto *gentleman*, comenta:

—No es que me parezca mal, pero eso en Granada y en Ferrol se llama mariconada.

Y aun añade calándose las gafas de sol:

—No se crea, teniente coronel, a mí la poesía me gusta mucho. —Y con su voz atiplada se ponía a recitar—: «Oigo patria tu aflicción / y escucho el triste concierto / que forman tocando a muerto / la campana y el cañón...».

Martínez Fuset, que era un hombre culto y apreciaba de verdad a Federico, con el que se carteaba a menudo y del que se despedía con un abrazo «de tu hermano de corazón», pero que al mismo tiempo quería agradar a su general, no tiene más remedio que mentir con cierta repugnancia:

—Bonito poema, es de Bernardo López García. —Aunque la lealtad al amigo le obliga a añadir—. Pero Federico es una buena persona y un gran escritor...

García Lorca le había dedicado el capítulo Albaicín de su primer libro, *Impresiones y paisajes*, con esta frase: «A mi gran amigo y compañero Lorenzo Martínez Fuset».

Tocando la bola con la punta del palo, Franco puntualiza:

—Pero ¿no es ese que denigra a la Guardia Civil diciendo que tienen el alma de charol?

El teniente coronel contesta recuperándose apenas del asombro al ver que su general conoce los poemas de Lorca:

—Sí, pero eso es una metáfora, ¡son admiradores suyos Giménez Caballero y José Antonio!

De un golpe certero la bola va a parar muy cerca del hoyo, y Franco suelta una carcajada:

—¡José Antonio! ¡Acabáramos! ¡Ese fascista exaltado! ¡Qué sabrá él lo que es poesía!

Y se ríe de «ese señorito andaluz» a pesar de que a José Antonio ya le empezaba a aureolar cierta pátina de mártir; estaba en la prisión Modelo de Madrid acusado de tenencia ilícita de armas. Vivía ya su tiempo de descuento, le quedaban seis meses para morir.

La mujer de Martínez Fuset, Ángeles Pérez Armas, perteneciente a la familia más rica de Canarias, se dedica por su parte a Carmina, como había hecho en Zaragoza Dolores Roda, la mujer de Campins, acompañándola a las tiendas de artesanía de la isla y a las joyerías, donde encarga su primer collar de perlas. De doble vuelta porque, como le dice Ángeles:

—A las que somos así... —duda hasta que al fin encuentra la palabra adecuada —, de cutis muy español, nos van bien las perlas porque nos aportan luz.

El golf hace que Paco incluso quiera aprender inglés, y coge una profesora, Dora Lennard, que le da clase tres días a la semana. Como en Baleares, se dedica a recorrer la isla con el primo Pacón y a estudiar su línea de defensa, traza planos, otea con los prismáticos el mejor emplazamiento y hace excursiones con Carmina y Nenuca. Alguna noche se quedan a dormir en la imponente finca de los Martínez Fuset en la cordillera de Anaga; a Nenuca le gusta jugar con su hija Ángeles, que tiene su misma edad y con la que celebra su confirmación.

A Canarias llegan el ruido y la furia de la península algo amortiguados, o es que quizás a Franco se le ha contagiado el carácter templado de los canarios. En apenas cuatro meses tienen lugar 212 huelgas totales y 228 parciales, en choques con la fuerza pública se registran 1.287 heridos y 269 muertos, y hay 213 atentados de uno y otro signo. El jefe de la minoría monárquica, José Calvo Sotelo, gallego también y al que Franco había conocido asimismo en casa de don Natalio Rivas, denunciaba en el Parlamento que se preparaba un atentado contra su persona. Y sintiéndose amenazado por el mismísimo jefe de la policía, Ángel Gallarza, que le había dicho «encuentro todo justificado, incluso un atentado que le prive de la vida», se dirigía directamente al jefe de Gobierno con palabras trágicamente premonitorias:

—Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas las espaldas... Acepto con gusto y no desdén ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de mis actos, ¡más vale morir con gloria a vivir con vilipendio!

Y, como santo Domingo de Silos, proclamaba:

—Señor, la vida podéis quitarme, pero más ya no podéis.

Corren de nuevo rumores, o es que en realidad no han cesado nunca, de que va a estallar una militarada con el epicentro en Marruecos. Un emisario de la CEDA va a

ver a Franco para convencerle de la necesidad de dar un golpe militar, pero el general le contesta con displicencia:

—De momento no veo motivos.

Sanjurjo, irreductible, desde Estoril promueve otro pronunciamiento militar, tiene cincuenta y cuatro años, pero solo sabe vivir ya en la intriga y en la conspiración. Dice que quiere traer al rey y que este, a los pocos meses, dimita en su hijo Juan. Es el único que se plantea un más allá. Los otros solamente pretenden derrocar el Gobierno republicano para ponerse ellos y luego Dios dirá. Sanjurjo envía a Yagüe, que ahora está al frente del comisariado en Marruecos, para que sondee a Franquito, sabe que son muy amigos, pero Paco contesta de nuevo:

—Es prematuro.

A su mujer le confiesa malhumorado mientras toma el té, otra costumbre inglesa a la que se ha aficionado:

—No voy a arriesgarme a meterme en un golpe mal preparado.

Carmina le da la razón mientras mordisquea una pasta en forma de palmera:

—No, Paco, haces bien, que tú tienes mucho que perder. Azaña te respeta y volverá a darte un destino importante en Madrid. —La pasta es demasiado dura y Carmina, que tiene la dentadura delicada, la deja suavemente en su platito de porcelana Wedgwood, toda la vajilla completa compuesta por sesenta piezas la ha comprado en un anticuario—. Al fin y al cabo tú eres el militar más respetado de la república.

Paco se asombra:

—¿No estás harta de traslados? ¿Es que no te gusta Canarias?

Sería la primera vez que la oyera quejarse de algo, pero Carmina se apresura a aclararle:

—Claro que me gusta, pero creo que tú puedes servir para destinos más altos... para... para...

Y como no se le ocurre nada, es Nenuca la que salta:

—¡Para rey de España!

Y todos celebran la gracia de la hija, que tiene diez años pero piensa como una persona de cincuenta. Como dice Pila:

—Esta niña nació vieja.

Hasta José Antonio había realizado antes de entrar en la cárcel una propuesta desesperada a José Moscardó, gobernador militar de Toledo y jefe de la academia:

—Mis falangistas y sus cadetes podrían dar un golpe conjunto.

Moscardó lo consulta con Franquito, que dictamina desdeñosamente:

—Vaya plan más disparatado.

Franco nunca llega a simpatizar con José Antonio, lo confiesa Serrano Súñer: «Hice varios intentos para aproximarlos, organicé incluso una reunión entre los dos

en mi casa de la calle Ayala, pero Franco solo habló de armamento y cañones porque se notaba que no tomaba en serio a José Antonio, y este me dijo que el general no le inspiraba ni simpatía ni confianza».

Franco en realidad consideraba a José Antonio un petimetre, un don Juan sin ningún apoyo popular. Y en parte tenía razón en sus juicios: José Antonio, siempre impecablemente vestido conduciendo su imponente Chevrolet, era apasionado y mujeriego a pesar de la fama de ángel asexuado que la propaganda política quiso imponerle después de muerto. Sus contemporáneos hablaban de su mirada azul que le confería aire nórdico y decían que tenía «la apariencia de vivir una existencia fácil, con muchos planes femeninos y concurrencia veraniega incesante a reuniones y comidas mundanas». Lo más opuesto a la austeridad cuartelera del general Franco.

José Antonio simultaneaba un noviazgo más o menos formal con Pilar Azlor y también con la hija del duque del Infantado, que terminó haciéndose monja, con sus amores clandestinos con la despampanante esposa del agregado rumano, del que se decía que era homosexual y había sido amante de Marcel Proust. Elizabeth Bibesco, diez años mayor que él, tenía numerosas *liaisons*, y sus habilidades sexuales y refinamiento erótico la convirtieron en una leyenda en un país en el que las mujeres decentes solían hacer el amor con sus maridos sin descubrir su cuerpo.

Se decía que Elizabeth iba desnuda debajo de su leve traje de gasa para estar disponible en cualquier momento, y que sabía hacerse penetrar sin que nadie se diera cuenta, sin cambiar de expresión, en lugares públicos. Se murmuraba que había estado con más hombres en una noche que la misma Mesalina y que a veces se velaba el rostro para que los que se acostaran con ella no pudieran reconocerla. Pero, a pesar de esta supuesta promiscuidad, se enamoró perdidamente de José Antonio y cinco años después de su muerte le dedicó una novela, *El romántico*.

Y también tenía razón Franco cuando afirmaba que la Falange seguía siendo un partido minoritario, a pesar del ruido que hacían: en las últimas elecciones solo había sacado el 0,7 por ciento de los votos, apenas 44.000.

El general Orgaz, gran amigo de Paco, desterrado en Las Palmas por el ministro de Guerra, lo acompañaba al campo de golf para poder apremiarlo:

—Franquito, decídate de una vez, hombre, que la sublevación es una perita en dulce que al final se va a comer otro general.

Franco respondía tirando bolas:

—Sois como niños haciendo batallas con soldaditos de plomo. ¡Vais muy alegremente a una guerra que será larga y sangrienta! El ejército está dividido y los soldados se lo pensarán mucho antes de sumarse a la rebelión. ¡Y el problema será que ya no habrá marcha atrás, y si fracasamos, todos seremos fusilados!

Se hacía visera con la mano para ver dónde había ido a parar la bola mientras por dentro se decía:

—Será cursi el tío este con su perita en dulce.

Los generales al final tiraron la toalla:

—¡Lo haremos con Franquito o sin Franquito!

Y le aplicaron el irónico apodo de «miss islas Canarias 1936».

Queipo, que siempre iba un poco más lejos que sus compañeros, le llamaba «Paca, la culona».

El golpe de Estado se prepara, una vez más, sin ningún secreto. Mola, valeroso, inteligente y sin escrúpulos, se convierte desde Pamplona en «el director», y bajo su batuta el plan avanza rápidamente. De él dice como elogio José Antonio: «Es tan buen militar que parece alemán y no español». Sanjurjo, desde Estoril, es «el jefe», y llevado por su incurable optimismo, está seguro de que esta vez el golpe no fallará. Cuentan con Yagüe, Varela, Camilo, Cabanellas, Fanjul, Goded, ¡el único del grupo que sigue resistiéndose es Franquito! Él, a sus clases de inglés, a su té de las cinco, ahora reza el rosario con Carmina, su hija, la mademoiselle y el servicio todas las tardes a las ocho, y todas las mañanas madruga para ir a jugar al golf. Hace proyectos para pasar el verano en Escocia.

Sanjurjo y Mola se desesperan y vuelven a intentarlo. Envían a su cuñado, Serrano Súñer, a que hable con él, pero el abogado se queda perplejo cuando Franco le comunica que:

—Quizás podría sumarme al golpe desde el extranjero.

Serrano Súñer cree que lo que frena a su cuñado es el temor a perder su carrera si el golpe fracasa y le comunica que ha hablado con Juan March:

—Y me ha garantizado que a los militares que tengáis que exiliaros si el golpe no triunfa, os pasará una cantidad al mes de por vida para que podáis vivir dignamente. Las mismas dos mil pesetas que estás cobrando ahora.

Franco se pone en pie enfurecido:

—Pero ¿qué propuesta más deshonrosa es esa? ¿Tú piensas que yo soy un mercenario? ¡Yo me hice militar y juré legitimidad a la república porque creí que era la mejor para la patria y porque yo no sabía que iría a parar en esto! —Demudado y con gran complejo de culpa, porque faltar al juramento de obediencia y lealtad es lo peor para un militar, grita—: ¡Yo no traiciono a la república, es la república la que me traiciona a mí!

Se deja caer en el sillón con la cara entre las manos. Ramón no sabe qué hacer. Franco prosigue con la voz ahogada:

—Nunca aceptaría nada para mí, además soy muy consciente de que si me rebelo y fracaso, seré pasado por las armas...

Asustada por los gritos, Carmina aparece en la puerta con Nenuca de la mano. Paco les hace un ademán para que se retiren.

Se instala entre los dos hombres un largo silencio, y Franco al final le dice a su cuñado, sin mirarlo a los ojos:

—Ahora, si a mí me pasa eso... sí confío en que la situación de mi mujer y mi

hija no cambien... te responsabilizo, Ramón, su futuro queda en tus manos.

El cuñado lo acepta, pero aun así protesta:

—Paco, saldrá bien, la razón está de nuestra parte...

Y con esa mezcla de astucia y emoción que desconcierta a sus amigos, Franco pregunta:

—¿Y ya habéis repartido las carteras si ganamos? Porque ya sabrás que yo quiero el Alto Comisariado de Marruecos.

Serrano, que ya cree que se ha metido a Franquito en el bolsillo, concede el Alto Comisariado de Marruecos y también la Luna, la Vía Láctea y todo el sistema planetario si fuera menester, pero Franco echa abajo sus esperanzas:

—Aún no me he decidido.

En realidad, hasta el 14 de julio Franco no decidió unirse al alzamiento. En la madrugada de ese día, salió del cuartel de Pontejos en Madrid la camioneta número 17 con un escuadrón de guardias de asalto al mando del capitán de la Guardia Civil Fernando Condés. Pocos días antes unos falangistas habían asesinado al teniente Castillo y la prensa de izquierdas pide venganza.

Calvo Sotelo había tratado de dar explicaciones sobre el asesinato de Castillo esa misma mañana en las Cortes, pero Margarita Nelken lo había interrumpido con furia:

—¡Los verdugos como tú no tienen derecho a hablar!

Pasionaria, sin embargo, calló hasta el fin del parlamento, y sentenció señalándolo con el dedo al resto de los diputados:

—Este hombre ha hablado hoy por última vez.

Calvo recogió sus papeles con serenidad mientras desde las filas de los representantes del Frente Popular se le gritaba:

—¡Morirás con los zapatos puestos!

La camioneta número 17 se detuvo frente al número 89 de la calle Velázquez, domicilio de José Calvo Sotelo:

—Diputado, vamos a la Dirección General de Seguridad para hacerte unas preguntas.

Calvo Sotelo se despide de su mujer Enriqueta y de sus hijos, que ya estaban en la cama, diciéndoles:

—Volveré pronto si estos señores no me pegan cuatro tiros.

La familia y los amigos de Calvo empezaron a buscarlo con latido presuroso y angustiado en ese amanecer bochornoso; no estaba ni en la DGS ni en ningún centro de detención. Por fin, se informa de que un cadáver había sido echado en la puerta del depósito del cementerio del Este. Hasta allí fue Pedro Sainz Rodríguez:

—Tenía la cabellera revuelta y la pernera del pantalón arremangada, se le veía una pantorrilla, peluda y blanca.

El Sol del 14 de julio describió así el cadáver del diputado: «Estaba vestido con un traje azul claro, llevaba zapatos marrón, calcetines grises y el sombrero, que se hallaba a su lado, era también de color gris claro. Tenía la cara y la ropa manchadas

de sangre, una herida de bala en el ojo derecho, otro orificio en la región occipital y una bala en el pecho, a la altura del corazón».

En su entierro, su amigo y compañero de partido Antonio Goicoechea dijo.

—José, no te ofrecemos que roguemos a Dios por ti, te pedimos a ti que ruegues a Dios por nosotros... imitar tu ejemplo será el mejor camino para salvar a España.

Sainz, hombre frío, refractario al llanto, se echó a llorar sin vergüenza delante de todos. Azaña, al enterarse de la tragedia, dice:

—¡Esto es la guerra!

E Indalecio Prieto pronostica:

—¡Será una batalla a muerte!

La prensa es pesimista. En *La Vanguardia* toma la pluma su propietario para escribir con amargura:

—España está bárbaramente escindida entre Lenin y Hitler. ¡Ya se oye el ruido de los disparos!

A Canarias la noticia llegó a mediodía. La profesora de inglés lo contó luego:

—Franco entró en clase demudado, de color gris, parecía diez años más viejo, no pudo concentrarse y dio por finalizada la lección, casi no podía hablar, ¡fue la última vez que lo vi!

Ya había manifestado a Mola que se unía a la sublevación.

Ese día, por la tarde, tuvo que asistir a un acto presidido por el gobernador civil, Manuel Vázquez Moro, quien al final dio el preceptivo y obligatorio:

—¡Viva la república!

Y Franco no pudo aguantarse y dijo con la voz rota llena de odio:

—¡Cállese, imbécil!

La sombra de lo inevitable recorre España; será una batalla a última sangre. Los anarquistas emiten un comunicado que todos escuchan con el ánimo estremecido: «¡Nosotros no defendemos la república, pero combatiremos sin tregua al fascismo y derrotaremos a los verdugos históricos del proletariado español! ¡Ojo avizor, camaradas! ¡En pie de guerra, compañeros, contra la conjura monárquica y fascista!».

De hecho, de los veintiún generales de división en servicio activo, tan solo se sublevaron cuatro: Franco, Goded, Queipo de Llano y Cabanellas, pero cuando se supo que Franco cooperaba, los oficiales reaccionaron espontáneamente con el grito de:

—Franquito está con nosotros, ¡hemos ganado!

Los planes del «director» destinaban a Franco al frente de las tropas de África.

Carmina no interviene, pero lo mira todo con sus grandes ojos llenos de miedo. Intenta interrogar a Paco, que se desase de ella sombríamente. Las crónicas franquistas nos contaron luego que había permanecido serena y con total confianza en su marido. La realidad es que no paró de llorar y se aferraba a él con desconsuelo

gimiendo:

—¡Todas nuestras ilusiones se han venido abajo! Qué te va a pasar, Paco, no te veremos más... es una locura, ¡qué voy a hacer sin ti! —Y le ponía a la hija delante —. ¿Quieres dejarla huérfana? Por tu hija, por la santa memoria de tu madre, Paco, no hagas locuras.

Pero la decisión está tomada y un militar nunca se vuelve atrás en sus decisiones. Con frialdad, Paco las aparta. Como Jesús en el Gólgota, ha aceptado su destino.

Su primer deber es separarse de su mujer; ya ha asumido que necesita su energía al cien por cien y Carmina y Nenuca deben irse de España. Ha encargado a Martínez Fuset que consiga dos pasajes en el barco alemán *Wald* con destino a El Havre y ha telefoneado a la antigua *gouvernante* madame Claverie, quien ha accedido a alojar en su casa de Bayona a su añorada pupila y a su hijita. La francesa, que no sabe muy bien de qué va todo, comenta con amarga satisfacción:

—Yo ya sabía que esta boda le iba a traer problemas a mi Carmina, ¡si don Felipe levantara la cabeza!

Es la única disposición que toma Franco respecto a su familia. En esta hora crucial no piensa ni en sus hermanos ni en sus sobrinos, tampoco en su padre, que, con otro lenguaje, declarará más tarde a su nieta Pilín algo parecido a lo que piensa madame Claverie:

—Yo ya me imaginaba que uno de esos generales fascistas que estaba conspirando contra la república y faltando a su juramento de lealtad y obediencia era el hijo de puta de mi hijo.

El 17 de julio Franco embarcó junto a su mujer y a su hija en el vapor de la Transmediterránea *Viera y Clavijo* rumbo a Las Palmas. En la base de Gando está esperándole el *Dragon Rapide* procedente de Londres manejado por el piloto inglés Cecil Bebb, un aparato comprado por el periodista de *ABC* Luis Antonio Bolín por orden de su director, Juan Ignacio Luca de Tena, utilizando dinero de Juan March. Debe transportar a Franco, al primo Pacón y a un oficial de la armada a Tetuán. Allí los recibirá el teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, que ha arrestado y sustituido al primo Ricardo de la Puente, comandante que se mantiene fiel a la república.

Sus compañeros le dicen:

—Siendo primo de Franquito poco durarás en el calabozo.

Y Ricardo de la Puente contesta con desesperanza:

—Precisamente porque es mi primo y lo conozco, sé que no me salvará.

Como había hecho Alfonso XIII cinco años antes dejando atrás a su familia en peligro confiando en el buen hacer de sus gentilhombres, Franco deja a su mujer y a su hija en el momento en el que estalla en el país nada más y nada menos que una revolución. Su «gentilhombre» es Martínez Fuset, quien responde con su vida de las de Carmina y Nenuca. Franco ni siquiera se despidió de ellas, que tuvieron que quedarse unas horas en el hotel Madrid, pues el barco alemán no llegaba hasta el día

siguiente. Lo último que vio fue el rostro de su hija en la ventana con los tirabuzones brillantes enmarcándole el rostro y su manita sonrosada diciendo adiós.

Pero en el hotel no están seguras, la noche tropical se llena de angustiosos presagios, hay tiros aislados en la ciudad, los «pacos» se instalan en las azoteas y disparan sobre los transeúntes, se oyen bocinazos y las sirenas de los barcos, se decreta huelga y Martínez Fuset saca a escondidas a Carmina y a Nenuca y le pide al capitán del barco *Uad Luad* que las deje permanecer en un camarote hasta que llegue el *Wald*. Fueron unas horas muy tensas que pasaron lentamente, unas horas cargadas de amenazas porque la marinería se rebeló contra sus oficiales y las dos mujeres solo salvaron la vida porque todos, excepto el capitán, desconocían la identidad de aquellas dos enlutadas que permanecían en su camarote rezando. Oyeron botellas rotas contra el suelo, gritos, carreras y el himno anarquista:

*A las barricadas, a las barricadas,
por el triunfo de la confederación.*

Se habían cerrado por dentro, pero el pestillo era frágil y con un culatazo hubieran podido entrar, y seguramente esos hombres no hubieran tenido piedad con la mujer y la hija del «asesino de Asturias». Fue una noche larga, insomne, preñada de miedo y desesperación, las dos tumbadas en una litera, cubiertas de sudor en medio de un calor asfixiante, pensando que habían llegado sus últimos momentos.

Por fin atracó el *Wald* y fueron sacadas a escondidas protegidas por cuatro hombres contratados por Martínez Fuset. Carmina llevaba a su hija abrazada y le iba susurrando:

—No pasará nada. Papá, esté donde esté, nos está cuidando.

Papá estaba en los cielos, volando rumbo a Tetuán para hacerse cargo de las tropas marroquíes, sus legionarios, ¡sus chacales!

Millán Astray estaba dando unas conferencias en Argentina, pero, según contó después, en medio de una charla oyó el grito de: «¡A mí la Legión!» y dejó a todos plantados para coger un billete y en estos momentos está viajando rumbo a España para sumarse, viejo, mutilado, enfermo, al alzamiento.

Pacón intenta interceder por Ricardo de la Puente, pero Paco no puede permitirse el lujo de sentir compasión en esos momentos, ni de dar ejemplo de debilidad ni de favorecer a sus familiares, y lo borra de un plumazo:

—Lo que ha hecho es muy grave, ha agujereado los depósitos de los aparatos que estaban en el aeródromo para que no podamos utilizarlos, merece pena de muerte y tú lo sabes. —Y aún se gira a su primo y le dice—: En realidad tuya es la culpa, ¡tenía que haberlo destituido durante la revolución de Asturias, y no lo hice por ti! ¡No hubiéramos llegado a esto!

Pacón mira pensativamente a su primo y se da cuenta de que la guerra le ha extirpado los sentimientos personales, se los ha aspirado como una bomba de

gasolina y solo queda el militar puro y duro. Y para consolarse musita las palabras de Napoleón: «Si yo recordara que mis soldados tienen familias, incluso que son familia mía, no sería un buen general ni podría ganar la guerra».

—Pero, Paco, tendremos que matarlo nosotros... Acaba de casarse...

Franco se encoge de hombros:

—Haberlo pensado antes.

Sin saber qué se iban a encontrar exactamente en el aeropuerto y por consejo de Pacón, Franco decide disfrazar algo su aspecto. Después de dudarlo, en seco, con una navajita de bolsillo, y mirándose en el reverso del reloj, se afeita el bigote. Lo que dio pie a que un incorregible Queipo de Llano pudiera decir más tarde:

—En realidad lo único que ha sacrificado Franquito por España ha sido el bigote.

7. EL GENERALÍSIMO (1937-1940)

Un Packard de color negro, sucio de polvo, atraviesa la noche a toda velocidad; los faros iluminan intermitentemente los árboles pintados de blanco que bordean la exigua carretera que va de Valladolid a Cáceres. Trescientos veinticinco kilómetros. Estamos a 23 de septiembre de 1936, hace dos meses y cinco días que hay guerra y en el asiento trasero del coche, una mujer muy delgada, que parece mayor de los treinta y cuatro años que tiene en realidad, vestida de luto, acaricia los rizos oscuros de la niña que dormita sobre sus rodillas y que de vez en cuando gime:

—Papá, papá.

La mujer se enjuga los ojos con un pañuelito de encaje mientras suspira:

—Pobre tía Isabel.

Un hombre alto, sentado incómodamente frente a ella en un sillín abatible, se inclina y le coge la mano:

—Sí, Carmina, ya sé que te hizo de madre... murió como una santa... No pudo recuperarse del interrogatorio de esos sinvergüenzas que le preguntaban por ti y por Paco. ¡Me dijeron que esos canallas la habían empujado al suelo! ¡A una anciana!

Carmina solloza mientras el hombre prosigue implacablemente:

—¡Tu tía quedó tan quebrantada que se negó a tomar alimento o a beber! Estaba en Infanzón y el médico dijo que se había muerto sin más, que no tenía nada... solo que había perdido las ganas de vivir.

La mujer detiene por un momento su llanto y le dice con furia al hombre:

—¡Los rojos no tienen corazón!

—Eran anarquistas, del mismo pueblo, ¡qué van a tener corazón! Si yo te contara las brutalidades que están cometiendo; al párroco de Torrijo lo han crucificado como a Cristo, ¡lo dejaron tres días clavado en una cruz! —Se acerca más a la mujer, que abre los ojos, asustada—. En Ciudad Real han arrojado a ochocientas personas a una mina y las han cubierto de cal, piedras, tierra; agonizaron durante semanas, sus lamentos se oían sin que nadie tuviera compasión...

La mujer se estremece como saliendo de un mal sueño y se pone el dedo en los labios señalando a la niña.

Después musita:

—Perdóname, Pacón, tú también llevas lo tuyo, ¡ni siquiera te he dado el pésame por lo de tu hermano Hermenegildo y tu sobrino Luis!

Pacón se encoge de hombros y suspira:

—Sí, los marineros del *Libertad* los asesinaron y los lanzaron por la borda... Son cosas de la guerra... —Saca un enorme pañuelo y se suena ruidosamente, su sobrino tenía tan solo diecisiete años, y repite—, cosas de la guerra, pero qué cabronada...

Se instala el silencio en aquel coche que conduce a la mujer del general Franco

junto a su marido, que dirige la guerra desde Cáceres. Después de dos meses en Bayona con Nenuca, incomunicadas, amenazadas de muerte, escondidas, todavía lleva el miedo en el cuerpo. Pacón, que las ha ido a buscar a Valladolid, donde las ha depositado Martínez Fuset, le pregunta por la *gouvernante*. Carmina tiene una sonrisa triste:

—Pobre madame Claverie; no nos quería dejar marchar, ¡nos tenía secuestradas! ¡Figúrate que Lorenzo Fuset tuvo que llamar a Camilo Alonso Vega para que viniera en su auxilio! ¡No podía con una viejecita arrugada de ochenta años!

Pacón le pregunta a la niña, que se ha despertado y bosteza:

—Y tú, rapaciña, ¿cómo lo pasaste en Bayona?

Y Nenuca, a la que se le ha puesto un gracioso acento francés, cuenta que ha ido al colegio (será la única vez que lo haga en su vida), pero que no podía decirle a nadie que su papá era ese señor que estaba haciendo la guerra en España. Y pregunta:

—Y los primitos, tío Pacón, ¿cómo están?

Carmina y Pacón intercambian una mirada. La familia, como tantas en aquella España sacudida por un golpe brutal e instantáneo, se ha resquebrajado totalmente. A Pila le ha sorprendido en Puentedeume, donde estaba veraneando. Más tarde comentará con humor:

—Mi hermano se subleva y yo sin enterarme.

Los rojos la han perseguido y le han puesto una pistola en el cuello, y aun ahora, ya toda Galicia en manos de los sublevados, no está segura, porque los guerrilleros bajan de los montes con intención de asesinarla. Su marido está desaparecido. Y la hija mayor, Pilín, ha dado a luz sola en un hospital de Madrid, y luego ella, su hijo Toñuco y sus dos tías ancianas han ido a parar a la cárcel de mujeres de Valencia, mientras su marido está encarcelado en la prisión madrileña de Porlier. Por nada, simplemente por ser parientes del general sedicioso. Ramón Serrano Súñer está preso también, en la cárcel Modelo de Madrid, junto a sus dos hermanos. Su mujer, Zita, con solo veintitrés años y ya tres hijos, y la otra hermana de Carmina, Isabelina, han quedado en Madrid, en zona «roja».

Pero todavía hay algo peor. Carmina baja la voz:

—Me contó Camilo lo del primo Ricardo de la Puente...

—Sí, ya es mala suerte que la primera sentencia de muerte que ha firmado Paco haya tenido que ser la de su primo.

Carmina pregunta con cautela:

—Pero ¿era inevitable?

Pacón se quita las gafas y las limpia cuidadosamente con su pañuelo. Se las vuelve a colocar y se pone a mirar por la ventanilla. Al cabo de unos minutos responde:

—Había que hacerlo, Carmina, en esos momentos era necesario mantener una rigurosa disciplina, ¡bonito hubiera estado que el general indultase a quien había causado tantas bajas entre nuestros hombres! Y simplemente por ser su primo. Todos

estaban pendientes de él; hubiera sentado un precedente horroroso...

Carmina suspira:

—No, si yo ya lo entiendo... —vuelve a enjugarse los ojos—. Menos mal que mi pobre suegra no está viva para ver todo esto... Ni mi padre...

Pacón lanza una risotada sin alegría:

—Hablando de padres... sabrás lo que ha pasado con el tío Nicolás... Estaba desaparecido, su casa vacía, y cuando ya nos temíamos lo peor, resulta que se había ido a pasar el verano al Ferrol, y cuando entraron allí los nuestros, lo primero que hicieron fue ir a rendirle homenaje...

La mujer pregunta con curiosidad, olvidando por unos momentos sus desgracias:

—Pero ¿él que hacía en Ferrol?

Con embarazo, el primo responde:

—Mujer... la casa de la calle María es suya y de la tía Gildita, una vez muerta la pobre tía Pilar. Ya podía ir, claro, lleva a esa Agustina y la gente le hace el vacío... Cuando fueron los periodistas a preguntarle qué le parecía la nueva España, ¿sabes qué les contestó?

Carmina niega con la cabeza.

—«¡Ni España había llegado a menos ni mi hijo a más!».

—¿Y Paco qué dice?

Pacón se encoge de hombros:

—¡Nada! Todo esto lo ha averiguado Colás. Paco nunca jamás ha hablado de su padre.

Carmina apoya la frente en el frío cristal de la ventanilla, con la mirada perdida en la noche. Pacón sabe lo que está pensando. Y prosigue en tono monótono, como si sus sentimientos estuvieran anestesiados.

—Pero Paco no es una persona insensible, ¡yo lo he visto sufrir mucho con el asunto de Miguel Campins! —La mujer mueve la cabeza a un lado y a otro, como no queriendo enterarse—. ¡Mucho! ¡Lo he visto llorar!

Porque Miguel Campins, el segundo de Franco en la Academia de Zaragoza, y también su amigo, que acababa de tomar posesión de la Capitanía General de Granada, se negó a sumarse a la sublevación cuando se lo propuso Queipo de Llano espetándole:

—¡Yo contigo no voy a ninguna parte!

Queipo enrojeció de ira ante este insulto.

Solo cuando el general Campins se enteró de que Franco estaba detrás del golpe, decidió sublevarse, pero Queipo pudo entonces tomar cumplida venganza del desprecio sufrido:

—Demasiado tarde, eso nos ha causado retrasos en la conquista de Andalucía y muchas bajas. Merece ser pasado por las armas.

Aunque algunos autores sostienen que Franco no se movió para salvar a su amigo, hay testimonios fiables que afirman lo contrario. Queipo, el general en jefe de

las fuerzas que operaban en Andalucía, era la autoridad máxima de la misma forma que Franco lo era entonces de las fuerzas que operaban en Marruecos y Canarias, además se creía, por veteranía y edad, por encima de Franco, sesenta y un años frente a cuarenta y cuatro. Por lo tanto, Franco no tenía poder sobre él y lo único que podía hacer era suplicarle el indulto de Campins.

Y así lo hizo en decenas de cartas dirigidas a Queipo de Llano, con el que sin embargo evitó cuidadosamente encontrarse. Sabía que el general, de comportamiento altamente inflamable, respondería con chulería a sus súplicas, con lo que el enfrentamiento sería inevitable. ¡Y en esos momentos en los que se estaba pariendo una revolución, lo menos indicado era la desunión en los mandos!

Era el primo Pacón el que entregaba estas misivas, la última pocas horas antes de que Campins fuera fusilado. Encantado de poder fastidiar a Franquito, su rival, a «Paca la culona», a «miss Tenerife 1936», Queipo rompió la carta delante de Pacón sin abrirla y le dijo tajantemente:

—Basta ya de este enojoso asunto, dile a tu general que no me escriba más, Campins será fusilado mañana por traidor, no merece que nadie se preocupe por él... tiene que morir. —Y añadió con descaro—: Se le fusila porque me sale de los cojones, aunque sea primo del lucero del alba, y porque se lo merece.

Y dejó ver que la herida en su orgullo que le había causado Campins seguía abierta:

—¿Pues no me ha dicho este tío que conmigo no va a ninguna parte? Pues el que no va a ir a ninguna parte, pero esta vez de verdad, será él.

La indecisión de Campins tuvo también consecuencias más allá de su muerte: el hecho de que al final consintiera en unirse a Franco, pero que fuera fusilado por los golpistas, ha propiciado que este mártir de la guerra civil no sea reclamado por ninguno de los dos bandos contendientes y no figure en ningún panteón de héroes.

—Salí de Capitanía con el corazón en un puño. ¡Queipo estuvo frío como un témpano!

Pacón enciende un cigarrillo, que tiembla un poco entre sus dedos, y abre la ventanilla, la brisa húmeda les golpea como un bofetón, los faros del coche se abren paso a través de una niebla amarillenta. Todo tiene un aire fantasmal:

—Era domingo, el 16 de agosto, ¡no lo olvidaré nunca! Nosotros estábamos en Sevilla también, en el palacio de la marquesa de Yanduri, fusilaron a Campins al amanecer contra las murallas de la Macarena, a dos pasos de donde estábamos, tu marido se encerró en su habitación sin querer ver a nadie... No ha vuelto a hablar de él, pero yo sé que eso no se lo va a perdonar a Queipo nunca...

Otra vez Carmina vuelve a suspirar:

—Pobre Miguel... con lo buena persona que era...

—Sí que lo era, comulgó y murió serenamente, no quiso que le vendaran los ojos...

Por la noche, Queipo de Llano, que se ha convertido en el mayor propagandista del golpe hablando diariamente por Radio Sevilla desde Capitanía General con desgarro popular y un lenguaje zafio y grosero, exclama ante el micrófono con voz aguardentosa:

—¡Qué pena me dan las mujeres rojas, se quedan sin sus maridos maricones... pero ahí están nuestros soldados para que se enteren cómo son los hombres de verdad y se llenen la barriga con la simiente de hombres de verdad!

Y añade en un arrebatado de chulería:

—¡Con la piel de los rojos nos haremos petacas!

El poeta gaditano Rafael Alberti le dedicó estos versos al general Queipo de Llano, del que se decía que hablaba generalmente en estado de ebriedad:

*¡Atención! Radio Sevilla.
Queipo de Llano es quien ladra,
quien muge, quien gargajea,
quien rebuzna a cuatro patas.
¡Radio Sevilla, señores!
Aquí un salvador de España.
¡Viva el vino, viva el vómito!
Esta noche tomo Málaga;
el lunes tomé Jerez;
el martes, Montilla y Cazalla.*

Pacón se ha quedado tan abstraído que se quema con la punta del cigarro, que arroja por la ventanilla dejando un arco de chispas, y dice como para sí mismo:

—En Sevilla ha corrido demasiada sangre.

Parece como si los instintos más feroces del ser humano, largamente reprimidos, hubieran explotado en una orgía de violencia que amenaza con devorarlo todo.

Militares republicanos, sindicalistas, políticos de izquierdas o de la CEDA, el alcalde doctor Labandera, o el presidente de la Diputación José Manuel Puelles, pero también mineros, trabajadores y campesinos, maestros como Laureano Talavera y médicos como los doctores José Carmona, Jesús Martínez o Relimpio y hasta sacerdotes como don Trinidad que se oponen a esta barbarie, son asesinados. Queipo es taxativo en el bando que dirige a la población:

—Pasaremos por las armas a todos los prisioneros de guerra, y a los que intercedan por ellos.

Y Mola, el «director», al mando ahora del ejército del norte, también ha dejado claras sus instrucciones:

—Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros.

Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado.

En el otro bando, Pasionaria repite, inflamada como una flor carnívora:

—¡Más vale ser viuda de un héroe que mujer de un cobarde! ¡Lucha numantina!

El presidente de la República, que sigue siendo Azaña, le dice a su cuñado:

—Cipri, estoy de sangre hasta aquí. —Y se señala el cuello—. ¡Nos ahogaremos todos!

El destino de España se decide por la violencia del odio y de las armas.

Llega un momento en que tanto las propias autoridades republicanas como las «nacionales», como se llama ahora a los sublevados, a los que quieren salvar de la muerte los ingresan en las cárceles para protegerlos de las hordas desatadas. Pero ya nadie está seguro en esta España de «fango, sangre y lágrimas», como la describe el diputado radical Diego Martínez Barrio. No se está seguro ni siquiera en prisión. Azaña encarcela a su amigo Melquiades Álvarez, jefe del Partido Reformista, en la Modelo «para que los descontrolados no te vayan a buscar a tu casa».

Da igual. Los descontrolados entran en la cárcel y lo matan a él, a cuatro exministros de la república, a Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio, y a Julio Ruiz de Alda, el que fuera compañero de Ramón Franco en el *Plus Ultra* y después cofundador de la Falange. El mismo ministro socialista Indalecio Prieto fue a la Modelo para tratar de impedir esa carnicería, y sintiéndose impotente, cogió a uno de los milicianos por la camisa y le dijo:

—¡Imbécil! ¡Hoy hemos perdido la guerra!

Claro que en el otro lado el comportamiento es el mismo. Los falangistas o los guardias civiles entran sin papel ni orden en las cárceles donde los «rojos» esperan juicio para llevárselos de madrugada en las «sacas» que pronto se harán tristemente célebres en toda España. En cualquier punto de la carretera hacen bajar de las camionetas a los presos a culatazos y les pegan un tiro sin molestarse en apuntar bien. Si no aciertan, repiten. A patadas apartan los cuerpos y los abandonan en la cuneta, a merced de las alimañas. Al líder andalucista, el notario Blas Infante, lo asesinan así, en la madrugada del 11 de agosto, en el kilómetro 4 de la carretera de Carmona a Sevilla, junto a otras cinco personas. Casi muerto en el suelo, con un hilo de voz, aún gritó con esa triste heroicidad final que nunca se sabe si es auténtica o una invención bienintencionada de sus partidarios:

—Viva Andalucía libre.

Aunque se cree que su cuerpo fue a parar a la fosa común del cementerio de San Fernando, hasta el momento no ha podido ser identificado.

A este despliegue de horrores, a la atrocidad de este verano sangriento, le canta el poeta sevillano y falangista Joaquín Romero Murube:

No te olvides, hermano, que ha existido un agosto
en que hasta las adelfas se han tornado de sangre [...].

Por la noche pasaban los carros de la muerte

colmados de un silencio de carnes y pizarras.

No se salvan tampoco los poetas. Federico García Lorca es asesinado por republicano y maricón. Lo detienen el 16 de agosto, cinco días después que Blas Infante y también en la carretera, pero en la que va de Víznar a Alfacar. Como en el caso de Infante, tampoco su cuerpo ha sido encontrado.

José Antonio Primo de Rivera, preso todavía en la cárcel de Alicante, que no se ha sublevado y sigue siendo por tanto «zona roja», dice al enterarse del asesinato de García Lorca, al que admiraba y con el que se veía a escondidas:

—Qué locura es esta... ¡matar al mejor de nuestros poetas! —Y aquel hombre violento y guerrero, dulcificado por la estancia en la prisión y la proximidad de un juicio en el que se le va a pedir pena de muerte, añade—: ¡Hay que parar esta guerra que sumirá a mi patria en el caos y la ruina!

Carmina no conoce a Blas Infante, que en otro tiempo, en otra vida, fue amigo y correligionario de su cuñado Ramón, el aviador, ni tampoco a García Lorca, compañero infantil de Martínez Fuset, ni siquiera a José Antonio, al que tan solo vio fugazmente en la boda de Zita. Pero sí se acuerda de su amiga Dolores Roda, la mujer de Campins, ¡su viuda ahora!, que la acompañaba a los anticuarios en Madrid y Zaragoza, y pregunta tímidamente:

—¿Y Dolores?

Pacón, repentinamente viejo, le responde:

—Le escribió una carta a Paco preguntándole quién había matado a su marido. — Parece que vaya a conmovirse, pero inmediatamente se rehace y dice con voz severa —. Esa carta circula entre los rojos, que la aprovechan para resaltar la crueldad de Franco...

Cuadra la mandíbula, el brillo de sus ojos se endurece, con un puño golpea la palma de la otra mano:

—¡Ellos, esos rojos de mierda, también han matado al general Goded en el castillo de Montjuich de Barcelona! ¡Y al general Fernández Burriel, dos por el precio de uno! —De pronto hinca la barbilla en el pecho, se deshace—. ¡Manolo Goded, que fue compañero mío en la academia! Era el más presumido de todos nosotros y quiso morir con traje de general, ¡hasta con fajín! Se fumó un cigarrillo mirando tranquilamente los preparativos del pelotón y lanzó la colilla al mismo tiempo que le disparaban... —Y con la voz entrecortada por la emoción, puede continuar a duras penas—: Y a Fanjul lo han fusilado en Madrid. ¡Y a su hijo! ¡Y a su mujer!

Carmina se tapa la cara con las manos:

—¡No me cuentes nada más, Pacón! ¡No quiero saber nada más!

Pero el primo aún añade sombríamente:

—Ya se lo decía Paco a los otros generales. Esta no será una escaramuza, no es una guerra con soldaditos de plomo sino con hombres y mujeres de verdad, y la sangre no será pintura... esto no será cosa de días...

No es cosa de días, y los generales, poco a poco, se dan cuenta. En realidad la figura de Francisco Franco, el último en unirse al alzamiento, se ha ido consolidando y la de los demás generales ha ido decayendo.

Algunos han disminuido tanto, que incluso se han muerto. Dos días después de la sublevación, el 20 de julio, Sanjurjo se subía alegremente al avión que debía llevarlo de Estoril a Burgos para ponerse al mando de la revolución como jefe supremo.

Era el momento cumbre de su vida.

La avioneta, una frágil Puss Moth de dos plazas, dio unos capotazos y cayó a tierra, Sanjurjo pereció abrasado. Su piloto, Ansaldo, que sobrevivió con quemaduras leves, contó que probablemente el aparato llevaba exceso de peso: el general era muy grueso y además se había empeñado en llevar un enorme maletón con todos sus uniformes, espadines, condecoraciones, gorras, capotes, para lucir gallardamente en aquella España en guerra. Llevaba esperando este momento cuarenta años, ¿iba a perder la oportunidad de pavonearse delante de todos aquellos que nunca habían creído que tenía madera de héroe?

Mola, «el director», estaba a cargo del ejército del norte, pero su prestigio había disminuido porque no había conseguido avances significativos. Sin embargo, Franco, con sus legionarios, sube desde Sevilla en dirección a Madrid arrasando Extremadura y todo lo que se le pone por delante como una máquina de picar carne precisa e implacable.

Pacón le toca el brazo con suavidad a la mujer cuando ya están entrando en Cáceres:

—Prepárate, Carmina, que a Paco lo van a nombrar más que general, más que jefe de Gobierno, más que presidente...

Y Nenuca, despierta ya del todo, dice:

—¿Ves, mamá?, rey de España como yo te había dicho.

En la puerta del palacio de los Golfines de Arriba hacen guardia dos legionarios, pecho descubierto, mangas arremangadas, la borla del chapiri ondeando sobre la frente. Cruzan las armas en forma de aspa delante de la puerta, pero Nenuca, sin temor ninguno, pasa por debajo gritando:

—Papá, papá.

Pacón la atrapa por el cuello del vestido y le dice:

—Cuidado, Nenuca, papá está reunido... No sé cuándo lo podrás ver...

Carmina lo mira levantando una ceja y el primo se disculpa:

—Sí, perdona, las cosas han cambiado mucho, vienen oficiales de toda España a recibir órdenes y diseñar estrategias, los minutos están contados, ¡hay veces en que se conciertan reuniones a las cinco de la mañana! ¡Yo no sé de dónde saca la energía Paco! Hoy se está preparando la toma de Toledo; han venido Vareleta, Juanito Yagüe y El Mizzian.

—¿El Alcázar? —pregunta Carmina—. ¿Van a liberarlo por fin?

—No lo sé —contesta Pacón—. La idea es que Yagüe lleve a las columnas a tomar Madrid, pero hay sesenta mujeres, niños, monjas, sacerdotes que llevan dos meses sitiados por los rojos en el Alcázar de Toledo, dicen que han muerto ya varios niños y quizás Paco decida desviarse y liberarlos, aunque eso signifique perder Madrid de momento...

Nenuca hace pucheros y refunfuña:

—Papá ya no me quiere.

La madre mira a Pacón y se agacha hasta ponerse a la altura de su hija. Y le dice:

—Nenuca, papá va a ayudar a unos niños como tú que están presos y pasan hambre desde hace mucho tiempo.

La niña se cruza de brazos, enfurruñada, sin querer escuchar, y ahora es Pacón el que se arrodilla a su lado para explicarle:

—Sí, neniña. Hace dos meses que el coronel Moscardó, que es un militar amigo de tu padre, se ha encerrado en el Alcázar donde los dos estudiamos cuando éramos pequeños, hay niñas como tú, sus madres y unas monjitas de la caridad, y los rojos quieren que se rindan.

Ya interesada, Nenuca pregunta dejando a un lado su enfado:

—¿Y qué es rendirse?

—Ir con una bandera blanca y dejar que te hagan prisionero... Los milicianos y las milicianas, porque las mujeres rojas son como hombres y también disparan, han rodeado el Alcázar y no dejan que pasen alimentos ni agua... Pero el coronel Moscardó es muy valiente, tan valiente que, ¿sabes lo que hicieron los rojos?

Nenuca deniega con la cabeza, ya cautivada por el relato.

—Lo llamaron por teléfono y le dijeron: «Si no te rindes vamos a matar a tu hijo». ¿Y sabes qué contestó el coronel Moscardó? —La niña vuelve a denegar en silencio—. ¡El Alcázar no se rinde!

—¿Y qué pasó con su hijo?

—¡Lo mataron! ¡El padre oyó por teléfono el disparo que acabó con su vida!

Nenuca hace pucheros otra vez:

—¡Pero eso es ser muy malo!

Pacón se pone de pie y se sacude el polvo de los pantalones:

—No, Nenuca, eso es ser un héroe. —Y girándose hacia su prima, les dice—: Venid conmigo.

El palacio tiene el aire de un enorme campamento. Unos biombos separan una mesa del resto del salón y Carmina oye una risa familiar, se acerca y ve a un hombre en mangas de camisa con las manos cruzadas en la nuca y un cigarro entre los labios. Es Nicolás, su cuñado, que se levanta tan ágilmente como le permite su prominente barriga:

—Hombre, cuñada, qué alegría, ¡ya sabíamos que llegabas hoy! ¡Paco me ha preguntado cincuenta veces!

Se abrazan. Carmina ve sobre la mesa una botella de coñac y unos vasos, y un

rótulo escrito a mano: secretaría general. Colás sigue su mirada y se disculpa:

—Nos arreglamos como podemos, esto es un caos.

En silencio, Carmina pasea la vista a su alrededor con cierto desagrado. Es un lugar de hombres, lleno de humo, huele a cerrado, los muebles están apiñados en una esquina cubiertos de polvo, cortinones ajados cuelgan de las ventanas. Unos legionarios fuman negligentemente apoyados en sus bayonetas, Millán Astray tiene a uno cogido por el cuello y le va dando un licor oscuro que el otro bebe entre toses y risas, mientras le dice:

—Bebe, chacal, no me seas maricón.

Cuando ve a Carmina, suelta al legionario y hace el saludo fascista con su único brazo, gritando:

—¡Viva la muerte!

Carmina tiene un gesto de contrariedad y no le contesta. Detrás de una mesa primorosamente tallada pero cubierta con un mantel con lamparones, el gordo Sangroniz apenas cabe en una estrecha butaca frente a dos o tres sillas donde se sientan unos extranjeros cargados de cámaras. Colás explica con cierto cachondeo:

—Ese es el Ministerio de Asuntos Exteriores...

Los extranjeros son el cámara Leon Brut y los periodistas franceses Jean D'Esme y León Ferrández, que es nieto de españoles y traduce a sus compañeros porque Sangroniz, a pesar de ser el ministro de Asuntos Exteriores y hombre culto e ingenioso, como confiesa él mismo:

—No hablo ningún idioma exterior al español.

Este equipo de rodaje fue el primero que tomó imágenes de Franco dirigiendo la guerra, un documental de 18 segundos distribuido en Francia por Pathé Journal.

Suena un teléfono y Colás lo descuelga. Tapando el auricular con la mano le comenta a su cuñada:

—Creo que te han preparado una dependencia arriba, al lado de la habitación de mi hermano —mira a Pacón, que asiente—, pero aquí estaremos cuatro días, no te preocupes, nos vamos a Salamanca, al palacio del Obispo, vendrán allí las mujeres...

Rápidamente, Carmina pregunta:

—Ah, sí, ¿quiénes?

Nicolás, impaciente y aun tapando el auricular, contesta:

—Isabel, mi mujer, en cuanto dé a luz, y Elvirita, la de Millán Astray; nuestro hermano Ramón sigue en Washington, pero ya ha presentado su dimisión a las autoridades republicanas, como es natural, y viene a ponerse a las órdenes de Paco... Está destrozado con el asesinato de Ruiz de Alda. —Cambia de voz y dice al teléfono—: Mola, Nicolás Franco al aparato, tenéis que venir todos el lunes, tú, Kindelán, Cabanellas, esta desunión no puede continuar, se ha de centralizar el mando en una sola persona y Sanjurjo ha muerto, habrá que votar...

Carmina se aleja con paso rápido, seguida por Pacón. Sale del cuarto y en el pasillo se enfrenta a él:

—Oye, yo también voy a llamar a mis hermanas y sus maridos, se ha de planificar bien la evasión de Ramón Serrano Súñer de la cárcel, si no aquellos locos lo matarán...

Pacón se lleva las manos a la cabeza:

—Pero, Carmina, eso no es posible. Esto es un cuartel, es como si estuviéramos en una tienda morisca, no hay condiciones ni medidas de seguridad...

Carmina lo mira con dureza. Ha aprendido mucho en este tiempo al lado de Franco y cree que se ha ganado el derecho a mandar.

—Ya hablaré yo con Paco, pero necesito sentirme acompañada por los míos... Y a mi hermano Felipe también me lo voy a traer, seguro que a Paco le será útil...

Pacón mueve incrédulamente la cabeza y después se encoge de hombros:

—Haz lo que quieras, tú eres la generala, pero tendrás que arreglártelas sin mí, yo ya le he dicho a mi primo que quiero un mando efectivo... que no me siento a gusto siendo solo ayudante, quiero luchar como los otros compañeros...

Carmina se gira y con ojos encendidos le grita señalándole el pecho con el dedo:

—Tú te quedas aquí para resolverlo todo, ¡no voy a estar incomodando a Paco con temas domésticos! ¡Tú lo arreglas todo, como has hecho siempre!

Algo molesto, Pacón responde:

—Oye, que yo no soy vuestra criada.

Carmina está a punto de decir algo, pero se calla en el último momento, se miran los dos en el pasillo, un moro que hace guardia se quita la colilla del labio para poder escucharlos mejor, al final la generala concede:

—Pacón, si te digo todo esto es por la gran confianza que tengo en ti; te necesito, sin ti no podríamos movernos, y la tarea de Paco le impide prestarnos atención y yo lo entiendo, y creo que tú también debes entender que aquí tu presencia es necesaria. —Pacón se ablanda y hace un gesto de disculpa con las manos—. Y ahora, si no te importa, me enseñas algún sitio donde podamos esperar la niña y yo sin molestar a nadie.

—Sí, sí, claro —le dice el hombre, que la lleva a una salita desvencijada, con dos butacas incómodas y una cama de campaña, y detrás de un cortinón un lavabo con su jarro y un cubo y hasta toalla y jabón de piedra.

—Aquí es donde duerme el general.

Sobre una de las butacas, una guerrera de la que cuelgan los botones casi a punto de desprenderse. Con un suspiro Carmina la coge y le pregunta al primo:

—¿No tendrás por ahí una aguja e hilo?

Nervioso, Pacón le pregunta al legionario de guardia:

—¿Aguja e hilo?

El legionario al ordenanza:

—¡Aguja e hilo!

Al final la cantinera aparece arrastrando las zapatillas con un carrete de hilo y una tosca aguja de coser embutidos y la mujer del general se pone pacientemente a

reparar los botones.

Con las primeras luces del alba aparece Paco. Se sitúa delante de ella, más delgado, moreno, con los ojos parpadeantes y vidriosos, la guerrera desabrochada sobre el cuello fuerte. Ella se levanta y hunde su cabeza en el hombro, que huele a sudor y a humo. El general se limita a decirle:

—Por fin has llegado.

Nenuca duerme en la butaca, pero cuando oye a su padre, se incorpora frotándose los ojos. Lo mira:

—Tú no eres papá.

Paco se acerca a ella y trata de besarla, y Nenuca se pone a chillar:

—¡Tú no eres mi papá, tú no eres mi papá!

Carmina la riñe:

—Pero qué cosas tienes, ¡claro que es papá! —y se gira a su marido, disculpándola—. Es que como te has quitado el bigote...

Años después Carmen Franco contó de ese día: «Mi padre tenía otra cara, en esos dos meses se le había encanecido el cabello y cambiado la expresión totalmente, yo notaba que pasaba algo extraordinario...».

Paco mira a su hija y ve en sus ojos horrorizados lo mucho que le han cambiado estos dos meses de guerra. Se pasa la mano por la cara tratando de borrar el cansancio. No se arrepiente de las muertes que ha causado su actuación, si alguien trata de llamarle la atención sobre la violencia practicada por sus tropas, se limita a contestar secamente:

—No se inmiscuya usted en temas militares.

África le ha enseñado a no dar valor a las vidas humanas. Ni siquiera a la suya propia. Si pudiera, él mismo acudiría a la primera línea del frente empuñando un arma mojándose las manos en sangre como hacía en Marruecos, sintiendo el silbido de las balas, la excitación del combate, la euforia de estar él vivo y los demás muertos. Vicente Gil, hijo del doctor Gil de San Cucu de Llanera, que lo acompañaba al frente como ordenanza, cuenta que mientras iban por la carretera cerca de Madrid les fue interceptado un día el paso por un bombardeo de artillería de los enemigos. Millán Astray le dijo:

—General, métete en esa gatera.

Franco miró con sorna a Vicente Gil mientras contestaba al Glorioso Mutilado:

—De aquí no me muevo.

Todos corrieron a refugiarse excepto Gil y él, que estuvieron retándose, sonriendo, impávidos en medio de un intenso bombardeo que, milagrosamente, los dejó ilesos.

En otra ocasión, en la batalla del Ebro, comían Franco y Gil una tortilla de patatas en el puesto de mando cuando llegó la aviación. Gil, tranquilamente, dijo:

—Mi general, los aviones enemigos.

—Te equivocas, son los nuestros.

—Son los Martin Bomber.

—Bueno, ¿y qué? ¿Tienes miedo?

—No, mi general.

—Pues yo tampoco.

Y Franco se mantuvo impasible, «sin ni siquiera parpadear», hasta que se terminó la tortilla, mientras las bombas volaban un puesto de municiones que estaba a unos metros de ellos.

Gil era un muchacho de poco más de veinte años y puede comprenderse su inconsciencia, pero Franco era un hombre maduro de cuarenta y cinco, con graves responsabilidades en una guerra en marcha, y solo pueden explicarse estos insensatos actos de valor porque, según contaba aquel:

—El general disfrutaba, por muchas balas que pasasen por nuestro lado no se preocupaba jamás porque tenía gran fe en la providencia y estaba convencido de que no le iba a pasar nada, ¡tenía *baraka*!

Pero en este pequeño cuarto de Cáceres, por primera vez desde que ha empezado la guerra, contemplando los rostros de las dos personas que más quiere, su mujer y su hija, girados hacia él sin parpadear apenas, Franco tiene un instante de debilidad y se lleva la mano al pecho con una terrible sensación de vértigo.

Carmina le pregunta, preocupada:

—¿Qué te pasa?

Paco respira hondo, el ataque de ansiedad se desvanece sin dejar huella y para disimular se mete la mano entre los botones de la camisa, hurga en su pecho y saca un trozo de franela con un Sagrado Corazón bordado. Le dice a su hija:

—Mira, Nenuca, acércate. —La niña, aún recelosa, se pone de puntillas para mirar aquello—. Se llama «detente», porque detiene las balas, así no le pueden hacer daño a tu papá.

Y guardándose otra vez el escapulario, le comenta a su mujer en tono ligero:

—Los moros se vuelven locos con los «detentes», creen que son unos amuletos que dan *baraka*.

Carmina sonrío y Paco susurra acariciándole la cara:

—Es el primer gesto limpio que veo en dos meses.

De pronto mira el reloj y dice, acelerado, enseñándole la cama de campaña.

—Duerme ahí, yo todavía tengo trabajo, diré que me pongan un catre a tu lado.

Carmina lo observa con devoción:

—Muy bien, no te preocupes por mí, mientras Pacón pueda atendernos no te voy a molestar...

—Claro, Carmina, ya le voy a dar órdenes de que se ponga a tu disposición en todo.

La mujer le insinúa:

—Pero quizás eso le parezca un trabajo menor y prefiera estar en el frente...

Con un gesto, Paco descarta esta posibilidad:

—¡Quiá! ¡Que se quede aquí contigo!

Abrochándole la guerrera con dedos diestros, la mujer le dice sintiendo sus ojos rendidos clavados en su frente:

—También me gustaría traer a mis hermanos y los cuñados...

Sonriendo, su marido la mira intensamente:

—Lo que tú digas, generala, ¿algo más?

Carmina termina de abrocharle los botones y le da un ligero empujón hacia la puerta. Paco se va, pero antes de salir se vuelve y le brillan los ojos:

—Estoy muy contento de que hayáis venido.

Cuatro días después, en la dehesa de Antonio Pérez Tabernero, a treinta kilómetros de Salamanca, mientras los toros pastan mansamente la hierba verde como rafia, como si no hubiera ninguna guerra y el mundo estuviera en paz, los generales Queipo de Llano, Mola, Kindelán, Cabanellas, Dávila, Orgaz, Saliquet y Gil Yuste escogen a Franco como generalísimo y jefe supremo. Acaba de liberar el Alcázar de Toledo, aunque esto les haya supuesto perder Madrid, pero esta gesta mítica se convertirá en una leyenda que se ha ido transmitiendo de generación en generación y que contribuirá a la mayor gloria del ejército sublevado.

La liberación del Alcázar es un éxito en una materia que entonces no se había inventado: marketing. Hay autores que incluso dudan de la versión de la muerte del hijo del coronel Moscardó, ya que la encuentran sospechosamente parecida a la historia de Guzmán el Bueno. Las investigaciones apuntan a que el hijo de Moscardó sí fue pasado por las armas, pero un mes después de lo que nos cuentan los cronistas «azules».

Cuando Franco fue a felicitar a los supervivientes que habían sufrido dos meses de asedio por parte de los milicianos republicanos, lo recibieron en el patio de armas oficiales y soldados, cadetes, guardias civiles, paisanos, todos rotos, sucios, desgredados, con miradas llenas de fiebre. Y grupos de mujeres y niños extenuados y macilentos. Se adelantó el coronel Moscardó, alto, severo, con la barba descuidada, demacrado, con un brazalete negro atado en la manga en recuerdo de su hijo, y le dijo cuadrándose:

—¡Mi general, sin novedad en el Alcázar!

Franco contestó:

—Nada ambicioné tanto en la vida como liberar el Alcázar.

El corresponsal del *Daily Express*, escribió:

—Fue la escena más dramática que he visto... Aquellos espectros humanos medio muertos de hambre oprimían con sus manos unas armas ya inútiles, pero no se atrevían a abandonar el Alcázar, debían aprender a vivir de nuevo, ¡tenían miedo! Hasta que vieron a Franco y se volvieron locos, se abrazaban los unos a los otros, daban vivas, lloraban...

Saldrá un periódico con este nombre, *El Alcázar*, se harán sellos de correos, canciones, películas, poemas, y el coronel Moscardó será ascendido a general,

condecorado con la Laureada de San Fernando y más tarde se le concederá el título nobiliario de conde del Alcázar de Toledo con Grandeza de España.

Hace solo un día de todo esto, con una noche de por medio en la que nadie ha dormido, y aunque Franco está cansado y con las botas polvorientas aún, sin afeitarse y con profundas ojeras, aparece, a los ojos de los otros generales, aureolado de un resplandor simbólico. Apenas se atreven a dirigirle la palabra y, por supuesto, a la hora de votar para jefe, nadie se atreve a proponer otro nombre que no sea el suyo.

A Paco le parece natural, y ya no recuerda cuando su máxima ambición, hace tan solo tres meses, era ser alto comisario de Marruecos. Alrededor de la mesa, el único que va sin uniforme es Nicolás. El ganadero Pérez Tabernero, que se ha retirado discretamente dentro de la casa, pregunta:

—¿Y ese quién es?

—El hermano del general Franco.

Y el hombre comenta:

—Es el que lo ha conseguido todo.

Se ha dado cuenta de que tras su aspecto de *bon vivant* indolente y perezoso hay un estratega de raza que ha ido hablando uno a uno a todos los generales para convencerles de que, para ganar la guerra, se necesita contar con un mando único que asuma todos los poderes, el militar y el político. Nicolás Franco consigue también que se suprima el añadido «mientras dure la guerra», es decir, que el mando de Franco durará mientras dure él.

Todos levantaron su copa para brindar. Franco miró uno a uno a estos hombres, compañeros suyos de armas, al anciano general Cabanellas con sus largas barbas blancas, masón y republicano, que ambicionaba también el mando supremo, a su odiado Queipo de Llano, con las manos tintas de sangre de su amigo Miguel Campins, al esquinado Mola, que morirá en accidente de aviación un año después, y se sintió ya distinto de todos ellos. Mejor, más completo. Más fuerte.

Sin ninguna tara.

Solo él podrá llevar a su ejército a la victoria. En realidad, solo él tenía fe en la victoria, y así lo dijo, mirándolos uno a uno a los ojos:

—La suerte está de nuestro lado... os llevaré a lo más alto... ¡o moriré en el empeño!

Quizás en ese momento se cumplió la venganza sobre su padre, quizás se acordó de la madre adorada. Nada sabemos, nada advirtieron sus compañeros, que solo vieron a un hombre empuñando el vaso con la misma fuerza con la que empuñaba el fusil desde hacía treinta años, diciendo con voz bronca:

—¡Os prometo que mi pulso no temblará!

Se acuña para Franco el nombre de Generalísimo y Caudillo. ¡Franquito ha desaparecido, nunca más volverá a asomar la cabeza! Y la misma Iglesia, el obispo catalán Pla y Deniel, destinado en Salamanca, le da su apoyo y describe el enfrentamiento, no como guerra, sino como «cruzada».

También le presta su palacio para que se instale en Salamanca, donde estará durante un año. Un palacio destartado, lleno de corrientes de aire y de ratones, infectado por las pulgas y los piojos, en el que se deben poner apresuradamente cuartos de baño y un rudimentario servicio de agua caliente. Como le cuenta confidencialmente a Carmina el padre Bulart, el secretario del obispo:

—Su eminencia era tan piadoso que solo se lavaba una vez al mes, con una palangana de agua fría.

Estarán un año en el que Carmina apenas verá a su marido. Tiene en su despacho unos caballetes que sostienen tableros con inmensos mapas y planos topográficos, enfocados por la luz vivísima de unos proyectores, siguiendo al minuto el avance o el retroceso de las tropas, «pero nunca sabías si estaba o no estaba, porque se desplazaba al frente continuamente», cuenta Carmen Franco. Vicente Gil relata que o bien en un tren especial de tres vagones, o en camiones o avionetas, recorría cientos de kilómetros para visitar las primeras líneas e inspeccionaba el terreno hasta saber dónde estaba colocada cada batería, cada unidad de defensa.

A veces, por las noches, para entretenerse, sus ayudantes le preguntaban:

—Mi general, ¿dónde están las dos tanquetas Fiat?

Y Paco se ponía a sonreír, hacía girar un pulgar sobre el otro y calculaba con su voz en tono menor:

—Ahora se habrán desplazado a siete kilómetros de Illescas, precediendo a la caballería de Monasterio —y se quedaba callado y se levantaba de pronto para transmitir una orden—, pero creo que será mejor que se desplacen hacia Navalcarnero...

Llevaba en su cabeza todas las unidades que tenía en el frente, la posición que ocupaban y el nombre de todos los mandos. Si eran moros, incluso hablaba con ellos en árabe.

Y árabe habló con su hermano Ramón cuando se presentó en Salamanca desde Washington para ponerse a sus órdenes. Con un traje de civil arrugado y lleno de manchas, se acercó a él tímidamente. La última vez que se habían visto el importante era Ramón, y Paco era tan solo uno de los veintinueve generales de división que había en España. Ahora era el Generalísimo, tenía poder sobre la vida y la muerte de miles de personas y había permitido que se fusilase a su primo hermano Ricardo de la Puente y a su íntimo amigo Miguel Campins. Ramón había sido diputado de izquierdas, había conspirado y tirado bombas y había gritado hasta quedarse ronco:

—Viva la república, la tierra para quien la trabaja.

No se atrevió a pasar del umbral del despacho, adonde lo había conducido un frío Pacón. Con los ojos bajos, Ramón aguardó, como un empleado caído en desgracia. Su hermano, que estaba departiendo con el padre Bulart, cortó la conversación en seco y lo miró. Titubeante, Ramón avanzó unos pasos. De una zancada Paco llegó hasta él y le pegó un abrazo:

—*Salam aleikum.*

Y el hermano contestó:

—*Aleikum salam.*

Y se mantuvieron un momento abrazados en un llanto silencioso y macho recordando a la madre.

Ramón dijo con la voz rota:

—Pienso en ella todos los días.

El padre Bulart carraspeó, y Paco cogió a su hermano por el hombro, lo llevó frente al enorme mapa que ocupaba una pared entera y le fue contando cómo estaban las posiciones de los dos bandos. Y después, sin mirarlo, le preguntó:

—¿Quieres intervenir? —Y al ver que el hermano asentía, continuó—: He pensado darte el mando de la base aérea de Baleares, ¿qué te parece?

Ramón abrió los ojos con incredulidad. Él temía ser fusilado y resulta que le daban uno de los cargos más importantes del ejército. Tragó saliva y objetó:

—Se quejarán los otros militares...

—Que se quejen...

Argumentó con turbación:

—Por el primo Ricardo no pudiste hacer nada, ni por Campins...

Franco respondió con dureza:

—No pude hacer nada porque era solo general, pero ahora soy el Generalísimo.

Al hermano se le humedecieron los ojos y guardó silencio. Después musitó:

—Sé que lo haces por mamá.

Con voz sorda y un recuerdo doloroso a los fusilados, Franco respondió:

—Lo hago por mí.

Los otros generales protestaron, ¡vaya si protestaron! Kindelán, general jefe del aire, envió a Franco una carta severísima, «los aviadores muestran su unánime deseo de que tu hermano no sirva en aviación con mando efectivo, los hay que solicitan incluso que sea fusilado, ya que es masón, ha sido comunista y ha provocado matanzas sin fin... por mucho menos han sido fusilados jefes y oficiales...». Pero Franco ya se sentía lo suficientemente fuerte como para no rectificar la decisión tomada, aún más, nombró a su hermano teniente coronel de Infantería y le concedió el mando supremo de las islas Baleares.

Aunque Ramón fue mal recibido en Mallorca, nadie se atrevió a nombrarle el tema a Franco ni él volvió a mencionarlo.

La guerra está en su apogeo, los cuatro puntos cardinales de España huelen a pólvora y el palacio arzobispal vibra febril y ajetreado sin conocer sosiego ni de día ni de noche. Franco no come, no duerme, apura los termos de café, y cuando la hija va a darle un beso, la mira como si no supiera quién es y tarda unos segundos en articular:

—Hola, Nenuca.

Ni siquiera va al cuarto de baño. Hasta el punto de que cuando Millán Astray fue a Roma, a recabar ayuda a los fascistas, cuando estos le contaban los méritos del

Duce, berreaba en su macarrónico italiano:

—*Il nostro caudillo si pasa cuatordice ore en la mesa de trabaglio sin levantarse ni per meare.*

Franco movía las banderitas que señalaban las posiciones sobre los mapas en silencio, o daba órdenes tajantes en voz baja a los miembros de su Estado Mayor, pero en ocasiones también gritaba tanto que su voz traspasaba las puertas y podía oírse en todo el palacio:

—Si esos muchachos vuelven a desobedecer mis órdenes y se ponen a tomar posiciones que no se les han asignado, los mandaré fusilar, ¡aunque luego tenga que ir a ponerles la Laureada encima de los féretros yo personalmente!

El 12 de octubre se decide reinstaurar la fiesta de la Raza que los republicanos habían suprimido. Aunque coincide con el descubrimiento de América, nadie sabe muy bien qué se conmemora, pero es una gran excusa para hablar de la supremacía de la raza hispánica, porque al filósofo Ramiro de Maeztu se le ha ocurrido que si existe la «capra hispánica» bien puede existir el «homo hispánico», muy superior al hombre de las otras razas, por supuesto.

Por haber discurrido esta teoría, un tanto absurda, hay que reconocerlo, ha sido fusilado por los republicanos en las tapias del cementerio de Aravaca pronunciando él también una frase que se haría inmortal:

—Vosotros no sabéis por qué me matáis, pero yo si sé por qué muero, ¡para que vuestros hijos sean mejores que vosotros!

En su abundante producción filosófica, habla mucho de don Quijote como representación literaria del hombre español.

No, de la mujer no se dice nada, pero a pesar de eso, Paco le advierte a Carmina:

—Como yo estaré en el frente, tendrás que presidir tú la fiesta del Día de la Raza.

Porque el Día de la Raza se celebrará con un acto en el paraninfo de la universidad, con el rector, autoridades y todo el protocolo habitual. Será su primer acto oficial como primera dama. Todavía no se la ha adjudicado el título de Señora, es doña Carmen, la generala, y sigue siendo Carmina para los suyos

Algo nerviosa, le pregunta a Martínez Fuset, que se ocupa de los servicios jurídicos del nuevo Gobierno y que vive también en el palacio arzobispal:

—Pero ¿presidir? Lorenzo, ¿tendré que hablar?

Obsequioso, Fuset le dice que ni pensarlo:

—Será un acto tranquilo... el rector, Unamuno, ¡es de los nuestros! Aunque es una buena persona, vino el otro día a pedir clemencia para un pastor protestante encarcelado, amigo suyo. —Y se ríe bonachonamente—. Don Miguel es un ancianito gruñón pero inofensivo.

Sí, sí, inofensivo.

Carmina estuvo pensando todo el día qué ponerse. Al final se decidió por un traje chaqueta negro muy entallado y de hombreras acentuadas, y un pañuelo de seda blanco en el cuello, y se hizo peinar por su cuñada Isabel, que no hacía más que

reprocharle:

—Qué pelo más rebelde tienes, hija, no te coge la permanente...

Isabel, la mujer de Nicolás, está «muy subidita», como le dice Carmina a su marido. Colás tiene mucho poder, es el que se queda al mando cuando Paco viaja, y además Isabel en Salamanca está en su elemento, porque es prima de los ricos del lugar, los encopetados banqueros Coca, que la llenan de obsequios y atenciones para su hijo recién nacido, al que llaman Niky. Incluso un día llegó un ramo de flores «para la señora Franco». Carmina se apresuró a recogerlo y a llevarlo a sus modestos aposentos, y cuando ya estaba distribuyendo las flores en varios jarrones, entró la pizpireta doncella francesa de Isabel a decirle con descaro:

—Son *paga mi señoga*.

Cuando entró en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, Carmina, aquella asturianita que se había casado con el comandantín en contra de la opinión de su padre, miró a su alrededor y se dio cuenta de que había triunfado. En las trincheras se estaban muriendo miles de muchachos, pero ahí, en medio de intelectuales, obispos y militares, con el brillo de las medallas centelleando sobre los pechos de las guerreras, con las boinas rojas de los requetés, las casullas arzobispales, las camisas azules de los falangistas, los desenfadados atuendos legionarios, todos puestos en pie para recibirla, se sentía como una reina. Presidían Unamuno, Millán Astray y el obispo Pla y Deniel, y en primera fila, con unas pieles alrededor del cuello a pesar del calor asfixiante que hacía, abanicándose con el programa del acto, su cuñada Isabel lo miraba todo con cierta displicencia.

Carmina se dispuso a escuchar. Primero tomaron la palabra varios oradores disertando sobre Hernán Cortés, Pizarro, Cisneros y un rey godo llamado Alarico del que Carmina no había oído hablar nunca, pero como todos hacían las oportunas comparaciones con su marido, la generala no tenía más remedio que asentir gravemente:

—Como Viriato, que defendió a la tribu lusitana frente a Roma, como un nuevo César entre los Césares, como el Cid Campeador...

Carmina se adormece un poco e imagina que si su marido es el Cid Campeador, ella será doña Jimena. Y todavía no le ha dado forma a este pensamiento, cuando el orador, dirigiéndose a ella, le ofrece esta delicada flor:

—Como doña Jimena, la esposa espera en la retaguardia, guardando el calor del hogar, sin desmayo y con diligencia.

A Carmina en principio le parecieron un poco exagerados estos elogios y miró recelosamente al público, temiendo que a alguien se le escapara una risotada, pero cuando se dio cuenta de que todos aplaudían enfervorizados, pensó que la comparación estaba muy bien.

Y ya nunca se apeó de esta opinión.

Y como los bulímicos que necesitan trasegar cada vez más comida y no se dan cuenta de que lo que engullen cada vez es más abundante, así Carmina empezó a

aceptar los halagos más desorbitados con perfecta naturalidad.

También uno de los oradores, el profesor Maldonado, dijo que la guerra que en esos momentos asolaba el país se había entablado para defender la civilización cristiana, puesta en peligro por los desmanes de los republicanos. Y que por lo tanto tenía razón la Iglesia cuando la denominaba «cruzada». Al lado de Carmina, el rector Miguel de Unamuno, un anciano con gruesas gafas y la barba muy blanca partida en dos, lo que le daba el aspecto de un búho sabio, apuntaba en un sobre usado unas notas, seguramente algún ditirambo más para el Caudillo. De vez en cuando levantaba la vista del papel y sonreía a Carmina. Ella le sonreía también. Él volvía a apuntar. Y ella a sonreír, y todo tenía el aire civilizado y lleno de refinamiento de una comedia de Frank Capra. Carmina se sentía un poco doña Jimena, pero también un poco Claudette Colbert, y aquí se decía que tenía que pedirle a Paco que se volviera a dejar el bigote para parecerse a Clark Gable, su actor favorito.

Pero de pronto, un sobresalto. Parece que la gente empieza a irse. Y es que el acto llegaba a su fin, afortunadamente para Carmina, que se sentía algo mareada a causa del calor y de lo insólito de la situación, ¡no estaba acostumbrada todavía a presidir actos tan importantes! Unamuno se puso en pie, lo que se notaba mucho, ya que era muy alto, y le hizo una pequeña inclinación antes de empezar. Carmina por dentro estaba pensando lo mismo que su marido ante una ópera de Wagner:

—Vaya pesadez.

Pero como era una persona educada de puertas afuera, lo miró sonriendo, dándole permiso para empezar.

Otra inclinación de Unamuno, otra sonrisa de Carmina, que tenía ganas de decirle: «Ánimo», y que notaba las mejillas ya acartonadas de tanta mueca forzada.

El rector se aclaró la voz, se asentó sobre sus pies y con un tono timbrado y vibrante, de hombre joven, que sorprendió a todos, disparó:

—¡A veces, quedarse callado es mentir! ¡Y yo ya me he callado demasiado! ¡Nada de cruzada, esta es una guerra incivil! ¡De hermanos contra hermanos! —Y dirigiéndose a Millán Astray, que se había puesto en pie, furibundo e impresionante, con el parche sobre la cuenca vacía de su ojo, un hoyo en la mejilla resultado de un disparo, la manga izquierda doblada con un imperdible, la dentadura de oro y sus horribles cicatrices, le dijo—: Venceréis pero no convenceréis, porque no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión.

Hubo un momento de estupor silencioso, y de pronto el público encolerizado empezó a gritar e insultar al anciano. Carmina lo miró con asombro. ¿Cómo un señor tan pulcro podía soltar esas barbaridades? Porque barbaridades debían ser cuando todo el mundo se ponía así, aunque ella muy bien no lo había entendido. Millán Astray pidió silencio con un gesto ampuloso de su única mano y gritó:

—Cataluña y las Vascongadas son dos cánceres en el cuerpo de la nación, nosotros los fascistas cortaremos la carne viva y sana como un frío bisturí...

¿Cortar la carne? Carmina observó al glorioso mutilado con desagrado, con

repugnancia, ¡qué asco por Dios!, ¡que se hubiera tenido que recurrir a esta gentuza para hacer la guerra! ¡Además, que el anciano rector le recordaba un poco a papá, la misma mirada borrosa detrás de las gafas, el mismo gesto de mesarse las barbas!

Sin mirarla, Unamuno volvió a tomar la palabra y dijo suavemente, pero en un tono profesoral tan claro que todo el mundo lo oyó:

—Yo soy vasco y el señor obispo es catalán... El general Millán Astray es un inválido y quisiera crear una España a su propia imagen —lo señaló y entonces sí que elevó la voz hasta un grito estremecedor—, ¡mutilada!

Millán chilló, brazo en alto, tan irritado que se atragantó y apenas se le entendía:

—¡Muera la inteligencia, viva la muerte!

Y Unamuno contestó, recogiendo su capa y metiéndose el sobre en el bolsillo:

—Este es el templo de la inteligencia, yo soy su sumo sacerdote y vosotros lo estáis profanando. Venceréis, porque tenéis la fuerza bruta, pero no convenceréis porque para convencer hay que persuadir. He dicho.

Tranquilamente, rodeó la mesa y bajó de la tarima. Carmina vio cómo los asistentes, falangistas, soldados, autoridades, se dirigían hacia él para empujarle, lincharlo, matarlo quizás. Los militares echaron mano a sus pistolas. Carmina no lo dudó ni un momento. Ella podía ser valiente y jugarse la vida aunque fuera una mujer. Como Paco.

Como doña Jimena.

Como el rey godo Alarico.

Gritó con un tono de voz agudo que le sorprendió a ella misma:

—Don Miguel.

Asombrado, Unamuno se giró interrogativamente. No creía que nadie pudiera salvarlo del sacrificio e iba a entregarse a él, quizás creyendo que su muerte serviría para parar la guerra o al menos calmar los ánimos.

Pla y Deniel y Martínez Fuset se apresuraron a detenerla poniéndose uno a cada lado:

—Doña Carmen, por favor.

Carmina se desasíó de ellos, cogió por el brazo al asombrado rector, y con la expresión impávida de las grandes ocasiones, fue abriéndose paso entre la multitud vociferante, que se dividió en dos como las aguas del Jordán ante el mandato de Jehová. Nadie los protegió, porque los legionarios que estaban de guardia solo obedecían a su jefe y se limitaban a estar brazo en alto, en un silencio atemorizante.

A pesar de eso, Carmina no tuvo miedo. Quizás creía que la *baraka* de su marido también la alcanzaba a ella.

El clamor fue sustituido por un murmullo rabioso, la cuñada Isabel la miraba con los ojos desorbitados. Carmina acomodó su paso al del anciano rector y lo depositó en el coche en medio de un bosque de manos levantadas y gritos rituales dirigidos por la voz delirante de Millán:

—España... ¡una!

—España... ¡grande!

—España... ¡libre!

—¡Arriba España, viva Franco, arriba España!

Unamuno, con los labios blancos de miedo, musitó:

—Gracias.

Paco, esa noche, con las gafas que había empezado a utilizar para leer en la punta de la nariz y un plano apoyado en las rodillas, le dijo sin mirarla:

—Ya nos hemos empezado a mover para sacar a Ramón Serrano de la cárcel, a ver si pronto puedes tener a toda tu familia aquí. —Sin cambiar el tono de voz, prosiguió—: Ese hombre... Unamuno, te ha puesto en un compromiso, no era el momento de soltar esas cosas.

Carmina lo miraba expectante, sin pronunciar palabra. Y Paco remató apuntando algo en el margen del mapa:

—Aunque hay que reconocer que tú has estado muy bien.

Pero hasta el mes de febrero de 1937 no consiguieron reunirse todos. Los nacionales, con la ayuda de las tropas italianas enviadas por Mussolini, acababan de tomar Málaga.

Franco se reía un poco de los italianos:

—¡Tienen una heridita de nada y ya están con el *mamma mia mamma mia!*

Mientras, los legionarios y las tropas regulares de Marruecos, la joya de la corona del ejército español, se enfrentaban en el Jarama, a las puertas de Madrid, con el ejército republicano ayudado a su vez por las brigadas internacionales.

Pero Madrid resistía —de hecho, será una de las últimas ciudades españolas que caerán en manos de los nacionales, en el mes de marzo de 1939— en un ejercicio imposible de supervivencia que inspiró este poema de Rafael Alberti:

*Madrid sabe defenderse
con uñas, con pies, con codos,
con empujones, con dientes,
panza arriba, arisco, recto,
duro, al pie del agua verde
del Tajo, en Navalperal,
en Sigüenza, en donde suenen
balas y balas que busquen
helar su sangre caliente.
Madrid, corazón de España.*

Paco llega del frente y se sienta a la mesa sin ni siquiera pasar por el cuarto de baño. Ramón Serrano Súñer, que esa noche ya ha dormido con su mujer y sus tres

hijos en el último piso del palacio arzobispal, una especie de gallinero donde les han habilitado unas habitaciones, le pregunta:

—¿Cómo ha ido?

Franco se lava las manos con una palangana que le tiene su cuñado Felipe Polo y mientras se seca le comenta con gesto de preocupación:

—Los «chatos» nos están dando muchos problemas.

—¿«Chatos»? —ríe el cuñado—. ¿A qué te refieres?

—Son aviones de caza soviéticos.

Es la primera comida que hacen todos juntos. Cocina la cantinera sin mucho esmero sopa con unos fideos anémicos y unos bistecs que llegan tiesos y fríos a los comensales, y sirven con notable impericia los soldados de guardia. Han puesto la mesa en el jardín, bajo las encinas; el aire es vivificante y frío como un punzón, y el crudo sol invernal resalta nítidamente las copas de los árboles y hasta la más pequeña arruga del mantel. Ramón Serrano Súñer lo señala y ríe:

—Desde luego, Carmina, se nota que estamos en guerra. ¡El mantel del jefe del Estado tiene un remiendo!

Carmina se echa a reír avergonzada, con su cuñado se siente inexperta y joven como cuando era una recién casada en Zaragoza, y responde entre risueña y ofendida:

—Ramón, es que esta no es mi casa.

El cuñado la mira con ojos melancólicos mientras se recuesta en su incómoda silla de hierro con el brazo puesto en el respaldo del asiento de su mujer.

La mano cuelga descuidadamente. Carmina no puede apartar los ojos de sus largos dedos de pianista. Él se da cuenta, los mueve y Carmina lo mira sobresaltada. A los dos les cruza la boca la misma casi imperceptible sonrisa.

Zita observa a su alrededor con recelo; un jilguero lanza su canto desde algún lugar, se oye una bulla de ladridos a lo lejos. Una delgada columna de humo inmóvil sube como un cohete desde la chimenea hasta el cielo. El más pequeño de sus tres hijos, de pelo rizado y rubio como Ramón y que se llama Jaime, se encarama a sus rodillas. José, el mayor, y el otro, Fernandito, sentados junto a Nenuca en el suelo, le piden a su padre:

—Papá, vuelve a contar cómo te escapaste.

Niky, el hijo de Nicolás e Isabel, gatea y se mete tierra en la boca sin que a nadie le llame la atención.

Isabelina Polo mira con algo de envidia a los cinco niños desde su corazón de mujer estéril, mientras su marido, Roberto de Guezala, se fuma un Romeo y Julieta que le acaba de regalar Martínez Fuset. Nenuca apoya a sus primitos:

—Va, sí, tío Ramón, cuéntalo.

Guezala deja un momento el puro y protesta:

—Primero vamos a hablar de cómo nos organizamos. Ahora somos, a ver. —Se pone a contar con los dedos—. Ramón, Zita y sus tres chiquillos, Isabelina y yo, Felipe, Pacón y...

Pone puntos suspensivos porque Pacón «tiene novia», eso al menos dicen en la familia, pero él se revuelve porque eso de novia le parece una frivolidad, ya que María Luisa Revilla es una respetable viuda de guerra, aunque lo cierto es que sí se ha enamorado como un cadete. Y, como un cadete, se ruboriza y protesta:

—Pacón está solo... de momento.

Todos ríen, e incluso hay un conato de aplausos para este solterón de cuarenta y cuatro años que decía siempre que para qué atarse a una mujer habiendo tantas, los hombres le golpean en el hombro, sus primas le tiran las servilletas, los niños alborotan corriendo por debajo de las mesas y nadie diría que aquí, desde este centro neurálgico en el corazón de España, se está dirigiendo una guerra sangrienta y fratricida que está sembrando el suelo de la patria con centenares de miles de cadáveres.

Guezala pide cómicamente silencio:

—A ver, que me descuento, con Paco, Carmina y Nenuca ya somos doce. —Mira a su alrededor y ve la mirada furiosa de Nicolás—. Ah, perdona, Colás, ¡me había olvidado de ti! Tú, Isabel y el niño, en total quince, propongo que cada mes Pacón recoja el dinero de todos y hagamos un fondo común para pagar los gastos...

Pacón asiente sacando una libretita:

—Bien, así lo hacíamos en Marruecos, no habrá problemas... Yo creo que con setenta y cinco pesetas cada uno nos arreglaremos.

Franco y él son los únicos que van con uniforme, con botas altas y la guerrera abrochada hasta el cuello. Los niños vuelven a gritar:

—Papá, cuéntalo, cuéntalo.

Y la voz más reposada de Nenuca también suplica:

—Sí, va, cuenta cómo te escapaste, tío Ramón.

Hasta Paco apoya a la chiquillería, porque Ramón Serrano continúa ejerciendo sobre él una extraña fascinación:

—Sí, Ramón, vuelve a contarlo.

Nicolás deja la copa de coñac con un golpe brusco sobre la mesa y se levanta tambaleándose:

—Yo, si no os importa, como ya me lo sé, me voy adentro a dormir la siesta.

Isabel, desconcertada, le coge por la chaqueta, pero Colás da un tirón con tal brusquedad que su mujer está a punto de caer al suelo, y él se va dando tumbos hasta la casa. Todos fingen no darse cuenta de su marcha. El obsequioso Felipe Polo, que se ocupaba de la secretaría personal de Franco, un trabajo que en la realidad se limitaba apenas a atender el teléfono pero que lo ponía a salvo de cualquier contingencia, aprovecha para servir más copas, aunque Franco tapa la suya con la mano. Ramón enciende parsimoniosamente un cigarrillo y cuenta.

—Bueno, sabéis que yo estaba en la Modelo, expuesto a que cualquier día me pasearan. Niños, ya sabéis lo que es pasear, ¿no?

Los niños asienten fervorosamente:

—Sí, que te asesinen los rojos.

—Bien, pues había un médico amigo mío y de vuestro tío Paco, el doctor Marañón, que vio que yo tenía una úlcera en el estómago. —Guiño de ojos, los niños, que ya saben la historia, guiñan también los ojos; Paquito no sabe hacerlo y se pone a llorar—. Y entonces me enviaron a la clínica España...

Y aquí llega lo bueno de la historia:

—Entonces yo me vestí de mujer, con medias, faldas, sombrero...

Y los niños corean:

—Y los ojos pintados y la boca...

—Y así pude escaparme y me fui a Alicante, donde os encontré a vosotros y a mamá, pero ¿sabéis qué fue lo peor de todo?

Los niños, que conocen perfectamente la respuesta, corean:

—¡Noooooo!

—¡Caminar con tacones!

Los niños ríen a carcajadas. Y Nenuca, que es la mayor y un poco la jefa porque no en vano es la hija del señor que más manda en España, les dice:

—Nos vamos a la casita del árbol. ¡Yo me pido ser falangista y vosotros sois rojos! ¡Arriba España!

Paco pilla a su hija por el lazo del vestido y la atrae hacia sí:

—¿Y para papá no hay ningún beso?

La niña lo rodea con sus brazos y le dice al oído:

—¿Luego veremos una película de Popeye?

Porque un camarógrafo del servicio de propaganda que dirige Millán Astray va de vez en cuando a proyectar un *film*.

El padre, sonriente, le contesta:

—Claro, luego dile a Pacón que extienda la sábana —le da una palmada—, y ahora vete a jugar con tus primos.

Salieron de estampida y ninguno de los cinco niños se dio cuenta de la expresión atormentada de los ojos de Ramón Serrano Súñer. Porque mientras él recorría el penoso viacrucis de su evasión, los milicianos frentepopulistas habían sacado a sus hermanos José y Fernando de la cárcel de Ventas donde estaban reclusos y los habían asesinado en las tapias del cementerio de Aravaca, quizás el mismo día en que habían asesinado al filósofo Ramiro de Maeztu. Sus dos hermanos mayores, ingenieros de carrera, no habían querido pasarse a los nacionales cuando tuvieron ocasión para evitar que a Ramón lo asesinasen en prisión como venganza:

—No lo hacemos porque tú tienes hijos pequeños... además, no puede ocurrirnos nada, porque somos apolíticos...

En realidad, fue como si a Ramón se le hubieran muerto tres hermanos. Porque su íntimo amigo José Antonio Primo de Rivera, después de cuatro meses encarcelado, fue fusilado también en la prisión de Alicante. Según algunos testimonios, fue una muerte lacónica, como tantas en esa época, pero a la que su hermano Miguel, que

estaba preso en la misma cárcel y condenado a cadena perpetua, dotó del imprescindible romanticismo heroico, ya que, «dejando a un lado mi dolor de camarada y hermano», contó:

—Nos dimos un último abrazo y había tanta luz en su mirada, tanta placidez, que le dije: José Antonio, ruega por nosotros, y al cabo de diez minutos que se me hicieron eternos oí una descarga. Murió brazo en alto gritando arriba España.

Inmediatamente, *el Ausente*, como dieron en llamarle, se convirtió en un auténtico mito, un líder *in absentia* de masas muy superior incluso a Franco, sobre todo entre la juventud. Las cartas póstumas que había escrito a sus amigos y familiares se pasaban de mano en mano como si fueran auténticas reliquias. Ramón, además de ser su albacea testamentario, había sido el depositario de una de esas misivas, que siempre llevaba encima. Inconscientemente, se tocó el bolsillo del pecho, donde la guardaba. Solo Carmina se dio cuenta, y cuando se levantó para ir a coger un chal de abrigo, aprovechó para poner la mano en su hombro. Ramón la miró con agradecimiento, y Franco, que también se dio cuenta, con cierta alarma.

Cuando volvió a salir, Carmina notó una tensión que podía cortarse con un cuchillo. Paco seguía con los dedos el borde de su copa, que ni siquiera había probado, mientras decía como para sí mismo:

—Ese muchacho, ese muchacho... Menudo par de presumidos estáis hechos los dos...

Serrano, que parecía abstraído en sus lúgubres pensamientos, levantó vivamente la mirada:

—¿A quién te refieres, Paco?

Su cuñado contestó con ironía:

—A ti y a el Ausente... José Antonio Primo de Rivera... murió dando vivas a la patria, brazo en alto... diciendo que su sangre tiene que ser la última que se derrame... un tío con cojones...

Sin entender, moviendo la cabeza con suspicacia, Ramón preguntó ya con una punta de mosqueo:

—Sí, muy valiente, ¿por..?

Paco se echó a reír, ya claramente regocijado:

—Tan valiente que cuando lo llevaron a fusilar pidió que lo drogaran ¡del miedo que tenía! ¡No aguantaba! ¡No podía ir por su pie al lugar de la ejecución! ¡Mujeres, soldados que son casi niños, aguantan gritando arriba España, y tu José Antonio se hizo caca en los pantalones!

Ramón se levantó sin poder retener su ira, desafiante:

—¡Eso no es cierto! Murió serenamente, con enorme dignidad y entereza. Hasta el ministro de la Gobernación socialista Julián Zugazagoitia lo publicó en su periódico, ¡sinvergüenzas! —Y con una vena azulada palpitando en su frente palidísima, señaló a su cuñado con la servilleta conminándolo—: Retira eso, Paco, retíralo, es una canallada...

Todo el mundo calló, aterrado. ¡Entonces ya nadie se atrevía a llevarle la contraria al Caudillo y mucho menos hacerle callar o desafiarlo! Zita y las dos Isabeles se quedaron mudas, Pacón se puso detrás de su primo a punto de desenfundar la pistola y Carmina se vio obligada a intervenir:

—Ramón, tú no estabas allí, estabas preso, ¡no sabes lo que pasó!

—Lo conocía bien, y tengo la certeza moral, fíjate bien, Carmina, he dicho moral, de que eso es un infundio canallesco.

Al final Franco dijo con la voz impasible:

—A mí me lo ha dicho Fuset...

El aludido balbuceó:

—Bueno, a mí me lo ha contado uno de los magistrados que han intervenido en el proceso... no sé si es cierto.

Serrano se enfrentó a él:

—Retíralo, te exijo que lo retires; eres un cerdo, es una mentira inventada por un miserable...

Martínez Fuset miró a Franco, y este hizo un gesto conminativo con la cabeza que provocó que el asesor jurídico dijese:

—Claro, claro, mis disculpas...

Serrano se sentó, todavía pálido y tembloroso. Había adelgazado mucho y las muertes terribles de sus hermanos le habían dejado como secuelas terribles dolores de cabeza y un fondo depresivo del que ya nunca se desprenderá. Carmina miró a su marido con gesto de súplica. Franco se levantó y le puso a su cuñado la mano en el hombro y le dijo:

—Ramón, vamos a retirarnos al despacho, tenemos que adaptar el ideario de la Falange con unas notas que he tomado yo, en lo que será como el corpus ideológico de la nueva España... Te necesito a mi lado, no se te ocurra fallarme, tenemos que hacer grandes cosas...

Y Serrano apuntó, casi recobrado pero todavía con un quiebro nervioso en la garganta:

—Sí, Paco, tenemos que convertir este Estado campamental en un verdadero Estado...

Los dos hombres se dirigieron a la casona, delante Franco, algo grueso, con su uniforme descolorido y el chapiri de la Legión que no se quitaba nunca, detrás Serrano, alto, esbelto de cuello, de pecho hendido y aspecto endeble; solo los muy avisados podían darse cuenta de que debajo de la americana llevaba la camisa azul de los falangistas. Y corbata negra.

Cuando Ramón Serrano Súñer publicó sus memorias, *De anteayer y de hoy*, en la Colección Espejo de España de Planeta, en 1981, le hice una entrevista. Llevaba corbata negra y le pregunté el motivo. Acariciándosela, me contesto:

—Como comprenderá usted, a mí se me ha muerto ya todo el mundo... Pero la única persona en la tierra que se acuerda de mis hermanos soy yo, y esta corbata

negra es un pequeño homenaje que les rindo todos los días, la llevo en su memoria para dar testimonio de que pasaron por aquí y todavía hay alguien que los añora.

Franco y Serrano dudaron en la puerta del palacio arzobispal cediéndose el paso mutuamente, hasta que el Generalísimo le apoyó la mano en la espalda y así cruzaron el umbral. Todos respiraron con alivio. Todos... menos Nicolás Franco y Martínez Fuset.

La estrella de los dos, los únicos civiles del equipo, se iría apagando paulatinamente, mientras el astro de Serrano Súnier llegaría a su cenit como presidente de Falange primero y como ministro de Gobernación después.

A Nicolás, su hermano lo apartó de la primera línea y lo envió como embajador a Lisboa, y allí se llevó su vida desordenada y a su mujer, que, desengañada de la familia Franco, se volvió monárquica acérrima.

Lorenzo Martínez Fuset terminó yéndose a ejercer su profesión de notario a las Canarias. Claro que antes habría de llevar a cabo, como asesor jurídico, una ingrata tarea: presentar las sentencias capitales a Franco para que estampase el «enterado», es decir, para que confirmase las decenas de penas de muerte que se dictaban cada día. Él lo había dejado muy claro:

—¡Mi pulso no temblará!

La máquina represiva funcionaba a tal intensidad, que a veces Franco firmaba en el coche, tomando café, mientras se afeitaba o incluso mientras rezaba el rosario con su mujer, obligación a la que se sometía diariamente a las siete de la tarde. En el bando de los nacionales se mataba mediante procesos amañados o aplicando arbitrariamente el código militar, lo que no era óbice para que en las cárceles se realizasen «sacas» a cargo de elementos incontrolados que nunca recibían su merecido. En el bando de los «rojos» se mataba a lo bestia, en los «paseos» de la muerte, a veces simplemente por ser católico, por estar suscrito al *ABC* o por el mero gusto de matar.

Lo cantó el poeta Agustín de Foxá en su estremecedor poema «Brigada del amanecer», nombre que recibían los temidos grupos de pistoleros, generalmente de la FAI, que se presentaban de madrugada en las casas para llevarse de «paseo» a algún desgraciado y dejar su cadáver tirado en una cuneta:

*Subían con el alba...
como piratas de nocturnas voces [...].
Se llevaban al pálido muchacho
(de latín, y de novia), y la escalera
repetía el sollozo de la madre
ululando en la noche sin faroles.
Y abajo estaba el auto y la siniestra
sonrisa del «paseo» hacia la muerte [...]
para llenar de hormigas una boca*

*que bebió dulce leche y tibios besos.
Era la horda del alba, la manchada
y descompuesta y verde; entre dos luces,
entre luna y aurora, con la sangre
como un aceite sobre el mono infame.
¡Brigada de las tres de la mañana!
¡Maldita seas, enemiga nuestra!*

En el clima de crueldad que imperó en España durante la guerra civil, se alzó, no el rico contra el pobre, sino el hermano contra el hermano en un vértigo demencial quizás sin parangón en ninguna otra guerra. En una misma familia había miembros de uno y otro bando. Me contaba mi suegro, que pertenecía a la quinta del biberón, los soldados casi adolescentes reclutados al final de la guerra por la república, que en el frente del Ebro los dos ejércitos estaban tan cerca el uno del otro que por la noche se increpaban:

—¡Fachas, degollad a los señoritos, cabrones, os dejáis mandar por monjitas!

—¡Anarquistas, rojos, sanjoderse todos! —y, dedicado a los italianos de la Malatesta—. ¡Mariconi!

Las aguas del río bajaban tintas en sangre, pero de pronto, en el crepúsculo limpio e inocente, un soldado se ponía a tocar la armónica y cuando se hacía el silencio, saltaba una voz de un lado:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí de Monforte?

Se respondía desde la otra trinchera:

—Sí, yo, me llamo Miguel Teijeira.

—¿De los Teijeira de la tienda de paños?

—El mismo.

—Yo soy tu primo Amador.

Los soldados, unos tumbados mirando las estrellas, otros escribiendo la carta a la novia, otros fumando un cigarrillo y bebiendo a morro una botella de mal vino, escuchan atentamente, con el alma en suspenso esa pequeña porción de vida cotidiana.

—*Amadorciño, sentí moito o da túa nai.*

—*Si, morreu en febreiro.*

—*Pobriña.*

Hasta el ministro de Defensa de la república, el socialista Indalecio Prieto, suplicó por radio a los suyos que tuvieran «pechos acerados para el combate y piedad en la retaguardia». Y el poeta falangista José María Pemán le confesó al general Cabanellas: «En la España nacional se está matando a demasiada gente». A lo que Cabanellas respondió con tristeza: «Tiene usted razón».

A Largo Caballero lo sustituyó como jefe de Gobierno el socialista Juan Negrín, importante médico investigador de familia adinerada que abandonó profesión y

fortuna para dedicarse a la política. Negrín, una de las figuras más vilipendiadas de nuestra historia, trató de parar la violencia descontrolada de algunos grupos anarquistas como la FAI dando más poder al Partido Comunista, que se encargó de eliminar de manera expeditiva a libertarios y trotskistas sin que nadie lo detuviese. Pero aún Negrín dijo desconsoladamente al contemplar el salvajismo de ambos bandos: «Esto solo lo arreglarán las generaciones descendientes de la izquierda y la derecha».

Sabemos que sus años en África habían deshumanizado al Caudillo, ¡él no veía hombres, sino enemigos! Pero ¿pudo detener el brazo represivo alguna vez Carmen Polo? ¿Lo intentó siquiera? Se habla de que las mujeres de los condenados, las madres, acudían a ella buscando clemencia. Sabemos de un caso concreto, conmovedor. Su prima Máxima Torbado, de Astorga, era la madre del poeta Leopoldo Panero, entonces un joven de veinte años. Este fue detenido acusado de recoger fondos para Socorro Rojo, la organización asistencial de los comunistas, junto a su amigo Gabriel Giménez, novio de su hermana Asunción, y ambos fueron conducidos a la cárcel de San Marcos, donde corrían el riesgo de ser fusilados en una «saca». Máxima, loca de preocupación, corrió a ver a su prima al palacio arzobispal de Salamanca acompañada de su hija, la novia de Gabriel. Se echó de rodillas a los pies de Carmina y le suplicó una carta de Franco para salvar la vida de su hijo y de su futuro yerno. Rápido, era cuestión de horas. Carmina le dijo:

—Paco está reunido y no se le puede molestar. Espérate ahí.

Después de varias horas de incertidumbre y pensando que podían fusilar a los chicos en cualquier momento, Máxima perdió la calma y empezó a vociferar, hasta que Carmina se atrevió a entrar en el despacho y le pidió esa carta salvadora a su marido.

Y aquí difieren las versiones, según el que cuente la historia sea de un bando o de otro. Una, la más cruel, dice que Carmina le dijo a su prima:

—No puedo molestar a Paco con los dos, elige uno.

Máxima eligió a su hijo y Gabriel fue fusilado al amanecer.

La otra versión, sin embargo, afirma que Gabriel ya había muerto cuando Máxima fue a Salamanca y solo pudo interceder por su hijo, que se salvó.

Aun ahora, setenta y siete años después de los hechos que narro, me los han contado de las dos maneras distintas, lo que da fe de que las heridas siguen abiertas y de que la primera víctima de las guerras es la verdad.

Yo puedo dar mi testimonio personal de las mujeres de mi familia, adscritas a uno de los bandos, el de los vencedores, y con presencia activa, bien por ellas mismas, bien por la vía de sus maridos o hermanos, durante la guerra civil y la dura posguerra. Ocho hermanos, de ellos unos en prisión, como mi padre, otros en checas, como mi tío Antonio, otros escondidos, como mi tío Paco. Y el padre, mi abuelo, también en prisión únicamente por ser un juez honrado. Cuando «se me nació la conciencia», según la frase afortunada de Rigoberta Menchú, y empecé a recabar información

sobre aquellos años de plomo, preguntaba y se me contestaba con total convicción:

—Hay muchas exageraciones, ¡el cuento de la lágrima!, ¡quieren ir de mártires porque no pudieron ir de vencedores! Y además —y aquí bajaban la voz—, los rojos eran peores.

Y me narraban atrocidades ocurridas en Barcelona, donde vivía mi familia y donde mi padre, un falangista casi adolescente, estuvo dos años en la prisión Modelo sentenciado a dos penas de muerte:

—Lo torturaron durante semanas en una checa en la calle Vallmatjor, comía solo tomates podridos, se lo hacía todo encima, tenía disentería... El día del juicio solo lo pudimos ver de espaldas, ¡se le veían unos huesos a ambos lados del cráneo que ni sabíamos que existían! ¡Y las orejas enormes, monstruosas!

Toda insistencia por mi parte era recibida con desdén, sospecha y frialdad. Y reflexionando en estos momentos, desde mi perspectiva adulta, llego a la convicción de que todas aquellas mujeres, grandes personas, grandes madres, grandes cristianas, generosas y solidarias, las cuatro con carrera universitaria, ahora unas aquí y otras allí, eran tremendamente sinceras y nunca vieron nada. Y si lo vieron, pensaron que se lo tenían merecido.

Y no se inmiscuyeron.

Le pasó también a la pobre Pilín, la hija de Pila. Dos años estuvo presa en las cárceles republicanas simplemente por ser sobrina del general sublevado. Su hijo cogió meningitis y solo se salvó por la intervención bondadosa de las funcionarias, que se quitaban el pan de la boca para dárselo a Toñuco. Según me contó la misma Pilín, Pilar Jaraiz Franco, en su ancianidad, «me di cuenta de que las rojas también eran seres humanos». Al fin su madre, a la que Paco había encargado la organización del Auxilio Social, el equivalente «nacional» al Socorro Rojo, en las cuatro provincias gallegas, consiguió sacarla canjeándola por presos republicanos. Pilín se presentó en Salamanca para ver a sus tíos, darles las gracias y suplicarles que sacaran también a su marido, preso todavía en Porlier. Los dos la recibieron fríamente, «mi tío me hizo sentir como un escarabajo», aunque accedieron a su petición. La tía Carmina le preguntó con altanería:

—¿Tú, ahora, con quién estás?

Pilín se puso a tartamudear:

—Pero, tía, he estado dos años en prisión simplemente por ser vuestra sobrina...

Y Carmina le contestó:

—Sí, pero ya nos han dicho que te has hecho muy amiga de los rojos...

Pilar Jaraiz me contaba todavía con la congoja pintada en el semblante, ¡eso que habían pasado cincuenta años!, que en ese momento advirtió el abismo que se había levantado entre ella y los otros, un abismo insalvable. «La adulación constante de la que disfrutaban les habían suprimido toda posibilidad de simpatizar con las víctimas».

De esos días es una anécdota que se refiere a Franco. Recibía a un grupo de

ingenieros y les explicaba cómo se haría el plan hidrográfico del país.

Con un puntero señalaba un mapa:

—Pondremos un pantano aquí y otro aquí... Estos cultivos se regarán mediante un sistema mixto...

A todo atendían aquellos ingenieros con la boca abierta y murmullos de admiración ante tamaña sapiencia, y proseguía el Caudillo:

—También emprenderemos la repoblación forestal, sobre todo con pinos, que crecen rápido y no precisan muchos cuidados...

Para qué se querían estos pinos no se lo planteaban ni los ingenieros ni el Generalísimo, pero a todo asentían con pasmo y enajenamiento. Un Franco en vena proseguía explicando sus planes para la nueva España:

—Y para no depender de los países extranjeros, usaremos un sistema de carburante nuevo a base de agua que ya me han traído y está en pruebas —miraba al infinito—. En el futuro también podríamos utilizar cáscara de avellana...

Un ingeniero que había estudiado en Lovaina se atrevió a preguntar con timidez mientras sus compañeros murmuraban reprobadoramente:

—Cáscara de avellana. ¿Por qué, excelencia?

Y Franco contestaba vagamente:

—¡Hay tantas!

—Sí, sí, claro, cáscara de avellana, por supuesto. —Se admiraban todos—. ¡Cómo no se nos ha ocurrido antes! ¡Hay tantas!

Franco se encogía de hombros con modestia. En ese punto entró Martínez Fuset con unas sentencias para que pusiera el «enterado» de turno y Franco preguntó:

—¿Qué hay hoy para cenar?

Desconcertado, Fuset contestó:

—Creo que tortilla.

Y Franco juntó el índice con el pulgar y precisó:

—Pero que el cocinero bata bien los huevos, porque si no se baten bien quedan hilos...

Y sin poderse contener, el ingeniero de Lovaina exclamó mirando a sus compañeros, quizás queriendo borrar el mal efecto de su *gaffe* anterior:

—¡Es que entiende de todo!

El resto de los ingenieros asintió como un solo hombre:

—¡Sí, de todo!

Pilar, que conocía esta anécdota, sonrió con pena y después me dijo: «Ni el alma más templada se resiste a tanto halago... El padre Bulart entró para decirle a mi tía que había dispuesto que a partir de entonces entraran en misa bajo palio, como los reyes medievales, y ella lo aceptó sin rechistar...».

Y resumía: «Si no estabas con ellos a morir, sin ninguna reflexión, sin espacio para la crítica, estabas en contra, eras su enemigo...».

Y concluía: «Me di cuenta de que después de esta guerra ni mi familia, ni España,

volverían a ser lo mismo».

Guadalajara, Bilbao y su cinturón de hierro, tan fácil de conquistar porque el ingeniero que lo había diseñado se pasó a los nacionales con los planos; las batallas del Jarama, Brunete y Belchite, y Teruel, la ciudad mártir que cambió tres veces de manos; Alcañiz, Lérida, Tortosa y Vinaroz... Mientras Franco dirigía la batalla del Ebro, lo visitaron Carmina y Nenuca. La niña enfermó de paperas y madre e hija se tuvieron que quedar dos meses en un palacio semiderruido en el pueblo de Pedrola.

—Me subía a los árboles, estaba hecha una salvaje, a mi padre no lo veía mucho, pero yo lo pasaba estupendamente —rememoraba años después Nenuca.

Porque las guerras, para los niños, son divertidas, es un tiempo de libertad sin reglas, sin disciplina, sin colegios, en el que los adultos dejan a un lado la sensatez y la madurez para actuar no se sabe si como bárbaros o también como niños, con toda la crueldad y el salvajismo de los niños:

—Para mí no fue dramático, todo era festivo... Cuando se tomaba un pueblo o una ciudad, se iba de manifestación y era muy divertido porque ibas a la calle con otros amigos y niños y luego cantabas himnos: —Sonriente, la hija del Caudillo remachaba—: ¡Era todo muy divertido!

Ni Carmina ni su hija daban mucha importancia a las comodidades. «La hija y la mujer del Caudillo saben muy bien lo que cuesta una victoria», se extasían los periódicos. El ambiente en el que viven sigue siendo de una austeridad cuartelera. Así lo cuenta el Tebib Arrumi, Víctor Ruiz Albéniz, el abuelo de Alberto Ruiz-Gallardón, en su periódico *Informaciones*: «El Generalísimo vive como el más modesto jefe militar, trabaja dieciocho horas diarias y gana solo mil quinientas pesetas mensuales, su mesa es frugal y a veces duerme en un catre de campaña instalado en su despacho». Eso que, según dice el mismo Tebib Arrumi («médico cristiano», en lengua árabe, pues el periodista era también doctor en medicina), Franco «ha luchado con la espada del Cid, la lanza de don Quijote y la vara del alcalde de Zalamea».

Al final abandonan el palacio del obispo de Salamanca para ir a Burgos, más cerca de los frentes de guerra. El ayuntamiento les ofrece el palacio más lujoso, el de la Isla, propiedad de los condes de Muguero, que viven en Navarra. Como Carmina no sabe cuánto tiempo van a estar allí, no mueve ni un tapiz, ni compra un plato. El palacio está decorado estilo imperio, con un enorme jardín y un salón donde caben cincuenta personas. Su dormitorio, que le cede el matrimonio Muguero, está en el segundo piso y tiene dos camas. A un lado está el de Nenuca. En el otro se instala Zita con Ramón y los tres niños, todos en la misma habitación. El resto del grupo ocupa el tercer piso abuhardillado.

«En el palacio de la Isla viví y trabajé con ilusión desesperada durante dos años... allí se produjeron momentos de gran tensión emocional y desde luego los de mayor responsabilidad de mi vida», declaró después Serrano. Y Franco reconoce que en Burgos «pasé los días más difíciles de la Historia de España, siempre encerrado en mi despacho cuando no iba al frente a supervisar personalmente a las tropas».

Mientras Paco y Ramón están ocupados con «su» guerra, las tres hermanas Polo recuperan las costumbres que tenían en Oviedo cuando eran jóvenes, estaban solteras y España era para ellas la calle Uría, el club de papá y las fiestas en el palacio de los Vereterra. Iban a misa a la catedral, a merendar al hotel Infanta Isabel, o a pasear por la plaza Mayor. Un día vieron pasar al antiguo amigo de Paco, el catedrático Pedro Sainz Rodríguez, en uno de los coches de servicio. Zita comentó:

—Ya me ha dicho Ramón que hace como en Zaragoza, ¿te acuerdas, Carmina? ¡Va al prostíbulo!

Carmina se horroriza. ¡El bando nacional y católico no puede dar mal ejemplo! Le pide a Paco que impida estos comportamientos, y el marido interviene a regañadientes:

—Oye, Pedro, que me han dicho que te han visto en uno de nuestros coches yendo de putas.

Y el catedrático se indigna:

—Hombre, ¡no querrás que vaya andando!

Por las noches Zita e Isabelina se retiraban pronto y Carmina se quedaba en su saloncito de la planta baja rezando el rosario, haciendo solitarios o tejiendo interminables bufandas y calcetines para los soldados que estaban en el frente.

Cuando oía ruido de puertas que se cerraban, pasos de botas sobre la madera del entarimado, toses, risas de hombre, a veces de madrugada, se levantaba ágilmente, dejaba a un lado la caja de cartón que le servía de costurero, y salía al pasillo. Paco se giraba hacia ella, pero con los ojos puestos aún en Ramón, con el que compartía las últimas provisiones para el día siguiente, aunque Carmina notaba cómo se le alegraba el semblante a su cuñado al saberla despierta:

—Buenas noches, Carmina, ¿todavía levantada?

Carmina, la generala, enrojecía un poco y se veía obligada a poner una excusa tonta:

—Sí, quería terminar esta bufanda...

Subían por la escalera acompañados por los bostezos de Paco, que se metía en la habitación con un apresurado:

—Buenas noches, Ramón.

Serrano le contestaba:

—Buenas noches, mi general.

Y le dice a ella, suplicante, enseñándole la punta del cigarro que tiene entre los dedos:

—Quédate hasta que lo acabe. —Y después aclara—. Chica, me he tomado tantos cafés que no voy a dormir en una semana...

Carmina, sin saber qué decir, como una adolescente tímida, cosa que nunca había sido, pregunta:

—¿Estás mejor del resfriado?

—Sí, gracias. —Chupada al cigarrillo, que se enciende como una pequeña

hoguera—. ¿Qué habéis hecho hoy?

—Hemos ido al hospital de visita y después a merendar al Condestable.

Serrano dice el chiste manido:

—¿Al Detestable?

Carmina se ríe como si fuera la primera vez que lo oye.

Serrano la mira lentamente, con regodeo, a través del humo, con los ojos entrecerrados, hasta que al final, con brusquedad, se inclina y le da un beso rápido en la mejilla:

—Buenas noches, que descanses.

Carmina se mete en la cama sonriendo, y sonriendo se pone la mano en la mejilla recién acariciada, desvelada, nerviosa, pendiente de la música de la noche. A veces le parece oír un gemido de mujer atravesando las gruesas paredes, y al final un ruido ronco y violento, una vez, dos veces, acabando con un grito que podría ser un sollozo, y se encoge, se pone de lado, apretada contra la pared, susurrando:

—Mañana tengo que confesarme... Padre nuestro que estás en los cielos... Dios mío, qué me pasa... Será pecado esto...

Y con el dedo traza sobre la superficie rugosa del tabique una erre, una a, una eme, una o, y cuando tiene que dibujar la ene junta las manos con tanta fuerza que le crujen los nudillos.

Paco se remueve y ella se apresura a aguantar la respiración, hasta que una luz sucia se cuela por debajo de la puerta y se queda dormida. Pero no por mucho tiempo, porque Nenuca entra corriendo en la habitación:

—¡Mamá, mamá, que papá ya se ha ido al frente!

Fue en Burgos donde Nenuca grabó su conocido «mensaje a todos los niños del mundo»:

—Un día me dijeron que había que decir unas cosas, pero tenía que leerlo y estaba muy molesta, no me gustaba. Me sentía nerviosa.

Esa película, que dura 28 segundos, fue idea de Franco, que desde sus tiempos de Oviedo creía ciegamente en el poder del cine como arma de propaganda política. Posaban los tres, en un salón de Burgos, «como la familia ejemplar de Nazaret», según los periódicos. A Franco se le ve más que nunca convertido en «el timonel de la dulce sonrisa», en definición de su biógrafo Joaquín Arrarás, pero además de sonreír se le nota nervioso por esta actuación estelar de su Nenuca en una película destinada a proyectarse también en zona roja.

Primero tiene lugar un pequeño diálogo presuntamente espontáneo. Franco le dice a su hija:

—Oye, nena, ¿quieres decirle algo a los niños del mundo?

—Pero ¿qué les digo?

—Lo que quieras.

El discurso exacto dice así, escrito a medias por Serrano y por el mismo Franco:

—Pido a Dios que todos los niños del mundo no conozcan los sufrimientos y las

tristezas que tienen los niños que aún están en poder de los enemigos de mi patria, a los que yo envió un beso fraternal.

Como los ventrílocuos no muy hábiles, el general mueve la boca pronunciando sin sonido las palabras al unísono que su hija, que está desenvuelta, simpática y muy natural, incluso cuando levanta su brazo con el saludo fascista. Lleva un vestido blanco, de plumetis, con manga corta, y una diadema en el pelo. Carmina está muy guapa, con el mismo traje de chaqueta negro que lució el día del acto del paraninfo, con una camisa blanca por debajo y sin perlas, pero con un aparatoso broche en la solapa. Los tres lucen cejas despeinadas, abundantes y negrísimas.

Al principio se ve pasar al fondo la cabeza rizada de uno de los hijos de Serrano Súnier. La puesta en escena no está muy cuidada, hay un enorme radiador, un sofá desgastado, algo que parece un árbol de Navidad despeluchado y algún mueble oscuro y pesado, quizás un aparador.

Carmina recordará después:

—Yo no tocaba nunca nada de las casas, porque vivíamos de prestado.

Viven de prestado, aunque en esa época ya posee el matrimonio dos importantes propiedades: el pazo de Meirás y la finca el Canto del Pico. José María de Palacio y Arbazuza, conde de las Almenas, al que los rojos han matado a su único hijo, Ignacio, deshereda a su única nieta para hacer testamento a favor de Franco, aunque no tiene el gusto de conocerlo, «por sus gestas de guerra». Le deja la finca conocida como el Canto del Pico, de 820.000 metros cuadrados, coronada por la casona del conde. Una propiedad que, según comenta Pacón con cierta envidia: «Convertirá en millonarios a los descendientes de mi primo».

El conde no quiere pisar la finca nunca más, ya que en ella, en medio de un bosquecillo de castaños, han fusilado a su hijo.

La otra propiedad les ha sido obsequiada por las autoridades coruñesas con el capitoste Pedro Barrié de la Maza al frente. Es un pazo propiedad de los herederos de la escritora Emilia Pardo Bazán, y se ha comprado con aportaciones más o menos voluntarias de los funcionarios, el propio ayuntamiento y la fortuna personal de Barrié. Franco recoge las llaves con cierta displicencia:

—Lo acepto por ser un obsequio de mis paisanos.

Sus paisanos se quedan asombrados con el comportamiento de Franco. Cuando se acercan a saludarlo sus antiguos camaradas de Ferrol, él los acoge con amabilidad:

—Mis hermanos y yo siempre nos acordamos de ustedes.

Y de esta manera los amigos comprenden que el antiguo Paquito se ha convertido en Generalísimo y ya no caben tuteos ni confianzas.

Se acerca cojeando, apoyándose en Elisa, tan vieja como ella, la tía Gildita. Le da un abrazo que huele a tabaco y a aguardiente y le susurra al oído:

—Si te viera tu madre... —Tose, carraspea, y al fin se arranca—. Tu padre te envía recuerdos... no ha podido venir...

Es mentira, y Paco ni se molesta en fingir que se lo cree. El padre está en Ferrol

con Agustina en la calle de María, y es el único español que se atreve a reírse abiertamente del Caudillo:

—Qué sabrá él lo que es un caudillo... aun se creará un Viriato o un Cid Campeador, el burro ese...

Cuando vuelve a Burgos, Paco siente la necesidad de reunirse con sus hermanos. Será la primera vez que se vean sin la madre y, aunque entonces no lo sepan, también la última que los cuatro estarán juntos. Es el mes de agosto de 1938.

Paco deja las cosas claras desde el principio:

—Que nadie me hable de papá...

Colás va desde Lisboa, Pila llega conduciendo ella misma la camioneta con la que recorre los hospitales de Galicia y las Vascongadas, y Ramón vuela desde Mallorca, sin Engracia ni Ángeles. De los cuatro hermanos, el que más ha cambiado ha sido él. Delgado, parece haber disminuido de tamaño, como si algún bicho interior estuviera devorándolo. Carmina, en un aparte, le dice a Serrano:

—Creo que Ramón está enfermo.

El cuñado le contesta:

—Es una enfermedad del alma... La sufren muchos pilotos después de haber intervenido en acciones de guerra... La llaman depresión...

En su mirada se advierte una inestabilidad mental que preocupa a sus hermanos.

Se habla de don Juan de Borbón, el único hijo sano de Alfonso XIII, al que su padre ha nombrado heredero. Don Juan se ha presentado «de incógnito» en Burgos con boina roja, mono azul con flechas y brazalete con los colores nacionales, gritando a todo pulmón por las calles:

—Viva España, arriba España.

Y los monárquicos lo saludaban, rodilla en tierra.

Franco cuenta:

—Mola tuvo que enviar a unos guardias civiles al parador de Aranda, donde estaban comiendo y bebiendo, para que lo pusieran en la frontera. ¡No estamos aquí para proteger a príncipes que quieren hacerse los héroes!

Carmina apunta con frialdad:

—Ahora que les has sacado las castañas del fuego, quieren aprovecharse...

Zita comenta:

—Su mujer acaba de tener una hija... Viven a lo grande en la Costa Azul...

Pila, gorda y excesiva, como siempre, que ha llevado una garrafa de aguardiente de guindas que se ha bebido ella sola casi entera, da una palmada, ¡quiere levantar el ambiente contando chistes!

—¿Sabéis este? Un marica en el frente ve pasar a un tipo y le dice: ¡Adiós, guapo! Y el otro contesta: ¿Pero cómo que adiós guapo? ¿No has visto estas estrellas?, y se señala los galones de capitán. ¡Ah, bueno! —Y aquí afina la voz—: ¡Adiós, cielo!

Paco ríe a carcajadas, Colás da golpes de aprobación en la copa con el anillo, y ni

siquiera Carmina consigue reprimir una sonrisa. Pila, crecida, prosigue:

—En el frente, por la mañana: ¡Soldado, ice la bandera! Pues le ha quedado muy bonita, mi sargento.

Y Ramón, el taciturno, el único que no se ríe, solo abre la boca para decir con desprecio infinito, laminando las palabras entre los dientes:

—Cállate, hablas más que la Pasionaria.

El hermano pequeño, al que los oficiales de la base de Mallorca habían acogido con desprecio, al final se ha ganado su admiración por su arrojo personal. En los últimos meses de vida realizó catorce vuelos de guerra con un total de 25 horas y 55 minutos. El mismo Kindelán le escribió una carta a Franco donde alababa su valor. Pila, ofendida por sus palabras, le dice sin mucho tacto mientras se come una guinda:

—Ya sé que con tus heroísmos te estás redimiendo de todas tus faltas, que han sido muchas.

Desabrido, Ramón contesta:

—¡Aún querrás que me deje matar para hacerme perdonar!

No es una comida alegre. Ramón cae en un silencio profundo, interminable. Sus hermanos observan su cabeza baja, rala de cabello, y cómo desmenuza el pan cada vez en trozos más pequeños. Luego amasa las migas en pelotitas que empuja hasta el borde de la mesa y tira al suelo. Se miran entre ellos. Colás atornilla el índice en la sien, Pila susurra:

—Ya está con la pájara.

En los postres, Pila mira hacia el cielo, coge fuerzas, hincha el pecho y entona:

*Cando penso que te fuches
negra sombra que me asombras...*

Pero Carmina la hace callar apresuradamente, nadie quiere hablar de negras sombras, sino de amaneceres y luceros, como el *Cara al sol*, «una canción de guerra y amor», según José Antonio, que Serrano Súñer entona siempre con voz honda:

*Cara al sol con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer...*

Ramón se levanta de repente y se marcha a su habitación sin despedirse. Paco lo sigue hasta la buhardilla y le pregunta:

—¿Qué te pasa, *irmán*? ¿Estás enfermo?

Ramón se encoge de hombros. El sonido de las voces sube por el hueco de la escalera:

Me hallará la muerte si me lleva

y no te vuelvo a ver

Ramón se lleva la mano a la garganta y contesta:

—Siento aquí como si una mano me apretase, no puedo comer, ni tragar agua... Día y noche... no puedo dormir... —se señala la faringe—, no me entra aire, se ha adelgazado, muy finito, un tubito estrecho... como una de esas pajitas de beber... — De pronto oculta la cara entre las manos y apenas se le entiende—: Pienso tanto en mamá...

El hermano prefiere no hablar, en la oscuridad fosforea el blanco de los ojos, el techo abuhardillado cruje, se oye un ruido, quizás es una rata. Se quedan los dos en silencio. Al final Paco le pregunta en un susurro:

—¿Quieres apartarte del servicio?

El hermano niega con la cabeza. Paco insiste:

—No hagas ninguna locura. Tienes a muchos aviadores que dependen de ti y eres responsable de ellos. Nos jugamos mucho.

Ramón contesta, ahora serenamente:

—Lo sé. No te preocupes.

Paco no va más allá. Al fin y al cabo tiene una guerra que ganar y 250.000 hombres bajo sus órdenes. Baja y se une a los últimos versos del himno de Falange:

¡Arriba escuadras a vencer
que en España empieza a amanecer!

Al llegar a Mallorca, Ramón se apuntó a un vuelo innecesario y suicida: el de un hidroavión para realizar una acción sobre el puerto de Valencia con muy mal tiempo. Dijo taxativamente cuando intentaron disuadirlo:

—En la guerra no existen tiempos prohibitivos.

El aparato entró en barrena y cayó al mar desde una altura de 3.000 metros. Al día siguiente encontraron los cadáveres de los tripulantes, Ramón no estaba desfigurado y tan solo tenía una gran herida en la parte posterior de la cabeza y una pierna rota.

El falangista Ernesto Giménez Caballero, entonces en el servicio de propaganda junto a Millán Astray, y rendido incondicionalmente a Franco, definió a este en su libro *Memorias de un dictador* como «breve de estatura, con una cabeza entre guerrero y artista y ojos de músico». En ese libro cuenta que, casualmente, estaba con Franco a solas en Burgos, en su despacho, cuando le comunicaron la muerte «trágica y bella de su hermano, a quien quería mucho y admiraba»:

—Su excelencia no se inmutó.

Quizás en el fondo estaba satisfecho, porque él, como Ramón Serrano, como Pacón, como tantos, tenía por fin un mártir en la familia.

Y era mejor tener un mártir que una bomba imprevisible que podía estallar en cualquier momento.

A Kindelán le escribió, respondiendo a su telegrama de pésame, de forma grandilocuente y poco sincera, «no es nada la vida que se da alegre por la patria y

siento el orgullo de que la sangre de mi hermano, el aviador Franco, se una a la de tantos aviadores caídos», y al papa Pío XII, «como católico siento el orgullo de que mi hermano Ramón haya caído por la fe de Cristo», cuando Ramón era probablemente ateo. Los periódicos primero dedicaron muchas páginas al «héroe del *Plus Ultra*», hicieron abundantes alusiones a que «el Generalísimo ha sentido, como tantas familias españolas, el zarpazo de la muerte», y también «el Caudillo ha ofrecido en sacrificio a la Patria al ser que más quería, su propio hermano». Después enmudecieron y no se volvieron a referir a este personaje con tantos puntos oscuros y difíciles de explicar en su biografía.

Pila dejó para la posteridad este triste epitafio:

—Ramón es el gran olvidado de los Franco, a pesar de haber sido uno de los hombres más famosos del mundo.

Aunque luego trata de explicar lo inexplicable:

—Eso es porque murió joven y los vivos olvidan a los muertos.

Si a los muertos no los recuerdan los vivos. ¿Quién se va a acordar de ellos? ¿Los otros muertos? Por otra parte, morir joven, que tampoco lo era tanto, porque Ramón tenía cuarenta y dos años, es la mejor condición para convertirse en mito, véase el caso de José Antonio Primo de Rivera.

Después Pila añadía con malevolencia:

—Engracia tuvo suerte, porque se le concedió una pensión como si fuera la viuda de Ramón, cosa que naturalmente no era. —Y añade con más crueldad todavía—. Ángeles no tenía derecho a nada porque en realidad no era hija de mi hermano, y por esa razón en la familia nunca la recibimos.

La guerra camina indefectiblemente hacia su final y los republicanos lo saben, hasta el punto de que Negrín intenta pactar una rendición honrosa, a lo que Franco se opone, quiere que la victoria sea aplastante.

Y lo es.

Después de casi tres años de guerra, el 26 de enero de 1939, las tropas de Franco al mando del general Yagüe entran en Barcelona, donde no tropiezan con apenas resistencia, aunque lo curioso es que el primer batallón que pone el pie en la ciudad habla catalán: es el Tercio de Requetés de Montserrat al mando del coronel Arias. Las divisiones navarras llegan por el Tibidabo. Giménez Caballero, que iba en la columna a las órdenes de Camilo Alonso Vega, cuenta con crueldad:

—No vimos catalanes, ni hombres ni mujeres, sino piojos humanos, parásitos incrustados en tranvías derrumbados, manos sucias horribles que se nos tendían en silencio por un pitillo, una chiquita de ojos claros y cara tiznada que se nos echó a las piernas y nos pidió pan.

Los legionarios entran por Vallcarca: las fuerzas de Yagüe conquistan Montjuich y liberan a los mil doscientos prisioneros que estaban encarcelados en el castillo, que

salen llorando e hincándose de rodillas ante sus salvadores. San Gervasio y Gracia son ocupados por el cuerpo motorizado. Los carros de combate del ejército marroquí seguidos por el grueso de las tropas bajan ordenadamente desde Collserola por Pedralbes y la calle Muntaner en dirección al centro. La casa de mis abuelos estaba en la calle Muntaner. Esa jornada, después de casi mil días separados, logran reunirse los ocho hermanos ¡vivos!

Mi padre sube desde la Modelo. Había estado dos años en capilla, condenado a dos penas de muerte, esperando su ejecución, compartiendo celda con el compositor Rafael de Lasso de la Vega, marqués de Villanova. El director de la cárcel, cuando entraron las tropas de Franco en Barcelona, tuvo un gesto que le honró para siempre en la memoria de las tres mil personas que se hacinaban en las pequeñas celdas de la Modelo: en lugar de proceder al cumplimiento de las penas de muerte, como ocurrió en otras prisiones, entregó las llaves a los presos y huyó hacia la frontera.

Uno de mis tíos permaneció toda la guerra ausente del hogar paterno. Condenado también a muerte en rebeldía por haber participado en los combates de la plaza Cataluña como falangista el 18 de julio, estuvo escondido en el piso de una antigua criada. Pasó los tres años en un altillo, con tanto miedo que el sudor traspasaba el colchón y el suelo e iba a parar al piso de abajo.

El pequeño, de apenas quince años, estuvo en la checa de Vallmatjor. Incluso mi abuelo, entonces juez y más tarde magistrado del Tribunal Supremo, pasó unas semanas en prisión.

A pesar de los padecimientos de esos tres años de guerra, todos los hermanos corren alborozados a la vecina iglesia de Pompeya, donde agitan las banderas rojigualdas de papel que las chicas han confeccionado en secreto; los tanques apenas pueden avanzar por la multitud que los aclama, las muchachas intentan encaramarse a las ruedas para besar a los soldados y entregarles flores, un trimotor vuela bajo haciendo un tirabuzón y todos aplauden y lanzan gorras, pañuelos, papeles al aire. Los balcones están rebosantes de gente, ancianos, enfermos en bata, niños pequeños se cogen a los barrotes y gritan:

—Arriba España, arriba Franco.

Se canta el *Cara al sol*, de pronto se encienden las luces en las ventanas como si alguien lo hubiera dirigido con una batuta y se rasgan las tinieblas por primera vez en todo el invierno. ¡Por miedo a los bombardeos, hace tiempo que las casas se iluminan solo con velas! Los faroleros prenden mecha al gas con sus largas pértigas, los cláxones de los coches atruenan con el ritmo de «¡La Cucaracha / la cucaracha! Ya no puede caminar», estallan las bocinas de las fábricas y las sirenas de los barcos... El escritor inglés James Cleugh, autor del libro *Furia española. 1936-1939*, describe de este modo el recibimiento del pueblo de Barcelona: «Los soldados eran obstaculizados en su avance, no por la resistencia del enemigo sino por las densas multitudes de demacrados hombres, mujeres y niños que afluían desde el centro de la ciudad a darles la bienvenida, vitoreándolos en un estado que bordeaba la histeria,

¡todo parece un sueño!, ¡en todas partes el mismo entusiasmo!».

A las cinco de la tarde, el teniente Víctor Felipe Martínez, del batallón de carros de combate del cuerpo del ejército marroquí, ocupa el ayuntamiento, arría la bandera catalana, alza la bicolor, y son abolidos todos los signos de identidad de la Generalitat de Catalunya. El presidente Companys ya está en la frontera, que cruzará nueve días después, junto al lendakari vasco José Antonio Aguirre, acompañados por altos cargos de la Generalitat y del Gobierno de Euzkadi.

Mi abuela se queda en casa, tranquila por primera vez en tres años. Pero de pronto se le ocurre avisar a sus vecinas, dos hermanas ancianas que no han salido de su piso desde hace meses, para que saquen una bandera al balcón con el fin de honrar a los triunfadores. Las dos viejecitas rebuscan y cuando mi abuela está asomada observando a los grupos de personas endomingadas que corren hacia la Diagonal a recibir a las tropas de Franco, ve cómo las dos ancianitas despliegan sonrientes una enorme bandera... republicana. Larga, muy larga, llega hasta el suelo y ondea provocadoramente al viento de este crudo día invernal en el que nadie parece sentir el frío. Roja, amarilla y morada, «el color del permanganato con el que nos curamos las enfermedades venéreas», según decía irrespetuosamente Queipo de Llano ante los micrófonos de Radio Sevilla.

Horrorizada, mi abuela acudió a la casa vecina llevándose las manos a la cabeza:

—Pero ¿qué hacen? ¿No saben que las pueden meter en la cárcel o algo peor?

Las dos hermanas contemplaron la bandera sin darse cuenta de lo que había pasado, ni de lo que significaban esos tres años de guerra. Y la mayor dijo aún, acordándose de las penalidades sufridas:

—María, no están los tiempos para tirar nada... nosotras vamos a guardarla muy dobladita porque quizás algún día pueda sernos útil.

Manuel Tagüeña, el último jefe militar republicano en abandonar Barcelona, manifestó: «Mientras por una calle entraban los conquistadores aclamados por los gritos de sus simpatizantes, por la de al lado se retiraban nuestros maltrechos hombres...». Aunque todavía los restos de la columna Durruti participarán en la desesperada defensa del Montsec, pero son aplastados sin contemplaciones por la perfecta máquina de hacer la guerra en que se ha convertido el ejército de Franco. En esa agónica lucha final, sesenta mil hombres nada menos mueren sepultados en los parapetos, destrozados por la metralla de las tropas nacionales.

Son los últimos combatientes muertos en esta guerra que ahora termina. Los supervivientes, apenas resguardándose del tremendo frío con mantas raídas y capotes agujereados, pasan la frontera. «¡Huid y no volváis! ¡Dejadnos y no volváis!». Así les grita el diario *Arriba* al medio millón de refugiados que se van de España al finalizar la guerra civil. El periódico *ABC* se permite incluso hacer chistes: un dibujo que representa dos republicanos de aspecto patibulario en el patio de una prisión, el uno le dice a otro:

—Se aburre uno, tres meses sin quemar una iglesia ni asesinar un cura.

—Sí, se desentrena uno.

A pesar de que el canónigo de la catedral de Salamanca clama en Tarragona «perros catalanes, que no sois dignos del sol que os alumbrá», y Tebib Arrumi recomienda que «Cataluña debe sufrir un castigo bíblico como Sodoma y Gomorra para purificar la ciudad roja, sede del anarquismo y separatismo, como único remedio para extirpar esos dos cánceres por termocauterio implacable», mientras Serrano se limita a decir «ser catalán es una enfermedad», la plaza Cataluña está abarrotada en la misa de acción de gracias que se celebra dos días después de la «liberación» de Barcelona. Se vuelven a ver corbatas y sombreros, que habían estado escondidos durante este tiempo en el que habían imperado las gorras, las boinas y el mono azul, y las chicas, para fingir que llevan medias, se pintan una raya en la parte posterior de las piernas, y lucen el nuevo peinado con un enorme tupé sobre la frente que se llama, cómo no, Arriba España.

Cuando pasa el general Yagüe, de rasgos fuertes, mechones blancos, gafas de concha, grueso capote con cuello de piel sobre el uniforme y sonrisa burlona, los catalanes se inclinan para besarle la mano.

Me contaron mis tías que estaban con un juez amigo de mi abuelo que tenía un hijo pequeño al que habían puesto por nombre José Antonio, como el fundador de la Falange (varios de mis primos se llaman así). El crío se perdió y la madre, angustiada, lo llamó gritando:

—¡José Antonio!

Toda la plaza se puso en pie, miles de personas extendieron la mano con el saludo fascista y rugieron como un solo hombre:

—¡Presente!

Y de otro lado de la plaza surgieron los tres gritos rituales:

—¡José Antonio!

—¡Presente!

—¡José Antonio!

—¡Presente!

—¡José Antonio!

—¡Presente!

Negrín sale de España y vuelve a entrar por Alicante, donde ahora le pide a Franco, como única condición para rendirse, el respeto a la vida de los perdedores, condición que no es aceptada. Al final el propio Negrín es derrocado por uno de los suyos, el coronel Casado, que cree que siendo militar podrá entenderse mejor con Franco, pero este rechaza también sus propuestas, ¡quiere que la rendición sea total y absoluta!

Azaña, el presidente de la República, ya en París, dimite, se van al fin las autoridades republicanas y los últimos españoles pasan la frontera con la cabeza

gacha y el pecho abrumado por una terrible impotencia ante la derrota. Alguno, en medio de un silencio impresionante, se lleva la pistola a la sien y grita:

—¡Muera el fascismo!

Otros se ponen de rodillas y cogen un puñado de tierra sollozando desconsoladamente.

Francia e Inglaterra saludan al nuevo jefe del Estado español.

El 28 de marzo cae Madrid sin ofrecer resistencia.

Pero Franco, después de tres años de tensión, después de tres años en los que ha puesto a prueba su organismo hasta límites sobrehumanos, cae enfermo. Fiebre alta, gripe, constipado, dolor de cabeza, nadie sabe muy bien lo que le pasa. Es como si las piernas se le hubieran vuelto de arena y no pudiera aguantar de pie. Como a su hermano Ramón, una mano de hierro le oprime la garganta día y noche.

Su hija dijo después:

—Es la única vez que lo he visto enfermo.

Su ayudante Vicente Gil, ya convertido en su médico personal, comentará luego:

—La tensión pudo con él.

En la cama no puede conciliar el sueño y la disnea le obliga a sentarse. La angustia se le instala en el estómago; él, que no le teme a nada, ahora le tiene miedo a la paz.

Ha conseguido todo por lo que ha luchado con tanta pasión, los objetivos por los que tantos han muerto. ¿Por qué no puede alegrarse?

Quizás está enfermo del alma, como Ramón.

En la cama redacta el último parte de guerra, lo tiene que reescribir varias veces, sabe que cada palabra es trascendental y adivina que sobre él va a caer la carga gloriosa de la inmortalidad y que se va a convertir en uno de los textos más importantes de la historia de España. En una hoja con el membrete del Cuartel del Generalísimo y el escudo de España, escribe: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo Franco, Burgos, 1 de abril de 1939».

Cuando termina de escribir, deja la pluma a un lado y, lo que no ha hecho en toda la guerra, ni siquiera cuando murió su hermano, se pone a llorar.

A las 22.30 de ese día, el actor y locutor Fernando Fernández de Córdoba lo leyó ante los micrófonos de Radio Nacional.

Sí, es la paz. Una paz que ha costado decenas de miles de muertos, centenares de miles, según algunos, un millón.

Franco ya no se acuerda de lo que es vivir en paz.

—Lo mío es la guerra —le dice a su mujer—, yo no sé de política.

Y Carmina se inclina sobre él, le coge tan fuerte el brazo que le hace daño y le escupe más que dice:

—¡Por eso lo vas a hacer muy bien! —Y señala a los hombres que van y vienen por el palacio, a sus cosas, pero con los ojos puestos en él, esperando sus órdenes—. ¡Todos esos no valen nada sin ti!

Como los sitiados en el Alcázar de Toledo que se negaban a salir una vez liberados porque no sabían vivir de otra manera, Paco, Carmina y Nenuca alargan todo lo posible su traslado a Madrid desde el palacio de Muguero, a pesar de que ahora está desordenado y es incómodo, los muebles rotos, sin alfombras y con un persistente olor a urinario.

Es en Burgos donde se establece el Gobierno de la Nueva España que a Franco le hubiera gustado que se formase tan solo con militares, pero Serrano le hace ver que debe concentrar todas las fuerzas que han luchado en el Alzamiento, como ahora llaman a la sublevación. Los nuevos ministros se quejan de que haya que trasladarse desde Madrid para cualquier consulta. Pacón se ha casado y ha puesto piso en la capital, y el pobre ha tenido tan mala suerte que María Luisa ha muerto de sobrepeso y debe hacerse cargo solo de su hija recién nacida. Ha estallado la guerra europea que más tarde se conocerá como Segunda Guerra Mundial, las embajadas alemana e italiana están en Madrid, y al final, al cabo de ocho meses, Franco comprende que no hay más remedio que decidirse.

Es la única incertidumbre de su vida. Todas las demás se han disipado, solo él puede llevar el timón de este barco llamado futuro. En realidad lo sabe desde que tenía seis años, cuando vio a los repatriados de Cuba. ¡Aquella mancha había que borrarla!

Tenía razón Carmina, él no era político, los políticos habían sido el cáncer de España (después de Cataluña, por supuesto). Pero ¿dónde debe vivir el jefe del nuevo Estado?

Por las noches, se lo pregunta a su mujer:

—¿A ti qué te parece, chiquituca, dónde podríamos ir...?

Carmina se encoge de hombros, ahora es ella la que no se encuentra bien, tiene terribles dolores de muelas y en Burgos no hay buenos profesionales... Con la mejilla tan inflamada que apenas se la entiende, gime:

—Donde haya un dentista...

Y Nenuca salta:

—¿No somos reyes? ¡Pues vamos donde viven los reyes!

La madre sonrío a pesar del dolor intenso y hasta a Franco se le pone un brillo complacido en los ojos. En ese momento entra Serrano en la habitación con unos papeles para firmar. Ahora es ministro de la Gobernación y tiene todavía más trabajo que su cuñado. Él ya se ha comprado un piso en la recién bautizada calle de General Mola número 28 y ha enviado allí a su familia.

Su cuñada está enfadada con él, porque su hermana, antes de irse, le ha secreteado:

—Creo que estoy otra vez embarazada...

Carmina se había puesto lívida porque tenía la esperanza de que Ramón, quebrantado por la muerte de sus hermanos, no tuviera ganas «de eso» a pesar de los suspiros que creía haber oído a través de las paredes de sus habitaciones. Pero aun así le había preguntado a Zita con un hilo de voz:

—¿En estado? ¿Y cómo es eso?

Y la hermana, con una risita traviesa, le había dicho bajando la voz:

—Mujer, si se hace todos los días, como nosotros... Ramón dice que quiere tenerme siempre embarazada... No sabes tú el plan en el que está... A veces me tengo que encerrar con llave en el dormitorio para que me deje en paz...

Carmina se apartó bruscamente y le dijo con enfado a su hermana:

—¡Es de mal gusto hablar de estas intimidades!

Zita la miró con asombro, pero se calló.

Cuando Carmina se acuerda de esta conversación, se felicita a sí misma por haber tenido el dominio suficiente para no patearle la barriga a su hermana hasta que se muriera ella, el niño y toda su descendencia.

Ajeno a todo, o no, porque a veces le parece que Ramón le lee el pensamiento, el cuñado coloca los papeles encima de la mesa, saca el capuchón de la pluma y se la tiende a Paco para que estampe su firma. Paco lo mira y le pregunta como quien no quiere la cosa:

—Ramón, no sé qué te parece, estamos pensando dónde ir a vivir. —Algo mohíno señala a su hija—. Nenuca dice que tenemos que vivir en el palacio de Oriente, como los reyes, fíjate qué tontería...

Ramón responde con gravedad:

—Pues sí que es una tontería. ¡Tiene un recuerdo nefasto para los españoles, está unido a la inmoralidad de una época que nadie quiere que vuelva! ¡Ya hemos decidido que Alfonso XIII no puede regresar, y la monarquía ya veremos! —Y agitando la pluma, remata—: Además que allí ha vivido el presidente de la República. ¡Tú no puedes hacer lo mismo!

Franco se apresura a plegar velas delante de este cuñado tan apabullante y que sabe tantas cosas:

—Sí, claro, claro, yo ya se lo decía...

Pero, retorciéndose las manos, y sin mirarlo, Carmina le pregunta a su cuñado:

—Entonces, Ramón, ¿dónde elegimos? ¡No vamos a estar viviendo toda la vida en Burgos! —Y con voz en la que se aprecian entonaciones histéricas, se pone a chillar—: ¡Somos como gitanos! ¡No tengo armarios para guardar la ropa, no puedo invitar en casa porque no hay condiciones! Vosotros habéis ganado la guerra, pero ¿y yo? ¿Qué he ganado yo?

Mira a su alrededor, desquiciada. Sobre una mesita está su «costurero», la caja de cartón donde guarda los carretes de hilo, las agujas, el ganchillo, las tijeras, los dedos... Señala la caja inocente con el dedo:

—¿Ves?, no tengo ni cesta de costura, ¡la mujer del jefe del Estado tiene que tener

sus cosas metidas en una caja de zapatos!

Con expresión que da miedo, la coge, la levanta y la estampa contra la pared... Las madejas de hilo se desenrollan, la cinta de medir se queda colgando del respaldo de una silla, las tijeras se clavan en un cojín, todo el contenido multicolor y abigarrado se desparrama por el suelo... Franco mira a su mujer estupefacto, el asombro vence al reproche que está a punto de salir de sus labios. Carmina apoya la frente en la mesa y solo se ven sus hombros sacudidos por unos tremendos sollozos. Nenuca se acerca a su madre y le pasa la mano por la espalda mirando a su padre con censura. Franco tartamudea:

—Pero, Carmina, ¿qué es eso? ¿Qué te pasa? ¡Neniña! —Desconcertado, no sabe qué hacer, se acerca y se pone a acariciarle la cabeza, como hacía su madre con él cuando era pequeño—. Sososo, basta, no llores, *miña xoia*, volvoreta, todo se arreglará. ¿Quieres cestas de costura? ¡Te compraré cientos! ¿Verdad, Ramón, que compraremos cientos? ¡Vamos a poner a trabajar las máquinas de producir costureros como primera necesidad del país!

Los sollozos de la mujer se recrudecen y niega con la cabeza:

—No es eso... no entiendes nada...

Ramón deja la pluma, se sienta, se desabrocha la chaqueta y dice con calma:

—Paco, es natural el nerviosismo de tu mujer... Zita está igual...

Enrojecida, Carmina levanta la cabeza y le reprocha a gritos a su cuñado sin poder contenerse:

—¡Pero Zita está embarazada y yo no! —Se vuelve hacia su marido y con un tono de voz truculento y artificioso, le repite—: ¡Mi hermana está embarazada y yo no!

Paco abre los ojos sin comprender nada, se siente más nervioso de lo que ha estado en todos estos años de guerra, cuando tantos hombres dependían de sus decisiones; la voz se le quiebra:

—Carmina, nena, es tan impropio de ti todo esto. ¿Quieres unas sales, friegas de vinagre, agua del Carmen...? —Y se pone a vociferar—: Pacón, ¡entra!

Carmina le dirige una mirada furiosa:

—¡Cállate! ¡Por Dios, que no entre Pacón!

Ramón toma la palabra y dice con una voz tan serena que consigue apaciguar el ambiente, tenso y cargado de electricidad:

—Carmina, yo he pensado un sitio estupendo para vosotros... cerca de Madrid, de mi casa, de todo. —La mira significativamente—. En realidad es de los reyes también, fue su pabellón de caza, allí murió Alfonso XII, ¡el palacio de El Pardo!

8. EL CAUDILLO (1941-1951)

En El Pardo no hace el sofocante calor que lamina Madrid hasta dejarlo convertido en una ciudad desierta y silenciosa en este 31 de agosto de 1942. Con un vestido de lunares de seda natural que su modista ha copiado de un figurín de la Maison Jane y a pesar de sus incómodos zapatos topolino, Zita Polo sube ágilmente los tres escalones de mármol que la separan de la puerta lateral del palacio que da acceso a las habitaciones privadas del jefe del Estado y la Señora, su hermana.

Dos miembros de la guardia mora, asombrosos con sus turbantes y sus largas capas de color blanco, la observan totalmente inmóviles, pero ella advierte con cierto nerviosismo sus ojos negríssimos rodeados de khol clavados con lascivia en su cuerpo y automáticamente se baja la falda sobre sus piernas algo gruesas y luego se aparta el pelo de la cara. Cuando su criada apareció un día con el peinado Arriba España, Zita comprendió que había que cambiar de estilo, y ahora lleva su pelo negrísimo partido con una raya al medio. La sonrisa tímida y huidiza que le dirige al servidor que le abre la puerta no disipa la expresión herida de sus ojos.

El mayordomo se inclina:

—La Señora la espera.

Sobre las losas de mármol resuenan sus tacones siguiendo al criado de librea que le va abriendo una puerta tras otra. Detrás de cada una de ellas hacen guardia dos soldados que se cuadran a su paso. Zita no se fija ni en los frescos de los techos, de los que cuelgan valiosas lámparas de bacarrat, ni en los tapices de Bayeu que cubren las paredes, ni en las alfombras de la Real Fábrica, ni siquiera en el retrato de Isabel la Católica realizado por Juan de Flandes en el que la reina luce un incipiente bigote que hace reír mucho a Nenuca, porque la cuñada del Caudillo no está para risas.

Ahora es un *valet* con chaqueta rayada abrochada hasta el cuello y pantalón negro el que toma el relevo y sigue abriendo puertas sobres salones en penumbra. Un ligero frescor viene del patio Sabattini y Zita se desabrocha los botones del vestido para recibirlo. Inconscientemente se toca la cruz de brillantes que su marido, Ramón Serrano Súñer, por aquel entonces ya ministro de Asuntos Exteriores, le ha regalado por el nacimiento de su cuarto hijo. Le pide al sirviente:

—Un momento, por favor.

Se ha quedado sin aliento y busca un taburete para sentarse; cuando ya está a punto de hacerlo, el criado la detiene:

—¡No, ahí no, que tienen que encolar las patas!

Zita pregunta:

—¿Podría ir al cuarto de baño?

El hombre duda y le informa con algo de apuro:

—Tendrá que ir al de la Señora... No hay otro...

Zita hace un gesto de rechazo con la mano y se dispone a seguir adelante. Carmina, a la que ahora todos llaman la Señora, lleva dos años viviendo aquí, y en este tiempo ha recorrido algunos anticuarios y catálogos de venta de muebles, ha asistido a subastas y se ha llevado incluso un salón entero de estilo imperio del palacio de un aristócrata sumido en la ruina por la guerra y por la ayuda a su rey. Aun así, El Pardo se ve todavía medio vacío, las bombillas se funden con frecuencia y se oye siempre un lejano rumor de cañerías.

Al llegar al final de un pequeño pasillo, muy oscuro, el mayordomo retrocede con una inclinación y es Carmen, la doncella personal de la Señora, la que le indica con un susurro mientras le coge el bolso:

—Se acaba de ir doña Pura...

Zita levanta vivamente la mirada:

—¿La marquesa de Huétor?

La doncella asiente mientras abre la última puerta que lleva al gabinete particular de su señora.

Carmina está sentada en una butaquita estilo Pompadour frente a una mesa baja de caoba en la que se refleja el brillo tenue de una lámpara protegida por una pantalla de color rosa. La que los periódicos definen como «modelo de esposas españolas, aliento en las horas de angustia, regidora ejemplarísima de un hogar y, en suma, dama de virtudes acrisoladas como mujer cristiana y española de la mejor solera de la raza» ha cambiado de fisonomía, pero no por haberse sometido a alguna operación de estética, imposibles de realizar en la atrasada España, si no porque su dentista, el doctor Jacobo Shermant, un judío alemán de dudoso pasado al que se le perdona todo porque es uno de los mejores especialistas de Europa, y además no le cobra a la familia del Caudillo, le ha extraído esas muelas cariadas que tanto le hacían sufrir y las ha sustituido por unos ejemplares perfectos realizados en oro puro, que brillan cegadoramente en las escasas ocasiones en que Carmina ríe a carcajadas. Su rostro se ha afinado, con lo que sus ojos, que ahora mantiene bajos, se ven todavía más grandes. Frente a ella, un delicado papel de seda que envolvía una culebra de esmeraldas centelleantes que Carmina acaricia con sensualidad. Al oír la puerta, oculta apresuradamente el collar bajo el papel, pero al ver que es su hermana se tranquiliza:

—Ah, eres tú... siéntate, mira qué esmeraldas más buenas me ha traído Pura —le tiende una lupa—, estaban expuestas en el Banco de España como bien incautado a los rojos, y como nadie las ha reclamado, Pura las ha hecho sacar para mí, ¡serán de alguna pelandusca que se ha ido al extranjero!

Zita, maquinalmente, mira las piedras y comenta con desgana:

—Sí, sí, muy bonitas.

La hermana, ofendida, le arrebató la lupa:

—Trae aquí. —Vuelve a acercarse a las piedras—. Una tiene un puntito negro... le tengo que preguntar a Sainz si es una tara o esto aumenta su valor...

Como quien habla consigo misma, musita:

—La duquesa de Alburquerque tenía unas muy parecidas, ¿a ti qué te parece?

Zita, muy pálida, no contesta. Carmina responde por ella:

—¡Para algo se ha hecho una revolución y se ha ganado una guerra mientras esos aristócratas estaban rindiéndole pleitesía al rey! —aunque se apresura a aclarar—, que en paz descanse. En el fondo no era mala persona, mujeriego y débil, claro, como todos los Borbones. ¡Dicen que el hijo es otro que tal baila! ¡Ahora vive en Suiza, y Paco se he enterado de que tanto él como ella están todo el día de cócteles y juergas y que él tiene una querida griega! Y que doña María tiene desatendido el cuidado de su casa y sale con personas poco recomendables... —Lanza un suspiro de conmiseración y finge compadecerse—: Pobrecita, tiene una hija ciega...

Con sonrisa soñadora, quizás recordando que la reina Victoria Eugenia, madre de Juan, no la había invitado nunca a palacio, comenta como hablando consigo misma:

—Le ha escrito varias cartas a Paco haciéndole la pelota. ¡Anda que si se cree que después de haber ganado una guerra le vamos a entregar el país en bandeja es más tonto de lo que pensábamos!

Mete la joya en una caja y la cierra de golpe. Y se dirige a su hermana cambiando de asunto:

—Ayer estuvo aquí mi cuñada Pilar y me ha contado un chiste, sobre nosotras, corre por Embassy, ¿lo conoces?

La hermana niega sin palabras:

—Pues se dice que una amiga nuestra de Oviedo viene a España después de muchos años y pregunta por las hermanas Polo, y le contestan, una se ha casado con el hombre más importante del país y la otra solo con un militar. —Carmina mira a su hermana fijamente—. A mí no me ha hecho gracia.

Zita contesta con amargura:

—A mí tampoco.

—Tu marido está muy pesadito con el asunto de que nos metamos en la guerra al lado de Hitler. Paco no quiere, ¡con la miseria que nos han dejado los rojos, para guerras estamos!

Zita le responde, distraída por un momento:

—¡Pero si Paco acaba de decir que hay un millón de bayonetas en este país para luchar al lado del Führer!

Carmina le da un golpe en el brazo:

—Tonta, ¡es un paripé! Después de que nos enviaran la Legión Cóndor para luchar a nuestro lado, de haberse entrevistado en Hendaya y de las exigencias de Hitler, es lo mínimo que puede prometer, pero Paco sabe que los alemanes van a perder la guerra. —Y concluye con la frase que le aplica siempre a su marido—. ¡Y si lo dice Paco, esto va a misa!

Zita hace un gesto de desgana porque el tema no le importa, la tragedia que está asolando Europa, el conflicto más devastador de la historia que terminará con trece

millones de muertos, tiene menos importancia para ella que su tragedia particular. Carmina toca un timbre oculto entre las lágrimas de la lámpara de cristal de Bohemia que cuelga del techo y que proviene del palacio de Viñuales, donde han pasado unos meses mientras les acondicionaban El Pardo, aunque de momento no han podido poner bombillas todavía y solo es un adorno:

—Carmen, sirve el té. —Y sin cambiar el tono de voz, se queja a su hermana—. No sabéis la suerte que tenéis de poderos mover libremente por Madrid. ¡Paco me ha prometido que iremos a ver la última de Celia Gámez! ¿Será verdad eso de que se entiende con Millán Astray?

La hermana se encoge de hombros. Carmina le ordena con voz de mando:

—Pues entérate, yo no estoy en condiciones... ya solo salgo para ir al dentista... Este doctor Schermant vivía amancebado con su enfermera y Paco ha hecho que se casasen. ¡Cómo va a atender a la mujer del Caudillo viviendo en pecado!

Coge un catálogo de la peletería que le acaban de enviar para abanicarse, mientras le dice a su taciturna hermana:

—Chica, no estás muy divertida hoy que digamos. —Mira distraídamente las fotos, ya ha encargado un abrigo de karakul, le gustaría una estola de visón, pero teme que Paco, con sus manías de austeridad y dar ejemplo, proteste—. Oye, tú, Pura me ha contado que su cuñada Sonsoles hace dos días ha tenido una niña, que la ha ido a ver y que parecía una artista de cine. La ha recibido en la cama, Balenciaga le ha hecho un camisón bordado con perlas y llevaba el broche de los zafiros orientales en el pelo y a los pies tenía unas martas cibelinas, ¡con el calor que hace!

Se ríe con una burla que no puede esconder su admiración:

—En la antesala habían puesto un aperitivo llevado del Ritz con caviar, percebes y champagne francés, ¡todo Madrid ha ido a verla! —Y después se ve obligada a añadir—: ¡Yo de esto no le cuento nada a Paco, porque no lo entendería!

De pronto se calla y mira a su hermana atentamente:

—¿Pero tú no has estado en su casa? Mujer, si yo creía que erais íntimas amigas... —Y luego dice con voz rencorosa—. Tu marido solo tiene ojos para esa... marquesa de Llanzol... Es vistosa, sí, pero yo no la encuentro tan guapa como dicen...

La hermana no puede contenerse, se tapa la cara en el hueco de su brazo doblado y sus hombros empiezan a agitarse convulsamente, sin pronunciar sonido alguno. Carmina la mira con asombro:

—¡Zita! —La muchacha entra con la bandeja y Carmina la despide con un gesto conminatorio—. ¿Qué te pasa?

La mujer intenta explicarse, pero no le sale la voz, al final se clava los puños en la cintura y apoya la cabeza en las rodillas como un niño enrabiado, con el cuerpo sacudido por un hipo nervioso.

Carmina se levanta y va junto a ella, le acaricia los rizos de la nuca y se acerca a su oído para decirle con preocupación:

—Qué te pasa, Zita, cuéntame... yo lo arreglaré, como he hecho siempre, papá me dejó encargada de ti, ya lo sabes, ¡todo lo que tienes en la vida te lo he conseguido yo! —La hermana afirma con grandes gestos de cabeza y se entrega a un llanto inconsolable—. ¿Les pasa algo a los niños? ¿Estás enferma?

Con el dorso de la mano tapándose la boca y con un tono más propio de bestia que de ser humano, Zita pronuncia una frase ininteligible. La hermana se acerca más y pregunta:

—¿Qué dices?

Y Zita grita, como el río que se desborda:

—¡Esa niña! ¡La niña de Sonsoles de Icaza es de Ramón! ¡Sonsoles es la querida de Ramón y esa niña es hija suya!

Se hizo un silencio en la habitación denso como la lava. El rostro de Carmina pasó del rojo al blanco, como si le hubieran extraído toda la sangre que tenía en el cuerpo. Un garfio le desgarró las entrañas. Sin pronunciar palabra, con la mandíbula apretada, los ojos entrecerrados con un odio sobrehumano, como una autómatas, se dejó caer en la butaca. Se siente como su admirada María Antonieta yendo al cadalso. Con voz sin matices dice:

—Ramón... y Sonsoles de Icaza... debería habérmelo figurado...

La hermana va contando la historia a trompicones, apenas se la entiende:

—Cuando terminó la guerra ya sabes que tuvimos mucho trato con ellos, el marido, Paco Díez de Rivera, fue herido en el Alto de los Leones... Fue entonces cuando empezaron. ¡Se ven en un picadero entre mi casa y la suya! ¡Todos los días!

Con voz que parece ajena, Carmina pregunta:

—¿Estás segura, Zita?

Retorciéndose los dedos, la hermana responde:

—Desgraciadamente, sí. Me lo ha dicho él —y aquí ahonda más el pozo negro que se ha abierto en el corazón de Carmina—. ¡Yo sé que ha tenido otras, pero no eran importantes! Me pedía perdón, me decía que no te contara nada para que no nos perjudicaras... —Rompe a llorar copiosamente—: ¡Pero ahora dice que está enamorado! —Pone una voz aguda como un relincho—. ¡Enamorado! ¡Como un hortera!

Carmina mira a un punto fijo de la pared con las pupilas abrasadas; hay un tapiz en el que un ciervo cae abatido por la flecha de un cazador que le atraviesa el cuello, así se siente ella. Con voz monótona que causa espanto, habla:

—Pero el marido...

—El marido de Sonsoles lo sabe, y no le importa, dice que cuando se tiene una mujer tan guapa y joven como la suya se ha de estar dispuesto a aceptar ciertas cosas. ¡Menudo militar! ¡Es un cornudo! —Zita no ve la expresión de Carmina, con una sonrisa atroz en los labios, de haberlo hecho quizás hubiera callado—. ¡Me he puesto de rodillas delante de Ramón para que la dejara y me ha dicho que no puede!

Carmina susurra con voz ronca:

—Ah, ¿no puede?

—Eso dice. —De pronto junta las manos en ademán de súplica, como si rezase—. Carmina, por favor te lo pido, ¡por la memoria de nuestro padre! Oblígale a que la abandone, amenázale con retirarle el cargo, lo que sea... Haz algo, por Dios, ¡no puedo vivir así!

Zita mira a su hermana con una fe absoluta en su poder, y la Señora le coge las manos, se las separa, y de pronto, acometida por una súbita sospecha, les da la vuelta, como hacía su criada mora en Melilla, y ve las palmas granatosas. Con voz enronquecida le suelta tan violentamente como si la abofeteara:

—¡Estás embarazada!

Zita levanta la cabeza:

—¡Sí! ¡Nos ha preñado a las dos a la vez! ¡Iba de una a otra, conmigo sigue acostándose todos los días!

Carmina no puede dejar de decir, con voz ahogada:

—Sois como animales.

Se instala entre las dos hermanas un silencio hondo y frío como una tumba. Después Carmina le da un empujón:

—Ahora vete y déjame resolverlo a mí. —Vuelve a tocar el timbre. Cuando entra la criada, le dice—: Carmen, acompaña a la señora a la salida, y luego dile al teniente coronel Franco que quiero ver a su excelencia.

Zita se va limpiándose las lágrimas y no puede ver a su hermana que puesta de pie parece una máscara terrible y amenazante de tragedia griega.

En el despacho del Caudillo está el criminal, el seductor, Ramón Serrano Súñer, que saluda alegremente a su cuñada y se inclina para darle un beso en la mejilla, que Carmina retira rápidamente. Paco le dice a su mujer con reproche:

—¿No lo has felicitado? ¡Hoy es su santo!

Carmina finge no oírlo y permanece en pie mientras Ramón se retira, cerrando suavemente la puerta. Va vestido con camisa azul y se sienta en la mesa que ocupa Pacón, encendiendo un cigarrillo y tarareando una cancioncilla:

*Solamente una vez
amé en la vida...*

La canta muchas veces al oído de su amante. Cuando piensa en ella, Ramón se siente ingrátido como un fumador de opio, porque ha descubierto lo que es la pasión solamente entre los brazos de Sonsoles. La primera vez fue en su casa de la calle Hermosilla, en una de esas tediosas cenas de matrimonios que se celebraban el sábado por la noche.

Llovía. Los cuatro se acababan de levantar de la mesa y el anfitrión le estaba enseñando a Zita su colección de sellos. Sonsoles miró a su marido de forma especial, después a Ramón y desapareció. Ramón, aburrido y con un cigarrillo entre los dedos,

se puso a mirar por la ventana los castaños de la calle un poco desdibujados a través de los cristales húmedos. Después se fue a vagar por el piso mirando los cuadros magníficos que la inmensa fortuna de Díez de Rivera había atesorado. Olió a perfume. Salió. Le pareció que lo llamaban. En el pasillo, una puerta no cerrada del todo.

¿Qué fue lo que le hizo empujarla? ¡Nunca lo supo!

Tendida sobre la cama, su metro setenta y cinco completamente desnudo, con el pubis levantado y los pechos grandes desparramados como flanes de leche, estaba la marquesa de Llanzol. Su rostro anguloso, que normalmente lucía un gesto de desdén, estaba enrojecido, las aletas de la nariz palpitantes. De su garganta surgía un murmullo de fiera hambrienta y cogía con las manos los hierros del cabezal, como si estuviera crucificada.

Fue como si un rayo lo partiera en dos.

Sin palabras, sin titubeos, con el miembro tan duro como un leño, Ramón se acercó a ella desenrollando la corbata, arrancándose la chaqueta, sacándose los zapatos, los pantalones y los calzoncillos a la vez, mientras ella lo miraba, inmóvil, ofreciéndole la boca abierta y húmeda de su sexo. Se tendió sobre la mujer atrapando sus manos con las suyas, sin dejarla moverse. Sonsoles levantó los riñones y él se hundió tan fácilmente como entra el cuchillo en la mantequilla. El sonido de chapoteo fue tan ruidoso que los dos callaron.

Una mano anónima cerró la puerta.

Sonsoles echó la cabeza magnífica hacia atrás con los ojos vueltos, gimió y después le clavó los dientes en el hombro. Él susurró:

—Muerde más, perra.

Se besaron y el sabor de la sangre los volvió a calentar.

Cuando regresaron al salón, el marqués, de pequeña estatura, nariz porcina, grueso, calvo y envejecido, estaba disertando en tono monótono sobre la mejor forma de pescar salmones. Zita dormitaba. Cuando los vio aparecer, Díez de Rivera sugirió:

—¿Una partida de bridge?

Sonsoles se puso detrás de su marido y empezó a masajearle los hombros sin dejar de mirar a Ramón, que no pudo soportar ver cómo su amante tocaba a otro hombre. El cuñadísimo contestó hoscamente:

—No, es tarde, otro día.

El marqués sonrió con cierta burla y Sonsoles tuvo un aleteo de pestañas con el que prometió muchas cosas. Se despidieron en la puerta, pero ahí otra vez tuvo que contenerse Ramón para no tenderla en el suelo, arrancarle la ropa y destrozarla y destrozarse.

Sin darse cuenta, enloquecido por el deseo, ajeno al lugar donde se encontraba, gimió en alto. Pacón levantó la vista y le preguntó:

—¿Dices algo?

—No, no.

Serrano sacudió el cuello. Cada vez que pensaba en Sonsoles los pantalones le apretaban, jadeaba como un pez fuera del agua y tenía que ponerse en pie y fijar su atención en otro asunto. Ahora se puso a mirar el techo, pintado por Jerónimo de Cabrera, que representa la vida de un hombre, desde una figura de niño hasta una cabeza de viejo adornada por una corona de laurel. Inconscientemente, Ramón se toca el cabello, que ya clarea, pero sigue siendo rizado. No, no hay ninguna corona de laurel todavía, pero hay que tener en cuenta que él no es un anciano, en realidad es joven, tan solo tiene cuarenta y un años.

Pero la suya, como la del fresco de Cabrera, es una vida en ascenso. Triunfante. Sobre todo desde que ha estallado el conflicto europeo. La bota alemana humilla a todos los países que no pueden defenderse, incluido Francia, y el eje Italia-Alemania parece invencible. Serrano es partidario de que España se una a este contubernio diabólico y trata de convencer a su cuñado, pero desde que Franco se ha entrevistado con Hitler en Hendaya tiene tomada una decisión. En este encuentro, según unos historiadores, Franco desoyó todas las peticiones de Hitler con tal maquiavelismo que el Führer dijo cuando regresó a Berlín:

—Prefiero que me arranquen cuatro muelas antes de volver a entrevistarme con ese hombre.

Según Preston, sin embargo, fue Hitler quien puso grandes dificultades a la entrada de Franco en la guerra. Sin que me tachen de arrogante por querer enmendarle la plana a tan ilustre historiador, el sentido común me dicta la siguiente pregunta: ¿Para qué se iba a desplazar Hitler, que no viajaba jamás, hasta la frontera española atravesando una Europa en llamas para despachar un asunto que de ser cierta la versión de Preston podría liquidarse tranquilamente por carta?

De acuerdo con algunos documentos confidenciales de los servicios secretos británicos que se han desclasificado últimamente, desde Inglaterra y por medio de Juan March se sobornó a diversas personalidades militares y civiles españolas para que Franco no entrara en guerra. Pero mi opinión es que, si estos pagos se realizaron, no influyeron en absoluto en la decisión de Franco. La mayoría de los nombres que se dan ya en esos años no tienen influencia sobre el Caudillo, empezando por su propio hermano Nicolás y terminando por Kindelán o Queipo de Llano. El resto son personajes de segundo orden de los que Franco no aceptaría jamás ningún consejo.

Es él mismo el que toma la decisión de optar en primer lugar por la neutralidad y después por la no-beligerancia, aunque se apresura a declarar ante las protestas alemanas que la neutralidad «no quiere convertir a España en una especie de Suiza, no es eunucoide sino heroica y militar». Y como nadie entiende muy bien qué diablos quiere decir, el Generalísimo se ve obligado a tratar de contentar a Hitler con el envío de 45.000 voluntarios. Falangistas, aventureros, idealistas, jóvenes que no han podido vivir la guerra y que quieren también su ración de gloria, legionarios, 4.000 universitarios sin ganas de estudiar y deseosos de sentir emociones fuertes, hombres que huyen de la miseria e incluso de las cárceles, se ponen con entusiasmo en manos

del general Agustín Muñoz Grandes. Van al frente ruso, donde Hitler se enfrenta no solamente a Stalin, que se ha posicionado al fin al lado de los aliados, sino también al General Invierno.

La unidad se llamará División Azul, y el Glorioso Mutilado, el general Millán Astray, los va a despedir a la estación:

—¡Viva la muerte!

Cinco mil muchachos dejaron su vida en las estepas rusas, entre ellos el tío carnal de la autora de este libro, Miguel Estrada Borrajo de Orosco, que pertenecía a la 10 Compañía, Regimiento 263, y murió a los diecinueve años en el cerco de Leningrado, el 1 de octubre de 1942. Cuando salía en medio de la nieve a recoger comida para él y sus compañeros, una bala le voló la cabeza.

Las autoridades le enviaron a mi abuela un telegrama y una fotografía del lugar donde está enterrado, en el cementerio de Ssluzk, aunque en Barcelona se le hizo un funeral al que acudió el gobernador, en el que se dijo que había muerto como un héroe y que qué mejor muerte que la que se rinde a la patria.

Por mucho que he preguntado, nadie me ha sabido explicar cómo el único hijo varón, el *hereu* de una familia adinerada de Barcelona, huérfano de un padre «muerto por los padecimientos que le causó la guerra», que era como entonces se llamaba a los infartos, sin ninguna filiación política, se apuntó voluntario a esta empresa descabellada. Mi madre, su hermana, me contestaba con vaguedad:

—Se inscribió en secreto, nunca entendimos por qué, estaba interno en La Salle, era muy reservado...

Aquí tengo que dar un salto en el tiempo. El 2 de abril de 1954 regresaron los últimos repatriados de la División Azul a España a bordo del buque *Semíramis*. Unos habían estado presos, otros huidos, perdidos, algunos habían sido dados por muertos... ¡Se trata del primer recuerdo que tengo de mi vida! Yo debía permanecer en casa escuchando atentamente la lista de los repatriados por radio, y más atentamente al llegar a la letra e, esperando escuchar el nombre de mi tío Miguel. Entretanto, en esa mañana sonrosada y fresca, mi madre fue al puerto de Barcelona con una fotografía de su hermano en alto a preguntar:

—¿Miguel Estrada? ¿Lo habéis visto? ¿Lo conocéis?

Ella lo ignoraba, por supuesto, pero justo cincuenta años antes, en los muelles de Ferrol, las madres, las hermanas, recorrían el muelle a la llegada de los barcos que traían a los supervivientes de la guerra de Cuba con los nombres que solo vivían ya en su memoria apuntados en un papel y la misma pregunta angustiada:

—¿Lo conocéis? ¿Ha muerto?

En Rusia, como en Cuba, la carne de cañón se cotizaba muy barata.

Las vidas desperdiciadas de estos pobres muchachos serán lo único que le ofrecerá Franco a Hitler, además de vagas promesas que no van a cumplirse nunca.

Pero Serrano no lo sabe, está demasiado pagado de sí mismo para advertir los recelos de su cuñado, ¡se considera la mente pensante del régimen! Sus memorias,

que escribirá después de la muerte del Caudillo, son un ejercicio de prepotencia y soberbia sonrojante en el que se adjudica todos los aciertos de la dictadura y ninguno de sus errores. Para justificar su apoyo al eje Berlín-Roma dice, por ejemplo, que lo hizo siguiendo las directrices del Generalísimo, «cuyos conocimientos militares me parecían infalibles». Pero no solo se dedica a cuestiones de ámbito particular, como la elección del sitio donde han de vivir sus cuñados, sino que gracias a él los falangistas y los tradicionalistas se han integrado en el alzamiento formando esa amalgama indigerible que nadie sabe muy bien en qué consiste que se conoce con el nombre de Movimiento Nacional. Ramón se lo dice a Franco, que lo repite en más de una ocasión:

—¿Para qué queremos constitución teniendo movimiento?

Está tan envanecido que hay rumores de que Franco puede nombrarlo presidente del Gobierno, mientras el Caudillo se quedaría con el cargo honorífico de jefe del Estado. Con razón un día en que comían todos juntos, Nenuca había preguntado con ingenuidad:

—¿Quién es más importante? ¿Papá o el tío Ramón? —Y había repetido con cierto recochineo—. ¿Quién manda más?

Serrano apaga el cigarrillo en el cenicero en el momento en que se abre la puerta del despacho de su cuñado y sale Carmina con los ojos brillando de satisfacción. Ramón va a decirle algo, pero le sorprende su mirada de repugnancia, de aversión, las palmas de las manos enfrentadas a él como si se tratara de un leproso.

Ramón se queda tan inmóvil y helado como un muñeco de nieve. La Señora levanta la cabeza y sale de la antesala sin despedirse ni siquiera de Pacón, que contempla la escena con la expresión algo bovina que le es habitual. Ramón observa la puerta entreabierta del despacho de su cuñado y se levanta para entrar, él es el único que tiene permiso para cruzarla sin llamar, cuando ve que se cierra de golpe. Entonces se encoge de hombros y le comenta a Pacón:

—Me voy a casa, ¡mi mujer ha preparado cuatro puñetitas para los amigos por el santo! Si queréis venir tú y Pilar...

Porque Pacón se ha vuelto a casar con otra viuda de guerra con dos hijos a los que quiere como a la niña que tuvo con María Luisa. Inmediatamente después de la boda, Pilar Rocha Nogués se ha quedado embarazada, así pues Pacón tiene un motivo perfecto para excusarse ante este hombre que no le cae demasiado bien, al que en la intimidad llama «el presumido». Son muy diferentes, pero también le fastidia que su primo parezca no apreciar los sacrificios que hace para estar a su lado, su entrega incondicional, la inmolación de su carrera, y sin embargo deposite su confianza en este hombre que ni siquiera es militar.

Además de que, en el plano de los lazos familiares, primo hermano está antes que cuñado.

—No podemos, gracias, Ramón, Pilar no se encuentra muy bien, ya sabes...

En ese momento suena el teléfono interno y Pacón se apresura a cogerlo:

—Sí, si quieres te lo paso, está aquí todavía... Bien, ya se lo digo yo. —Cuelga y le informa al ministro—. Era el Caudillo... que mañana vengas a las doce, que quiere hablar contigo.

A las doce en punto Serrano estaba en la antesala. Cuando iba a entrar en el despacho, salió Franco cerrando la puerta detrás suyo. Sin importarle que Pacón estuviera delante, le dijo a su cuñado sin preámbulos:

—Ramón, están pasando cosas muy graves y debo tomar una decisión importante...

Serrano creyó que al fin Franco había recapacitado y había decidido entrar en la lucha al lado del Eje, e inquirió:

—¿Qué es lo que pasa? Como ministro de Asuntos Exteriores tengo que ser el primero en saberlo; me alegra que al final hayas tenido en cuenta mis opiniones...

Franco, que ya había desechado definitivamente intervenir en la guerra y de hecho se carteaba con el presidente norteamericano Roosevelt y con el primer ministro inglés Winston Churchill, quienes le agradecían no solamente su neutralidad sino también que no hubiera intentado detener desde Gibraltar el desembarco aliado en África, movió las manos, como hacía siempre que se sentía nervioso, y dijo:

—No, no es eso —y fue directo al grano—. Me veo obligado a prescindir de tu colaboración.

Serrano, siempre tan seguro de sí mismo, se extrañó tanto que se puso a tartamudear, consternado:

—¿Cómo? Pero ¿por mi posición al lado de los alemanes? Lo he hecho porque creía que era lo que querías tú... Ya entiendo, ahora quieres hacer méritos delante de Europa y debes sacrificarme, ¿no?

Franco le contestó sin mirarle:

—Ya sabes que mi decisión no tiene nada que ver con eso, sino con las irregularidades de tu vida privada... —Se calló y mirando el suelo, concedió—. Claro que si me prometes no ver más a la marquesa de Llanzol, te daré otra oportunidad.

Y aclaró:

—No soy ningún meapilas, esto lo hago porque tu mujer es mi cuñada y me lo ha pedido Carmina.

Serrano lanzó una risotada creyendo que su cuñado bromeaba, pero tropezó con su mirada gélida, y contestó:

—No creo que debas inmiscuirte en estos asuntos. —Aclarándose la voz, dijo—. Quizás tú no lo entiendes, pero me he enamorado como un chiquillo, y si no dejo a mi mujer para irme a vivir con Sonsoles es porque ella no quiere.

Franco lo miraba en silencio. Al fin amenazó oscuramente:

—El adulterio está penado por la ley, lo acabo de incluir en el Código Penal como sabes muy bien, y está castigado con siete años de cárcel. ¡Ser cuñado del jefe del

Estado no te salvará de la prisión!

Serrano soltó una carcajada seca:

—Menudo ridículo harías metiendo a un ministro en la cárcel por un asunto de faldas... —Y añadió con amargura—: Yo, al menos, soy sincero y se lo he contado a mi mujer y al marido de Sonsoles, pero tu hermano lleva sus asuntos a escondidas. ¿No sabes que va a la Francia ocupada por los alemanes a pesar de lo peligroso que es? ¡A ver si te crees que sus viajecitos a Biarritz son para jugar a la ruleta!

Paco miró a su primo, quien se levantó de su asiento, donde había escuchado toda la conversación, y cogiendo a Serrano por el codo, le dijo con amabilidad:

—Mejor que te vayas voluntariamente, Ramón.

El hasta hacía unos minutos todopoderoso ministro se soltó con un bufido y se fue hacia la puerta, muy delgado en el uniforme oscuro que se había inventado él mismo copiando el del conde Ciano, el yerno de Mussolini. Pero aún se giró y levantó el índice delante de su cuñado pronunciando con entonación biliosa:

—Pregúntale a Colás quién es Cecilia Albéniz, a ver qué te contesta.

Pacón se fue hacia él mientras Franco lo miraba imperturbable, y Serrano aún añadió antes de irse:

—Por no hablar de Millán y...

Franco detuvo a Pacón con un gesto y lo cortó sin enfadarse:

—Adiós, Ramón. No hay nada más que decir.

Pero Serrano se detuvo un segundo de espaldas, y de pronto dio media vuelta sobre un pie y soltó en un tono ligero forzado:

—Bien, Paco. En realidad me haces un favor, para mí es un alivio dejar la política, ¡hay demasiados aduladores compitiendo por tus favores y yo no soy así! ¡Sabes que mi voz es la de la lealtad crítica! —Y de pronto se rompió y se puso a suplicar—. Déjame darte una explicación sincera de mi pensamiento ahora que me voy de tu lado para siempre.

Franco le dijo dándole ya la espalda:

—No tengo tiempo de escucharte, el conde de Jordana, que será tu sucesor en Exteriores, lleva un rato esperándome en el despacho...

Cuando Ramón Serrano Súñer, *el Cuñadísimo*, salía de El Pardo y antes de subir a su coche, sintió unos ojos clavados en su nuca. En una de las ventanas distinguió el rostro de su cuñada con la boca cruzada por una mueca de deleite. Cuando llegó a su casa fue directamente al mueble-bar a servirse un whisky. Su mujer entró en el despacho y lo miró en silencio. Ramón levantó su copa para observar el líquido al trasluz y dijo lentamente:

—Ya sabrás que no nos van a volver a invitar a El Pardo.

La mujer se llevó las manos al pecho y preguntó sorprendida:

—¿Yo? ¿Qué culpa tengo yo?

Ramón se reclinó en el sillón, se aflojó la corbata, negra siempre, siempre negra, dio un largo trago a su copa y exclamó:

—¡Qué boba eres! ¡Paco me ha dado puerta por culpa de Carmina! ¡Pero tu hermana no lo ha hecho por ti, sino por ella!

Zita sollozó:

—¡Eres un monstruo y tienes una mente desequilibrada! Carmina no va a dejar de mirar por mí, ¡lo sé! ¡Como ha hecho siempre!

Con una sonrisa aviesa, su marido le indicó el aparato de teléfono que estaba en la pared:

—Lámala.

—Claro que la llamo. —Zita descolgó el teléfono, marcó el número de El Pardo y preguntó—: La Señora por favor, soy la señora Serrano Súñer... ¿Cómo? ¿Está ocupada? Dígale que es urgente, ¡soy su hermana!

Esperó sin mirar a su marido, que tamborileaba con los dedos en el brazo del sillón.

Largo rato.

—Ah, ¿no puede ponerse? ¿Que ya me llamará ella? Muy bien... Gracias...

El marido levantó su copa y brindó con su mujer, que se quedó mirando, desolada, al vacío.

Ocupada sí estaba a esa hora Carmina, era cierto. Acababa de sentarse en el pequeño comedor privado en el que cenaban todas las noches. Esperaba a Paco mientras hablaba con el padre Bulart, el secretario del obispo de Salamanca que ahora que los Franco eran casi familia real se había convertido en su capellán particular y vivía en El Pardo.

También tenían su médico particular, Vicentón Gil, el hijo del doctor Gil de San Cucao de Llanera, que durante la guerra le había hecho de ordenanza a Paco. Vicentón vivía en el palacio, pero se quedaba a cenar en el cuarto de guardia.

Nenuca también espera a su padre. Sin ella darse apenas cuenta, se ha convertido en *la Niñísima*, la primera niña de España, y en el modelo de todas las niñas españolas, hasta el punto de que se editan postales con su rostro y se imprimen tarjetas con el nombre «Carmencita» para enviárselas como felicitación el día de su santo «como un sencillo homenaje de simpatía a la primera niña de España». Y también despierta entusiasmo «la iniciativa de un homenaje a la angelical niña Carmencita Franco... se trata de organizar una junta en cada provincia coordinada por la encantadora señorita Teresa Torre Eleicegui, domiciliada en Santiago de Compostela, rua Nueva 16 a quien se debe la simpatiquísima sugerencia. Se ofrecerá a Carmencita un traje típico de cada región». Pero a Nenuca, como es natural, estos trajes regionales no le importan nada, de hecho no los va a ver en su vida, y en estos momentos se dedica a recortar fotos de artistas de cine para pegarlas en un álbum con un centímetro de lengua fuera. Ella también ha pasado por el doctor Schermant, que le ha colocado un complicado aparato en los dientes frontales que tiene que domar su algo caballuna dentadura heredada de la parte materna.

Cuando falleció el dentista se encontraron en su archivo facturas por los trabajos

realizados a madre e hija en 35 sesiones por valor de 300.000 pesetas de la época, que naturalmente nunca se cobraron. Ahora, eso sí, en la pared tenía colgada una foto dedicada de la Señora y su hija, ambas con grandes sonrisas, como un muestrario viviente de su habilidad profesional.

Carmina levantó la cabeza y aguzó las orejas:

—Ya sale del despacho.

Nadie más que ella ha oído el portazo en la habitación lejana, pero Carmina se ha especializado en la vida doméstica de su marido. Procurar su bienestar, cuidar de él, es su única meta.

Desde su despacho, Paco se dirige a su habitación con paso lento, todavía con la mente puesta en las decisiones que ha tomado ese día. De pronto se detiene y musita alguna frase que quiere recordar al día siguiente:

—Mire usted, Girón de Velasco, los sindicatos han sido el cáncer de este país...

El asunto de Serrano ya se le ha borrado de la mente. No lo tratará nunca más, a nadie explicará el porqué de su decisión, que los analistas achacarán a la postura proalemana de aquel y al cambio de rumbo en la política española, que quiere acercarse a las potencias occidentales. Zita sí seguirá acudiendo a algunas celebraciones familiares junto a sus hijos José, Fernando, Jaime, Paquito y la pequeña —de momento— Pilar, pero el trato con ella siempre será muy frío.

El jefe del Estado entra en su habitación. Se quita el uniforme y se pone una chaqueta «de estar por casa», como seguía diciendo Carmina, aunque esa casa fuera un palacio y no el piso de la Castellana, que había sido arrasado por los rojos y ahora ha sido alquilado a una familia numerosa. Siempre corbata, en este caso negra también, negra, de luto, como Ramón. Además en la americana lleva cosido un brazalete negro.

El Caudillo está de luto. Porque el padre, el incorregible Nicolás Franco Salgado-Araujo, el tirano que había convertido en un infierno la infancia del niño Paquito, se había muerto hacía cuatro meses. Agustina Aldana, su mujer, estaba a su lado, así como Ángeles, probablemente su hija. Tenía ochenta y cuatro años y dejó este mundo despotricando sobre su hijo. ¡Era el único español que se atrevía a llamarlo burro y sátrapa!

Cada tarde bajaba a la taberna que estaba debajo de su casa tan pobremente vestido que en ocasiones, en esa España ferozmente miserable, le daban limosna. Aunque no la necesitaba. Llevaba siempre una andrajosa maleta de cartón atada con cuerdas de la que no se desprendía. Cuando le preguntaban cuál era su contenido, contestaba:

—Todos mis ahorros, 40.000 pesetas, porque no quiero confiar en estos incapaces y ladrones desde que Paquito ha sido designado su jefe.

Unos hombres que no lo conocían se extrañaron:

—¿No se estará usted refiriendo al Caudillo?

Y el anciano indomable respondió:

—Ese caudillo es un cabrón y un chulo. ¡Si lo sabré yo, que soy su padre!

Fue el mismo Caudillo quien la noche del 21 de febrero de 1942 llamó a su hermana Pila para decirle:

—Parece que ahora papá sí se muere... Cuando lo haga, ponle el uniforme, que te ayude el médico, y me lo traes a El Pardo, ya está la caja preparada, lo velaremos aquí. —Duda y prosigue—. Ya sé que no estás de humor, pero es necesario que lo hagas.

Pila cuelga el teléfono. Es cierto que no está de humor, pero para Pila los deseos de su hermano son órdenes. Porque la alocada Pila que cambiaba la tinta por agua cuando era pequeña, que daba a luz a un hijo tras otro y que recorría con su ambulancia toda Galicia, Pila, la atolondrada, que cantaba cuando se tomaba una copa de aguardiente y contaba chistes de los que nadie se reía, ese familiar que todos tenemos y del que todos nos avergonzamos un poco, se acaba de quedar viuda. Un infarto fulminante se llevó a su marido, «una persona recta, honrada, que nos transmitía ideas de solidaridad y amor», según su hija Pilín, que ahora vivía en Zaragoza, donde el cabeza de familia daba clases en la academia militar y ella preparaba oposiciones a catedrática. «Mamá se quedó con ocho hijos a su cargo, el último muy pequeño, de la misma edad que el mío, y aunque tanto el tío Colás como el tío Paco le dijeron que le iban a pasar una pensión mensual, ella prefirió ser independiente».

Y dedicarse a los negocios, en los que ser la hermana del Caudillo iba a proporcionarle pingües beneficios.

Fue esta Pila ya viuda y totalmente enlutada la que se presentó con un sacerdote en la modesta casa de la calle Fuencarral. Asombrosamente, el padre todavía resistía, y al verla, rezongó:

—Estoy muy jodido.

Pila comentó en sus memorias un episodio de crueldad refinada e inconsciente: «A la mujer la retiramos, porque claro... no puede llevarse así a un sacerdote... la mantuvimos en otra habitación...».

El padre se negó a confesarse y murió a las cinco de la mañana, sin que pudiera cerrarle los ojos su compañera de los últimos treinta y cinco años. Pila lo revela sin complejos:

—Como es natural, yo odiaba a Agustina con toda mi alma... le tuve que decir a la niña, a Ángeles, mira que no vuelva a aparecer... hay aquí un sacerdote y a ver si se arrepiente... que se quede por ahí leyendo.

¿Leyendo mientras el hombre al que había querido durante toda su vida se moría? ¿Negarles a los dos ese único consuelo en la hora del tránsito final? Pila intentaba justificarse.

—¡No podía olvidarme de lo que había sufrido mi madre! —Una madre bondadosa que probablemente nunca hubiera consentido tamaña crueldad—. Agustina no dio problemas, no dijo ni «mu», lo llevamos a El Pardo en una

ambulancia, lo velamos y de allí al cementerio de la Almudena.

La realidad fue bien distinta. La pobre Agustina Aldana se negó a separarse de su marido, pues marido era, ya que se habían casado en 1937, y tuvo que ser la Guardia Civil la que la apartase a punta de pistola y se abriese paso con el cadáver por la modesta escalera de la casa con los vecinos en los descansillos en pijama, mientras los gritos de Agustina atronaban toda la calle como la perra a la que quitan sus cachorros:

—Sinvergüenzas... no le hacían caso en vida y ahora se lo llevan de muerto... Lo sacan de su casa, de su mujer, ¿qué haré yo? ¡Quiero saber dónde va, quiero estar con él hasta que lo entierren! ¡Él quería estar conmigo y con su hija!

Y hasta los guardias civiles se estremecían al oír el llanto lacerado, el gemido interminable de Agustina:

—Nicolás, mi Nicolás, ¿qué te han hecho...!

Lo instalaron en la habitación donde murió Alfonso XII, que la reina Cristina había transformado en oratorio. Toda una noche estuvo Paco con el cadáver de su padre vestido con el uniforme de general. Ninguno de los tres hermanos lloró, ni intercambiaron palabra. Al final Pila resumió:

—Era un calavera.

Colás se limpió avergonzado una lágrima que sin darse cuenta le resbalaba por la mejilla y tuvo un recuerdo para el otro calavera de la familia:

—El que más se le parecía era Ramón.

Paco puntualizó:

—El que más, no, ¡el único! —Y después, con la vista fija en el féretro de lujo, dijo—. Nunca le perdonaré lo que hizo sufrir a mamá.

Pila suspiró:

—¡Ahora somos huérfanos!

Antes de cerrar el féretro, Paco cogió el bastón de mando de su padre, que reposaba sobre su pecho, y vio de cerca la barba amarillenta, los párpados bajados sobre las mejillas cerúleas, el rictus severo de los labios que una mano desconocida había apretado demasiado, los dedos descarnados y retorcidos, y se echó hacia atrás sobresaltado, como si el muerto pudiera todavía levantarse y gritarle:

—¡Paquita! ¡Enseña el pito!

Se agarró al bastón de mando como queriendo apartar la visión horrorosa a golpes, pero Nicolás se acercó, interpretó mal su gesto y le dijo:

—Paco, me corresponde a mí, ahora soy el jefe de familia y además soy oficial de la Marina, como él.

Pilar lo corroboró:

—Sí, Paco, le corresponde a Colás.

En la jerarquía fraternal, no puntuaba ser jefe del Estado y haber ganado una guerra.

Paco le tendió el bastón de mando a su hermano como si fuera una barra de hierro

al rojo vivo y se dio la vuelta. No quiso ningún recuerdo de su padre ni volvió a hablar nunca de él.

Y aquel hombre al que tan poco gustaban los honores, fue homenajeado por una compañía de Infantería de Marina, salvadas de ordenanza y los gritos de rigor, aunque Paco no fue al cementerio, ya casi nunca salía de El Pardo.

Fue enterrado en la misma tumba de la madre de sus hijos, juntas al fin las dos almas para siempre.

Agustina, al parecer gracias a la intermediación de Colás, pudo cobrar la pensión que en puridad le correspondía como viuda de general, aunque a partir de entonces desapareció del mapa, nunca más se supo de ella. La hija, Ángeles, «una sobrinita huérfana a la que Agustina prohijó», según afirmaba sin ningún fundamento Pilar, sí se presentó alguna vez en El Pardo, pero se negaron a recibirla.

Tanto las dos mujeres de Ramón, Carmenchu y Engracia, como su hija Ángeles, y la mujer del padre, Agustina, y la niña, Ángeles también, fueron tachadas de la vida del Caudillo, no figuraron en ninguna biografía pública. En realidad les alcanzaron los pecados del padre y del hermano menor del Caudillo, que contaron menos en su existencia oficial que una raya trazada sobre el agua.

Afuera, en el jardín de El Pardo, ya es noche cerrada, la familia sigue esperando en el comedor. Paco aspira el aroma fuerte de las hojas de los eucaliptus, ya teñidas de bermellón, que se mete en la habitación por la ventana abierta. ¡Ese olor le recuerda a su Galicia! A través del encaje de sus ramas se ve el frondoso parque, todavía no tocado por las manos de los jardineros. Un estanque pavonado de musgo, caminos enarenados en los que los coches levantan nubes de polvo, bancos rústicos y pérgolas recubiertas de enredaderas que albergan unas estatuas desconchadas que a la luz de la luna brillan con una fosforescencia sobrenatural.

Se está haciendo tarde para la cena, pero Paco, trasnochador como todos los Franco, se hace parsimoniosamente el nudo de su corbata de luto; nunca le dedica un recuerdo a su padre, y sin embargo reza por su madre todas las noches. Sobre el lecho, Juanito, el ordenanza, ha colocado doblado cuidadosamente su pijama de rayas. Su cama individual. Cuando iban a arreglar el cuarto de dormir, Carmina le había dicho:

—A ti qué te parece, Paco, yo creo que lo más higiénico es que durmamos en camas separadas...

Paco había contestado con gravedad:

—Sí, Carmina, pero tampoco muy separadas.

La mujer le había hecho una caricia furtiva en el brazo. Sentía tal ternura por su marido que a veces se quedaba paralizada en medio de cualquier tarea, cerraba los ojos y sonreía pensando en él. En algunas ocasiones, cuando no había nadie delante, Paco le cogía los dedos perfumados y se los besaba.

Las camas eran incómodas y pequeñas, de 90 centímetros, y estaban separadas por una distancia de medio palmo. Por las noches Carmina tendía su mano hasta que la de su marido se anudaba con la suya cruzando «Despeñaperros», que era como llamaban a la pequeña separación que había entre ambos.

Cada vez que entraba en la habitación, Paco, maquinalmente, hacía la señal de la cruz delante de una vitrina que contenía lo que parecía un trozo amojamado de carne metido dentro de un relicario de plata dorada con incrustaciones de piedras preciosas. Era el brazo incorrupto de santa Teresa de Jesús, mejor dicho, su mano izquierda, que había sido recuperada de los «rojos» y que las monjas carmelitas de Ronda, sus legítimas propietarias, le habían permitido conservar como agradecimiento por haber salvado la patria. Delante de este brazo había rezado interminablemente Carmina el día en que su marido se había entrevistado con Hitler, veinticuatro horas había estado de rodillas. La reliquia, ¡cómo no!, tenía su equipo de viaje, pues se desplazaba siempre con ellos. En una ocasión, en Andalucía, sufrieron un percance con el coche, el Chevrolet blindado que había sido de Negrín, que se quedó con las dos ruedas de atrás colgando sobre un precipicio de cuarenta metros. El matrimonio consiguió salir con dificultad, pero la Señora empezó a gritar:

—¡El brazo, el brazo!

Y cuando ya el doctor Vicentón Gil, que iba en otro coche, se apresuraba a llevar alcohol para curar la extremidad de la Señora, el Caudillo le aclaró:

—¡No seas bruto! Es el brazo de santa Teresa, que hay que recuperarlo, porque va en el portaequipajes.

A veces se limitaba a tocar el relicario y luego se llevaba la mano a los labios. Solo entonces Paco abandonaba la habitación, pero antes de llegar al comedor tenía que pasar por el cuarto de baño, que estaba en otro pasillo. Carmina lo había querido poner al lado de su dormitorio como en las películas extranjeras, pero el presupuesto que les habían hecho salía, según el Caudillo, demasiado caro, y ambos tenían que hacer largas excursiones por unos pasillos oscuros congelados en invierno, sofocantes en verano, y a la vista de la guardia mora, que se aposentaban detrás de cada puerta.

Claro que para las necesidades perentorias contaban con un orinal debajo de cada cama.

Aquí puedo referir una curiosidad que me fue relatada por un servidor de Zarzuela. Me contó que en el último piso del palacio hay tres habitaciones enormes llenas hasta los topes de objetos que habían estado en El Pardo. Y se conservan nada más y nada menos que una veintena de orinales «vulgares, de loza, muy grandes, con asa» y un váter portátil con el que se desplazaba Franco cada vez que iba de cacería. Una afición en aumento que le fomentaba Carmina:

—Vete, que tomarás el aire y te distraerás de tus ocupaciones.

Carmina se quedaba tranquila, pues sabía que a estas cacerías no se invitaba a señoras, ¡y no es que ella desconfiara de Paco! Pero mejor no poner la tentación al alcance de su mano. ¿No lo decía el mismo Padre Nuestro? ¡No nos dejes caer en la

tentación! Encima del espejo del sencillo cuarto de baño colgaba una bombilla sin pantalla, porque el Caudillo opinaba que:

—Con cursiladas no me veo para afeitarme.

A mano, como en todos los hogares de aquella España entre tinieblas, había cerillas y velas, ya que a menudo se iba la luz, problema que se aceptaba con resignación dictaminando:

—Hay restricciones.

La luz tenía que racionarse, pues nuestras reservas de energía estaban bajo mínimos.

Con las manos limpias, recién peinado y oliendo a colonia, entraba Paco al fin en el comedor, ya olvidado de los problemas diarios. Cuando veía a su familia alrededor de la mesa, esperándole, los ojos acogedores de su mujer, se anegaba de un sentimentalismo difuso al que no sabía dar nombre.

Nenuca lo recibía siempre con un beso. A sus catorce años tenía la voz infantil que todavía conserva en la actualidad.

—Papá, ¿esta noche veremos una película de Popeye?

El Caudillo, ahora solo padre, reía y le preguntaba:

—Nenuca, ¿no eres demasiado mayor para ver películas de Popeye? —Y después añadía—: Yo creo que deberíamos ver *Raza*.

La niña era la única que se atrevía a decirle:

—Papá, que ya la hemos visto muchas veces.

Y el padre contestaba rápidamente:

—¡Y Popeye también!

Porque Paco, además de Faraón Ibérico, Cid Campeador y Timonel de la Dulce Sonrisa, como lo llamaban los periódicos, era guionista. Le había dado tiempo, cuando el palacio estaba en calma y la tarea diaria se había terminado, a escribir el guión de una película, *Raza*, que había dirigido un primo de José Antonio, José Luis Sáenz de Heredia, y que se había estrenado con bastante éxito en el cine Palacio de la Música. Franco narraba la vida de su familia de forma más o menos encubierta, ¡más que de su familia, de la familia que le hubiera gustado tener! Un padre héroe que muere en la guerra de Cuba, pero antes de morir diserta sobre los almogávares como ejemplo de conducta y de que el deber es tanto más hermoso cuantos más sacrificios entraña, unos hermanos honrados y valientes, uno de ellos republicano pero arrepentido en el último momento, otro cura, otro militar ejemplar... Y la madre, esa sí, igual a Pilar, bondadosa, entera, digna, el alma de su casa.

Paco describía a su madre al hablar de esa supuesta Isabel de Andrade, «plena de sabiduría y de dulzura, intentando llenar de gozosa satisfacción a la familia», pero también representaba a Carmina. Ya lo señala el semanario *Fotos* cuando ve a la Señora al lado del Caudillo en los desfiles que conmemoran la Victoria, el 1 de abril: «La lluvia arrecia, la esposa del Caudillo y su hija aguantan sin inmutarse los fuertes aguaceros, doña Carmen, testigo íntimo del valor y esfuerzo con que el Generalísimo

sacó a España de las manos criminales del marxismo, ha sabido llenar con bondad la amargura que, como para todas las madres españolas, tenía la guerra».

Sí, Nenuca también aguantaba los fuertes aguaceros, sobre todo porque no tenía otra cosa que hacer que acompañar a su madre a los actos oficiales. Se había desistido de llevarla al colegio por medidas de seguridad y también porque ya era demasiado mayor para integrarse. La verdad es que llevaba una vida muy aislada, como recordará ella misma de mayor, apenas salía; le tocó la época de las restricciones energéticas, los sábados y domingos tenía que quedarse en El Pardo y tuvo una niñez y una juventud muy retraídas, sin vida social:

—No me dejaban salir sola, ya que temían que me secuestrasen.

No sabe lo que es ir a una sala de cine, ni a merendar a una cafetería, ni al parque del Retiro, ni al cumpleaños de alguna amiguita en una casa particular.

En realidad, no tiene amiguitas.

De todas formas, los pocos biógrafos que se atreven a escribir sobre aquella niña cuentan que el hecho de haber convivido íntimamente durante cinco años con personas adultas que tenían poder sobre la vida y la muerte, de haber asistido a tantas conversaciones trascendentales para el futuro de España, de estar constantemente en el lugar más privilegiado para comprender la política y los hechos militares, le había dotado de una madurez impropia de sus años y de unos conocimientos nada comunes. Era como una adulta, pero su madre le había enseñado que la primera virtud que debía cumplir era la discreción.

—Era muy callada y muy educada. Nunca hablaba si no le preguntaban y aun así contestaba brevemente. Tenía el vocabulario de una persona mayor —contará de ella su prima Pilín Jaraiz.

De Nenuca también se ocupa la prensa llamándola «niña angelical bondadosa y dedicada a las capas más desfavorecidas de la sociedad», compadeciéndose al mismo tiempo de ella, ya que «la hija del Caudillo aparta de sus años juveniles horas que otros niños dedican al juego para convivir con nuestros heroicos heridos de guerra a los que reparte tabaco y frases de aliento». Verdaderamente es digna de compasión. Su hija años después habló de su propia niñez con unas palabras que también hubiera podido decir ella:

—Cuando niña tuve de todo menos una infancia normal.

Estudia en palacio con una monja teresiana llamada Blanca, no se examina jamás de ninguna asignatura, y juega al tenis, ve el cine en la sala instalada en palacio casi todos los días, excepto los fines de semana, porque el camarógrafo necesita descansar, lee novelitas de la condesa de Segur y monta a caballo por los montes de El Pardo con las dos únicas niñas con las que le deja alternar su madre, Sole García Conde, hija del que fuera embajador en Roma que luego se casaría con Guillermo Luca de Tena, y Elena Giménez Caballero, a la que llaman Chicola. Esta, años después moriría atropellada por un coche en la calle doctor Arce, muy cerca del chalet de El Viso donde vivía su padre, Ernesto Giménez Caballero, el ideólogo del

régimen, que describirá así, líricamente, ante la autora de este libro, a la hija de Franco:

—Nenuca representaba la raza española en su esencia más perfecta, tez olivácea y unos ojos como los de su padre, ¡bondadosos! Cuando nuestra hija murió, vino aquí a nuestra casa a consolarnos varios días y a llorar con nosotros. ¡Podía no ser una hembra Real, pero sí era una real hembra!

Y aún añadía Giménez Caballero, una de las personalidades más notables que he conocido en mi vida, mientras me enseñaba su casa y aprovechaba para hacer unos ejercicios gimnásticos en su terraza, semidesnudo, eso que tenía ya noventa años y era pleno invierno:

—¡Su alma era limpia, limpia, limpia! Sus padres estaban locos con ella... al Caudillo solo le he visto esa mirada especial con Nenuca, y más tarde, con don Juan Carlos.

Y luego recordaba con picardía guiñando un ojo:

—La cuidaba una monja que estaba cañón...

La monja cañón, la hermana Blanca, con su toca alba y velo negro hasta los pies, también está sentada a la mesa dispuesta para la cena con los ojos púdicamente bajos. Carmina comenta a veces con Pura que, si no fuera monja, no le gustaría que estuviera rondando por casa, porque es demasiado guapa, aunque claro que ella no lo dice por Paco, que es un modelo de maridos, sino por el personal de guardia, los moros, de los que no puede uno fiarse demasiado. También le pregunta a su amiga con curiosidad:

—¿Y de qué color tendrá el pelo? Yo creo que es rubia.

Pura le contesta:

—Pues yo creo que es pelirroja, ¡tiene pecas!

El de la hermana Blanca no es el único hábito religioso de la mesa. El padre Bulart llevaba una sotana algo grasienta, larga hasta los pies, y al ver entrar al Caudillo se ponía a bendecir la mesa con unción y algo de prisa, que el hambre apretaba.

—Dios padre omnipotente con mi palabra bendice esta mesa con todos nosotros.

Nenuca rodeaba con sus brazos el cuello de su padre y contestaba

—Amén.

Paco, mientras despliega la servilleta sobre sus rodillas, le pregunta:

—¿Qué has hecho hoy, Nenuca?

—He ido a dar de comer a los ancianos del Auxilio Social.

Franco levanta la mirada:

—¿Había fotografías?

Y es Carmina la que contesta:

—Sí, claro, estaba ese masoncito de Campúa.

Nenuca protesta:

—Papá, yo también quiero ir a los hospitales, estoy harta de viejos.

Carmina la reprende aguantando una sonrisa e intercambiando una mirada de complicidad con Paco:

—Nenuca, eso está feo. —Pero concede—. Iremos al Niño Jesús, pero no a la sala de tuberculosos porque contagian.

Y el padre Bulart se extasía juntando las manos y mirando al techo:

—Pero esta niña es angelical.

Hoy, además, hay un invitado de excepción. Precisamente Colás, que viene de Biarritz y está de paso por Madrid para ir a Lisboa, donde sigue de embajador. Carmina le dice a Paco con suspicacia:

—Algo tendrá tu hermano en Biarritz. —Y luego se dirige al cuñado—. ¿Qué se te ha perdido allí?

Pero ya Nenuca interrumpe a su madre:

—Mira, papá, lo que me ha traído el tío Colás —y le enseña un collar de conchitas de mar— de Francia.

Paco observa a su hermano en silencio. Colás está soplando el consomé, demasiado caliente, y le dice tranquilamente a su sobrina:

—¿Te gusta? Me lo ha ayudado a escoger una amiguita mía que tiene casi tu edad.

Paco pregunta:

—¿Cómo se llama?

Colás contesta:

—Cecilia Albéniz... es nieta del músico, vive con su hermana y con su madre en Biarritz.

Carmina está escuchando al padre Bulart, que le cuenta que ha ido al cine expresamente para ver en el *No-Do* unas imágenes del Santo Padre, pero que luego se ha salido de la sala, por supuesto, pues no considera adecuado que un sacerdote vea una película, y Colás se apunta a la conversación para abandonar el tema de Cecilia:

—Has tenido una gran idea, Paco, en eso de poner un documental con noticias favorables y optimistas, ¡buena propaganda para el régimen!

Paco admite:

—Sí, hace tiempo que me di cuenta de que la mejor forma de que le entren las cosas a la gente sencilla es con el cinematógrafo.

Pero Carmina ya se ha cansado del tema del *No-Do* y le pregunta a su cuñado:

—¿Qué te trae por aquí?

Y Nicolás, que ha aprendido a utilizar su parentesco con el jefe del Estado en su propio provecho, contesta sin disimulos:

—Tengo que ir a ver al ministro Suances y después al INI para unos aranceles...

En esos años se decía que la forma más rápida de conseguir un permiso de importación en España era acudiendo al hermano del Caudillo, al que en Lisboa llamaban el «embajador negociante». Aislados, sin recursos, Franco había decretado la autarquía económica porque, según decía sin sonrojarse, «España es un país

privilegiado que puede bastarse a sí mismo, porque tenemos todo lo que hace falta para vivir y nuestra producción es lo suficientemente abundante para asegurar nuestra propia subsistencia. No tenemos necesidad de importar nada». Claro que para conseguir todo esto se debía «disciplinar los precios», pero los pícaros precios no se dejaban y se habían puesto por las nubes.

Era un caldo de cultivo ideal para los espabilados, los especuladores y los sinvergüenzas. Mientras la mayoría de los españoles se morían de hambre en un país pobre, sucio y despedazado, hombres sin escrúpulos y con buenos contactos labraron unas inmensas fortunas, algunas de las cuales todavía hoy perviven.

Era un tiempo de canallas en el que, si tu hijo se moría, podías comprar antibiótico de contrabando en el bar Chicote de la Gran Vía o, si querías presumir, unas medias de cristal en el mercado negro. Únicamente necesitabas una cosa: dinero. Y si no era dinero, podía ser oro o las joyas de la familia.

Pero esta ansia de poseer cosas todavía no ha llegado a El Pardo, Franco se jacta de que:

—Vivimos con la austeridad de un cuartel.

Carmina se queja y rezonga, pero de momento todavía no se atreve a protestar.

Terminan de comer, «nuestras comidas eran muy frugales y mal preparadas. En la cocina, por temas de seguridad, estaban unos guardias civiles a los que se había dado un cursillo, pero me parece que no lo aprovecharon bien», confesaba años más tarde Nenuca con una punta de humor. Hoy había consumé y pescadilla.

Carmina observaba sin cesar el rostro de su marido, que para ella era como un libro abierto. A veces le miraba incluso la esclerótica del ojo, y Paco se dejaba manosear con humor, claro que solo si había gente de confianza delante. Según como veía la esclerótica, la Señora tocaba el timbre y ordenaba:

—Tráiganle un yogurt a su excelencia.

Y aparecía el criado llevando con solemnidad en una enorme bandeja un tarro de cristal tapado con un trapo sujeto por una goma y Paco lo comía parsimoniosamente. Carmina le atribuía poderes mágicos al mejunje, y cuando se lo terminaba, le decía a su marido:

—Ahora tienes mejor cara.

Paco, que nunca hablaba de política en la mesa, hoy dijo sin embargo:

—Acabo de prescindir de Serrano Súñer...

Carmina sonrió en silencio, pero nadie preguntó por qué lo había destituido, ni siquiera Colás, que tenía motivos para odiar al Cuñadísimo. Pero no era hombre rencoroso; su lema era vive y deja vivir, y solía decir:

—La vida es demasiado corta para malgastarla odiando.

Era un hombre egoísta, con una única pretensión: vivir bien sin hacerle daño a nadie.

Acabada la comida, Nenuca le dio un beso rápido a su padre y se fue saltando a la pata coja a la sala de proyecciones. Carmina y la hermana Blanca fueron detrás de

ella. El padre Bulart se dio cuenta de que su excelencia quería quedarse a solas con su hermano y explicó vagamente que iba a velar el brazo incorrupto de santa Teresa.

Paco miró pensativamente a Colás y le dijo:

—Estás metido en lo de Manufacturas Metálicas Madrileñas, ¿no?

El hermano contestó con franqueza:

—Pues sí, el dueño, Julio de la Cierva, ya sabes que fue compañero mío en la Escuela de Ingenieros Navales... Tiene un gran depósito de aluminio atesorado durante muchos años y ahora se lo disputan todos los países en guerra para material militar al precio que la empresa marque...

—Pero tú, ¿qué haces ahí? —preguntó Paco—. No tienes ni idea de eso...

Con cinismo, el hermano contestó:

—Me han hecho vicepresidente y me dan un millón de pesetas. —Miró la punta de su cigarro y aclaró—. Solo he tenido que conseguir que Suances nos diera el monopolio de la producción de aluminio...

Se quedaron los dos hermanos callados hasta que Paco rompió el silencio:

—Colás, sé que te estás enriqueciendo, y no me parece mal, has luchado mucho por nuestra causa, el alzamiento no sería lo mismo sin ti... —obvia reconocer que él tampoco sería jefe del Estado si no hubiera sido por la intervención de Nicolás en la dehesa de los Pérez Tabernero— y comprendo que esa es una forma de premiarte, ¡al fin y al cabo los reyes antiguos repartían títulos, bienes y tierras entre sus partidarios, los que les habían ayudado a ganar la guerra! Pila, que tanto trabajó con las ambulancias socorriendo a nuestros muchachos, sé que también hace negocios, tiene tantos hijos por mantener...

Nicolás añadió, con un suspiro:

—Sí, menos mal que la tía Gildita le dejó esos pisos que tenía en Coruña y con las rentas puede ir tirando.

—En paz descanse la tía Gildita.

—Sí, eso, en paz descanse ella... y nosotros...

Porque a la longeva tía Gildita se la acaban de encontrar muerta en su sillón con las gafas todavía puestas, una colilla apagada entre los dedos y el periódico sobre el pecho. En sus últimos tiempos, ya no muy bien de la cabeza, había que vigilarla, porque entraba en las tiendas para avituallarse, ¡menos mal que todos sabían que era la tía del Caudillo y todo se le perdonaba!

Los dos hermanos, Gilda y Nicolás, murieron el mismo año.

Colás mira el fondo de su taza de café. De pronto levanta la cabeza y se echa a reír:

—¿Te has enterado de las pretensiones de Pilín, nuestra sobrina? Trabaja en un despacho de abogados en Zaragoza y se va a presentar a catedrática, y el marido, que es un buen militar, a agente de cambio y bolsa, ¡con la excusa de que tienen cuatro hijos que mantener!

Ninguno de los dos admiraba la independencia de la sobrina, que no se

aprovechará jamás, igual que el resto de sus hermanos, de su parentesco con el Caudillo. No solo eso, sino que en la actualidad, al acercarme a alguno de ellos, a los que conozco bien, para recabar información para este libro, me han contestado:

—Nosotros nunca hemos contado que éramos sobrinos de Franco... ni antes, ni ahora...

Pero Paco despacha el tema de Pilín con dos frases:

—Sí, vino aquí a explicarlo y yo ya le dije que me parece muy mal que la mujer trabaje fuera de casa, que su principal cuidado debe ser el hogar y la familia; pero estábamos hablando de tus negocios. —Levanta la mano—. Colás, espera, no voy a reñirte...

Pero ni por un momento Colás ha temido que su hermano fuera a enfadarse con él, ¡la sangre es más fuerte que el agua! Paco también había pasado por alto el republicanismo de Ramón y sus muchas locuras para darle un cargo máximo en el ejército. Los lazos que unen a los hermanos son indelebles; Pilar ya lo decía con emoción:

—Lo mejor que tienen mis hijos es que se quieren mucho.

Paco se miró distraídamente el dorso de las manos, ha cumplido cincuenta años y han empezado a aparecerle manchas oscuras en la piel, «flores de sepultura». Y dijo en voz tan baja que solo Colás, acostumbrado a su tono, podía entenderlo:

—Pero a Cecilia déjala... además que si vas a Biarritz en estas circunstancias, en plena guerra europea, nuestros servicios de seguridad no pueden protegerte. ¿Qué disculpa puedo inventar para tus viajes y para enviarte unos escoltas que te cuiden? ¡Las fuerzas de ocupación alemanas dicen que no das más que problemas! Por no hablar del maquis, que ha empezado a operar en esa zona, ¡solo faltaría que secuestraran al hermano del jefe del Estado!

Sin parpadear, Colás miró fijamente al Caudillo a través del humo de su Partagás:

—Tienes razón, Paco, yo también lo he pensado muchas veces, para mí es muy peligroso ir a Biarritz y te pongo a ti en mala situación... —Y añadió mientras depositaba la ceniza en la taza de su café—. Ya tenía pensado traer a Cecilia a Madrid. Le voy a coger una habitación en el Palace, el personal del hotel es muy discreto y me es muy adicto...

Y continuó fumando y bebiendo su copa con toda tranquilidad. Paco pareció que iba a decir algo, pero al final se calló. El silencio se instaló entre los dos hermanos; al final el Caudillo masculló:

—Haz lo que quieras, pero que no se entere Carmina.

La derrota de Hitler en Leningrado, en febrero de 1943, la rendición del resto de las fuerzas de Rommel en África, en mayo, la división del partido fascista italiano y el breve encarcelamiento de Mussolini en agosto fueron acontecimientos que marcaron el cambio de rumbo de la guerra y conmovieron no solamente Berlín y Roma, sino también Madrid. Un Madrid que, como España entera, vivía una larga posguerra que iba a durar muchos años. Entre lo que sale en los periódicos

clandestinos que se editan en el extranjero, como *Solidaridad Obrera* por ejemplo, «el régimen se hunde, nuestro esfuerzo colectivo se ve coronado con indiscutible éxito por el final del oprobioso régimen que tiene sojuzgado al heroico pueblo español», y lo que se publica en el periódico madrileño *Informaciones*, «España es hoy la envidia del mundo por la paz y prosperidad que ha alcanzado bajo la égida de nuestro invicto Caudillo», hay una tierra de nadie, yerma y gris, en la que se mueven la mayoría de nuestros compatriotas.

¡Los años del hambre!

El aquelarre de desolación producido por los dos bandos en guerra daba como resultado 183 ciudades, pueblos y aldeas totalmente destrozados, los muelles del puerto de Barcelona y la Ciudad Universitaria de Madrid habían quedado hechos escombros. Un cuarto de millón de casas habían sido derruidas, los ferrocarriles habían perdido dos de cada tres vagones, las líneas férreas estaban inservibles en muchos tramos y, aunque las tierras de cultivo no habían sufrido mucho, dos terceras partes de la ganadería habían sido sacrificadas, por no hablar del célebre «oro de Moscú» que Negrín había enviado a Rusia, vaciando las arcas del Banco de España.

Hasta el año 1952 no se alcanzó el nivel de vida de 1935.

Es una generación entera la que ha sido castigada en esta guerra, porque en los cuarenta la población española había quedado reducida a 26.687.899 habitantes. 300.000 españoles murieron en combate, las ejecuciones y asesinatos en ambos bandos costaron la vida a un mínimo de 120.000 personas y en las tropas extranjeras cayeron 25.000 voluntarios. Por enfermedades y desnutrición fallecieron 165.000 personas y 162.000 republicanos se fueron al exilio para siempre, de ellos 140.000 se quedaron en Francia:

—Ciento cuarenta mil desgraciados —me contaba Carmen Guallar, que huyó de España al finalizar la guerra civil y desde entonces vive en Mont de Marsan—. Irnos, irnos de nuestro país como si no fuéramos españoles, dejar nuestra lengua, nuestra familia, las fotos, los libros de la infancia... escaparnos como si hubiéramos hecho algo malo, y así un día tras otro, un año tras otro. ¡Que mueran tus padres sin poder cerrarles los ojos! ¡Tus hijos, que son franceses, se cansan de oírte hablar siempre de España! —Y concluye esta mujer que no cometió otra falta que unirse a un anarquista —: ¡Quien no ha conocido el exilio no ha conocido lo triste que puede ser la vida!

El exilio es triste, es cierto, pero peor es la muerte. Las cárceles están llenas, en 1939 la población reclusa alcanzaba los 270.719 presos, de los cuales 30.000 morirían ejecutados antes de 1945. Franco no tenía miramientos. «No hay redención posible sin sangre», decía, y se reiteraba: «¡Bendita mil veces la sangre que nos ha traído la redención!». Al lado de las sentencias de muerte ponía una e, de enterado, o una c, de conmutado. Cuando el crimen era particularmente horroroso, ponía «garrote y prensa», lo que quería decir que debía avisarse a los periódicos, aunque tal cosa ocurría pocas veces y lo normal era que se publicara simplemente el nombre del reo y un «sentencia cumplida».

Las ejecuciones se hacían en las afueras de las ciudades; como en invierno era noche cerrada se iluminaban con los faros de los coches. Aunque el exjefe de Guerra Hidalgo de Cisneros cuenta que «le pedí a Franco que repasáramos juntos personalmente cuarenta sentencias de muerte y conseguí que conmutara treinta y nueve», no consta que esta magnanimidad se diera a menudo. Azaña había pedido en un discurso memorable a los vencedores «paz, piedad y perdón», pero nadie recuerda ya sus palabras. El ideólogo de la Falange, Ernesto Giménez Caballero, exige:

—¡Que corra la sangre purificadora!

Las primeras ejecuciones mediante juicio, con fiscales y abogados, fueron las de ocho miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas, porque eso sí, la máquina de matar no distinguía entre comunistas, anarquistas, poumistas o militares fieles a la república. Todos son «rojos». Unos van cantando a la muerte, a otros los deben llevar en brazos porque tienen las piernas y los riñones destrozados por las torturas que han sufrido al ser detenidos. Hay casos de valor loco y extraordinario a la vez: el de Enrique Sánchez, que le dice al director de la prisión, cuando este le comunica su inmediato fusilamiento:

—¡Tómeme el pulso! —Y ante el gesto de sorpresa del funcionario, le repite perentorio—: ¡Tómeme el pulso, para que vea cómo mueren los comunistas, sin temblar!

Pero los refugiados en los campos de concentración franceses pasan lista a los muertos con melancolía, quizás incluso con algo de envidia. Tiene mucha más grandeza morir frente al pelotón de ejecución dejando unas cuantas frases para la posteridad que extinguirse poco a poco de miseria y disentería. En Francia, entre 1939 y 1941, 35.000 españoles morirán de las secuelas de la guerra civil y de los padecimientos en los campos de concentración. Muchos de los supervivientes se integraron en la guerrilla francesa para luchar contra los alemanes.

En España hay gente todavía que se muere de hambre y de miedo, ¡todos los inviernos de la pos guerra son los más crudos del siglo! Pero en Barcelona, en Madrid, en Valencia, en Bilbao, en las grandes capitales hay una clase que se enriquece con el estraperlo, con la corrupción y con la miseria de los demás, y que exhibe unas ansias desenfrenadas de diversión y placer. El J'Hay, el Pasapoga y Casablanca en Madrid, y Rigat, la Rosaleda, el Cortijo o Emporium en Barcelona acogen a una nueva clase social, los estraperlistas, los nuevos ricos, que se visten con esmoquin, fuman cigarrillos emboquillados, cantan:

*Siboney, yo te quiero, yo me muero
por tu amor.
Siboney
en tu boca
la miel puso su dulzor.*

y llevan al lado a una fulana, la «querida», enojada y cubierta de pieles, mientras la esposa legítima en casa se ocupa «del hogar y de los hijos, única tarea que tiene asignada la mujer en la reconstrucción de la patria», como dice Pilar Primo de Rivera, la hermana de el Ausente, cuyo cadáver ha sido llevado a hombros de falangistas (entre otros, el padre de la autora de este libro) desde Alicante hasta El Escorial, donde espera a que Franco termine su monumental basílica del Valle de los Caídos, su templo de los muertos.

Lo están construyendo los presos rojos en el valle de Cuelgamuros, convertidos en improvisados albañiles siguiendo las directrices de los arquitectos Muguruza y Méndez.

Franco había señalado el lugar en el que debía ser enterrado José Antonio y luego había caminado unos metros, con el pie había golpeado el suelo y había dicho:

—Y, Méndez, yo aquí.

Lo que contradice la aseveración insostenible que hoy hacen muchos desde la ignorancia, afirmando que Franco nunca quiso ser enterrado en el Valle de los Caídos, sino en El Escorial.

Visitar las obras, muchas veces con Nenuca, es el entretenimiento favorito del Caudillo, junto con las cacerías y alguna partida de tenis por la tarde en El Pardo con Vicente Gil, su médico. No se permite otra diversión, y a él le gustaría que la senda recta que sigue, sin concesiones a la frivolidad, desoyendo las llamadas de los instintos más bajos, fuera también la norma de vida de los españoles. A uno de sus biógrafos le explica:

—Son como mis hijos, yo los trato como si fuera su padre.

Cuando se le pregunta por la supuesta ingobernabilidad de los españoles, Franco protesta:

—A mí no me parece difícil gobernarlos, son como niños...

Y a los niños hay que marcarles pautas de comportamiento hasta en lo más íntimo. Se aconseja a las casadas que por incómodo que sea para la mujer «no se debe jamás hurtar el débito conyugal para que el marido no caiga en el horrendo pecado del onanismo», muy peligroso, ya que «provoca tisis galopante e hijos escrofulosos», lo dice el eminente doctor Algora en un librito sobre higiene. No se permite ir con manga corta o sin medias a misa, y en un bando de obligado cumplimiento se indica que «el traje de baño de mujer estará confeccionado con tela que no permita transparencias, con falda que llegue hasta la rodilla y debajo de la falda usarán pantalones cuyos perniles no podrán tener menos de una anchura de 40 centímetros», mientras al hombre se le obliga también a tener «40 centímetros en los perniles y acabar por lo menos a 10 centímetros de las rodillas». También se les prohíbe a los bañistas «tumbarse en la arena, aun yendo con albornoz», pero sí se concede con generosidad que «está tolerado sentarse».

En los periódicos se censura la palabra «pierna» hasta el punto de que, cuando se habla de fútbol, se tiene que decir «las extremidades de los jugadores», se castiga la

homosexualidad y el adulterio, se eliminan los carnavales, los casinos, a todos los escritores y artistas que se han ido al exilio, y para alojarte en un hotel con una dama tienes que exhibir el certificado de matrimonio. ¡En fin, que en esta España nuestra follar no es pecado, sino milagro!

Pero a pesar de eso, y del ejemplo de la familia Franco, «ejemplar como la familia de Nazaret», como remarcan los obispos, un ansia sexual incontenible acogota a los supervivientes de la guerra, que quieren borrar todo el horror que sus ojos han visto revolcándose en el vicio y la perdición. La relación apasionada y clandestina de Sonsoles y Ramón Serrano Súñer se prolongará durante diecisiete años.

Pero no son solo ellos, Nicolás, el hermano mayor, mujeriego, vividor, hedonista, está enamorado loca y lascivamente de Cecilia Albéniz. Instalada a todo tren en el Palace, como le había contado a su hermano, Colás la visita en un ritual de retorcida sexualidad que se comenta en voz baja con gran escándalo. Cuenta su biógrafo Ramón Garriga que Nicolás solo disfruta cuando se ve acosado por el peligro, que necesita sentirse en el filo de la navaja para cumplir como hombre. «Subía a la habitación de Cecilia cuando la camarera estaba a punto de cambiar las toallas o cuando había un jerarca alemán en el vestíbulo, o algún miembro de El Pardo». Sus aletargados sentidos ya solo se excitaban recurriendo a estos estímulos y lograba alcanzar su clímax en un paroxismo incontenible justo antes de ser descubierto.

Garriga da una explicación freudiana a este comportamiento:

—Se originó cuando su padre lo sorprendió practicando el onanismo y le dio una paliza.

¡Y el Glorioso Mutilado, Millán Astray, también pierde la cabeza por una mujer!

El general, sin guerras, se aburre en su pisito de la avenida de América, tiene sesenta años y se considera un viejo. Está días enteros tumbado en la cama, con el parche en la mesita de noche y el horrible agujero de su cuenca vacía apuntando al techo. Su última amante, la artista Celia Gámez, se ha convertido en la estrella del nuevo régimen y apenas tiene tiempo para verlo. Franco, que no sabe muy bien qué hacer con su antiguo jefe de la Legión, lo nombra procurador, y Millán realiza melancólicas giras por diferentes ciudades españolas cantando el *Cara al sol*, gritando ¡Viva la muerte! y hablando de Marruecos.

Por las noches, en los hoteles de cuarta categoría donde se alojan, Elvirita le da friegas en los pies.

Un día en que su mujer se encuentra mal, va solo a casa de don Natalio Rivas, su viejo amigo, que continúa con sus tertulias y sus partidas de bridge como si el mundo se hubiera detenido en los años veinte. Una invitada, de mirada maliciosa y hoyuelos en las mejillas, se acerca a él y le levanta traviesamente el parche del ojo.

Millán finge asustarla:

—Bu.

La mujer se pone a reír con desenvoltura. Él se asombra:

—¿No te doy miedo?

Es Rita Gasset, hija de un antiguo ministro de Fomento y prima hermana del filósofo Ortega y Gasset.

El Glorioso Mutilado siente que de pronto la sangre le corre más rápido por las venas, como si tuviera más oxígeno, la vida regresa a sus carnes, que creía ya caducadas y exprimidas hasta la última gota. Todo se iluminó repentinamente en su vida, ¡sin darse cuenta se ha enamorado! Rita lo admira y se divierte con él. No es una niña inexperta e inocente seducida por un casi anciano, sino una mujer de treinta y cinco años hecha y derecha que sabe lo que quiere.

A pesar de lo difícil que es para las parejas prohibidas verse en secreto, inician una relación de la que Rita se queda embarazada. Será el primer hijo del general, que no sabe cómo expresar su alegría. Lo primero de todo, le promete a Rita, como buen caballero legionario:

—¡Nos casaremos!

Lo segundo es comunicárselo a Elvirita:

—Rita, a quien conoces bien, se ha quedado en estado, y he pensado anular mi matrimonio contigo para casarme con ella.

Elvirita acepta con resignación:

—Muy bien, Pepe. Lo comprendo, no te será difícil conseguir la nulidad.

—Tendrás que explicar que nuestro matrimonio ha sido casto por una promesa que hiciste tú, ¡que nunca hemos consumado!

—Claro que lo haré, Pepe, lo que tú digas. —Y con el mismo tono prosigue—. ¿Hoy comes en casa?

Después vino lo más difícil, ¡contárselo a Franco! A pesar de su valor legendario, no las tenía todas consigo, porque sabía cómo se las gastaba el antiguo Franquito en todas las faltas de carácter sexual. Pidió audiencia y entró jovialmente en el despacho brazo en alto:

—¡Felicítame, porque voy a ser padre!

Franco, que conocía la promesa que había hecho Elvirita y que al mismo tiempo estaba enterado, como todo Madrid, de la aventura de Millán y Rita, fingió extrañarse:

—Cómo, Pepe, ¿pero Elvirita...?

El Glorioso Mutilado hizo un gesto ampuloso:

—Ca, no. Elvirita es casi una anciana y sigue tan virgen como cuando nació, ¡pero todo estará dentro de la legalidad! ¡Me han contestado ya del Vaticano y me darán la anulación en días! ¡Me casaré con Rita antes de que nazca el niño!

A pesar de esperarla, le sobrecogió la reacción de Franco. Sin parpadear, mirándolo fijamente, con un latigazo de disgusto y asco en el rostro, le dijo:

—¡No te permito que me des este escándalo! Te prohíbo que lo hagas, si te separas de Elvirita, te mando fusilar.

Millán no tuvo más remedio que seguir en pecado con Rita y llevársela a Lisboa para que allí naciera su hija Peregrina, el 23 de enero de 1942. «Mi último acto

legionario», dijo emocionado mirando a aquella niña que iba a ser la alegría de su vida.

Elvirita lo volvió a acoger a su lado y siempre trató a Peregrina como a una sobrina.

Carmina se lo comentaba en la cama a su marido por las noches:

—Yo ya sabía que este hombre era un desastre, acuérdate de lo mal que me lo hizo pasar aquel día en el paraninfo de Salamanca con Unamuno.

Sañador, el Caudillo miraba el techo y rememoraba el polvo de Marruecos que se enganchaba a la garganta, la luz de África, los gritos de sus hombres:

—*Allah akbar*.

Recordaba al jefe de la Legión enardeciendo a sus tropas con el himno legionario:

*Soy un novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con tal leal compañera.*

Carmina lo miraba desde el otro lado de «Despeñaperros» y le preguntaba:

—Estás pensando en «aquello», ¿verdad?

Paco no contestaba, solo extendía la mano y los dos resbalaban suavemente hasta el sueño.

Pero ni en el propio palacio de El Pardo estaban a salvo de esa ola imparable de sexualidad y depravación. El médico de su excelencia, Vicentón Gil, comete el inmenso pecado de enamorarse y, lo que es peor, ¡casarse! con una exquisita actriz de teatro clásico, María Jesús Valdés, licenciada en Filosofía y Letras, eso sí, pero cómica al fin. La Señora no perdonará nunca que el doctor personal de su marido haya caído tan bajo, ya que una actriz, para la puritana corte de El Pardo, es punto menos que prostituta.

Le dice sin disimulos:

—Vicentón, sé que le eres muy leal al Caudillo.

El doctor le contesta cuadrándose, levantando el brazo y dando un taconazo:

—Soy su perro más fiel, señora.

A Carmina no le gustan estas exageraciones, le parecen de mal gusto, y hace un ademán como de espantar una mosca:

—Quita, hombre, no digas tonterías. Tu... mujer es preferible que no venga por aquí.

Y María Jesús Valdés, admirada en todas partes, se vio condenada al «exilio»; ni ella ni los hijos que tuvo con Vicentón fueron invitados nunca a ninguna celebración en El Pardo, y eso que Gil fue el médico de Franco durante cuarenta años.

Pero por mucho que se limpia, por mucho que se echa agua bendita por los rincones, el padre Bulart advierte:

—¡El demonio es como el ruido, como el agua! ¡Se cuela por cualquier grieta!

Y Carmina se va a encontrar cara a cara con el Maligno en sus propias narices. Fue un día cualquiera en el que entró por curiosidad en la parte de los Austrias del palacio todavía sin restaurar.

Grandes salones oscuros, llenos de polvo, en los que las persianas dibujaban una raya de luz en el suelo. Los tapices descoloridos colgaban hechos jirones de las paredes y en las chimeneas había restos de muebles semicalcinados y excrementos de ratas.

Por una ventana sin cristal entran las ramas de una higuera podrida, muerta ya, como un espectro trágico y fantasmal. De pronto, un ruido, una silla que se cae, una cortina que se mueve. La punta de dos pares de zapatos negros con cordones.

El maquis, los guerrilleros, han empezado a actuar en el interior del país y Carmina sabe que su principal objetivo es su marido.

¡Aun así no tiene miedo!

Con decisión se acercó al balcón, levantó el pesado terciopelo y lo que vio la dejó boquiabierta. Había dos personas, hombre y mujer, la monja teresiana y el chófer del Caudillo. Este estaba completamente desnudo excepto por los zapatos, la hermana Blanca con la toca puesta, también desnuda hasta los pies, calzados con zapatos de hombre. Se tapaba los senos con las manos, pero sobre su piel blanquísima resaltaba el vello fuerte y negrísimo de su sexo.

El primer pensamiento de Carmina fue:

—Vaya, así que es morena...

Se dio media vuelta, buscó a Pacón y le dijo:

—La hermana Blanca y el chófer a la calle. Que ella se salga de monja y que se casen.

Pacón objeta:

—Carmina, acuérdate de que la hermana Blanca tenía que ayudarte a preparar la puesta de largo de Nenuca.

Carmina se enfada:

—Pacón, ya me valgo yo sola... No quiero que esté cerca de la niña nunca más.

Porque Carmina ha decidido que ya es hora de que se note que el país va hacia delante. ¿No dicen que mientras Europa se hunde España se ha convertido en la reserva espiritual de Occidente? ¡La guerra se ha terminado y Nenuca tiene dieciséis años!

Y es que Carmina se ha enterado de que la única hija del duque de Alba se va a poner de largo, y su Nenuca no va a ser menos.

La presentación en sociedad de Cayetana Fitz-James Stuart será en el palacio de Dueñas, en Sevilla. Se ha contado varias veces que Franco le dijo al duque de Alba, su embajador en Londres, que quería que Nenuca se pusiera de largo junto a su hija y que el duque le contestó:

—General, todavía hay clases.

Yo nunca me he creído esta anécdota. Primero, porque la fuente es Jesús Aguirre,

segundo marido de Cayetana, muy dado a ficcionar la vida de su suegro para convertirlo en una especie de aguerrido y heroico luchador antifranquista. Esa frase es mucho más propia de un *parvenu* como Aguirre que de un aristócrata auténtico como Alba, que, por otra parte, no solamente era embajador de Franco en Inglaterra, sino que actuaba también como agente secreto suyo, como reconoció él mismo en una carta que se guarda en la Fundación Francisco Franco y que ha hecho pública el historiador Jesús Palacios.

Y segundo, ¿en aquella España, alguien que no fuera un suicida se atrevería a hacerle un feo así al Caudillo?

Cayetana dio su fiesta en el palacio de Dueñas, junto a dos amigas suyas, y su padre hizo acudir a todos los organilleros de Sevilla para que tocaran en las esquinas de la calle. Dos barcos de la compañía Ybarra anclaron en el Guadalquivir para alojar a los dos mil invitados a la recepción, que duró desde las diez de la noche hasta las nueve de la mañana.

El duque le dijo:

—Te voy a regalar un título, escoge el que quieras.

Y Cayetana, a la que en familia llaman Tanuca, huérfana de madre desde que tenía cuatro años, contestó:

—Duquesa de Montoro, papá, porque es sevillano.

Por su parte, Nenuca tuvo también su puesta de largo en el palacio de El Pardo; se abrieron los salones restaurados, fue servida una espléndida cena a base de jamón serrano, champán francés y hasta caviar, pero la fiesta tuvo la frialdad y el empaque de una celebración oficial. Con Nenuca vestida por Cristóbal Balenciaga, se presentaron en sociedad su prima Mercedes, hija de Pila, Sole García-Conde, Chicola Giménez Caballero, Belén Muguiro, de la sociedad de Bilbao, y la hija del ministro Suanzes, amigo de Paco desde la infancia en Ferrol. Con un hijo de Suanzes, que seguía la carrera militar, parece que «tonteaba» Nenuca. No hay aristócratas «de verdad» ni ningún círculo de amigos particulares, los invitados pertenecen únicamente a la sociedad franquista, ministros, autoridades y jefes. Todos miran con asombro los techos pintados y los tapices de las paredes.

Alguno no sabe cómo comer el caviar y opta por echárselo en la copa.

Las mujeres se han puesto sus mejores galas, pero unas pecan por pobretonas, las otras por cursis y demasiado peripuestas y todo tiene el aire un poco falso de representación teatral.

La única que puede competir en elegancia con Carmina es Casilda Ampuero. El general Varela, que ha sido ministro del Ejército y al que ya nadie llama Vareleta, se acaba de casar a sus cincuenta años con esta vasca multimillonaria y noble, que esconde su embarazo debajo de un amplio vestido de tafetán de seda de Pedro Rodríguez. Por una de esas piruetas de la vida, ese hijo que nacería dos meses después, Enrique también, acaba de morir en el momento de redactar estas líneas.

Fadela, la mujer de El Mizzian, ahora al frente de la Capitanía General de Ceuta,

lleva algo que parece una túnica y se excusa con la señora:

—Es que con siete hijos...

Los dos antiguos amigos de Marruecos se abrazan golpeándose con fuerza los omoplatos, y Franco dice:

—Pero al final has tenido un machote, ¿no?

Y Mohamed, bajito y renegrido como un macaco, se encoge de hombros y pone una sonrisa avergonzada:

—¡A ver! ¡Tuve que ponerme serio! ¡Le dije que si nacía una niña más la tiraba por la ventana!

Todos ríen, porque el matrimonio ha tenido seis hijas seguidas y solo ha llegado el varón en séptimo lugar.

No podían faltar los amigos de la infancia ferrolana, Camilo Alonso Vega, al que Paco ha hecho director de la Guardia Civil, y Pedrolo Nieto Antúnez. El único que no puede acudir es el primo Pacón, porque ha tenido la desgracia de perder a su hijo Miguel de difteria, con tan solo dos añitos. Tanto él como su mujer están destrozados.

El nuevo consejero de Franco, que ha sustituido en su confianza al Cuñadísimo, un marino llamado Luis Carrero Blanco, en un momento dado se ha acercado al Caudillo, deslumbrante en su uniforme de gala de capitán general de la Armada, y le ha dicho en voz baja:

—La situación en los Pirineos está totalmente controlada.

Porque un contingente de guerrilleros comunistas había entrado por el Valle de Arán con la intención de «reconquistar España». En veinte días Yagüe y Moscardó acabaron con ellos.

El Caudillo hizo un gesto de desagrado:

—Carrero, que eso hace mes y medio que ha terminado.

Y el pobre Carrero Blanco, que no sabe cómo contentar a su jefe, balbucea:

—Es que había brotes, excelencia... parecía que iba a reverdecer.

Franco ya no le hace caso, ocupado en saludar a los Tartiere, amigos de Oviedo de Carmina, y a su cuñado, Miguel Guezala. También está Millán Astray con Elvirita, pero empeñado en enseñarle una foto de Peregrina a todo el mundo, explicando tranquilamente:

—Es mi hija, ¡muy guapa! ¿Verdad, Elvirita, que es muy guapa?

Y la paciente esposa contestaba como un eco:

—Sí, muy guapa.

Queipo de Llano no ha sido invitado. Desposeído de todos sus cargos, vive en sus posesiones de Camas recordando con nostalgia la época en que era el hombre más popular de España. En un acto solemne, Franco le ha impuesto a regañadientes la Gran Cruz Laureada de San Fernando, pero después no ha querido saber nada más de él. ¡La sangre de Miguel Campins ha sido vengada!

En realidad, en la fiesta había más gente mayor que jóvenes. Nenuca no conocía a casi nadie, y se cansó de dar la mano y decir con formalidad:

—Gracias por venir.

Pero aun así disfrutó de esta ocasión de salir de su aislamiento. «Actuaron, para deleite de la concurrencia, Mary Paz, Raquel Rodrigo, Gracia de Triana, Miguel Ligeró y Roberto Rey», dicen las crónicas periodísticas, que, sin embargo, apenas publican fotos del evento.

Pero al día siguiente sí sale en primera plana una imagen de Nenuca durante una comida extraordinaria ofrecida a 350 ancianos desamparados acogidos en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres de la calle Almagro. «La hija del Caudillo, la señorita Carmencita Franco Polo, en un rasgo admirable, les dijo a sus padres que no solamente no quería ningún regalo por su presentación en sociedad, sino que iba a venderse su coche Fiat Topolino, un obsequio de Mussolini, para que su producto fuera distribuido entre los pobres necesitados».

Algún pobre necesitado también habría entre los invitados a la fiesta, ya que desaparecieron cucharillas, copas y objetos de adorno, incluso una pareja de candelabros de considerable tamaño. Paco le preguntó a su mujer, cuando el último uniforme cruzó la puerta y fingiendo que no veía a los criados meterse los canapés sobrantes en los bolsillos y beber de las botellas a gollete:

—Ha estado bien todo, ¿no, Carmina?

Pero ella, en lugar de contestar, se encogió de hombros y después, con rabia, le dio una patada a un guante que alguien había perdido y que parecía una mano cercenada.

Termina la Segunda Guerra Mundial con la derrota de las fuerzas del Eje. El 25 de agosto de 1944 entran las tropas aliadas en París. Entre los refugiados españoles reina la euforia. Primero ha caído Hitler, luego Mussolini, mañana le toca a Franco. Las muchachas parisinas se suben a los carros de combate ocupados por «rojos» españoles que, integrados en la legendaria División Blindada Leclerc, entran en París por los Campos Elíseos. Llorden, que conduce el *Teruel* y que cree que muy pronto estará realizando este mismo desfile en España, les enseña a cantar:

El ejército del Ebro

Y les contestan del *Belchite*, que circula algo más atrás manejado por Solana:

Rumba la rumba la rumbambá

Y del *Guadalajara*, del *Madrid*, del *Guernica* se levanta un coro de voces broncas:

Una noche el río pasó,
ay Carmela, ay Carmela.

Mussolini es fusilado; Hitler se suicida; el 8 de mayo de 1945 capitulan las fuerzas alemanas y tres meses más tarde Japón se rinde incondicionalmente. El fascismo ha sido derrotado.

Cuenta Colás que poco después entró en el despacho de su hermano y que,

mientras lo esperaba, se le ocurrió coger dos fotografías que tenía encima de la mesa. Paco le preguntó al entrar:

—¿Sabes quiénes son?

Colás contestó indicando la foto en la que se veía a Mussolini y su amiga Clara Petacci colgados por los pies después de ser salvajemente asesinados por los partisanos:

—Estos sí, claro, pero —señaló la otra foto, en la que salía un hombre con gabán y sombrero de espaldas— este no.

Paco le cogió la foto y le dijo pensativamente:

—Es el rey Alfonso XIII al desembarcar en Marsella. —Y con mirada hipnótica y tono firme, poco habitual en él cuando hablaba con personas cercanas, continuó—: Mira, Colás, si las cosas terminan mal y me quieren echar de aquí, yo acabaré como Mussolini, porque resistiré hasta derramar la última gota de sangre.

Creo que esto demuestra que Franco, por encima de todo, siempre se consideró un militar que estaba librando una guerra, ¡los soldados no se rinden, mueren en combate! Y en este contexto puede explicarse su insensibilidad hacia la muerte, la suya y la de los demás. De hecho, el estado de guerra no se derogó oficialmente en España hasta el año 1948.

Paco dejó el retrato encima de la mesa y mirando por la ventana al inmenso cielo castellano, del mismo color azul de las ingenuas medallitas de Lourdes, mientras una lengua de fuego recorría la espalda de su hermano, confesó:

—¡Nunca cometeré la cobardía de fugarme como Alfonso XIII!

Precisamente el hijo de Alfonso XIII, Juan de Borbón, está eufórico, porque, con la victoria de los aliados, ya se ve sentado en el trono de España. Quien se hace llamar conde de Barcelona vive en Lausana con su familia, mujer y cuatro hijos. El mayor se prepara con un preceptor particular, Eugenio Vegas Latapie, para su esplendoroso futuro:

—Primero el caimán se irá de España. Después tu padre será rey, y después lo serás tú.

Juan se ha apropiado de los servicios y la inteligencia del viejo amigo de Franco desde los tiempos de Oviedo, Pedro Sainz Rodríguez. Con su ayuda y la de otros consejeros desenfunda un manifiesto que da a conocer el 19 de marzo de 1945, en el que declara que el régimen de Franco, heredero de los regímenes nazis, es incompatible con la nueva democracia, que en España solo la monarquía puede garantizar.

Naturalmente, Franco acoge este comunicado, que se conocerá como Manifiesto de Lausana y que no tiene ningún eco en España, con profundo resentimiento:

—Es un pobre hombre, un estafalario, total lo siguen cuatro gatos.

El odio que se levanta en él contra Juan ya no se disipará jamás. Pero el Caudillo también teme que sus días estén contados, a pesar de los contactos secretos que durante la guerra ha mantenido con Churchill y con Roosevelt, que incluso en sus

cartas le llama «*dearest general*», y trata de contemporizar difundiendo el rumor de que tal vez dejará entrar a Juan de Borbón en España, aunque como ciudadano particular.

Visto desde la distancia de estos sesenta años, pienso que esa fue, seguramente, la ocasión en que Juan de Borbón estuvo más cerca del trono toda su vida: cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial y el fascismo fue barrido del mapa. Los consejeros del conde de Barcelona, muy envalentonados, le pidieron que rechazara cualquier propuesta de Franco, que solo debía aceptar si le ofrecía la corona. Las radiantes democracias surgidas del nuevo orden mundial prometían a Juan su apoyo incuestionable, sobre todo Inglaterra, cuyo rey era primo suyo, y Estados Unidos, cuyo presidente, Roosevelt, tanto apoyó a los republicanos durante la guerra civil.

—A su mujer Eleanora le gustan las mujeres, y además es comunista.

Se lo contaba Pura Huétor a Carmina, que nunca se alteró, porque siempre tuvo fe en que su marido saldría adelante. Ella por las noches le decía con un poco de picardía en los ojos cuando le veía esconder una pistolita del 22 debajo de la almohada:

—Paco, recuerda que tienes *baraka* —aunque luego añadía—, y tu madre debe estar todo el día en el cielo dándole la lata a la virgen del Chamorro para que no nos suceda ninguna desgracia.

Al menos conseguía que su marido sonriera y que le tendiera la mano por encima de «Despeñaperros».

Aun así, antes de dormirse, Carmina le recordaba con serenidad:

—Pero, Paco, si pasa lo que no tiene que pasar, no me dejes sola; yo, como Magda Goebbels, siempre contigo.

Porque Goebbels, el lugarteniente de Hitler, se había suicidado junto a su mujer en el búnker del Führer cuando había caído el régimen nazi. Previamente, ambos habían envenenado a sus seis hijos. En la oscuridad, Paco asentía y los dos se quedaban largo tiempo desvelados, sintiendo la monotonía de las horas cayendo como pesadas gotas de mercurio, mientras imaginaban el aterrador futuro de Nenuca sin ellos.

Pueden parecer increíbles las desorbitadas ilusiones que llegó a hacerse la familia de don Juan, pero llevaban esperando este momento mucho tiempo y en el exilio todo se magnifica. Claro que la reina doña Victoria Eugenia no pensaba regresar a «la pestilente España», porque aún recordaba con horror los

Viruta viruta
la reina es una puta

que le dirigían las turbas en los últimos tiempos, cuando salía a la calle, pero estaba tan excitada como su hijo y le aconsejaba que no se alojara en el ala Génova del palacio de Oriente porque era demasiado fría. También elaboraba interminables listas

con lo que tenían que llevar, ya que sabía que las tiendas españolas estaban muy desabastecidas:

—*Dessous* para las infantas, ¡y papel de váter!

Le acababan de contar que en un control rutinario en la frontera española se había abierto la maleta de unos americanos, descubriendo que llevaban unos rollos de papel higiénico. Se habían analizado cuidadosamente para investigar si se trataba de un artilugio destinado a pasar información, y una vez averiguado su uso, se habían llevado como curiosidad a El Pardo. En España las casas más refinadas cortaban cuadrículas de papel para insertarlas en un gancho al lado del váter, y las de menos prosapia cumplían esta necesaria tarea con papel de periódico. En la Vieille Fontaine, el hogar de la reina de España, se hicieron muchas bromas con el asombro de Franco y su mujer ante tamaño refinamiento. ¡El padre Bulart había sido consultado por si acaso al utilizar métodos tan sofisticados para limpiarse podía incurrirse en algún pecado!

No consta en ninguna crónica el dictamen del buen sacerdote.

Juan se prometía a sí mismo ser magnánimo y no cometer los mismos errores en los que cayó su padre, mientras su mujer, María, tranquila como siempre, se dedicaba a montar a caballo, a jugar al golf en Marin y a tomar un coctel al atardecer en el bar Inglés del hotel Beau Rivage, de donde había salido cincuenta años antes la emperatriz Sissi para encontrarse con su asesino.

Pero dos meses después de los acuerdos de Yalta, en los que las grandes potencias se repartieron el mundo, llegó la gran catástrofe para los exiliados de Lausana, que, a mi entender, alejó al conde de Barcelona ya definitivamente del trono de España, aunque en aquellos momentos nadie se diera cuenta

¡Después de aquello no hubo ni una oportunidad, ni una sola oportunidad, de que don Juan de Borbón ciñera la corona!

Porque muere el gran aval de la monarquía en España, el progresista presidente Roosevelt, y, después de un largo tiempo de incertidumbre en el que Juan no puede controlar su impaciencia, su sucesor, Truman, cambia de táctica. Ha comprendido que es mejor mantener a Franco como muro de contención del comunismo, porque ahora, destruido el imperio nazi, el gran enemigo es la Unión Soviética. La misma opinión tiene también Churchill, quien populiza la expresión «telón de acero» para denominar la frontera que separa a los países occidentales de los que están en la órbita soviética.

Churchill y Truman, Inglaterra y Estados Unidos, terminaron por darle la espalda al conde de Barcelona y dejaron de apoyar sus aspiraciones.

¡Nunca había estado tan cerca, y nunca ha estado tan lejos!

Con feroz sinceridad se lo tuvo que explicar Sainz Rodríguez:

—Ese cabronazo de Truman le ha dejado a vuestra majestad con su real culo al aire.

Y también:

—Hay que irse de Suiza a toda leche, aquí ya no pintamos nada.

El grupo familiar, con resignada mansedumbre, emprende el viaje a Portugal, donde se quedarán durante más de treinta años. Y Franco deja de preocuparse por quien él llama «el pretendiente», sabe que ahora tiene la sartén y el mango entero, y cuando a él le dé la gana, marcará la música, el baile y la Biblia en verso. Otra vez Sainz dictamina:

—A ese no lo sacan de ahí ni con disolvente.

Ahora lo que toca es una apresurada operación de estética, y Franco declara *urbi et orbe* que, contra lo que pudiera parecer, España nunca ha sido fascista, sino una cosa muy rara que nadie entiende y que se llama «democracia orgánica». La población reclusa disminuye hasta los 25.000 internos, se suprimen el saludo fascista y los símbolos nazis, «para no dar lugar a malentendidos», pero aún se siguen terminando las emisiones de radio y de cine con el grito ritual de:

—Gloriosos caídos por Dios y por España: Presentes.

Hay cambio de ministros, los hombres fuertes son Carrero Blanco y Martín Artajo, con fama de antialemanes, y solo permanecen dos falangistas, Girón y Fernández-Cuesta; se aprueba el Fuero de los Españoles, donde se promulgan ciertos derechos, como la libertad de asociarse «con fines lícitos», derechos que podían ser suspendidos, de todas formas, cuando «se atentara contra la unidad espiritual de la patria», es decir, cuando a Franco le diera la gana.

El Caudillo también asegura que se celebrarán elecciones, claro que a través de la familia, el municipio y el sindicato único, la CNS.

Pero al final este esfuerzo no convence a nadie y la ONU decreta, por 34 votos contra 6 y 13 abstenciones, que se excluya a España de todos sus organismos, y recomienda a sus miembros la retirada de embajadores. España también queda al margen de los países asolados por la guerra que reciben ayuda de Estados Unidos mediante el Plan Marshall.

Lo comenta el irónico escritor Agustín de Foxá:

—Menuda patada le han dado a Franco en nuestro culo.

El mismo día en que se trataba el caso de España en la ONU, una ingente multitud de casi medio millón de personas se reunió frente al palacio de Oriente. Se veían camisas azules, mutilados, excombatientes con guerreras y medallas, mujeres de la Sección Femenina de Pilar Primo de Rivera, alguna boina tradicionalista, los chapiris legionarios y veteranos de la Guardia Civil. Se agitan banderas, pancartas, «Con Franco hasta la muerte», «Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos», y quizás aquí le surgía a Franco ese socarrón humor gallego, aun en estas circunstancias trágicas:

—Bueno, yo también tengo uno, ¡pero que vale por dos!

«¡Franco sí, comunismo no!», «Ellos son muchos, nosotros somos machos», y no falta el inevitable «Gibraltar español». Cuando Franco sale al balcón, lo recibe un

rugido:

—¡Arriba España! ¡Viva Franco!

El Caudillo dijo que todos estaban equivocados menos España, achacó a «los hijos de Pasionaria» la actitud de aquellos «desgraciados pueblos», recordó el terror comunista sobre Madrid y prometió que el mundo entero volvería a fijar su mirada en España.

—¡Dios está con nosotros! ¡Estamos rozando el milagro! ¡No los necesitamos!

La multitud aplaudió, gritó:

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡No los necesitamos!

Se cantó el *Cara al sol* y todos creyeron que este país era la envidia del mundo y que por eso, por envidia, era por lo que nos echaban de la ONU.

Eso es lo que ponen los periódicos. Lo comenta el escritor falangista Eugenio Montes a un amigo en la intimidad:

—La prensa española es la mejor del mundo. Fíjate tú que estamos sin industria, sin agricultura, muertos de hambre, sin prestigio exterior, con guerrilleros en los montes, la ración de pan más exigua de Europa, las cárceles llenas, odiándonos los unos a los otros y sin haber cumplido ni uno solo de los objetivos de la revolución, y todavía hay muchos españoles que, por lo que leen en el periódico, creen que somos un país privilegiado, próspero, pletórico de dignidad y honor y envidiado en el mundo entero. Comprenderás que nuestra prensa, que les ha hecho tragar tanto absurdo, tiene que ser genial y maravillosa.

Los únicos embajadores que se niegan a irse son los del Vaticano, Portugal y Argentina. Eva Perón, la mujer del presidente de este país, va a hacer una pequeña gira por Europa y se le pide que incluya el nuestro en su viaje. Esta visita se vende aquí como si fuera el reconocimiento máximo del régimen de Franco a nivel internacional.

Evita, como la llaman los argentinos, la «reina de los descamisados», la voluptuosa mujer del presidente Juan Domingo Perón, que había sido artista y quizás algo más, vino enviada por su marido, ¡en dos aviones!, uno para ella y un alegre grupo de azafatas, «secretarias y madrecitas a la vez», como las llamaban los periodistas, y otro para su ropa. Trajo alimentos a aquella España sumergida en una hambruna atroz, los periódicos decían que «gracias a ella se desvanece el pavoroso espectro del hambre». Traía concretamente 400.000 toneladas de trigo, 120.000 de maíz, 8.000 litros de aceite, 16.000 tortas oleaginosas, 10.000 toneladas de lentejas, 20.000 de carne congelada, 5.000 de carne salada y 50.000 cajones de huevos. Claro que nosotros a cambio les teníamos que dar 15.000 toneladas de palanquilla, 5.000 de chapa negra, 5.000 de corcho y 600 toneladas de papel para cigarrillos.

Pero lo que más se agradecía era que, cuando tantos nos volvían la espalda (por envidia), Evita Perón viniera a España. La «defensora de los humildes» no defraudó:

el clima caluroso no privó a la primera dama argentina de lucir una rica colección de pieles, despampanantes sombreros y joyas a tutiplén, como se decía entonces.

Se alojó en El Pardo mientras sus acompañantes lo hacían en el Ritz. Se habilitó para ella una habitación en la parte de los Austrias que daba al jardín; estaba bastante destartalada y la decoraron con una alfombra gris y una cama de color rosa con un dosel que caía de una corona dorada. Al lado habilitaron un enorme cuarto como ropero. Evita le pedía a su amiga Lilian Lagomarsino, que había viajado con ella:

—Liliancita, ¿podés dormir aquí? Tengo miedo.

En la pared había un tapiz inquietante de una pareja que, te pusieras donde te pusieras, siempre te estaba mirando.

En el séquito viene también su hermano Juancito con su íntimo amigo Alberto Doderó. Lo primero que hicieron cuando llegaron a Madrid fue preguntar al conserje del Ritz:

—Aquí las minas de... —Se frotaron los dedos para mostrar que se referían a prostitutas—. ¿Dónde están?

Pronto se convirtieron en asiduos de Villa Rosa y de Bataclán y empezó a murmurarse en el séquito de la presidenta que su conducta causaba escándalo. Evita cogió el teléfono y a gritos le dijo a su hermano:

—Una puta más y te volvés a Buenos Aires. ¡Hay que demostrar que somos un pueblo educado y no un pueblo de hijos de puta y milongueros como vos!

La más encantada con esta visita era Nenuca. En primer lugar le llamaba la atención que Evita fuera tan diferente de su madre y de todas las señoras que había conocido hasta ese momento, «tan simpática y graciosa». Después decidió no moverse de su lado, cosa que debió encantar a la presidenta, ávida de admiración y protagonismo:

—Yo estaba todo el día contemplándola, no la dejaba en paz, miraba sus joyas, sus pieles, ¡tenía unos *renard argente* como aquí no se veían! Evita hablaba continuamente y me decía, uy, si yo soy morocha como tú, lo que pasa es que me tiño.

También recuerda Nenuca que sus padres se enfadaban con ella:

—Era muy impuntual, y si mi madre le llamaba la atención, decía, calláte, que por algo somos presidentas.

Y añade:

—Mi padre también le aconsejaba que, si quería ir a barrios obreros, no llevase tantas joyas y no se pusiera esos sombreros de plumas, y ella decía, pero, hombre, que a la gente le gusta tener motivos para soñar.

Por su parte, a Evita también le llamó la atención su anfitriona, como contó cuando regresó a su país:

—Le dije a la gorda que no entendía por qué a los descamisados, a los obreros, los llamaba siempre «rojos»... Cada vez que pasábamos frente a un palacio yo le decía, qué lindo hospital para los pobres se podía hacer aquí...

Resultaba llamativo que Evita siempre estuviera con su sacerdote, el padre Hernán Benítez, pero este jesuita, en lugar de prestarle apoyo espiritual como hacía el padre Bulart con Carmina, le aconsejaba sobre la ropa y las joyas que debía lucir. Tampoco se separaba de su peluquero, un exiliado español llamado Julio Alcaraz que, siempre con el peine en la mano, le retocaba el moño para que no se escapara ni un pelo, sin importarle si su presidenta estaba comiendo o dando un discurso. Él, como todos, la llamaba Evita.

Hubo incluso una pugna en el campo de la elegancia entre la Perón y Carmina, que vio al fin la ocasión de comprarse su estola de armiño, porque, como le decía a su marido:

—No va a ser ella más que yo... No vamos a parecer los parientes pobres.

Y Paco asentía, convencido y algo emocionado por aquella mujer tan despampanante que lo miraba no como a un caudillo, sino como a un hombre.

Carmina la paseó por toda la geografía española. Primero visitan la tumba de los Reyes Católicos en Granada y Evita comenta:

—La almohada de la reina está más hundida que la del rey porque su cerebro pesaba más, era más inteligente...

Después, la plaza de Oriente en Madrid, El Escorial, el castillo de la Mota, Sevilla, Santiago de Compostela y Barcelona escucharon su vibrante:

—Amamos a España.

Y también:

—No he venido a formar ejes, sino a tender arco iris.

La pobre Evita Perón, que moriría cinco años después, creía que la Señora comía de su mano, pero en su saloncito de El Pardo, reventada por tanto ajeteo y tanto viaje, con los pies metidos en un barreño de agua caliente con sal, Carmina le comentaba a su amiga asturiana Ramona, la mujer de Camilo Alonso Vega:

—¡No tiene clase! —Y añadía con desdén—: Se nota que ha sido artista.

Además de que Carmina había advertido ciertas miradas de ella hacia su marido que no le habían gustado. Y una forma de utilizar su dulce acento argentino que hacía que Paco, hombre al fin, metiera barriga y sonriera embelesado cuando Evita lo miraba en éxtasis diciéndole:

—Sos regio, Franquito, le has ganado por la mano a todos esos boludos europeos.

Paco no sabía qué quería decir eso de boludos, pero por si acaso proclamaba que a él y a Perón esos boludos no les llegaban ni a la suela de los zapatos.

Evita lo señalaba y luego le preguntaba a su peluquero:

—¿No es amoroso?

Cuando oía ese «amoroso», Carmina rabiaba, aunque luego se enteró de que en privado Evita llamaba a su marido «el gallego de mierda». ¡Al Caudillo por Dios y por España! ¡Gallego de mierda!

¡Lo dicho! ¡No tenía clase!

Pero estas rivalidades femeninas no salían en los periódicos, que solo contaban

que doña Eva se había sentido admirada por la pujanza de esta España pobre en alimentos pero rica en valores espirituales, y que lo que más le había gustado eran la Sección Femenina y la muñeira.

Evita era la única que se había atrevido a preguntarle a Nenuca con desenfado:

—Pero, tú, petisa, ¿no tenés novio?

Nenuca había contestado:

—Es que solo tengo dieciocho años y además no conozco ningún chico.

Y Evita había dejado por un momento de mirarse al espejo que le aguantaba su peluquero para decirle a aquella jovencita que la miraba como a una diosa:

—Pues yo a tu edad los tenía así. —Y juntaba los dedos delante de ella—. ¡Así los tenía!

Y le había pedido al padre Benítez su bolsa de maquillaje y había sacado un lápiz de labios Coty Moyen, el más rojo. Se untó los dedos y se los pasó a Nenuca por las mejillas y por los labios. Y le dijo:

—Y ahora te voy a enseñar un truco de artista.

Y con el índice y el pulgar llenos de carmín le masajeó los lóbulos de las orejas y la empujó frente al espejo:

—¿Viste? ¡Sos linda!

El peluquero silbó de admiración, lo que nunca nadie se había atrevido a hacerle a Nenuca:

—¡Vaya mina de campeonato!

Claro que cuando la madre la vio, se echó las manos a la cabeza, la llevó al lavabo y le restregó tanto la cara que se la dejó casi en carne viva.

Evita no era la única que pensaba en novios para Nenuca, porque en una España en la que el único destino de la mujer es el matrimonio y que además se ha quedado despoblada de hombres por estas malditas guerras, Carmina otea con desesperación el horizonte para encontrar un buen partido para su hija. Paco protesta:

—Pero si es una niña.

Aunque Carmina le recuerda que ella, a su edad, ya hacía cuatro años que era su novia.

Sí, está un hijo del ministro Suanzes que sigue la carrera de Marina, pero es poca cosa, si pudiera ser un título, como el de Cristóbal Colón, hijo del duque de Veragua, por ejemplo, para que viera ese don Juan que ellos, además de haber salvado a España, también pueden ser nobles si les apetece... Su marido ayuda en lo posible y empieza a crear su propia aristocracia concediendo a título póstumo los ducados de Primo de Rivera, Mola y Calvo Sotelo, y también a Onésimo Redondo lo nombra conde de Labajos, a Víctor Pradera, conde de Pradera, y a Fidel Dávila, marqués del mismo apellido. Y muchos más, ante el desconcierto de don Juan en Estoril, perplejidad que culmina cuando nombra a Pedro Barrié de la Maza, que le «regaló» el pazo de Meirás, conde de FENOSA (Fuerzas Eléctricas del Noroeste Sociedad Anónima), compañía creada por el capitoste gallego.

Pero, a pesar de este afán ennoblecedor, los títulos con solera todavía evitan a la familia Franco y el duque de Veragua dice que ni hablar de que su hijo se case con la señorita Franco Polo. Todos ellos se han posicionado al lado de don Juan y su manifiesto, inclusive un desconocido conde de Argillo, tan anónimo que hasta don Juan, cuando vio su firma de apoyo, preguntó quién era:

—Es conde consorte. Un tal Martínez, un ingeniero andaluz casado con María de la O Bordiú y Bescarán, una chica de Zaragoza cargada de títulos.

Este apoyo a la figura de su enemigo hace que Franco tome una mezquina represalia contra el conde consorte: le quita un tractor que tenía subvencionado en su finca Arroyovil, de Jaén, dedicada al cultivo de la aceituna.

Claro que ahora hasta don Juan dice que a Franco no lo saca del Gobierno ni la madre que lo parió. Y la nobleza empieza a ponerle una vela al Dios de El Pardo y otra al Diablo de Estoril.

El conde de Argillo tiene muchos hijos, muy poca liquidez y demasiada ambición. Para hacerlos más atractivos a los ojos de las chicas con dinero, la madre reparte títulos entre ellos como si fuera una tómbola: al mayor, Andrés, lo hace marqués de Villaverde, al segundo, Cristóbal, conde de Morata de Jalón, Tomás, conde de Illueca, y a José María (padre del inefable Pocholo), barón de Gotor. El mayor, Andrés, le cederá su título de marqués, el más rimbombante, a su hermano Cristóbal cuando este conoce a la que sería su futura esposa, porque aunque todos se casarán con millonarias, solamente uno formará parte de la primera familia de España. Una España que resumió el noviazgo en esta coplilla satírica:

*La niña quería un marido,
la mamá quería un marqués,
el marqués quería dinero:
ya están contentos los tres.*

El marqués de Villaverde o de Vayavida, según la maledicencia popular, será el protagonista del braguetazo más importante de su época. Lo reconoció su hijo José Cristóbal años después:

—Mi padre fue educado como un señorito andaluz, en una finca de Jaén, paseando a caballo entre los vareadores, y esa educación se le metió en la sangre, y verdaderamente, ¿qué busca un señorito andaluz?

El mismo José Cristóbal se contestaba:

—Pegar un buen braguetazo y vivir lo mejor posible.

Cristóbal Martínez-Bordiú es el guapo de la familia y tiene la mirada puesta en las más altas cumbres de la sociedad. Para exhibirse, se pasea por el «tontódromo» de Serrano con su Moto Guzzi, y para paliar la metedura de pata que cometió su padre adhiriéndose al Manifiesto de Lausana de don Juan, hace continuas profesiones de fe franquista. A altas horas de la madrugada, mientras toma un cóctel en la *boîte* Larré,

cuenta que durante la guerra se intentó alistar en el ejército, nacional por supuesto, pero, dada su corta edad, en el centro de reclutamiento le dijeron:

—Los niños como tú lo que deben hacer es irse a casa a hacer pipí.

Claro está que no hay ninguna constancia de que la historia sea cierta, ya que el marqués nunca pudo exhibir ningún testigo.

A continuación, Cristóbal sigue contando a su coro de admiradores:

—Intenté consolarme haciendo instrucción por la calle Juan Bravo, frente al hotelito donde vivíamos, con un fusil de madera y un gorro hecho de papel de periódico.

Lo cual, no hay que decirlo, obligó a toda la familia a exiliarse rápida y heroicamente a San Sebastián, donde pasaron toda la guerra. A su vuelta a Madrid, reanuda las clases interrumpidas en el colegio del Pilar. Martínez-Bordiú pertenece a la promoción de 1939, de los Allende y García Baxter, Luca de Tena, Maura y Goded, y un inesperado Juan Antonio Bardem, el director de cine miembro del Partido Comunista, al que el hecho de haber sido condiscípulo del marqués no le ahorró ninguna detención por su militancia. Nunca se le ocurrió explicar, cuando estaba detenido en la comisaría de Sol, que había ido al colegio con *el Yernísimo*.

—¡Solo me hubiera faltado eso!

Me dijo entre risas poco antes de morir el genial director de *Calle Mayor*, quien también me confesó que Cristóbal era muy simpático, pero de pocas luces. Y que, en aquella época de restricciones y pobreza, llegaba al colegio en el Rolls Royce de sus vecinos, los Torroba, siempre tocando la bocina.

Era lo que entonces se llama un «pollo pera», «se presentaba estirado de talla, caballero de fina estampa, gallito engominado, perseverante en vales de mucho postín, galanteador en *boîtes* de buen tono y mala nota, de lo cual, por experimentado y don Juan, por el esmero y atildamiento, por la postura de la apostura, fácilmente las camelaba en las noches de farra, hembras y lentejuelas», lo describe Luis Otero, genial cronista de aquellos años. Capeas en la finca del torero y *playboy* Luis Miguel Dominguín con las señoritas del ballet del Hollywood on Ice, cacerías, y convertirse en el «ídolo de la juventud madrileña» es su único objetivo. Siempre bronceado, con acento andaluz, sacando pecho, deportista y novio de una nieta del conde de Romanones, Kiko de Arcentales, ¿alguien da más?

La pobre Kiko desapareció del mapa barrida por el viento huracanado de la historia cuando Cristóbal conoció a Nenuca, la hija del Caudillo.

Se vieron por primera vez en la puesta de largo de María Dolores Bermúdez de Castro, donde Cristóbal destacaba con su uniforme de alférez de las Milicias Universitarias. En aquella época Nenuca estaba haciendo el Servicio Social, una especie de preparación para el hogar y el matrimonio obligatoria que tenían que pasar todas las chicas a partir de los dieciocho años. Era «una linda muchacha morena y

espigada, alta, distinguida, que va vestida con un abrigo de pieles gris... Lleva el pelo negro y abundante suelto en larga melena que cae por sus hombros... A los españoles nos gusta saber de ella, aunque ahora ya no sea aquella Nenuca inolvidable que se acurrucaba junto a su padre en Burgos para reír las gracias de Popeye... ahora es ya una mujer completa» (revista *Fotos*).

Cristóbal se acercó a la «mujer completa» y fingió que no la reconocía:

—¿Vas por el Club de Campo? Tu cara me suena... —Y después añadió—. No se pueden olvidar nunca unos ojos como los tuyos...

Y sin dejar de mirarla, subió al escenario donde actuaba una orquestina de jazz-band, cogió una guitarra y se puso a cantar:

*Yo vendo unos ojos negros,
quién me los quiere comprar,
los vendo por hechiceros,
porque me han pagado mal.*

Después le pidió el teléfono y le preguntó cómo se llamaba. Una Nenuca con la piel morena del rostro ruborizada y el cuello palpitante contestó:

—Carmen.

Por dentro le pasaba algo que no había sentido nunca y se fue a casa temblorosa de incertidumbre creyendo que o bien había cogido la gripe o por fin se había enamorado.

Cristóbal la llamó por teléfono al día siguiente «para salir».

—¿Salir? —preguntó extrañada Nenuca—. Yo no salgo nunca.

Carmina, que estaba a su lado, le hizo señas para que le pasara el teléfono. Y le dijo a aquel chico del que ya había recibido informes que si quería ver a su hija tenía que ir al palacio de El Pardo. Solo entonces se dio por enterado Cristóbal de que aquella tal Carmen era la Niñísima:

—Si lo hubiera sabido no me hubiera atrevido a acercarme...

Fueron dos años de noviazgo en los que nunca se vieron a solas. Cristóbal iba en su moto a El Pardo. Vicente Gil, el médico personal del Caudillo, cuenta en sus memorias que cuando el marqués empezó a frecuentar el palacio, él le dijo a Carmen, la doncella de la Señora, que si no había por algún armario una cazadora de aquellas fuertes que entonces se llevaban:

—Para que se abrigara, me daba pena que pasara tanto frío en la moto, y sí, sí, la encontré y se la regaló.

Y Gil cree que ahí empezó la animadversión de Villaverde hacia él. El doctor, el «perro fiel», se lamentaba delante de la Señora de que el novio de Nenuca le hacía desprecios, y Carmina le contestaba:

—Tú cállate por la cuenta que te trae, Vicentón, que médicos hay muchos y yernos solo hay uno.

Cristóbal también había estudiado Medicina. Terminó la carrera con veintidós años con notas correctas («cojonudas», según él) y se doctoró con una tesis sobre «investigaciones hematológicas». En 1948, ya medio novio de Nenuca, obtuvo una beca en la Escuela Nacional de Tisiología, donde sería nombrado adjunto de cirugía con Luis Nistal, pasando luego, después de su matrimonio, a ser jefe del departamento. Empezó ganando cuatrocientas pesetas al mes

Nenuca y Cristóbal se ven en una salita de estar todavía con los resabios cuarteros tan caros al Caudillo. Está decorada con objetos sin valor alguno: un busto de la propia Nenuca realizado en yeso, figuritas de belén, tapices viejos, sillas distintas y sin estilo definido... Sigue habiendo tan solo un cuarto de baño y Cristóbal tiene que atusarse el tupé a la luz de una precaria bombilla que cuelga huérfana de pantalla delante del pequeño espejo.

Nenuca, hermosea por el amor, para recibir a su novio salía corriendo todas las tardes a la puerta con el corazón como una copa rebosante, lleno de sentimientos desconocidos que quería verter en él. Pero al verlo tan alto, tan seguro de sí mismo, con las manos oliendo a gasolina y la colilla apagada de un cigarrillo colgando milagrosamente de su labio, le podía la timidez y solo llegaba a tender su mejilla para que Cristóbal le diera un casto beso. Si se demoraba un poco este beso, Carmina, detrás, carraspeaba:

—Ejem.

Se sentaban en un incómodo sofá y estaban horas en silencio, nunca a solas. Nenuca a veces arrancaba a hablar:

—Cuando estábamos en Burgos...

Pero se detenía de pronto, porque sabía que de eso no se podía decir nada y no se le ocurrían otros temas de conversación. La tirantez era tal que a veces Cristóbal se hacía acompañar por Luis Miguel Dominguín, el famoso torero, el número uno, que solía acometer cien corridas por temporada. Era millonario, guapísimo y el seductor por excelencia. Todas las mujeres hermosas de Madrid, las casadas y las solteras, habían visitado su célebre suite del hotel Ritz, de donde el torero salía de estampida en cuanto había consumado el acto para comentárselo a sus amigos. Lo justificaba así:

—El cincuenta por ciento del placer de una conquista es poder contarla.

Eso decía la leyenda; sin embargo, tengo que aportar que yo, que lo conocí bastante, nunca lo vi envanecerse de ninguna de las mujeres que habían pasado por su vida.

Cuando Dominguín iba a El Pardo acompañando a su amigo, la doncella, Carmen, salía para admirarlo, el personal de guardia buscaba mil excusas para aparecer en la salita y hasta a Carmina se le ponía un temblor extraño en la voz y los ojos encendidos. Franco interrumpía sus audiencias para decirle:

—Hombre, Dominguín, tiene usted que venir a cazar conmigo.

Y el torero, con desenfado, le contestaba:

—Encantado, excelencia, pero llegaré un poco tarde porque se me pegan las sábanas.

Y hasta el mismísimo Franco, el Caudillo de España, el vigilante de Occidente, la reserva espiritual del mundo entero y más allá, sonreía con malicia y amagaba un codazo de complicidad.

Dominguín se asombró del noviazgo tan pacato que mantenían Cristóbal y Nenuca:

—Pero tu novia tiene ojos de mujer apasionada... Tú eres tonto, sal con ella al jardín.

Cristóbal protestó:

—Pero qué voy a hacer, el parque está lleno de guardias armados que si ven que me propaso me pegarán un tiro, y como comprenderás, no es plan.Total, voy a casarme con ella.

Dominguín se echó a reír con desprecio por la pusilanimidad de su amigo, ¡a él con tiritos! Y le dijo mientras paladeaban una ginebra con bitter en Chicote:

—¿Y si yo te la saco al jardín? ¿Qué nos jugamos?

El otro hizo un gesto de impaciencia con la mano, y Luis Miguel continuó:

—Dime, ¿qué me das? ¿No tendrás miedo, no? ¡No te irás a acojonar ahora!

Al final Cristóbal le dijo con malhumor:

—¡Haz lo que quieras!

Salita de siempre.Tresillo. Era un día de abril tibio y alegre, Nenuca jugaba con las cintas de su vestido de color blanco ya de primavera. El torero, Luis Miguel, de repente echó la cabeza hacia atrás y se quejó. Nenuca lo miró con preocupación:

—¿Qué te pasa?

Carmina, que hacía punto, levantó la vista.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres beber? ¿Una copita de agua del Carmen?

Delante de la mirada escéptica de Cristóbal, Dominguín se llevó la mano al cuello como si se ahogara, se desanudó la corbata y dijo con un hilo de voz:

—Sí, por favor.

Salió Carmina a dar órdenes y Nenuca se acercó a Dominguín, que abrió los ojos, miró por la ventana abierta hacia el jardín, donde el viento arrastraba lentamente las nubes que dejaban largas manchas de sombra por el césped, y dijo:

—Creo que me iría bien tomar el aire.

Nenuca contestó rápidamente:

—Claro, claro. —Y se volvió a Cristóbal—. Tú quédate aquí para decirle a mamá que ahora volvemos.

Salieron los dos de la habitación, delante de la mirada rabiosa del novio agraviado.

Tardaron media hora en regresar, cuando Carmina, todavía con un dedalito de agua del Carmen entre los dedos, iba a mandar a los guardias civiles a buscarlos. Nenuca tenía un brillo remoto y distinto en las pupilas, y se fue corriendo a su cuarto

pretextando un dolor de cabeza. Carmina se tomó el agua del Carmen de un trago y Cristóbal cogió a su amigo del brazo, lo arrastró fuera, lo echó encima del sillín y arrancó la moto cuando el otro todavía estaba acomodándose:

—Oye, loco, que me vas a matar.

Todo el viaje fue Cristóbal dando bandazos y con la cabeza vuelta gritándole:

—Hijo de puta, cabrón...

El torero reía a carcajadas. Claro que Dominguín nunca más volvió a acompañar a su amigo en las visitas a su novia, aunque sí se convirtió en un asiduo de las cacerías de su excelencia.

Este episodio desconocido de la vida de la Niñísima me lo contó muchos años más tarde el propio Luis Miguel Dominguín en su casa de El Ancón, de Marbella.

Yo le preguntaba:

—Pero ¿qué pasó en el jardín?

Me contestaba:

—¡Nada! ¡Qué va a pasar! ¡Me enseñó un estanque con peces!

Pero en la alta noche, si estaba a gusto, si nos habíamos tomado un par de copas, cuando yo lo notaba propicio, le volvía a insistir:

—¿No me vas a contar nunca la verdad? Hubo algo más, ¿no?

Se reía a carcajadas sin negarlo, se encogía de hombros, apuraba su copa, y me reñía:

—Déjame en paz, periodistilla.

Confieso que desconozco hasta dónde llegó el torero, lo único que puedo certificar es que Luis Miguel, al que conocí en las postrimerías de su vida, cuando estaba con Pilía Bravo primero y después con Rosario Primo de Rivera, y siendo yo genéticamente antitaurina, era el hombre más atractivo que he conocido.

Sus amigos lo llamábamos Miguel.

Este episodio no cambió en nada el monótono discurrir del virtuoso noviazgo de Nenuca y Cristóbal. En los dos años que duró no intercambiaron ni siquiera un beso, siguiendo los consejos del padre mercedario Ramón Sarabia desde su púlpito, donde impartía ejercicios espirituales «a las jovencitas que me preguntan si es pecado besar a su novio, les contesto sin vacilar que las jóvenes que comienzan besándose en sus relaciones, se pierden todas», y por si no queda claro, advierte con voz tonante, «¡Todas! ¡Todas! ¡Todas! ¡Todas y todas! ¡Las que empiezan besando se pierden!». Nenuca, muy influenciada por el padre Bulart, no piensa apartarse de estos consejos, pero es que Cristóbal no se atrevería nunca tampoco a mancillar el honor de El Pardo. Para solazarse recurre a la infantería del sexo, en el café Barceló de la calle Montera.

Cuando el Caudillo entra en el salón, a última hora de la tarde, Cristóbal se levanta algo acojonado:

—Excelencia.

Franco nunca le apeó el tratamiento, ni a él ni a ningún miembro de su familia, pero Carmina, para Cristóbal, sería siempre Carmen y de tú.

Claro que ella estaba encantada con el novio de la niña, que le besaba la mano sin dejar de mirarle a los ojos, se pasaba todo el día hablando de las posesiones de su padre en Jaén y de sus amigos marqueses, y le decía con mirada de terciopelo:

—Yo sé de quién ha heredado Nenuca su belleza y elegancia.

Pero el padre siempre lo miró con prevención, para él Cristóbal era un charlatán, un frívolo, la antítesis de lo que tenía que ser un hombre, pero veía a Nenuca tan feliz e ilusionada que no tenía más remedio que aguantarse. Francis, el nieto mayor, comentaría:

—Mi padre era un miura... tenía un carácter vitriólico que contrastaba en grado sumo con la gelidez que había adoptado mi abuelo después de «dejar de ser persona».

El humor andaluz de Cristóbal, gritón, jaranero, sus chistes picantes, sus requiebros, no casaban con el talante flemático de Paco, quien un día comentó:

—Los yernos de los dictadores nunca pueden estar muy tranquilos... acordaos de que Mussolini hizo ejecutar al conde Ciano.

Estaban cenando. Cristóbal se puso lívido, se atragantó y hasta que Paco no esbozó una ligera sonrisa y el padre Bulart no le dio varios golpes en la espalda, no se atrevió a soltar unas carcajadas nerviosas que parecían sollozos tapándose con la servilleta. Lo curioso es que tanto Nenuca como su madre continuaron comiendo con parsimonia y serenidad, como si no hubiera pasado nada.

José Cristóbal lo dijo en sus memorias:

—El abuelo nunca le dio confianzas a mi padre, siempre lo ató muy corto.

Y Jimmy Giménez-Arnau, que se casó con una hija de los Villaverde, Merry, cuenta que su mujer le decía:

—Cuando hablaba papá, el abuelo nunca le contestaba, lo miraba como si no existiese.

En una ocasión Cristóbal intentó hablar de política. Entonces sí que se hizo un silencio terrible en la mesa, y Franco le dijo:

—De esos temas, aquí no hablamos nunca.

Para la política ya estaba el resto del día. Nenuca recordaba:

—Mi padre nunca tuvo tiempo de ocuparse de mi educación, estaba doce horas diarias metido en su despacho, claro que yo no daba problemas, era muy conformista.

«Echa más horas que un reloj», decía el periódico *Arriba* hablando de la intensa vida laboral del Caudillo. Él mismo escribía sus discursos, y dio a luz un texto, en 1947, llamado Ley de Sucesión, que se leyó en las Cortes y que fue aprobado por unanimidad, con las únicas excepciones de los procuradores Serrano Súñer y Luca de Tena. En este proyecto de ley se decía que sí, que España era un reino, católico, por supuesto, pero que Franco gobernaría hasta su muerte, aunque quizás propondría algún día un sucesor de estirpe real. La ley se sometió a referéndum popular el 7 de julio de 1947 y la prensa dijo que el 93 por ciento de los votantes habían respondido afirmativamente.

Carmina, enterada de los resultados, fue al despacho de su marido, cosa que casi

nunca hacía, y le besó solemnemente en ambas mejillas:

—Paco, ha sido como en Estados Unidos, el pueblo te quiere y te ha elegido como jefe —aunque añadió—, pero, claro, si esto es un reino, ahora no tienes más remedio que verte con ese hombre de Estoril... Y a su hijo, el mayor, te lo tienes que traer aquí y ver qué se puede hacer con él.

Paco se admiró una vez más de la perspicacia de su mujer, pero le preguntó sonriendo:

—¿Como un rehén, Carmina?

Y ella contestó:

—De momento, como un invitado.

La primera medida que toma el «nuevo» reino de España es adjudicarle a la reina Victoria Eugenia una asignación de 250.000 pesetas, que luego fueron aumentadas a 750.000, lo mismo que cobra Franquito, como le siguen llamando al Caudillo en la Vieille Fontaine, eso cuando no le cantan:

*Se va el caimán, se va el caimán,
se va para Barranquilla.*

A Carmina le parece mucho y se siente tan dolida que se lo comenta hasta a Pacón:

—¡Cómo va a cobrar lo mismo esa señora que tu primo que ha salvado a España!

Franco concertó la entrevista con Juan de Borbón frente a las costas de San Sebastián a bordo del *Azor*, un barco no muy grande al que Paco llamaba con sorna «*Azorín*», construido en madera de roble. El velero *Saltillo* había ido desde Arcachon, y llevaba a bordo a don Juan, que se había hecho acompañar por su hermano don Jaime, sordomudo y con sus facultades algo mermadas, razones por las cuales había renunciado a la corona que en realidad le correspondía a él, ya que era el mayor. Según la versión de Juan de Borbón, Franco lo saludó entre lágrimas recordando que su padre había sido su padrino de boda, y luego le dijo con voz perfectamente serena:

—Yo le voy a llamar alteza real, puesto que no está todavía coronado, y usted a mí puede llamarme excelencia.

Estuvieron hablando durante tres horas. Don Juan luego recordaría:

—Me di cuenta de que Franco creía que yo era punto menos que un imbécil.

Eran enemigos irreconciliables, y a estas alturas, desde la perspectiva que me otorga haber dedicado gran parte de mi vida profesional a estudiar este tema y haber escrito sobre Franco y la familia real una decena de libros y miles de artículos, puedo decir que el Caudillo nunca tuvo intención de entregar el trono de España al hijo de Alfonso XIII.

Franco divagó durante tres horas enteras, fue muy difícil llevarle a cuestiones concretas, pero al final, después de muchos esfuerzos, se quedó en que el chico mayor del conde de Barcelona se educaría en España, y su excelencia prometió

vagamente que el clima de hostilidad monárquica podría arreglarse.

Es decir, que el mejor estrategia fue el Caudillo, que consiguió que Juan le entregara a su bien máspreciado, su hijo, a cambio de inconcretas promesas de futuro. Aun así, el Borbón comentó con displicencia:

—Me produjo una impresión muy desfavorable, solo sus ojos revelan vida y astucia.

Ante su desconcierto, el hermano sordomudo dijo que también quería hablar con su excelencia para proponerle que sus dos hijos, Alfonso y Gonzalo, se educaran asimismo en España, a lo que el Caudillo se negó con firmeza.

Después tuvo lugar una comida a base de entremeses, huevos a la americana, ternera Benicarló, patatas a la duquesa y bizcocho, bastante indigesta. Juan comentó:

—La mayonesa debe estar muy barata en España.

En un principio se habló de temas generales, como la presencia de Nicolás, el hermano del Caudillo, en Lisboa como embajador, del que dijo Juan:

—Su hijo Niky es muy amigo de mis chicos.

Franco sabía que Juan y Nicolás se veían en el hotel Palacio, pero le había comentado a Pacón:

—Prefiero que el pretendiente se tome whiskies con Colás que con cualquier otro.

Pero no comentó nada de estos encuentros, pues no quería que Juan se enterara de que uno de sus secretarios, Tornos, era en realidad agente secreto suyo.

Después se dieron situaciones muy violentas. Servían la mesa, actuando como camareros, el condecorado general Martín Alonso, marqués de Villatorcas, y el íntimo amigo de Paco, Pedrolo Nieto Antúnez, que tendían las bandejas al Caudillo como auténticos profesionales. Según la versión de don Juan, todo el entorno de Franco se comportaba con total servilismo, le hacían reverencias continuamente, se reían con sus ocurrencias y estaban pendientes de un mínimo gesto suyo para ofrecerle una bandeja, una copa, un papel. Antes de dar una opinión, esperaban a ver lo que decía Franco para repetir exactamente lo mismo. Era un clima de adulación que los príncipes no habían visto ni en tiempos de la corte de sus padres, cosa bastante difícil de creer.

Las personas del entorno de Franco comentaron, sin embargo, que don Juan y sus acompañantes estuvieron groseros e impertinentes, y que trataron al Caudillo con suficiencia, incluso en aquellas materias en las que Franco destacaba, como la pesca o la caza. Y que la conversación se convirtió en un torneo en el que don Juan y los suyos quisieron demostrar en tono burlón que los métodos de Franco estaban tan atrasados como él mismo.

Con el vino y los licores la conversación decayó, don Jaime, por cortesía, preguntó por la mujer y la hija del Caudillo. Franco naturalmente no comentó que Nenuca había empezado a salir con el marqués de Villaverde y se limitó a soltar algunas vaguedades sobre las responsabilidades de su mujer y su hija en la reconstrucción de la patria. Ninguno de ellos sabía, ni podía adivinarlo, que la hija

mayor de ese matrimonio de Nenuca y el marqués se iba a casar precisamente con el hijo de don Jaime. Quizás este, si lo hubiera sabido, hubiera alegrado algo su tristona expresión.

Cuando volvieron al *Saltillo*, don Juan consiguió que la marinería izase las velas y pusiese rumbo a Arcachon en tres minutos y medio, un tiempo récord. Se volvió a la tripulación, formada por marineros vascos, y les dijo:

—¡Buena maniobra la vuestra! ¡Bravo, muchachos!

Y ellos contestaron levantando el puño:

—¡Para que aprendan esos gallegos!

Los dos gallegos, Pedrolo y Franco, contemplaron la maniobra desde cubierta y el amigo de la infancia dijo:

—Paco, tenemos que comprar otro *Azor* más grande.

Don Juan le comentó luego a su mujer que la comida le había parecido una mierda, porque ni siquiera sirvieron vinos de crianza. Franco, por su parte, le explicó a Carmina:

—El pretendiente me ha parecido un buen patriota, pero mal aconsejado y demasiado bebedor.

Ella meneó la cabeza:

—A ver qué tal el hijo. —Y, mientras se limaba las uñas, preguntó—. ¿Qué edad tiene?

—Nueve años. Le llaman Juanito.

El primer acto semioficial al que concurre Cristóbal Martínez-Bordiú, aunque no todavía en calidad de novio, son las bodas de plata del matrimonio Franco, el 22 de agosto de 1948. Carmina está emocionada y manifiesta a los periódicos:

—¡Es uno de los momentos más felices de mi vida!

Una efeméride que *La Vanguardia* describió así: «En las jornadas y vigiliadas tensas de preocupaciones y de inquietudes, todas ellas rendidas al servicio de España, la novia que hace veinticinco años salía del brazo de su bizarro esposo, después de bendecida su unión en la iglesia de San Juan de Oviedo, ha puesto siempre la luz de su inteligencia, los pulsos de su serenidad y sobre todo la llama inextinguible de su fe en Dios y España».

Don Juan se suma al aniversario enviando una carta con una alabanza algo estrambótica: «... el día de sus bodas recordará VE con la misma devoción a quien fue su padrino y en mi deseo de asociarme también a ese recuerdo le dirijo estas líneas de cordial felicitación en esta importante fiesta de su vida familiar». No menos retorcido, Franco contestó: «Mucho agradecí a VA el delicado recuerdo que con motivo de mis bodas de plata habéis tenido al querer asociaros a esta fiesta familiar... recuerdo las bondades de quien en acto decisivo de mi vida quiso honrarme con su padrinazgo, don Alfonso XIII, cuya memoria ha sido siempre objeto de veneración en

esta casa...». Un intercambio florentino de elogios que no esconde el hecho de que ambos hombres se odiaban. El periodista Eugenio Suárez, que tenía contacto con los dos, relata que, cuando iba a El Pardo, Franco le preguntaba:

—¿Que hace el borrachín?

Y en Estoril don Juan le pedía:

—Cuéntame cosas del enano despreciable.

Cristóbal solicitó la mano de Nenuca formalmente poco antes de la Navidad de 1949. La gente paraba por la calle a los condes de Argillo con grandes abrazos para decirles con admiración:

—¡Vaya boda hace vuestro hijo! ¡El mejor partido de España!

A pesar de que Carmina le sugirió tímidamente a su hija que se podían quedar a vivir en El Pardo, que había sitio de sobra, Nenuca contestó en el primer acto de rebeldía que va a tener en su vida:

—Mamá, perdóname, pero preferimos vivir en un piso...

La había convencido Cristóbal, porque una cosa era tener la inmensa suerte de casarse con la hija del Caudillo, y otra tener que convivir con él.

Carmina suspiró, dijo que lo entendía y con su dinero propio les regaló un piso en la calle General Mola número 26. Con el sueldo que se había marcado su marido como jefe del Estado, 600.000 pesetas al año, pocas economías se podían hacer.

Paco, que estaba al tanto de las negociaciones, aceptó la decisión de su hija también con cierta tristeza, que solo se atenuó cuando Nenuca le prometió que cada día irían a comer a El Pardo y que pasarían con ellos todos los fines de semana.

Carmina, con la proximidad de la boda, se llenó de preocupaciones. Cuando estaban acostados y su marido ya le había dado cuerda al despertador, le comentó:

—Paco, tenemos una ocasión única para demostrar lo bien que va el país; mira, los ingleses han casado a su princesa heredera y han salido en todas las revistas, vamos a superarlos. ¡Ya está bien de hablar siempre de la atrasada España!

Su marido la miró. Carmina estaba semiincorporada en la cama, poniéndose vaselina en las manos, con el camisón de franela abrochado hasta el cuello, el rosario sobre el vientre y unas pinzas en el pelo. Él tenía a España, pero Carmina se iba a quedar sola. Se dio cuenta repentinamente de lo que había cambiado. Antes era esbelta y flexible, ahora estaba consumida por el nerviosismo, se le marcaban los tendones del cuello, caminaba con rigidez y a veces se quejaba de dolores de cabeza y de cervicales.

Carmina iba a cumplir cincuenta años, una edad que para Paco no significaba nada, pues, como todos los hombres de su época, ignoraba el significado de la palabra «menopausia», y desde luego, hablar de la regla le hubiera parecido monstruoso, y achacaba los trastornos de su mujer a la marcha de su hija. Se iba a romper el grupo familiar que habían formado durante veintiún años, tan íntimamente unidos, tanto en

la adversidad como en los momentos felices. ¡Paco no puede acordarse de los tres meses que estuvieron separados, al comienzo de la guerra, sin echarse a temblar! Le dijo:

—Deja eso.

Su mujer cerró el tubo de crema, lo guardó en el cajón de la mesa de noche y se dispuso a escucharlo. Paco le cogió la mano:

—Has tenido una buena idea, Carmina, yo también lo había pensado, pero aunque no fuera así te complacería en todo porque todo te lo mereces. —A ella se le pusieron los ojos brillantes, apretó los labios y negó con la cabeza—. Sí, has estado a mi lado, en cualquier circunstancia me he sentido apoyado por ti, y si puedo dedicarme a la patria es porque sé que tú estarás siempre ahí, como un peñón...

Carmina quiso quitarle dramatismo a la escena:

—Pero no como el de Gibraltar...

Paco se rió y prosiguió ya en otro tono:

—Además, que solo tenemos una hija, disponlo todo a tu manera...

A Carmina se le iluminó el rostro.

—Paco, será la boda de una princesa, porque princesa es nuestra hija para nosotros —y después añadió aprovechando la buena disposición de su marido—, y además, cuando se acabe todo, vamos a hacer obras y a poner el cuarto de baño al lado de nuestra habitación... Como lo tiene todo el mundo...

La boda fue el 10 de abril de 1950, cuando el príncipe Juan Carlos, el auténtico príncipe real, llevaba casi clandestinamente dos años viviendo en nuestro país, una circunstancia desconocida por la mayoría de los españoles, aunque concretamente en la fecha de la boda don Juanito estaba pasando unos meses en Estoril, ya que la relación entre su padre y Franco había vuelto a romperse y el «rehén» había sido llamado al seno familiar.

La última noche de soltera de Nenuca la pasó en su habitación ya medio desmantelada, con una maleta abierta, el armario vacío, los cajones de la cómoda por el suelo, sus bibelots, los libritos de la condesa de Segur, la vida de Genoveva de Brabante, la colección de tebeos Florita, los manuales de comportamiento que le había regalado Pilar Primo de Rivera, se quedaban allí, como impropios de la señora casada que iba a ser a partir del día siguiente, mirando fijamente su relojito Duwarin y contando las horas que le faltaban para entrar en el gran misterio de eso que se llamaba «matrimonio», aterrada y al mismo tiempo llena de ilusiones.

En un momento dado, oyó un ligero golpecito en la puerta, se incorporó y dijo:

—¿Sí?

Era su padre, con el batín puesto y zapatillas. Se acercó a ella y se sentó en la cama, a su lado, con un confuso sentimiento en el alma. La miró intensamente. Los ojos de Paco continuaban siendo grandes, negrísimos, pero ahora la edad había vuelto pesados sus párpados y las cejas grises, como su pelo, ya muy escaso.

Le acarició el hombro. Nenuca también lo miró. Desde que había nacido, no se

habían separado. La relación de los tres había sido íntima y excluyente, con nadie más habían tenido que compartir el cariño. Paco miraba a aquella chica morena que, con su camisión de flores y la redecilla en el pelo para conservar el peinado parecía una chiquilla, y, como todos los padres en esas circunstancias, se preguntó: ¿La hará feliz ese hombre? ¿La sabrá querer? ¿Se dará cuenta de lo que vale?

Por un momento la boda le pareció un acto repugnante. ¡Entregar a su hija, el más dulce cordero de su rebaño, a aquel extraño del que en el fondo no sabían nada! ¡Un desconocido!

Nenuca aguardaba y leía en sus ojos la tristeza que le embargaba. En ella se mezclaba la angustia de alejarse de su hogar, de sus padres, de sus cuidados, de su delicadeza y su cariño inmenso, con la alegría por casarse con el hombre del que se había enamorado. Porque enamorarse era esto, ¿no? ¡En ningún sitio explicaban cuáles eran los síntomas! En realidad solo sabía de su novio que era fuerte, arrogante y que llevaba el pelo alisado con gomina.

Le daba pena dejarlos solos. Ella iba a fundar una familia, pero a sus padres, ¿qué les quedaba?

Se abrazaron. Y la hija murmuró contra su hombro inútiles palabras de consuelo:

—Tú serás siempre lo más importante de mi vida... es imposible encontrar a ninguna persona mejor que tú, papá.

Ya muerto Franco, Nenuca rememoraba siempre con emoción:

—Era un padre extraordinario.

Cuando llegó a su cuarto, Carmina estaba rezando delante del brazo incorrupto de santa Teresa. Vio la preocupación de su marido y le dijo:

—Paco, la niña ha elegido bien.

Fue una gran boda. Bajo un sol de diamante Franco quiso demostrar al mundo que, en palabras de Camilo Alonso Vega, en España se vivía «de puta madre». Y si la princesita Isabel de Inglaterra se había casado dos años antes con gran lujo, la Niñisima todavía más. Se tuvieron que habilitar en El Pardo salones arriba y abajo; había invitados de todas las clases sociales, amigos de la casa, de ambas familias, y las amistades de la pareja, sobre todo de Cristóbal, acudieron también artistas, personajes populares y celebridades. Los talleres de costura de Madrid tuvieron que contratar personal extra y se hicieron muchas filigranas para no repetir ningún vestido; aun así, dos señoras se presentaron ataviadas igual, con un traje largo negro con unas flores blancas superpuestas.

Los caballeros debían ir de uniforme con condecoraciones o de frac.

El desfile fue precedido por los porteros en traje de gran gala de librea escarlata y las gacetillas de los periódicos remarcaban que estaba la aristocracia en pleno; desde los duques de Medinaceli a los de Pastrana, desde el marqués de Valterra al de Triana, del conde de San Luis al de Motrico. Un centenar de títulos fueron a rendir homenaje a aquel a quien en Estoril apodaban «Franquito» o «el caimán», e inclinaron la cabeza delante de la Señora.

Los únicos nobles que faltaron fueron los marqueses de Llanzol, a los que no se invitó. Zita, que con los años exhibía una delgadez ahilada, traslúcida, fruto de sus frustraciones íntimas, y tenía un gesto de fatiga desdeñosa en su boca retocada con carmín, se lo pidió a su hermana:

—Preferiría que no viniera Sonsoles...

Carmina, que apenas tenía trato con Zita, a la que tanto había querido, le comentó desabridamente:

—Sí, ya sé que continúa con tu marido y que encima sus hijos juegan con los tuyos. ¡Qué tonta eres, Zita! ¡Pero si hasta metes en casa a esa niña... la hija de Ramón! ¡Te arrepentirás! —Y dejó caer con los labios muy apretados—: Y no te creas que tu Ramón es el único, ¡pero si la llaman Sonsoles de Icaza y Pesca! —Y todavía añadió con toda la frustración de madre de un solo hijo—: ¡Y tú has tenido el valor de traer al mundo otro hijo de ese...!

La hermana se encogió de hombros con indiferencia. Ya no es la hermana pequeña que a todo dice que sí. Ramón se dedica a la práctica del Derecho y es uno de los abogados más brillantes de España, defiende pleitos incluso en el extranjero y sus minutas son astronómicas. Con un brillo retador en los ojos, respondió:

—Quizás tendremos más...

Pila se quejó porque los Franco se tuvieron que ir al piso de arriba y los Martínez-Bordiú se quedaron en la parte noble, la de abajo, lo que puede tomarse como un símbolo de lo que habría de venir después, ¡la marginación de la familia de Franco y la ascensión a los altares de los Martínez-Bordiú!

Pilar Jaraiz, que en aquella época ya era una flamante catedrática que daba clases en la facultad de Derecho, me contó:

—Los Argillo eran los más felices, sobre todo el tío Pepe Sanchís, al que llamaban «el mago de los negocios»... La tía Carmina estaba muy satisfecha, pero mi tío me pareció que se sentía triste, apenas lo vi sonreír en ningún momento...

El director de *La Vanguardia Española*, Luis de Galinsoga, escribió que «le he visto humedecidos los ojos en el momento de entrar en la iglesia de El Pardo, llevando del brazo la prenda más preciosa y entrañable de su corazón».

Carmina, detrás, del brazo de su consuegro el conde de Argillo, vestida con un traje de encaje negro con peineta y mantilla, guantes blancos y collar de perlas de cuatro vueltas, no recordaba, o quizás sí, lo que había sufrido en la puesta de largo de Nenuca, cuando ningún noble de verdad había querido asistir. Caminando sobre la alfombra roja como una reina, recibiendo las reverencias de la nueva y la vieja aristocracia, pudo darse cuenta del enorme poder que tenía en sus manos.

La austeridad cuartelera ya ha pasado a mejor vida, y ahora lo que toca es demostrar que en España también hay unos reyes y una corte que nada tienen que envidiar a la de los Borbones.

La guardia mora puso el toque exótico y policromado, y había bandas de música militar, desfiles, y cuatro enormes habitaciones llenas de fastuosos regalos que no se

detallaron a la prensa para no exacerbar los ánimos de aquellos españoles que pasaban hambre, frío y represión. Claro que para paliar esta miseria, se entregaron mantas y calzado a los pobres censados en el Ayuntamiento de Madrid, el alcalde de Ferrol dotó al matrimonio más menesteroso de la ciudad y en Oviedo, sin querer ser menos, repartieron 1.700 bolsas de comida.

Bendijo el matrimonio el arzobispo de Toledo, Enrique Pla y Deniel, quien exhortó a los novios con estas palabras:

—Tenéis un modelo ejemplarísimo en la familia de Nazareth y otro más reciente en el hogar cristiano del jefe del Estado. —Para terminar con esta orden—. ¡Dad muchos hijos a la Patria y a la Gloria!

Franco dejó el reclinatorio que le tocaba como padrino, junto a la madrina, la condesa de Argillo, para ocupar en solitario el que estaba al lado del altar, reservado únicamente al Caudillo de España. Como dijo la prensa, arrobada: «Su sacrificio por la patria no conoce límites, ¡no abandona los asuntos de Estado ni en la boda de su hija!».

El traje de novia, realizado en el taller EISA de Balenciaga de la Gran Vía por una docena de modistillas, era de faya de seda natural con escote tan cerrado que casi parecía un cuello alto y una extraña capa que salía de los hombros de cuatro metros de largo, recubierta de tul espuma. Como joyas llevaba una complicada corona de diamantes y perlas en forma de concha, regalo de sus padres, unos pendientes de perlas, la pulsera de pedida de brillantes y el anillo también de pedida. Sus cejas negríssimas destacaban en su rostro muy pálido, y, siguiendo las enseñanzas de Evita Perón, se había pintado los labios de rojo.

El aparato dental del doctor Shermant había dado resultado, pues su sonrisa deslumbraba.

Las revistas comentaban en éxtasis: «¡Iba españolísima!».

Para que el novio hiciera juego con tamaña magnificencia y no tener que recurrir al viejo uniforme de alférez de las Milicias Universitarias, lo habían hecho poco antes caballero profeso del Santo Sepulcro e iba con un uniforme blanco, casco empenachado, hombreras doradas, una gran cruz en el pecho bordada en rojo, doble botonadura, espada y botas altas. Pese a que la estrechez del traje apenas lo permitía, al salir de la iglesia un exaltado Giménez Caballero cogió al novio de las solapas, según me contó él mismo, y le espetó delante de todo el mundo:

—¡Si no la haces feliz, te mato!

Se sirvió un banquete espléndido (que no se pormenoriza en ninguna crónica), y después, a la hora de los licores, se pasó a los jardines, donde habían habilitado una pista de baile. Nenuca y Cristóbal, ya marido y mujer, salieron a bailar un vals zíngaro interpretado por el violinista húngaro Kurt Dogan y la fiesta duró hasta el anochecer.

A pesar de este derroche, el periódico *Arriba* escribiría que la boda se había celebrado con una elegante discreción, muy del gusto español y familiar. También se

destacó con alborozo que la ceremonia había merecido un gran alarde informativo en los medios extranjeros, pero a la hora de concretar, solo se pudo mencionar el *Paris Press*, aunque, eso sí, especificando que habían publicado una foto.

En París vivía precisamente el escritor José Luis de Vilallonga, hijo del marqués de Castellbell, que diría de aquella boda que «Villaverde no era gran cosa, pero, al fin y al cabo, permitiría que a la niña la llamaran señora marquesa. Villaverde se vistió de domador, se puso plumas en la cabeza, pagó sus deudas en diferentes bares e inició su chaplinesco viaje estelar por la vía láctea del franquismo».

Había ochocientos invitados. Nenuca se despidió de sus padres llorando; claro que no iba muy lejos, a Lisboa, donde estuvo cinco días. Los servicios de seguridad desaconsejaron que la hija de un caudillo se expusiera a un atentado en otro país que no fuera el seguro Portugal, también bajo el férreo mandato de un dictador: Oliveira Salazar.

Aunque Nenuca conocía los entresijos de la política incluso en sus más mínimos detalles y había estado en contacto con todos los protagonistas de los hechos que habían sucedido en este país en los últimos veinte años, de las relaciones entre hombre y mujer no sabía nada. Lo normal era que los padres nunca hablaran del tema sexual, y mientras los chicos se habían fogueado con prostitutas o con las criadas de la casa, las chicas tenían una idea muy vaga de lo que era la «noche de bodas». Quizás por consejo del padre Bulart, Carmina le había dejado en su tocador el librito *Lecciones para una muchacha que va a casarse*, del padre Mazzel, en el que se explicaba que «no se puede degradar el tálamo persiguiendo únicamente el placer sexual», aunque «el marido, el prototipo de la virilidad, debe convertir esa noche a su novia en mujer, él encuentra en eso satisfacción, la mujer también porque sabe que va a ser madre», y concluía de forma abrupta desvelando que «la desfloración causa dolores insignificantes», a menos que se sea «quejicosa».

Choca que el sacerdote desaconseje la posición vertical para esa noche, ya que «expone al hombre a la parálisis de las dos piernas».

Los padres se tuvieron que quedar hasta que el último invitado atravesó el portón de El Pardo. Galinsoga cuenta que a Franco se le ve extrañamente conmovido, «aunque suele ser de talante reservado, hoy se demora en el abrazo de los que conoce bien, sus amigos de infancia».

Cuando se retiran a la habitación, el palacio parece más grande y tenebroso que nunca. La soledad y el silencio se ciernen sobre ellos, cayendo sobre sus hombros como las garras de un aguilucho desde los altos techos.

En la cama, Carmina, que está agotada pero al mismo tiempo tan excitada que no puede pegar ojo, le dice a su apesadumbrado consorte:

—No estemos tristes, Paco, ahora la familia aumentará, ya verás...

Paco suspira sin hablar, vigilante e insomne, quizás pensando las tropelías que estaría cometiendo aquel extraño con su hijita del alma. Le hubiera gustado conservarla siempre niña, junto a él; le parece que nadie sabrá valorar el tesoro de

dulzura que posee. ¿Y si le hacía daño? ¿Y si resultaba ser un sátiro, un hombre podrido de vicios?

¿Qué sabía él, al fin y al cabo, de ese lechuguino? ¿Y si tenía una enfermedad horrenda y contagiosa?

En voz baja repite el nombre de su hija como un conjuro:

—Nenuca, Nenuca...

Siente a su mujer salir de su cama, atravesando el foso que los separa. Y por primera vez en diez años Carmina se acuesta junto a su marido.

Paco le dice, agradecido:

—Qué pies más fríos tienes.

La mujer lo acoge en sus brazos, él se acurruca contra ella y Carmina le consuela como a un niño pequeño:

—Bobo, duérmete, va, que mañana tienes que trabajar por España. —De repente pregunta—: ¿Te has puesto el supositorio?

Todas las noches, por recomendación de Vicentón, Paco, que sufría de estreñimiento, debía ponerse un supositorio de glicerina.

A la pregunta de su mujer, niega con la cabeza, sin hablar, y ella sonrío maternalmente en la oscuridad:

—Date la vuelta, que ya te lo pongo yo.

Busca en la mesita de noche mientras su marido se gira obedientemente.

Después le ordena:

—Ahora, duérmete.

Paco, ya soñando, murmura:

—Mamaíña.

Su mujer se arrima a su espalda, lo coge por la cintura y así se pasa la noche.

No se sabe si los novios entendieron las recomendaciones del padre Mazzel, pero no perdieron el tiempo, porque el día 26 de febrero de 1951 Nenuca dio a luz a su primera hija, la tercera Carmen de la familia.

Ahora los periódicos siempre se refieren a ella como la marquesa de Villaverde.

Una marquesa que recibe a los fotógrafos en la cama, en un año se ha convertido en una mujer de mundo que no tiene nada que envidiar a la marquesa de Llanzol, con una estola de conejo atada al cuello con un lazo de satén, unos pendientes de brillantes gordos como garbanzos y las uñas y los labios pintados de rojo rabioso.

La niña, Carmencita, tiene mucho pelo.

Franco cogió en brazos a su nieta y se reverdecieron en él sentimientos que creía lejanos e irrepitibles: el mismo afán de protección que había sentido con su hija y las mismas ganas de hurtarle todos los sinsabores y penalidades de este mundo. Se anegó en ternura, mientras su mujer lo miraba sonriente, dándose cuenta de sus emociones íntimas.

El Caudillo quiso retratarse con el robusto bebé en brazos, y el pie de foto decía, cómo no, que «esta familia católica y ejemplar, por española, que es la del Caudillo, ha tenido la enorme alegría de ver nacer un nuevo vástago».

¡También nacía una nueva España! Como para facilitar el tránsito, morían tres generales que habían acompañado a Franco a la victoria: Queipo de Llano, arrinconado y ya olvidadas por todos sus hazañas bélicas y sus excéntricas charlas por la radio, borrado de la memoria heroica del franquismo. ¡Dicen que ha muerto de tristeza! Aunque la explicación médica certifica un infarto a resultas de una intervención quirúrgica. Así, la copla de los milicianos en armas:

*Los cuatro generales
los cuatro generales
los cuatro generales,
mamita mía,
que se han alzado.
Para la Nochebuena
mamita mía
serán ahorcados.
Franco, Sanjurjo y Mola, mamita mía,
Y Queipo de Llano.
quedaba deshabitada ya de tres de ellos.
Solo sobrevive Franco.*

Otro de los generales muerto ese año fue Enrique Varela, el único militar que poseía dos laureadas de San Fernando. El Varelita al que le gustaba ir impecable y que había terminado casándose con una millonaria muere todavía joven, a los cincuenta y nueve años, de leucemia, dejando dos hijos pequeños; la niña se casará con el guitarrista Paco de Lucía. Meses después morirá Juanito Yagüe. A los tres ha ennoblecido Franco con el título de marqués con Grandeza de España, aunque Queipo, en una pataleta absurda y final, le explicará a Franco en una carta que no va a utilizar nunca el título, pues para él es superior ser general que marqués.

En esos mismos años, la ONU recomienda a los embajadores internacionales que regresen a España, revocando así las medidas de aislamiento que afectaban al país; Estados Unidos nos suelta algunos millones de dólares a cambio de establecer unas cuantas bases militares, tal vez treinta, sobre el territorio español; se inaugura el hotel Hilton; llegan los primeros turistas y las primeras divisas, y Ava Gardner tiene su sonado romance con Mario Cabré durante el rodaje en la Costa Brava de *Pandora y el holandés errante*.

Carmina fue a probarse la ropa de verano a su modisto en Barcelona, para unas vacaciones que iba a pasar, como siempre, en el imponente pazo de Meirás. Manuel Pertegaz me contó la anécdota muchos años después. Mientras le cogía el bajo del

vestido en su taller, la gruesa marquesa de Huétor tomaba un granizado de limón y se asomaba a las ventanas abiertas sobre la avenida Generalísimo Franco, por donde corría la brisa. La oficiala, obsequiosa, decía con admiración:

—La Señora tiene siempre las mismas medidas, ¡no aumenta ni un centímetro de cintura! —Y enseñaba un amplio reportaje en la revista *Life* dedicado al Caudillo que acababa de salir—. En esta foto dicen que usted es un ejemplo para la mujer española... ay, perdón, quiero decir para las señoras españolas...

Viendo que doña Carmen callaba, agachado en el suelo, con la boca llena de alfileres, el modisto también comentó:

—Señora, cómo han cambiado las cosas.

Y Carmina, aquella asturianilla que solo leía la revista *¡Hola!*, soltó sin saberlo esta máxima lampedusiana:

—Ellos cambian, Pertegaz, pero nosotros seguimos siendo los mismos.

9. EL DICTADOR (1952-1962)

Lo de Paco y Juanito fue un amor a primera vista. Instantáneo, arrollador, inesperado. Se encontraron al fin en El Pardo, en un salón contiguo al despacho, ya arreglado por la mano hábil de Carmina con colgaduras de terciopelo, mesas Luis XVI, alfombras con complicados dibujos, cornucopias doradas, mesitas de caoba arrimadas a la pared con enormes candelabros y jarrones de Sèvres. En las paredes retratos de príncipes con armadura, la mano lánguidamente colocada en el pomo de la espada, y en el aire ese olor a cadaverina que suelen tener las estancias que no se abren nunca.

Carrero Blanco, el ministro de la Presidencia, ha tratado de dotar de intimidad un lugar tan desangelado como un museo y ha arrastrado desmañadamente dos enormes butacas para colocarlas la una al lado de la otra.

Franco las hizo cambiar:

—Carrero, que va a parecer que estamos en el teatro o en un vagón de tercera.

—Claro, excelencia.

Y puso una frente a otra, sudando el hombre por el esfuerzo, con sus gruesas cejas unidas por la concentración tremenda y ese gesto encogido sobre sí mismo de mayordomo de casa buena que denota la más absoluta sumisión. Ya anciano, Carrero confesó que «nunca he tenido más voluntad ni ambición que servir al Caudillo».

Franco se sentó, botó un poco, cruzó una pierna sobre la otra y dictaminó:

—Ahora está bien.

Los últimos minutos se le hicieron eternos. Con las manos a la espalda, se puso a pasear sobre la alfombra siguiendo el dibujo de una cenefa, volviendo una y otra vez por el mismo camino. Mueve la cabeza, musita algunas palabras manteniendo una conversación imaginaria, se detiene de pronto para levantar el índice y decir de forma admonitoria:

—No, no, eso no se lo consiento.

Está preocupado, e intrigado también. ¿Qué tendrá el príncipe de su padre? ¿Esos arranques castizos de campechanía que tanto detesta o, por el contrario, será un niño echado a perder por los mimos, la adulación y las institutrices complacientes?

Chasquea los dedos y le dice a su ministro:

—Carrero, la foto.

El hombre le tiende una pequeña fotografía con los bordes dentados, en la que se ve al príncipe a punto de subir al tren en Portugal, con pantalón corto, un abrigo oscuro que le viene enorme, largo de mangas, con hombreras desproporcionadas, quizás heredado de su padre o quizás ya comprado grande expresamente para que le dure varios años, aterido de frío pero aun así intentado sonreír. Va acompañado por las lúgubres figuras del padre Valentini, el capellán de la familia en el exilio, y dos nobles también con abrigos largos como sotanas: el duque de Sotomayor y el

vizconde de Rocamora. El duque de Ruiseñada va en la máquina, porque como es ingeniero se quiere poner a los mandos del Lusitania Express para tener el honor de conducir al futuro rey que entra por primera vez en la que va a ser su patria.

Franco rezonga:

—Esto de que va a ser rey habrá que verlo.

Carmina, vestida de punta en blanco, ¡hasta con sombrero!, va a supervisar la puesta en escena, y su marido se guarda apresuradamente la foto en el bolsillo. Lo observa todo con esos ojos vivaces a los que no se les escapaba ni una mota de polvo, y dice:

—Paco, voy a decir que arrimen aquí una mesita y que pongan unas flores. —Y mira escrutadoramente la chaqueta de su uniforme—. Voy a enviarte al ordenanza con un cepillo.

Pero Paco, nervioso, oye rumor de voces y le dice a su mujer, mientras la empuja cariñosamente hacia una puerta secundaria:

—Ya viene, vete, quiero recibirlo a solas.

Se pone de pie. Se alisa la pechera. Respira hondo.

El infante, el príncipe de Asturias, el hijo del pretendiente, este niño a quien todos llaman don Juanito, lleva ya quince días en España. Cuando cruzaba en el tren echando humo los yermos campos de Extremadura assolados por la pertinaz sequía y recubiertos por un blanco sudario de escarcha, exclamó con sorpresa entristecida:

—¡Qué seco está todo!

El conde de Ruiseñada hacía sonar la campana cada vez que pasaban por una aldea, y don Juanito se estremecía porque le parecía que llamaban para un funeral. Desde el tren van directamente al Cerro de los Ángeles, donde está el monumento al Sagrado Corazón inaugurado por Alfonso XIII y proclamado «Glorioso Mutilado», ya que fue «fusilado» durante la guerra por un pelotón de soldados borrachos. El duque le ha colocado unas cuartillas en las manos, que tiemblan angustiosamente en este helador atardecer mesetario:

—En memoria de mi augusto abuelo, su majestad el rey Alfonso XIII, vengo ante el Sagrado Corazón de Jesús...

Es un acto grotesco, sin ninguna repercusión pública, que solo sirve para desconcertar aún más a un niño que no sabe qué va a ser de su vida.

A Franco lo que le apenaba profundamente era que ni su padre, ni su madre, ni ninguno de sus tres hermanos se hubieran molestado en ir a despedirlo a la estación de Lisboa, de donde partía para una nueva vida rodeado de desconocidos, y un largo e incierto futuro.

—¿No fue nadie? —preguntaba con cierta morbosa delectación—, ¿ni sus padres?

Y Dánvila, su hombre en Lisboa, le contestaba:

—¡No! ¡Los padres se fueron a cazar!

¡Dejar a tu hijo entregarlo a otra persona y tú irte a cazar! A Franco esto lo

llenaba de indignación y de gozo a la vez, y todavía más cuando Dánvila le recordaba:

—Al fin y al cabo el muchacho lleva dos años con los marianistas de Friburgo, ¡los padres casi nunca van a verlo! ¡Lo operaron de los oídos y solo estuvo a su lado en el hospital su preceptor, ese tal Vegas! ¡Los padres estaban de crucero en Cuba!

Y Franco repetía, incrédulo:

—¡De crucero en Cuba y el hijo a punto de morir!

Dánvila no creía necesario aclarar que en peligro de muerte el príncipe no había estado en ningún instante, aunque sí se le había tenido que someter a anestesia general, pues había sufrido una trepanación. Desde entonces don Juanito había quedado algo «tocado» del oído.

Franco le reconvenía:

—No diga más lo de «muchacho», Dánvila, es el príncipe.

Los pasos, unos pesados, otros ligeros, se acercan y se detienen ante la puerta. Huétor la abre en lugar del oficial de guardia y Dánvila se adelanta, da un taconazo y anuncia solemnemente:

—Excelencia... el príncipe de Asturias... —Nota el ligero gesto de desagrado que pasa por el rostro de Franco, porque solo pueden ser príncipes de Asturias los hijos de reyes, y no sabiendo qué decir, masculla—: Excelencia, un príncipe...

Rizos rubios sobre unos ojos verdosos que contrastan con las pestañas negrísimas; la nariz todavía no ha alcanzado el respetable tamaño borbónico y es pequeña y bien dibujada, con la punta algo carnosa; la piel tiene la luz nacarada de las figuras de cera, manchada apenas por las cejas oscuras. El mentón muestra un ligero prognatismo, muy leve, el labio de abajo se encarama sobre el de arriba en un mohín de terquedad infantil suavizado por las comisuras, que se elevan en una sonrisa bondadosa que marca unos ligeros hoyuelos en las mejillas. Ansaldo, el aviador, al que ahora le ha dado por escribir ditirambos empalagosos sobre la familia de don Juan porque se ha vuelto frenéticamente monárquico, lo describe como «rubio, colorado, vendiendo salud y alegre como unas castañuelas, que encarna la consabida figura legendaria del niño delicioso que un día habrá de convertirse en príncipe encantador». Pero lo cierto es que tiene profundas ojeras, algo extraño para un niño tan pequeño, y que, como Franco, respira por la boca y no por la nariz.

Dánvila se echó a un lado, y el príncipe, con espontaneidad, se acercó con la mano tendida a aquel tirano que hacía sufrir tanto a su padre, aquel al que llamaban el caimán, el responsable de tantas muertes, tanto dolor, tanto exilio, que, sin darse cuenta, se puso también a sonreír. Y Franco, que siempre colocaba el brazo a la altura de su cintura para obligar a su interlocutor a hacer una especie de reverencia y se limitaba a dejar la mano flácida como un lenguado mustio, se la extendió y estrechó la suave mano infantil con fuerza desacostumbrada.

—¿Cómo está su alteza?

El niño, extrañado, sin saber a quién se refería, se quedó callado unos segundos.

Franco leyó su pensamiento y le dijo:

—Me refiero a don Juan, el conde de Barcelona.

Claro, a don Juan le llamaban majestad en Estoril, y de ahí el asombro de don Juanito, que contestó cumplidamente, quizás siguiendo instrucciones de su padre:

—El rey está bien, gracias, general.

Tenía un acento portugués que a Franco le conmovió, porque le recordaba su niñez ferrolana.

Se sentaron.

—Sabrá que en este palacio murió Alfonso XII, su augusto bisabuelo.

Juanito contestó con sencillez:

—No lo sabía.

El niño observa a su alrededor con admiración ingenua, levanta la vista al techo pintado, y pasa la mano con disimulo por el tapiz del sillón, de suave terciopelo. Después fija los ojos en Franco sin descaro, pero sin miedo. Esperando. El caudillo prosiguió en tono doctoral:

—Y aquí su abuelo hizo construir un teatrillo para que su augusta abuela se entretuviera en los días previos a su boda.

Los dos enrojecen un poco, porque «boda» implica «noche de bodas» y Juanito ya tenía una idea vaga de lo que pasaba entre hombre y mujer. Se lo había preguntado un día a Vegas, su preceptor:

—¿Qué es eso del fruto de tu vientre que dicen en el Ave María? ¿Tiene algo que ver con el nacimiento de los niños?

Como es natural, el severo preceptor se había indignado con la procacidad de ciertas oraciones y había dado esta explicación no muy científica a la pregunta de su alumno:

—¡Los niños nacen debajo de una col, alteza!

Aunque es lógico pensar que don Juanito no se contentara con esa hipótesis e indagara hasta descubrir la verdad, quizás incluso se la aclarara su hermano Alfonsito que, aunque tiene cuatro años menos que él, es tan listo que lo llaman «Senequita».

Franco no puede apartar la vista de ese niño, tan pequeño en el enorme butacón. Las piernas, muy delgadas, exhiben unas rodillas llenas de morados y costras, los calcetines de canalé caen algo acordeonados sobre los tobillos, los zapatos, más grandes que su pie, son del modelo más barato. El pelo, demasiado largo, el cuello de la camisa algo rozado, la corbata negra, muy corta, la franela de la chaqueta con bolas denota que ninguna mano femenina se ha ocupado de él y que nadie ha pensado en comprarle ropa.

El Caudillo le preguntó:

—¿Encontráis muy distinto España de Portugal?

Juanito reflexionó antes de contestar:

—Es que yo solo conozco Portugal en verano, vamos a la playa de Guinxo a jugar con los hijos de los reyes de Italia y de Francia. —De pronto sonrío con los ojos—.

¡Son tantos hermanos que mi madre los llama los «terribles París». —Se pone serio—: Pero en invierno estoy en Friburgo y antes vivía en Suiza, ¡allí sí que hacía un frío del c...! —Se reprime en el último momento—. Quiero decir que hacía mucho frío, general.

Juanito se encontraba cada vez más a gusto; hay que tener en cuenta que, a pesar de ser tan pequeño, siempre estaba con gente mayor que no era de su familia y había aprendido a desplegar todos sus encantos, que eran muchos. Como me dijo Giménez Caballero, que lo trató en aquellos tiempos:

—Tenía una expresión anhelante, de niño solitario que está esperando un padre que lo recoja.

También me contó que en una ocasión vio a Franco cuando el príncipe acababa de salir de una audiencia, y que el Caudillo tenía una expresión tan embobada que se vio obligado a justificarse:

—Comprenda, Giménez Caballero, ese niño estaba perdido y abandonado y lo he tenido que apadrinar para ver qué sacamos.

Y su preceptor, Vegas Latapie, decía de él:

—Es travieso y enredador, pero se le perdona todo no por ser quien es, sino porque le resulta simpático a todo el mundo.

El pobre Vegas se ha quedado desolado cuando su pupilo ha venido a vivir a España. Ni siquiera lo han dejado despedirse de él y ahora vaga sin consuelo por Lisboa añorando a aquel al que quería como a un nieto.

Franco se inclina un poco hacia Juanito para seguir preguntándole:

—¿Os gusta a vuestra alteza el colegio?

¡Llamar colegio a la finca Las Jarillas es exagerar demasiado! Porque al príncipe le han montado una escuela para él solo, en la finca de los Urquijo, un caserón austero en la carretera que va de Madrid a Colmenar Viejo donde se alojan ocho niños nobles en calidad de internado. Es un hábitat artificial, una burbuja aislada que le impedirá a don Juanito conocer España, pero que también impedirá que España lo conozca a él, al fin y al cabo el príncipe es un experimento que, como comentaba Franco, «a ver qué tal nos sale». Aunque de momento prefiere que no trascienda que el nieto de Alfonso XIII ha venido a España, los falangistas, que ya se han enterado y odian todo lo que huele a monarquía, le han inventado una coplilla:

*A la estación de Delicias
salieron a recibirle
la aristocracia española,
el clero y los guardias civiles.
El que quiera una corona
que se la haga de cartón,
que la del reino de España
no es de ningún Borbón.*

Los ocho condiscípulos de don Juanito pertenecen a la más alta aristocracia: su primo Carlos de Borbón Dos Sicilias, el catalán Juan José Macaya, Fernando Falcó, hijo de los Montellano, el valenciano Gómez Torres, Álvaro Urzaiz, Alonso Álvarez de Toledo y los primos Agustín y Jaime Carvajal. Todos estos niños han sido arrancados de su vida normal para compartir el mundo artificial de don Juanito, lo que demuestra que los nobles, por su rey, están dispuestos a sacrificar a sus propios hijos.

Juanito le contesta disciplinadamente a Franco:

—Me gusta mucho el colegio, además me han puesto en la misma habitación que mi primo Carlitos, que es muy bromista.

Franco asiente moviendo la cabeza y le dice:

—Vamos a poneros también un chico que no sea título para que vea vuestra alteza cómo es un niño español normal.

Juanito inquiere con curiosidad:

—¿No será Grande de España? ¿Ni siquiera título?

Y Franco, que en privado le comenta a su mujer que la mayoría de los Grandes de España son unos parásitos y que la culpa de la caída de Alfonso XIII fue de la canalla que lo rodeaba, contesta:

—No. —Duda, pero al fin prosigue—. Alteza, la verdadera aristocracia no es la de la sangre, como antiguamente, sino la del saber, la de la industria y las armas...

Juanito se queda conforme:

—En Portugal sí tenemos amigos sin título. Antonio Eraso, que es de la edad de mi hermano, los Arnoso, Chiquiño Pinto Balsemao, pero aquí en España, no. Bueno, excepto nuestro chófer, Luis Zapata, que es español.

Franco, que fue desgajado a los nueve años del núcleo familiar, casi la misma edad que tiene ahora Juanito, y que recuerda también cómo le llamó la atención la estepa castellana en contraste con el verdor de su Galicia, suavemente afirma más que pregunta:

—Vuestra alteza echará a faltar mucho a su familia...

Él todavía puede rememorar cuántas noches, en la Academia de Toledo, se dormía besando la fotografía de su madre.

Juanito se queda pensativo y después contesta con ojos resignados de hombre mayor:

—Sí, pero qué remedio... Desde que nací sé que no soy como mis hermanos... ni como los demás niños...

Juanito se queda mirando a Franco esperando que dispare otra pregunta, y Paco tiene que desviar la vista porque las respuestas de este niño le emocionan, todavía no sabe muy bien por qué, como si tocaran dentro de él una cuerda secreta. Echa mano de todos sus recursos, imposta la voz y refunfuña:

—Bueno, bueno, a ver a quién podemos llevar a Las Jarillas que no sea hijo de ningún duque.

Al final se optó por José Luis Leal, que de mayor recordará con cierto resquemor esta condición de único plebeyo de Las Jarillas. «Se me hizo pagar muy duro el hecho de no ser aristócrata», confesó en la única oportunidad en que accedió a hablar de aquellos tiempos no muy gratos. Incluso, en una ocasión en que faltó una bombilla, se le acusó a él de haberla hurtado.

Hay un largo silencio, Franco vuelve al pasado:

—El abuelo de vuestra alteza fue mi padrino de boda.

Pero Juanito está distraído, con los ojos fijos en el suelo. Dánvila se acerca y le toca ligeramente en el brazo y el niño se ve obligado a explicar al Caudillo:

—Perdón, general, pero hay un ratón debajo de su butaca.

Franco se sobresalta, se inclina y mira. No ve nada. Juanito le dice:

—Ya se ha ido.

Franco se encoge de hombros y alza las cejas con las palmas de las manos hacia arriba, y Juanito suelta una carcajada cristalina que se oye hasta en la antesala. Pacón, Felipe Polo, Carrero y la Señora, que está esperando para entrar, se miran sorprendidos.

También sonriendo, Franco pregunta:

—¿Os sabéis la lista de los reyes godos?

Alegre y ya tan cómodo como si estuviera con un amigo, Juanito despliega los dedos y va marcando con el índice de una mano los dedos de la otra:

—Ataúlfo, Sigerico...

Franco prosigue:

—Walia...

—Teodoro, Turismundo, Teodorico...

—Eurico, Alarico...

Cuando entra la Señora, están los dos, el Generalísimo de casi sesenta años y el niño de diez, gritando al unísono con el puño cerrado marcando el compás:

—¡Gesaleico!

Juanito se levanta rápidamente y le besa la mano. Carmina ríe complacida y dice:

—¡Qué alto es vuestra alteza! —Se ríen los tres del trabalenguas, Carmina algo ruborizada porque una cosa es despotricar contra ese hombre que vive en el lejano Estoril y otra encontrarte cara a cara con el nieto de Alfonso XIII—. ¿Queréis merendar?

Franco lo mira expectante, animándolo con los ojos, y el príncipe contesta:

—Bueno.

Traen un servicio de té completo. Sirve la señora en silencio, solo se oye el entrechocar de los platos y las cucharillas golpeando la porcelana. Juanito coge una pasta, le hinca el diente y se lleva rápidamente la mano a la mandíbula. Acostumbrado a las pastas de té inglesas que se consumen en Villa Giralda, le sorprende la dureza de pedernal de la palmera que acaba de meterse en la boca.

Carmina le ofrece un platito con unos bombones. Juanito, desde niño, merienda

todas las tardes una tableta del exquisito chocolate suizo Richart, así que, escarmentado por las pastas, muerde solo una punta, pero la golosina es un bloque compacto que se resiste a desmenuzarse.

Carmina y Franco lo miran sonrientes, con cabezadas de aprobación. Al final Juanito opta por meterse el bombón y la pasta enteros en la boca y con la misma fuerza de voluntad con que sus antepasados iban a las cruzadas, traga. Como si fuera un ladrillo de los que utilizan para construir el Valle de los Caídos, siente el engrudo bajar por su garganta hasta depositarse pesadamente en su estómago. Carmina, taza en mano y gran exhibición de dentadura, le pregunta:

—¿Está bueno?

Asiente Juanito. Paco lo mira también sonriendo. Un reloj lejano da las siete, y el Caudillo dice:

—Vuestra alteza debe regresar al colegio, no vaya a ser que lo regañen.

El director del colegio es José Garrido Casanova, exreceptor de Luis Martínez de Irujo, el hijo del duque de Sotomayor que acaba de casarse con la duquesita de Alba. Garrido es un ferviente monárquico, según José Luis Leal, un hombre conservador hasta la médula que venera la aristocracia titulada y conoce la genealogía de la nobleza en pleno mucho mejor que los propios protagonistas. En las notas del colegio, además de darle durante cinco años a don Juanito matrícula de honor en todas las asignaturas, explicar que escuchaba música de Rachmaninov, recitaba a Shakespeare, Molière y Racine por los pasillos y disertaba sobre la filosofía de Kant con la soltura de Jesús ante los sabios del templo, en las notas internas lo llama El Augusto Alumno.

Y que este director que besa el suelo que pisa don Juanito pudiera reñir a su agosto alumno aunque fuera levemente hace sonreír tanto a Franco como al príncipe, hermanados por un momento ambos por este chiste compartido que solo conocen ellos.

La Señora los mira con desconcierto, pero Juanito se pone en pie limpiándose los labios con la servilleta. Franco se resiste a dejarlo marchar y aún le pregunta:

—¿Le gusta cazar a vuestra alteza?

A pesar de que sus padres son cazadores, los dos, aún no se ha visto nunca que Juanito se sintiera atraído por las armas. A pesar de eso asiente:

—Sí, mucho, general. Los reyes —nota la expresión de disgusto de Franco y con naturalidad rectifica—, mis padres, acaban de llegar de un safari en Kenya y han traído unos colmillos de elefante.

Están los tres de pie. Los dos adultos lo contemplan con cariño. Y Franco le dice:

—Pues a ver si un día me acompañáis a Aranjuez a tirar unos faisanes.

—No tengo arma, mi general —después añade—. Se la he pedido a los reyes este año.

El Caudillo lo mira con algo de desconcierto:

—¿A qué reyes, alteza?

Y el niño de diez años contesta con seguridad:

—A los de Oriente —y precisa por si no queda claro—, a Gaspar, Melchor y Baltasar.

Paco intercambia una mirada con Carmina, ¡todavía cree en los reyes magos!, pero se apresura a decir:

—Claro, claro. Pero el caso es que yo pensaba regalaros una. —Huétor sale y vuelve a entrar con un estuche largo en la mano, con modestia Franco la señala—. Es una escopeta Purdley, bastante buena.

Don Juanito se queda impresionado.

—Oh, muchas gracias, mi general.

Franco hace un gesto con la mano de quitarle importancia al asunto.

—Os prometo que la primera pieza que cobréis la disecaremos y la enviaremos a casa de vuestros padres.

La primera pieza fue una liebre. Y sí, su cabeza fue cuidadosamente disecada e insertada en un madero en el que una placa señalaba que se trataba del primer trofeo cinegético de don Juan Carlos de Borbón y Borbón. Quizás este humilde botín, modesto antecesor del oso *Mitrofán* y del elefante de Bostwana, yace en esa habitación del palacio de La Zarzuela de la que he hablado en capítulos anteriores. Vaya desde aquí para el pequeño y ágil animal este respetuoso recuerdo.

Cuando salen, Franco le hace una seña a Dánvila, que se queda en la sala todavía. Le pregunta:

—¿Hace gimnasia el príncipe?

—Sí, claro, con Heliodoro Ruiz, el mejor profesor de Madrid, él dice que el biotipo...

Franco lo corta:

—Yo no sé qué es eso del biotipo, pero tiene los hombros muy altos y hay que bajárselos.

El camino hasta la puerta lo hace don Juanito acompañado por el duque de Sotomayor. Un anciano vestido con librea le sale al paso, se pone de rodillas y le besa la mano entre lágrimas:

—¡Alteza! ¡Mi príncipe! Yo estuve con la reina en el palacio de Oriente cuando salió para el exilio, ¡fui el encargado de llevarle a la marquesa de Santa Cruz sus perrillos!

Juanito le pregunta con curiosidad:

—¿Se llamaban *Jacobo*, *Jacobino* y *Pinky*, que tenía una pata más corta que la otra? —El sirviente, que apenas puede contestar por la emoción, afirma con un gesto. Juanito prosigue—. ¿Y tú te llamas Mauricio?

El criado hunde la cabeza y llora ahora con desconsuelo. Don Juanito, aunque es más bajo que él, le traza la señal de la cruz en la frente y le dice:

—Mi abuela, la reina, me ha hablado muchas veces de ti.

Un oficial de guardia retira al anciano, y don Juanito camina con paso seguro

hacia la puerta de salida abrazado al estuche con la escopeta. Ya en el coche, el duque de Sotomayor le pregunta capciosamente:

—¿Que le ha parecido a vuestra alteza el Caudillo?

Y Juanito contesta:

—¡Me ha gustado! —Y de pronto le pregunta a su vez sin apearse su dulce sonrisa —. Oye, Sotomayor, ¿tú tienes abuelo?

El duque, con medio siglo a sus espaldas, contesta:

—No, alteza, ¡y lo echo a faltar muchas veces!

Y Juanito dice a su vez, mientras el cielo presenta hacia el oeste una decoración infernal con nubes color sangre y otras oscuras de formas monstruosas preñadas de agua de lluvia:

—Pues yo acabo de conocer al mío.

Franco, por su parte, se queda en el salón con una mirada soñadora. Percibe en su interior un vendaval de sentimientos distintos: por una parte le gustaría conservar al príncipe a su lado, prohijarlo, le parece una criatura desamparada, necesitada de cariño. Pero por otra, cuando recuerda que es hijo de su enemigo, piensa que este cariño lo hace vulnerable, y que si don Juan se da cuenta de la impresión favorable que le ha suscitado, lo moldeará a su gusto como si fuera arcilla, ¡tendrá entre sus manos al terrible dictador, al temor de todas las democracias occidentales!

Sin saber el efecto que le ha causado el príncipe al Caudillo, Sainz Rodríguez ya le dice a don Juan:

—Franco le lamerá el culo con delectación para conservar a su lado a don Juanito.

Carmina se ha dado cuenta de la tormenta de sentimientos que sacude a su marido y le dice quedamente:

—Paco, a mí este Juanito también me ha gustado mucho.

El Caudillo se gira hacia ella y le acaricia distraídamente el brazo. De pronto, como si se recuperara de un embrujo, mira a su alrededor. No hay nadie más en el cuarto. Ni Carrero ni Pacón están a la vista.

Le pregunta intrigado a su mujer:

—¿Dónde han ido esos dos?

Y Carmina baja la voz para decirle mientras le quita una pelusa del hombro:

—Carrero ha llegado llorando como siempre y tu primo lo ha tenido que consolar...

Paco levanta las manos al cielo. ¡Acabáramos! Porque su hombre de confianza, ese dechado de virtudes llamado Carrero Blanco, leal, fiel, cuidadoso en las formas, discreto, respetuoso, con una capacidad de trabajo que solo iguala la de su excelencia... tiene un fallo, ¡su mujer!

Paco suele decir «yo no soy un meapilas», y, cuando está entre hombres, hasta es capaz de manifestar «allá cada uno lo que haga con su bragueta», pero si las mujeres interfieren en el rendimiento laboral, ahí es cuando hay que tomar medidas. Cuando la mujer distrae al marido de su trabajo con un comportamiento personal defectuoso,

es cuando Carmina le dice a su marido con satisfacción:

—Por ahí es por donde se cuele el pecado, ¡esas mujeres deberían estar prohibidas!

La mujer de Luis Carrero Blanco, Carmen Pichot, era una madre ejemplar de seis hijos que nacieron muy seguidos. Guapa, adinerada, no le había dado ni un disgusto a su marido, hasta que este entró al servicio de su excelencia. Tantas horas de soledad la han hecho caer en el horrible pecado de la infidelidad. ¡La mujer de Carrero se ha echado un amante! ¡Un teniente coronel! ¡Y hay quien dice que no uno, sino varios! Y el pobre ministro no sabe cómo arreglar la situación de su hogar y llega todos los días llorando al despacho.

Franco al principio fingía no enterarse, y al final, ante su nariz moqueante y sus ojos perpetuamente llorosos, no había tenido más remedio que decirle:

—Paciencia, Carrero, todo se arreglará, lo importante es que usted no deshaga su hogar. —Y luego añadía con cierta brusquedad—. Y cuidado con mojar esos documentos, que son los originales y tienen que salir por valija diplomática a Londres.

Carrero asentía intentando contener el torrente imparable de su llanto y se sentaba a su mesa. Y por una de esas bromas que nos gasta la vida, que introduce el elemento humorístico aun en las situaciones más trágicas, resulta que el asiento que ocupaba Carrero en la antesala tenía detrás un tapiz con un ciervo, cuya cornamenta coincidía exactamente con la enorme cabeza del ministro. Ajeno a esta circunstancia, Carrero escribe a máquina, asiente a los consejos de su jefe o se entrevista con personalidades que van a ser recibidas en audiencia con unos inmensos y rameados cuernos que le salen del occipucio.

Paco se lo suplica a su primo cuando no puede aguantar la risa y debe correr a su despacho:

—Por Dios, Pacón, que le cambien el sitio o que arranquen el tapiz.

Pacón, apurado, le contesta:

—Perdona, Paco, pero es que si lo hacemos se dará cuenta, se sentirá en ridículo y solo le falta eso.

Agustín de Foxá lo comenta con admiración cuando sale de El Pardo:

—Lleva los cuernos con una naturalidad tan grande que parece que haya nacido con ellos, ¡qué gran hombre!

Es una de las pocas diversiones de unos años grises en los que España es un enorme bostezo, está sumida en un «perezoso aburrimiento», como escribe Serrano Súñer en un artículo que publica en *ABC* y que indigna a su cuñado:

—Pues vaya, aburrido estará él; al presumido este lo desterraré a Canarias o lo haré fusilar, ya veremos lo aburrido que estará entonces...

Lo cierto es que se fusila menos, porque la larga posguerra se va terminando y la situación del país ha ido transformándose, y no únicamente por la lluvia de millones que dejan caer como maná Estados Unidos a cambio del establecimiento de sus

bases. Su construcción significa una inversión de 300 millones de dólares y cien más en forma de préstamos sin devolución. Foxá, otra vez, dice: «Tanto tiempo reclamando Gibraltar para España, y ahora resulta que Barajas va a ser para Estados Unidos».

Al final paliamos así la gran injusticia histórica de quedar al margen de ese Plan Marshall con el que Norteamérica había ayudado a la Europa destrozada a recuperarse de sus cenizas. Franco describía la situación de España con desesperación:

—Si en una isla desierta hay ocho hombres y llega un barco con comida para siete de ellos, ¿puede imaginar lo que siente el octavo...? Pues España es ese octavo hombre.

Claro que, a pesar de esta ayuda, las otras naciones de Europa también pasan hambre, y sus ciudades están devastadas y sumergidas en la mayor de las miserias. El sur de Italia es tan miserable como el sur de España, en Francia el pan es todavía más negro que aquí, en Alemania las mujeres se prostituyen para dar de comer a sus hijos y en Grecia sus reyes, que han estado desterrados en África durante la guerra sin comida y conviviendo con cucarachas, son tan pobres como sus súbditos.

La mayor de las princesitas, Sofía, hurta comida en la cocina del modesto palacio para dársela a los mendigos.

A pesar de eso, se empieza a viajar «para hacer turismo», y uno de los destinos más atractivos, sobre todo por el clima y las playas, es España. A mitad de la década de los cincuenta vienen dos millones de turistas, el beneficio de los cuatro grandes bancos se multiplica por cinco, entran como ríos caudalosos las divisas de los 600.000 emigrantes que están en el extranjero, y la sociedad española va despegando de un nivel de vida que hasta ese momento la ha mantenido sujeta a las estricta supervivencia.

—Ha sido admirable la reacción de los españoles que por patriotismo han aguantado estos años tan duros y ahora tienen su recompensa.

Pacón, a quien Franco hizo este comentario, hubiera podido contestar que más que por patriotismo, los españoles habían hecho este sacrificio porque no tuvieron más remedio. Pero claro está que el fiel primo se calló, aunque no dejó de apuntar minuciosamente todos estos comentarios en su libreta secreta. Estos apuntes diarios vieron la luz en el año 1976, uno después de la muerte de los dos primos, Francisco Franco Bahamonde y Francisco Franco Salgado-Araujo. Estas *Mis conversaciones privadas con Franco* han sido un instrumento capital para conocer el pensamiento íntimo de Franco en sus años decisivos. Su editor, Rafael Borrás, que las incluyó en su colección Espejo de España, me explica que, al contrario de lo que trató en su momento de difundir la familia, «no se tocó absolutamente nada del manuscrito mecanografiado original, únicamente suprimimos una referencia a la admiración de Franco por Juanita Reina». Fue el abogado Miguel Juste el que abordó al dueño de Planeta, José Manuel Lara, para proponerle la publicación de estas notas. Prosigue

Borrás:

—Nosotros no sabíamos quién era este primo, pero enseguida nos dimos cuenta de que se trataba de un material muy valioso, se vendieron 200.000 ejemplares y el mismo presidente Suárez nos pidió que no figurara el número de reediciones para no alarmar al ejército, que en aquel momento de la Transición era material sensible.

Le pregunto a Borrás quién cobró los cuantiosos derechos de autor, y me contesta:

—Pilar Rocha, su viuda, muy contenta y agradecida... claro que a la familia de Franco le dijo que nosotros habíamos retocado las palabras de Pacón, que habíamos añadido cosas; la fui a ver y como es natural no nos hizo ningún reproche, pues sabía que todo figuraba tal cual nos lo había pasado ella en el texto de su marido.

Hubo muchos que admitieron la veracidad de estas memorias. Serrano Súñer comentó en el momento de la publicación, «me merecen verosimilitud», aunque en ellas no sale muy bien parado, y Pilar Jaraiz Franco, la sobrina, dictaminó también que, sin duda alguna «las conversaciones de mis tíos son auténticas, yo que los conocí a ambos puedo dar fe de que este era su lenguaje y su talante», mientras su madre se limitó a despacharlas con este comentario despectivo:

—Pacón es una portera —aunque se apresuró a añadir, temiendo quizás un levantamiento en la conserjería del piso de la Diagonal donde vivía con uno de sus hijos, ya que estas manifestaciones me las hizo cuando ya existía democracia—, con todo el respeto a las porteras.

Y aclaraba:

—Es un acomplejado y un envidioso, está dolido porque su carrera se quedó estancada y la de mi hermano iba siempre hacia arriba.

Y tan arriba. Porque es que, encima, parece que los elementos se conjuren para mantener a Franco en el poder, y se producen hechos prodigiosos. En Calatañazor una cerda de 251 kilos alumbró a treinta crías, asombrosamente el vecino de Madrid don Emilio Gaité encuentra una perla de buen tamaño cuando estaba comiendo ostras en un establecimiento de Lagasca 61, se habla mucho de los OVNIS, que al parecer tienen preferencia también por nuestro país, y el clima se pone a favor nuestro: a la pertinaz sequía de los años cuarenta siguen algunos años de lluvia abundante, las cosechas se animan, los pantanos se llenan y en 1952 se pueden eliminar las cartillas de racionamiento y las restricciones eléctricas.

Y más. Se empiezan a levantar edificios y megalómanas construcciones que dan trabajo a miles de obreros sin cualificación alguna, las industrias textiles catalanas arrancan a funcionar, los ingenieros de Enasa construyen su propio «haiga», el Pegaso, que nunca se llegará a comercializar pero quedaba muy bien en las fotos, con motivo del Congreso Eucarístico se pone en libertad a centenares de presos y la población reclusa desciende hasta 20.000 internos, ¡menos que Albania!, dice jubilosa la prensa.

Hay que mencionar que con motivo del Congreso Eucarístico que se celebró en una Barcelona sin apenas hoteles, se echó a las putas de los *meublés* para dar

albergue a miles de peregrinos. Los piadosos huéspedes se asombraban del ambiente de las habitaciones: luces rosas, bidets y espejos en el techo.

Carmina se lo comenta a su marido por la noche, cuando ya se ha tocado retreta y están en cama; es el único momento en que permanecen a solas arrullados por el tictac del despertador y el ladrido lejano de algún perro guardián. Ventana a ventana se va muriendo la luz en todo el palacio y llegan voces en sordina desde el pasillo:

—Buenas noches.

—Buena guardia.

En la mesita de noche de la Señora hay una figurita de la virgen de Lourdes que brilla como un gusano de luz y un rosario bendecido por el papa que huele vagamente a rosas. Una cólera sin origen claro se pasea por el alma de Carmina hasta que termina soltándola a chorros:

—Si pudiéramos erradicar a esas... señoras... es una vergüenza, Paco, ¡te ocupas demasiado de la política y poco de la moral! —Y para convencer a su marido, le intenta endosar quizás la única mentira que le va a contar en la vida—. Me han dicho que todas pertenecen a la masonería...

Franco, sin apartar la vista del libro que está leyendo, *No fue posible la paz*, de Emilio Romero, que no le gusta mucho porque está lleno de palabrotas, comenta con cierto escepticismo:

—Carmina, ¿para qué va a querer una secta diabólica a las desharrapadas esas? —Pero ve a su mujer tan agitada que extiende la mano por encima de «Despeñaperros»—. Es inevitable, en las ciudades portuarias es normal que exista ese tipo de comercio...

Cierra el libro y se pone a contar que en Melilla, precisamente, Beigdeber prefería alojarse en casas de mujeres porque estaban más limpias que los cuarteles, donde había dos clases de piojos, los de la ropa y los del cuerpo, que, aunque no lo parezca, son distintos, unos se llaman *pediculus*... Pero Carmina le interrumpe:

—Sí, lo entiendo. —Y ahogando un bostezo, le pide a su marido—. Durmamos, que mañana vienen los de Jordania.

Porque algunos jefes de Estado empiezan a dejarse caer por aquí, el primer ministro Papagos de Grecia, que lleva recuerdos a Franco de la reina Federica y el rey Pablo, el dictador Trujillo, de la República Dominicana, con su hijo Ramfis con el uniforme de coronel del ejército, cargo que ostentaba en la realidad a pesar de tener solo nueve años, el rey Abdullah de Jordania, el regente de Irak, algunos ministros egipcios y el hijo del sultán de Marruecos, con el que Franco pudo desempolvar sus conocimientos de árabe:

—*Salam aleikum*.

Cuando Mohamed le contestó: «*Aleikum salam*», se le llenaron los ojos de lágrimas, y Carrero creyó que eran de agradecimiento por lo que significaba esa visita de apoyo al régimen. Solo Carmina, que estaba presente porque cada vez le gustaba más asistir a ceremonias oficiales, supo que lo hacía recordando al hermano loco,

Ramón, que ya llevaba casi veinte años volando por los cielos.

Para corresponder a tanta gentileza, Franco pone a viajar a su bien máspreciado, la joya de la corona, su Nenuca, ahora convertida en una empingorotada marquesa de Villaverde, y a su marido, junto al general El Mizzian. El plan es visitar el Líbano, Siria, Jordania, Irak, Arabia Saudita y Egipto. Franco se ha dado cuenta de que el símbolo de la mujer española ya no tiene por qué ser aquella ama de casa únicamente dedicada a la lactancia materna y el punto de cruz, ni esa mujer de pueblo siempre vestida de negro, cejijunta y malhumorada, que suele salir en esas novelas tan tristes y desmoralizantes de Camilo José Cela o en los dibujos de Gila. Ahora, lo propio de un país en proceso de recuperación que camina con pasos agigantados hacia la modernidad puede ser su hija, guapa, elegante, sofisticada, hablando idiomas, discreta y con su amplia sonrisa *made in Shermant*. Y a Cristóbal pueden achacársele muchos defectos, el padre Bulart lo retrata como: «¡Un frívolo!». Pero tiene don de gentes, y de viaje, lejos del ojo que todo lo ve de su suegro, se siente en su salsa.

Carmina le suplica a su marido:

—Para que Nenuca luzca en el viaje hay que hacerle un vestuario nuevo.

—Claro, Carmina, ocúpate tú de todo eso.

Abrigos de piel, vestidos de tarde de Pertegaz, de noche de Balenciaga, de mañana de Marbel, modernos zapatos y bolsos a juego, sombreros, trajes de montar, de jugar a tenis, incluso de flamenca por si la ocasión lo requiere. Lo compran todo. Nenuca se hace acompañar por una doncella y una peluquera que doma su rebelde cabello. También debe llevar obsequios para las princesas y encarga en Loewe carteras de cuero muy fino, y en Sevilla unos mantones de Manila bordados a mano con motivos rameados y colores muy fuertes.

A cambio volvió con diez maletas de más llenas de regalos, desde ricas telas bordadas, kaftans tejidos con hilos de oro tan sutiles como telarañas, piedras preciosas sueltas o montadas de una forma tan recargada, a la oriental, que la Señora se apresuró a llevarlas a su joyero particular Pérez Fernández para que las rehiciera, exóticos y seguramente pecaminosos bálsamos para el cuerpo y frutas escarchadas envueltas en papel de celofán de colores. Para su padre trajo puñales con esmeraldas en la empuñadura, sables, cimitarras, instrumentos musicales que nadie sabía cómo demonios tocar y, enterados de que la pintura es una de las pasiones secretas del Caudillo, unas tablas con unas odaliscas semidesnudas bailando a la orilla de un río a la luz de la luna.

Ni que decir tiene que Carmina hizo desaparecer las tablas y de ellas «nunca más se supo», según la expresión famosa de un cómico argentino que triunfaba en la radio y le hacía mucha gracia al Caudillo; se llamaba Pepe Iglesias *El Zorro*, autor también de una célebre canción a la que algunos atribuían intenciones sicalípticas:

*Verdes son las copas de los árboles,
verde es el agua del mar,*

*verdes son las cosas verdes
antes de madurar.*

Después de estos contactos con Oriente Próximo, Franco empezó a hablar de nuestros hermanos los árabes, parentesco que hoy cultiva también don Juan Carlos.

Aunque tampoco hay que confiarse demasiado, el extranjero no deja de ser un mal lugar si lo comparamos con esta España que se está poniendo en pie para competir en un plano de igualdad con el resto del mundo. Franco advierte en sus discurso de fin de año contra «la libertad y el libertinaje que vienen de afuera», en referencia a esos extranjeros en pantalón corto y a las mujeres en trajes de baño de una pieza que lo marcan todo, y también aconseja a las muchachas que sirven en el extranjero «que no soporten los abusos de sus amos». Y que si la situación se pone inaguantable: «Que cojan las maletas y regresen a España, donde las volveremos a acoger amorosamente».

Al parecer, esta última frase había sido incluida en el discurso de forma improvisada. Y no porque doña Carmen se hubiera quedado repentinamente sin servicio, ya que todas las chicas preferían irse a Alemania o Suiza, donde les pagaban mejor, sino porque se había tocado la fibra sentimental de Franco. Confiesa Pacón que, si se quería conseguir algo de su primo:

—Había que presentarle la cara humana de los asuntos, entonces se deshace, se vuelve el hombre sentimental que es en el fondo.

Y él así lo hace, tanto en cosas de vital importancia, como en las que son insignificantes, como es el caso del discurso de fin de año, que primero se da por la radio y después en televisión, costumbre que también pervive en la actualidad con don Juan Carlos. Minutos antes de grabarlo, Pacón le contó la situación de una joven del Cucheiro, la aldea familiar, que sirviendo en Suiza, había escrito a sus padres que el señorito la había dejado en estado y luego la había echado de casa. A Franco se le llenaron los ojos de lágrimas, y se puso a gemir:

—¡Mis gallegos! ¡Mis gallegos!

En otra ocasión, mucho más importante, Pacón también explotó esta vertiente sentimental del jefe del Estado. Tenían que fusilar a un comunista acusado de un atentado en el que había muerto un guardia civil. Pacón le contó:

—El padre, un español honrado, ya perdió a dos hijos luchando a nuestro lado en la guerra, ¡este es el único que le queda!

Franco conmutó la pena de muerte. Pacón, envalentonado, intentó la misma táctica poco después:

—Este otro muchacho ha cogido el mal camino, pero su padre murió en la Cruzada, se hundió en el *Baleares* con mi hermano y mi sobrino, era un marino ejemplar... Es hijo único...

Pero Paco contestó, malhumorado:

—Mañana lo revisaré.

Cuando sabía perfectamente que la sentencia había de cumplirse por la tarde, como así fue.

Los consejos de ministros que se celebran los viernes, otra costumbre de Franco que se mantiene, duran a veces hasta las cinco de la madrugada. En la salita de al lado hay un pequeño refrigerio, pero Franco nunca come. Todos fuman excepto el Caudillo, que entonces manda quitar los ceniceros de la larga mesa del consejo para que la sala no se llene de humo. Franco, como decía Millán Astray en Italia, no se levanta «*ni per meare*». Los ministros mayores, Camilo Alonso Vega, por ejemplo, con problemas de próstata, sufren tanto que no pueden prestar atención a los temas que se tratan; si el Caudillo se da cuenta, dice con desprecio:

—En la batalla del Ebro una vez estuve en el puesto de mando treinta y seis horas sin moverme.

Franco interviene en todo, se empeña en repasar minuciosamente la actividad de cada ministerio y lleva apuntados en papelitos que saca de los bolsillos decretos, órdenes, disposiciones, detalles minuciosos tales como:

—En la carretera de Ávila, del kilómetro 100 al kilómetro 160 no he visto un solo árbol, me han enviado imágenes de los suburbios de Córdoba y esa miseria hay que arreglarla, las casas baratas que han hecho en Sevilla son una auténtica porquería, revisar los sueldos de los embajadores que creo que cobran demasiado, hay que reducir el número de plazas de la Escuela de Ingenieros, ¿para qué tantos coches oficiales?

De vez en cuando cambia a los ministros enviándoles un motorista con la terrible nota de cese aunque horas antes haya estado departiendo tranquilamente con ellos, pero lo hace únicamente porque «la gente se cansa de ver siempre las mismas caras en los periódicos». Es cierto que México sigue sin reconocer al Gobierno de Franco y que, cada vez que hay una ejecución, grupos de personalidades se manifiestan en toda Europa en contra del régimen, aunque disminuye el mayor azote de aquellos años, después del hambre: la guerrilla urbana, que tantas víctimas ha causado tanto entre los maquis como entre las fuerzas del orden. Los comunistas y los anarquistas empiezan a dudar de la eficacia de una forma de lucha que no ha conseguido apartar ni un ápice a Franco del poder, aun así, el mítico luchador libertario Quico Sabater continuará «operando» en solitario en Cataluña al margen de su organización. De hecho, él y Caraquemada serán, en el año 1960, los últimos guerrilleros abatidos en suelo español. Junto a El Piloto, un anarquista gallego que cayó de un balazo cuando iba a buscar agua al río Miño, en el interior de la provincia de Lugo, al lado del pazo familiar de esta autora.

Antes que ellos, el popular Facerías, tan famoso como un artista de cine, conocido por sus asaltos a los *meublés* y su «mirada de terciopelo», fue acribillado por la policía en pleno Barcelona, en el paseo Verdún esquina Pi y Molist. Hacía seis años de su hazaña más sonada: había asaltado el *meublé* Pedralbes, que todavía existe, donde había asesinado al industrial Massana que yacía con su sobrina de quince años.

El *Face* la raptó y la soltó a pocos kilómetros de Barcelona.

Debo decir, sin embargo, que familiares de Massana se han puesto en contacto conmigo y me han desmentido esta versión de los hechos, ya que ni la muchacha era menor de edad, ni era su sobrina, a pesar de que así figura en la prensa de la época.

Cuando los policías se acercaron al cadáver de Facerías, tendido boca arriba en la calle, vieron que su mano estaba agarrotada sobre el tirador de una granada. Tenía treinta y siete años. Entre él y Sabater se calcula que causaron un centenar de muertes.

Pero son restos de naufragio, luchadores de otra época casi sin arraigo popular. Aunque en la *Solidaridad Obrera* que se imprime en Toulouse se sigue escribiendo «proseguimos y proseguiremos nuestra lucha de cara a España, ya que consideramos que la inercia es la muerte del espíritu revolucionario, la feroz fiera esta aniquilando al pueblo español», por mucho que Franco explique en su mensaje a las fuerzas armadas el día de su patrón que «no descansaremos en nuestra lucha contra los enemigos de España, no abandonaremos ni uno solo de los objetivos de nuestra revolución, aquí están nuestros pechos para defender la Patria», lo que quieren los españoles es vivir en paz.

Los enviados norteamericanos entran y salen de El Pardo con esas sonrisas postizas que pronto aprende a imitar el Caudillo y de ahí se van a Chicote a tomar su célebre Dry Martini, «mejor que el del Stork Club», según la opinión experta de Ava Gardner, o a bailar flamenco a La Conga o a contratar a una prostituta en el cabaret Suevia, que es, según César González Ruano, «entre infame y aburrido». Aunque, eso sí, el presidente de Estados Unidos Truman dice en público que Franco no le gusta y nunca le gustará, y Franco por su parte manifiesta que «no renegaremos de ninguno de los principios del Movimiento». Pero lo cierto es que se evita nombrar a la Falange o a José Antonio si no es para enarbolarlos como unos espantapájaros para meter miedo a los ministros a los que les da de vez en cuando por nombrar palabras como apertura o democracia.

Como ese subsecretario joven, Laureano López Rodó, miembro de esa organización religiosa llamada Opus Dei, que poco a poco se va infiltrando en el Gobierno. Tecnócratas, los llaman. Su intimidad con El Pardo se produjo de una forma peculiar, aunque él nunca ha querido confirmar esta historia. Casualmente López Rodó, que en esa época era alto y delgado como un ciprés triste, estaba presente en el antedespacho del Caudillo un día en el que Carrero Blanco se presentó demudado, con los ojos inyectados en sangre y las manos temblorosas. Intentó descolgar un teléfono y se le cayó al suelo, y al agacharse a recogerlo, se le vio en su bolsillo trasero la funda de una pistola. Laureano, que había ido a buscar unos papeles para llevárselos a su ministro, le preguntó a Pacón con un arqueamiento de cejas qué le pasaba. Este le hizo una seña, lo llevó aparte y le explicó:

—Mientras él echa aquí todo el día, su mujer lo engaña...

López Rodó abrió los brazos y exclamó:

—Pero, hombre, haberlo dicho antes... —Y, como el mago que saca el conejo de la chistera, dijo—: Yo tengo la solución...

Con un poco de escepticismo, Pacón preguntó:

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—¿Usted sabe quién es López Ibor? ¡Es psiquiatra!

Pacón se asustó:

—¡Pero su mujer no está loca! Solo es un poco puta.

López Rodó descartó el temor:

—No, general, López Ibor es un psiquiatra moderno, que ha descubierto que estos... desarreglos tienen una causa profunda y sabe cómo eliminarlos. ¡Déjeme hablar con Carrero!

Pacón se encogió de hombros y le dijo:

—Hable todo lo que quiera, si a él le encanta contarlos...

Y fue a darle parte al Caudillo. Franco, que estaba conversando con el ministro de Exteriores Martín Artajo, se enfadó con él:

—A mí no me vengas con estos problemas pequeños.

Pero cuando su primo ya estaba en la puerta, se levantó ágilmente y le dijo en voz baja para que no lo oyera Artajo:

—Pero tú dime qué ha dicho Carrero.

Hablaron López Rodó y Carrero frente a un café y el vicealmirante vertió en el oído del desconocido sus cuitas interminables de hombre engañado. Que si el cuidado del hogar estaba en precario, que si los hijos iban a su aire, que si la mujer estaba distraída, con horarios extraños, y ya enterrando la cabeza en las manos, gimió:

—Y huele a otro hombre...

López Rodó, que era numerario y por tanto había hecho votos de castidad en el Opus y no había conocido mujer, asentía a todo movido por la compasión y quizás porque comprendía que estaba ante la oportunidad de su vida para ascender en el escalafón. Le dijo al atribulado vicealmirante:

—Mire usted, yo le aseguro que su mujer dentro de un mes estará curada, porque enfermedad es lo que sufre. —Y, como si tuviera una gran experiencia en el tema matrimonial, levantó el dedo—. Ahora, no me falle usted, menos horas de despacho y más dedicarse a ella y a sus hijos.

Bajó el hombre, apesadumbrado, la cabeza y se entregó en manos de Laureano, que en aquella época acababa de cumplir treinta años. López Ibor acudió todas las tardes al hogar del ministro, turnándose con otros dos psiquiatras miembros de la Obra y dos sacerdotes, del Opus también, para conseguir aniquilar los apetitos desordenados y la concupiscencia de aquella pecadora que en realidad lo único que quería era atrapar por los flecos una juventud que se le escapaba rauda y veloz. Le anularon la voluntad, le dieron la vuelta a su forma de ser como si fuera un calcetín, la llenaron de culpa y de miedo, se le obligó a rezar cuatro rosarios diarios de rodillas, asistir a misa, el amante fue apartado del servicio y desterrado, y al final su

marido le dio la puntilla:

—Mira, Carmen, me ha llamado el Caudillo y me ha dicho que o arreglamos esto o me destituye.

Unos ejercicios espirituales impartidos por el padre Laburu acabaron con sus últimas resistencias. Cautiva y desarmada, Carmen se convirtió en una esposa sumisa, tristonera y con tendencia a la depresión, que se refugiaba en la iglesia todas las tardes para llorar a gusto y que se resignó a vivir una vida de la que ya iba a estar ausente para siempre la ilusión de la juventud.

Claro está que Carrero se metió en el Opus Dei de cabeza y perteneció a la Obra hasta que murió como numerario, prelatura a la que también se afiliaron sus hijos y su mujer. Fue un gran éxito de López Rodó conseguir un trofeo de tal categoría para una organización entonces incipiente.

Y a consecuencia de su actuación coronada por el éxito, López Rodó también se convirtió para Carrero en una especie de hijo adoptivo y lo promovió hasta las más altas cotas de poder. Y el vicealmirante se reintegró a su blanda y cómoda esclavitud.

Enterado de todo, Pacón le dice tímidamente a su primo:

—López Rodó podría hablar también con Colás.

Franco, que estaba estudiando un informe del embajador de Estados Unidos José María de Areilza, no se molesta en levantar la vista. Pacón insiste:

—Tu hermano no lleva una vida muy ejemplar que digamos. —Y le tiende un periódico inglés, el *Sunday Pictures*, en el que aparece una foto de Colás en bañador al lado de una *pin up*, Nina Dryer, de veinte años, ataviada con un sucinto bikini—. Mira.

La muchacha manifiesta alegremente que el hermano del dictador español, al que el reportero llama el don Juan de la Costa Azul, le ha pedido matrimonio, y que ella le ha dicho que no porque todavía es joven, y que él le ha prometido convertirla en una gran vedette en España. Paco se queda mirando la foto de su hermano y después le dice a su primo:

—Cómo ha engordado Colás, ya le he dicho que se ponga a régimen como yo. ¡Le enviaré a Vicentón para que lo adelgace!

Algo picado, Pacón continúa:

—Y esta chica es lo de menos, aunque es una menor y podría dar lugar a escándalo, pero su comportamiento indecoroso en Madrid...

Franco lo mira de esa forma que Pacón describe en sus memorias como «fría, heladora, sin ninguna cordialidad... ni él mismo se da cuenta del terrible efecto que causa» y le dice:

—Lo que haga Colás es cosa suya.

Pero lo que hace Nicolás Franco, el embajador en Portugal, el hermano del Caudillo, es la comidilla de todo Madrid. «Mi tío estaba locamente enamorado de Cecilia Albéniz, no era un simple *flirt* como las otras, fue un amor profundo y sin fronteras... el suyo era un amor de hombre maduro por una chica joven, lleno de

celos, sin esperanzas, resignado...», escribe Pilín, la sobrina.

Pero Cecilia se ha cansado de aquel amante tan posesivo, tan mayor, que la quiere para él solo. La chica, de poco más de veinte años, se pasaba el día entero encerrada en su lujosa habitación del hotel Ritz leyendo revistas, bebiendo champagne y escuchando la radio esperando la visita de Colás, que se retrasaba siempre. Ella se quejaba:

—Me siento prisionera, me aburro.

Colás le contestaba:

—Eres mía, yo te mantengo. —Y le cogía la cara con las manos y la apretaba hasta hacerle daño—. ¿Dónde estarás mejor que conmigo? ¡Nadie te va a querer como te quiero yo! ¡Pídeme lo que quieras! ¡Mira todo el dinero que tengo!

Y se sacaba del bolsillo billetes de cien, de mil pesetas y se los tiraba por encima. A veces la chica, por aburrimiento, prendía fuego a uno para encenderse un cigarrillo. Y le llevaba un abrigo de visón que le vendía un judío bajo mano, le compraba joyas en Aldao, la joyería donde iba su mujer, vitaminas de las que traían los americanos porque le parecía que estaba demasiado delgada, perfumes franceses, lencería de la casa parisiense Maison Lucille, pañuelos de seda, guantes de cabritilla, pero Cecilia protestaba:

—¿Por qué me das todo esto? Si no salgo nunca de la habitación, no me ve nadie.

Colás se echaba en la cama con las manos detrás de la nuca y le decía:

—Póntelo para mí.

Y ella apagaba las luces, encendía velas y se desnudaba, se ponía collares en la cintura, pulseras en los tobillos, los largos guantes e iniciaba una danza sensual moviendo el vientre como las moras, cogía una copa de champagne y se la echaba sobre el sexo, que acercaba a la boca de Colás. Él la había moldeado a su manera, la había convertido en una mujer experta y refinada y, a pesar de su juventud, tenía la sabiduría de una veterana hetaira. Aprendió a doblegarse ante los deseos de Colás, extraviados y morbosos. Él le susurraba en la noche:

—Te he viciado, eres mía para siempre porque nadie te hará lo que te hago yo, ¡te he vuelto inservible para otro hombre!

Pero no era cierto. Pasó de golpe, una noche. Cecilia había bajado un momento al vestíbulo del hotel para comprar tabaco y ver gente. Se tambaleaba un poco porque se había bebido una botella entera de Pommery. Llevaba su abrigo de visón sobre la leve ropa interior de satén y zapatos de tacón muy altos. Se inclinó sobre el mostrador de recepción para que el conserje le encendiera el cigarrillo, el abrigo se le abrió y se le vio el ligero, la braga de encaje que dejaba trasparentar el vello rubio, el pecho breve cubierto con un corsé antiguo con cintas.

El conserje, que sabía quién la mantenía, le dio fuego intentando apartar la vista de aquel cuerpo blanco y apretado. Con el nerviosismo, el mechero no se encendía, un chasquido, otro y otro.

De pronto Cecilia oyó una voz a su lado, y una mano larga, de dedos sensitivos

acercó a su cigarrillo la llamita de un moderno encendedor Ronson:

—¿Me permite?

El conserje, que sudaba, se echó hacia atrás, desapareció, y la muchacha vio por el rabillo del ojo el rostro largo, la boca depredadora, los ojos descarados de Luis Miguel Dominguín. Chupó ansiosamente el pitillo y exhaló una larga bocanada de humo. Con voz algo ronca, sensual, de las personas que no hablan mucho, dijo:

—Gracias.

Y se echó hacia atrás y miró al hombre de arriba abajo, cruzándose el abrigo sobre el pecho. Luis Miguel Dominguín, que la observaba seguro de sí mismo, asentado sobre sus piernas abiertas y con labios burlones, le dijo:

—No hace falta que te tapes, porque lo que he visto me ha gustado mucho.

Cecilia volvió a echarle el humo a los ojos, está a punto de caer, y el hombre, delante de todo el mundo, cogió su mano y la puso en su entrepierna, abultada, palpitante. Se arrió a ella y le dijo con pasión:

—Mucho, me ha gustado mucho.

Nadie los miró. ¡A Dominguín, entonces, le estaba todo permitido! ¡Si cuando iba a comer a Jockey no se molestaba en ir al cuarto de baño y se ponía a mear debajo de la mesa! ¡Y nadie se quejaba!

Subieron a su habitación, en el armario estaba la ropa de Colás, su pitillera en la mesa de noche, las cosas de afeitarse en el cuarto de baño. Dominguín no preguntó nada porque todo lo sabía.

La tendió sobre la cama; no se molestó en quitarle las bragas, las apartó a un lado con brutalidad y la penetró, la muchacha gritó y Dominguín la miró con sorpresa. Bajó la mano y luego la levantó hasta sus ojos: estaba manchada de sangre. Preguntó:

—Pero ¿él nunca...?

Cecilia negó con la cabeza y murmuró:

—No puede...

Esa noche, la muchacha probó por primera vez un cuerpo duro, fibroso, un amante sin desmayo que le hendió el cuerpo con su miembro una y otra vez, con salvajismo, que la cogió del pelo y la arrastró a la bañera, y allí de nuevo, de pie, con el agua cayéndoles encima volvió a meterse en ella. Y sobre la alfombra. Y cuando ya no podía más porque estaba tan escocida que le parecía tener brasas en lugar de piel, la volvió de espaldas sobre la cama y cuando ella giraba la cara protestando:

—No, no, por ahí no, eso no.

Le abrió las nalgas, le pasó la lengua y luego la penetró larga, profundamente, arrancándole un grito animal y primigenio.

Contra su cara de perfil él puso la suya mezclándose ambos sudores y le dijo al oído:

—Esto el viejo no te lo hace.

La dejó exhausta, llena de morados, con los músculos doloridos, sin poder sentarse, oliendo a semen y a excrementos. Así la encontró Colás, llorando y riendo a

la vez. Ella se lo contó. Él levantó la mano para pegarle, pero la dejó caer y se puso a llorar como un niño pequeño.

Cecilia le dijo que no quería seguir dependiendo de él, y Colás le dio un empleo en Manufacturas Metálicas Madrileñas, al que no iba nunca y por el que cobraba más que el director. Le regaló un descapotable, y con él descubrió que existía un mundo joven como ella en paralelo a la España oficial que iba bajo palio y cortaba las escenas de besos en los cines, estaba el revés de la trama, un submundo nocherniego, canalla y lujoso de copas en el bar Cocq, cenas voluntariamente infames en el Mesón de San José de la calle del Conde, y después las horas pasando vertiginosamente en la Parrilla del Rex, en la *boîte* Alazán, de allí al Moroco donde canta un envejecido Bola de Nieve:

*Ay mama Inés,
ay mama Inés,
todos los negros tomamos café.*

y desembocando al fin en el vicio de madrugada de la Villa Rosa de la Ciudad Lineal, donde Cecilia se pone a bailar con una sueca de buen cuerpo que le pasa tosiendo una pipa de kif. Su compañera de juerga es la hija de un coronel yanqui que quiere, como ella, probarlo todo. Las noches a veces terminan en el hospital del doctor Vital Aza oliendo a éter y a vómito triste.

Colás entró en una espiral de desesperación y locura, tenía la embajada en estado de abandono, se limitaba a cobrar a fin de mes en los consejos de administración a los que pertenecía sin asistir a ninguna junta y el dinero desaparecía tan fácilmente como había llegado. Al final, una madrugada en que Cecilia cayó en la cama, borracha y drogada, se puso de rodillas a su lado y le pidió:

—Déjame seguir manteniéndote... Haz lo que quieras, no te voy a molestar. Si algún día quieres estar conmigo, yo te estaré esperando...

A Cecilia le impacientaba ver su mirada de perro apaleado, encontrárselo en Gitanillos, en Chipén o en la chocolatería San Ginés, donde iban a desayunar de madrugada, ellas con la pintura corrida y los tacones torcidos, y ellos con las pajaritas de los esmóquines deshechas como dos serpentinas a ambos lados del cuello. Colás aguantaba derrumbado en una silla hasta el final, a veces ella le soltaba una patada al pasar, otras veces, sin embargo, cuando Dominguí o el amante de turno la despreciaban, se refugiaba en sus brazos, y él la llevaba a la cama y la acostaba como si fuera su hija.

Testigo de su desvarío fue su sobrina Pilín. Casada, con cuatro hijos, ejerciendo de catedrática, se convirtió en su única confidente, en su acompañante en aquellas largas noches desesperadas:

—¡Mi tío Colás! Yo he visto sus celos incontenibles; tantas veces lo he acompañado en la búsqueda de esa muchacha, no para reclamar su compañía, sino

para saber dónde y con quién estaba...

No encontraba consuelo más que en la degradación. Su presencia mohína y gemebunda se hizo habitual en las ventas de la postrera hora, donde iban los gitanos derrotados a buscar sus últimas pesetas cantando:

*Tú dices que me has querido
gitana de Sacromonte,
tú dices que me has querido
vas engañando a la gente,
Dios sabe lo que he sufrido
me está costando la muerte.*

Una noche, una más, habían recorrido todos los establecimientos habituales donde iba Cecilia. Con el cuerpo vencido hacia delante, Colás había entrado arrastrando los pies en la terraza del Frontón Recoletos. Un pelotari vasco vestido de blanco con un pañuelo rojo al cuello con el que sabía se había acostado una vez Cecilia le dijo mientras se secaba las manos con una toalla mugrienta:

—¿Cecilia? ¿Esa...? —Se detuvo cuando vio los ojos enloquecidos del hombre—. Ayer vino, hoy no.

Hecho un guiñapo, con la ropa arrugada, Colás preguntaba angustiada:

—¿Dónde está? ¿Dónde habrá ido esta noche? —Y de pronto, súbitamente esperanzado, con los ojos enardecidos, decía—: Quizás ha muerto.

Y se giraba a su sobrina y la cogía por el brazo alegremente:

—¡Oye, Pilín, que quizás no es que esté con otro sino que se ha muerto!

Como todos los amantes, prefería que la ausencia de la ingrata se debiera a que se hubiera ido de este mundo antes que imaginarla en brazos de otro. Pilín, que madrugaba para ir a la universidad, bostezaba y se caía de sueño:

—Tío Colás, ¿nos vamos? ¡Es tarde!

Y él suplicaba:

—Todavía queda Pasapoga. ¡Allí estará!

Y al final, de madrugada, arrastró a su sobrina primero al hotel Comodoro, donde a veces recalaba Cecilia con alguno de sus amantes para que no la encontrara Colás, pero el portero, que lo conocía, le dijo compasivamente:

—Hoy no ha venido.

Después al hotel Ritz:

—A ver si ya se ha acostado... —Y de pronto, la idea nueva, gozosa—. ¡Quizás hoy no ha salido!

Al verlo, el conserje de noche se apresuró a abandonar el mostrador y a hacerle una seña discreta para que entrara en su despacho. A Nicolás se le pasó inmediatamente el efecto del alcohol y cogió al hombre por la solapa:

—Dime, ¿qué ha pasado?

Pilín se agarró a su tío, y así, abrazados, ambos recibieron la noticia fatal:

—La señorita Cecilia salió esta mañana con su amiga americana y ha tenido un accidente...

Iba a París para visitar a su hermana Diana, con un alto para presenciar una tiente en Logroño. El descapotable que le había regalado Colás se estrelló en San Sebastián de los Reyes y Cecilia salió despedida varios metros por los aires, ya muerta. Tenía solo veinticuatro años.

Colas quedó convertido en un viejo, viejo ya irremediablemente, viejo para siempre.

Al día siguiente recibió una llamada de El Pardo; su hermano lo invitaba a comer. En la mesa, los habituales, el padre Bulart, Carrero, el oficial de servicio, Nenuca, que estaba algo enfadada con la prensa argentina porque contaban que el marqués estaba detrás del negocio de las Vespas españolas, Pura Huétor, que explicó que se había enterado de que El Mizzian no se hablaba con una de sus hijas porque se quería casar con un cristiano, y Carmina, que se quejó de que en la radio cada día hacían unos seriales más escabrosos y el servicio se soliviantaba. Cuando Paco refirió que tenía el propósito de crear paradores de turismo en toda España y que la cosecha de trigo ese año iba a batir récords, todos se callaron y murmuraron:

—Qué bien.

Se levantó el hermano para irse, tan embotado por el dolor que no había escuchado ni una sola palabra de la conversación. Paco lo acompañó hasta la puerta y se sacó un boletín del bolsillo:

—Mira, las notas del príncipe. Todo matrícula de honor.

Colás las cogió distraídamente, las manoseó un rato y después se echó a llorar. Su hermano miró con apuro a un lado y a otro, y entonces lo abrazó con torpeza y le dijo:

—Es mejor así, Nicolás, ahora has de procurar que tu mujer te perdone, esa chica era tu perdición. —Y bajó la voz para susurrar—. Pero eso sí, hay que reconocer que era muy guapa.

Según su biógrafo, Nicolás Franco no se recuperó nunca de ese amor tardío y demoledor, y todos los días iba a la tumba de su amada a depositar flores y a gemir:

—Cecilia, Cecilia, ¿te tratan bien? Pobriña...

Pero aunque no diga nada, Carmina se entera de todo lo que pasa en España, «la finca de papá», como decía Nenuca cuando era pequeña, porque por las tardes tiene un auténtico servicio de información montado en El Pardo, sus célebres meriendas, ya que «tomar el té» es un anglicismo que no le gusta. A ellas acuden Ramona, la mujer de Camilo Alonso Vega, y la mujer de Pedrolo, su hermana Isabelina, la mujer de Ucelay, un ayudante de su marido, su consuegra la marquesa de Arjillo y las amigas asturianas de la infancia de paso por Madrid. Y Carmen Pichot, la mujer de Carrero

Blanco, que va vestida casi de monja y de vez en cuando se retira a un rincón para rezar un Ave María; también, en ocasiones señaladas, le pide a Carmina:

—¿Puedo pasar a venerar el brazo incorrupto de santa Teresa?

La Señora llama a la doncella para que le acompañe y se demora tanto tiempo delante de la preciosa reliquia que la tienen que mandar a buscar por si acaso se ha quedado traspuesta. Y es que es muy duro hacerse perdonar las conductas descarriadas, y Carmina siempre la observa con un rictus severo. A Carmen Pichot le gusta mucho el cine y el teatro, pero no se atreve a confesarlo, aunque algún día se le escapa:

—Hemos ido a ver *Tres sombreros de copa*...

Y Carmina la mira meneando la cabeza como diciendo:

—La cabra siempre tira al monte.

Y la voz de la de Carrero se va apagando mientras ella se va haciendo diminuta, tan pequeña que podría meterse debajo de la silla:

—Es una comedia muy decente... no, si yo no quería ir... En realidad no la entendí, me quedé dormida... —Y súbitamente recordaba—. ¡Ayer visité al Cristo de Medinaceli y estuve casi cinco horas delante de Él! ¡Mirad cómo tengo las rodillas!

Y trataba de enseñar las piernas, gesto que atajaba la Señora:

—Ya nos hacemos a la idea, Carmen, no hace falta que las enseñes.

Carmina soportaba la presencia de Carmen Pichot como una penitencia, pero Paco le había dicho que se debía hacer ese esfuerzo por Carrero, que era tan buena persona y se dejaba matar por el Caudillo.

A ella la que le gustaba era Pura Huétor, que sabía cómo hacerse la simpática y la imprescindible. Paco había nombrado a su marido jefe de la casa militar sustituyendo a Pacón, que se había quedado solo como secretario, y a la marquesa de Huétor le gustaba alardear de lo que la quería la Señora:

—Soy su mejor amiga, ¡sin mí se aburriría mucho!

Llegaba siempre cargada con una bolsa con catálogos de subastas, propaganda de tiendas de ropa, anuncios, direcciones de casas que desmantelaban, incluso bolsitas de terciopelo con joyas de señoras importantes en un apuro que se vendían muy bien de precio. Se decía en Madrid que de todo cobraba comisión. Ella, sin embargo, se defendía:

—Al contrario, yo le consigo muchos regalos a la Señora. El otro día un anticuario de Bilbao le regaló por mediación mía un crucifijo de plata del tamaño de un niño de ocho años.

De todas formas, lo que más apreciaba Carmina de ella era lo bien informada que estaba siempre de todo lo que acontecía en el mundo, grande o pequeño. Si tal ministro robaba, las últimas calaveradas de Dominguín, o contaba que en Cataluña los financieros paseaban a sus «fulanas» por las narices de sus esposas legítimas, como Julio Muñoz, casado con una hija del banquero Vilallonga, que, para más descaro, hacía servir la mesa a su querida vestida de camarera.

—¡Y después se van a la brigada del amanecer!

Y cuando Carmina le preguntaba si lo de la brigada del amanecer era eso tan terrible de los rojos, y que ella no quería hablar de desgracias porque España ya había superado esa época gracias a su marido, la de Huétor contestaba con suficiencia:

—No, son la gente bien de Barcelona, los Castell, los Orfila, los Klein, los López del Álamo, que salen de noche y meten en un sombrero los nombres apuntados en un papel de los hombres y las mujeres y...

Pero Carmina protestaba:

—Todos son muy amigos de Nenuca, yo no me creo esto, porque la gente tiene mucha envidia. —Aunque le advertía a su amiga de todas formas—. Pero tú sigue contándome todo, eh, porque aquí vive una tan aislada...

A veces llevaba un rumor absurdo, lo que ahora se llama «leyenda urbana»:

—Me han dicho de muy buena tinta que Juanita Reina tiene lepra...

Y la Señora tenía un delicioso estremecimiento de repugnancia, porque a Paco le gustaba mucho Juanita, decía que le recordaba a las amigas ferrolanas de su hermana por mucho que la cantaora fuera de Sevilla.

Un día Pura la llamó por teléfono para preguntar si podía ir una hora antes, que tenía algo muy grave que comunicarle. Carmina la recibió en su salita, un espacio reducido pero que ella había hecho arreglar por Pierre Lottier, un decorador de Barcelona que había empleado sus colores favoritos, el negro, el blanco y el rojo. Claro que luego Carmina le añadió unos cuadritos de caza del siglo XIX y unos pufs iguales a los que había en la habitación de Eugenia de Montijo en el palacio de las Tullerías de París. Ahora había pensado poner también unos cojines de tapicería y ya le enseñaba las muestras a su amiga para que le diera su opinión cuando Pura le dijo con gravedad:

—Señora, luego comentaremos eso, ahora tengo que hablar muy en serio.

Carmina se llevó la mano a la garganta, se dejó caer en una silla y le señaló un puf a su amiga para que se sentara. Pura, que era tremendamente gruesa, dudó si hacer ese sacrificio, pero al final optó por una butaca normal y corriente.

Impaciente, Carmina le hizo señas para que empezara, pero Pura quería prolongar este momento de expectación y señaló la ventana:

—¿Podríamos abrir un poco? ¡Me muero de calor!

La misma Carmina se levantó para correr las cortinas y entreabrir la ventana y volvió a sentarse, en tensión, con los tendones del cuello a punto de estallar:

—Pura, por Dios, empieza de una vez.

La marquesa respiró hondo. Miró al techo y después a Carmina, sin saber ahora cómo abordar la cuestión. Al fin y al cabo se trataba de la hermana de la Generalísima, como la llamaba en la intimidad de su casa:

—¿Conoce la Señora a la hija de Sonsoles de Icaza, la marquesa de Llanzol? Es sobrinita mía, porque el marido de Sonsoles, Paco Díez de Rivera, es hermano de mi marido.

Carmina se quedó callada. Estaba hablando de la hija adulterina de Sonsoles y Ramón Serrano Súñer, claro. Pero por si acaso preguntó:

—Tiene varias hijas, ¿no? ¿A cuál te refieres?

Ahora venía el momento delicado:

—Me refiero a Carmen, la pequeña... la que dicen que no es hija del pobre Paco sino de... Ramón Serrano Súñer, el abogado.

Bien, ya estaba dicho. Esperó la reacción de Carmina, que, devorada por la curiosidad, dejó de lado su opinión sobre los amores indecentes para exclamar:

—Sí, Pura, ¡todo Madrid lo sabe!, ¡no es novedad!

Pura se queda callada, no sabe si continuar, pero el cuento es demasiado bueno para guardárselo, es una joya que le ofrece a la Señora tan preciada como una esmeralda.

—Pues la amistad de mis cuñados con Serrano y... su mujer —duda, al final lo dice—, Zita, la hermana de la Señora, ha continuado a pesar de ese episodio...

—¿Sí? —pregunta Carmina y no puede evitar insistir—. ¿Y lo de Sonsoles y Ramón también... ha continuado?

Pura contesta:

—Sí, tienen un pisito muy bien puesto, no se esconden. ¡Pero si el otro día estuvieron juntos en una fiesta en la embajada de Estados Unidos!

Carmina engalla la cabeza, ha perdido su flema habitual, se le han enrojecido las mejillas:

—Pero, entonces, ¿cómo es que no han tenido más hijos? Porque los anteriores, Sonsoles, Paquito y Antonio, ¡sí serán del marido!

Pura se recobra del asombro de ver que Carmina conoce el nombre de sus sobrinos para contestar:

—Sí, no, ¡no sé! ¡Es que no es eso lo que quiero contarle!

—Pues ¿qué más ha pasado, Pura? ¡Mira que me voy a enfadar si le echas tanta pantomima! ¡Mira que van a venir las otras!

Pura se acerca a ella todo lo que le permite su gordura y le dice en voz baja:

—Pues Carmen, que tiene ya dieciséis años —hace una pausa teatral—, ¡se ha enamorado de un hijo de Ramón y querían casarse!

Carmina se lleva la mano a la boca para ahogar un grito horrorizado:

—¡No! ¡Casarse! ¡Con su propio hermano! ¡Pero si parece una película!

Satisfecha del efecto conseguido, Pura prosigue:

—Sí, ella, que es el vivo retrato de Ramón Serrano Súñer, rubia, mona, se lleva muy mal con Sonsoles, y le dijo, mamá, no te preocupes que me voy a ir porque me caso con Ramoncito. ¡Sonsoles casi se desmaya! —Mirando la puerta, Pura, que es una comilona tremenda y siempre tiene hambre, suplica—. ¿No podrían traer unos canapés y algo de beber? ¡Me estoy quedando sin fuerzas!

Carmina le da un golpe violento:

—No, sigue.

La marquesa se frota el brazo, pero continúa:

—Pues Sonsoles no sabía qué hacer, llamó a Serrano Súñer, al pobre Paco, creo que a Zita también, a mi marido, que fue el que les dijo que mejor que se lo contaran todo al padre Ángel Herrera, que es tan sabio que consiguió, ya sabe...

—¿Qué?

—Que don Juan dejara a aquella griega y volviera con su mujer, en Suiza...

Pero a Carmina no le interesan las historias del pasado.

—No me importan don Juan y la griega, sigue con lo de Ramón... quiero decir, con lo de Sonsoles...

—Pues el padre Herrera, que es tan amigo nuestro, les contó la verdad a los chicos.

Carmina exclama con deleite:

—Ah, ¿se lo dijo? ¿Que eran hermanos? ¡Pero Pura, esto es como un serial de la radio!

—Sí, sí, y los chicos se lo tomaron muy mal... Carmen se puso como loca, se ha intentado suicidar y ahora dice que se va a las misiones a África, y Ramoncito...

Se oyen ya las voces del resto de la reunión en el pasillo y Pura se apresura a terminar:

—Le ha dicho a su padre que o deja a Sonsoles o se tira a la vía del tren...

Ya levantándose, Carmina aún le pregunta a Pura con un hilo de voz:

—¿Y el padre qué ha contestado?

Pura la coge del brazo y le cuchichea al oído porque las amigas ya entran en la habitación:

—Le ha jurado que lo de Sonsoles se ha acabado para siempre.

Una sonrisa de satisfacción se extiende lentamente por el rostro de Carmina. Pero se corta de golpe cuando Pura le suelta:

—Para mí que es que se ha cansado de ella y tiene otra. Ay, estos hombres.

Cuando entran las amigas, la conversación varía. Ramona cuenta que esa artista, Aurora Bautista, iba a hacer de Teresa de Jesús en una película y que es un sacrilegio que a la santa de Ávila la represente una mujer cuyo padre era un rojo. Carmina le dice:

—No te preocupes que esta noche hablo con Paco para que no la autoricen.

Con razón los ministros murmuran que la única que tiene influencia sobre el Caudillo es la Señora y que es a la única persona a la que escucha. Y Francis aclara que su abuela «no era intrigante... solo tomaba partido en casos muy extremos».

Pero Pura, para recuperar protagonismo, cuenta:

—Hay una subasta en Durán muy buena, unas joyas que pertenecían a la familia real y una cubertería completa de plata Meneses... Puedo conseguir baratos unos grabados de Goya en Ruiz Vernacci...

Carmina al principio decía:

—Se lo consultaré a Paco, veremos.

Pura Huétor, ladina, le susurraba:

—Pues para qué se ha ganado una guerra, Señora.

Al final Carmina decía que sí a todo.

Porque las finanzas de la familia han mejorado mucho gracias a la entrada en escena de los Martínez-Bordiú. A Carmina, cuando su hija, su yerno y sus nietecillos entraban en El Pardo se le cambiaba el semblante. Cogía a los niños en brazos y se los llevaba bailando por los pasillos. En coche aparte llegaban sus consuegros, los condes de Arjillo, con su cuñado, el simpático tío Pepe, siempre con algún obsequio en las manos, una tabla renacentista, una pareja de pastoras de porcelana de Sèvres, un pañuelo de seda, y Carmina siempre decía:

—¿Para qué os molestáis?

Y la condesa reía de dientes para afuera:

—La Señora se lo merece todo.

Nenuca en un aparte le decía a su madre, mientras trataba de desprenderse de la pequeña Mariola, que se cogía a sus faldas y le arrugaba el vestido:

—Mamá, mis suegros se han empeñado en venir, y el tío Pepe, ¡dicen que en ningún sitio de Madrid se lo pasan tan bien como en El Pardo! —y sin cambiar de tono—. Quitá, niña, vete con miss Hibbs.

Porque Nenuca, como todas las familias de la aristocracia, los Alba, los Quintanilla, los San Miguel, los Sotomayor, ha contratado una institutriz inglesa para los niños, la nani Beryl Hibbs, a la que el servicio llama a sus espaldas *la Nanísima*, que será para ellos padre y madre. «Era un sargento de caballería, en El Pardo todo el mundo la temía, incluso mi abuelo», recordaba de mayor Francis. Y «mi única familia fue miss Hibbs», le confesó Merry al que fue su marido, Jimmy Giménez-Arnau, «si no hubiera sido por ella habiéramos estado totalmente solos». Porque Nenuca, a diferencia de Carmina, no tiene un gran instinto maternal, y Cristóbal es como la mayoría de los progenitores de entonces, «nunca ejerció como padre... nunca consideré que tuviera derecho a inmiscuirse en mi vida, crecí aislado y con poca atención por su parte, por lo que muy pronto aprendí a desenvolverme solo», recuerda Francis en un libro de memorias publicado recientemente, *La naturaleza de Franco*. También añade que «solo cuando enfermábamos notábamos la cercanía de nuestros padres».

Aunque Nenuca no disfrutaba con los niños, el destino, que va por libre, le da siete hijos con periodicidad casi anual: Carmen, en 1951, Mariola, en 1952, Francis, en 1954, Merry, en 1956, José Cristóbal, en 1958, Arancha, en 1962 y Jaime, en 1964. Así Carmina vio cómo desaparecía su gran y largo desconsuelo de mujer de un solo hijo en una España en la que era normal que las familias contaran con una docena de retoños. Tenía siete nietos y ahora ya podía mirar a las otras mujeres en general, y a su hermana Zita en particular, por encima del hombro.

Los Martínez-Bordiú son arrolladores como un tornado. Unos andaluces joviales y jaraneros que, bajo una apariencia descuidada y superficial, escondían el afán

irrefrenable de enriquecerse a costa de su parentesco con el Caudillo. Los tres hermanos del marqués y su padre —que creó el Banco de Madrid con el financiero catalán Jaime Castell—, gracias a formar parte del clan de El Pardo, se hicieron con un patrimonio importantísimo.

El momento álgido, su Everest, fue cuando Nenuca dio a luz al primer varón. Nació, como sus dos hermanas mayores, Carmen y María de la O, a la que llamarán Mariola, en El Pardo, en una historiada cama que quedaba muy bien en las fotos con varios angelotes en el cabezal tocando la lira. Franco miró a su yerno con inmenso reconocimiento, y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Gracias, Cristóbal.

El marqués, que no estaba acostumbrado a que su suegro le prestase atención, dio un taconazo:

—Deber cumplido, excelencia.

Y, como si se le acabara de ocurrir en ese instante, aunque llevaba pensándolo desde el momento en que se había casado, le dijo:

—He decidido cambiarle el orden de los apellidos al niño para que sea Franco Martínez-Bordiú en lugar de Martínez-Bordiú Franco. Y Francisco de nombre, por supuesto. Ya lo he consultado con mi padre y está muy contento de poder rendir este pequeño homenaje a quien ha salvado a España.

Franco se sorprendió tanto que llamó a su mujer:

—Carmina, mira lo que dice Cristóbal.

La Generalísima sonrió llena de felicidad, ella ya lo sabía porque Nenuca no tenía secretos para su madre, pero era un propósito que le escondía a su marido. Lo abrazó y le dijo en tono exaltado y con el corazón latiendo tan fuerte como un tambor:

—Paco, lo hemos conseguido todo, el Señor nos ha premiado, ¿qué más podemos desear?

Franco asintió en silencio y le dio las gracias a Dios por todos los dones que derramaba sobre sus cabezas, pero también tuvo un recuerdo para aquella misteriosa *baraka* que no lo había abandonado nunca.

El cambio de apellidos se tuvo que votar en las Cortes, y se le dio gran publicidad. El aguafiestas de Pacón, sin embargo, tuvo que anotar que:

—Tal como van los tiempos, quizás este niño se arrepentirá un día de llamarse Franco y preferirá ser conocido simplemente como Martínez.

El día del bautizo se echó el palacio por la ventana. El conde de Arjillo brindó por Franco, diciendo:

—Toda España está con el Caudillo. ¡Qué gran error los que apoyan a don Juan en contra de este héroe que ha salvado a la Patria! ¡Como conde me avergüenza pensar que el hijo de Alfonso XIII puede escribir esos manifiestos tan deleznable repudiando este glorioso régimen!

Estas afirmaciones pierden mucha rotundidad si recordamos que Arjillo era tan solo conde consorte y que había sido uno de los que habían firmado uno de esos

manifiestos deleznable, el de Lausana, acto que había tenido como consecuencia que Franco le quitara un tractor subvencionado en su finca de Arroyovil; pero en ese momento de euforia, todo, hasta la mala memoria, estaba permitido. Cuenta Pilar Franco, la hermana, que ese día El Pardo «ardía en fiestas» como una verbena y que el palacio estaba invadido de gente muy numerosa, los Villaverde, «que son ahora los que privan».

Y añade:

—Si la familia Franco y los Polo no aparecen mucho por allí, los Martínez lo llenan todo, hay cuñados, tíos, primos, sobrinos en todos los salones, no puedes dar un paso sin tropezarte con uno de ellos...

Y se hacen notar, porque hablan muy alto, con acento andaluz, y la Señora admira, desde su ascetismo asturiano, el gracejo y la cordialidad de los hermanos de su yerno, aunque también se siente algo recelosa, han empezado a correr rumores por Madrid, que Pura le ha traído a la hora de la merienda, de que Cristóbal no es tan fiel como su Paco.

Un Cristóbal que, enterado de las críticas de la hermana de su suegro, admite que:

—Efectivamente, Pilar Franco tiene razón, ¿y qué podemos hacer para evitarlo, si la familia Martínez es más numerosa que los Franco y los Polo? ¡Eso ocurre en todas las casas! Nosotros somos varios hermanos, todos padres de familia numerosa... ¡Cómo van a dejar de invitarnos por ese motivo! ¡Y menos a algo tan importante como el bautizo del primer nieto varón del Caudillo, que, además, da la casualidad que es mi hijo!

Pero aun en ese momento de felicidad, Franco no olvida a Juanito. Es más, le apena recordar a ese muchacho completamente solo, rodeado de fríos consejeros y de un padre cuya única obsesión es ocupar el trono de España.

Es un niño solitario, como él lo fue. Es un niño que tiene que crecer prematuramente, lo mismo que le pasó a él. «Mi niñez fue muy dura», recordará don Juan Carlos de mayor. «Mi padre no tuvo una infancia feliz», admitirá también Nenuca. «Pusieron sobre mis espaldas tareas superiores a mi edad», recordará el Caudillo. «¡Nunca fui un niño como los demás!», resumirá su infancia don Juan Carlos.

¡No! ¡Franco no lo va a abandonar!

Y, por mucho que le fastidie, decide entrevistarse de nuevo con Juan de Borbón, que está más levantisco que nunca y, como si su hijo fuera un monigote, lo ha cogido de una oreja, lo ha sacado de Las Jarillas y se lo ha llevado a Estoril. Se queja de que no se ha cumplido ninguna de las promesas que se le han hecho en el *Azor*, que en los discursos del Caudillo se denigra continuamente a la monarquía y cree, con palabras de Sainz, que no se «le lame el culo con la delectación que todos esperábamos».

Franco cada día aborrece más al conde de Barcelona, «está entregado a la masonería, se rodea de sinvergüenzas, es débil, los aristócratas no se mueven más que por egoísmo», pero echa a faltar al príncipe y teme que el contacto con su padre lo

malogre. «Me veía como el hijo que nunca tuvo», confesaría años después don Juan Carlos a su biógrafo, José Luis de Vilallonga.

Quiere que vuelva a España, a su lado.

Para don Juanito todo, en estos años, tiene un aire provisional, depende de las relaciones entre su padre y Franco que las vacaciones se alarguen más o menos o que su estancia en España esté a punto de interrumpirse definitivamente. Él mismo recuerda la angustia de aquellos tiempos:

—Durante muchos años viví con la extraña sensación de que mi estancia en España era como provisional y en precario. En Portugal, durante las vacaciones, nunca había planes de regreso que pudieran considerarse definitivos... siempre se barajaban otros nombres, otros colegios, otros países, Locarno, Lovaina, volver a Friburgo... he tenido que vivir como indiferente a las cosas que sucedían a mi alrededor... no podía tomar partido.

Hasta su misma abuela, la exreina, tan obsesionada con todos los temas dinásticos, advierte que «se está jugando con el equilibrio de Juanito». Incluso sus hermanos están cansados de que sea el centro de la familia, le hacen el vacío, hasta el vigilante que les pone el Gobierno portugués y que hace guardia permanentemente en la puerta de Villa Giralda se da cuenta:

—Don Joanhino por la noche se pone triste.

Por la noche y por el día, todas las horas son tenebrosas para Juanito en Estoril, donde sufre una tensión inmisericorde provocada por el egoísmo de Franco y de su padre que ven en él una pieza más del juego dinástico. Sainz no deja de advertir con inconsciente crueldad a don Juan:

—El príncipe es la única arma que tiene usted contra Franco, juegue bien sus cartas. —Y añadía con su típico desgarró—: ¡Ya verá como lo dejan de tratar de una vez como a un maricón con purgaciones si jugamos bien la baza de don Juanito!

La nueva reunión tiene lugar en el mes de diciembre de 1955 en Las Cabezas, la finca del conde de Ruiseñada, Juan Claudio Güell y Churruca, que está en Extremadura, a quince kilómetros de Navalmoral de la Mata. Es la primera vez que don Juan entra en España desde su frustrada incursión en Burgos durante la guerra, y es una visita tan breve que Pemán la describe con su ingenio habitual, «levedad de beso y profundidad de la Historia». Al principio de la conversación felicita a Franco por el nacimiento de su primer nieto varón. El Caudillo, que se ha hecho acompañar únicamente por Pedrolo Nieto Antúnez para quitarle importancia a la entrevista, contesta distraídamente:

—Gracias, gracias. —Y pregunta—. ¿Cómo está don Juan Carlos?

Don Juan finge asombrarse:

—¿Juan Carlos? ¿Quién es?

Franco contesta tan tranquilo:

—Hemos decidido llamar a su hijo Juan Carlos para que no haya confusiones respecto a vuestra alteza —le informa, como si Juan no lo supiera—, al fin y al cabo,

así, como Juan Carlos, figura en su partida de nacimiento.

Juan masculla que sí, claro, que él también era Juan Carlos en la pila bautismal por su padrino el rey Carlos de Rumania y a nadie se le había ocurrido nunca llamarle otra cosa que no fuera Juan a secas. Franco entonces se pone a disertar sobre la manía de bautizar a los niños con el santo del día, y que él estuvo a punto de llamarse Bárbaro por nacer el día de santa Bárbara. Don Juan le dirige una mirada desesperada a su secretario Ramón Padilla, porque Franco, como en la primera entrevista en el *Azor*, echaba mano de su astucia de campesino para irse por los cerros de Úbeda.

Padilla aventura:

—Los estudios del príncipe en España...

Franco toma una actitud más fría que nunca. No quiere que nadie adivine el cariño que le tiene a don Juanito e insinúa que ya ha creado su propia dinastía, y si no, tiene el recambio de don Alfonso de Borbón Dampierre, el hijo del infante sordomudo don Jaime.

Don Juan sabe que Franco ha comentado en público: «Si lo de don Juan Carlos nos sale rana, siempre podemos recurrir a don Alfonso».

Porque don Jaime acaba de enviar un telegrama a todos los jefes de Estado europeos, incluido el propio Franco, para informarles de que «he anulado la renuncia de mis derechos al trono de España que había efectuado a favor de mi hermano Juan... Esta renuncia es nula de derecho, ya que nunca ha sido ratificada en las Cortes... reivindico mis derechos a la Corona Española en calidad de hijo mayor de Alfonso XIII...». Y espera volver al trono «cuando ese gran hombre que ha salvado a España y que se llama Franco» lo permita. Aunque los jefes de Estado no se dignan contestar, esta actitud de su hermano mayor pesa en el ánimo de Juan, y Franco lo sabe.

Para presionar todavía más, le ha comunicado a don Jaime que ahora sí que puede enviar a sus hijos Alfonso y Gonzalo a estudiar a España, haciéndose el Estado cargo de su manutención y pasándole una cantidad al padre. Pero los hermanos, que están internos en el colegio Montana de Zug, se niegan. De momento.

A pesar de eso, don Jaime solicita para sí una pensión de 200.000 pesetas al año. Algo le soltó el Caudillo, pues Jaime se mantuvo tranquilo durante un tiempo.

En Las Cabezas, Franco se muestra vago y evasivo, se dedica a sus habituales digresiones históricas, se entrega a una apología desenfadada del sindicalismo vertical y evita cualquier tema político que pueda interesar a don Juan. Al final dice de forma categórica:

—Una cosa es la educación de su hijo y otra la de un príncipe que va a reinar; si no le parece bien, no lo envíe a España y ya contemplaremos otras soluciones para la sucesión.

Se trata de un farol, pues no tiene ninguna intención de estudiar otras posibilidades ni de cederle el príncipe a nadie, ni siquiera a su padre. Lo considera algo propio, quiere moldearlo a su manera. Al contrario de lo que dirá don Juan

Carlos, no es el hijo que quisiera tener, sino que quiere ser para don Juan Carlos el padre que él nunca tuvo.

Pero Juan, que es muy mal negociador, no está acostumbrado a las dobleces y además tiene miedo. Baja la cabeza y lo acepta todo, incluso que el hermano pequeño, don Alfonsito, venga también a estudiar a España. Franco dice:

—Ahora podemos brindar.

Y levanta el vaso de agua con limón que estaba bebiendo, mientras los otros, que tenían una botella de champagne francés a su disposición, no se atreven a abrirla y brindan también con agua.

La conversación durante la comida se hizo interminable, y Franco no cesaba de contar anécdotas de África y de vanagloriarse de sus gestas militares.

—Me dio dolor de cabeza, era como un abuelo narrando batallitas —se quejó más tarde el conde de Barcelona.

Los detalles estratégicos de la batalla del Ebro duran casi dos horas, y don Juan se toma todos estos comentarios bélicos como una indirecta, ya que él no pudo tomar parte activa en la contienda.

Antes de levantarse de la mesa, en el último minuto, Franco le dice a don Juan:

—Os prometo, alteza, que haremos de don Juan Carlos y don Alfonso unos hombres excepcionalmente preparados y unos grandes patriotas.

A lo que contesta secamente el conde de Barcelona:

—Entonces tendrán ustedes poco trabajo, porque todo eso ya se lo hemos enseñado desde la cuna.

Como nota curiosa de esta jornada, cabe señalar que un corresponsal de prensa norteamericano, un antecesor de los *paparazis* en busca de exclusivas, burló la vigilancia de la Guardia Civil que rodeaba la finca para ofrecerle a Saturnino, el chófer de Ruiseñada, 25.000 pesetas si tomaba unas fotografías con una cámara especial que no precisaba del delator fogonazo de magnesio. Se supone que la suculenta oferta fue rechazada por el honrado mecánico.

Claro está que hay otra versión de esta entrevista, muy diferente. El conde de Ruiseñada le contó a Luis de Galinsoga, el director de *La Vanguardia*, que Juan de Borbón fue todo el viaje hasta Estoril pensativo e impresionado por la personalidad de Franco. Que, de vez en cuando, sin apartar la vista de la carretera, decía:

—Es prodigioso el conocimiento que tiene este hombre de todas las cosas y de todos los hombres.

Volvía a quedar en silencio, como rumiando en su mente todo lo que había escuchado. Y en dos o tres ocasiones golpeó con la mano la rodilla de Padilla para decirle:

—Es para matar a quienes me han estado durante tantos años hablando mal del Caudillo.

Y cuando llegó a Estoril, se abrazó a Dánvila y le dijo:

—Nunca te agradeceré bastante todo lo que has hecho dándome ocasión de pasar

el día más feliz de mi vida.

Y Dánvila le comentó a Ruiseñada:

—¿Te has fijado con qué expresión de cariño filial, de respeto y admiración miraba don Juan al Caudillo cuando este hablaba en la mesa?

Como me resulta imposible imaginar a don Juan en la tesitura que reflejaban sus amigos, deduzco que esta conversación le fue relatada a Galinsoga para que llegara a los oídos de su excelencia. Me figuro la socarronería con la que la escucharía Franco, quizás diciéndose para sí mismo:

—Vaya, ahora todos quieren ser mis hijos...

Lo único que quedó claro es que don Juanito continuaría sus estudios en España, acompañado de su hermano, «para el mejor servicio de la patria, por el lugar que ocupa en la dinastía».

Nada más llegar los dos hermanos a España fueron a ver al Caudillo. Franco contempló embelesado como siempre a don Juanito, que le había llevado de regalo un barquito en miniatura que había construido él mismo, y después se volvió a su hermano, a ese Senequita feo pero muy listo que lo miraba con descaro. Le preguntó amablemente:

—¿Y vuestra alteza? ¿Qué va a ser de mayor?

Y Alfonsito contestó señalando con el pulgar a su hermano:

—Rey si se muere este.

La señora también salió a saludarlos. Los dos niños le besaron la mano con perfecta urbanidad y ella les enseñó el brazo incorrupto de santa Teresa. A la salida don Alfonsito rezongaba:

—Joder, ese tío no se va de ahí, habrá que echarlo a patadas, encima que está en el lugar de papá tenemos que hacerle zalemas, que lo echen de ahí los militares, a mí me revienta ir a visitarlo, y la Señora, siempre enseñando los dientes, me quita el apetito.

Juanito, furioso, se volvió a su hermano y estuvo pegándole durante todo el camino hasta que llegaron a San Sebastián. En el palacio de Miramar, donde veraneaban Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia, ocupan las habitaciones de los hijos hemofílicos, sin cantos puntiagudos y con las paredes tapizadas de tela para que los pobres infantes no pudieran herirse y desangrarse. Pero los dos hermanos se pelean de tal manera que los tienen que poner en habitaciones separadas.

Su primo, el travieso Carlos de Borbón, ya no está en el colegio, y tienen compañeros nuevos, en el grupo de Juanito están Álvaro de Urzaiz y Joaquín Pérez Herrasti. Se ha tenido que crear otro grupo para don Alfonsito, en el que están Juan Guell, los dos hijos del marqués de Zayas (uno de ellos, Carlos, se hizo socialista y se casaría después con la cantante Massiel) y Luis Alfonso Pérez de Guzmán entre otros.

Los niños estudian, montan a caballo, juegan al tenis, a jockey sobre patines y don Juanito, particularmente, al ajedrez. Él tiene una tarea extra, recibir a las visitas, que se echan a sus pies, señoras que le besan las manos, hombres hechos y derechos que se arrodillan cuando lo ven, incluso va Millán Astray y entra gritando:

—¡Arriba mis chacales, chacales en pie! ¡Viva la muerte!

Los niños se quedan impresionados por la figura extravagante del Glorioso Mutilado, hasta el punto de que todas las mañanas se levantan al grito de:

—Chacales en pie, ¡a lavarse los dientes!

Millán Astray, que, después de tanta guerra y tanto comportamiento heroico, muere en la cama de un ataque al corazón. Él también, como el maquis, como las tarjetas de racionamiento, pertenece a una España que, como los actores al finalizar su función, saluda y se va. Su histrionismo, sin embargo, lo acompañó más allá de la muerte: dejó escrito que se le enterrara como un simple legionario, sin los honores ni los desfiles que le correspondían por su rango. Franco, su antiguo subordinado en la Legión, no fue al entierro, que tuvo lugar en la Almudena frente a los pocos generales africanistas que iban quedando, Camilo Alonso Vega, Agustín Muñoz Grandes y Pacón. El Caudillo, que no lo veía desde hacía tiempo, se entristeció y dijo:

—Una parte de mi juventud se va con él. —Y añadió—. Era díscolo e ingobernable, pero tenía un gran corazón.

Y también contó, con evidente desmemoria:

—El rey lo nombró jefe de la Legión cuando yo ascendí a general por méritos de guerra.

Le envió una nota de condolencia a Elvirita, que seguía siendo su esposa legal, y le dijo al príncipe que también le escribiera.

Era lo que más cuesta arriba se le hacía a don Juanito. Antes de dormir, cuando los otros chicos ya estaban en la cama dedicándose a lo propio de los adolescentes con las hormonas en ebullición, él debía escribir interminables notas de agradecimiento, felicitación o pésame. Y eso que su día en Miramar empezaba a las siete y media para asistir a la misa del padre Zulueta, que les anunciaba:

—¡Las penas horribles de un infierno espantoso si se os ocurre pecar contra la castidad! ¡Qué dicha tan grande si el día de la boda al llevar a tu novia al altar puedes decir al Señor, aquí te la traigo pura como una flor sobre la que no ha caído ni una brizna de pecado! Ah, y recordad también que la música moderna está inspirada por el demonio.

Y les cuenta la historia del pobre chico que muere en plena juventud, como una flor marchita, porque la tuberculosis se ha apoderado de él:

—¿Cómo contrajo la enfermedad? ¡Nació con una enorme predisposición a ella, porque su padre, de joven, se entregó al vicio de la carne y se pudrió, y podrido él, engendró un hijo enfermizo!

Y siempre había algún gracioso en el grupo que lo escuchaba que le decía a su compañero de banco en voz baja:

—Tan podrido no estaría si aún pudo engendrar...

A diario les hace rezar por la conversión de la Unión Soviética y para que, en las elecciones inglesas, gane el Partido Conservador. Y encima, ahora, en Miramar, el padre Zulueta tiene otro motivo de indignación: se ha incorporado al claustro de profesores Ángel López Amo, licenciado en Historia, miembro del Opus Dei. Don Juan se acaba de entrevistar con el fundador del Opus, el padre José María Escrivá de Balaguer, en Roma, y este le ha aconsejado la presencia de un miembro de la Obra cerca de su hijo.

Juan Carlos odia las matemáticas y todos están muy flojos en Formación del Espíritu Nacional (FEN), y algunos profesores comentan horrorizados:

—¡Ninguno de los chicos conoce la letra del *Cara al sol*!

Juanito le escribe a su padre: «Hoy han llegado los libros de FEN, ¡vaya pesadez!», sabiendo que estas palabras le gustarán. Juanito tiene un ansia enfermiza de agradar a los demás, sobre todo a Franco y a su padre. Aurora Gómez Delgado, que enseñaba francés y era la única mujer entre el cuadro de profesores, lo recuerda como un niño afable y extravertido, «con muchas ganas de gustar, pero que tenía sus más y sus menos», que se adaptó muy pronto a Miramar y «no era en absoluto un niño difícil», aunque «sabía perfectamente cuál era su estatus». En ocasiones le decía a algún profesor:

—A usted, cuando yo sea rey, lo haré ministro de Hacienda.

Si el profesor le caía mal, lo castigaba:

—A usted no lo haré nada.

Sentía adoración por su madre, que lo llama una vez al mes, «y lo recuerdo corriendo por los pasillos de Miramar para ir al teléfono que estaba en el piso de abajo, gritándonos a todos: “¡Es mami, es mami!”».

Se escribe regularmente con sus padres; las cartas de don Juan terminan siempre con un «Hasta otra, queridos hijos míos, recibid un fuertísimo abrazo de vuestro amante padre», mientras las de la madre son algo más alambicadas: «Adiós queridos niños, hasta muy pronto, si Dios quiere. Un abrazo muy fuerte de vuestra mami que os bendice», aunque luego añadía una entrañable posdata: «Y dejad ya de morderos las uñas».

Franco es puntualmente informado de este intercambio epistolar, ya que se le envían copias a El Pardo, y también está al tanto de las actividades del príncipe. Cada mañana sobre su mesa encuentra una carpeta con el nombre de «Miramar» que contiene todo lo referente al augusto alumno. Informes que apostilla con comentarios al margen y preguntas como «¿Habla inglés? ¿Cómo va en deportes? ¿Cómo trata a sus discípulos». No hay referencias ni a la Formación del Espíritu Nacional ni a la religión.

No queda ninguna constancia de este material que resultaría tan interesante para los investigadores. Tampoco la hay de las notas que le escribe el príncipe al Caudillo, cartas breves, felicitaciones cada vez que nace un nuevo nieto, cuando hay alguna

efeméride política o alguna celebración especial en El Pardo.

Y ahora hay muchas de carácter privado y familiar. Las viejas paredes del palacio revivían y parecía que se ensanchaban de satisfacción. Se habilitaron habitaciones para los nietos, que se quedaban casi toda la semana con los abuelos porque Nenuca y Cristóbal habían entrado en el circuito europeo de las cacerías y las grandes fiestas. A veces Franco pregunta:

—¿Y mi hija? ¿Está en Madrid?

Y le contestan:

—Ayer vino de Kenia y ha salido para Italia.

Y Franco comenta con desconsuelo:

—¿Y no ha tenido tiempo de venir a darle un beso a su padre?

Sofisticada, elegante, Nenuca se aloja en el Lido, y los camareros la llaman «*madame la marquise*». Hoy acude al llamado «baile del siglo», organizado en el palacio Labra por el multimillonario Charlie Beistegui, propietario de minas de plata en México. Setenta góndolas adornadas con cintas y perlas recogen a los invitados. Cayetana Alba, que está en el mismo hotel, llama por teléfono a Nenuca:

—Carmen, ¿al final qué disfraz te pones?

Porque todo se ha llevado con un gran secreto, y Nenuca contesta, triunfante:

—De Cleopatra, ¿y tú?

Y la marquesa se queda un poco planchada cuando Cayetana le contesta:

—Yo, de emperatriz de la China.

Y si no, es una cacería en Austria invitados por los Hohenlohe o una jornada de esquí en Gstaad a cargo del multimillonario Paul Weyler u otro baile en Biarritz dado por el marqués de Cuevas al que, en honor a ellos, la obesa cronista social norteamericana Elsa Maxwell asistió disfrazada de Sancho Panza.

Carmina se acostumbra a llevar siempre un nieto en brazos, y entra sin llamar en el despacho de su marido, lo señala con el dedo y le pregunta al niño:

—¿Quién es?

—El abu.

Más de una vez el nieto se agarra al collar de perlas de la «abu» haciendo que se rompa y se esparzan por el suelo con gran jolgorio de todos.

Nadie se preocupa de introducir en las habitaciones motivos infantiles. Francis recuerda que vivían en una parte del palacio muy destartada, adornada con frescos con escenas mitológicas, algunas con imágenes terroríficas que les causaban pesadillas durante la noche. Se limitaban a arrinconar los muebles en una esquina, a quitar de en medio todo lo que se pudiera romper y a colocar un catre o dos. Convierten una habitación en cuarto de juegos; el «abu» la llama «la leonera».

Aun así, Carmina decide emprender tímidas reformas en la parte privada. Las viejas cortinas de terciopelo llenas de remiendos, que tanto polvo cogían, fueron sustituidas por leves visillos de gasa, y los pasillos se llenaron de obreros, que antes son cuidadosamente cacheados por los servicios de seguridad. Claro que el trabajo

debía interrumpirse cuando Franco, que estaba siempre embebido en sus asuntos, levantaba la nariz como un perro perdiguero, olisqueaba a yeso y hormigón húmedo, paseaba la mirada a su alrededor y decía:

—Carmina, ¿se ha pintado esta habitación?

Carmina disimulaba:

—No... hemos cambiado las bombillas... hay más potencia... Y Pura ha traído unas alfombras que ella no usaba...

El Caudillo preguntaba:

—Pero ¿no resultará muy caro todo esto?

Carmina se embarcaba en unas complicadas explicaciones, y si estaba Pura Huétor delante, tomaba la palabra para verter dulce miel en los oídos del matrimonio:

—Para qué se ha ganado una guerra, y además todos trabajan a precios de saldo por el placer y el honor de servir a su excelencia... y porque yo lo organizo todo...

Franco fingía convencerse, pero cuando veía a los albañiles en los pasillos, decía:

—Carmina, no hace falta que el cuarto de baño esté pegado a la habitación, que huele a orines...

Y su mujer se avergonzaba un poco de este comentario y miraba a su amiga para ver cómo se lo tomaba, ¡al fin y al cabo es marquesa! Y suspiraba:

—Es como una cruz... recorrer el pasillo por las noches para ir al baño, ¡nunca conseguiré cambiar eso!

Franco tenía a gala no gastar apenas dinero en cosas personales. La ropa le duraba mucho tiempo, su sastre, el gallego Emilio Báñez, cambiaba los forros de las chaquetas cuando se rompían; se remedaban las camisas y cuando aparecieron las primeras Galerías Preciados de Pepín Fernández, se vestía de confección. En lugar de utilizar paños ingleses, los quería catalanes. No fumaba, su bebida favorita era la Mirinda de limón y su apetito de gourmet no llegaba a más que un yogurt con Nescafé descafeinado por las noches, antes de acostarse. En la mesa de El Pardo se servía un vino mediano, López de Heredia, y una vez que pusieron gulas para que las probaran los nietos, Franco dijo que era la última, que eran muy caras.

Pero el genio financiero de la familia Martínez-Bordiú, el más listo, José María Sanchiz Sancho, el tío Pepe, padrino del marqués de Villaverde, descubrió cuál era su auténtica vocación un día que iban los dos juntos en el mismo coche a Santa Cruz de Mudela a cazar. Contemplando el paisaje que se veía a través de la ventanilla, la opulencia y el follaje de los olmos viejos que se alzaban a ambos lados de la carretera y que ocultaban matorrales y campos tan llenos de pedruscos y hierbajos que parecían regados con cal, Franco habló casi como si estuviera solo con ese cariño a la tierra y la adoración a las buenas cosechas que tienen todos los gallegos:

—Si yo tuviera una finca, le iba a sacar mucho más rendimiento que todos estos terratenientes que solo la explotan como coto de caza y que no se gastan dinero ni en abonos ni en pagar bien a sus campesinos. Si yo tuviera una finca...

Al tío Pepe se le encendió una luz y supo qué tenía que hacer para halagar al

todopoderoso Caudillo, ganarse su voluntad y de paso cobrarse una buena comisión: proporcionarle a Franco la oportunidad de adquirir la propiedad de Valdefuentes.

Esta finca se convirtió en el ojito derecho del Caudillo. Estaba en el kilómetro 21 de la carretera de Extremadura, de diez millones de metros cuadrados, y la compró Sanchiz en nombre del Caudillo por tres millones de pesetas, una auténtica ganga, al conde de Romanones. Sanchiz estaba casado con una hermana de la madre de Cristóbal, no tenía hijos y, según Pilar Franco, era uno de los seres más odiosos de la creación:

—Mi hermano y su mujer adoraban a Sanchiz porque les resolvía todas las papeletas. —Y proseguía con voz cavernosa por el rencor acumulado—. Era el mago financiero de la familia, era un adulator y tenía mala fama.

Y el doctor Gil, el perro fiel, le había dicho a Franco.

—Ese Sanchiz es un gran canalla y un sinvergüenza, se lo digo yo.

A lo que Franco había contestado:

—¡Mira que eres bruto, Vicentón!

Francis también reconoció:

—El tío Pepe fue el que realmente se lucró gracias a mi abuelo, no creo que tuviera muchos escrúpulos y era muy interesado.

El día en que el Caudillo compró la finca, Pacón anotó en su diario que no cabía duda de que había tenido vista y sus nietos estaban de enhorabuena, pues tendrían una holgada posición. A cambio del favor por haberle proporcionado Valdefuentes, Franco puso en contacto a Sanchiz con Banús, el constructor del Valle de los Caídos, con el que emprendería la urbanización de la Costa del Sol con espléndidos resultados económicos para las dos familias. Como agradecimiento, Cristóbal y Nenuca fueron obsequiados con un espléndido chalet en la urbanización los Monteros en Marbella.

Franco también reunió a Sanchiz y Meliá, el rey de los hoteles, gracias a él todos ellos acumularon fortunas inmensas.

Su excelencia personalmente se ocupó de poner la finca en explotación aprovechando sus propias subvenciones y todo el material de obras públicas, Banús le construyó gratuitamente los establos, donde llegó a tener 200 vacas y ovejas, abrió pozos y sembró trigo, patatas y ajos. Muchas tardes Franco se desplazaba a Valdefuentes para sentirse como María Antonieta en Le Petit Trianon, o en plan más local, como un auténtico terrateniente entre sus patatales, uno de los deseos atávicos de todos los gallegos.

Pacón admite:

—Es muy bueno para su salud y se entretiene.

Las tardes de primavera se pone un sombrero de paja y en mangas de camisa deambula por los sembrados, con sol y el grato murmullo de su infancia en el Cucheiro. Alguna vez llevó a la finca a don Juanito y se la enseñó con orgullo de propietario.

Claro que el Caudillo, además de poseer todo el país en general, y el Ferrol en particular, al que sus aduladores denominaban, «el Ferrol de Su Excelencia», tenía ya algunas valiosas propiedades. La Piniella, en Asturias, heredada por su mujer, la finca El Canto del Pico que el conde de las Almenas le había legado, aun sin conocerlo, durante la guerra en agradecimiento por haber salvado España. Y el pazo de Meirás, en el que Carmina había hecho sus primeros pinitos como decoradora. De la antigua propiedad de Emilia Pardo Bazán solo se había conservado su valiosa biblioteca, con muchas obras autografiadas por sus propios autores, aunque la verdad es que, a la muerte de Franco, esta biblioteca pasó casi enteramente al Gobierno gallego y se vio que no era tan valiosa, ya que los libros y autógrafos pertenecían en su mayoría a autores mediocres ya caídos en el olvido.

La biblioteca particular de Franco, que según la leyenda popular no leía nunca, constaba de 8.000 volúmenes, sobre todo de historia, subrayados con tinta roja y azul, y fue repartida entre sus nietos cuando murió.

Franco pasará en este pazo, de 3.000 metros edificadas y 110.000 de finca, treinta y siete veranos de su vida. Al principio los alternará con el palacio de Ayete de San Sebastian, propiedad de Patrimonio del Estado, un caserón grande e incómodo, húmedo y lleno de pulgas. Pero al final serán dos meses completos los que vivirá en Meirás, dedicado a la pesca, el golf y a la pintura, unos bodegones realistas de conejos muertos y frutas de temporada que cuelga en las paredes al lado de platos de Sargadelos, muy apreciados por Carmina, y enormes cabezas de ciervos abatidos en las sierra de Cazorla.

También se llevaba sus cámaras de hacer cine. Grababa centenares de películas, de momentos íntimos de la familia, de jornadas de pesca, el ciclo de la vida de una flor o simples paisajes de la «*terriña que lo criou*».

Allí, a veces, casi casi volvía a «ser persona», que era como se refería el propio Franco a la época de su vida en que no tenía responsabilidades políticas. En Coruña disfruta de su grupo de amigos, con los que va a pescar y que por las tardes se acercan al pazo para jugar al mus un máximo de cinco pesetas y a departir bajo los inmensos castaños. Max Borrel, su compañero de golf, Guimaraes, Pacón, Vicente Gil, los gallegos Pedrolo y Camilo, un extravagante Andrés Zala vestido con camisetas hawaianas que hace reír mucho a su excelencia, el exótico El Mizzian, al que ha puesto al frente de la Capitanía General de Coruña, Mateo Sánchez y Pedro Barrié de la Maza, conde de FENOSA, muy agradecido, ya que a cambio de haberle proporcionado Meirás, recibió todas las facilidades necesarias para poner en pie su empresa que lo convertirá en uno de los hombres más ricos de España. Su viuda, que no le dio hijos, logró una fortuna a su muerte, y todo hay que decirlo, la donó casi en su integridad a la fundación que lleva su nombre, una entidad sin ánimo de lucro al servicio del desarrollo de Galicia.

Algunos años después de la donación del pazo, Barrié volvió a reiterar su agradecimiento regalándole a la Señora personalmente un nuevo palacio, el de

Córnode, situado en medio del barrio viejo de La Coruña, de 879 metros cuadrados.

En el momento de morir Franco, el pazo de Meirás estaba tasado en 1.000 millones de pesetas (a la baja) y la casa del Canto del Pico con un pequeño terreno alrededor fue vendida en 320 millones de pesetas, aunque el resto de la finca sigue en propiedad de la familia Franco. La finca de Valdefuentes, que no estaba a su nombre, sino al de una sociedad y que todavía pertenece a la familia, valía oficialmente 10.000 millones de pesetas. Pero una parte de ella, 3,3 millones de metros cuadrados, ha sido recalificada y, antes de que estallara la burbuja inmobiliaria, estaba previsto construir una urbanización de lujo, con un valor incalculable.

En 1975, a la muerte del Caudillo, se hizo un inventario de lo que se llamaba el holding de El Pardo y se tasó el capital social en una cifra que alcanza los cien mil millones de pesetas en más de sesenta empresa relacionadas con algún miembro de la familia Franco Martínez-Bordiú.

La hermana del Caudillo, cuando se entera por otros de las nuevas costumbres de su hermano, protesta:

—Él es austero como nos enseñó mi madre, esto es cosa de esos Martínez...

Pila se molesta también porque su hermano ha donado la modesta casa de la calle María, que le tocó en el reparto testamentario del padre, al ayuntamiento, que va a convertirla en museo. Pero antes de abrirlo al público, Carmina ha decidido poner la casa con gran lujo, con muebles ingleses, alfombras buenas y cuadros de firma en las paredes:

—¿Qué hay de malo en demostrar que era un hogar digno y modesto, como correspondía a un honrado militar que nunca se enriqueció a pesar de que pudo hacerlo? ¿Se avergüenza del origen de su marido? —Se preguntaba retóricamente, para contestarse ella misma—. ¡Pues gracias a mi hermano, ella, los Sanchiz, los Martínez y los Polo han conseguido todo lo que tienen!

Pila se olvida de incluirse a sí misma en esta lista de beneficiados, ya que gracias a sus contactos de «intermediación», como se les llamaría hoy en día, se está haciendo con un importante patrimonio inmobiliario.

Los comentarios de la cuñada protestona llegan a oídos de Carmina, y entonces se comprende que cada vez se les convoque menos a las celebraciones que se dan en El Pardo, hasta que al final ya se olvida de enviarles invitación. Pila y Colás son el pasado, y a Carmina le aburren y le avergüenzan.

Los Franco constatan con resignación este cambio en la actitud del hermano y la cuñada. Pilín Jaraiz Franco le contó poco antes de morir a la autora de este libro que en principio su madre y ella comían todos los jueves en El Pardo, pero que el ambiente cada vez era más frío y hostil. El capellán de sus tíos, el padre Bulart, bendecía la mesa, y ahí nadie podía decir nada porque todo se consideraba indiscreto.

—Pero su madre tenía fama de ser la voz de la calle.

—Al principio les hacía gracia, incluso, que contara chistes sobre ellos, pero luego mis tíos se enfadaban y la hacían callar, decían, «que no, Pila, que estás

equivocada, al Caudillo todo el mundo lo quiere, parece mentira, a saber con quién vas, es que todo te lo crees», y claro, mi madre dejó de sentirse a gusto y terminó por no ir, ni ella ni yo.

Lo decía también Pacón:

—Las comidas en El Pardo eran una tortura, no se podía hablar de nada porque todo se consideraba inconveniente... Mi primo estaba ausente, perdido en sus pensamientos; tenía la costumbre de partir palillos, y cuando se retiraba dejaba un montoncito delante de su silla. Carmina los recogía como si fueran reliquias sagradas...

Si estaba Nenuca, la conversación volaba más alto:

—Era culta, cariñosa y muy amena hablando; si contaba algo y mi primo le llevaba la contraria medio en broma, Carmina le daba un golpe en la mano y le decía, tú, calla, Paco, que eres un héroe y los héroes no entienden de estas cosas.

Paco la miraba con sorpresa dolorida, entonces Carmina buscaba una excusa para levantarse y le pasaba como al descuido la mano por la nuca. El marido movía la cabeza para que se adaptara a la mano de su mujer y estaban unos segundos tan íntimamente unidos como si estuvieran haciendo el amor. Era tan rápido todo, tan leve, que pasaba inadvertido para casi todo el mundo, menos para la hija.

Y también proseguía el primo:

—Todo lo que no era adulación lo consideran una crítica. —Y añadía con cierto resquemor—. Carmina tiene pasión por su marido y quiere ahorrarle todos los sinsabores de este mundo.

A los ojos del lector puede parecer que lo que le pasaba a Pacón era que estaba algo celoso, como un amante despechado.

Encima la sobrina, Pilín, tenía fama de roja en la familia, y con ella la frialdad todavía era mayor. Y recordaba esos años con sentimientos agridulces:

—Cuando mi tío estaba solo, le salía a veces el humor socarrón que tenía cuando era joven, cuando venía a Ferrol a vernos, ¡cuando me llamaba Robustiana!

A Pilar Jaraiz le brillan los ojos, y puedo ver la mujer que fue, resuelta, alegre, maliciosa, aunque cuando yo la entrevisté, en su piso de Barcelona, en la calle Nena Casas, le faltaba muy poco para morir.

—Una vez estaba yo en El Pardo mirando una vitrina con mi tío Colás en la que había unas medallas del siglo pasado, y mi tío bajó primero, y tío Colás se atrevió a decirle, hombre, Paco, veo que tienes una medalla de una señora de pierna alegre como Isabel II, y Franco se puso a reír y me dijo, Pilín, cómo es tu tío Nicolás, que no respeta ni a las reinas, ¡aunque sean de pierna alegre! Pero ya cuando bajó mi tía se quedó como avergonzado de haber estado hablando con nosotros a solas y de haber tenido ese rasgo espontáneo de humor y no volvió a abrir la boca...

Y añadió Pilín en lenguaje castizo:

—Yo notaba que a mi tía los Franco le parecíamos un rollo, pesadísimos, que era una especie de obligación recibirnos, que ellos habían evolucionado y nosotros no,

pero ¿tú no sabes lo que decía mi tía para demostrar lo que había cambiado el país?

Ante mi negativa, la sobrina me contó:

—Decía, figúrate, Paco, lo que ha adelantado España, sin ir más lejos miranos a nosotras. ¡Compara cómo vivíamos antes y cómo vivimos ahora!

Pilar se reía hasta las lágrimas y luego me aclaraba:

—La verdad es que yo nunca se lo oí decir, y además, siempre los he visto vivir muy bien, sin el lujo de El Pardo, pero en casas buenas y muy bien puestas...

—Pero su tío presumía de austero...

Pilar se quedó pensativa:

—Yo estoy segura de que los hábitos de mi tío, que era muy frugal en todo, no habían cambiado, pero a mi tía cada vez la veías con una joya nueva, aunque ella delante de nosotras disimulaba y decía que eran joyas de su madre a las que había cambiado la montura... También nos contaban que se compraba pisos y luego los alquilaba. Y Nenuca aparecía con unas pieles y el marqués con unos cochazos... Mi tío no se daba cuenta o hacía ver que no se daba cuenta, porque no quería líos con la familia y era muy marrullero; él, permitiéndolo, no tenía menos culpa que ella...

Y terminó con esta frase lapidaria:

—Mi tío creía que estaba al servicio de España, pero fue España la que terminó estando a su servicio.

Los ríos no corren desde el mar, los relojes no pueden ir hacia atrás, ni la primavera puede suceder al verano. Carmina tiene razón y los tiempos han adelantado tanto que hasta el *playboy* por excelencia, el torero número 1, quiere sentar la cabeza. Sí, se casa Luis Miguel Dominguín, que había embelesado a una casi adolescente Nenuca, el romántico novio de Ángela Pérez-Seoane, hija del duque de Pinohermoso, a la única según dicen que amó realmente, el fogoso amante de Cecilia Albéniz y de Annabella, casada con Tyrone Power, que muere en Madrid de un infarto mientras rodaba *Salomón y la reina de Saba*, quizás por los disgustos que le daba su mujer. Deja la soltería el «amante prodigioso» que había conquistado a María Félix, Lana Turner, Lauren Bacall, Ivonne de Carlo, ¡la China Machado, la segunda mujer más guapa del mundo!, ¡pero es que con la primera, Ava Gardner, también se ha acostado! Y la afortunada es Lucía Bosé, lo que provoca que en México se suicide su último amor, la actriz Miroslava Stern, abrazada no solamente a su foto, sino también, según detalla la prensa de la época, «a una foto de la abuela de Dominguín».

Hombre, claro que el torero se casa con Lucía obligado por las circunstancias, todo hay que decirlo, porque la actriz italiana se queda en estado y doña Carmen se pone firme y se lo dice a su marido:

—Paco, a ti te caerá muy bien ese Dominguín, y además estos asuntos no te importan porque bastante has visto en África, pero si no se casa con la italiana no se le vuelve a invitar a una cacería.

Así que a regañadientes Dominguín y Lucía contraen matrimonio en Las Vegas. Pero Carmina no se queda contenta y dice con desprecio:

—¿Las Vegas? ¿Qué matrimonio es este?

Y la pareja debe volver a casarse en Madrid, Lucía hasta se encasqueta una mantilla blanca larga hasta los pies sobre un vestido negro, y Franco puede volver a acoger en las cacerías al díscolo torero, que es el único que se comporta con naturalidad delante de él y cuando le cuenta chistes sobre su persona no se enfada como hace con su hermana Pila, quizás porque Carmina no está delante.

El mismo Dominguín me lo relató:

—Era un ambiente tremendo el de las cacerías, todos iban allí por algo, para sacar un permiso, un enchufe, para hacerse los simpáticos... Los arribistas sobornaban a los monteros para que los pusieran cerca del Caudillo, eran unos pobres muchachos que algunas veces incluso se desmayaban de hambre... El centro de todo era su excelencia, ¡era el sol y todos gravitando alrededor suyo como planetas!

También había planetas menores. Cristóbal, el Yernísimo, que se rodeaba de artistas como Juanita Reina, porque, hombre ducho en estas lides, se daba cuenta de que la tonadillera andaluza le gustaba mucho a su suegro. Cuando la veía aparecer, alta, morena, pisando fuerte, con sus grandes ojos rasgados como una figura de Julio Romero de Torres, Paco sentía como si una pluma le acariciara la garganta y le pedía con la voz ahogada:

—Juanita, canta.

El yerno hacía callar a todo el mundo y en la noche de las ventanas abiertas con los perros aullando contra el misterio de los caminos, Juana cantaba:

*Soberana, no llamarme soberana,
que yo no lo puedo ser.
Mientras viva
sabe Dios que estoy cautiva
del imperio de un querer.*

El tío Pepe aprovechaba ese instante de reblandecimiento y se acercaba al Caudillo para susurrarle:

—Ahora que somos familia creo que ya podríamos tutearnos.

A lo que contestó Franco recobrando su imperturbabilidad habitual:

—El tratamiento que me corresponde es de excelencia.

Dominguín tenía dos hermanos, el menor se llamaba Pepe y era banderillero, el mayor, Domingo, también torero, era comunista. Carrero Blanco, tan taciturno como siempre, se aproximaba a él y le preguntaba confidencialmente:

—Dígame, Dominguín, ¿quién es el comunista de los tres?

Y Luis Miguel contestaba:

—Los tres, ministro, los tres.

El torero tenía el descaro de ir siempre con chicas distintas, a las que presentaba como «mi prima» o, a veces, si eran jovencitas, «mi sobrina».

Un día fue con Ava Gardner, borracha desde que bajaba del avión hasta que volvía a subirse. Franco, que sabía perfectamente quién era, cuando Dominguín le comunicó el consabido:

—Mi prima.

Le tendió la mano y le preguntó tan solo:

—¿Ya ha ido usted a misa?

Dominguín proseguía contando:

—En un grupo estaba Cristóbal Villaverde pavoneándose, en el otro el empresario Banús, que estaba tratando de conseguir permiso para construir en la Costa del Sol y que se notaba que no había cogido un arma en su vida, en otro un fabricante catalán que quería importar algodón, los nobles apolillados que sacaban unos trajes de cazar inverosímiles, unos ministros tratando de mantenerse en su puesto y hablando mal de los otros ministros, incluso se colaba alguna pilingui...

Era un submundo poblado de subsecretarios, autoridades regionales, ambiciosos que iban a demandar favores, aunque nadie se atrevía a pedirselos al Caudillo directamente, es más, casi nadie osaba dirigirle la palabra, pero se hablaban entre ellos a gritos de los asuntos que se querían resolver:

—Si se pudiera expropiar la finca que está al lado de mi fábrica, podría ampliarla y daría trabajo a más obreros —vociferaba uno.

Y el otro pegaba un alarido que estremecía las piedras:

—Pues a mí lo que me gustaría sería que se me concediera el monopolio del hilo de cobre...

Y otro más daba chillidos tremebundos que asustaban a los perros, que se ponían a ladrar a la vez:

—Permiso de exportación...

—Un hospital privado...

—Subvenciones agrícolas y ganaderas...

—Un Dodge Dart.

Todo era un pandemónium en el que apenas podía entenderse algo, hasta que la voz adelgazada de Franco decía:

—A ver si al final llueve.

Carrero no hablaba con nadie, pero ponía expresión de disgusto ante estas exigencias, el austero Muñoz Grandes exclamaba que «ya se están pasando de rosca con esta moda de la caza», y el primo Pacón razonaba que «a los caudillos se les domina por la parte más débil, como Paco no era propenso al juego, ni a las mujeres, ni al vino, se le adulaba en la pesca y la caza». Y en sus diarios Pacón anota minuciosamente que «al mes dedica doce días laborales a su afición cinegética, con lo que, descontando los festivos, le quedan de trabajo diez días al mes».

Claro que la temporada de pesca no merece tampoco la aprobación del severo

primo:

—Hemos estado dos días en la mar y ha pescado tres atunes... No cabe duda de que esto de los atunes no es ningún negocio, si se cuenta el petróleo del *Azor*, sumado al del buque escolta, lancha para coger cebo vivo, sueldos de las treinta y una personas fijas de la tripulación, mantenimiento del barco, cada atún de esos cuesta muchos miles de pesetas.

Al caer la tarde, Franco se sienta en cubierta y le dice al camarero:

—Un vaso de agua.

Pacón pide una cerveza y unas aceitunas. El Caudillo mira con reproche el aperitivo de su primo y señalando su vaso de agua, comenta:

—Aprende de mi, Pacón, se vive mucho más a gusto siendo austero.

Hasta su perro fiel, el médico Vicentón Gil, al que no le gustan ni los toros ni las cacerías, protesta:

—Le explotan, allí todos van a hacer buenos negocios, lo obligan a subir y bajar pendientes, a trasnochar y madrugar, en un solo día dispara seis mil cartuchos, ¡el día menos pensado le revienta la aorta!

Por la noche, con la chimenea encendida en el comedor de la casona, con el vino de crianza, el embutido, las empanadas, las tortillas de patatas sobre la mesa y las piezas cobradas expuestas en el exterior, todos esperan anhelantes al Caudillo. De repente, desaparecen las viandas, y es que la Guardia Civil mandó retirarlo todo y tirarlo a la basura, ya que se había elaborado sin su vigilancia. Un sargento irrumpió en la cocina y no se echó ni un puñado de sal sin que él lo supervisase. Otro guardia civil tenía orden de preparar personalmente el café y coger agua del grifo para su excelencia.

Si se le preguntaba a su personal qué prefería el Caudillo para cenar, contestaban:

—Un guiso.

Porque Franco razonaba:

—Si quieren matarme a mí, tendrán que matar a toda la mesa.

Los invitados a la cacería le tendían obsequiosamente un platito con avellanas o aceitunas. Él decía:

—No, gracias.

Y se sacaba unos caramelos que llevaba siempre en el bolsillo. Se los metía Carmina antes de salir de El Pardo, diciéndole:

—Paco, no comas nada que te ofrezcan por ahí... Ya sabes...

Y es que todos los días llegaban anónimos en los que se decía «Te envenenaremos».

Los anfitriones de la cacería, claro está, pasaban por todo, y si les hubieran solicitado que se tumbaran en el suelo para hacer de felpudo lo hubieran hecho. Dominguín me decía con una sonrisa de desprecio:

—Todos perdían el culo para hacerle la pelota.

Trataban de halagarlo y sorprenderlo de todas las formas posibles, los Terry, por

ejemplo, contratan a una pescadera de El Puerto, la Guachi, para que pregone su mercancía cuando el Caudillo entra en el comedor. El conde de Ruiseñada, en Las Cabezas, hace vestir al servicio con trajes copiados de los cuadros de Velázquez. En otras ocasiones se contrata un grupo de flamencos, y su consuegro, el conde de Argillo, en su finca de Arroyovil celebra unas fiestas por fin de año a las que acude todo el pueblo de Mancha Real, en carros, tractores, camiones... No entran en la casa, claro está, sino que se quedan en el patio, alrededor de hogueras que han encendido para calentarse en la noche gélida, con la esperanza de ser contratados al día siguiente para «alear» a las perdices.

Franco lo graba todo con su cámara, así no tiene que hablar. Todavía hay alguien que le pregunta por los próximos ministros, pero Franco no suele contestar, solo quiere hablar de sus hazañas cinegéticas:

—Creo que hoy cobré tres mil perdices.

Y si no eran perdices, eran ciervos de muchas puntas.

Si alguno, a pesar de todo, insistía:

—A mí me han dicho que Blas Pérez y Arburúa...

Franco comentaba distraídamente:

—Yo no he oído nada... No me suena ningún nombre.

Cerca de la chimenea, ajeno a todo, se sienta Dominguín con una de sus «primas» en las rodillas, una copa en una mano y un cigarrillo en la otra. Se le acerca el Caudillo caminando parsimoniosamente con toda su corte detrás, uno le lleva una taza, el otro le coge una silla para que se siente, otro una prenda de abrigo por si tiene frío, los otros se limitan a hacer: «Chiss», haciendo callar por si acaso el Caudillo quiere expresar algún pensamiento digno de ser escuchado con sagrada atención. Con su voz atiplada, Franco se dirige al torero:

—Y qué, Dominguín, qué se dice por Madrid.

El torero se pone en pie, no sin antes haber dejado a su prima en el suelo, y empieza:

—Excelencia, me han contado que el otro día se encontraron dos loqueros, y el primero le dice al segundo, es tremendo, tenemos en mi manicomio a Franco que se cree Dios. Peor es lo nuestro, dice el otro, nosotros tenemos a Dios y se cree Franco.

Y Dominguín me explica:

—Todos se quedaban callados esperando la reacción del Caudillo, y entonces, en medio de un silencio impresionante, se oía una risita leve y contenida que iba en aumento. Era Franco, y eso era una señal para que todos se rieran a carcajadas, ¡se desternillaban como si yo fuera la persona más graciosa del mundo! De pronto el Caudillo levantaba una mano y todos se detenían con tanta rapidez como un grifo que se cierra.

Le pregunté al torero por la Señora:

—No iba nunca... —y reía Dominguín con su risa magnífica de Dominguín—, coño, por ella tuve que casarme...

Y no fue el único matrimonio que consiguió Carmina, y no estoy hablando del de la teresiana y el chófer, también obra suya.

El día de la conmemoración del Alzamiento, el 18 de julio, se organiza en la Granja de San Idelfonso, lugar de veraneo de los antiguos reyes, una recepción al cuerpo diplomático que se termina con una exhibición a cargo de los artistas más importantes del momento. Con los años doña Carmen ha ganado algo de peso, sobre todo en el pecho y los brazos, y su modista Asunción Bastida utiliza un corte ablusionado, con una gran falda de shantung a media pierna, estampado en tonos rosas, y con manga larga, a pesar del calor que hace. Lleva casquete blanco y un collar de perlas de tres vueltas, con guantes cortos, blancos también. Al mediodía se come en familia, después se saluda a los embajadores y a continuación, en filas de dos, se va a los jardines donde se ha improvisado un pequeño escenario.

«Al contrario de lo que dicen muchos, era un honor que te llamaran», confiesa Conchita Velasco. Y eso que ella vivía en pecado, pues era la «novia» de José Luis Sáenz de Heredia, primo hermano de José Antonio Primo de Rivera, que había dirigido *Raza*. Pero nadie se atrevía a hacerles un feo, porque eran muy discretos, la mujer de Sáenz de Heredia no protestaba y además bastante revolucionados estaban los falangistas, nada contentos, ya que, según ellos, «Franco se pasa los postulados del Ausente por el forro de los cojones», como para encima meterse con su primo.

Paco intentaba tranquilizar a su agraviada mujer:

—Hagamos como que no nos hemos dado cuenta... no nos conviene —y al final concluía—, ¡y no nos importa!

Los artistas se llamaban unos a otros a ver a quién avisaban y de quién se prescindía, y si por algún motivo ese año no recibían la invitación, se inventaban pretextos que justificasen esta ausencia:

—No pude ir porque estoy enferma.

—Me voy de gira al norte.

—Han operado a mi padre.

Los más atrevidos llaman a Pura, la mano derecha de la Señora, para que les consiga una invitación. No se hace por los emolumentos, ya que se paga simplemente con una pulserita de esmalte con el escudo de España, sino por el honor y para salir al día siguiente en los periódicos.

Ese año se incorporan al festival los «niños prodigio». Marisol lleva una faldita almidonada y calcetines blancos, es un «rayo de sol», que tal es el título de su primera película, nadie podía sospechar que, como ella dijo de mayor, «ya estaba más sacudida que una estera». Tenía tres años más de los que confesaban sus biografías oficiales y debía llevar el pecho fajado para que no se notara que empezaba a brotarle. Hasta los ocho años había formado parte de un grupo de niños prodigios que recorrían España actuando en fiestas mayores, le habían pegado, había tenido que dormir en la misma cama del empresario y su amante, y a veces estaba tan golpeada y tan hambrienta que se había desmayado en el escenario, donde hacía cuatro y cinco

pases diarios.

Pero nadie reparaba en estos detalles, no se conocía el concepto «protección a la infancia», empezando por las propias familias que veían en aquellos niños prodigiosos una mina de oro para salir de la miseria en los años del hambre.

La Señora se inclinó hacia ella y le dijo:

—Eres muy mona, mi nietecita ha visto tu película y le ha gustado mucho. —Y le preguntó—. ¿Querrás venir a cantar el día de su cumpleaños?

Manuel Goyanes, su productor, era el que contestaba por ella:

—Claro, Señora, cuente con nosotros.

Estaban Joselito, llamado el pequeño rruiseñor por sus trinos prodigiosos y con mucho predicamento entre el servicio doméstico, Pablito Calvo, que había protagonizado la lacrimógena *Marcelino pan y vino* —que Franco, al que le gustaba mucho el cine, había visto media docena de veces y todas ellas llorando a moco tendido—, y una larga lista de actores adultos. En el grupo más animado, el de las folklóricas, desde el graciosísimo Tony Leblanc, hasta Marujita Díaz, esa chica que sabe mover los ojos de una forma tan curiosa, desde la virginal Carmen Sevilla hasta Paquita Rico, y todos hacen reír mucho a la Señora, que no deja de pensar, sin embargo, que todas estas artistas son carne de pecado, pero un día es un día.

Un poco aparte, abanicándose, Juanita Reina lo miraba todo con un ligero aire de propietaria. De ella en particular la Señora no se fiaba ni un pelo, sabía que acudía a las cacerías y en una función de Navidad en el Teatro Real la había sorprendido dirigiéndole miradas incendiarias a Paco con esos ojos que, debajo de esa peculiar forma de pico en que le nacía el pelo en la frente, le hacían parecer un extraño y peligroso vampiro. Ella ponía la mano en el fuego por su marido, pero algunas veces lo había oído cantar por lo bajo:

*Soberana, no llamarme soberana,
que yo no lo puedo ser*

y se había propuesto vigilar muy de cerca.

Pero Juanita Reina es historia. El Caudillo ha desaparecido. Porque solo tiene ojos para el escote magnético de Sarita Montiel. La vampiresa por excelencia del cine español, que vive con un hombre sin estar casada, americano por más señas, que se ha ido a Hollywood vete tú a saber a qué, que ha estado en México, único país que no reconoce al Gobierno de Franco, que presume de que su padre es gañán y de izquierdas, ¡sí, esa Sarita!, también ha sido invitada a La Granja. En la fila, con una blusita ligera, con los pezones enhiestos, dejando ver que en las Américas no se utiliza sujetador, mantiene los labios entreabiertos por los que se ve la punta de su lengua húmeda e incitante entre sus dientes blanquísimos. El Caudillo se acerca imantado por el aroma a sensualidad que despide y con voz sofocada le dice:

—Sarita...

La manchega, avanzando el busto, contesta:

—Dígame, su excelencia.

Y al final, ya perdidos de vista La Granja, el polvo insoportable que se levanta del suelo, los mil invitados ahogados en la calima sudorosa del atardecer más caluroso del verano, el Caudillo le suplica:

—Violeterilla, venga para acá, que la quiero conocer de cerca...

Pero doña Carmen, que está a todas, se aproxima rápidamente. Ella sabe que, aunque su Paco es un santo, no deja de ser hombre, así lo cuenta con malicia Pacón: «Carmina se rodea siempre de amigas feas para evitar la tentación». Y para ella Sarita Montiel entra en la categoría de las mujeres que deberían estar prohibidas. Le da un golpe con su abanico a la manchega, que se ríe muy alto para disimular, y se lleva a su marido.

Mientras caminan rápidamente, con los tacones hundiéndose en el césped húmedo y teniendo que contestar a los centenares de saludos y reverencias de los invitados, le va reprochando en voz baja a su marido:

—Paco, cómo me haces esto... Adiós, marquesa... Son unas pájaras, menos mal que no ha llovido, ministro... que solo quieren liarte... Padre, ha sido una misa muy bonita...

Y el Caudillo entrecierra los ojos halagado porque su mujer está celosa, y satisfecho porque le ha parecido sentir que le rebullía una parte de su anatomía que ya creía tan amojamada como el brazo incorrupto de santa Teresa.

Sin darse cuenta, se echa a reír, ¡si su mujer supiera en lo que está pensando!

Carmina lo mira con sospecha, pero no dice nada.

El grupo de las folklóricas, de «las mi arma», como se llaman ellas mismas, ya se está animando, se recogen la falda en un costado e improvisan una rumbita. Semiescondida entre sus compañeras, atisba una morena graciosa de ojos brillantísimos, y la Señora la identifica:

—Pero si es Lolita Flores.

De Jerez de la Frontera, chiquitina pero con mucha fuerza, muy nerviosa, juguetea con su mantoncillo tratando de taparse la tripa, intentado distraer a la Señora con su palabrería:

—Que vamos a estrenar un espectáculo nuevo...

Súbitamente, Carmina le desanudó el chal y quedó a la vista provocativa, abultada, la barriga de una embarazadísima Lola Flores, el testimonio vivo de que en aquella España, a pesar de las soflamas religiosas y de la figura ejemplar de la familia del Caudillo, al margen de los reglamentos y la moral, había sexo y seguía la vida.

La mujer bajó la cabeza, avergonzada. Un hombre joven, aceitunado en la mejor línea lorquiana, con los ojos entornados de párpados pesados del macho dominante, avanzó un paso, como reclamando para sí el fruto de aquel vientre. Carmina miró a una y a otro y dijo:

—Por Dios, Lola, a ver si arregla usted eso, ¡cásense! ¡Aunque sea por esa

criatura! ¡Esto es escandaloso!

Esa criatura era la hoy tan ponderada Lolita Flores, y los padres, Lola Flores y Antonio González, El Pescaílla, se casaron un amanecer de mucho frío en el monasterio de El Escorial, siguiendo la orden ineludible de la mujer que más mandaba de España.

Carmina, como su marido, podía decir:

—¿Difíciles los españoles? ¡Yo los encuentro fáciles de gobernar! ¡En el fondo son como niños!

A estas recepciones no va nunca don Juanito, cuya presencia en España sigue siendo semiclandestina. Franco ha leído atentamente los dos informes que le facilitaron una vez acabado el bachillerato con, cómo no, matrícula de honor. El catedrático que lo examina de francés le dice:

—Permítame que cometa la osadía de intentar preguntarle, cuando usted habla el francés mejor que yo.

Y don Juan entrega un donativo al Instituto San Isidro, donde se examina el príncipe. Un grupo de monárquicos entran en la sala y gritan:

—¡Matrícula de honor! ¡Matrícula de honor!

No es raro que uno de sus tutores comentara: «Si don Juanito no sacaba matrícula de honor, todos nos hubiéramos sentido unos fracasados».

El primer informe lo redacta Jesús Pabón, el historiador monárquico que había examinado a don Juan Carlos, «la impresión que deja el príncipe es de alguien fundamentalmente afectuoso y bondadoso, es tímido e intenta superarlo con cierta vehemencia y hasta violencia en la expresión, el gesto y la palabra... es generoso, simpático, desprovisto de rencor...». El conde de Fontanar, el padre del compañero de habitación de don Juanito, Jaime Carvajal, elabora el segundo informe, algo más duro, quizás porque lo compara con su hijo, que es un excelente estudiante. También habla de la rectitud y generosidad del príncipe, «trata a las gentes modestas con sencilla afabilidad», aunque percibe en él cierto grado de indisciplina, que no muestra demasiado interés por la cultura y «ni siquiera lee la prensa diaria». En ocasiones, el chico le parecía «desatento, egoísta y superficial... lo que hace falta es imbuirle un mayor sentido de la obligación».

Ahora don Juanito está en la Academia de Zaragoza, tan querida para el Caudillo. Que le dice:

—La fundé yo.

Y don Juanito contesta:

—Sí, excelencia, su huella está en todas partes.

Por Semana Santa, los dos hermanos van a Estoril. Ya no están juntos, porque Alfonsito estudia en el colegio Los Rosales y el año próximo quiere ir a la Escuela Naval de Marín, tiene vocación marinera, como su padre, al que tanto se parece. De su padre también ha heredado su odio a Franco, del que dice:

—No lo soporto, mueve la pierna todo el rato como si fuera un péndulo. —Y le

recrimina a su hermano—. ¡No entiendo por qué te gusta!

Don Juanito no se molesta en responder, pero mientras su hermano se va de ejercicios espirituales con el padre Basabé a Los Molinos, él visita a Franco para despedirse.

Nunca hablan de política; el príncipe le cuenta algún chisme de la oficialidad, pregunta sobre estrategia militar y no se olvida de consignar las disposiciones de Franco que todavía se mantienen en la academia. Aunque él ocupa una habitación y un despacho, le pregunta:

—¿Su excelencia prefería habitaciones de tres en lugar de dos cadetes?

A lo que Franco contesta, demostrando que está al tanto de las debilidades humanas:

—Es el sistema alemán, así se impiden los «matrimonios» entre cadetes.

Si a don Juanito se le escapaba algún «taco», porque era malhablado como todos los Borbones, se tapaba la boca y Franco comentaba sonriendo:

—No os preocupéis, en el Tercio me acostumbré al peor lenguaje del mundo.

Juanito le hace sentirse como si fuera un joven un poco irresponsable, el muchacho que nunca fue, ya que él mismo declara con tono dolorido:

—Yo nunca tuve infancia, desde muy pequeño adquirí responsabilidades de hombre.

En esta ocasión el Caudillo no le hace ninguna mención a su padre, y es que las acciones de don Juan en la bolsa monárquica están bajo mínimos, en estos momentos el Caudillo ha dado uno de sus habituales bandazos y se ha vuelto otra vez falangista, ha destituido al liberal Ruiz Jiménez y ha nombrado al ultra Arrese como ministro de Educación. El periódico *Arriba* se mofa: «¡Nunca las flores de lis han estado tan mustias!».

Cada mañana, en Estoril, cuando Juan se levanta, le pregunta a su secretario:

—¿Hoy qué tenemos, Ramón?

—Nada, majestad.

Don Juan se siente sin bríos, indefenso, desconectado de todo.

Esa Semana Santa el clima de abandono y desaliento se ha contagiado a toda la casa. Además, llueve sin parar, los hijos, aburridos, pesados e insidiosos como la humedad que lo impregna todo, remolonean por el chalet. En jueves santo han ido dos veces a misa, y Alfonsito ha participado en el Club de Golf junto a su íntimo amigo Antonio Eraso en una competición, la Taca Visconde Pereira de Machado. Hace frío, llueve y deciden irse, no sin antes hacerse una fotografía, la última que se conserva del infante. En ella se ve a Alfonsito de perfil apoyado en su palo de golf, mientras su amigo juega. El niño posa orgulloso con sus primeros pantalones largos, a los que ha arremangado los bajos para que no se manchen de barro.

En casa, Pilar, la hermana mayor, lee en su cuarto. La pequeña, Margot, la cieguita, juega con su señorita de compañía, la suiza Anne Diky. Doña María está en su gabinete y don Juan en su despacho. Los criados han salido porque es «día

feriado».

Juanito tiene una pistola. El origen de esta arma todavía es una incógnita, algunos autores sostienen que se la regaló Franco, otros que el conde de los Andes, y aun otros más que salió de la Academia de Zaragoza. Las balas las compró Alfonsito en una armería de Lisboa, la caja lleva el anuncio de «aléjense del alcance de los niños». Alfonsito tiene casi quince años, Juanito dieciocho, está claro que ninguno de los dos es un niño como se nos ha querido hacer creer durante mucho tiempo, quizás para minimizar la gravedad de este suceso capital en la vida de la familia, y también, quizás, en la dinastía. Alfonso, para don Juan, podría ser un recambio si lo de Juan Carlos, para utilizar las palabras de Franco, «sale rana».

La pistola es una Long Star automatic del 22. Las balas del calibre 22, aunque son muy pequeñas, pueden matar perfectamente a una persona, siempre que el tiro sea directo.

A partir de aquí existen tantas versiones de este suceso como historiadores hay, yo misma he hablado de esta muerte en cinco de mis libros, además de haberla comentado en periódicos, radio y televisión. Pero hoy cuento con el testimonio de una persona que estuvo ese día en primera fila y puedo transmitir fielmente todo lo que me ha aportado.

Los príncipes han tirado con la pistola esos días y han roto unas farolas de la calle de Inglaterra. Los vecinos han protestado y doña María ha escondido la pistola en su secreter. Pero los chicos se aburren y le piden a su madre que se la deje:

—Para tirar al blanco.

La madre, harta, va a buscar a la chaqueta de su marido la llave del secreter. Alfonsito y Juanito suben al gran cuarto de juegos del último piso. En una hoja de papel blanco, dibujan una rudimentaria diana, con un punto negro en el centro, y la clavan en la pared. Cargan la pistola. Juanito se dispone a disparar. Se aleja un par de metros, cierra un ojo, apunta.

Y en ese momento, el hermano, nervioso, inconsciente, atolondrado, atraviesa la habitación haciéndole una mueca burlona a Juanito, que ya ha apretado el gatillo. Congelado por el miedo, ve cómo la bala asesina surge del cañón.

Su hermano lo mira, los ojos se le vidrian y cae hacia atrás.

Unas centésimas de segundos que separan la vida de la muerte.

Fue un tiro limpio. La bala le entró al niño por el orificio de la nariz y le llegó al cerebro causándole la muerte casi de forma instantánea. El orificio fue tan preciso que el rostro no se deformó en absoluto.

Empuñaba la pistola Juanito. Murió Alfonso.

Nadie oyó el disparo. Fue el príncipe el que bajó enloquecido por la escalera con el alma en llamas gritando:

—Mami, mami.

«A mí se me paró la vida», confesó años después María, que, rota por el espanto, empezó a subir a gatas la escalera, el padre la adelantó y llegó a tiempo de recoger el

último hálito de vida de su hijo idolatrado. Lo abrazó y lo llevó al vestíbulo con la madre arrastrándose detrás erizada en un alarido insoportable. Cogió la bandera de España que figuraba en la proa del barco que llevó a Alfonso XII al exilio y que estaba en la entrada, se la echó por encima al infante muerto y acogotando a Juanito lo hizo arrodillarse y le gritó:

—¡Jura que no lo has hecho a propósito!

La casa se llena de lloros y gritos, los perros aúllan, el doctor Loureiro certifica la muerte a las ocho y media. Antonio Eraso, el primero en llegar, abraza a Juanito, que le dice:

—Me voy a hacer cartujo...

Fue Eraso, que ahora vive en Madrid, el que me contó todavía impresionado al recordar aquel día fatal:

—Los ojos del príncipe no volvieron nunca a ser los mismos. ¡Ese fondo de tristeza nunca, nunca desapareció!

Franco se entera inmediatamente de la tragedia. Su primera preocupación es:

—¿Cómo está el príncipe?

Porque el niño muerto, Alfonsito, no le era simpático.

Lo segundo, llamar a los periódicos para que publiquen una nota escueta, sin dar ninguna explicación, «un accidente a resultas del cual ha fallecido el infante don Alfonso de Borbón».

—No hay que decir nada de don Juan Carlos, se hipoteca su futuro y a los pueblos no les gustan los príncipes con mala suerte.

Él recuerda que muchas batallas en Marruecos las ganaba sin bajar del caballo, simplemente porque le precedía la aureola de predestinado, de tocado por el dedo de la fortuna. Tenía *baraka*.

Los Borbones no tienen *baraka*. Lo dice también la reina Victoria Eugenia, que, junto a su nieto Alfonso de Borbón Dampierre, ha acudido desde Lausana a consolar a la familia en esta terrible tragedia:

—No tenemos suerte... Estamos malditos, Dios no nos quiere. Mis amigos protestantes me lo dijeron cuando me convertí al catolicismo, ¡por qué me convertí, por qué!

Después el Caudillo convoca en El Pardo a su hermano, todavía embajador en Lisboa, para que se lo cuente todo. Colás ha adelgazado, la piel le cuelga por todas partes como si fuera un odre vacío. Sus ojos, después de la muerte de Cecilia, también están vacíos. Se encierran los dos hermanos en el despacho. Carmina se acerca a la puerta, con el dedo en los labios, tratando de escuchar:

—En el entierro iba con uniforme de cadete, hecho polvo, el padre no le dirigió ni una mirada...

Y a Franco le indigna la insensibilidad de don Juan, sin entender el dolor doble que le atenaza: el muerto era su hijo favorito, el culpable es su hijo también:

—¿Y no consoló al príncipe? ¿No se dio cuenta del gran sufrimiento que estaba

pasando?

—No, lo despachó a Zaragoza enseguida, ¡dijo que no podía soportar su presencia!

Juanito, destrozado, con el alma en vilo, se reintegra a Zaragoza. Nadie, ninguno de los actores de esta tragedia fatal, volverá a ser el mismo. La más afectada es la madre, María, que busca el consuelo en la bebida, y como la fama de López Ibor ha traspasado fronteras, mejor dicho, la frontera España-Portugal, se le llama a consulta, junto al padre Valentini. Ambos reconocen que la ayuda de la religión no es suficiente y le aconsejan el ingreso en una clínica suiza de deshabitación, donde estará dos años. De mayor contará con tristeza, «yo siempre he sido feliz excepto cuando murió mi hijo».

Don Juan, por su parte, aparentemente sigue su vida habitual. Pero en una ocasión en la que alguien le alababa su buen carácter y le comentaba, creyendo halagarle, que todo el mundo notaba que el conde de Barcelona era un ser lleno de felicidad, él contestó abruptamente:

—Eso nunca, no olvide usted que está hablando con un hombre al que se le ha muerto un hijo.

Completamente solo, Juanito se refugia en Franco. Al menos el Caudillo, como dice a sus amigos, no le ha fallado nunca, desde el principio se ha atenido a sus promesas, jamás le ha mentado. Franco percibe que el enfrentamiento de Juanito con su padre es similar al que él tenía con el suyo y adjudica a don Juan los defectos de Nicolás, bravucón, bebedor, inmoral, un mal padre que no descarta el castigo físico para educar a sus hijos. Todavía recuerda el olor de su propio miedo al sentir los pasos del padre en el corredor de su casa de la calle María, los golpes contra las paredes. Han pasado sesenta años, él tiene una hija, nietos, ¡por Francis, el chico varón, siente la mayor de las ternuras! Pero incluso este mismo nieto reconocerá de mayor que:

—Fue el mejor abuelo del mundo, la persona que más he querido, cada minuto con él fue extraordinario, pero él nunca se preocupó por educarnos, eso solo lo hacía con el príncipe.

Y también cuenta Francis que sus hermanas debían aprender a hacer la genuflexión ante el príncipe, imitando a la abuela y a la madre, y que a los niños se les enseñaba el tratamiento adecuado:

—Alteza y en tercera persona, de usted nunca.

Y el mismo Juan Carlos le advertía cariñosamente:

—Francis, prefiero que me trates de tú que de usted.

Aunque don Juan todavía no se hubiera enterado y guardaba esperanzas, en la familia de El Pardo todos sabían que Franco había decidido nombrar a Juan Carlos su sucesor y por tal razón se le debía tributar la máxima consideración. Y concluye Francis:

—Mi abuelo no solo lo trataba con respeto, sino que le tenía auténtico aprecio y

cariño, como si fuera uno de nosotros.

Y Giménez Caballero va más allá:

—Exceptuando a su hija y su mujer, el Caudillo a nadie ha querido como a don Juan Carlos.

Lo sabía también Carmina, pero ella, queriendo mucho a don Juanito, quiere más a sus nietos. Y conforme su pasión por los siete niños va creciendo, se le despierta en su interior un aborreciendo difuso contra el yerno, ese hombre que tiene todos los dones de la tierra, excepto la aptitud de ser padre. En sus meriendas las amigas murmuran sin atreverse a poner nombres concretos, pero Carmina ve a su hija cada día más excitable, a veces llega a El Pardo con ojeras de no haber dormido. La madre le coge la cara y le pregunta:

—¿Qué te pasa, Nenuca? ¿Te encuentras mal?

La hija se desase con incomodidad. ¡Nadie ha visto quejarse nunca a la hija del Caudillo! No llora ni cuando da a luz, no hace nunca comentarios personales ni habla de sí misma. Cuando pregunto a la gente que la conoce cómo es Carmen Franco Polo, todos me contestan:

—Discreta, digna, educada... Nunca habla mal de nadie... Muy agradable...

Cuando Franco le comunica a su mujer que los dos hijos de don Jaime han decidido también estudiar en España, que el mayor, Alfonso de Borbón Dampierre, va a estudiar Derecho, Carmina contesta:

—Tienes un recambio para don Juanito.

Franco protesta:

—Yo no he dicho eso, Carmina.

Con gesto sabio la mujer le endereza la corbata, que está un poco torcida, le alisa las solapas y le advierte:

—Ya... pero te irá bien que ese... señor de Estoril se lo crea.

De momento, que don Alfonso de Borbón Dampierre venga a vivir a España desazona a don Juan de tal forma que, cuando Franco propone una nueva reunión para tratar el futuro de Juanito, acepta a pesar de que la carta que llega de El Pardo está escrita en un lenguaje propio de *La venganza de don Mendo*, porque se le quiere negar el tratamiento de alteza y se recurre a retorcidas construcciones gramaticales, lo que indigna a don Juan:

—Será hijo de puta.

La entrevista tuvo lugar de nuevo en la finca de Ruiseñada, en Las Cabezas, que ahora, en 1960, es propiedad del hijo, el marqués de Comillas. Juan se teme lo peor. Franco acude con ropa deportiva, traje gris y fieltro marrón, acompañado por el jefe de su casa, Fuertes de Villavicencio.

El Caudillo trató a Juan con condescendencia. Cuando este se quejó de que se dijese en España que era masón, rumor extendido por el propio Franco, el Caudillo respondió sin énfasis ninguno:

—Qué canallada.

La comida fue correcta, pero Franco no prestó ninguna atención a las viandas. Sainz Rodríguez, que lo conocía bien desde los tiempos de Oviedo y que convivió con él en Burgos y Salamanca, decía:

—Franco no sabía comer, no tenía el más mínimo interés gastronómico, comía lo que le echaban.

Sus guardias civiles han estado vigilando, como siempre, la forma de cocinar, y Juanito el ordenanza ha probado de todas las ollas.

Después de la comida se ponen en pie, iban a pasar al salón, pero Franco despacha la conversación ahí mismo, sin molestarse en sentarse. Se decide vagamente que el príncipe estudiará en España en varias universidades, según un plan de estudios que elaborará el propio Franco y, ya que ha pasado por dos academias militares, completará su formación en la Academia Naval de Marín.

Al enterarse de este plan educativo tan estrafalario, Alfonso de Orleans, el tío Ali, comentó:

—¡Aún lo harán obispo! ¡Si su único deber es casarse con una princesa real y tener un batallón de hijos!

Y el conde de los Andes exclamará;

—*Zolo le farta el zeminario.*

Y es el mismo don Juan el que en la intimidad comenta:

—Los príncipes reales solo servimos para procrear... somos como sementales que tenemos que parir la mayor cantidad de hijos posibles, pero siempre con la misma vaca.

Los ayudantes redactan un corto comunicado que en el coche que lo devuelve a Madrid, tranquilamente, Franco modifica a su gusto sin consultar. Añade que su reunión con don Juan y el acuerdo para que don Juan Carlos continúe sus estudios aquí no presupone que vaya a suceder al Caudillo.

Sale publicado en *ABC*, y Juan se pilla un cabreo monumental, pero Franco ya no lo necesita, tiene el premio mayor, sabe que cuenta con el hijo, y ya no volverá a tener trato político con el conde de Barcelona. Se han acabado las contemplaciones.

Don Juanito no visita El Pardo con asiduidad para no llamar la atención, pero Franco está al tanto de todas sus actividades, sobre todo en lo tocante a sus relaciones con el elemento femenino, porque el príncipe se ha revelado como un auténtico Borbón. En Zaragoza alternaba con un grupo de brasileñas que le había presentado su amigo el notario Antonio García Trevijano, sale de vez en cuando con la hija del duque de Sotomayor, ha tenido una apasionada historia con una venezolana escultural, Cristina Cárdenas, y se cartea además con la candidata de su padre, una feúcha María Cecilia de Prusia, que de repente y para su descanso se casa con otro.

Hasta le secretean que se ha visto alguna vez con Sarita Montiel, y el Caudillo, que recuerda su escote turgente, suspira:

—No me extraña. —Y aclara—: Mientras esté soltero, que se divierta todo lo que pueda...

Y Juanito inicia un tórrida relación amorosa que va a durar cuatro años, hasta la noche antes de su boda, con la condesa italiana Olghina de Robilant. Olghina ha publicado sus memorias, *Reina de corazones*, en las que da cuenta de las excepcionales dotes amorosas del príncipe, e incluso cuenta que la primera vez que hicieron el amor fue un fin de año en el asiento de atrás de un Volkswagen escarabajo propiedad del príncipe.

Don Juanito, que está bailando con ella en la *boîte* Muxaxo, ve cómo se pinta los labios y le susurra:

—Deja, si te los voy a despintar enseguida...

Olghina es una condesa medio arruinada, procaz y escandalosa, que se convierte en la protagonista de las famosas noches romanas e incluso hace un pequeño papel en la película *La dolce vita*, de Fellini. Participa en orgías en plena vía Veneto que se fotografían para *Oggi*, se baña desnuda en la Fontana de Trevi y comenta: «Soy muy generosa y como no tengo nada que dar... me doy a mí misma». Juanito se vuelve loco de pasión por ella; cuando están juntos adelgaza varios kilos. Otro amante de la condesa, el cantante Bobby Solo, contó:

—Casi acaba conmigo, pero si estoy con una mujer y no me hace lo mismo que ella, la echo a patadas de la cama.

Olghina, a su vez, dice del príncipe que es «un amante experto, que ha hecho muchas prácticas».

Bailan juntos su canción favorita, que la condesa no olvidará nunca y aun ahora suele incluir en un popular blog sobre cotilleos que mantiene en Italia:

*Que un viejo amor
ni se olvida ni se deja.
Que un viejo amor
de nuestra alma sí se aleja
pero nunca dice adiós.*

Aunque, eso sí, Juanito es sincero con ella y le recuerda continuamente que él no es libre de casarse con quien quiera, pero le escribe un puñado de cartas amorosas con las que Olghina más tarde quiso hacer chantaje a la casa real, chantaje que evitó el periodista Jaime Peñafiel, que las adquirió.

Durante un tiempo Olghina también alardeó de que su hija Paola lo era de Juan Carlos, aunque más tarde se desdijo.

Franco interfiere la correspondencia entre ambos y le pregunta a Giménez Caballero, que habla italiano:

—Oiga, Ernesto, ¿qué quiere decir esto de que el príncipe la besa con *labbra calde, secche e sapienti*?

—Mi general, que la besa con labios calientes, secos y sabios.

—Ah —contesta benevolente Franco, quizás se acuerda de sus extravíos juveniles

con Ángeles Barcón—. Es un chico joven, hay que entenderlo...

Giménez Caballero lo mira con asombro, ¡el general más puritano de todo el ejército español! ¡Los pecados de la carne le eran tan ajenos como la cultura apache!

Pero Franco tiene una sonrisa entre nostálgica y maliciosa. Cuando habla del príncipe se vuelve joven y un poco alocado, aún recuerda el olor de las prostitutas moras que se ponían en la piel y en el pelo aceite de argán y a su paso dejaban una estela de aroma a avellanas que para él siempre estará asociado al sexo. Un sexo que nunca llegó a probar, pero que ahora...

Soñador, murmura:

—Si uno hubiera querido...

De pronto regresaba al presente y le ordenaba a Giménez Caballero:

—De todo esto... de estas locuras del príncipe, ni una palabra a mi mujer.

Claro que a Franco la condesa, las brasileñas, las venezolanas, Sarita Montiel, no le preocupan. A él la relación que no le gusta es la más formal precisamente, la que mantiene don Juanito con la hija de Humberto de Saboya. María Gabriela es demasiado moderna, pertenece a una dinastía en el exilio, el exrey Humberto tiene mala fama y los padres están separados. El príncipe ha puesto su foto dedicada en la mesa de noche, y Franco le ordena que la quite.

Franco tiene sesenta y siete años. Se encuentra bien, tan fuerte como cuando tenía veinte, y ahora que ha conseguido bajar algo de peso gracias a la vigilancia estricta de Vicentón, sigue siendo un hombre sorprendentemente ágil. En Meirás, después de comer, se arrellana en un sillón de mimbre bajo los castaños, arrullado por el canto monótono de las cigarras. Hoy ha salido a pescar en el *Azor* a las cuatro de la mañana y ha regresado con una ballena de 500 kilos. El ministro de Trabajo, José Solís, me contó en su día, en su chalet de Marbella, una de aquellas jornadas de pesca:

—Pedrolo Nieto Antúnez y yo compartíamos camarote, salíamos tan temprano que a veces nos retirábamos a dormir un rato hasta que amanecía. Una madrugada nos despertaron los marineros con gritos de que se avistaban ballenas. Salimos a cubierta y estuvimos todo el día luchando con la mar para perseguirlas; enganchamos a una con un arpón. Fue una jornada agotadora en la que no comimos nada y acabamos rendidos en la cama. ¡Muertos! Mientras el barco iba a puerto, entró el Caudillo en nuestro camarote fresco como una rosa, con unos gruesos libros en las manos, encendió la luz y me dijo: «Solís, yo creo que lo que debemos hacer ahora es leer estos libros que tengo sobre la caza de la ballena, para compararlo con la experiencia que hemos vivido hoy».

Franco entrecierra los ojos, respira pausadamente, sobre la mesa la nieta mayor, Carmen, tan guapa, tan altiva que sus hermanos la llaman la princesa, ha metido un ramito de flores silvestres en un vaso y un abejorro revolotea alrededor de ellas con un zumbido discontinuo, los nietos pequeños juegan en la parte posterior del pazo, se oye la voz chillona de Francis y la más severa de miss Hibbs que les reconviene. Un bofetón, uno se pone a llorar y Franco no se da cuenta de que se ha quedado dormido

hasta que Carmina le coloca una manta en las rodillas. Masculla mientras un hilo de salivilla le resbala de gusto por la comisura de la boca:

—Mujer, para qué me despertaste.

Carmina le hace una caricia descuidada en la mejilla y se sienta a su lado, con una labor en el regazo. De la cesta de costura saca una revista que, sin pronunciar palabra, abre y pone delante a su marido. Es *Lecturas*, y en ella se ve a María Gabriela de Saboya, la princesa italiana, la «novia» de Juanito, en Sevilla, subida en la grupa de un caballo. A las riendas el rejoneador y *playboy* Ángel Peralta con sombrero cordobés. Al fondo se ve la marisma donde los Peralta tienen su finca.

El Caudillo la mira en silencio y después le pregunta:

—¿Está por ahí Pacón?

—Sí, está enredando por el jardín, no te muevas, ya le digo que venga.

Pacón, en mangas de camisa y ayudado por Pedrolo, está instalando un cruceiro que, procedente de alguna aldea remota, acaban de regalar al Caudillo.

En aquella época no se conocía el significado de la palabra «expolio».

Sentado en una silla de tijera, Cristóbal, el yerno, vestido con ropa de jugar a tenis, va dirigiendo la operación:

—Un poco a la derecha... no, a la izquierda...

El cruceiro debe pesar unos doscientos kilos, y los dos hombres, que ya no son jóvenes, sudan profusamente. Carmina se acerca algo estremecida arrebuñándose en su rebeca de punto porque se ha levantado un viento frío, y Cristóbal se pone de pie y galantemente le besa la mano:

—Carmen, ¿buscas a mi mujer? Está descansando, esta noche vamos al Club Náutico y nos acostaremos tarde, pero si quieres...

La Señora descarta a su hija con un gesto y le dice a Pacón:

—Vente, general, tu primo te reclama.

A Pacón le molesta que Carmina lo llame general, «la conozco desde que era una cría con calcetines y ahora parece que no se acuerde», pero se apresura a seguirla limpiándose el sudor con un pañuelo.

Franco le ordena:

—Llama a la escuela de Marín a tu sobrino el comandante, que dejen salir al príncipe don Juan Carlos que quiero hablar con él.

—¿Ahora?

—Sí, todavía tenemos un par de horas antes de cenar.

El príncipe llega, con el pelo muy rubio, bronceado, con su gorra de plato debajo del brazo y su traje de guardiamarina resplandeciente. Parece un anuncio. Ya ha prestado servicio en Zaragoza, también en San Javier y ahora le toca la Escuela Naval de Marín para cultivar ese espíritu militar que el Caudillo considera imprescindible para ser un buen gobernante. Lo primero que hace es cuadrarse, y después dirigirse al Caudillo con la mano tendida:

—Felicidades, excelencia, ya me ha dicho su primo que ha conseguido una

ballena de mil kilos.

La ballena en unas horas ha engordado quinientos kilos, pero Franco, fiel a la vieja tradición hiperbólica de todos los pescadores, no lo desmiente. Se pone en pie entusiasmado:

—Sí, es como de aquí —abre los brazos para mostrar el tamaño del cetáceo, y como no le dan, acaba señalando la pared de piedra de la casona, cubierta de enredadera— a allí.

Le resplandecen los ojos y prosigue mientras le hace un gesto al príncipe para que se siente:

—Costó mucho porque no llevábamos una caña fuerte y el animal tiraba y tiraba con el arpón clavado en un costado, al final lo tuvimos que subir a mano...

Se explica un buen rato contando las incidencias de la pesca. El príncipe ríe cuando tiene que reír, se horroriza cuando tiene que horrorizarse y se asombra admirado haciendo un conato de silbido.

Franco se seca los ojos, que con la emoción le lagrimean, y de pronto recuerda para qué ha llamado al príncipe, coge la revista y entonces Juanito comenta como quien no quiere la cosa:

—Me contaron en San Javier que su excelencia había sido el primer militar que se dio cuenta de la importancia de la aviación en las guerras.

Franco se repantinga en su asiento, sonriendo complacido, dejando la revista a un lado. Junta las puntas de los dedos haciendo tienda de campaña y se dispone a recordar:

—Pues la verdad es que sí, porque la aviación no solamente es útil para combatir, sino para tomar fotografías del lugar... En Alhucemas...

Dos horas estuvo hablando, ¡tenía tan pocas ocasiones de recordar aquellos buenos y viejos tiempos! Claro que se lo podía contar a Carmina, pero estaba tan ocupada con los nietos que ahora apenas le quedaba tiempo para su marido. Además, le parecía que los temas de África habían dejado de tener interés para ella. Cristóbal no le importaba como público y Pacón tenía la fea costumbre de puntualizarlo todo. Nenuca era la única que de vez en cuando le pedía:

—Papá, cuéntame lo de El Buiz.

¡Pero la veía tan poco! Si no estaba de viaje, estaba de fiesta, o si no le dolía la cabeza y tenía que descansar. ¡Parecía siempre tan nerviosa! A veces se preguntaba si ese hombre la hacía feliz, lo miraba pensativamente, bronceado, siempre sonriendo, muy derecho, con su pelo planchado y su bigotillo negro sobre los labios carnosos de hombre sin voluntad. Sin darse cuenta, su mirada se oscurecía mientras Cristóbal se iba poniendo cada vez más nervioso, temiendo ya la sentencia de muerte, el «garrote y prensa», recordando a Mussolini, que había mandado matar a su yerno, cuando de repente el Caudillo decía apaciblemente:

—Hoy se cumplen treinta años de lo de Dar Riffien...

Cristóbal, preso de un súbito retortijón, se iba corriendo al cuarto de baño, justo

cuando su suegro iba a rememorar sus aventuras africanas.

Sin embargo, qué bien escuchaba Juanito.

Vilallonga decía de él:

—Don Juan Carlos es el hombre que mejor ha sabido callarse de España.

El príncipe, sinceramente interesado, asentía con la cabeza, dejaba caer aquí y allí una pregunta inteligente:

—Entonces, en nuestra guerra, los italianos no...

—¿Los italianos? Si les decías «a las bayonetas», ellos entendían «a las camionetas» y se largaban corriendo, en una ocasión...

Los rayos de sol se abren en abanico en el horizonte, oro, rosa, como si se negaran a despedirse, una apoteosis de crepúsculo da paso a la oscuridad, las copas de los altos árboles se recortan contra el cielo azul marino tan inmóviles como si estuvieran pintadas. Al final, fue Carmina a preguntar si se ponía un plato para el príncipe y otro para Pacón, que estaba esperando para llevarlo de vuelta a Marín...

—Oh, no, no, Señora, no se me está permitido cenar fuera... el reglamento...

Carmina sabe que su marido lo ha llamado para hablarle de su futuro matrimonial. Lo mira con pena, ¡si fuera más joven! Si su nieta fuera mayor... A María del Carmen la llaman la princesa y por algo será, ¡se nota que está llamada a muy altos destinos! Pero, quién sabe. Juanito y Mari Carmen se llevan catorce años, Paco y ella diez... Con un suspiro se retira al interior del pazo, pero aún le dice a su marido:

—Si vais a estar más rato, que te traigan una chaqueta, que vas a coger frío.

Paco se levanta y mira con sorpresa lo que tiene entre las manos: la revista. La desecha y le dice al príncipe:

—Alteza, quería hablar con usted porque habrá que ir mirando el panorama de las princesas europeas, seguro que entre tantas habrá alguna candidata que sea de su gusto.

¿Juanito se rebela? ¿Esgrime su noviazgo con María Gabriela, habla de la condesa, defiende la posibilidad de casarse enamorado y con la mujer que escoja aunque sea plebeya? ¡Claro que no! Desde la cuna sabe que su boda es un asunto de Estado, su padre lo dice incluso de sus hijas:

—Se casarán con quien yo diga, como princesas bien educadas están dispuestas al sacrificio...

Juanito se lo ha dicho siempre a todas sus novias, «no tengo libertad de elección... mientras sea soltero, voy a divertirme, después me casaré con quien me digan por el bien de la dinastía», así se lo dice a la condesa Olginha, y también a sus amigos de Estoril:

—La suerte que tenéis pudiendo casaros con quien queráis...

Y le contesta a Franco:

—Lo que usted diga, excelencia.

El Caudillo busca en su bolsillo y al final saca unas notas:

—Mirad, aquí he puesto algunas que están disponibles... Que tienen la edad adecuada y pertenecen a familias reinantes...

Juan Carlos lee en voz alta:

—Princesas de Suecia...

—A mí no me gustan demasiado, porque las suecas son muy liberales...

—Margarita de Dinamarca.

—Esta no le conviene a vuestra alteza, porque será reina de su país...

—En Holanda, la princesa Beatriz...

—Descartada porque también será reina...

—Y su hermana la princesa Irene...

—No es una mala posibilidad, es muy rica...

—Las princesas de Grecia...

—Estas son muy pobres, pero son chicas modestas sin demasiadas pretensiones...

Juanito le pregunta:

—A usted, ¿cuál le gusta más?

—Yo creo que las griegas están muy bien, alteza.

Pensativamente, Juanito contesta:

—Sí, las conocí en el crucero *Agamenon*, ese al que fui cuando terminé el bachillerato en Miramar, ¡no me acuerdo de ellas!

Fue un crucero organizado por la reina Federica de Grecia para abrir al turismo su país, devastado por la guerra mundial, pero también para facilitar que sus hijos conocieran a otros príncipes europeos con propósitos matrimoniales. Juanito había estrenado ahí su primer esmoquin y no se había separado de María Gabriela, a la que sus amigos llaman Ela. Una chica moderna «muy Saint-Tropez» que había anulado completamente a la hija de sus anfitriones, una princesita modesta y púdica que ni siquiera se atrevía a fumar en público, que solo estaba autorizada a bailar con su hermano Tino y a la que sus padres hacían retirarse a las doce de la noche.

De repente, Juanito pregunta:

—Pero, creo que son dos hermanas. ¿Cuál de las dos?

Y Franco concede, magnánimo:

—La que más le guste a vuestra alteza... es igual... —pero precisa—. Se llaman Sofía e Irene, ¡y la madre es de alivio!

Juanito está tranquilo. ¡Las personas mayores son su especialidad! Pero aun así se ve obligado a responder:

—Tendré que preguntárselo a mi padre...

—Claro, claro —concede Franco, que lo acompaña hasta el coche.

Aún le dice antes de que parta:

—Hay un pabellón muy bonito en el recinto de El Pardo, La Zarzuela le llaman, podría arreglarse para que viva una familia...

Pacón lo lleva hasta Marín y por el camino don Juanito le habla con gran respeto de su sobrino, comandante de la escuela naval, diciéndole elogiosamente:

—Siendo sobrino suyo, no me extraña su patriotismo.

Pacón, al día siguiente, le comentó a Franco, y también lo apuntó en su diario:

—Sin adulación de ninguna clase, a la que no soy nada propenso, puedo afirmar que don Juan Carlos me ha parecido encantador; no cabe muchacho más simpático, agradable y sencillo.

El rostro de Franco resplandecía de satisfacción, pero aun así reconvino a su primo:

—Muchacho, no, Pacón, o alteza o príncipe.

Idéntica cuestión le planteó su padre cuando llegó a Estoril, con quién debía casarse. Él también había hecho un repaso de todas las princesas europeas ayudado por la reina Victoria Eugenia, muy casamentera, y Juanito las fue descartando una a una hasta que solo quedaron las griegas:

—Papá, me acuerdo de ellas del *Agamenon*, eran chicas sin pretensiones, muy modestas y con un alto sentido del deber y de la dignidad.

Y don Juan se engalló y le dijo a su hijo:

—Pues esa es mi elección, te casarás con una de ellas, tanto si te gustan como si no te gustan.

Juanito bajó la cabeza para que no se viera su sonrisa de satisfacción, pero contestó sumisamente:

—Lo que tú digas, papá.

Y el padre también concedió:

—Escoge la que te guste más.

Juanito no se acordaba de ninguna de las dos hermanas. Había estado muy entretenido con la princesa italiana, tanto que cuarenta y cinco años después una mujer francesa presentó ante los tribunales de Burdeos una demanda de paternidad. Se llamaba María José de la Ruelle y decía ser hija natural de don Juan Carlos y de María Gabriela de Saboya y que había sido concebida a bordo del *Agamenon*. Su demanda se desestimó y la Casa Real dijo: «Todo ha sido un infundio».

El príncipe se vio obligado a elegir a su futura esposa:

—Pues Sofía.

Juanito salió al jardín y dio un par de volteretas. A su amigo Antonio Eraso le dijo:

—Me caso con la princesa griega, lo ha decidido mi padre.

El amigo preguntó:

—¿Con Irene?

—No, con Sofía.

Mientras, Juan se pavoneaba delante de su mujer:

—En esta casa no se mueve ni una mosca sin que lo ordene yo.

Como le dijo más tarde Juanito a Franco:

—Excelencia, yo he aprendido mucho de su galleguismo.

Y también le confesó años después a su mujer:

—No me hables de tu exilio, Sofi, que mi juventud fue terrible, ¡a ver si te crees que fue fácil bandearme entre esos dos viejos!

El cortejo duró dos años. Los condes de Barcelona fueron invitados a pasar unos días en Corfú por los reyes de Grecia, y se supone que entonces planearon el matrimonio de sus hijos, que apenas se conocían.

Sofía y Juanito se encontraron en la boda de la hija del duque de Wurtemberg y más tarde en la del duque de Kent, primo de la reina de Inglaterra, el 8 de junio de 1961. Sofía comentó luego que el protocolo había hecho bien las cosas y los había sentado al uno al lado de la otra, pero pudiera ser que este protocolo tuviera nombre y apellido. Al día siguiente fueron a bailar al hotel Dorchester y se quedaron en la mesa charlando sin parar. Juanito le contó su infancia desgraciada, despertando los instintos maternales de aquella chica que se había hecho enfermera para trabajar cuidando niños en una institución llamada Mitera (Madre). Como decía su amante Olghina de Robilant:

—Cuando Juanito se ponía, sabía cómo enamorar a las chicas.

Bailaron un fox lento, cuando de pronto se paró la música, se oyó un redoble de tambores y una señorita animadora emprendió una especie de *strep tease* en la pista. Cuando ya se ponía de espaldas para quitarse su sujetador de brillantes con la pierna anudada a una barra, Sofía se enfureció, cogió su chal y se fue al hotel. Juanito la siguió y en el vestíbulo le dijo:

—Me ha gustado mucho tu actitud, Sofi.

Se lo contó a Franco, que por la noche se lo dijo a Carmina, que hizo varios ruiditos de aprobación.

A los reyes de Grecia, Juanito también les pareció una buena elección para su hija. No había muchos príncipes casaderos en Europa, y el que le gustaba a Sofía, Harald de Noruega, no le correspondía porque estaba enamorado de una sencilla dependienta, Sonia Haraldson, con la que más tarde habría de casarse.

Según contó Juanito, cuando la reina Federica le echó la vista encima, dijo:

—Este no se me escapa.

Y preparó un encuentro en Corfú, «el sitio más maravilloso del mundo para enamorarse», como reconocía Freddy, que era como llamaban a la reina de Grecia sus familiares.

Los criados llevan cestas de picnic, y debajo de una higuera, con el sol implacable reverberando sobre las piedras blancas, los dos príncipes beben retsina, el áspero vino del país, y comen queso y aceitunas negras, sobre el mantel de cuadros sus manos se unen y Juanito mira con fijeza sabia a aquella muchachita griega sin ninguna experiencia con los hombres. Por la noche fuman en el amplio porche, los músicos tocan los buzukis y están rodeados de una oscuridad tal que no se distinguiría el cielo del mar si no fuera por la fosforescencia de los peces voladores.

Allí, inevitablemente, Sofía se enamora de Juanito. Y Juanito cumple con su deber.

El día en que va a salir el compromiso en la prensa, un envanecido don Juan telefona a Franco, que está a bordo del *Azor*. Hay tormenta y la comunicación es mala, don Juan da grandes voces:

—¡Que el príncipe se casa! ¡Con la princesa Sofía de Grecia!

Lo repite varias veces; nadie contesta al otro lado, solo se oye un zumbido y el ulular del viento. A don Juan le da tiempo de tomarse un whisky entero cuando al final surge del aparato la voz de Franco, que comunica en tono monótono:

—Le doy la enhorabuena a don Juan Carlos y le deseo toda la felicidad de un hogar cristiano, al lado de ese modelo de princesas...

Franco tiene esta nota de felicitación escrita desde hace varios meses, si no es don Juanito es su agente, el general Castañón de Mena, que tiene órdenes de no separarse del príncipe, el que le informa puntualmente de todos los altibajos de este noviazgo, proceloso por el fuerte carácter de Federica y la falta de diplomacia del conde de Barcelona. En ocasiones en la distancia ha tenido que templar, aconsejar, consolar o dar carrete como en una jornada marinera complicada, para que el pez mordiera el anzuelo.

Don Juan, que nada sabe y cree que este compromiso ha sido cosa suya, cuelga el teléfono satisfecho de sí mismo:

—¡Esta vez se la jugué al gallego!

Franco ríe silenciosamente mientras va rompiendo la cuartilla en mil pedazos que arroja al mar. Una vez más, las cosas se han hecho a su manera.

10. EL SUPERVIVIENTE (1963-1974)

Parsimoniosamente, sentado en la cama con los pies metidos en unas zapatillas de cuadros y con su pijama de franela abrochado hasta el cuello, Franco le da cuerda al despertador. Son las dos de la madrugada del 20 de abril de 1963. Sábado. Carmina, ya acostada y con un rosario entre los dedos, lo mira en silencio. La espalda de su marido no es la espalda erguida de aquel comandante con el que se casó hace cuarenta años sino la de un hombre mayor abrumado por graves responsabilidades.

Al final pregunta tímidamente:

—¿Lo hará la Guardia Civil?

Paco deja el estrepitoso armatoste en la mesita de noche, se descalza y se frota los pies, doloridos por los zapatos de Casa Segarra que utiliza, con un cuero basto y unas costuras en la parte interior que le causan ampollas. Pero todos los años le regalan cuatro pares, dos en invierno y dos en verano, y Paco cree que lo natural es que los zapatos hagan daño hasta que se dan de sí.

Después mete la mano dentro del pantalón del pijama, se nota los genitales hinchados, todavía tocándose se gira hacia su mujer. La mira pensativamente, como si volviera de un lugar muy remoto:

—Serán soldados voluntarios. —De pronto se encrespa y se ajusta el cinturón del pijama de un tirón—. ¡La Guardia Civil no ha querido, han dicho que no les corresponde cumplir una sentencia de muerte, solo custodiar el cadáver! ¡El director, ese Zanón, es un hijo de puta!

Carmina se lleva la cruz del rosario a la boca y la besa, ¡su Paco diciendo palabrotas! Pero no se atreve a reconvenirlo y después de un titubeo sigue preguntando:

—Pero, unos simples soldaditos, ¿sabrán hacer... eso?

Paco se estira en la cama, se sube la sábana hasta la barbilla con gesto brusco y se queda mirando al techo, solo delatan su nerviosismo las puntas de los pies, que se mueven convulsivamente. Después se pone de costado, mete las manos entre la mejilla y la almohada y con un ligero reproche en la voz le dice:

—Carmina, no hace falta que digas «eso» como si estuviéramos cometiendo un pecado horrible, ¡a ver si te vas a poner al lado de los rojos que nos envían telegramas quejándose por la ejecución de ese caballerete!

Carmina se incorpora también y protesta:

—Paco, el papa Juan XXIII...

Él masculla:

—Este Juan no se qué... ya estoy de él y de sus cartitas hasta aquí —se toca la frente—, con lo que yo he hecho por la Iglesia, y ahora salen esos curas marxistas vendidos al oro de Moscú...

La mujer se apresura a cortarle antes de que suelte alguna barbaridad que vaya a cerrarle las puertas del cielo:

—¿Y la reina de Inglaterra? ¿Y ese Kennedy?

Su marido la interrumpe:

—No son rojos, pero están muy mal informados y no conocen los crímenes horrendos de Julián Grimau. —Mira a su mujer con sus ojos duros de militar, pero prosigue con voz suave—. Dirigió una checa en Barcelona, Carmina, metía palillos en las uñas y reventaba a las mujeres embarazadas con patadas en la barriga...

Carmina se estremece, y no solamente por lo que le está contando su marido, sino por el tono en el que se lo dice. Debía ser impresionante, pues el mismo nieto, José Cristóbal, recuerda la primera vez que asistió a la transformación de su abuelo afectuoso en un ser despiadado. Estaban en una cacería y uno de los invitados se puso pesado solicitando cierto favor. Franco, harto, se dirigió hacia él, «como siempre, hablaba pausadamente, sin levantar la voz»:

—He venido aquí a cazar, pida una audiencia.

Pero, cuenta José Cristóbal, «había algo en su tono, además de su mirada, que sobrecogió profundamente al hombre y a todos... por primera vez sentí miedo de mi abuelo». El nieto mayor, Francis, también reconoce que:

—Mi abuelo a veces tenía una manera de comportarse gélida... era la única forma de mantener a raya a los pelotas y los arribistas.

Carmina está acostumbrada, pero aun así se estremece porque adivina dentro de su marido un nudo nervioso recóndito y oscuro que prefiere no conocer. Lo nota revolverse en la cama y le pregunta:

—¿Te duele?

Franco no contesta, no le gusta hablar de este tema, cree que es la vieja herida de El Buitz que le vuelve a pasar factura, pero Vicentón le ha dicho que podría tener simplemente una inflamación de próstata. Carmina le insinúa, sin atreverse a ir más lejos:

—Haz venir al catalán... el doctor Puigvert, es una eminencia.

—Déjame de doctores... —Se incorpora—. Espera, no te asustes.

De pronto sintió sus manos alrededor de su cuello, suaves pero firmes. Sin embargo, su mujer tenía tal confianza en él, que se quedó inmóvil, esperando:

—Grimau les hacía así a los prisioneros, pero con una cuerda de violín; ahorcaba él mismo a curas, mujeres y niños. —Paco la acaricia levemente y la suelta, se desploma sobre el colchón—. Es una bestia feroz, merece la muerte una y mil veces...

Carmina tiende la mano para estrechar la del hombre:

—Tranquilízate, Paco, yo nunca discutiría una decisión tuya...

Aún rezonga el marido:

—Mía no, se le juzgó en consejo de guerra, se le condenó, el general García Valiño ratificó la sentencia y todos los ministros, ¡los diecinueve!, han estado de

acuerdo en no indultarlo.

Carmina arguye:

—Pues a mí me ha dicho Pura que algunos se han opuesto...

En medio de un enorme bostezo, Franco contesta despreciativamente:

—Paparruchas... lo dirán ellos para darse importancia, se aprobó por unanimidad... únicamente Castiella dijo que habría una campaña internacional en contra mío y del régimen, pero de peores hemos salido. —Levantó la cabeza y la miró con una semisonrisa—. En peores garitas hemos hecho guardia, ¿no, chiquituca?

—Entonces, Castiella, ¿se opuso?

—No, mujer, también votó en contra del indulto. —Se recuesta en la almohada, crujen los muelles del colchón, pone la mano en la pera de la lámpara de noche y pregunta—. ¿Dormimos?

Carmina contesta:

—Sí... —El marido nota que le quiere preguntar algo más y se queda mirándola, en suspenso—. ¿A qué hora será?

—A las cinco de la mañana, buenas noches, Carmina.

Ahora sí apaga la luz y en medio de la oscuridad le llega la voz desvelada de su mujer:

—Buenas noches, Paco.

Él le dice:

—Descansa. —Se remueve en la cama y aún añade—. Te hice eso en la garganta para que conocieras el horror de ese criminal, pero ya sabes que soy incapaz de hacerte daño.

Carmina sonrío en la oscuridad:

—Sí, ya sé que eres incapaz de matar a una mosca...

—Hombre, tanto como eso... el otro día en el río capturé un ejemplar de salmón que medía...

Y ahora es la mujer la que ordena:

—Duerme.

Al cabo de un momento se levantan los tremendos ronquidos del Caudillo. Carmina lo empuja para que se ponga de lado, y después empieza a rezar el rosario.

La sentencia contra el militante del Partido Comunista Julián Grimau se cumpliría tres horas después, a las cinco y veinte de la madrugada, en el campo de tiro de los cuarteles de Campamento, a las afueras de Madrid, cinco meses después de su detención y tres días después de que se celebrase el juicio en el que fue condenado a muerte acusado de «delito de rebelión miliar continuada».

Fue el último fusilado, el último muerto de la guerra civil española.

Grimau llevaba viviendo clandestinamente en España desde el año 1957. Era hijo del director general de la editorial Espasa y durante la guerra había dirigido la Brigada de Investigación Criminal y el SIM en Madrid, Valencia y Barcelona. Fue

felicitado especialmente por su celo tanto por su partido como por el Gobierno de la república, había estado (al parecer) a cargo de una checa en Barcelona y era el responsable de la eliminación de trotskistas y quintacolumnistas. A un hombre con estos antecedentes era muy peligroso enviarlo a España, y hay ciertas sospechas de que Santiago Carrillo, el responsable, lo hizo para deshacerse de él.

Lo delató el militante Francisco Lara. Lo detuvieron en un autobús en la plaza Manuel Becerra. Nadie sabía la importancia de la captura hasta que él lo aclaró:

—Soy Julián Grimau, pertenezco al comité central del Partido Comunista de España y estoy aquí para cumplir mi deber como comunista.

Los años sesenta entraban con fuerza a caballo de unas generaciones que ya no recordaban la guerra civil. Las guerrillas urbanas habían desaparecido y la lucha contra Franco se había trasladado a las universidades, a las minas y a las fábricas; había huelgas, manifestaciones; jóvenes de la alta burguesía como Ignacio Fernández de Castro, Jaime Ballesteros o Nicolás Sartorius, hijo de los condes de San Luis, ingresaban en el Partido Comunista, y Santiago Carrillo, el secretario general, decía ufano desde París:

—Las puertas de las comisarías están llenas de cadillacs.

Miguel Boyer, hijo de un rojo que había estado incluso en la cárcel, pero de madre millonaria, Carlos Zayas, de padre marqués, uno de los alumnos de Miramar junto a don Juanito, José Pedro Pérez Llorca, los periodistas César Alonso de los Ríos y Juan Tomás de Salas, Luis Solana, César Cimadevilla, todos ellos de buenísimas familias, habían fundado las Juventudes Socialistas. Todos fueron detenidos y pasaron en la cárcel de Carabanchel una buena temporada. Las madres tenían que alternar en las colas «para comunicar» con chorizos, quinquis y gente de parecida ralea que no hacían más que acosarlas buscando algún enchufe o recomendación. Y las mujeres, tratando de ocultar los anillos de brillantes y estrechando contra su pecho los bolsos, no tenían más remedio que contestar:

—Oiga usted, si tuviéramos algún enchufe, ¿ustedes creen que estaríamos aquí?

¡Pero si hasta el hijo del ministro del Aire, José Daniel Lacalle, es rojo!

—¡Niños mal de casa bien! —decía con desprecio el Caudillo, que acababa de formar Gobierno: siete miembros eran militares, tres pertenecían al Opus Dei, incluyendo a su mano derecha Carrero, cinco eran hombres del Movimiento y cuatro, tecnócratas sin filiación política definida. Un Gobierno «aperturista», «modernizado», que tenía que sacar adelante un nuevo Plan de Desarrollo que daba carpetazo a la dura economía autárquica de posguerra y que debía abrir el país a Europa. Claro que sin perder de vista que «los principios del Movimiento son irrenunciables».

En Grimau, Franco vio la oportunidad de dar una lección a «esos elementos espurios, a la conjunción judeomasónica que envía a sus sicarios a destruir esta paz tan duramente ganada con la sangre de nuestros mártires», y también quiso demostrarle al mundo entero que él no había cambiado y que si le daba la gana se

pasaría a las democracias y sus estúpidas leyes contra la pena de muerte por el forro de los cojones.

Eso al menos decía Camilo Alonso Vega echando mano del vocabulario aprendido en la Legión.

De todas formas, no era una postura romántica, ni en el fondo implicaba ningún riesgo. El astuto Franco sabía que tenía a los amos del mundo, Estados Unidos, a su lado y que cuanto más odio mostrara a los comunistas, mayor sería el apoyo que le prestarían y mayor el respeto que le rendirían los norteamericanos.

Desde su detención, el 17 de noviembre, Julián Grimau fue torturado sin límites en la Dirección General de Seguridad. A las cuarenta y ocho horas lo tiraron por la ventana; en la caída se fracturó los brazos y el cráneo, pero aparte de su primera declaración, no volvió a decir nada más. No delató a nadie. Tanto los suyos como sus enemigos reconocieron que su entereza y el arraigo de sus convicciones no mermaron en absoluto ni en la comisaría, ni en el calabozo, ni en prisión. Desde el principio supo que iba a morir y lo asumió con una dignidad de la que carecieron policías, jueces, ministros y sus propios camaradas.

Su acusador era un perillán, Manuel Fernández Martín, que no tenía ni siquiera la carrera de Derecho y que fue detenido un año después por estafa. Su defensor militar, el capitán Alejandro Rebollo, no pudo hacer nada a pesar de sus esfuerzos, porque el fiscal se limitó a relatar las declaraciones de unos testigos que no estaban en la sala y que señalaban a Grimau como responsable de la checa de la plaza Ramón Berenguer número 1 de Barcelona: la viuda de César Sánchez contó que «Grimau nos detuvo en casa, nos los robó todo, nos maltrató y después sacó a mi marido con otros 62 y los fusiló a todos», también añadió que a otro detenido, «Germán Tárrega, le quemó los pies con un soplete y más tarde lo fusiló». Francisco Romero declaró que a su hermana Joaquina «la torturó Grimau», y esta hermana testificó que a su marido «Grimau le hizo saltar la dentadura de una paliza».

Otros testigos narraron los horrores que sufrieron en la checa: «una cuerda de violín puesta en arco sobre la garganta, a uno de los detenidos se le castró en la silla de barbero donde habían placas eléctricas...». El fiscal, mirando con desprecio infinito al acusado, le escupió:

—Su degeneración es absoluta.

Rebollo arguyó que no se había probado que estas acciones las realizara Julián Grimau, ni tampoco que las declaraciones fueran veraces, pues uno de los testigos, el abogado catalán Gabriel Avilés, describió a Julián Grimau como «un individuo pequeño», cuando su defendido medía un metro ochenta. El acusado se quejó:

—Eso de la checa no sé lo que es, me están hablando en chino.

¡La guerra civil y su catálogo de horrores se ha metido en los años sesenta! En Inglaterra empieza a cantar un grupo de melenudos que se llaman The Beatles y en Estados Unidos un joven rebelde de pelo rizado y chaqueta de cuero canta que los tiempos están cambiando, pero aquí el reloj de la historia ha dado marcha atrás y se

dicta la sentencia terrible: pena de muerte.

Según contaba el corresponsal de *Le Monde* en España, José Antonio Novais, el acusado no se alteró, «tan solo se le enrojecieron las orejas».

Se levantan voces de protesta en todo el mundo, desde el laborista inglés Harold Wilson y el presidente Kennedy hasta Nikita Krushov, que pide el indulto a Franco «por causas humanitarias». La viuda de Grimau, Ángeles Martínez, contaba emocionada:

—Nunca me sentí sola, siempre tuve al partido a mi lado. —Y detalla los apoyos que recibieron—. Giulio Andreotti, el cardenal Montini, Giscard d'Estaing...

Este último era ministro, pero el presidente de la República francesa, Charles de Gaulle, se abstuvo de condenar la ejecución. Lo cierto es que los esfuerzos del exilio carecieron de entusiasmo y en España apenas tuvo repercusión este «asesinato legal», aparte de algunas acciones individuales y por tanto doblemente valerosas, como la manifestación en las Ramblas de Barcelona del filósofo Manuel Sacristán, que sacó con él a una decena de militantes del partido. Los detuvieron a todos.

A pesar de que se dijo que la Iglesia española se calló cobardemente ante Franco, el propio abogado defensor civil nombrado por la mujer, Amandino Rodríguez Armada, explica que consiguieron que el cardenal Pla y Deniel, el viejo amigo de Salamanca, intercediera por Grimau, así como monseñor Echave, obispo de Lugo, donde Grimau había vivido de joven, y otros sacerdotes. El abogado Rafael Jiménez de Parga recabó el apoyo de los colegios de abogados y el exministro católico Joaquín Ruiz Jiménez visitó uno a uno a todos los ministros clave.

Franco comentó con sorna:

—Se cree esta sor Intrépida que va a conseguir algo... que se despida de que lo vuelva a hacer ministro...

El vicepresidente, el general Muñoz Grandes, dijo que a él le parecía muy bien que se fusilara a Grimau y a ciento como él, mientras Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, y Carrero Blanco no se pronunciaron, pero dijeron que apoyarían la propuesta del Caudillo.

A los partidarios de la línea dura, también llamados «el búnker», les pareció tibia esta postura, y comentaron:

—¡Qué se va a esperar de los astados unidos!

Porque así llamaban a Carrero y a Castiella, pues ambos habían padecido idénticas tribulaciones domésticas.

Por su parte, el flamante ministro de Información y Turismo, el gallego Manuel Fraga Iribarne, le tendió al exministro un folleto que había editado a toda mecha:

—Está en manos ya de todos los diplomáticos destinados aquí y las fuerzas vivas, léalo, Ruiz Jiménez, y después opine.

Se llamaba «Grimau, crimen y castigo». Fraga lo había escrito con la colaboración de su cuñado Robles Piquer y en él se relataban con detalles atroces todos los crímenes que supuestamente había cometido el detenido.

Pilar Primo de Rivera, ¡la hermana de José Antonio!, pidió a Franco el indulto para Grimau, lo que provocó el hecho asombroso de que Pasionaria le diera las gracias desde Moscú. Unos pocos intelectuales, Bergamín, Laín Entralgo y el esquivo Xabier Zubiri, firmaron también una carta pidiendo clemencia. Quizás el caso más emocionante fue el del anciano presidente de la Real Academia, Ramón Menéndez Pidal, que se levantó a las seis de la mañana, se vistió de frac y se fue a El Pardo en un taxi. Mientras esperaba en la antesala mirando los tapices de Goya, le dijeron:

—Ya se ha cumplido la sentencia.

Silenciosamente, con su chistera bajo el brazo y sus noventa y tres años a cuestas, se levantó y se fue.

Chicho Sánchez Ferlosio, uno de esos descarriados «niños mal de casa bien», el hijo comunista del poeta de Falange Rafael Sánchez Mazas, íntimo amigo de José Antonio y uno de los autores de la letra del *Cara al sol*, escribió estos versos que se convirtieron en la primera canción-protesta de nuestro país:

*He conocido el crimen una mañana,
color tiene mi pena de sangre humana.
Solo nubes y polvo lo presenciaron,
Julián Grimau, hermano, te asesinaron, te asesinaron.*

Grimau, según contó su defensor, Rebollo, estuvo mirando las horas previas a su muerte las fotos de su mujer, de sus dos hijas y de sus ocho hermanos y «murió sin estridencias».

Franco le explicó a Carmina:

—No quiso confesar y estuvo entero.

El lugar de la ejecución fue iluminado por los faros de los coches puestos en círculo mientras una última estrella brillaba sobre el horizonte, trémula y aterida. A Grimau se le ordenó avanzar, que parara y diera media vuelta. Alguien se acercó a venderle los ojos y él se negó. Sonó la voz de mando:

—Carguen, apunten.

El pelotón se puso en posición:

—¡Fuego!

Los soldados voluntarios no lo mataron bien, y hubo que darle el tiro de gracia.

Fue enterrado en la fosa común.

Diez años después sus familiares lo trasladaron al cementerio civil y para ello tuvieron que abrir la caja de pino:

—Sobre el esqueleto pelado se conservaba su jersey de lana de cuello alto y unas zapatillas de piel vuelta que le acabábamos de regalar; era muy friolero.

Hubo muchos silencios onerosos, entre otros el del propio Partido Comunista. Al parecer Santiago Carrillo dijo que consideraba políticamente desacertado cargar contra los ministros que habían firmado el «pacto de sangre», ya que quizás en el

futuro habría que entenderse con ellos, y que lo mejor era no perder de vista el nuevo objetivo de los comunistas: la «reconciliación nacional». Y las potencias occidentales continuaron considerando a Franco una pieza fundamental de su tablero político, sin recambio posible. Franco podía sentirse satisfecho. ¡Había vuelto a ganar la guerra!

No consta lo que pensaba don Juanito de esta muerte, desconocemos si se opuso, si habló de ella con el Caudillo, aunque es lógico pensar que no. He preguntado a activistas de aquella época y todos me han contestado:

—No se nos ocurrió recabar su apoyo, en primer lugar porque desconocíamos qué pintaba el príncipe en el país, qué iba a representar en el futuro y los planes de Franco respecto a él. Y si lo hubiéramos sabido, todavía menos, porque lo hubiéramos visto como un apéndice del dictador.

José Cristóbal, el nieto, cuenta que, cuando se murió su abuelo, don Juan Carlos fue a darles el pésame a El Pardo y entre lágrimas le dijo a su abuela:

—Ustedes dos, su marido y usted, han sido como unos padres para mí.

Y, más allá de los sentimientos personales, conocemos también lo que pensaba la reina doña Sofía sobre Franco como político. Se lo dijo a Pilar Urbano en la conversación que dio pie al libro de memorias:

—Franco era un dictador, pero no un tirano... yo no vi nunca represiones brutales, crueles... en realidad, más que una dictadura, lo de Franco fue una dictablanda...

¿Mala memoria? ¿Olvido intencionado?

Porque en esa época, cuando se fusiló a Julián Grimau, Juan Carlos y Sofía llevaban seis meses viviendo en España. En La Zarzuela, el pabellón de caza de los reyes, al lado del palacio de El Pardo, que había quedado muy deteriorado por los bombardeos de la guerra y cuyos trabajos de restauración se habían empezado a realizar dos años antes. Franco se lo había dicho a su mujer con sencillez:

—Vamos a arreglar Zarzuela para el príncipe y su mujer.

A Carmina no se le ocurre poner en duda que los planes de su marido respecto a don Juanito, que casi no conocía aún a Sofía, iban a cumplirse, y se limita a preguntar:

—¿Quieres que lo haga yo?

Franco asiente, con la atención puesta ya en otro menester. Carmina lo decoró en un estilo «catálogo grandes almacenes», pero aun así los muebles y las reformas costaron cuarenta millones de pesetas.

En este detalle se demuestra la seguridad que tenía Franco de que el príncipe actuaría según los planes previstos, es decir, se casaría con Sofía y vendría a vivir a España bajo su tutela, aunque la reina Federica quería que después de la boda se quedaran en Grecia y don Juan en Estoril.

Una boda a la que no había podido acudir el Caudillo, aunque estaba invitado. La excusa fue un accidente de caza, le explotó una escopeta, lo que le obligó a ir con la mano vendada durante un mes. Al contrario de lo que se sospechó en su momento, el

accidente no fue un atentado, la culpa fue de su ayudante, Juanito Zamorano, que se equivocó al cargar el arma, y esta, una Purdey, explotó. La escopeta tuvo un destino curioso: tal como quedó, con los cañones resquebrajados por la explosión, la pólvora atrapada entre las vetas de la madera de la culata y el detalle morbosos del guante ensangrentado adherido a ella, fue heredada por Francis a la muerte de su abuelo como el resto de las armas, pues era el único hermano aficionado a la caza. Este, necesitado de dinero para emprender negocios en Chile, se la vendió al banquero Alfonso Fierro, que la expuso en su casa con una placa en la que se explicaban las causas del accidente.

Lo curaron en el hospital del Aire, y aquello se convirtió en una romería en la que fueron a verle su familia al completo. A Franco le llamó la atención el aspecto deteriorado de su consuegro, el conde de Argillo. Preguntó qué le pasaba y le contestaron:

—Tiene Parkinson.

Franco, curioso como siempre, insistió:

—¿Parkinson? ¿Qué es eso?

El yerno se lo explicó:

—Es una enfermedad degenerativa... no se pueden controlar los músculos, es paralizante, pierdes el movimiento, el habla, lo peor de todo es que continúas lúcido hasta el final, por eso se sufre tanto...

Desde una esquina de la habitación, Argillo, que ya había perdido la facultad del habla, asentía a todo con sus grandes ojos abiertos como abismos sobre el terror. Franco, sin apartar la vista de él, preguntó:

—¿Y no hay nada para combatirlo?

Cristóbal contestó sombríamente:

—Están investigando en Estados Unidos... pero no sé cuándo tendrán resultados; hasta que se consigan, se aprueben, los dejen probar con humanos y se comercialicen... —hizo un ademán de desánimo señalando a su padre—, para él ya será tarde...

Y cuando el marqués de Villaverde ya tomaba a Argillo del brazo para llevárselo, aún le preguntó el Caudillo:

—Pero, los primeros síntomas, ¿cuáles son?

Distraídamente, le contestó:

—Temblor en las extremidades, rigidez, no se parpadea... la cara pierde expresión...

Se fue el yerno, y se quedó Franco pensativo, con el ceño fruncido; Nenuca se llevó a los nietos pensando que se encontraba mal y que le dolía el brazo. Cuando se quedó solo con Carmina, le preguntó:

—¿Tienes un espejo ahí? Déjamelos.

Y él, que apenas se miraba cuando se afeitaba, se pasó toda la noche escrutándose a sí mismo, contando en voz baja:

—Uno... dos... tres...

Carmina, que dormía en un sofá, se despertó un instante y le preguntó entre sueños:

—¿Qué haces?

Y Paco le contestó a su mujer, que ya no lo oyó porque se había vuelto a dormir:

—Cuento cuántas veces parpadeo.

Claro que, aunque Franco no se hubiera accidentado, tampoco hubiera ido a la boda de Juanito, ya que no salía nunca de España, pero se sintió en la obligación de convocar en El Pardo al príncipe, quien suspiró de alivio ante sus excusas, pues no quería ni imaginar lo que hubiera supuesto un encuentro entre él y su padre. Franco le dijo:

—Irás mi hija.

Y después trató de pasarle protectoramente el brazo por los hombros, objetivo que no logró, ya que era bastante más bajo que el príncipe por mucho que este intentara inclinarse:

—No os preocupéis, alteza, tenéis más probabilidades de ser rey que vuestro padre.

Pero la marquesa de Villverde tampoco pudo asistir, ella contó más tarde la razón, «estaba embarazada de alguno de mis hijos, ya no recuerdo cuál, ¡he tenido tantos! Y hasta que no lo “solté” no podía moverme con comodidad».

Podemos aclararle desde aquí con mucho gusto a Carmen Franco que el hijo era Arancha, la última de sus hijas, que nacería en septiembre; después aún tendría al pequeño, Jaime.

Franco envió como representante suyo al almirante Abárzuza con la condición de informar al minuto de todas las incidencias. Lo acompañó su mujer, una inglesa a la que Carmina recibió antes del viaje para decirle, siguiendo las instrucciones de su marido:

—Al Caudillo le gustaría mucho que llevaras corona, para que se vea el nivel de vida que hemos alcanzado en España.

Cuantas más coronas apócrifas hubiera en la boda, menos resaltarían las auténticas.

Franco también dio orden de que no se pusiera la *Marcha Real* cuando apareciese don Juan en un acto público, aunque el embajador Luca de Tena consiguió que sí se tocara si iba con la reina de España. Así se dio el caso de que don Juan procuraba acompañarse siempre de su madre, porque si no, lo recibían con los sones de un pasodoble torero, cosa bastante ridícula dada su corpulencia.

La reina Federica pagó los pasajes de todos los invitados que llegaban del extranjero, pero no los de la familia del novio, con la que ya no necesitaba quedar bien. Don Juan llegó en el *Saltillo* y doña María y sus hijas fueron en vuelo regular y en turista.

Fue una boda caótica. Hubo desencuentros por la redacción de las invitaciones,

por la organización de las dos ceremonias, la católica y la ortodoxa, por la posición en la iglesia de los invitados. Un par de semanas antes Juanito tuvo que plantarle cara a Federica, a la que en familia llamaban Freddy, que pretendía que casi se ocultase la ceremonia católica, a lo que se oponía el príncipe siguiendo las instrucciones del Caudillo. Con el dedo índice apuntándole el pecho, la reina de Grecia se acercó a su casi yerno y se puso a gritarle:

—Tú no eres nada, una mierda, un desgraciado... solo serás rey si Franco quiere.

Y el príncipe se aproximó a ella con la media sonrisa y la suavidad aprendida del Caudillo y le dijo:

—Tú eres reina, Freddy, y yo también lo seré, no solamente por Franco, sino por mis diecisiete antepasados que también fueron reyes, mi sangre es tan pura como la tuya...

Y amenazó con romper la boda, por lo que la reina Federica, a la que Juanito y su padre llamaban «el sargento prusiano», no tuvo más remedio que callarse si no quería quedar en ridículo delante de todo el Gotha europeo, ¡a su hija ya la había desdeñado el príncipe Harald de Noruega, no podía volver a pasar por lo mismo!

Don Juan Carlos se fracturó dos días antes la clavícula haciendo judo con su cuñado y tuvo que asistir a las dos ceremonias, la ortodoxa larga e historizada, la católica «tan breve como un beso», que diría Pemán, con unos dolores insoportables, ya que se le pegó el yeso a la herida y se lo tuvieron que arrancar esa misma mañana. Iba sencillamente vestido con su traje caqui de teniente del Ejército de Tierra, lo que hizo decir a Franco con aprobación al ver las fotos:

—Me gusta, está muy marcial.

Contrastaba con el ambiente regio que quiso imponer la megalómana Federica, vestida de lamé dorado con un abrigo beige ribeteado de martas cibelinas y con las espectaculares esmeraldas de los Romanov bamboleándose sobre su pecho. El rey Pablo iba tan cubierto de condecoraciones y medallas que caminaba rígidamente, como un muñeco de madera, y el hijo, Constantino, caracoleaba innecesariamente con su caballo blanco molestando a todo el mundo, disfrazado, como Villaverde el día de su boda, de domador de circo.

El vestido de Sofía había sido causa de varias discusiones entre la sencillez que quería la princesa y el barroquismo lujoso que pretendía su madre. Al final ganaron ambas: a simple vista era una túnica monacal que no le favorecía mucho pero que mereció la aprobación de El Pardo, pero si mirabas la tela de cerca apreciabas que era un carísimo lamé blanco bordado con puntilla de bolillos hecha de hilos de plata, una filigrana que había requerido que las modistillas de Jean Desses trabajaran semanas enteras con turnos de veinticuatro horas.

La infanta Pilar, la hermana mayor de Juanito, era una de las ocho damas de honor. En todas las fotos luce expresión de enfado, pero no porque los vestidos con las chaquetillas que lucían todas las damas resultasen poco favorecedores, ni siquiera porque a sus veintiséis años fuera la mayor de las princesas europeas, ¡y sin ningún

pretendiente en perspectiva! Su disgusto se debe a todas las humillaciones que debió sufrir su familia en esos días. A la infanta Margot la sentaron en un sitio secundario y, al ser ciega, tenía grandes dificultades para orientarse. Don Juan, que creía que esta boda iba a apuntalar su posición, vio que ocurría todo lo contrario, Franco había impuesto una censura férrea y su presencia fue sistemáticamente silenciada en las escasas noticias que aparecieron en la prensa española. En televisión no se mencionó la boda y los periódicos en general no sabían muy bien quién era el padre, quién el hijo y qué representaban ambos. En *La Vanguardia*, por ejemplo, el periodista Cristóbal Tamayo explicaba que, al casarse, el príncipe convertía a su mujer en «condesa de Barcelona y duquesa de Atenas».

Don Juan comentó a sus allegados con tristeza:

—Es como la boda del huerfanito.

Afortunadamente, doña María no se enteró de estos desprecios ya que según explicó su suegra, la malevolente reina Victoria Eugenia, en una carta a su prima Bee, «la pobre María, además de ir horrible vestida, está todo el día en las viñas del Señor...».

Claro que la exreina tampoco tuvo su mejor día: parecía que ni siquiera se había peinado y llevaba un sombrero que un niño definiría como «un nido de pájaros». Estuvo sentada durante la ceremonia al lado de la reina Ingrid de Dinamarca y exhibía una expresión mustia.

Al novio se le ve ojeroso y pálido. Es el único que sabe ya que su padre ha sido descartado en la carrera sucesoria y se siente, poseedor de este secreto, como un traidor de melodrama. Se lo dijo años después a su biógrafo:

—Me estremezco pensando en lo que ha debido de sufrir mi padre.

Pero, a pesar de las vagas proposiciones de Franco, teme a su ambicioso primo. Porque Alfonso de Borbón Dampierre se ha quitado la careta, también aspira al trono de España porque dice que la renuncia de su padre no fue válida, y es, por tanto, su rival. Va a visitar a menudo al Caudillo, que lo encuentra muy inteligente y preparado, no se cansa de piropear al régimen y se ha hecho íntimo amigo del marqués de Villaverde.

Juanito le ha pedido que sea su testigo de boda, junto a su primo Carlos de Borbón, duque de Calabria, y el tío Alfonso de Borbón, por una razón estratégica: cree que de esta forma se hará evidente la diferencia entre ambos. Y que Franco tomará nota del contraste que existe entre los dos príncipes, el uno casado con una princesa real y el otro un solterón de vida sentimental agitada, con un padre alcohólico que vive con una cantante de cabaret en París.

Sí, en la carrera por la sucesión, con esta boda las acciones de Juanito suben, las de Alfonso bajan. Como dice el príncipe cuando está en confianza:

—Yo de aquí —y se toca la sien—, poco, pero de aquí —se da un golpecito en la nariz—, mucho.

Alfonso, que es abogado, ha tenido que abandonar su trabajo en el Banco

Exterior, una entidad pública, para acudir a la boda. Un trabajo que le ha proporcionado el mismo Franco, ya que, como le dice en una de las audiencias que suele concederle:

—No es costumbre que los miembros de las familias reales trabajen en empresas privadas.

El embajador de España en Grecia, marqués de Luca de Tena, le consultó a don Juan cómo debía figurar Alfonso de Borbón Dampierre en el acta matrimonial y qué tratamiento en general se le debía dar en todos los actos de la boda. Don Juan, que odiaba a su sobrino, este incluso afirmó años después que lo había agredido físicamente, contestó:

—Don.

El marqués de Luca de Tena se extrañó y arguyó que si a los Grandes de España se les daba el tratamiento de excelentísimo señor, con más motivo al hijo de un infante de España. Pero don Juan volvió a repetir, esta vez a gritos.

—¡Don! ¡Coño! ¡Solo don!

Y como don Alfonso Borbón-Segovia Dampierre figuró en las actas de la boda. Y en las tarjetas, y en su reserva de hotel. Y su colocación en los actos estaba siempre por detrás de personas que, según él, tenían menos méritos. Alfonso, ya de por sí un hombre tétrico y resentido, se sentía agraviado por afrentas auténticas, pero también imaginarias. «El número de pinchazos fue tan grande que un día decidí hacer las maletas y regresar a España». Lo hubiera hecho de no haber intervenido su abuela:

—Oye, Alfonso, no vayas a estropearlo todo. Puedo garantizarte que tu primo no tiene nada que ver con eso. Después de todo, has venido por él.

Alfonso, que es mujeriego como todos los Borbones, se consuela en los brazos de la princesa italiana desairada por Juanito María Gabriela de Saboya, una de las invitadas más elegantes de la boda. Va de verde y «muy espiritualizada por un sombrero-casquete», según detalla el cronista de sociedad José María Bayona en la revista ¡*Hola!*

Pero el atractivo rostro de Alfonso, de un moreno casi azulado más parecido al de un bandolero de sierra Morena que a un príncipe de cuna, es tenebroso y violento. Cuando firma el acta solo una contracción en la mandíbula delata las tormentas que están ocurriendo en su interior.

Después, mientras los recién casados pasan su noche de bodas en la suite recubierta de esponjosa piel blanca del *Creole*, un fabuloso velero de 214 metros con dieciséis personas a su servicio propiedad del naviero Stavros Niarchos, a más de dos mil kilómetros de allí Franco le tiende un sobre a su mujer.

—Mira, la princesa nos agradece el regalo.

Sonriendo, Carmina lee la carta en la que la princesa demuestra que ha entendido cuál es su primera obligación, halagar al Caudillo. «Mi querido Generalísimo, me he sentido abrumada y profundamente emocionada por los maravillosos regalos que el almirante Abárzuza me ha traído de su parte y yo le agradezco de corazón. La

condecoración me ha complacido en extremo, al igual que el magnífico broche de brillantes que me envió como regalo de boda. Lo valoraré como un tesoro toda mi vida. Sofía».

La condecoración es el Gran Collar de la Orden de Carlos III, del que la reina Victoria Eugenia le dice con burla:

—Pues vaya regalo más inapropiado, es una condecoración para hombres, a ti te tenían que haber dado la cruz de María Luisa.

Claro que la exreina tiene un difícil contentar. También se queja de los regalos que la reina Federica le ha hecho a su hija:

—Bah, total cuatro pulseritas de cadenitas de oro con cabujones de rubíes, zafiros y esmeraldas, ¡muy pobre! No sé por qué no te regaló un bonito hilo de perlas cultivadas.

Y se lamenta en carta a su prima Bee, porque:

—Yo le he dado uno de mis collares de chatotes, y a última hora añadí un broche de brillantes del siglo XVIII, pero Sofía no me lo ha agradecido. ¡Estoy indignada!

El que sí agradece Sofía es el broche que le ha comprado Carmina en Aldao. Se hizo acompañar por Nenuca, porque:

—Hija, tú eres joven y conocerás más su gusto.

Es de brillantes y tiene un zafiro muy bonito y valioso, actualmente se le conoce con el nombre de «actinia».

Temiendo quedarse corta, Carmina también le compra una diadema en forma de flores que se puede usar asimismo como collar, y aún le da a la mujer de Abárzuza unos regalos personales para la princesa, dos escribanías de plata, unas mantillas de encaje y unos abanicos.

Carmina, complacida, le devuelve la carta a su marido:

—Parece que hemos acertado con el broche, la verdad es que era bastante caro.

Franco, tan mirado para estas cosas, contesta sin embargo:

—No importa, la ocasión lo merece.

Carmina se atreve entonces a decirle:

—Paco, en Aldao me han enseñado un brillante muy bien de precio, enorme... solo nueve millones de pesetas, podría hacerme un *pendentif* —intenta bromear—. Te recuerdo que el año pasado cumplí sesenta años y no me regalaste nada...

Paco se echa a reír.

—¿Nueve millones en una joya, Carmina? ¡Nosotros no tenemos posición para eso! —Descartado el tema, añade con satisfacción—. Mañana van a ir a ver al papa, pero después vendrán aquí, la princesa quiere conocernos... don Juan Carlos le ha dicho que nosotros somos como sus padres...

Carmina, un poco picada porque Paco le ha negado su capricho, salta con cierta sorna:

—¿Ah, sí? ¿Y qué dirá el padre de verdad?

Riendo traviesamente, Paco responde:

—¿Ese? ¡No sabe nada!

A los recién casados los fueron a recibir al aeropuerto de Barajas los marqueses de Villaverde, aunque Cristóbal en privado llama a Juanito «ese niñato», no se atreve a desobedecer a su suegro, incluso ambos les hacen la reverencia. Como Nenuca está embarazada, Sofía la obliga a levantarse y le da dos besos. Juanito mira con desconfianza a Cristóbal desde que sabe que es muy amigo de su primo Alfonso, y su presencia le provoca inseguridad; está muy nervioso, comprende que su futuro depende de la impresión que su mujer cause a Franco y a la generalísima. Hasta ahora él solo se ha bandeado bien, pero ¿cómo recibirán ellos a Sofía?

Franco también está preocupado, sus planes son que la pareja llegue a ser reyes de España, pero ¿será una persona adecuada la princesa? Él ya sabe que Juanito está de su lado incondicionalmente, sobre todo porque no tiene otra opción, pero Sofía al fin y al cabo pertenece a una familia reinante, ¿será orgullosa? Y, sobre todo, ¿mirará a Carmina por encima del hombro?

No tenía ningún motivo de inquietud. La princesa ya sabía que debía caerle bien al Caudillo y a su mujer, y puso de su parte su inteligencia, la astucia heredada de su madre y los consejos de su marido, que conocía perfectamente lo que le gustaba a su excelencia:

—Llámalo mi general, pregúntale por Marruecos y sé simpática con la Señora.

El estudiado primer comentario de Juanito fue:

—Excelencia, hemos tenido que venir porque la princesa estaba empeñada en conocerles, ¡le he hablado tanto de ustedes!

Sofía iba discretamente vestida, con una falda a media pierna y ese peinado que se llamaba «a lo Sylvie Vartan» que no ha variado desde entonces, y una crucecita en el cuello, y se mostraba sonriente, con las manos cruzadas sosteniendo un pequeño bolso, con los ojos bajos. Carmina le preguntó si quería ver el palacio, a lo que ella asintió alborozadamente, incluso aplaudiendo como una niña pequeña, un júbilo algo amortiguado, ya que llevaba guantes.

La Señora la llevó al teatrillo de la reina, ahora convertido en una fea sala de cine con veinte butacas incómodas y desaparejadas, a la habitación donde había muerto Alfonso XII, ahora oratorio, al cuarto al que llamaban la Perona, ya que allí se había alojado Evita, y hasta ante el brazo incorrupto de santa Teresa. Como Sofía frente a la sagrada reliquia no sabía muy bien qué hacer, si estrechar la mano o arrodillarse, optó por persignarse y musitar una pequeña oración de forma ininteligible.

Las lejanas lecciones de madame Claverie se mostraron muy útiles, ya que Carmina y Sofía hablaron en francés:

—Durante la guerra mi hija y yo estuvimos cuatro meses viviendo en Burdeos.

Aquí Sofía intercaló un elogio al valor de la mujer del Caudillo y también aprovechó para criticar levemente la inmoralidad de la aristocracia, crítica que no venía mucho a cuento, pero que dejaba claro que sus prioridades en la vida no eran ni acudir a fiestas, ni tener corte, ni revolcarse en la frivolidad y el vicio.

Comieron con los marqueses de Villaverde tan frugalmente como de costumbre, cosa que no importó a Sofía, que tampoco es ninguna gourmet. El silencio se evitó gracias a Nenuca, que, habituada a la vida de sociedad y a encontrar temas hasta debajo de las piedras, contó su último viaje a Grecia, a la isla propiedad del naviero Giorgios Livanos, gran amigo de ellos:

—Fuimos a cazar.

Sofía, que ya entonces odiaba la caza, se apresuró a desviar la conversación y contó que a su boda en Atenas había ido precisamente Eugenia Livanos con su marido el armador Stavros Niarchos, que era quien les había dejado el barco para pasar la noche de bodas, y aquí bajó púdicamente los ojos.

El Caudillo no presta atención, y Carmina mira sucesivamente, como en un partido de tenis, a Sofía y a su hija, muy impresionada por esta conversación de altos vuelos entre estas dos sofisticadas ciudadanas del mundo, ¡ella, que desde la guerra solo ha salido de España para ir a Madeira y a Portugal!

En los postres (una naranja), Cristóbal se levantó de un salto y haciendo un ademán para que nadie se moviese dijo que tenía que irse ya que a las cuatro debía operar a corazón abierto, a vida o muerte. Nenuca y el Caudillo estaban pelando la fruta y parecieron no oírle, Sofía y Juanito, sin saber qué hacer, agitaron la mano, y solo Carmina dijo con un tono falsamente amable:

—Que vaya bien, Cristóbal, en esa operación tan importante.

Fueron a otra salita a tomar café y se vio pasar frente a la ventana con pantalón corto de tenis, niky blanco y unas raquetas bajo el brazo al marqués de Villaverde, lo que no suscitó ningún comentario.

Sofía quedó muy satisfecha de esta visita, y así se lo conto a su biógrafa, Pilar Urbano:

—Yo le caí muy bien a Franco, a Juanito él lo trataba como el hijo que nunca tuvo, o como su abuelito, le cambiaba la expresión al mirarlo.

Y a Gangán, la abuela de verdad de su marido, le comenta:

—Todos eran muy simpáticos, Carmencita, la hija, también, ¡el marido es un *playboy*!

Carmina, por su parte, le confiesa a su amiga Pura Huétor:

—¡La princesa le ha robado el corazón a Paco!

Y ella añadía por su cuenta:

—A mí también me gustan mucho los Juanitos.

Así, los Juanitos, los iba ya a llamar siempre.

Según José María Pemán, Franco quedó embelesado por la belleza entre maliciosa y aniñada de Sofía, por su religiosidad y por su dominio del español.

A su primo Pacón, Franco le dijo, más comedidamente:

—He encontrado a la princesa muy agradable y muy culta. —Y añade—: Habla bastante bien el español y llegará a hablarlo a la perfección porque se está dedicando a estudiarlo intensamente.

Vistos los resultados, cincuenta años después de los hechos que narro, o los estudios no eran tan intensos, o Sofía no tiene mucha predisposición para los idiomas.

Juan Carlos y Sofía se fueron de viaje de novios a dar la vuelta al mundo y, aunque estaba ya con un embarazo bastante adelantado, Nenuca viajó a Roma para asistir a una fiesta en casa de los Borghese, lo que demuestra que si no había ido a la boda de los Juanitos era, sencillamente, porque no le apeteció.

A pesar de ir a hijo por año, Nenuca no disminuía su frenética vida social, en cualquier revista de aquella época se podía ver que los marqueses de Villaverde estaban en la cumbre de su popularidad. «El todo Madrid asiste a la fiesta benéfica organizada por los embajadores de Filipinas y la condesa de Elda en el Club de Tiro de Pichón de Somontes. La marquesa de Villaverde estaba sentada al lado de Andrés Soriano. El número fuerte fue un desfile de modelos del modisto filipino Pitoy, uno de los cuales estaba dedicado a la marquesa, que pronto lo lucirá con elegancia. Ante el marqués de Cubas y el de Villaverde las maniqués se detenían y giraban porque solían además estar correspondidas con sonrisas y requiebros de los dos galantes caballeros» (revista *Lecturas*).

Pedro Rodríguez le hacía unos trajes especiales de embarazada, con la cintura debajo del pecho y muy amplios, que no desentonaban en la moda trapecio que se llevaba esos años. Se peinaba como la cantante italiana Mina, con la que decían guardaba un gran parecido, el pelo color azabache recogido muy tirante, lo que hacía que sus ojos negríssimos parecieran más rasgados, subrayados por un trazo grueso de lápiz khol. Su peluquera Rosa Zabala le hacía en la coronilla un complicado moño a base de postizos, lucía generosos escotes, y si estaba en Madrid acudía a la fiesta de la banderita, o a las recepciones en las embajadas, o al Club Puerta de Hierro a una entrega de premios, o el periódico *Pueblo* la elegía «la más popular» y ella recogía el galardón con «simpática llaneza».

—Sé que no me lo dan a mí sino a mi padre...

Su padre, que al final se había puesto en manos del doctor Puigvert, el urólogo catalán considerado el primero en su especialidad, al que se le había pedido guardar el mayor de los secretos. Un médico que trabajaba con él me cuenta:

—Y a pesar de que el doctor era muy charlatán, la verdad es que le obedecía. — Aunque reconoce que a él sí le contó la enfermedad del paciente de El Pardo—. Era una dolencia benigna, una hipertrofia de la próstata, y durante unos años lo estuvo tratando con unas inyecciones elaboradas a base de una sustancia extraída de la corteza de un árbol africano llamado *pygeum*, se las tenía que poner su médico cada quince días.

Vicentón, tan celoso de su paciente que no quería que lo reconociese ni su propio yerno, no protestó por la intromisión de este médico. Porque con el doctor Puigvert tenía una curiosa afinidad: ambos estaban casados con actrices, Vicentón con María Jesús Valdés y el catalán con Elena Salvador. Las dos habían compartido tablas en los teatros de Madrid.

Puigvert, para ver el desarrollo de la dolencia, le solía practicar un tacto rectal, y me cuenta su ayudante que Franco se quejaba:

—Me duele.

A lo que contestaba Puigvert:

—*Cony*, como a todo el mundo.

Franco se incorporaba y le decía:

—Espérese, doctor, que le voy a presentar a mi hija. —Y le pedía a Pacón—. Dile a Nenuca que venga.

Pero el primo contestaba:

—Acaba de coger un avión para Nueva York.

Y el Caudillo le comentaba al médico catalán encogiéndose de hombros:

—¡Esta juventud! ¡Viaja tanto!

Aún le decía al médico:

—Un momento, que le voy a presentar al príncipe.

Don Juan Carlos esperaba en la antesala, y saludó al doctor Puigvert tratándolo, según su costumbre, de tú:

—¿Cómo estás, doctor?

Franco sabe, por las escuchas que ha instalado en La Zarzuela, que ese día ha habido llamada del padre desde Estoril y se ha entablado como siempre una discusión, pero no comenta nada, solo estrecha la mano del príncipe con más efusión de lo acostumbrado.

Don Juanito está ojeroso, es un trabajo agotador verse obligado a jugar a dos bandas, ¡para que luego digan que el príncipe es tonto! Lo repite la maledicencia popular, que el príncipe es un pelele y que la lista es la princesa, hasta el punto de que Franco se ve obligado a salir al paso para defender a su pupilo:

—Es infundado el rumor que dice que el príncipe es tonto —y aclara—, en los asuntos de la política no está entregado a su padre.

Hasta lo pintan con brea los falangistas en los muros de El Pardo:

—No queremos príncipes idiotas.

Seguramente Juanito lo lee cuando recorre la carretera interior que une El Pardo con La Zarzuela para visitar a Franco los lunes, un par de horas por las tardes, prácticamente la única actividad de la semana. No la más importante, sino la única. La misma Sofía recordará esos años difíciles en los que «no éramos nadie»:

—Teníamos que estar inventándonos el trabajo cada día, no teníamos un estatus, no sabíamos muy bien quiénes éramos... no podíamos exigir ningún derecho, no sabíamos ni cuál era nuestro puesto, nuestro rango, incluso en el protocolo...

Pero no puede dejar de sentir una dulce nostalgia al mismo tiempo, ya que:

—¡Entonces todo lo hacíamos juntos!

Al Caudillo se le ilumina la cara cuando ve entrar al príncipe en su despacho, deja todo lo que tiene entre manos en ese momento, le hace un gesto a los ayudantes para que se vayan, se arrellana en la silla y se pone a hablar de la finca de Valdefuentes,

del número de vacas que tiene, de sus jornadas de caza, y le cuenta recuerdos de Marruecos y hazañas de pesca. Cuando el príncipe, tímidamente, saca algún tema político, Franco contesta:

—Cada uno tiene su manera personal de gobernar.

El príncipe le aportaba energía, sentía una especie de camaradería por él mezclada con cierto sentimiento paternal, y él, que tan desconfiado era, estaba absolutamente seguro de su lealtad. Le gustaba hablar con don Juan Carlos, sentía su corazón inflamarse de emociones recién estrenadas pero su presencia le causaba timidez, y de pronto necesitaba levantarse, a pesar de que ese gesto nimio cada vez le resultaba más penoso, abría la ventana de par en par, cerraba los ojos y si llovía aspiraba profundamente el fuerte olor a pinos y jara exclamando:

—¡Qué buen tiempo hace!

Se volvía ligeramente desconcertado cuando oía a sus espaldas la risa de don Juan Carlos, pero terminaba riendo con él mientras le explicaba:

—Es una alegría, príncipe, pensar que los pantanos se van llenando poquito a poco, cuando vos seáis... —se interrumpía, no quería descubrir sus cartas tan claramente, no todavía—, quiero decir, que todos los españoles de pro deben alegrarse de que llueva.

Y después lo despedía con estas palabras:

—Muchos saludos a la princesa... —Y advirtiendo el aspecto cariacontecido de Juanito, no podía evitar decirle en el último momento—. Confíen en mí...

Juanito regresaba a su modesto palacio algo alicaído, mientras las nubes se desflecaban sobre él, y Sofía, ya embarazada de su primer hijo como era su deber, le apremiaba:

—¿Habéis hablado del futuro?

Juanito se ponía un dedo en los labios, les habían dicho que La Zarzuela estaba lleno de micrófonos, de hecho, tenían uno hasta debajo de su lecho matrimonial, en aquella época compartido, y se limitaba a negar con la cabeza, en silencio.

Después cogía un paraguas, la hacía salir al jardín, único lugar donde podían hablar libremente, y le decía:

—Lo veo muy cansado, abatido... le tiemblan las manos y le cuesta levantarse de la silla. —Y añadía—. La hija y el yerno van poco por allí.

Porque con la excusa de que Cristóbal debía alternar con médicos de otros países para enterarse de los últimos avances en cardiología, los marqueses de Villaverde se iban a Finlandia o a Estados Unidos, de donde traían siempre regalos, para su padre unas gafas Ray-Ban, lo que dio un toque más moderno a la imagen veraniega del Caudillo. Lo fotografiaban en la playa de Bastiagueiro con impecable traje de alpaca gris, calcetines blancos, zapatones de Segarra y gorra de almirante, pero luciendo con satisfacción las mismas gafas que Marlon Brando en *Un tranvía llamado Deseo*. Y el pie de foto aclaraba: «El Generalísimo jugando con sus nietecillos».

O si no era el maharajá de Jaipur el que los invitaba con sus íntimos amigos Loly

y Eduardo Aznar a una cacería de tigres. Las cabezas de estos espléndidos animales iban a adornar la casa del pantano de Entrepeñas que le acababan de comprar a Blanca de Romanones, donde el matrimonio pasaba todos los fines de semana practicando esquí acuático. Campúa fotografió al marqués con traje de goma levantando una de las manos y un pie en una difícil acrobacia que hizo exclamar a su suegro:

—Pero, este hombre, ¿no sabe hacer otra cosa que cometer frivolidades?

No se llevaban a los niños porque:

—Es peligroso, podrían caerse al pantano.

Mery, de mayor, recordará:

—Los jefes —así llamaba a sus padres— no estaban nunca, nosotros solo teníamos a mis abuelos y a nani.

Una vez al mes Nenuca se iba a Barcelona, porque, como le decía a su madre cuando acudía a comer a El Pardo para despedirse:

—Tengo una función en el Liceo, tres pruebas con Pertegaz y quiero pasar por El Dique Flotante y Santa Eulalia. Quizás en Baviilleset han recibido ya los anoraks de esquí que he encargado.

La madre le decía:

—Pero, hija, ¿has de ir tan lejos?

Aunque Paco la reconvenía:

—Carmina, que aquello también es España aunque ese Jorge Pujol diga que no.

Porque los catalanes vuelven a armar alboroto y los capitanea un muchacho de una familia adinerada propietaria de unos laboratorios farmacéuticos. Paco prosigue mientras coge una manzana del frutero:

—No es tonto ese chico, creo que es médico y no sé por qué se mete en esos caminos tan procelosos del catalanismo. —Inserta el tenedor en la manzana y se dispone a pelarla con el cuchillo—. Me ha contado Vicentón que la pomada que me pongo para las llagas de los pies, Neo-bacitrín, la ha inventado él, pero yo no voy a dejar de usarla porque los curas rojos le hayan envenenado el cerebro... Lástima...

Se hace un silencio en la mesa, Carmina atiende a Mariola, la nieta segunda, una niña callada e introvertida que hoy come con ellos, pero Nenuca observa a su padre con preocupación. Una mano del Caudillo tiembla tanto que no puede pelar la fruta. Mira a su hija y deja los cubiertos a ambos lados del plato:

—Hoy no quiero postre.

Intercambian una mirada y el Caudillo mueve imperceptiblemente la cabeza.

La mujer, ajena a este intercambio de gestos, le comenta a su hija:

—Pues tráeme esa crema de Elizabeth Arden que me fue tan bien... la de las arrugas —y añade—, y dile a tu marido que no se olvide de ir a Bel a recoger los pijamas de tu padre.

Pero el marqués no suele ir a Barcelona acompañando a su mujer. En realidad, hay rumores de que el matrimonio ocupa habitaciones distintas en la nueva casa

adonde se han mudado, en el número 8 de la calle Hermanos Bécquer, y que si no se separan es para no dar un disgusto al Caudillo y su mujer, pero que cada uno hace su vida. El hijo, José Cristóbal, lo reconocerá de mayor:

—Mi padre tenía sus ligues... en un país tan machista como España, hasta se admira que un hombre sea un don Juan...

Y en una sociedad tan cerrada como la española se murmura hasta de la hija del Caudillo, aunque en sordina por ser quien es, ¡la maledicencia también le alcanza a ella! Un atractivo caballero de la sociedad catalana presumía de que se citaba con *la Hijísima* en la suite 112 del Ritz, una habitación con baño romano en la que hemos pasado la noche de bodas la mitad de las parejas de Barcelona. El hombre no merecía demasiada credibilidad entre sus amigos, hasta que un día uno de ellos golpeó la puerta de la suite del Ritz y le contestó esa voz de tono infantil que conocía toda España:

—Adelante.

Ni que decir tiene que el amigo se fue corriendo por el pasillo y, de él, como decía el Zorro, nunca más se supo.

Nada de esto llegaba a El Pardo, claro está, donde Paco y Carmina vivían en una confortable inopia. La madre recibía con gran alegría cada nuevo embarazo de Nenuca, aunque la mayor, Carmen, era su favorita. Sus hermanos decían de ella:

—Era muy zalamera y muy formal, conseguía todo lo que quería...

Como había hecho su madre de pequeña, Carmen se convierte en la embajadora infantil de El Pardo para toda España, pero a diferencia de la disciplinada Nenuca, ella se aburre y protesta:

—Hice de fallera y dije que no iba si no hacían dama de honor a mi amiga Mari Luz Barreiros. Fui reina de las fiestas de Cádiz y llevé como paje a mi hermano Francis, pero a mí me daba vergüenza; era una obligación, como ir al colegio, me aburría.

En una exhibición floral en San Feliu del Llobregat le dieron a una rosa el nombre de Carmencita Martínez-Bordiú Franco, y cuando quería humillar a alguno de sus hermanos, le decía:

—Cállate, que tú no tienes ninguna rosa con tu nombre.

La misma Carmen se ríe cuando recuerda su niñez:

—Era insoportable, no entiendo cómo me aguantaban.

Mery le hacía mucha gracia al abuelo, que la llamaba «la ferrolana», porque era alegre y descarada como las muchachas que había conocido en su juventud, pero sin duda alguna su favorito era Francis. Y no porque se llamase como él ni porque fuese su ahijado. Había sido el primer nieto varón, y cuando Paco lo contemplaba en su cuna, le acariciaba la cabeza y se decía por dentro muchas cosas. Lo primero, que no le iba a faltar el cariño familiar. Miraba aviesamente al marqués y se le oscurecían los ojos con terribles sospechas: recelaba que no era fiel a su Nenuca y que no se preocupaba de sus hijos. Carmina adivinaba sus pensamientos y le ofrecía al

gordezuelo bebé para que lo cogiese:

—Ya verás, es muy bueno, no llora.

Paco lo alzaba hasta donde le daban los brazos, Francis pataleaba, pero después le tendía las manitas para agarrarse a su cuello y el terrible dictador se anegaba en una ternura tibia de talco, colonia, leche y galletas. Cuando era muy pequeño, la abuela le preguntaba:

—Francis, a quién quieres más, ¿a tu madre o a tu padre?

Sin dudarle, el niño contestaba:

—A mamá.

Y Carmina levantaba el índice y le decía:

—Pero al que quieres más de todos es...

Y el niño gritaba alborozado:

—¡Al abu!

Si el abuelo les hacía una carantoña a sus hermanas, Francis se tiraba al suelo llorando y dándose golpes en la cabeza hasta que le hacía caso.

Uno de los primeros recuerdos de Francis es de cuando se subía a caballo con su abuelo, sentado delante de él, que lo rodeaba con una rienda en cada mano, la barbilla hendida en su pelo, «su regazo era cálido y seguro, sus mejillas estaban heladas por el viento».

Le preguntaba a su nietecito, que se cogía a la crin del caballo:

—¿Estás bien agarrado?

Francis intentaba ajustar sus cortas piernas al lomo del animal, y su abuelo las mantenía firmes apretándolas con sus rodillas. De una encina arrancó una hoja y se la puso entre los dientes, con la fusta le señaló un montículo:

—Ahí viven solo jabalíes y palomas torcaces. ¡Un día iremos!, ¡solo nosotros, los hombres de la familia!

«Es ahora, al recordarlo, cuando esos instantes se vuelven extraordinarios y valoro cada segundo que pasé con mi abuelo», rememora un Francis Franco adulto para el que la vida no ha sido fácil.

Caía una ligera llovizna que se metía por el cuello de la chaqueta y que levantaba olores primaverales del suelo. Y mientras el caballo trotaba tranquilamente moviendo las orejas y poniendo los ojos en blanco, el terrible dictador al que no le temblaba el pulso al firmar una sentencia de muerte, que, cuatro meses después de la de Grimau había firmado la de los anarquistas Granados y Delgado a los que se había dado garrote vil por unos hechos que nunca se les pudieron probar, recorría los montes de El Pardo abrazado a su nieto.

Es el mismo hombre viejo y epilodal al que Rafael Alberti increpa:

*Tú todavía, general botijo,
caudillo cantimplora sin pitorro,
liliputiense, hijo*

*de zorra cabezorra y cabezorro.
Es este superviviente al que Pablo Neruda maldice:
Aquí estás. Triste párpado, estiércol
de siniestras gallinas de sepulcro, pesado esputo, cifra
de traición que la sangre no borra. Quién, quién eres,
oh, miserable hoja de sal, oh perro de la tierra,
oh malnacida palidez de sombra.*

Es este mismo que ahora va señalando el nombre de los pájaros que los sobrevuelan:

—Mira, ese ahí que vuela tan raro es un sisón. Y el de allí un arrendajo. Tiene unas plumas azules que son muy bonitas, las urracas en Galicia se llaman pegas y son muy listas, hasta saben contar.

A veces intentaba imitar el canto de un pájaro:

—Fiuuu... priii priiii...

Francis se arrimaba más a él y hundía la cabeza en su grueso chaquetón de lana que olía a humedad, un poco a leña, a pólvora, a romero. Esa sensación de seguridad que se siente de pequeño entre los brazos de alguien que te quiere es una buena muleta para luego enfrentarse a la dureza de la vida.

Pero cuando Francis cumplió tres años, se había de producir la gran catástrofe. Nadie osaba decírselo al Caudillo, la consigna familiar era:

—No se le pueden dar disgustos al abuelo, bastante tiene con gobernar España.

Carmina, si estaba de buen humor, decía:

—Bastante tiene con ser un héroe.

Pero Paco, que leía en su mujer con la misma precisión con que interpretaba los mapas topográficos durante la guerra, advirtió que estaba demacrada y que se llevaba a escondidas el pañuelo a los ojos:

—¿Qué te pasa, Carmina?

—Estoy constipada.

Franco dejó al lado sus papeles, se sacó sus gafas «de leer», la hizo sentar, le tomó las manos con las que intentaba taparse la cara y le preguntó:

—Cuéntame.

Carmina se desfondó:

—Es Francis, le han descubierto una cosa en el corazón, una... endro...

Franco se puso pálido, pero con voz normal consiguió decir:

—Una endocarditis...

—Sí, Cristóbal dice que es grave... Pobriño, ¡tan pequeño!

Se echó a llorar. Paco le ordenó:

—Dile que venga.

Franco tiene el alma en un puño, herida por premoniciones terribles, no puede olvidar a su hermana Pacita muriéndose a los cuatro años.

Hubo una larga entrevista. Cristóbal, dejando aparte su fama de *playboy*, era un buen especialista del corazón que estaba en contacto con todos los hospitales importantes del mundo debido a sus viajes. Se llamó, se investigó y se averiguó que con una inyección diaria de Benzetacil 633, una penicilina preventiva, se podía mantener a raya la enfermedad. Al final, según cuenta el propio Francis:

—Tiré adelante con reposo, evitando esfuerzos físicos... pero nunca fui un niño como los demás. —Hay una amargura enorme en las palabras de este hombre de cincuenta y siete años cuando recuerda su infancia—. El colegio fue un suplicio, me sentía muy solo, los niños me arreaban patadas a escondidas... Era distinto a ellos...

Y por tanto tampoco ha sido nunca un adulto como los demás. Paco le tomó un cariño inmenso a ese nieto más débil, más vulnerable, en el que adivinaba esa soledad congénita que él también había sufrido. Y el nieto lo tomó bajo su protección, «me convertí en su sombra, iba con él a todas partes, lo acompañaba a cazar, a pescar, a pasear por El Pardo»:

Y resume sencillamente:

—Su vida se extinguía y yo pugnaba por crecer y no tener que dejarle nunca.

Jamás el niño Francis volvió a sentirse tan seguro como a lomos de aquel caballo con su abuelo. Jamás deja de sonreír, aunque ahora sea un adulto muy serio, cuando recuerda el primer regalo que le hizo. Por su cumpleaños. Se devanaba los sesos pensando en algo que lo distinguiese de sus hermanos, que le regalaban una corbata, un libro, un pañuelo. Al final se le ocurrió el obsequio perfecto. Corrió a contar sus ahorros, apartó una peseta y se la tendió con gesto de gran señor:

—Toma, abu, para que te compres lo que quieras.

En realidad no era Francis solo, eran los siete hermanos los que llevaban una vida distinta al resto de los niños. Estaban más tiempo en El Pardo que en Madrid y apenas podían salir del recinto vallado por motivos de seguridad. Se conocían sus 16.000 hectáreas como las palmas de sus manos, pero José Cristóbal, por ejemplo, no subió en el metro hasta que cumplió quince años. Siempre viajaban en coches oscuros, con los cristales tintados. Así Mery dijo:

—Yo creía que todos los coches eran negros y que todo el mundo iba con escoltas.

Cada nieto llevaba dos personas de seguridad que no podían apartarse de ellos más de metro y medio.

Una infancia en una jaula de oro. Con razón Carmen dijo de mayor:

—Lo tuvimos todo menos una infancia normal.

Y José Cristóbal añadía:

—Entonces todo nos parecía corriente porque no teníamos puntos de referencia.

Se habilitó una habitación como clase con pizarras y bancos y hasta que Carmen tuvo catorce años y Mariola doce no fueron al colegio, el Veritas, en Somosaguas, regido por monjas teresianas. Luego Carmen iría al internado Mont Olivet de Suiza. Francis y José Cristóbal fueron al Pilar, como su padre, en la calle Reyes Magos,

cerca del Retiro. Ninguno de los dos guarda un buen recuerdo de este colegio.

A las fiestas de cumpleaños iban cientos de niños a los que no conocían; Marisol era una de las invitadas y al final siempre la hacían cantar. Francis confiesa «no entiendo por qué venía, porque no era amiga nuestra». Pero en realidad amigos de su edad apenas tenían, siempre estaban con adultos. Quizás el único que se dio cuenta de lo extraño que era ver a aquellos siete niños viviendo tan aislados fue Vicentón, el doctor Gil, quien se atrevió a comentárselo a la abuela:

—Señora, yo creo que sus nietos deberían ir a algún campamento o colegio para que convivieran a diario con niños de su edad. ¿No advierte, Señora, que sus nietos siempre están con personas mayores? Parecen viejos en lugar de niños...

A lo que respondió rauda y ofendida la Señora:

—Oye, Vicentón, yo creo que lo que a ti te ocurre es que sientes envidia de lo que tienen estos niños, solo así se explican tus reacciones.

—Señora, por favor, mis hijos tienen lo más grande del mundo: el cariño de sus padres. Mis hijos no han estado jamás en manos de nadie...

Y en parte la Señora tenía razón, porque el bueno del doctor Gil estaba dolido porque sus hijos no eran invitados a los cumpleaños de los nietos del Caudillo, cuando él se desvivía por servirle, «me consideraba a mí mismo como su perro fiel», pero claro, se había casado con una actriz y esto ya no tenía remedio.

Eran niños privilegiados, «teníamos de todo...». Hasta su propia cabalgata de reyes, en la que los miembros de la casa militar se disfrazaban de Melchor, Gaspar y Baltasar, con su acompañamiento de pajes y camellos. Un día José Cristóbal descubrió:

—¡El rey Melchor no es de verdad, es un policía del abuelo, con barba, que yo lo conozco!

A los padres apenas los veían, la madre llegaba perfumada, envuelta en gasas, con el rostro frío y ajeno, y les decía:

—No me beséis que voy pintada.

Su mundo era El Pardo y la Nani, que se encargaba de recordarles que todo lo que tenían era gracias al abuelo, y que cuando se muriera, todo se terminaría y los expulsarían del paraíso terrenal.

La muerte del abuelo, la muerte del Caudillo.

Poco a poco empieza a colarse esta idea en el cerebro de los suyos, porque por primera vez Paco tiene que pasar por el quirófano. En realidad lo de quirófano es un tanto exagerado, ya que es una habitación habilitada como tal en el mismo palacio. Fue Puigvert el que aconsejó la intervención y también facilitó el nombre del cirujano: el doctor Pérez-Castro, también urólogo, ayudado por su hijo. Fue una intervención muy sencilla y que se resolvió satisfactoriamente, pero aun así se les exigió a ambos que guardaran silencio absoluto.

Pero es inevitable que los españoles empiecen a preguntarse qué pasará cuando muera el Caudillo. La sucesión. Después de Franco, ¿qué? Hasta el hermano, Colás,

se acercó un día a El Pardo y le dijo:

—La gente está preocupada, tendrías que ir arreglando lo de quién vendrá...

Paco rezongó:

—Como esto va por estricto orden de antigüedad, te recuerdo que eres mayor que yo y te morirás antes.

En Estoril un desorientado don Juan continuaba haciéndose ilusiones, a pesar de la dura realidad con que se tropezó cuando vino por primera vez a España después de treinta y tres años. Fue cuando le tuvo que pedir permiso a Franco para acudir al bautizo de su primera nieta, la primera hija de Juanito y Sofía, Elena, que nació el 20 de diciembre de 1963, en la clínica Loreto de Madrid. ¡Era el primer retoño de su dinastía y cómo no iba a estar el jefe de la casa presente! Franco lo autorizó, pero comentó que esperaba que sus adictos no aprovecharan esta visita con fines partidistas. También le dijo que no podían alojarse en La Zarzuela, y estaba prohibido atravesar Madrid.

Se lo comunicó también al príncipe:

—Felicidades por el nacimiento, alteza, y no os preocupéis, el varón llegará. —Su expresión se ensombreció y Juanito se echó a temblar—. Espero que vuestro padre sepa agradecer el permiso que le he dado para entrar en España.

Juan Carlos se puso a balbucear que sí, que claro, que todos estaban agradecidos, maldiciendo por dentro la ocurrencia de su padre de querer venir para complicarle la vida. Don Juan decía en las escasas entrevistas que se le solicitaban que quería ser rey de todos los españoles, lo que provocaba el enfado de un sarcástico Franco:

—¿Incluso de los asesinos, comunistas, masones y violadores de monjas, de los que mataron a José Antonio y a Calvo Sotelo? ¿Los de la matanza de Paracuellos? ¡Pues muy bien!

Juanito hacía lo imposible para desmarcarse de las declaraciones de su padre, pero no podía evitar que un sudor frío le brotara de las sienes cada vez que la prensa aireaba sus palabras, y tenía que presentarse delante del Caudillo, aunque Franco se limitaba a decir:

—No deje que su padre lo involucre en sus querellas, alteza.

Como un afligido don Juan Carlos le contó más tarde a José Luis de Vilallonga:

—Mi padre vivía en un mundo inventado; solo recordaba una España que ya no existía...

Don Juan entró emocionado en España y con espíritu crítico, aun así no pudo dejar de darse cuenta de que las carreteras habían mejorado y que en las aldeas que cruzaba ya no se veían casuchas miserables, ni mujeres con bocio, tampoco niños desharrapados ni pedigüños por las calles. Se alojó en Algete, en casa del duque de Alburquerque. El bautizo tuvo lugar en La Zarzuela. Antes de entrar, doña María le comentó a su marido:

—Le voy a decir a Franco lo mal que se portó cuando se murió papá, el permiso para entrar en España tardó tanto que no pude cerrarle los ojos.

Juan se enfureció:

—¿Está en juego la dinastía y tú vas a empezar con esas imbecilidades?

María le contó a Luis María Anson con una luz pícara en los ojos:

—Me callé, sí, pero le di a Franco la mano flojita...

Pero, como había pasado en la boda de Atenas, las locas esperanzas de Juan se vinieron abajo también ese día. Porque el bautizo fue muy frío y en los periódicos se dio más realce a la presencia del rey Simeón de Bulgaria que a la del conde de Barcelona. Teniendo en cuenta que el pobre Simeón, que estaba casado con Margarita Gómez-Acebo, solo fue rey de los cinco a los ocho años, se trataba de un gesto deliberado de menosprecio a la figura del hijo de Alfonso XIII. El resto de los invitados eran militares, las hermanas de doña María, Esperanza y Dolores, y las princesas de Baviera, Cristina y Tessa, que solo podían utilizar este título por cortesía de Franco, pero eran chicas muy monas que adornaban mucho.

El conde de Arjillo, el consuegro de Franco, ya apenas se daba cuenta de nada; estaba muy mermado por su enfermedad, vivía una lenta y dolorosa agonía que sin embargo no se manifestaba en su rostro, inexpresivo como una máscara mortuoria. Después de muchas gestiones, Cristóbal había conseguido que le dejaran probar un medicamento aún en fase experimental, pero la enfermedad estaba tan avanzada que el organismo del viejo conde no respondió y se encaminaba a pasos agigantados hacia su fin.

Impresionado con su aspecto, Franco le preguntó a su yerno:

—¿Y cómo resiste los dolores?

—Con morfina.

El Caudillo también le dio a Juan la mano «flojita», aunque en una de las fotos se le ve hablando con él, que ríe nerviosamente mientras Carmina lo mira desde un segundo plano con algo de desdén. Como siempre que está don Juan, los rostros de Sofía y Juanito son adustos, tensos; a pesar de lo grata que es la celebración, no sonríen y miran aprensivamente al fotógrafo.

A los pocos días, en una de sus escasas declaraciones a un medio extranjero, en este caso *Le Figaro*, Franco declara que «los defectos personales de determinados monarcas han perjudicado a la institución monárquica».

Juan se fue de España indignado, diciendo entre dientes:

—Qué se va a esperar de ese hijo de puta que solo bebe limonada.

Cuando nació la segunda niña, Cristina, el 13 de junio de 1965, le dijo a su hijo:

—Que sepas que no voy a ir por no ver a ese cabronazo...

Juanito respiró aliviado; en esos momentos comprendía que quien tensaba la cuerda era su padre, y así se lo comentó a su íntimo amigo Manuel Bouza:

—Estoy harto de que mi padre me utilice como arma arrojada contra Franco sin tener en cuenta mis sentimientos, me siento como una pelota que tiran a un lado y a otro...

Aunque en esos momentos Juan solo siente odio y rencor, más tarde reconoció

delante de Jaime Peñafiel el difícil papel del príncipe:

—Lo que hizo mi hijo parece fácil, pero fue un auténtico encaje de bolillos, un auténtico malabarismo, pero al igual que cuando los malabaristas lo hacen bien, a la gente le parece facilísimo.

Claro que eso fue a posteriori. Porque en esos días lo que repetía como un mantra en su solitario despacho de Villa Giralda, cogiendo tan fuerte su vaso de whisky como si quisiera romperlo, era:

—El día del relevo está cerca, yo no tengo ninguna duda de que no se atreverá a saltarse un escalón...

Franco no se pronuncia todavía, por ahora únicamente va a someter a referéndum la Ley Orgánica del Estado, el 14 de diciembre de 1966, un texto indigerible que se ha leído durante varias horas en las Cortes. El país se llena de carteles con la leyenda de «Franco sí» y «Vota sí por la paz» y se utilizó la televisión para hacer propaganda, Franco radiotelevisionó una alocución intimista y emotiva, en la que por primera vez hablaba en público de sus sentimientos personales:

—Nunca me movió la ambición de mando; desde muy joven echaron sobre mis hombros responsabilidades superiores a mi edad, hubiera deseado disfrutar de la vida como todos... pero llevo treinta años gobernando la nave del Estado frente a los temporales, aquí permanezco al pie del cañón con el mismo espíritu de servicio que en mis años mozos...

En la alocución se advierte la nostalgia de aquel limitado tiempo de irresponsabilidad juvenil, «cuando yo era persona».

El referéndum se convirtió en una plataforma de apoyo al Caudillo y el sí salió por aplastante mayoría: un 95 por ciento. A Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, le llamaron a partir de entonces «el mago de las urnas», porque el éxito de la votación superó los cálculos más optimistas y se decía que con sus «poderes mágicos» había logrado que dentro de las urnas los votos en blanco o negativos se convirtieran en flamantes síes.

Lo único que quedaba claro en la ininteligible Ley Orgánica del Estado que se había aprobado era que el sucesor de Franco sería un rey, de estirpe real, católico y mayor de treinta años. Podría ser Juanito. Pero podía ser también Alfonso de Borbón.

Aunque mis informadores me dicen que en aquella época, aunque no lo dijera públicamente, Franco ya tenía su decisión tomada. Laureano López Rodó convenció de la opción Juan Carlos a su superior Carrero Blanco, que a su vez consiguió que Camilo Alonso Vega defendiera también la candidatura del príncipe. Los dos, Alonso Vega, su más viejo amigo, y Carrero, su mano derecha, fueron a hablar con el Caudillo:

—Excelencia, la sucesión...

Franco comentó secamente:

—No pienso morirme mañana, pero mi decisión ya está tomada...

Y a don Juanito, un día que lo vio más ojeroso y preocupado que nunca, le dijo

con suavidad:

—Todo está hecho, alteza, no os preocupéis...

A pesar del referéndum, don Juan repite machaconamente que los españoles están hartos del Caudillo, Santiago Carrillo continúa hablando de que «la crisis del capitalismo se da con más fuerza en España, sumida en la pobreza» y Pasionaria proclama desde Moscú que «a cada cerdo le llega su san Martín». Pero lo cierto es que el país mejora, las divisas de los emigrantes van en aumento, cada año cien mil españoles más se van al extranjero, con lo que los niveles de paro se mantienen en un 1,7 por ciento, el menor de Europa. Que la gente se vaya fuera en realidad no importa, porque los españoles se pusieron a procrear y en tan solo diez años aumentaron en cinco millones.

Nadie quiere ya vivir en el campo, la población industrial subió el 31 por ciento y el sector servicios, el dedicado al turismo, el 34 por ciento, con lo que los núcleos urbanos tuvieron que ampliarse, la clase obrera se convirtió en una fuerza efectiva y apareció la clase media, homologando España con el resto de Europa. De hecho, el crecimiento de España fue el mayor del mundo junto con Japón, el 7 por ciento, con lo que se empezó a hablar mucho aquí del milagro japonés y también del milagro español. Solís, el ministro de Trabajo, pudo decir alborozadamente:

—¡Franco transformó una España en alpargatas en una de las doce naciones más prósperas del mundo!

Sí, España iba hacia arriba, pero Franco no.

Estaba cansando, le costaba concentrarse, y tenía esos malditos temblores que no sabía a qué achacar, ¡si el otro día no podía ni siquiera abrocharse la americana y había tenido que pedirle ayuda a su ordenanza! Y al caminar y querer dar la vuelta perdía el equilibrio como si fuera el mundo el que se moviera y no él... Pudiera ser tan solo que necesitara vitaminas, o unas gafas nuevas.

A menos que...

¿Qué le había dicho Cristóbal? ¡No, fuera ideas negativas! ¡Arjillo estaba muy mal, muy grave, y lo suyo era una ligera molestia, que ni siquiera padecía a diario!

Pero...

Le encargó a su ordenanza Juanito Zamorano, la única persona que no le iba a hacer preguntas, que le trajera ciertos libros de medicina, le apuntó en un papel el tema que le interesaba:

—Parkinson.

Se dio cuenta de que cada día escribía con la letra más pequeña.

Le trajo dos, un opúsculo argentino llamado *La enfermedad de Parkinson* y otro de medicina general. Los leía a escondidas en el cuarto de baño, subrayaba los síntomas: temblores en una extremidad, falta de equilibrio sobre todo al darse la vuelta, no mover los brazos al caminar, ¡escribir con la letra cada vez más pequeña!

Dejó el libro al lado y se tapó la cara como hacen los niños cuando tienen miedo. Después separó las manos, las puso frente a sus ojos. Primero la derecha, estaba

firme. Esperó un buen rato, y no se movió. Suspiró con alivio, quizás eran imaginaciones suyas, una coincidencia, el cansancio... Levantó la izquierda. También se mantuvo inmóvil. Se puso a sonreír, estaba claro que era una falsa alarma. Y de pronto, imperceptiblemente, como las hojas diminutas se mueven en el árbol con el viento sutil, sin que interviniese su voluntad, se engarfiaron los dedos y un ligero temblor empezó a sacudirla, la otra mano la atrapó, la estrujó, la apretó tanto que se hizo daño... y al final tuvo que rendirse a la evidencia con un sollozo que murió en su garganta.

Tenía el mal de Parkinson. Y reconoció los otros síntomas, todos. Temblaba. Y vocalizaba peor. Y le costaba sentarse y permanecer quieto en la silla. Caminaba arrastrando los pies. No parpadeaba y por las noches se acostaba rígido y dolorido.

Estaba enfermo, ¡irremediablemente enfermo! Pero solo él lo sabía. Era un hombre callado y nadie advirtió que se había vuelto más taciturno. Nunca había gesticulado demasiado; así le fue fácil ocultar el temblor de su mano metiéndosela en el bolsillo. Caminaba lentamente, lo que todos atribuían al hecho de que se había vuelto mayor.

Quizás ahorrando fuerzas la enfermedad avanzase más despacio.

¡Él tenía que estar ahí, al pie del cañón, no había nadie todavía preparado para sucederle! Ya lo había dicho en sus discursos, «emplearé lo que me quede de vida a vuestro servicio», ¡y lo habían apoyado el 95 por ciento de los españoles! ¡Malos o buenos también eran sus hijos! ¡Confiabán en él y no podía fallarles!

La ciencia del doctor Gil, que detectaba unas anginas, fiebre, apendicitis, no llegaba más lejos por falta de experiencia clínica, desde que ejercía su único paciente había sido el Caudillo. Únicamente un día se extrañó:

—General, ¿ya no pintáis?

Franco temía que el temblor de sus manos cogiendo el pincel le delatase y contestó con fingido malhumor:

—Para cuadritos estoy yo, Vicentón.

Carmina tardó en darse cuenta de que su marido ya no era el de antes, ¡a ella le parecía indestructible!

Se acostumbró a encerrarse en el cuarto de baño, único lugar en el que podía estar solo. Allí, en ese exiguo espacio, desarrolló un programa de recuperación inventado por él: se forzaba a caminar braceando como si nadase, hacía flexiones, se tocaba la punta de los pies con las manos... En silencio absoluto, no se permitía ni siquiera jadear, a veces de tanto contener la respiración se mareaba. Se desabrochaba y abrochaba la chaqueta, se ataba los cordones de los zapatos, movía los dedos como si tocara el piano a pesar de que los nudillos cada vez le dolían más, abría y cerraba la boca exageradamente, hinchaba los carrillos, fruncía los labios como si fuera a silbar...

Frente al espejo observaba con desasosiego sus rasgos, cada vez más parecidos a los de su madre, la cara se desmoronaba como si le faltaran músculos o huesos que la

sostuvieran, los ojos se hundían profundamente en el rostro...

Sonreía, se ponía serio. Bajaba las comisuras, fruncía el ceño, levantaba las cejas. Después hacía rotaciones con el cuello hasta que algún músculo protestaba. Vicentón, preocupado por aquellos largos encierros, entró un día inesperadamente y se lo encontró en la taza del váter con algo en las manos moviendo los labios. Muy alterado, le preguntó:

—¿Habláis solo, general?

Y Franco contestó:

—No, Vicentón, estoy leyendo las instrucciones de esta crema de afeitar. —Y después añadió con la voz muy suave, intentando no ofender a su médico, al que tenía gran cariño—. Y te agradecería que, antes de entrar, llamaras a la puerta.

En las cacerías dejó de montar a caballo. Iba caminando hasta el puesto que le tocaba y podía estar allí hasta diez horas sin moverse, primero de pie, después le llevaban un taburete muy incómodo, por la noche deambulaba en silencio entre los invitados apenas diez minutos y se retiraba a descansar. Dominguín me contó:

—Yo no tenía ni idea de lo que era eso del Parkinson, pero me di cuenta de que algo le pasaba al Caudillo, a veces parecía no reconocerte, se quedaba frente a ti y tú tenías que alargar tu mano, coger la suya y sacudírsela. Siempre llegaba algún ayudante, o ese médico tan fiel pero tan animal, que te advertía, mejor que no le toque...

—¿Y tú qué decías?

—Yo protestaba, hombre, tocar no, que a mí me gustan las señoras, solo quiero estrechar su mano como siempre, pero al final quedabas como un cochero porque cuando lo veías venir hacia ti disimulabas porque no sabías cómo comportarte...

El matrimonio de Dominguín con Lucía Bosé, como es natural, había hecho aguas por todas partes. El torero no le había sido fiel ni un solo día a su mujer, que aun así tuvo tres hijos, pero declaró después que la convivencia había sido un infierno. En descargo de Luis Miguel tengo que decir que cuando abandonó el hogar familiar se lo dejó todo a Lucía, los hijos, Miguel, Lucía y Paola, la casa, el dinero de los bancos e incluso los Picassos, unos cuadros grandes que estaban pintados por los dos lados. Dominguín, que había ganado fortunas, se fue sin un duro en los bolsillos. Y que conste que esto no me lo contó él, sino su hermana Carmina, la mujer de Antonio Ordóñez, también buena amiga mía.

—A Miguel le he tenido que prestar dinero hasta para pagar el hotel, porque Lucía lo dejó sin nada.

Claro que Lucía merecía todas las compensaciones, porque Dominguín cometió la brutalidad de liarse nada más y nada menos que con su propia prima, Mariví Dominguín, una muchacha veinte años menor que él con la que el torero se dejó fotografiar en un desenfadado reportaje que salió publicado en la revista *Garbo* y que

consiguió eludir la censura probablemente porque el protagonista era un gran amigo del Caudillo. La chica, con un bikini minúsculo de cuadritos «vichy» que había puesto de moda Brigitte Bardot, aparecía sentada en el regazo del torero, que iba con un bañador que dejaba a la vista todas y cada una de sus atractivas cicatrices, le abrazaba, lo besaba, le lanzaba el humo del cigarrillo a la cara, en fin, un escándalo tremendo en aquella España que se había modernizado, sí, pero no hasta el punto de dejar de ser «la reserva espiritual de Occidente», como proclamaba el Caudillo en sus encendidos discursos de fin de año.

Fraga Iribarne pronunció aquella frase imperecedera de que «una cosa es la libertad y otra el libertinaje», denunció a *Garbo*, que tuvo que cerrar varios meses —su directora, doña Fernanda, tuvo el gesto encomiable de no dejar de pagar los salarios de los trabajadores—, y a Dominguín le pusieron una fuerte multa por escándalo público. No sirvió de nada la excusa que alegó su abogado:

—La muchacha estaba estudiando para esteticien y practicaba sobre su primo realizándole una limpieza de cutis.

Después de este reportaje, del que hablaba toda España, Dominguín estaba convencido de que Franco no volvería a invitarlo a ninguna cacería. Pero cuál fue su sorpresa cuando lo llamaron para acudir a la finca de los hermanos Barreiros en tierras toledanas de Villarquilla. Y no solamente fue este apestado al que las señoras empingorotadas dejaron de saludar, sino que se presentó con Mariví.

Ese día, entre varias decenas de invitados, estaban los Cabot Lodge, embajadores de Estados Unidos, con su hija Beatriz y el novio de esta Antonio Oyarzábal, el marqués de Laula, los duques de Marlborough, que también tenían una finca de caza en Andalucía y Nenuca y Cristóbal, que llevaba un brazalete negro, ya que por fin se había muerto su padre y había dejado de sufrir, lo que había supuesto, más que una desgracia, un alivio para todos. Iban acompañados de Johanna King, una californiana que era dueña de una cadena de televisión, y del torero tremendista *el Cordobés*. Cuando Luis Miguel entró en la sala para desayunar, antes de salir a los puestos, se hizo un gran silencio, todos se detuvieron, uno con una copa de fino al borde de los labios, otro en el momento de comer una rodaja de chorizo, otro cuando sacaba una pequeña cámara del bolsillo para hacer una foto. La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Ajeno a todo, desde el otro extremo del salón, el Cordobés levantó el pulgar en dirección a su colega y le gritó:

—¡Fenómeno!

Dominguín levantó a su vez la mano y devolvió el cumplido:

—¡Monstruo!

Nadie más le saludó, aun así, Dominguín, con la elegancia de un príncipe, con sus zahones de piel, su camisa de cuadros, sus viejos botos camperos, su pañuelo mugriento atado al cuello y exhibiendo una sangre fría y un dominio sobre sí mismo impresionantes, quedó a la espera de que se personase el invitado principal, el

Caudillo, con una mano puesta en la repisa de la chimenea, la otra sobre los hombros de su joven amante.

Franco entró al fin. Estaba demacrado, la barbilla le colgaba, tenía la expresión ausente. Todo en él era viejo, salvo sus ojos. En algún sitio alguien dio un portazo que sonó como una detonación; todos menos él se sobresaltaron. Detrás suyo, los habituales, su fiel escudero Carrero Blanco, su médico, Juanito su ordenanza, Camilo Alonso Vega y Pacón.

Como si llevara algún radar misterioso, y con el vaivén cansino de un viejo quelonio, se dirigió lentamente a Domingué, que esperó a pie firme, sin hacer ningún gesto. Su hilo de voz surgió tan fino que costaba entenderlo:

—Domingué, qué gran alegría verlo, ¿qué se dice por Madrid?

Con un nudo en la garganta por la emoción y el alivio, Luis Miguel contestó:

—Que hay otro torero mejor que yo que se llama Manuel Benítez el Cordobés, excelencia.

Franco cloqueó:

—Sí, sí, ya me han hablado de él —y le tendió la mano a Mariví diciéndole a Domingué—, y esta señorita es...

Con satisfacción, Domingué, al que Mariví solía llamar tío, contestó por primera vez sin mentir:

—¡Mi sobrina!

Y Franco preguntó el consabido:

—¿Ya han ido ustedes a misa?

Los dos, mudos, asintieron. Franco les sonrió y siguió preguntando:

—¿A cuál?

—A la de nueve.

Alguien empujó al Cordobés para que se acercase al grupo. Con su rostro de golfillo eternamente sonriente y listísimo, este torero que había hecho famosa la frase «más cornadas da el hambre» cogió por los hombros a Domingué y le dijo a Franco:

—General, qué alegría tengo, estoy con los dos números uno de España.

Franco miró fijamente al torero, millonario muchas veces, protagonista de películas, libros, un auténtico ídolo de multitudes cuya fama mundial solo era equiparable a la de los Beatles. Parecía no saber quién era. Fueron unos instantes angustiosos que rompió el propio Caudillo con su voz de pito:

—Cordobés, ha estado usted en América, ¿verdad? —Al asentir Manuel Benítez, Franco continuó preguntando—. ¿Y qué dicen de mí?

El Cordobés, al que en cada país que visitaba se le preguntaba cuándo estirará la pata ese tirano que tiene sojuzgados a los españoles, se evadió como pudo:

—Ay, mi general, si yo no sé ni poner mi nombre, soy analfabeto, de esas cosas no entiendo.

Franco, con el índice en forma de gancho, le pidió que se aproximara y le dijo algo al oído. Después le hizo un gesto a Carrero, que se dio media vuelta y lo

precedió hasta la salida.

Dominguín le preguntó al Cordobés, de quien era muy amigo:

—Tú, Manolo. ¿Qué te ha dicho?

Y un Manuel Benítez muerto de risa contestó:

—«Menudo pájaro estás hecho».

Ni que decir tiene que el resto de los invitados a la cacería, viendo que el torero continuaba gozando del favor del Caudillo, se acercaron a él con grandes palmadas y frases como «hombre, a ver si nos vemos...», «vamos a cenar el martes a Horcher», «tienes que venir a casa», invitaciones que Luis Miguel rechazó con altivez porque todas estaban hechas en singular, sin contar con Mariví, que, muy moderna, con unos apretados pantalones «kansas», una chaqueta ajustada de Juanjo Rocafort y un pañuelo indio al cuello, parecía que fuera a bailar ye-yé en una *boîte* en lugar de asistir a una cacería con la flor y nata de la sociedad española.

A Luis Miguel se le despertaron unas ganas acuciantes de su cuerpo y decidió regresar a Madrid en lugar de ir a los puestos que se les habían asignado. Ciego de deseo, iba intentado desabrocharle el sujetador, ya le desgarraba algún botón, ella le gritaba entre carcajadas:

—Quita, que nos van a ver. ¡Estás loco! ¡Deja!

Iban dando trompicones, Mariví intentando abrocharse la camisa y al mismo tiempo sacarle la mano sin demasiada convicción, cuando tropezaron con Cristóbal Villaverde, que, en la zona de los coches, tenía a la cantante Luciana Wolf arrinconada contra una valla. Luis Miguel lo saludó, con la mano tranquilamente metida en el escote de Mariví tocándole un pecho:

—Adiós, marqués.

Sobresaltado, el yerno del Caudillo se separó de golpe de su amiga y tartamudeó alisándose el pelo:

—Adiós, adiós... Le estaba contando a Luciana que a las perdices si tienen el viento a favor es difícil tirarlas porque van a más de cien por hora...

Mariví, en el coche, le dijo:

—Qué viejecito es Franco... me ha dado mucha pena...

Y aquel hombre cínico y superficial que, según su mujer, no quería a nadie, se frotó los ojos con los puños y masculló:

—Joder, qué mierda, a mí también.

Al final tuvo que ser Carmina una noche, en la cama, ya acostados, y mientras Paco, que la creía dormida, leía vocalizando sin sonido cuidadosamente cada palabra para ejercitar los músculos bucales, la que le dijo, apoyando su mano en su brazo:

—Paco, no te preocupes, que todos sabemos lo que te pasa y los esfuerzos que estás haciendo para que no nos enteremos... Cristóbal y Nenuca no han ido a Estados Unidos a esquiar, sino a buscar el mismo medicamento que le dieron a Arjillo, mucho más perfeccionado; se lo cederán a Cristóbal aunque todavía no ha salido a la venta... es milagroso.

Paco se giró hacia su mujer con el rostro espantosamente rígido, ahora que se había relajado y no tenía que hacer esfuerzos para armar una sonrisa o una mueca que tanto le costaba conseguir, solo brillaban sus ojos. Unos ojos en los que su mujer pudo avistar desamparo y una punta de miedo.

Ahora debía ser ella la fuerte. Se bajó de la cama, automáticamente su marido se corrió y ella trepó hasta acostarse a su lado:

—No te preocupes, no te pasará nada, se te quitarán los dolores —y fue a lo que más le preocupaba—, nadie te notará nada, los síntomas casi desaparecerán...

Sin pronunciar palabra, pero con los ojos vidriados, Paco se apoyó en la almohada mirando a su mujer. Carmina también se tendió y se quedaron las dos con las caras de frente. La mujer colocó su mano descarnada, seca, sobre la mejilla de su marido, en un impulso se acercó y le besó los párpados insomnes y las pestañas que aleteaban como moscas moribundas, y le dijo:

—Cierra los ojos, duerme, no te preocupes...

Amodorrado, Paco soltó lo que parecía el fragmento de un discurso:

—Estos españoles... sus demonios familiares, espíritu anárquico, crítica negativa, insolidaridad entre los hombres, extremismo y enemistad mutua... —de pronto dijo con voz perfectamente clara—, no se les puede dejar solos.

La mujer inició una caricia monótona, siempre la misma sobre el rostro amado, la barbilla que raspa, las mejillas flácidas, y le dijo:

—No se les puede dejar solos... tú no les vas a dejar solos.

Paco bajó los párpados, la cabeza muy vieja y pareciendo muerto con los ojos cerrados, pero solo estaba dormido y no oyó a su mujer musitar:

—Y a mí tampoco.

Carmina estuvo desvelada toda la noche, escuchando el azote del viento que golpeaba las ventanas. Desde que se casaron es la primera vez que siente miedo, la posibilidad de que le falte su marido nunca se le ha ocurrido; ella, ahora, como todos los españoles, también se pregunta, después de Paco, ¿qué?

Muchos españoles estaban esperando que muriese el tirano con botellas de champagne en la nevera para celebrarlo, pero muchos otros se negaban siquiera a contemplar esa posibilidad.

Aquí puedo prestar un testimonio personal. Mi padre, que era hombre culto e inteligente, y además franquista hasta la médula, cuando yo le preguntaba qué pasaría después de que se muriese su Caudillo, siempre me contestaba:

—¿Morirse? ¿Franco? ¡No se morirá! ¡Nunca!

Aunque después, avergonzado de su absurda afirmación, trataba de justificarla aludiendo a la longevidad de los Franco, a los avances de la medicina, a la posibilidad de que el doctor sudafricano Barnard le trasplantase un nuevo corazón, y concluía con rotundidad:

—Le quedan diez o veinte años más.

Cuando decía eso, Franco tenía ya setenta y siete años.

Franco inició el tratamiento en medio de un gran secretismo, fue una de las primeras personas en España a las que aplicaron L-Dopa, el mismo medicamento que se administra hoy en día. El Parkinson es una enfermedad degenerativa que no afecta a las funciones cerebrales vitales, pero causa problemas de equilibrio, desgaste orgánico, movilidad, dicción... La medicación palió algo los síntomas, pero sustituyó el nerviosismo por un amodorramiento en ocasiones preocupante. En un viaje de Córdoba a Madrid compartió coche con el ministro de Obras Públicas Federico Silva Muñoz. Durante el largo recorrido en coche, Franco cayó aparentemente inconsciente en el hombro de Silva, que creyó que el Caudillo estaba preagónico. Alarmado, se lo comentó al médico Gil, que iba en otro coche, quien contestó quitándole importancia al episodio:

—Es una vieja costumbre del Caudillo, le gusta echar una cabezadita.

Esa manera de mover una mano que tenía Franco y que tanto copiaban sus imitadores, como si estuviera repartiendo cartas, es uno de los síntomas típicos del Parkinson, así como la forma de caminar, tan inestable que exige el uso del bastón, aunque Franco logró evitar que lo fotografiaran con él. Su inseparable Pacón, o el general Fuertes de Villavicencio, intendente de su casa civil, estaban encargados de impedir que la gente se le acercara, ya que hasta el último minuto su entorno negó que el Caudillo tuviera Parkinson, como confirmaba libremente la prensa extranjera, que interpretaba atinadamente los síntomas de esta enfermedad, «la misma que padeció Hitler».

Su hermana Pila, que apenas visitaba El Pardo, lo negaba en las revistas sin pronunciar el nombre prohibido, porque los directores de periódicos sabían que era una de las palabras que no pasarían la censura:

—Está muy sano. Coge su cuchara de sopa y no vierte una gota.

Los consejos de ministros duraban cada vez menos, se levantaba para ir al lavabo y, según comentaron después tanto López Bravo como López Rodó:

—Dormitaba la mayor parte de las horas, no sabías si estaba o no despierto.

Claro que Vicente Gil se ocupaba de explicar que:

—Parecía dormir porque entrecerraba los ojos para concentrarse mejor, pero después te demostraba que no se había perdido ni una palabra del discurso por las preguntas tan agudas que te hacía.

En la prensa salían sus hazañas cinegéticas y sus intensas jornadas de pesca, pero un visitante de Meirás se asombró al ver cómo rodaban una película propagandística para el *No-Do* en la que se debía ver su buena forma física:

—Lo llevaban entre varios hasta un punto determinado, se apartaban, y lo dejaban unos segundos jugando con sus nietos pequeños, luego lo volvían a recoger y lo volvían a llevar a otro punto donde fingía jugar al golf.

Aun así, Carmina se comportaba con él como si no se diera cuenta y le informaba de todos los acontecimientos familiares, le habían dicho que debía conservar su atención para que las neuronas se mantuvieran vivas, como el músculo que precisa

del ejercicio para desarrollarse:

—Paco, escucha, a Carmencita la ha ido a ver Alfonso a Suiza, y le ha presentado a la reina, que ha dicho que es una niña muy educada, ¿pues qué se cree? ¿Que aquí estamos subidos a los árboles o qué?

Franco iniciaba un murmullo apaciguador, pero su mujer proseguía sin hacerle caso:

—Parece que la cosa va en serio entre la niña y el príncipe... A ver si vamos a tener boda, ¡y no una boda cualquiera!

A pesar de la inexpresividad de su rostro, Franco conseguía levantar una ceja y preguntaba con escepticismo:

—¿Eso es verdad, Carmina? Mira que no vayas a confundir deseos con realidades. Sí, Alfonso es un buen muchacho y un patriota, y muy afecto al Movimiento... Pero príncipe, príncipe, como el otro... habría que verlo...

Lo que había pasado es que Carmencita había salido una tarde del internado para ir al cine con un grupo de amigas y se había encontrado a Alfonso acompañando a su abuela, y la reina había dicho, «es muy mona esta chica y muy educada».

Pero la prensa extranjera se puso a lanzar las campanas al vuelo. Alfonso, el pobre príncipe preterido por todos, había contado el encuentro con Carmen a algún periodista amigo para que aireara la posibilidad de esta unión entre un nieto de Alfonso XIII y una nieta de Franco, una pareja imbatible. Juan Carlos, que ya asistía al lado de Franco a los desfiles de la Victoria, leyó con preocupación la noticia y comentó:

—Tengo tan mala suerte que puede ser verdad.

Hasta el prestigioso diario francés *Le Figaro* le hizo una entrevista a Alfonso en la que declaró que él se ponía a disposición del país y a las órdenes del Caudillo. Pero, al cabo de poco tiempo, Carmina tuvo que decirle a su marido con tristeza que la buena nueva había muerto antes de nacer:

—Lo de Alfonso y Carmencita, nada... Él parecía bien dispuesto, pero la niña dice que es un señor mayor y que quiere divertirse...

Paco estaba viendo la televisión, pero hizo un gesto a su ayudante de servicio para que la apagara, se giró a su mujer y le dijo:

—Pues que Nenuca salga desmintiéndolo... de una manera informal, pero que diga que no es verdad, ¡no estamos para especulaciones ni para hacer sufrir a los Juanitos!

Y Nenuca tuvo que salir a la palestra para declarar al madrileño diario *Ya* que «Alfonso es un íntimo de la familia y lo queremos mucho, pero mi hija es una niña, solo tiene dieciséis años y Alfonso más de treinta... Desmiento este flirt, no sé qué pasará en el futuro, pero desde luego ahora no hay nada...».

Y es que Carmencita no tiene ninguna intención de atarse a un matrimonio de conveniencia. Por si no fuera poco ser la nieta del jefe del Estado, es una de las chicas más guapas de Madrid hasta el punto de que el escultor Víctor de los Ríos la acaba de

representar como la diosa Ceres en una estatua de seis metros en la Escuela de Ingenieros Técnicos Agrícolas de León. La vida se abre ante ella como una aventura apasionante, y Carmen quiere comérsela a mordiscos porque es una muchacha sensual, llena de pasión y muy vehemente. A una fiesta dada por los condes de Villa Amena de Cozbijar, Juan Castillejo y Lola Bermúdez de Castro, en su casa de Madrid, Carmen va sola y le presentan a un chico muy atractivo, con el pelo rizado, con aspecto de vividor, que la mira intensamente, aunque él explicó luego que en un principio no sabía que se trataba de la nieta de Franco.

Lo mismo, recordemos, que le dijo el marqués de Villaverde a Nenuca cuando la conoció.

No la dejó en toda la noche. Se trataba de Jaime Rivera Ballesteros, hijo de un militar héroe de guerra, tercer hijo entre siete hermanos. Sin título, sin dinero, sin carrera, aunque las crónicas del momento lo describen como «deportista y reputado jinete», y en cuanto a su profesión, unas revistas dicen que «es relaciones públicas del Banco de Granada» y otras que «dirige una inmobiliaria». También le añaden un «de» al apellido.

Carmen conoció por primera vez en la vida eso que se llama pasión, delirio, entrega absoluta, que luego habría de vivir unas cuantas veces más. Es decir, que cayó rendida por él. Una de sus amigas dijo:

—Creía en el amor total, apasionado y romántico, no podía ver otra cosa que no fuera Jaime. Con él puede salir de esa burbuja de cristal en la que ha vivido hasta ahora y llevar la vida de una chica normal. —Y puntualizaba con ese poco de mala leche que suelen tener las amigas íntimas—. Con Jaime perdió la pedantería de El Pardo, la llevó a la normalidad, la hizo más asequible.

El propio Jaime, más tarde y en una noche triste de borrachera, comentó:

—Era la cenicienta de El Pardo y yo le enseñé ahí fuera lo que no le enseñaron en el palacio.

Hay que decir en honor a la verdad que Jaime de Rivera nunca ha hablado públicamente de esta historia de amor, el primer noviazgo de la nieta de Franco que tantos titulares nos ha dado desde entonces, a pesar de que se le han ofrecido grandes sumas de dinero. Lo sé por gestión propia.

Ante la mirada dulcemente beatífica de su abuela, a la que todo le parece bien, Carmen se moderniza. Hace moto cross con su novio, monta con él a caballo, van a guateques juntos... Jaime hasta cambia su forma de vestir, la incita a ponerse minifalda, dejarse el pelo largo, a maquillarse, incluso le sugiere que podría operarse la nariz. Carmen acude al doctor Vilar Sancho y, mediante un pequeño retoque, se vuelve todavía más guapa. Este doctor operará a todas las chicas Martínez-Bordiú, y hasta al más pequeño, Jaime, y también a la marquesa, y su estilo llegará a ser tan famoso que las pacientes acudían a él «para que le hiciera una nariz Franco».

Jaime le dice:

—Con lo alta que eres y lo guapa que estás, podrías hacer de modelo o ser artista

de cine.

Pero hasta ahí podíamos llegar; cuando se lo propone a sus padres, Nenuca se echa a reír con incredulidad, pero el padre amenaza con volverla a meter interna y acusa al novio de ejercer una mala influencia sobre la niña. ¡Villaverde ya la veía como reina de España y ahora tiene que apechugar con este arribista de medio pelo!

Cristóbal, lejos de El Pardo, da rienda suelta a ese carácter vitriólico del que hablarán los hijos y castiga a Carmen sin salir de su habitación. Ella dice que se quiere suicidar, aunque escoge una vía muy placentera: se dedica a comer bombones sin parar, hasta que se pone enferma.

Los abuelos creen que Jaime es un buen chico, pero no le dan mucha importancia a este noviazgo, aunque Carmina suspira de frustración mirando las fotos de Alfonso de Borbón Dampierre en las revistas. Sale al lado de Marilù Tolo, de veintidós años, una extravertida y guapa italiana, maniquí, vedette y artista de cine, que había participado en películas como *Maciste, gladiador de Esparta, La reina de las Amazonas* y *Barbazul*. Aunque Alfonso no hace declaraciones, la italiana sí comenta a las revistas españolas:

—Alfonso y yo nos amamos. —Y añade—. No me importan los blasones y no estoy oficialmente prometida, pero Alfonso es mi hombre.

Al circunspecto e introvertido príncipe estas declaraciones le sientan como un tiro.

Carmina se lo pregunta a su hija, que le quita importancia:

—Esas son tonterías de la prensa, mamá, Alfonso es una persona muy responsable. —Y continúa—. ¡Además que aquí sale con otras; mira, el otro día estaba con Marujita Díaz!

La madre se tapa la boca horrorizada, pero al final lo disculpa:

—Bueno, ya se sabe, es un hombre... —Y pregunta—. Y la niña, ¿cómo está? Hace tiempo que no viene a verme...

Nenuca, fiel a su filosofía de no enfrentarse a los conflictos, sino tratar de distraer la atención hasta que se disuelven por sí solos, le contesta:

—He pensado que se ponga de largo en Valdefuentes, ya he hablado con papá y le parece bien.

Pero la rebelde Carmencita responde que, si no invitan a su novio, ella no quiere ninguna celebración, y el padre, convencido por Nenuca, al final tiene que transigir.

La fiesta en Valdefuentes fue impresionante. A la entrada de la finca, en el kilómetro 21 de la carretera de Extremadura, policías con chalecos fosforescentes indicaban a los coches la desviación. Carmen iba vestida de Pedro Rodríguez con un traje blanco de seda salvaje con abalorios de color turquesa, y así la describen los periodistas: «Es alta, delgada, con un cuerpo esbelto que luce con igual garbo un traje pantalón como su vestido de puesta de largo... Ojos castaños, sonrisa encantadora y una bonita melena que realza la dulzura de su rostro».

Lo primero que hace es presentar a Jaime a su abuela. Francis cuenta el efecto

que producen estos encuentros en los escasos amigos a los que osan llevar a El Pardo:

—Uno se emocionó tanto que le besó la mano a mi abuelo, y luego no cesaba de darse cabezazos contra la pared. Tu abuelo se pensará que soy tonto, mira que besarle la mano como si fuera el papa.

Aunque los periódicos dan por hecho el noviazgo y hablan de que se están construyendo una casa a las afueras de Madrid, el primer vals lo bailó Carmen con su padre, delante de seiscientas personas, algunas «con graciosas minifaldas pero nunca demasiado cortas, tampoco cuando la orquesta de Gianni Ales tocaba ritmos modernos el baile se hacía desenfrenado, porque todos guardaron una gentil discreción» (*Lecturas dixit*). Aun así, el marqués de Villaverde estuvo toda la noche «bailando ritmos pop» con las invitadas más jóvenes, se supone que precisamente con las que llevaban las minifaldas más graciosas. También se atrevió con el casatschok, un baile «inspirado en el folclore ruso» que había puesto de moda el cantante Georgie Dann.

La marquesa, con un vestido blanco con unos llamativos lazos de terciopelo negro en el escote y mangas, estuvo toda la noche hablando con Dominguín, que en vez de esmoquin llevaba «un moderno jersey-camisa». Mariola, la segunda nieta, de momento el patito feo de la familia, llevaba un vestido moderno con agujeros en los bajos y estaba algo melancólica porque echaba a faltar a su enamorado, Rafael Ardid. Un noviazgo que tampoco le gustaba al marqués, ya que los Ardid eran republicanos «casi» rojos y tampoco eran de buena cuna. Pero en los años cuarenta tuvieron la suerte de que les tocara el primer premio de la lotería, supieron invertir inteligentemente sus ganancias y ahora eran millonarios.

Lola Flores cantó, Tony Leblanc contó chistes, el Cordobés improvisó una coplilla:

*Que ni fu ni fa,
que ni antes ni después,
que no hay torero mejor,
que el Cordobés.*

Después le dijo a Carmencita:

—Eres la mujer más guapa del mundo.

Y la debutante, mirando a su novio que lucía impecable con un ajustado esmoquin, exclamó:

—¡Soy muy feliz!

Hubo muchos artistas, pero a todos se les solicitó que actuaran. Luisa Ortega recitó, La Caracola bailó y Lucero Tena tocó las castañuelas. Lola Flores describía estas invitaciones interesadas a las fiestas de El Pardo con estas palabras:

—Eso es como si invitan a un dentista a un baile y le hacen sacar una muela.

El actor Alberto Closas presentó las actuaciones, Conchita Márquez Piquer le

comentó a doña Carmen que ella también quería ser cantante como su madre, Concha Piquer, y en la puerta se amontonaban los Mercedes y hasta un Rolls Royce. Era el de la Señora, y, al contrario de lo que suele decirse, no fue un regalo de Hitler, sino que fue un encargo del propio Franco a la fábrica inglesa y costó 8.500 libras, una fortuna. Se trata de un vehículo especial llamado Phantom IV, del que solo existen dieciocho en todo el mundo, y en él la emblemática figurilla colocada encima del radiador llamada «Espíritu del Éxtasis» no aparece inclinada hacia delante, como es habitual, sino en posición genuflexa como señal de respeto a los jefes de Estado y reyes propietarios de estos vehículos.

Carmina siempre se desplazaba en este coche, le encantaba el tacto de la tapicería de cuero tan suave como un guante y que contara con un gran espejo para arreglarse y con un pequeño bar que mantenía calientes los cafés con leche. Paco, sin embargo, prefería utilizar los tres Mercedes blindados que sí le regaló Hitler.

Carmina, que tenía frío a pesar de abrigarse con un chal color azul pavo real, se retiró a la una, pero la puesta de largo duró hasta las ocho de la mañana, en que se sirvieron sopas de ajo y chocolate con churros.

El abuelo no fue, «dedicado a la dura tarea de gobernar España», pero sí vio las imágenes en las revistas en las que salía su yerno bailando, y comentó:

—¡El yerno del jefe del Estado haciendo el payaso! ¡Para esto hemos hecho una guerra!

Carmina trató de apaciguarlo:

—Paco, no te sulfures que no te sienta bien, fue una fiesta moderna y es normal que Cristóbal alternase. —Aunque luego le comentó a su hija—. Ese señor con el que te has casado podría darse cuenta de que tanta modernidad perjudica al régimen.

Los príncipes tampoco fueron, aunque estaban invitados. Sofía dijo:

—No tenemos a nadie con quien dejar a los hijos.

A lado del ambiente frívolo en que se movían los marqueses de Villaverde o incluso Alfonso de Borbón, al que eligen «Elegante de la Política» y al que los periódicos llaman «cotizado soltero» y «atractivo *playboy*», la actitud de los príncipes parece contagiada de aquel antiguo ascetismo cuartelero tan caro al Caudillo. Sofía acompaña a menudo a su marido a El Pardo para visitar a la Señora, a la que pide consejos acerca de la educación de las princesitas, o para consultarle temas protocolarios. Nunca se olvida de alabar a los nietos, criticar un poco a su suegro y suspirar:

—No me gustan las frivolidades, ni las fiestas, se vive mucho mejor en la austeridad...

No olvida el consejo de Franco:

—No querría que se reprodujese el clima de frivolidad de la corte borbónica. ¡Cuantos menos contactos con la decadente aristocracia, mejor!

Siempre que puede, la princesa comenta, sobre todo si está cerca de un posible micrófono o de un probable espía de El Pardo:

—El Caudillo y la Señora son como los abuelos de mis hijos, ¡no sé qué sería de mí sin ellos!

Luego Paco se lo comenta a su primo:

—Doña Sofía estuvo a saludar a Carmina y permaneció con ella casi dos horas. La entrevista fue muy agradable, pues la princesa es sumamente inteligente y simpática. Habla bastante bien el español y, cuando le falla, recurre al francés.

Franco le encarga a uno de los ayudantes que le ha puesto al príncipe, el general Armada, que elabore una especie de decálogo de comportamiento en el que, junto a recomendaciones un tanto absurdas, como «no contar chistes», «no hablar mal de nadie», «no aceptar regalos», «no dejarse dominar» (supongo que por su padre, ya que Franco era un «jefe» tiránico no solamente para su país, sino también para él), «hacer ejercicio físico», «nunca perder el tiempo inútilmente», destacan para mí las más importantes y que debieron caer como pesadas gotas de cera ardiente en el corazón tierno y vulnerable de este príncipe tan generoso en sus afectos: «ser profundamente religioso», «huir de la frivolidad», «no tener amigos particulares», «no ser caprichoso» y, sobre todo, «vida personal impecable, que la princesa y los hijos sean la principal ocupación fuera del trabajo... mantener la familia en su puesto...».

Pero a la pareja principesca no le hace falta ningún documento para saber cómo tienen que comportarse, y así lo reconoce el Caudillo delante de su primo:

—Son muy buenos, tanto él como la princesa, a pesar de su juventud, reflejan una madurez de espíritu grande. Son inteligentes, serios, sensatísimos. Estoy sumamente satisfecho de su conducta en todo momento. Los dos demuestran el alto concepto que tienen de la misión que están llamados a desempeñar. Yo estoy seguro de que cuando llegue ese día servirán a España con el mayor patriotismo. Si alguien se permite hablar en contra de ellos, es que no conoce sus elevadas cualidades y la vida de sacrificio que llevan. Estoy, repito, muy contento de ellos en todos los sentidos.

Para serle fiel a Sofía, Juanito tiene que estrangular sus genes borbónicos con gran esfuerzo, pues es un mujeriego contumaz como su padre, como lo fueron su abuelo y su bisabuelo y no digamos Isabel II, esa reina de pierna alegre, según definición del propio Franco. Porque pasada la novedad de los primeros tiempos, Juanito se da cuenta de que Sofía ha sido una gran elección desde el punto de vista dinástico, pero no le satisface como mujer, aunque no tiene más remedio que apretar los puños y esforzarse porque todavía tiene que engendrar el heredero.

El milagro tiene lugar el 30 de enero de 1968, y también en la clínica de Loreto. Era tal la tensión que había soportado Juanito temiendo que después de dos niñas podría venir otra, que cuando le dijeron que había sido varón, sencillamente se dejó caer al suelo y se desmayó.

Después, presa de la euforia, llamó a El Pardo:

—¡Ha sido un machote, excelencia, como su padre!

Franco, que había interrumpido un consejo de ministros para ponerse al teléfono,

lo comunicó al gabinete, que lo felicitó tan efusivamente como si hubiera tenido un nieto.

Tan poca fe deberían tener don Juan y doña María de que el recién nacido fuera varón que se habían embarcado para un lujoso crucero por el Caribe en el fabuloso buque italiano *Eugenio C.* Fueron con una de las hermanas de Juan, la infanta Cristina, y su marido, Enrique Marone Cinzano. ¡No era ocasión de despreciar tamaña magnificencia! Porque el diminuto rey del Cinzano corría con todos los gastos, aunque él no parece disfrutar mucho del viaje, tose mucho, tiene mal color. Le quedan tan solo ocho meses de vida.

Cuando están cerca de Cuba reciben un cablegrama que les entrega el propio capitán. Deben ponerse en contacto de forma urgente con Madrid. Desembarcan en Miami y desde allí llaman a su hijo. Hay ruidos en la línea y Juan entiende que ha nacido una niña.

Se le escapa un rotundo:

—¿Otra niña? ¡Joder! ¿Para esto me haces desembarcar!

Pero Juanito le repite:

—No, papá, ¡un niño!, esta vez es un niño, ¡el heredero!

Juan debió de pensar: «Qué coño heredero, el heredero del heredero en todo caso».

Se decidió que doña Victoria Eugenia fuera la madrina y Juan el padrino, no sin antes consultarlo con Franco, que lo autorizó con cierto desinterés.

La reina, que volvía a España por primera vez después de treinta y siete años de exilio, se alojó en el palacio de su ahijada Cayetana Alba, Liria; tres mil personas hicieron cola para poder visitarla. Cuando se lo dijeron a Sofía, se sintió dolida. ¿Dónde habían estado estas tres mil personas durante los seis años largos que llevaban viviendo en España en absoluta soledad? Cuando le contaron que algunos lanzaron gritos de ¡Viva Juan III!, todavía se disgustó más:

—Histerismo, excitación... No me gusta.

Durante la larga audiencia de doña Victoria Eugenia en Liria permanecieron a su lado su nieto Alfonso de Borbón Dampierre y Cayetana. A los oídos de la exreina, que lo sabe todo, ha llegado el rumor de que Alfonso tontea con una nieta de Franco. Y le pregunta:

—¿Es verdad, Alfonso? ¿Es aquella niña tan mona que me presentaste en el cine, en Lausana? Estaba estudiando en un internado. ¡Me pareció muy educada!

Aunque ya no hay nada, Alfonso sonríe misteriosamente.

A don Juan, aparte de los más leales que permanecerán con él en los momentos de dicha y en los quebrantos, incluso más allá de la muerte, nadie le presta atención. Ni siquiera Sofía, a la que su madre, la reina Federica, ha aconsejado:

—Mira, hija, el que tiene el poder es Franco... él tiene que notar que estás al lado suyo y no al lado de Juan... Juan es un pobre hombre, un perdedor, ¡hasta tu marido se ha dado cuenta!

Incluso la reina Victoria Eugenia, a la que el exilio ha vuelto pragmática, pese a que le hace reverencias a su hijo como si fuera el rey, le comenta a Sofía crípticamente:

—Una cosa es lo que haga yo *pour la galerie* y otra cosa es lo que conviene a la dinastía. —Y añade aún con cierta malicia—: Ya sabes que las reinas no hacemos política, ¡hacemos dinastía!

Aunque el «perdedor», el «pretendiente», hizo un supremo esfuerzo por atraerse el favor de Franco, ¡visitó el Valle de los Caídos y rezó delante de la tumba de José Antonio!

El bautizo de Felipe, al que la prensa llama infante porque nadie sabe qué puesto ocupa en la sucesión monárquica, tiene lugar el 8 de febrero de 1968, y otra vez en el palacio de La Zarzuela, con el mismo traje de encajes que había llevado su padre en idéntica circunstancia pero en Roma. Fue la primera vez que Zarzuela se abrió a una auténtica recepción oficial, con trescientas personas que se situaron incómodamente en el salón y el comedor contiguo, con las puertas abiertas para hacerlos más amplios. La nueva niñera de Felipe, a la que acaban de contratar, la inglesa Anne Bell, ayuda a colocar las sillas, desparejadas y muy sencillas, ya que tienen que traerse de una casa de alquiler.

A la reina Victoria Eugenia le llamó la atención lo pequeño que era el palacio, y dice conmisericordiosamente:

—Es como un chalet.

Sofía lleva un conjunto de vestido y abrigo de color malva que cubre púdicamente sus rodillas, obra de Elio Berhanyer, con el broche «actinia» que le regaló Franco por su boda en la solapa, y lo cierto es que habla más con doña Carmen que con sus suegros. Juan, que ha aprendido a detectar todos los desaires, también se da cuenta y comenta con la voz rota por la ira:

—Se veía venir desde la boda... Juanito se está alejando de mí... Todo es cosa del sargento prusiano...

La recepción, como no puede ser menos con tales mimbres, se desarrolla en un clima tenebroso en el que todos los invitados rezan, no por el bien de la criatura recién nacida, sino para que se acabe todo de una puñetera vez. La foto que ocupó al día siguiente la primera plana de los periódicos *ABC* y *La Vanguardia* nos presenta a un grupo de personas apesadumbradas y tristes, más propias de una pintura negra de Goya que de una alegre celebración familiar. Juanito tiene los ojos inyectados en sangre y llorosos, doña María la cara dramática de una tragedia griega, Franco, vestido de capitán general, presenta el rostro rígido e inexpresivo de los enfermos de Parkinson.

Juan, al que nadie dirige la palabra, deambula por el salón mirando con curiosidad las paredes, su hijo le ha contado que todavía se ven algunos impactos de bala de la guerra civil, mientras va haciendo tintinear los hielos de su vaso de whisky.

Ve una cara conocida, la del vicepresidente del Gobierno, almirante Carrero

Blanco, y se acerca con la mano extendida:

—¿Como está, almirante?

Carrero lo mira fríamente y se niega a estrechársela con la feroz intención de dañarle. No le perdona sus palabras «quiero ser el rey de todos los españoles».

Juan se queda con la diestra extendida y una sonrisa clavada en lo boca que no sabe cómo hacer desaparecer. Al final se retiró a un rincón con el duque de Alburquerque y apenas intercambió palabra con su hijo ni tampoco con su madre.

Carmina, pendiente de sus nietos, observa con cierta complacencia los fallos en la organización de la fiesta. Sofía, que se da cuenta, se acerca a ella y le dice:

—Tengo que aprender todavía mucho de la Señora.

Carmina concede con amabilidad:

—Vuestra alteza lo ha hecho muy bien dadas las circunstancias.

Los marqueses de Villaverde, que acaban de llegar de Venecia, donde han asistido a un baile en el Lido organizado por la periodista de cotilleos norteamericana Elsa Maxwell, hablan entre ellos y con Alfonso de Borbón, que, con las manos en la espalda, una postura muy habitual en él, les pregunta a los marqueses por su hija Mari Carmen. La marquesa lleva «casi» minifalda, la prenda que luce en la calle la nueva mujer española, y se limita a decirle:

—Ahora va a empezar a trabajar en Iberia, ya sabes lo que son estas chicas modernas, que quieren la independencia.

Y Villaverde decreta mientras mira sospechosamente un langostino que no parece oler muy bien:

—Esta niña es tonta del bote.

El nacimiento del heredero de los príncipes acabó de apuntalar su papel en España y fue el empujón final que necesitó Franco para nombrar a don Juan Carlos heredero a título de rey. Y el hecho de que la reina Victoria Eugenia, partidaria aparentemente de Juan, se muriera cuatro meses después en Lausana y de que nadie recordase la absurda posibilidad de que Carmencita se casase con Alfonso, ya que iba en serio con Jaime Rivera, fueron circunstancias providenciales que remacharon la candidatura de Juan Carlos.

Sí, Juanito podía estar tranquilo, sus desvelos habían sido coronados por el triunfo, suyo sería el trono.

Fue una gran alegría para Sofía, pero también una fecha de triste recuerdo: porque fue el nacimiento de Felipe, y no la muerte de Franco, lo que puso punto final a la intimidad de los príncipes. Juanito ya no vio necesario continuar «esforzándose» y otras devociones ocuparon su vida. Aunque llevándolo todo con gran discreción, que era al fin y al cabo lo que pretendía el Caudillo, que, como solía decir cuando estaba entre hombres:

—Yo no soy ningún meapilas.

Lo curioso es que uno de los primeros en enterarse del nombramiento del príncipe fue su primo. Una mañana de julio, a primera hora, sonó su teléfono particular en su casa de la calle Castelló. Alfonso tuvo que levantarse de la cama para contestar.

—Oye, Alfonso...

Era Juan Carlos, que le pidió que fuera a verlo a Zarzuela, el tema era tan importante que no se lo podía decir por teléfono. Cuando llegó, le abrazó y le anunció sin preámbulos:

—El Generalísimo me comunicó ayer que había decidido nombrarme sucesor a la cabeza del Estado con título de rey.

La mirada de Juan Carlos acechaba la suya. Esta decisión, por esperada que fuera, no podía sino suscitar sentimientos confusos entre los miembros de la familia:

—Pues bien, querido primo, te felicito de corazón.

Alfonso después dijo de ese momento: «Me era imposible en ese instante histórico no pensar en mi tío, suplantado, quíerese o no, por su propio hijo, cuando tanto tiempo había temido serlo por su sobrino».

Juan Carlos le pide a Alfonso que él y su hermano Gonzalo acudan al acto de aceptación, porque sabe que nadie más de la familia, por lealtad a don Juan, va a querer asistir. Alfonso, que detesta a su tío y sabe cuánto le dolerá su gesto, acepta en nombre suyo y de su hermano.

Juan Carlos le pide un último favor. Que trate de evitar algún ataque público de su padre, el imprevisible don Jaime, contra este nombramiento. Alfonso le promete que así lo hará y envía a París a sus amigos de confianza, Mariano Calviño y Baldomero Palomares. Delante de ellos, Alfonso, sin poder contenerse, se echa a llorar.

El conde de Barcelona, la gran víctima de toda esta operación, solo acierta a decir cuando recibe la comunicación de Franco de que ha decidido aplastarle como a una cucaracha:

—Qué cabrón.

Está mucho tiempo sin hablarse con su hijo, al que considera un traidor. El día que transmiten por televisión la ceremonia de aceptación del príncipe jurando los principios del Movimiento, don Juan desearía esconderse en lo más profundo de la tierra, pero en lugar de eso sale con su barco, bordea la costa, amarra el *Giralda* frente a Coimbra y entra en un bar que ya conoce. Elige una mesa, arrima una silla y pide:

—Una botella de wishky y un vaso sin cubitos, y me conectáis el aparato ese con Televisión Española.

Quiere ver lo de la jura para que «ningún consejero de mierda venga a contármela».

Luego, con orgullo, según unos, con ironía, según otros, dijo:

—Mi Juanito ha leído muy bien.

A Alfonso, como agradecimiento por ser el único familiar que ha acudido a la jura, lo nombraron embajador en Estocolmo. Carmencita se despide de él en el

pantano de San Juan. Sus padres le ofrecen una comida, y ella va con su novio, al que Cristóbal no deja alojarse en la casa y tiene que dormir en el vecino chalet de los barones de Gotor, porque Villaverde vela como un ogro por la virginidad de su hija. Carmencita le dice a Alfons, como lo llama ella:

—Qué frío vas a pasar en Suecia.

Y también:

—Como tengo billetes gratis en Iberia, a lo mejor un día te voy a visitar.

Villaverde los ve juntos y no puede ocultar su frustración y su rabia. En ningún momento piensa en lo inadecuado que es aquel hombre amargado y taciturno para marido de su hija. Porque Alfonso vive con el cáncer del odio devorándole las entrañas; en unas memorias que escribió posteriormente, se explica a sí mismo: «Soy hijo de sordomudo y nací en el exilio, en mi casa no había dinero, mis padres se separaron siendo yo muy pequeño, y ni mi hermano ni yo encontramos un hogar en ninguno de los matrimonios que formaron de nuevo». Emanuela, la madre, que mientras vivió con don Jaime de Borbón sufrió vejaciones sin fin hasta el punto de que su marido le contagió una enfermedad venérea, se casó con el agente de cambio y bolsa milanés Tonino Sozzani, que también la hizo muy desgraciada. Alfonso cuenta:

—No tenían habitación para nosotros, y en las escasas ocasiones que los visitábamos, teníamos que dormir en el cuarto de plancha.

El padre, por su parte, se había casado con una modelo y cantante de cabaret que tenía una hija. Los dos hermanos nunca llegaron a dormir en su modesto pisito de la rue Rueil-Malmaison.

Alfonso justificaba así su carácter resentido y huraño:

—Por estas razones y mi vida tan desgraciada, mi introversión es muy pronunciada.

Pero el marqués ve que aquella hija tan guapa y bien educada todavía puede ser su pasaporte a la gloria. ¡Además de ser el yerno de Franco, será el padre de la reina!

Era cierto que su suegro había nombrado a Juan Carlos, ahora luciendo el flamante título de Príncipe de España, su sucesor a título de rey, pero, con lo mayor que estaba, ¿no sería fácil hacer que reconsiderara su decisión? ¿No había dicho el *New York Times* que «Juan Carlos había empezado a hacer saber a sus conocidos que no acepta el papel que al parecer le han asignado, el de débil sucesor... no tiene la intención de presidir una dictadura...»? ¿Y no le había sentado esto a su suegro, según la castiza expresión que siempre utilizaba Villaverde, como «una patada en los huevos»?

El mismo Juan Carlos está desalentado y es consciente de la precariedad de su nominación:

—En toda mi vida, cuando he sentido más el peso de mi soledad fue cuando fui nombrado Príncipe de España y Franco pensó en mí para sucederle a título de rey. Se abrió entonces un periodo en el que se sabía que yo iba a ser rey, pero sin estar completamente seguro de que iba a serlo. Franco podía cambiar en cualquier

momento de idea y nombrar a otro en mi lugar... Por lo tanto, era conveniente ser «amable» conmigo, pero no demasiado... Estaba muy solo, pero al mismo tiempo muy rodeado...

Su padre no le reprocha nada, solo le ofrece el desdén poderoso de su silencio; de hecho, por mucho que se nos hayan querido edulcorar las relaciones de don Juan y su hijo, nunca se restablecerán. Como me dijo alguien de su entorno:

—¡Fue una tragedia griega! ¡El padre devorado por el hijo! ¡Las tragedias griegas nunca tienen finales felices!

Pero desde Estoril el viejo rey que nunca llegó a serlo vigila y adivina los sinsabores de su hijo, hasta el punto de que de su parte Sainz Rodríguez le pide a don Juanito:

—Lleve chaleco antibalas, por favor, no vayan a matarlo y jodernos a todos...

La princesa contrata un arquitecto para que le haga unas reformas en La Zarzuela, y cuando le dice que tardará un año en terminar, ella desiste porque:

—Entonces seguramente ya no estaremos en España...

Juan Carlos tenía a su lado a los ministros tecnócratas, López Rodó y el joven López Bravo, y también a Carrero Blanco, los tres miembros del Opus Dei, incluso cuenta con Camilo Alonso Vega, pero la candidatura de su primo tenía el apoyo firme del búnker. Solís comentaba:

—El príncipe Alfonso es un gran admirador del Movimiento, sin embargo el otro...

Alfonso era la continuidad, el franquismo sin Franco, algo que quizás ni el mismo Caudillo deseaba, por eso le repetía a Juan Carlos sin cesar:

—Vuestra alteza no tiene que fijarse en mi forma de gobernar... usted tendrá que hacerlo de otra manera. —E incluso había disculpado sus declaraciones al *New York Times*—. Comprendo que vuestra alteza fuera tiene que decir una cosa y aquí otra...

Juan Carlos casi lloraba de agradecimiento cuando Franco le hacía estos comentarios, y también cuando le tendía su mano buena y le decía:

—Dígale a la princesa que no se preocupe...

Pero hasta Pila, la hermana de Franco, se da cuenta de la situación y se burla:

—¡A don Juan Carlos nadie le hace caso!

Y ocurre que el príncipe cada vez va menos a El Pardo. Cuando intenta ver al Caudillo, siempre hay alguien que le dice:

—Hoy no puede... tiene audiencias hasta tarde...

Si pregunta:

—¿No estará enfermo?

Le contestan:

—Claro que no, hoy ha estado jugando al tenis, toda la mañana de pie recibiendo a embajadores y por la tarde lo visitan siete comisiones y los cuatro alcaldes catalanes.

Alguna vez intentaba hablar con el médico, Vicente Gil, que se indignaba:

—¿Que cómo está el Caudillo? ¡Como un roble! ¡Ya me gustaría a mí estar como él!

Un amigo suyo de aquella época me dice: «Yo he visto a don Juan Carlos furioso, dando patadas a los muebles de frustración». Otras veces, cuando las sombras de la noche trepaban por las ventanas y un tedio negro, hondo y ancho se instalaba en su alma, se escapaba con un viejo Mehari a la casa de sus vecinos, los Prado y Colón de Carvajal, llevando unas cajas de vino que le habían regalado y decía mirando fijamente su copa:

—Si voy a ser carpintero o granjero, que me lo digan, es la incertidumbre lo que me mata.

Como para convencerse a sí mismo, reflexionaba en voz alta:

—Yo creo que Franco no se volverá atrás.

El marqués, sin embargo, tenía la esperanza de que, si Alfonso se casaba al fin con su hija, su suegro rectificaría su decisión. Claro que si osaba comentarle a su mujer sus esplendorosos planes de futuro, Nenuca lo cortaba con impaciencia:

—Cristóbal, ya estás con tus tonterías... Carmen es muy infantil, no es la mujer adecuada para un hombre tan resentido y de vuelta de todo como Alfonso...

A Carmina, sin embargo, sí le hace ilusión pensar en el príncipe como futuro marido de su nieta favorita, ella encuentra a Alfonso muy educado y guapo, no es como su cuñada Pila, que, ya apartada de El Pardo, se dedica a conceder pintorescas declaraciones a la prensa en las que dice:

—¿Alfonso de Borbón Dampierre? Tiene buena figura pero es un soso.

Carmina le contesta diplomáticamente a su yerno, con el que está muy dolida ya que le han contado que tiene una amiguita en Marbella:

—Bueno, Cristóbal, hubiera estado bien, pero no hay nada que hacer si la niña no quiere... —Y añade—. No le voy a comentar nada a Paco, porque estas intrigas no le gustan, ¡además, con el cariño que le tiene a los Juanitos!

Cristóbal Villaverde siente crecer su desconsuelo. ¡Si no fuera por ese niñato de Juanito y por ese mequetrefe de Jaime de Rivera! Al final su íntimo amigo Antonio D. Olano, el periodista mejor informado de Madrid, enterado de sus cuitas le ofrece una novedad suculenta como munición para combatir el noviazgo:

—Oye, que ese chico cuando deja a tu hija en casa sale con otra y pasa la noche con ella.

La «otra» es una voluptuosa joven belga, Rosario Herbosch, moderna, alegre y mucho más desinhibida que Carmen. Cristóbal se frota las manos, cree que cuando se lo cuente a su hija esta abandonará al ingrato, pero se encuentra con la sorpresa de que Carmencita le contesta muy sosegadamente:

—Ya lo sé, y me ha prometido que la dejará.

El padre se echa a reír y se burla de la inocente credulidad de Carmen.

—Está visto que eres una completa imbécil, hija mía.

Pero Olano se lo confirma:

—Ya la ha dejado, ahora tu chica y Jaime han ido a mirar una casa en Vilafranca, han dado la paga y señal y él se ha matriculado en Ciencias Económicas. —Y aún añade—. Y que sepas que cuando han ido a la boda de Leonor March a Mallorca se han alojado en la misma habitación de hotel.

Es fácil deducir lo que le ha tenido que ofrecer Carmen a su novio para que abandonara los brazos generosos de la belga.

Cristóbal se obceca con su hija, «estaba todo el día pendiente de mí, no me dejaba ni a sol ni a sombra», contará ella más tarde, «era casi enfermizo». De esta ofuscación sacaron partido los hermanos. Mariola, tan tranquila, tan introvertida, tan sensata, estudia arquitectura y continúa su plácido noviazgo con Rafael Ardid, se ha operado la nariz también y se ha convertido de la noche a la mañana en una belleza, pero aun así Rafael será el único hombre de su vida. Francis, que sin ninguna vocación se va a matricular en medicina, aprovecha que sus padres apenas le hacen caso para pasar cada vez más tiempo al lado de su abuelo, «yo notaba que su carrocería cedía y se desvencijaba, por lo que decidí vivir al máximo el poco tiempo que me quedaba para estar con él». Hasta la adolescente Mery se hace *hippy*, no estudia, va vestida con pantalones viejos y camisetas de sus hermanos, se escapa de los escoltas, demuestra una gran precocidad en sus relaciones con el otro sexo, fuma e incluso prueba los porros. Es la única que ríe a carcajadas en la familia; el Caudillo, cuando la oye, intenta con gran esfuerzo abandonar su hieratismo facial para sonreír también y la llama:

—Ferrolana.

Ella se acerca y él levanta las manos y junta los índices con los pulgares en un conato de muñeira:

*Descalciña pola area
parece unha rianxeira .*

De pronto se siente perdido. ¿Qué hace él cantando esa canción? ¿Cómo era?

... rianxeira...

Deja caer las manos vencido por su desmemoria y la nieta, repentinamente conmovida, le acaricia la cara:

—Abu, ¿estás bien?

Franco se emociona y contesta intentando ocultar el temblor de su mano:

—Sí, estoy un poco resfriado.

—Claro, abu, no me extraña con esta casa tan grande y llena de corrientes, ¿sabes qué, abu?

El abuelo la miraba con sus ojos llorosos, era su nieta, sí, pero no recordaba bien

su nombre:

—Dime, ferrolana.

—Le voy a decir a Nani que me enseñe a hacerte una bufanda, ¡y de un color muy alegre! ¡Abu, te la haré roja! ¿Te la pondrás?

El abuelo asiente sin palabras.

Su nieta se la lleva el día de su santo, y se la enrolla alrededor del cuello. Los párpados caen sin fuerzas sobre unos ojos inexpresivos, la barbilla tiembla ligeramente, le acaban de poner dentadura postiza que no le encaja muy bien y a menudo tiene que dar una dentellada, como si los dientes se desprendieran de las encías. Pero Mery siente una enorme ternura por este viejo que la mira con infinito desamparo envuelto en su enorme bufanda, no muy diestramente tejida, y le dice:

—Eres el mejor abuelo del mundo.

Cuando murió Franco, la bufanda de Mery estaba en un cajón de su mesa de noche.

Hasta José Cristóbal hace su vida y se dedica a correr aventuras en metro y en autobús, escoltado, eso sí, por sus dos ángeles de la guarda. Mientras, los pequeños, Arancha y Jaime, creen que Nani es su padre y su madre.

Viendo que la mano dura no da resultados con la hija sediciosa, el marqués cambió de táctica, estaba cariñoso con ella, se la llevaba de viaje por toda Europa, pero Carmen llamaba a su enamorado desde todas las embajadas:

—Jaime, te quiero, estoy deseando verte.

Y de pronto, incomprensiblemente, Carmen rompe el noviazgo. ¿Los motivos? Se habló de un misterioso viaje, «se decía que Mari Carmen tuvo un desliz que hubo de ser arreglado por vía quirúrgica» (*Garbo*, 1986). El caso es que un día el marqués fue a una comida que tenía en Madrid en Jockey con un grupo de amigos íntimos, y nada más llegar, pidió una botella de *champagne*, y contó a sus asombrados invitados:

—Estoy muy contento porque mi hija ayer me dejó un papelito en casa diciéndome que quería desayunar conmigo... quería comunicarme que ha roto con «ese».

El resultado fue que Jaime de Rivera se quedó seducido y abandonado, con una casa a medio hacer y una voluminosa hipoteca por pagar. Después, «el apuesto jinete», como se le llamaba en las revistas, se casó con Marisol López de Letona, hija de un ministro de Industria, y hasta hoy. Preguntada por la periodista de *El País* Karmentchu Marín, una recatada u olvidadiza Carmen solo declaró:

—¿Jaime de Rivera? Una amistad de infancia. Solo.

Por ese «solo» amigo Carmen se desespera, llora desde que se levanta hasta que se acuesta, tiene probablemente ataques de anorexia y de bulimia entonces no diagnosticados, pierde y gana peso con rapidez, y llevada por su carácter impulsivo, incluso piensa en hacerse enfermera e irse a África a cuidar niños.

En invierno sus padres se la llevan a Sierra Nevada para que se distraiga. Carmen sufre una caída y la ayuda a levantarse un esquiador muy atractivo. Cuando se quita

las gafas, Carmen lo reconoce:

—¡Eres Fernando de Baviera, el hermano de Tessa y Cristina!

Es primo lejano del rey, corredor de coches y propietario de varios concesionarios de automóviles en Madrid. Está casado con la catalana Sofía Arquer.

Seducor, mujeriego y apasionado, le resulta irresistible a la frágil y descentrada Carmen. Después de unos días de delirio desenfrenado, ambos deciden huir a la Costa Azul para vivir libremente su amor. En el hotel donde se alojan, en Saint-Tropez, se presenta al día siguiente el marqués de Villaverde para llevarse a su hija a la fuerza, intenta pegarle al amante un puñetazo y amenaza con denunciarlo por raptó y adulterio.

Así se las gastaban entonces los padres de España.

El abuelo se entera de esta aventura porque lo avisan los servicios de seguridad y, a instancia de Carmina, llama a Juan Carlos a El Pardo. El príncipe llega inquieto sin saber qué quiere decirle el Caudillo, que se lo suelta inmediatamente:

—Príncipe, ese primo suyo es un sinvergüenza y ha cometido un delito, que se aparte de mi nieta, que es una niña inocente...

¿Inocente la niña? A Juan Carlos el que le parece un pardillo es su primo, que se ha metido en esta aventura insensata que no le va a reportar más que disgustos. Envalentonado porque nadie puede objetar su aparentemente impecable vida conyugal y en la perfecta familia de su mentor ha aparecido una grieta, responde:

—Mi primo ya es mayorcito y no va a hacer caso de lo que yo le diga, excelencia.

El Caudillo, muy incómodo por esta situación, le hace un gesto de aquiescencia y después riñe sin motivo a su mujer:

—Carmina, ¿por qué tengo que hacer el ridículo?

Su mujer se queda tan disgustada por esta reprimenda, la primera que le dirige el Caudillo en casi cincuenta años de matrimonio, que se pone a llorar.

El episodio se comenta en voz baja, pero no se menciona en las «meriendas azules» de la Señora, como las llaman López Rodó y el ala tecnócrata del Gobierno. Sus amigas, mientras devoran pastelillos y mediasnoches, le cuentan que Massiel, esa chica que ha ganado Eurovisión, es algo roja, y que Marisol se ha casado con el hijo de su representante, Carlos Goyanes, pero que el matrimonio parece que no va muy bien. ¡Es que con esos ministros tan liberales en España se está empezando a resquebrajar todo, incluso la familia, el pilar de la sociedad!

Aquí Carmina empalidece recordando el *flirt* de su nieta y el Baviera, porque le parece que esto es una indirecta como una catedral de grande, y pregunta con brusquedad:

—¿Una lionesa, Pura?

Solo hay que ver la televisión. Carmen Pichot cuenta que ella un día tuvo que llamar para que a esa cantante andaluza, Rocío Jurado, le pusieran un pañuelo en el escote porque es que, vamos, aquello era un escándalo. Carmina asiente, también indignada:

—Sí, yo también he pedido que los anuncios de ropa interior los hagan después de media noche que ya no hay criaturas levantadas...

Se alza un murmullo indignado en la reunión:

—El que no es rojo es masón...

—Y el que no, del Opus...

Nadie sabe muy bien lo que es esto del Opus, pero les suena a contubernio diabólico y a que quieren pasar página a los logros de la guerra de liberación donde los maridos han cimentado su poder.

La mujer del capitán de navío ultraconservador Antonio Urcelay, ayudante del Caudillo, lleva una noticia bomba. ¡Encarnita Sánchez se ha tenido que ir de España! Pero Pura le da una patada debajo de la mesa y Carmina finge de nuevo que no se ha enterado de nada mientras sirve más té, porque la popular locutora de radio es una de las grandes decepciones de la Señora. Encarnita llamó un día a El Pardo, le dijo a la Caudilla, como ella la llamaba, que iba a organizar unos festivales benéficos en pro de las Hermanitas de los Pobres y que para ella sería un gran honor contar con su patrocinio. Luego le dio cuenta alborozada de la recaudación:

—¡Ciento cincuenta mil pesetas, Señora! ¡Para esos ángeles de bondad!

Pero los ángeles de bondad nunca recibieron ese dinero, que al parecer se embolsó Encarnita aduciendo los gastos que había tenido, pero Pura se enteró de que los artistas, desde Marifé de Triana a Juanita Reina, habían actuado gratis.

¡Menudo disgusto se llevó la Señora! Le dicen que se puede detener e interrogar a la locutora, pero Carmina se horroriza:

—No, no, menudo escándalo, expulsadla de España, que se vaya a México, donde tanto les gusta la escoria. —Y después se lamenta—. Cuando lo hacíamos entre Pura y yo salía bien, ¡a ver si alguien puede imaginar que nos hemos quedado con dinero!

A Carmina le aterra pensar que Paco pueda acusarla de irresponsabilidad, con lo escrupuloso que es él para los asuntos monetarios. En realidad el Caudillo solo dispone de su sueldo de general, y como no gasta, lo va acumulando todo en una cuenta en el banco. De la abuela sí dice hasta su incondicional nieto Francis:

—Mi abuela compraba pisos y después los alquilaba, y le gustaban las joyas y las pieles como a todas las mujeres.

De la legendaria codicia de la Señora de El Pardo se ha hablado mucho. Se ha dicho hasta la saciedad que los anticuarios habían hecho un fondo común para hacer frente a sus exigencias, que nunca pagaba ni joyas, ni muebles, ni cuadros, ni ropa. Tengo que decir que desde hace años estoy investigando a fondo el tema y no me he encontrado ni una víctima de este expolio ni una sola persona que me haya confirmado estos abusos por vía directa. Es más, los periodistas e historiadores que los han difundido no me han aportado ni un nombre ni una prueba, y es conveniente recordar que este silencio no puede deberse al miedo, ya que la familia Franco, desde hace treinta y ocho años, está apartada de los centros de poder.

Puedo decir sin duda alguna que se trata simplemente de una leyenda urbana.

Porque yo sí he hablado con joyeros, anticuarios y modistos, y todos me han revelado que la Señora les pagaba religiosamente. Los joyeros Saiz y Aldao y la casa de subastas Durán me contaron que ellos enviaban la factura y que se les ingresaba al mes siguiente. El modisto Pertegaz le hacía trajes y le suministraba sus célebres perlas:

—Le gustaban tanto que la gente ordinaria la llamaba «la Collares», eran buenas, pero de bisutería, y no ocultaban ni audífonos contra la sordera ni horribles cicatrices como se decía entonces. —Y añadía el genial modisto—. La Generalísima las llevaba simplemente porque era muy cetrina y le daban luz a la cara.

Cuando inquirí si era buena pagadora, Pertegaz me contestó:

—Sí, pero se quejaba un poco, decía que Balenciaga le hacía más rebaja que yo...

También le pregunté, teniendo en cuenta que la entrevista era para la revista *Interviú*, si la había visto desnuda alguna vez, a lo que me contestó:

—No, éramos muy cuidadosos con eso, poníamos siempre un biombo especial...

Fiel a su espíritu, la revista tituló esta entrevista, que tuvo bastante repercusión, «Nunca vi desnuda a la Generalísima». Pertegaz me amonestó dulcemente:

—Me duele que la Señora haya leído tu entrevista... Va a pensar que es una falta de respeto...

A veces doña Carmen iba a probarse con su nieta. Una nieta, Carmencita, que se aburre en su trabajo de Iberia y que a sus veinte años piensa que la vida ya se ha acabado para ella, pero, en realidad, se pregunta imbuida del espíritu existencialista de Jean Paul Sartre, escritor al que nunca había leído, por supuesto, ¿puede llamarse vida a este fatigoso desfile de días iguales?

Su padre le dice:

—Escribe a Alfonso.

Ella prefiere recitar en voz alta poemas de Neruda en su habitación metida en la cama mientras un ligero manto de nieve cubre las calles de Madrid.

*Cuando he llegado al vértice más atrevido y frío
mi corazón se cierra como una voz nocturna.*

Donde hace un frío del carajo, según decía Villaverde, es en Estocolmo. En 1970 el primer ministro sueco es Olof Palme, y el nuevo embajador español, Alfonso de Borbón Dampierre, en cuanto se ha hecho a medida los ostentosos uniformes que tanto le gustan y ha tomado posesión de su cargo, se da cuenta de que aquel, que pertenece a la aristocracia báltica pero que pese a eso es socialista, es su enemigo.

Porque Alfonso representa todo lo que Palme odia, es el enviado de un dictador y, al mismo tiempo, es primo hermano del que va a ser rey por designio directo del Caudillo. Un enfrentamiento que cobra mayor virulencia porque en este mes de diciembre, precisamente, ha tenido lugar en España el llamado Proceso de Burgos por el que se juzgaba a dieciséis militantes de la organización terrorista ETA, y los jueces

han condenado a muerte a José María Dorronsoro, Francisco Javier Larena, Mario Onaindia, Juan Gorostidi, Francisco Javier Izco y Eduardo Uriarte. «En defensa del bien común, no regatearemos cuanto sea necesario para combatir la pasión y la violencia de cualquiera que intente perturbar la pacífica convivencia de los españoles», manifiesta Franco después de esta sentencia, y lo terrible de sus palabras contrasta con el temblor de sus manos y su aspecto decrepito.

La protesta mundial contra estas condenas, como en el caso de Julián Grimau, vuelve a ser extraordinaria, e incluso el papa Pablo VI intercede a favor de los sentenciados a muerte apelando a la «fraternidad humana». Este papa tan liberal, que todavía le gusta menos a Franco que el anterior, Juan XXIII, con razón Foxá decía cuando ascendió al trono de san Pedro:

—A Montini lo han hecho papa y a Franco papilla.

Todos los presidentes de Gobierno del mundo occidental envían telegramas de protesta a El Pardo. Franco hace caso omiso porque, dice:

—Son rojos, masones y judíos.

Uno de los más combativos es precisamente Palme. Su cargo de primer ministro no le impide encabezar una manifestación multitudinaria llamando asesino a Franco y pidiendo la liberación de los presos. El embajador Borbón Dampierre, tan próximo al búnker, el ala ultra del régimen, toma sus ataques como algo personal y protesta en público y en privado contra lo que él considera una injerencia en los asuntos internos de su país.

—Que se metan con Rusia...

Franco, que está decidido a cumplir las sentencias, se encuentra con un apoyo inesperado, el del pintor Salvador Dalí, quien manifiesta públicamente que «Franco es un santo, un místico en la tradición de los grandes místicos españoles». Y ante estas penas de muerte declara con extasiado arrobó:

—Mi preferencia va hacia los seres crueles... se debe aplicar la pena de muerte hasta el límite extremo.

Franco piensa que tanto Dalí como Picasso son dos mamarrachos, y estos elogios tan estrambóticos no le causan ninguna satisfacción, pero no tiene más remedio que agradecerlos. Lo que sí le impresiona es la carta que le envía su hermano Colás, al que ya apenas veía y que se dedicaba a sus negocios sin demasiado interés, como si ya todo le diese igual:

—Paco, no firmes esa sentencia, no te conviene, te lo digo porque te quiero, ya somos viejos, tú eres un buen cristiano, no la firmes porque después te arrepentirás, escucha mi consejo.

Finalmente se conmutaron las penas, pero en Suecia Olof Palme continuó atacando a Franco, al que consideraba simplemente un asesino. Alfonso de Borbón se vio obligado en muchas ocasiones a escribirle cartas oficiales o publicar notas de prensa tratando de justificar la política del Generalísimo con una actitud demasiado beligerante y poco diplomática. Él mismo cuenta en sus memorias que un día recibió

un cheque del director del diario más importante de Suecia: «El periódico había aumentado sus ventas gracias a nuestros desmentidos, y esa era la parte que me tocaba de los beneficios». Alfonso comprendió lo chusco de su actitud y se abstuvo de más comentarios.

En Suecia, Alfonso se aburría, salía de vez en cuando con Cristina, la hermana del príncipe heredero, pero aunque era una chica culta y simpática, «es la única sueca fea que existe», comentaba el personal de la embajada. Alfonso tenía treinta y cinco años. Y muchas ganas de formar una familia que diera consistencia a sus pretensiones. Una llamada del marqués de Villaverde fue providencial:

—Príncipe, que mañana llegamos a esa con Carmencita, búscanos un hotel, por favor.

Alfonso, que había sido invitado muchas veces a la casa del pantano y también a la finca de Arroyovil, respondió:

—¡Cómo al hotel! ¡Os alojáis en la embajada!

Todo está calculado. Porque todo, «desde la a a la zeta», fue planeado por el marqués de Villaverde. Lo declaró un testigo, amigo íntimo de la familia, bajo juramento delante del tribunal de la Sacra Rota en el proceso de anulación de la boda eclesiástica de Carmen y Alfonso. «El padre de Carmen estaba obsesionado con aquella boda... lo planeó todo y llevó la iniciativa en todo momento... siempre tuvo muy controlada y vigilada a su hija con este fin». La madre de Alfonso, la desventurada y venenosa Emanuela, dijo por su parte con amargo placer:

—Esta boda fue planeada por toda la familia del general. Se trató de una operación que capitaneó el padre de Carmen, el marqués de Villaverde. Carmen era muy frívola y muy tonta.

Según las declaraciones, también bajo juramento, de la propia protagonista Carmen Martínez-Bordiú delante del tribunal de la Rota varios años después: «Cuando nos encontramos en Estocolmo Alfonso y yo, todo el mundo estaba como loco... puedo decir que todo se venía rodando desde hacía tiempo y tuvimos que coincidir en Estocolmo para que llegáramos a formalizar relaciones de noviazgo... tuve poca participación en aquel noviazgo... me dejé llevar por los acontecimientos». La sensata Nenuca, que comparece como defensora del vínculo, es decir, como testigo de Alfonso de Borbón, manifiesta delante del mismo tribunal y también bajo juramento:

—A mí me preocupaba mucho esta boda... mi esposo estaba encantado porque conocía desde hacía tiempo a Alfonso, hubo [por su parte] una influencia grande a favor de este matrimonio, aunque no llegamos a discrepar violentamente, yo le dije varias veces que me daba verdadero miedo esta boda... Mi hija estaba completamente deslumbrada... es de carácter impulsivo, buen corazón... irreflexiva, no estaba formada psicológicamente...

Y acerca de Alfonso de Borbón, su suegra dice:

—Es serio, introvertido, poseído de sí mismo, poco comunicativo, dominante, es

un hombre solitario, con un poso de amargura... frustrado.

Es decir, que Nenuca se pone al lado de su hija en contra de su yerno e incluso de su marido. Dentro de su talante discreto, da muestras una vez más de la valentía y coherencia que gobiernan su vida.

Pero es indudable que Alfonso también se sintió deslumbrado por la belleza latina de Carmen, en sus memorias cuenta el momento en el que la vio:

—En el aeropuerto, en la noche polar, la vi aparecer como un rayo de sol español. Mientras avanzaba hacia mí en la pista de llegada, mi corazón latía más aprisa... respondía bruscamente a mis profundos deseos de formar un hogar. Todavía no habíamos abandonado el aeropuerto, pero yo ya sabía que las cosas iban a llegar más lejos...

Estuvieron una semana juntos. El día antes del regreso, Alfonso le pidió matrimonio mientras paseaban por los jardines de la embajada, y Carmen, aunque «nunca me había sentido enamorada, aceptó para huir de mi familia».

El marqués fue al club Puerta de Hierro, pidió una copa y brindó por «los futuros reyes de España», mientras su hija, casi una niña aún, se ensoberbecía con las atenciones que empezaron a prestarle. Deja su trabajo en Iberia, en casa le ceden una habitación individual, abandona al grupo de su edad y sale únicamente con amigos de sus padres y con la aristocracia de nuevo cuño, que quiere homenajearla, ¡todos la cubren de regalos!

Va a El Pardo a ver a su abuela y fantasean juntas sobre lo que será su vida futura. Si le duele la cabeza, el mejor especialista de Madrid se desplaza a su domicilio para recetarle una aspirina, sus más mínimos deseos se ven cumplidos al instante, ropa lujosa, joyas, coche oficial. En Miguel Rueda se compra quince conjuntos, y catorce en tiendas de París y Roma; las prendas estrella fueron un fabuloso abrigo de visón blanco y negro y otro de lince para combatir los fríos nórdicos que adquirió en la mejor peletería de Madrid.

—No estaba preparada, me hacían vivir en una atmósfera ficticia e irreal.

Nadie se preocupa de contárselo con detalle a Franco, que sigue metido en su mundo, inapreciable, silencioso y oscuro, sentado horas interminables delante del televisor. Por primera vez Carmina empieza a descuidar la atención a su marido, y el día en que reparó que no le había contado aquel acontecimiento que podía cambiar sus vidas, corrió hasta su despacho y le dijo:

—¿Sabes que la niña se casa?

Y Carmencita, que fue la que relató esta anécdota a una revista, terminó:

—Él solo se sonrió, como siempre hace.

Sintiéndose culpable, Carmina conminó a su yerno para que le hiciera una comunicación oficial al jefe del Estado pidiendo formalmente audiencia. Así, en su despacho, el marqués se cuadró y le anunció el futuro matrimonio de su hija con estas palabras:

—Mi general, Carmencita se casa con el príncipe Alfonso de Borbón Dampierre.

Franco permaneció impasible, como siempre, y se limitó a comentar:

—Espero que sea para bien.

En Estoril se asiste a estos hechos con tremenda amargura y preocupación. No es que se esté dirimiendo si el que va a ser rey es el hijo o el padre, ¡es que se está torciendo el árbol dinástico hasta que la rama de don Juan y don Juanito se desgaje, se pudra y se caiga al suelo! Pedro Sainz Rodríguez dice delante de testigos:

—Coño, pues si Franco no estira la bota ahora todo se puede ir al quinto carajo, ¡con todo lo que hemos trabajado! ¡Hay que joderse! ¡Menuda putada!

Y la sobrina de Franco, Pilar Jaraiz, me comentó que ella había exclamado en casa de su madre:

—¡Un nieto de don Alfonso XIII casado con una nieta de Franco! La tía Carmina no debe caber en sí de gozo.

La tía Carmina, que llega incluso a enfadarse con su marido, lo mira con encono y le reprocha:

—¿Por qué te apresuraste tanto en nombrar a Juan Carlos sucesor? Tenías que haber esperado. ¿A qué venían tantas prisas? ¡La culpa la tienen López Rodó y Carrero!

Don Juan Carlos por su parte comenta, en el estilo desgarrado de su padre que guarda únicamente para sus amigos:

—¡Vamos a ver qué pasa! ¡Hay que joderse! ¡Porque si dos tetas tiran más que dos carretas, figuraros seis tetas!

Durante el noviazgo, Carmen, que ya ha tenido relaciones íntimas por lo menos con Jaime Rivera y con Fernando Baviera, y Alfonso, hombre experimentado, comparten lecho en las escasas ocasiones en que se encuentran, aunque por la mañana cada uno se va a su habitación. Pero Cristóbal en este caso baja la guardia y finge no enterarse.

Desde que Carmen dio el sí hasta el día de su boda, el 8 de marzo de 1972, Alfonso y Carmen se vieron únicamente dos días en Londres, en casa del amigo de su familia David Beker. Carmencita estaba acompañada por su tío el barón de Gotor. Y también con Gotor y Clotilde, su mujer, estuvieron un día esquiando juntos en Klosters, Suiza, donde cenaron con Deborah Kerr y su marido, el guionista Peter Viertel, grandes amigos de los Villaverde, pues ambos matrimonios tenían casa en Marbella. En Courchevelle fueron invitados por el millonario Paul Louis Weyler en su casa, y allí también estaban los Gotor como carabinas. Los novios llegaron el sábado por la mañana y se fueron el domingo por la noche.

Precisamente, su hijo mayor, Fran, nació justamente nueve meses después de este viaje, siete meses y medio después de la boda. Dado que el niño pesó más de cuatro kilos al nacer, se puede deducir que el embarazo había llegado a término y que por tanto Carmen se casó embarazada.

Ya en su noviazgo, por breves que fueran sus encuentros, Carmencita advirtió el escaso potencial amatorio del que sería su marido. «Nuestra vida sexual siempre ha

sido muy escasa, reduciéndose a un puro vegetar», confesaría después. Y según cuenta José Luis de Vilallonga, en una ocasión en que estaba en una discoteca con Marujita Díaz, quien había tenido un breve romance con Alfonso, esta le preguntó:

—¿Lo ves, tan serio, tan mohíno, tan estirado, tan modosito, tan cenizo? —Y cuando Vilallonga asintió, Marujita le confesó—. ¡Pues en la cama es lo mismo!

Alfonso, a cambio de conceder su aristocrática mano a Carmen, exige ser príncipe de Borbón. El encargado de transmitir su deseo al Caudillo es el marqués, que le dice también a su suegro:

—Excelencia, creo que es justo que además Carmencita también sea alteza real, como su marido.

Al enterarse, Juan Carlos se echó las manos a la cabeza, ¿cómo iba a haber dos príncipes con idénticas dignidades? ¿Cómo no pensar que esto tan solo es un precedente para ser nominado pretendiente a rey? ¿Qué tipo de solemnidades tiene cada uno, cuál tendrá prelación? Después de mucho reflexionar y de acuerdo con su mujer, Juan Carlos pidió audiencia a Franco y le insinuó de forma velada que, según su parecer, esto no era más que una maniobra para que ambos, Juan Carlos y Alfonso, quedaran al mismo nivel y facilitar con ello una futura revocación del sucesor elegido por el Caudillo. Franco contestó por primera vez de manera malhumorada y a regañadientes y dijo que ya hablarían. La ofensiva de su familia empezaba a hacer mella en él.

Juan Carlos comentó luego:

—En esta audiencia he pasado uno de los momentos más tensos de mi vida, sudaba por dentro.

Franco se queja al ministro de Justicia Oriol, uno de los que avalan la candidatura de don Juan Carlos:

—Me gustaría saber de dónde sale esta maniobra. Don Alfonso tenía el título de príncipe y ahora que se casa con mi nieta se lo quieren quitar.

A lo que contestó Oriol:

—No es que se lo quisieran quitar. Es que ahora lo ha pedido y no procede concedérselo.

Pero aunque Franco permanecía aparentemente al margen de esta conspiración y de los preparativos de la boda, su declive físico era muy acentuado y se quedaba muchas veces con la boca abierta; su mujer le tenía que llamar la atención en innumerables ocasiones:

—Paco, cierra la boca, que parece que estás papando moscas. —Y cuando él la miraba con profundo malestar, Carmina se arrepentía—. Te lo digo porque te puede entrar algo.

Entonces se le encendían al Caudillo dos chispas en las pupilas que le quitaba varios años de encima y se negaba a escuchar las propuestas de su yerno, ni siquiera lo recibía. Si le hablaba en la mesa, se ponía a silbar una musiquilla ligera, y si era Carmina la que tomaba el relevo, se limitaba a cerrar los ojos como si estuviera

durmiendo y entonces se oía la voz de Nenuca:

—Dejad a papá tranquilo, que bastante tiene con gobernar este país. —Y de paso aprovechaba para lanzarle una puya a su marido, que remoloneaba a la hora del café jugando con los pequeños pero con un ojo puesto en el Caudillo—. ¿Hoy no tienes ninguna operación a vida o muerte?

Al final Paco se limitó a darle a su nieta y a Alfonso el título de duques de Cádiz, aunque con tratamiento de alteza real.

Carmina se lo comentaba a su hija con desaliento:

—Está en un plan... Creo que es por la manía que le ha cogido a ese señor con el que te has casado. —Nenuca apretaba la boca, no iba a defender al infiel de su marido, pero tampoco quería atacarlo—. Claro que la niña con su aventurilla con ese Baviera también le ha disgustado...

Nenuca levantaba vivamente la cabeza:

—Lo de Fernando fue culpa de él, ¡la sedujo!

—Sí, sí —se apresuraba a calmarla su madre—. Yo ya le he dicho a tu padre que fueron a Saint-Tropez para ver barcos, pero ya sabes lo malpensado que es...

La noche antes de la boda, *la Nietísima* celebra su despedida de soltera en el restaurante Jockey con sus íntimas amigas Marta Oswald, Chata López Sáez, Pilar Lladó, Margarita Fierro y Patricia Giménez-Arnau, hermana de Jimmy, que años más tarde se casará con su hermana Merry. Los camareros advierten que las amigas ya la llaman alteza y princesa y le hacen una reverencia antes de besarla.

Carmen no hace más que repetir:

—Es un sueño, soy muy feliz.

El día 8 de marzo la larga caravana de vehículos que van a El Pardo tienen que sortear un coche averiado que yace tumbado en la cuneta. Es el de Jaime de Mora y Aragón, el hermano gamberro de la reina de los belgas, Fabiola, quien me lo contó una noche años después en su casa:

—No me habían invitado, claro está, a la boda de Alfonso con la nieta de Franco. Pero yo me puse un chaquet blanco, con toda mi chatarra y mis bandas, y mi mujer traje largo y las joyas, y alquilé un coche, lo paramos al lado de la carretera que lleva a El Pardo con el capot abierto y me puse a manipular por dentro, como si estuviera estropeado. Pasaban los invitados y me tocaban la bocina, me decían, hasta luego, Jaime. Y me pasé la mano manchada de grasa por la pechera y me dediqué a ir a todos los bares de El Pardo contando, «fíjese usted, estaba invitado, pero con esta facha, ¿cómo voy a ir?». Cogí una borrachera espantosa, pero al día siguiente, en todas las listas de invitados, salía también mi nombre.

Y luego, con un guiño, Jaime me enseñó la foto que Franco le habría enviado al enterarse de su travesura con esta dedicatoria: «A Jaime de Mora y Aragón, el producto español más exportable», pero conociendo a ambos personajes, no pone una la mano en el fuego por la autenticidad de este autógrafo.

Pero el caso es que no estar invitado a la boda de la nieta de Franco con Alfonso

de Borbón Dampierre era una auténtica vergüenza, aunque para muchos lo que lo era fuera acudir, pero el único que rechaza la invitación en España es el duque del Infantado. Se dijo que se habían enviado participaciones a todas las casas reales europeas y que ni siquiera se habían dignado contestar.

Había más de dos mil invitados, que debieron acomodarse en los distintos salones, pasillos, despachos, habitaciones, «se tuvieron que cubrir de cortinas dos patios interiores para colocar las mesas y los bufets que no cabían en el palacio, es el día de mi vida que más me gustó Carmen», cuenta Alfonso en sus memorias en su habitual estilo remilgado. Los invitados de honor fueron los príncipes de Mónaco, el hijo del dictador de Paraguay Stroessner, que decía que tenía un altarcito en su casa con una foto de Franco al que rezaba todos los días, y la hija del presidente Américo Tomás de Portugal. También fue el príncipe Bertil de Suecia con su sobrina Cristina, la feúcha arqueóloga exflirt de Alfonso, Imelda Marcos, la mujer del dictador filipino, y la Begum madre. Y entre los invitados populares, Julio Iglesias, con capa española, y su mujer, Isabel Preysler, vestida de rojo, quien explicaba con su exótico acento filipino:

—Hemos venido porque somos muy amigos de Carmencita, que ha visto cantar a Julio varias veces.

Años después le pregunté a Isabel Preysler si había sido franquista y me contestó con asombro:

—¿Yo? ¿Por ser amiga de Carmen? ¡Claro que no! ¡No sabía nada de política, bastante tenía con educar a mis hijos sola mientras Julio estaba cantando por ahí!

Las amistades del mundo del espectáculo no le gustaban a Alfonso, concretamente de Isabel dirá que «es la manzana podrida que corrompe a las demás manzanas que están en el cesto». Luciana Wolf, otra invitada, cuenta a los periodistas una media verdad:

—Soy amiga de los marqueses de Villaverde.

El «don Juan de los toros» Victoriano Roger Valencia no necesita explicar por qué le han invitado. Es sobrino de un torero falangista que llevaba su mismo nombre y que fue asesinado durante la guerra civil, «se cebaron en su cuerpo y tenía más balazos que cornadas». Y además es uno de los hombres que más «figura» en Madrid. Abogado, guapo y culto, compite con Dominguín en ver quién se lleva a la cama a más mujeres. Victoriano, como Luis Miguel, también cuenta en su haber con una suicidada, pero en su caso solo en grado de tentativa: la princesa Tití de Saboya se pegó un tiro en el estómago delante suyo en una noche de vino y rosas durante un guateque en Madrid.

Victoriano al fin se ha enamorado de una mujer impresionante, la bailaora Paloma Díaz, pero a la boda de Carmen ha venido solo y se suma al grupo de los deportistas Manolo Santana, que está con su mujer María Fernanda Dopeso, y Paquito Ochoa. Lola Flores entra en El Pardo con Carmen Sevilla y Augusto Algueró y cuenta a los periodistas apostados en la puerta:

—Antonio no ha podido venir porque está de luto.

También acudieron una treintena de franceses legitimistas, para quienes don Jaime y su hijo Alfonso son los reyes de Francia en el exilio. Don Alfonso, al finalizar la ceremonia oficiada por el cardenal Tarancón, les dirigió unas palabras de agradecimiento.

Los invitados de menos rango vieron la ceremonia por televisión en circuito interno y no se les dio cena, que consistió en consomé, timbal de langostinos y silla de ternera. La sobrina «roja» del Caudillo, Pilar Jaraiz Franco, me contó de esta boda casi lo mismo que había narrado, veintiún años antes, su madre, Pilar Franco, la hermana del Generalísimo, acerca de la de Nenuca con el marqués de Villaverde:

—Los invitados estaban divididos en dos categorías. Los de primera estaban arriba, en el salón, los del montón, por ejemplo nosotros, estábamos abajo. Mi primo Niky, el hijo de tío Colás, se enfadó porque lo pusieron abajo, y se fue arriba sin permiso de nadie; nosotros no nos atrevimos.

La observadora Pilar se estremece al recordar el aspecto de su tío:

—Me dio una impresión tristísima. Se paseaba por los salones como una sombra, sin reconocer a nadie, con la boca abierta. De pronto se quedaba parado, como no recordando qué se celebraba, no movía los brazos al caminar, uno lo llevaba en el bolsillo y el otro a lo largo del cuerpo. Nadie le dirigía la palabra, se apartaban a su paso fingiendo que no lo veían, se le notaba muy solo en medio de toda aquella gente que tanto se había aprovechado de sus privilegios.

Y me resumía:

—España ardía en manifestaciones, los estudiantes salían a la calle, los obreros se ponían en huelga, las feministas quemaban sus sujetadores en hogueras, los hippis predicaban el amor libre y los paraísos artificiales, y allí dentro parecía que el tiempo se hubiera detenido; era una boda totalmente fuera de lugar, todo aquel boato en aquella época.

Era como un decorado de teatro tan falso como la foto de Franco que exhibía Jaime de Mora.

Tampoco, al igual que en el casamiento de Nenuca, se publicó la lista de regalos, pero se dijo que el banquero Alfonso Fierro le había regalado a Carmencita un brillante tasado en diez millones de pesetas. Los padres le regalaron la corona de brillantes, perlas y esmeraldas que lució, la abuela un piso en la calle San Francisco de Sales y Franco un millón de pesetas «de su sueldo de general», precisaban las revistas.

Franco fue el padrino y entró con ella caminando lentamente, arrastrando los pies, con el brazo del que se cogía la nieta tan rígido que parecía entablillado. A pesar de que en sus discursos continuaba diciendo, «aquí me tenéis, con la misma firmeza de años atrás, el tiempo que Dios quiera pueda seguir sirviendo los destinos de mi patria», se le veía depresivo y silencioso; el escándalo Matesa, en el que estaban implicadas personalidades del Opus Dei, y el escándalo Reace, en el que estaba

metido su hermano Colás, habían contribuido para convertirle en un ser patético, de ojos llorosos y con las manos presas de un temblor incontrolable. La única que parecía no darse cuenta de su declive físico era Carmina:

—Yo lo veo como siempre... —Y le decía a él—. Tú lo que tienes es mimo, como ahora estoy entregada a esta boda y no te presto atención...

Sofía declinó el honor de ser la madrina con estas diplomáticas palabras:

—Alfonso, no es que yo quiera o deje de querer, es que mi moral no me lo permite. Viviendo tu madre, yo cómo voy a suplantarla... la madrina ha de ser tu madre.

Así pues, fue Emanuela Dampierre la madrina, ataviada con un vestido beige cerrado hasta el cuello y «muy española, con mantilla y peineta». Carmina no la podía ver por su pasado escandaloso, pero no tuvo más remedio que tratarla con deferencia, dadas las relaciones familiares que habían establecido y el futuro colosal que les esperaba. Emanuela comentó con malignidad:

—La expresión de la cara de Juan Carlos y Sofía no podía decirse que contagiara alegría... comprendo que en ciertos círculos el enlace produjera más nerviosismo que el que ya había... yo misma llegué a considerar la posibilidad de que Franco se volviera atrás en la decisión que ya había tomado en cuanto a su sucesor... ¡fuimos muchos los que pensamos en esta posibilidad!

La mujer del padre, Carlota, y el marido de Emanuela, Sozzani, no acudieron, nadie los nombró, fue como si no existieran. Emanuela no le dirigió la palabra a su exmarido, al que pusieron en un reclinatorio aparte. Cuando hubieron de posar para las fotografías, en el salón Goya, hubo momentos de tensión, ya que Emanuela y Jaime no querían estar el uno al lado del otro. Don Jaime se echó encima todas las condecoraciones, medallas, bandas, lazos, collares, cintas francesas, españolas y de países desconocidos que pudo encontrar, y su hijo Gonzalo, al que el día anterior había nombrado duque de Aquitania, le servía de intérprete ante los invitados, que pronto se cansaron de darle conversación. Al final, don Jaime y el nuevo duque de Aquitania optaron por el whisky con admirable dedicación.

Nenuca llevaba un traje de Balenciaga de color rojo y fabulosas joyas, pero el ser más feliz de la boda y seguramente del mundo entero fue el marqués de Villaverde, que deslumbró con el mismo traje de caballero profeso del Santo Sepulcro que había llevado el día de su propia boda, pero en esta ocasión se vio obligado a añadir una capa, también blanca, para disimular algunas redondeces que la edad había puesto en su figura. El único inconveniente de su vistoso uniforme fue que no hubiera sido oportuno colocarse el casco emplumado en la cabeza, y lo tuvo que llevar bajo el brazo durante toda la ceremonia, lo que le obligó a realizar difíciles ejercicios de equilibrio para mantener al mismo tiempo la copa y el canapé durante el aperitivo.

Carmen contó más tarde, con ingenua sinceridad:

—Todo lo prepararon entre Alfonso y mi padre, a mí entonces lo único que me importaba era aprender a bailar flamenco con una hija de Manolo Caracol.

Se fueron de viaje de novios a las islas Vírgenes, concretamente a Beck Kay, donde un amigo de los Villaverde, el multimillonario Vilar, les dejó su casa, y hasta allí los persiguieron los reporteros, quienes fotografiaron a María del Carmen «con un atrevido bikini». Aunque Alfonso contaría que esos «fueron los días más felices de nuestro matrimonio», Carmen reconoció que «desde el primer día, la convivencia fue un fracaso». Cuando regresaron al aeropuerto de Madrid, bronceados y llenos de regalos, estaba esperándolos la Señora, que dio una pequeña pero inesperada carrerilla para hincarse a los pies de su nieta y besarle la mano.

Al cabo de un mes, regresan a Suecia. Carmen, embarazada, no sabe en qué emplear sus días; ser princesa en un país en el que los reyes van por la calle en bicicleta tiene mucha menos emoción que en Madrid. No logra identificarse con las preocupaciones de su marido, cada vez más obsesionado por las nuevas atribuciones de su rango. «No teníamos nada en común, nuestra falta de comunicación era absoluta», se quejó a posteriori. Carmencita, a pesar de su inexperiencia, ha encontrado el factor psicológico que explica la actitud de su marido: «Alfonso creía que el mundo había sido muy injusto con él y se sentía amargado y agraviado, tiene un carácter introvertido, pesimista, triste, y entre una mezcla de inseguridad y pretensión».

En España, a Juan Carlos sus próximos le aconsejan que neutralice el peligro Alfonso-Carmen yendo más a menudo a El Pardo, llevando a sus hijos, haciendo que estos llamen abuelo a Franco, pasando más tiempo en verano junto a ellos. Así, ese mes de agosto van al pazo de Meirás, creen que así van a intimar más con el Caudillo, pero aunque Franco parece contento de que estén allí, apenas abre la boca. El príncipe se interesa por su jornada de pesca:

—¿Hubo suerte?

Franco contesta con un murmullo ininteligible que Carmina traduce alegremente:

—Dos atunes.

La primera noche, los marqueses les proponen salir, pero Sofía se apresura a contestar:

—Preferimos quedarnos con el general y la Señora.

Se sientan en una salita muy fría adornada con unas cabezas de ciervo que los miran tristemente. Carmina propone rezar el rosario, «virgo potens, virgo tremens, virgo fidelis», los príncipes contestan «ora pro nobis» con la mirada baja y tono de profunda devoción. Ponen la televisión, *Crónicas de un pueblo*. Cuando termina el programa advierten que Franco está dormido. Se retiran con un escueto:

—Buenas noches.

Que solo contesta una animosa Carmina:

—Buenas noches, altezas, que descanséis.

El resto de las veladas las pasaron con los Villaverde. Sofía lo recuerda con decepción:

—Nos acaparaban... Todo era sacarnos a navegar, a cenar, a tomar el aperitivo, a

jugar al tenis, a charlar en el jardín... y nosotros no íbamos a El Pazo para divertirnos.

Pilar Urbano pregunta si no se trataría simplemente de una cuestión de celos, y la reina responde, tan cauta como siempre:

—Tal vez; Franco veía a Juan Carlos como el hijo que no había tenido y se notaba a simple vista. El hecho es que por un exceso de cortesía, los Villaverde no nos dejaban a solas con Franco, ¿para que no hiciéramos planes de futuro? Pues... no te digo que no...

En Madrid Franco también pasa la mayor parte del día abstraído, está largas horas sentado viendo la televisión, si ponen *Bonanza*, advierte:

—Que no me pasen llamadas.

La vejez se ha asentado al fin en su alma, Carmina y él cenan muchas noches con una bandeja delante del aparato de televisión. Las piernas se le hinchan horriblemente y Vicentón tiene que obligarle a levantarse y pasear.

Pacón lo nota depresivo y apático, y para animarlo le recuerda:

—Tus dos abuelos murieron pasados los noventa años...

Pero Franco no se hace ilusiones:

—Yo no pienso ya llegar a eso, estoy muy desgastado por la vida de responsabilidad que he llevado.

En la prensa se alaban todavía sus hazañas, pesca atunes de cientos de kilos y 196 reos, unos salmonetes pequeños, y si va a cazar son multitud de ciervos, jabalís, miles de perdices, los que caen bajo las balas certeras de su escopeta. Pero lo cierto es que todos advierten el deterioro de su salud, incluso un Muñoz Grandes que morirá al poco tiempo de las secuelas de una tuberculosis cogida durante la guerra:

—Está en muy baja forma, y de eso se aprovechan los ministros para hacer lo que les da la gana.

Fraga también lo fue a ver antes de irse como embajador a Londres y pronosticó:

—Está llegando al final de su ciclo vital.

En los consejos de ministros cada vez habla menos, se considera un superviviente de una época que ya ha periclitado, y cuando interviene todos le escuchan con respeto, pero sin hacerle mucho caso. Como agradecimiento por su lealtad desde que eran niños, nombra a Camilo Alonso Vega capitán general. Su amigo le da las gracias con un discurso tan largo que Franco bromea:

—Camilo, tendrías que llevar un reloj de arena en los bolsillos para medir tus intervenciones.

Como si estuviera esperando este gran honor, que solo ostentaban Muñoz Grandes y el propio Franco, el recién estrenado capitán general se fue de este mundo. Cuando Francis preguntó:

—¿De qué se ha muerto Alonso Vega, abu?

El abuelo contestó vagamente:

—Era muy mayor...

Tenía tres años menos que él.

Deja al vicepresidente Carrero en libertad para elegir gobierno, pero quiere tener la última palabra. Cuando Solís, ministro de trabajo, critica la política económica de López Rodó, lo destituye fulminantemente, eso que es «camisa vieja» y un apasionado defensor de la candidatura del marido de Carmencita, Alfonso de Borbón, que se queja a su mujer, «parece que tu abuelo esté entregado al Opus Dei».

Porque Alfonso y Carmencita viven ahora en El Pardo. El duque de Cádiz ha renunciado a su puesto de embajador, se lo ha dicho a Franco creyendo halagarle:

—Las tiendas de Estocolmo están llenas de pornografía y no quiero que ni mi hijo ni mi mujer vivan en ese ambiente.

Franco lo mira con ojos vivos y burlones, pero no dice nada, él solo se manifiesta ya de forma indirecta, sobre todo en los hechos que atañen a su familia. En el cóctel de bienvenida que se da a la pareja en los jardines de El Pardo, el camarero pasa con la bandeja de bebidas y el marqués de Villaverde le ordena:

—Póngale un whisky al príncipe.

Don Juan Carlos se da por aludido y dice:

—Gracias, ya tengo mi limonada.

Y el marqués insiste con chulería señalando a Alfonso:

—He dicho al príncipe.

Franco, en silencio hasta ese momento, dice secamente, señalando a su vez a don Juan Carlos:

—El príncipe ya está servido, el whisky es para el duque de Cádiz.

Para mí esta anécdota indica que no solamente Franco se mantenía firme en su decisión de que Juan Carlos fuera su sucesor, sino que este, en su presencia, no se atrevía a pedir otra cosa que no fuera limonada.

En realidad Alfonso ha regresado a España porque cree que le esperan metas más altas que ser embajador en Suecia, y mientras terminan el piso en San Francisco de Sales que les ha regalado la abuela, se instalan en El Pardo, en la habitación que llaman La Perona, que desde que durmió Evita en ella no se ha tocado; el tapiz de las paredes está algo apolillado y el cuarto de baño tiene unos sanitarios vetustos, el agua ha dejado reguerones amarillos y en la bañera no funciona el grifo de agua caliente. Donde antes estaba el vestidor, ahora instalan al pequeño Fran con la niñera Manuela Prat. Carmen contará que «en esa época mi matrimonio solo existía de cara al exterior...».

Alfonso se lamenta porque esta boda, que debía favorecerle, no ha representado ningún avance en su posición. Es cierto que comen con el Caudillo todos los días, pero hasta de esta circunstancia se queja:

—La comida era tan mala que una vez uno de los nietos le dijo intentando cortar un trozo de pavo: «Abu, este debió vivir hacia 1956». «No te equivocas», contestó

Franco.

Alfonso divaga horas enteras sobre los rojos camuflados en el Gobierno y los ministros liberales, pero Franco no le presta atención. El duque, que no sabe ya con quién hablar, se queja incluso al médico Vicente Gil:

—El país va a la deriva, tengo informes de que detrás de varios ministros está el Kremlin, pero el Caudillo no me escucha. A ver si a usted le hace más caso.

Gil, que piensa lo mismo que él, se apresura a informar al Caudillo mientras le da masaje, aprovechándose de su momentánea inmovilidad:

—Excelencia, cada día veo más negro el horizonte de España. Al príncipe le sucede exactamente lo mismo, dice que hace ya más de ocho meses denunció la ocupación de cargos de responsabilidad por personas con antecedentes comunistas y que no ha conseguido nada...

Franco no contesta. Envalentonado, Gil añade amenazadoramente:

—Terminarán por matarnos a todos.

Alfonso también acude a la abuela de su mujer:

—Hay planes para derrocar al Caudillo y echar de España a la familia Franco.

Carmina se llena de aprensiones y lo comenta espantada en las meriendas de sus amigas, a las que se ha sumado la mujer de Arias Navarro, Luz del Valle, que también echa más leña al fuego:

—¡Sí! ¡Es verdad! ¿Pero qué piensa el Caudillo? ¿Por qué no toma una determinación? ¡Las cosas no pueden seguir así! ¡Si hasta el otro día mi marido me contó que hubo ministros que se negaron a saludar brazo en alto!

Sin poder contener el llanto, un viernes Carmina abordó a Carrero a la salida de un consejo de ministros y le dijo:

—Carrero, estoy preocupada, no duermo, las cosas van cada vez peor... los ministros no son leales, hablan mal de Paco, tiene que cambiarlos, todos son incapaces y traidores.

Carrero intenta tranquilizarla:

—Son exageraciones, Señora, no hay nada de eso.

Carmina dio media vuelta y lo dejó plantado diciendo por lo bajo «cobarde»...

En medio de la noche, sin poder dormir, le tira de la manga del pijama a su marido y le dice:

—Haz algo, Paco, todo se te está yendo de las manos.

El hombre gruñe sordamente porque lo único que quiere es dormir. Pero por la mañana habla con Vicentón:

—Tienes que ver a Carmen porque ha pasado muy mala noche.

—Bueno, mi general, a la salida de misa hablaré con ella.

Estaba desayunando cuando entró inesperadamente en el cuarto de guardia una empalidecida Carmina, Gil se levantó de golpe, preocupado:

—Señora, ¿qué ha pasado?

—Nada, no ha pasado nada.

—Vamos a ver cómo está ese corazón.

No halló nada anormal, pero la Señora le apuntó:

—Llevo cuatro noches sin dormir.

Gil contó, «me lo decía como los niños que están a punto de sollozar». Y luego comenzó a llorar de tal modo que las lágrimas, enormes, le arrollaban la cara. Entonces todo salió como una catarata incontenible:

—Mira, Vicente, es que no puedo ni salir a la calle. Quitando a Pedrolo y su familia, todos los demás, cuando hablan conmigo, me dicen inevitablemente qué va a pasar..., qué es esto, qué va a ser de nosotros..., y Paco sin querer hacer nada. Además, piensan que yo tengo alguna influencia sobre él, cuando no tengo ninguna.

Vicentón se retuerce las manos y contesta hoscamente:

—El Caudillo no le hace caso a nadie, Señora, y yo no sé si eso es bueno o malo.

En las largas sobremesas, Franco echa la cabeza hacia atrás, como si no tuviera músculos en el cuello, y se adormece por efectos de la medicación. Carmina no se da cuenta y trata de distraerse de su horrorosa preocupación escuchando la cháchara de su nieta, que le está explicando que su amiga Isabel Preysler también tiene un piso en el edificio de San Francisco de Sales:

—Y me ha dicho que nuestra constructora ha quebrado y que las obras se van a eternizar.

La abuela pregunta:

—Entonces, ¿qué vais a hacer? Nosotros encantados de que os quedéis aquí, ¿verdad Paco?

El Caudillo no contesta, y ahora es el remilgado Alfons el que toma la palabra con su acento francés del que no ha conseguido desprenderse:

—Cristóbal nos ha dicho que nos regala un terreno en Puerta de Hierro, pero hay que construir, claro... —aquí dirige una mirada de soslayo al Caudillo, que sigue con los ojos cerrados—, y como yo estoy cesante...

Carmina aparta el perejil y saca cuidadosamente las espinas de su pescadilla mientras comenta animosamente:

—Pues el chalet os lo puede hacer Niky, el hijo de Colás, que es un arquitecto muy bueno y os hará precio. —Y sin variar el tono, le dice a su marido—. Paco, espera, que te quito la espina.

Alfons continúa con los ojos fijos en su plato, derecho como un nuncio, los codos pegados al costado, mientras, su mujer da un bostezo que no se molesta en disimular:

—De todas formas, si me dan la embajada en Washington que he pedido no nos hace falta una vivienda tan importante aquí en Madrid.

Paco se incorpora de golpe y dice con voz normal:

—Haceros la casa —y después, empuñando la pala y el tenedor, le comenta a su mujer— y no hace falta que me limpies tú el pescado, que ya puedo yo.

Paco ya no habla casi nunca, le cuesta demasiado esfuerzo y las pastillas le causan una extraña sequedad salival; siente como si la lengua engordara y no le cupiera en la boca. Pero su mente, aunque va al ralentí, continúa funcionando. Y mientras come en silencio piensa que solo el cretino de su yerno puede pensar que su nieta y el marido pueden ser reyes de España.

Ni siquiera embajador en un destino importante.

En los raros momentos de distensión que tiene con Carrero, suele decirle:

—Por desgracia, conozco exactamente cómo tasar el precio de los hombres.

Ha escuchado a Carmencita decirle a la niñera:

—Dele el biberón al señor.

No ha podido dejar de sonreír, sabe que Carmencita tiene buenos sentimientos, pero es inconstante, infantil y egoísta. Y adivina un fondo cruel en el duque de Cádiz, y él, que sabe calibrar tan bien a las personas, advierte que únicamente se preocupa de sí mismo.

Los seres a los que nadie ha querido no tienen en su interior amor suficiente para entregar a los demás. En esos momentos Paco recuerda la ternura de su madre y el cariño que él le tiene a Nenuca, es una dulce cadena que nadie puede romper. José Cristóbal, el nieto, a pesar de sus pocos años, habla de este lazo tan íntimo entre su abuelo y su madre:

—Se parecían mucho.

Si Paco se acuerda de su hija, se inquieta y un latigazo de fría alarma le recorre el espinazo, ¿sabrá vivir sin él?

Carmina lo mira con sospecha:

—Tienes mala cara... a ver si vas a coger fiebre, que venga Vicentón.

El médico acude desde el cuarto de guardia y le toma el pulso y la tensión, lo ve decaído, lo que achaca a las medicinas que le da el marqués; no se atreve a decirlo claramente pero masculla:

—Esos inventos modernos...

Mientras menea la cabeza con desaprobación, le pone el termómetro y a regañadientes reconoce:

—Treinta y ocho grados. Excelencia, creo que ha pillado una gripe.

Franco se recuesta en la silla; lo que hace poco hubiera sido una tragedia, ahora le deja indiferente. El Gobierno funciona solo gracias a Carrero Blanco, que, como dice Nenuca, «era sus pies y sus manos». Hace cuatro meses decidió hacerlo presidente del Gobierno guardando para sí la jefatura del Estado. La hija lo justifica:

—No podía hacerlo todo, estaba muy viejo ya.

A Carrero no le gusta la política, quiere solo servir a Franco. No son amigos, Carrero no va nunca a las sesiones de cine de los sábados en El Pardo que sí frecuentan Pedrolo, Camilo y sus mujeres, pero con nadie se siente tan a gusto como con él. Se permite incluso soñar en su presencia:

—A lo mejor puedo dedicarme unos años a la vida civil, Carrero... Quizás

incluso me haría cartujo en el monasterio de Yuste...

El presidente intenta bromear:

—Pero, excelencia, ¿y eso de que va a continuar al mando de la nave hasta que sus fuerzas se lo permitan?

Franco lo mira con cariño:

—Usted lo ha dicho, Carrero, hasta que las fuerzas lo permitan...

Y Carrero recoge sus carpetas para irse, pero aún se permite una última observación:

—Cuando su excelencia se vaya, por la misma puerta, también me iré yo...

Franco le advierte:

—Pero si don Juan Carlos lo necesita...

—Él necesitará gente joven y nueva y no un carcamal como yo... Lo hará muy bien.

Luis Carrero Blanco es leal, de comportamiento impecable y tan austero que remienda los bolígrafos con cinta adhesiva y no posee ni siquiera una propiedad. Su casa es de alquiler y cuando habla de «la finca» se refiere a la sepultura que la familia tiene en el cementerio de El Pardo.

Todavía se comenta con guasa en el ministerio una fiesta de la banderita en la que su mujer presidía una mesa. Al grupo de señoras, que llevaban allí varias horas, no se les ocurrió nada mejor que encargar un piscolabis en Jockey. Un indignado Carrero le gritó a su mujer:

—Pues se devuelve el piscolabis y se encarga en el kiosco Toronto o que cada una se lo pague de su bolsillo.

Aunque es partidario de don Juan Carlos, odia el liberalismo y a los comunistas tanto como Franco. Le confiesa a Emilio Romero:

—Preferiría ver Europa destruida por las bombas nucleares a un avance de los soviéticos.

Es el encargado de formar Gobierno. En Asuntos Exteriores pone a su compañero de la Obra, López Rodó, su viejo amigo, su eminencia gris desde hace veinte años del que dice Pemán que es «gris en todo, en el pelo, en la facha airosa y hasta es catedrático en la materia más gris de la Universidad: el derecho administrativo». En industria va otro miembro del Opus, López de Letona, y Carlos Arias Navarro, un hombre duro que se ganó el sobrenombre de «carnicerito de Málaga» por su actuación después de la guerra como fiscal en cientos de procesos saldados con penas de muerte, va a Gobernación. Quedan aún tres falangistas residuales, Julio Rodríguez, en Educación, y Ruiz Jarabo en Justicia. Y Utrera Molina en Vivienda. Y al menudo, sinuoso e inteligente profesor de derecho político Torcuato Fernández Miranda, que se convierte en hombre de confianza del príncipe, lo hace vicepresidente.

El doctor Gil termina de auscultarle y le baja la camisa.

Franco está allí pero no está allí. El príncipe. Don Juanito. Franco se acuerda de su primer encuentro, ese niño rubio como un querubín, pero flacucho y con un abrigo

que le iba demasiado grande. Él también es su hijo. Sonríe vagamente, Carmina se da cuenta, y le dice:

—Estas pensando en los Juanitos, ¿verdad? ¿Qué harán?

Ella también va dejando atrás sus sueños locos de ver a su nieta sentada en el trono de España. Alfonso es buena persona y ha sufrido mucho, pero su mirada entre hosca y triste, su constante tono de reproche, los agravios que enumera cada día, las catástrofes que anuncia le ponen nerviosa. Y tampoco le convienen a Paco.

Carmencita dice con voz aburrida:

—Yo me voy, Alfons... He quedado con Isabel, vamos a Dafnis, que han recibido unos modelos de Yves Saint Laurent.

Alfonso habla sin mirarla:

—Pues yo me voy a nuestro cuarto... si se le puede llamar cuarto a eso...

Carmina se da cuenta de la irritación cansada de su nieta, hasta en su forma de lanzar el humo del cigarrillo al techo se nota su hastío. Se ha hartado de este hombre sin alegría que todo lo juzga negativamente.

El reloj de pared dispara tres sonidos breves como balines. Carmina mira a su marido como si hiciera tiempo que no lo ve y advierte la lividez de su semblante, se le ha afilado la nariz y la piel del cuello le cuelga como la de una vieja tortuga. Le dice:

—Acuéstate, Paco, ahora iré a hacerte compañía —pero aún le pregunta—, ¿o prefieres dormir?

El marido se levanta, deja su servilleta a un lado y dice:

—Prefiero dormir.

El jueves 20 de diciembre de 1973 el Caudillo se niega a dejar la sensual holganza de las sábanas. El despertador suena, pero trabajosamente lo coge y lo apaga, por las persianas entra la claridad lechosa de un día de invierno.

Carmina le dice poniéndole los labios en la frente:

—Tienes fiebre, no te levantes, hace frío.

Así le tomaba la temperatura su madre.

Paco contempla el techo con languidez mordiendo el embozo de la cama. Se siente apático, tiene vértigos y vahídos, su único deseo es descansar.

No sabe cuánto tiempo ha pasado ni si se ha dormido, pero de repente ve a Carmina sentada en la cama a su lado. Le está cogiendo la mano y le dice:

—Paco, ha habido un accidente...

Levanta la cabeza, su corazón es un tambor retumbante, balbucea:

—Nenuca, la han matado... —Al ver que su mujer niega con la cabeza, sigue—. ¡Francis! ¡Los nietos!

Carmina le coge la mano con fuerza y le dice:

—Ha sido Carrero... una explosión de gas...

Primero siente alivio, un enorme y egoísta alivio, pero enseguida se entrega a la aflicción por el compañero de tantos años. No eran amigos, es cierto, el presidente siempre lo llamó excelencia, pero en nadie había confiado como en él.

Se siente sobrecogido. El gran pájaro negro de la muerte aletea en torno suyo, se ha llevado una presa al denso secreto del Valle de las sombras, pronto regresará.

El almirante ha salido de su piso en la calle Hermanos Bécquer número 6, al lado de la casa donde vive Nenuca, para ir a misa como todas las mañanas. En la calle Claudio Coello, frente al número 104, un coche mini Morris mal aparcado lo obliga a subirse a la calzada. Son las 9.28 de la mañana. De las entrañas de la tierra se levanta literalmente un surtidor de dinamita, adoquines y agua que catapulta el coche, un Dodge Dart, a una altura de treinta metros, hasta que cae en el patio interior del convento de la iglesia de San Francisco de Borja. El padre Jiménez Berzal ve unas manos que salen por las ventanillas y les da la extremaunción.

Para sacar los cuerpos, deben enderezar el coche. El inspector Bueno tiene la cabeza totalmente aplastada, el rostro sin sangre, «descolorido», el chófer Pérez Mogeno es el único que mantiene un hilo de vida que se corta en la ambulancia. Carrero está aparentemente intacto, hasta el punto de que uno de los escoltas que iban en el coche de apoyo se lanza hacia él gritando:

—¡Señor presidente!

Le pone las manos sobre el pecho y el tórax cede. Espantado, le comenta al periodista Joaquín Bardavío, al que debemos este relato minucioso de los hechos:

—Estaba como vacío debajo del abrigo.

Según se comprobó en el hospital, los tejidos le habían explotado por dentro. Sus pies habían adoptado la posición de las tres y cuarto en las agujas del reloj y tuvieron que enyesárselos por debajo del uniforme de almirante con que lo vistieron para que su visión no turbase a la familia. También tuvieron que limpiar los hilos de sangre que le brotaban de la comisura de los labios y la frente y le dieron unos puntos de sutura en una pequeña herida que tenía en el maxilar.

La hija, Angelines, casada con el doctor Schoendorff, fue la primera en llegar al hospital. Salvó la vida de milagro, ya que solía acompañar a su padre a comulgar, pero ese día se excusó porque habían operado a un hijo de amígdalas. Dos hijos del presidente, Guillermo y Luis, eran marinos y estaban destinados en Cádiz. Por mediación de López Rodó, al que solo su fe ayuda a mantenerse en pie, se les puso un *Mystère* para que llegaran lo antes posible. José Enrique también es marino, pero está en Madrid, como la quinta hermana, Carmen.

La viuda, Carmen Pichot, dando muestras de una grandeza de espíritu que iba a dar sentido a su vida entera, delante del cadáver de su marido, con el que llevaba casada treinta y nueve años, cogió las manos de los cinco hijos y les dijo:

—Juradme que no vais a pedir venganza por esta muerte, ¡justicia sí, venganza jamás!

A las doce el presidente en funciones Torcuato Fernández Miranda pidió ser

recibido por Franco.

El Caudillo apareció en batín en el despacho. Una bata de franela de color granate, con rombos azul marino.

—Excelencia, ha sido un atentado.

Están solos. Franco empezó a denegar con la cabeza:

—No, no es posible.

Para admitirlo a continuación y mascullar:

—Estas cosas ocurren... qué horrible...

Le dijo a Fernández Miranda:

—Váyase por favor.

Lo acompañó a la puerta y dio la vuelta, por primera vez, a la llave. Se quedó encerrado todo el día en el despacho, sin querer comer, sin contestar a los requerimientos angustiados de su mujer, que le rogaba que abriese. Carmina pegaba la oreja a la puerta y oía unos sonidos imprecisos, de papeles que se rompían y tal vez palabras sueltas. Al final fue Nenuca la que golpeó la puerta y le dijo:

—Papá, hasta que no abras no me voy de aquí, mira, me voy a sentar en el suelo.

Pasaron los minutos, se oyeron unos pasos apagados sobre la alfombra, después se abrió la puerta muy despacio con un chirrido espantoso. Nenuca estaba en efecto sentada en el suelo, y Franco le tendió los brazos, las mangas del batín le cubrían las manos, iba descalzo y sus pies pálidos eran como de muerto. Y así, medio agachados, se abrazaron el padre y la hija y Nenuca se convirtió por unos momentos en madre de su padre.

Al desfile mortuario por las calles de Madrid no pudo ir Franco, estaba demasiado enfermo, demasiado viejo y demasiado triste. El príncipe de España hubo de asumir la presidencia, de pie, detrás del armón, un acto de valor inmenso en aquellos momentos en que cualquier barbaridad parecía posible.

Vilallonga le pregunta al rey:

—¿Quién os pidió presidir el entierro del almirante?

—Nadie. Las gentes encargadas de mi seguridad no estaban de acuerdo, pero puse fin a la discusión decidiendo ponerme el uniforme y seguir hasta el cementerio el armón de artillería sobre el que habían colocado el cuerpo de Carrero.

A pesar del terrible frío que hacía aquel día, más de cien mil personas siguieron el cortejo. Se cantó el *Cara al sol*, *Yo tenía un camarada*, se dieron los gritos rituales:

—¡Almirante Carrero Blanco! ¡Presente!

Una pancarta llevada por los afiliados a Fuerza Nueva proclama que «los asesinos crecen con los Gobiernos débiles». Se lanzan gritos contra el cardenal que va a officiar la misa, demasiado aperturista según algunos, «Tarancón al paredón». Grupos numerosos le gritan «asesino» e intentan agredirle. El presidente del Consejo de Estado, Antonio Oriol, tradicionalista y medalla militar individual en la guerra, se enfrenta, crispado, a los que vociferan:

—¡Silencio, callaros!

También el exministro Solís se encara con ellos:

—¡Respeto a Carrero! ¡Aquí es donde hay que demostrar que tenemos los nervios templados!

El médico del Caudillo, Vicentón Gil, se pasea enseñando bravuconamente una pistola y murmurando terribles denuestos, Villaverde se encara con los miembros del Gobierno al grito de:

—¡Esto es inaudito! ¡No se puede consentir!

El país es una olla hirviente, un volcán a punto de explotar, una algarabía de voces encolerizadas.

—Majestad, ¿erais consciente de que aquel día constituíais un blanco perfecto para un tirador?

—¡Nunca pienso en ese tipo de cosas!

Pero la reina cuenta a su vez un detalle que humaniza a su marido:

—Era como aquello de «solo ante el peligro». No sabíamos si los que habían asesinado a Carrero querrían llevarse a alguien más por delante. Él, que no es fumador, ese día se fumó ¡sesenta pitillos!

Madrid se llenó de rumores, pero en el consejo de ministros en ningún momento se pensó en decretar estado de excepción, y menos de guerra o de emergencia. La consigna de Torcuato Fernández Miranda fue:

—Serenidad.

Se cuenta que el teniente general Carlos Iniesta Cano quiso sacar el ejército a la calle. Él me lo negó personalmente y me dijo que únicamente había dado la orden de que se estuviera alerta en los cuarteles, por si acaso el atentado fuera el primero de muchos.

También empezó a propagarse una historia sorprendente: que la Señora había muerto del disgusto. No llegó a publicarse, pero el rumor era cada vez más fuerte, hasta el punto de que en algún pueblo asturiano el párroco ofició misas en su memoria.

Arias Navarro se lo contó a Franco, que se puso a mirar a su mujer incrédulamente, en ningún momento había pensado que ella podría irse antes que él, la posibilidad le aterra y se llena de negros pavores, la respiración se le acelera, llaman a Vicentón que le va a poner una pastilla de cafinitrina debajo de la lengua creyendo que le acecha un infarto, y entonces Franco levanta la mano como los chicos cuando quieren llamar la atención y dice con la voz muy clara:

—Hay que desmentirlo como sea... Esto puede causar una oleada de pánico. —Y ordena—. Que venga Arias.

Llega con el ministro de Información y Turismo, Liñán, y después de departir con el Caudillo le sugiere a Carmina.

—Señora, sé que le costará en estas circunstancias, pero tendría que ir a algún lugar público y dejarse fotografiar para que la gente vea que... en fin, que eso que propagan nuestros enemigos es absurdo...

Creía que Carmina iba a negarse. ETA había reivindicado el atentado y detrás de cada esquina podía haber un francotirador, pero Arias no sabía de qué pasta estaba hecha esta asturiana de hierro que desde que se casó conocía los sacrificios que cuesta el ejercicio del poder.

Solo Franco sabe lo valiente que es su mujer.

La Generalísima, la Collares, la Caudilla, la Señora, Carmina, se vistió con sus mejores galas, se puso sus perlas de tres vueltas, se armó de una enorme sonrisa y se fue a comprar a Galerías Preciados.

Si a alguien le extrañó que la mujer del jefe del Estado tuviera la urgencia de ir de compras el día después de que el presidente del Gobierno fuera asesinado, nadie dijo nada. Una cámara la grabó muy sonriente. No hubo necesidad de desmentidos ni se dieron más comentarios.

Dos días después, un anciano que parecía bailar dentro de su uniforme, con brazalete negro, las perneras cubriendo los zapatos, de caminar renqueante, con la nariz goteando y un tic en el ojo, fue al funeral por el presidente asesinado en la iglesia de San Francisco el Grande. A Urcelay, su ayudante, le dijo:

—¡Me han cortado el último lazo que me unía al mundo!

Carmina, en el coche a su lado, vieja también, murmuraba:

—Paco, hay que tener mano dura, a ver si los siguientes vamos a ser nosotros, Paco, Paco... yo creo que ese Torcuato es un blandengue... tienes que nombrar presidente a Pedrolo...

Franco gimió:

—Si Pedrolo es tan viejo como yo... tiene mis problemas de memoria y de todo...

—Pues a Arias Navarro; es el único que me merece confianza... Todo ha sido culpa de esos ministros modernos, de ese López Rodó, de ese Fernández Miranda...

Durante toda la misa Franco estuvo con la barbilla hincada en el pecho sollozando, al final se acercó a Carmen Pichot y no pudo decirle nada, simplemente le tendió la mano. En la otra llevaba los guantes vacíos que temblaban espasmódicamente como dedos muertos.

Olía a cera de velas y quizás a ceniza.

11. (1975)

La sala de reanimación de la primera planta del hospital La Paz tiene quince camas, pero el único paciente es el Caudillo. Una enfermera con un algodón impregnado en agua le moja los labios que se mueven imperceptiblemente:

Soy un novio... muerte

¡África hasta el final! Ahora, 19 de noviembre, es solo un cuerpo dolorido en carne viva, pero este himno le taladra el cerebro con la persistencia del grillo.

que va a unirse en lazo fuerte...

A sus sonos recorría interminablemente los pasillos de El Pardo, su nuevo médico, el doctor Pozuelo, le marcaba el paso para hacerle recuperar movilidad después de la flebitis que ha padecido el último año. Cuando lo oía aún le brillaban los ojos uno dos uno dos:

con tan leal compañera...

Pero ahora ya no desfila, ya no se mueve, ya no habla, tiene los ojos cerrados, le faltan unas horas para morir. Solo se oye el discontinuo bip bip de los monitores y el golpe seco de la bomba del respirador. Desde hace un mes se le han transferido treinta y ocho litros de sangre fresca porque la hemorragia no se ha detenido en ningún momento. A veces un ataque de tos le explota en el pecho, se vuelve azul, está a punto de ahogarse con su propio vómito y solo continúa viviendo cuando Nani, la enfermera gallega, le pone una inyección de valium. Con el dolor agudo frunce las cejas. No se queja nunca. Solo un día dijo:

—Cuánto cuesta morir.

Cuánto cuesta y cuánto se tarda. Él empezó tal vez el 27 de septiembre, cuando se cumplieron las últimas sentencias de muerte que han manchado la historia de España. ¿Cómo se llamaban esos muchachos? ¡Nunca había llegado a aprenderse sus nombres! Para él eran «cinco rojos, cinco terroristas». Tres pertenecían al FRAP y dos a ETA. Los han fusilado el 27 de septiembre, todos han preferido ser pasados por las armas antes que el garrote vil. Ángel Otaegui Echevarría recibió una ráfaga de disparos por voluntarios de la policía armada en el patio de la prisión de Villalón, en Burgos, tuvo que pasar sus últimas horas en absoluta soledad porque su abogado

estaba enfermo y a su madre solo le permitieron visitarlo diez minutos. A Juan Paredes Manot, Txiki, de veintiún años, lo mató de once disparos justos un pelotón de la Guardia Civil en un descampado al lado del cementerio de Collserola en Barcelona. Su hermano Mikel y sus abogados Marc Palmés y Magda Oranich lo oyeron cantar el *Eusko Gudariak* aun en el suelo hasta que el teniente que mandaba el pelotón le dio el tiro de gracia.

Magda Oranich todavía hoy lleva la foto de Txiki en el billetero.

José Humberto Baena, de veinticuatro años, José Luis Sánchez Bravo, de veinte años, y Ramón García Sanz, de veintisiete, fueron fusilados en el campo de tiro de El Palancar, en Hoyo de Manzanares, al lado de Madrid. José Oneto escribió que, cuando los periodistas oyeron los disparos, «nos recorrió un intenso y largo escalofrío, algunos de nosotros, con lágrimas en los ojos, musitamos un ¡cabrones!».

El Caudillo ya estaba sin memoria, desfilando sin cesar por los pasillos al son de las marchas militares que le pone en un viejo tocadiscos el doctor Pozuelo, solo se acordaba de que había tenido que castigarlos, ¿no había dicho no me temblará el pulso...? ¡Que protesten en Europa! ¡Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos!

Tampoco se acordaba de cómo se llamaba ese chico catalán, ah, sí, Salvador Puig Antich, al que en el mes de marzo había tenido que dar garrote vil, ¡así se ha matado siempre en España!

No recordaba muy bien de qué se le acusaba, ni a él, ni a los otros cinco, pero el ejercicio del poder tiene estas servidumbres, ¡alguien debe hacerlo! Extirpar, sajar el miembro enfermo antes de que llegue la gangrena y corrompa el cuerpo entero.

El príncipe lo comprende, no protesta, la princesa tampoco. Únicamente el doctor Puigvert se presentó una mañana ataviado con su frac con olor a naftalina en El Pardo con el fin de pedirle clemencia para el catalán. Franco le contestó:

—Es usted una buena persona, Puigvert, pero esta vez le han engañado, vuélvase a su casa.

El doctor se fue sobrecogido, no por su contestación, que ya esperaba, sino por su aspecto terminal.

España es una rosa de fuego, un laberinto demencial de atentados, rumores y conspiraciones. Carmina está preocupada, no duerme, no come, el pánico la vuelve egoísta, él se morirá y estará tan tranquilo en el cielo, pero ¿y ellos? ¿Qué será de ellos cuando Paco falte?

Pero Nenuca sufre únicamente por su padre, un dolor lacerante que no la deja ni respirar. «Mi madre estaba desesperada, pero por fuera se mantenía entera», dice José Cristóbal. «Con su infinita comprensión, mi madre sabía que el abuelo estaba herido de muerte», ahora es Francis el que toma la palabra. Se queda a vivir en El Pardo, en ese otoño que su padre no verá terminar. Como cuando era niña, va todas las mañanas junto a él y le coge la mano:

—¿Estás bien, papá? ¿Qué necesitas?

¿Necesitar? Sí, claro, juventud, otra guerra, la madre siempre añorada, el aire de

África... Pero aunque volviera a vivir mil veces, jamás podría tener una hija mejor que Nenuca.

Cerraba los párpados para que ella no advirtiera a través de las ventanas abiertas de sus ojos que su tiempo se había cumplido.

Cuando salió una vez más al balcón de la plaza de Oriente el primero de octubre de 1975 a recibir el apoyo de centenares de miles de españoles con las consabidas pancartas de «No somos muchos, pero somos machos», «ETA al paredón», «No queremos apertura, queremos mano dura», ya era casi cadáver. Con una mano vendada, las lágrimas cayéndole a raudales por detrás de las gafas oscuras, apenas se le entendió su discurso de cuatro minutos y medio, pero daba igual, porque era el mismo de siempre:

—Una conspiración masónico-izquierdista de la clase política, en contubernio con la subversión terrorista y comunista en lo social...

¡Siempre en lucha contra los malos españoles! Porque él era el padre de la patria y había tenido que castigarlos, con mucho dolor, como castigan los padres a los hijos díscolos, ¡pero todos eran sus hijos, los malos y los buenos!

Eran sus hijos, como el príncipe Juan Carlos, que estaba a su lado, incluso en este balcón otra vez frente a la mirada reprobadora de toda Europa. Se mantenía firme junto a él paseando por la multitud una mirada entre inquieta y apesadumbrada. El príncipe, con uniforme militar, fue el único que no levantó el brazo haciendo el saludo fascista, pero delante de la plaza enfervorizada, por primera vez y con evidente torpeza, el Caudillo le dio un abrazo. Desconcertado, el príncipe palmeó la espalda de Franco, que se estremecía espasmódicamente.

Ahí, ese primero de octubre en la plaza de Oriente, como si los dioses se hubieran cansado de él, lo abandonó su *baraka*. El verdugo fue el traidor airecillo del Guadarrama. Cuando volvió al palacio se sentía mal, se lo dijo a Carmina, que le contestó:

—Bah, son aprensiones, todo el mundo ha dicho que te había visto muy bien... el día de la Hispanidad has de ir al instituto ese donde has puesto a Alfonso, que el pobre se ha matado para organizarlo todo muy bien, y hay que ayudarlo... Carmencita me ha pedido que vayas...

Carmencita ha tenido otro niño, pero sabe que, tarde o temprano, abandonará a Alfonso. Un Alfonso que tampoco va a ser rey. El rey será Juan Carlos y para compensarlo de todo el Caudillo tiene que ir al Instituto de Cultura Hispánica a estrechar la mano de los embajadores de Latinoamérica, pero se le ve tan acabado que casi ninguno osa acercársele. Cuando llegó a casa, se acostó, y por la mañana le dijo a Carmina que le dolía un costado.

Cristóbal lo auscultó, había tenido un infarto silente. Aun así quiso presidir el consejo de ministros en el que debía tratarse la ocupación del Sáhara por Marruecos porque:

—Hay cosas más importantes que la vida.

Lo presidió monitorizado y cada vez que se pronunciaba la palabra Marruecos, el ritmo cardíaco subía vertiginosamente.

Le dijeron que se acostase y se olvidase de todo, pero aún fue renqueando al despacho, precisamente ahí donde el presidente Arias dice que brilla perpetuamente «esa lucecita que nos hace entender a los españoles que día y noche hay alguien velando por nosotros».

Esa lucecita se encendió por última vez, porque:

—Aún tengo que hacer una cosa para dejarlo todo atado y bien atado.

Sí, él sabía que era la tarea postrera. Redactar su testamento político, porque el otro, el familiar, lo había otorgado hacía siete años legándole a cada nieto dos millones de pesetas de su sueldo de militar y a su mujer el pazo de Meirás y la finca del Canto del Pico, únicas propiedades a su nombre.

Estuvo escribiendo una mañana entera: «Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio... pido perdón a todos, como de todo corazón yo perdono a los que se tuvieran por mis enemigos...».

Cuando al general Narváez le dijeron, en parecida circunstancia, «perdonad a vuestros enemigos», él respondió: «¡no puedo!, ¡los he matado a todos!».

Y después Franco recomendó: «No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura... mantened la unidad de la patria, exaltando la multiplicidad de sus regiones...». A continuación se lo entregó a Nenuca para que lo mecanografiase y le dijo:

—Cuando yo muera, dáselo al presidente Arias Navarro.

Y aun se lo reclamó días después para añadir con su mano temblorosa y su vieja desconfianza de gallego en la frase «pido que rodeéis al futuro rey de España del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado» el nombre «Juan Carlos», para que nadie pretendiera engañarlo cuando él ya no estuviera aquí para vigilar y fusilar incluso, si fuere necesario.

Al final miró mansamente a su yerno y se entregó como el cordero que va al sacrificio:

—Y ahora haced conmigo lo que queráis.

Se entregó a la muerte, pero aún debía pasar un vía crucis de treinta y cinco días, los últimos en La Paz, los primeros en el quirófano de campaña de El Pardo, tan precario que cuando iban a intervenirle tenían que apagar todas las luces del palacio para que funcionaran las bombillas que aguantaban con una mano los médicos mientras con la otra operaban. Mariola fue la primera que dijo, retrocediendo hasta la puerta con terror al ver su aspecto, tan impresionada que temió perder el hijo que estaba esperando:

—Pero ¿qué estáis haciendo con el abuelo?

Francis comentó luego:

—Yo lo veía como un animal malherido, asustado por la cercanía del ser humano, como un salmón fuera del agua, boqueando y ensanchando las branquias, ¡tantas

veces me había dicho hay que respetar al animal, no permitas nunca que sufra!

El marqués de Villaverde hizo más de cien fotos de su suegro con los nietos, con las enfermeras, con el doctor Palma, que fue el que le preguntó:

—Pero, doctor, ¿por qué las hace?

—¡Son un documento histórico!

En La Paz, en la zona de los ascensores, se reunían las visitas, Cayetana Alba, Pedrolo, que recordaba llorando:

—Lo llamábamos Cerillita...

Una vez fue Zita, pero no Serrano Súñer, Arias Navarro, Carmen Pichot, la viuda de Carrero, una hija de El Mizzian... su padre ha muerto en mayo, un mes funesto que también se llevó al fiel Pacón.

Los duques de Cádiz iban casi cada día. Carmencita abrazaba a su abuela con emoción, pero Alfonso permanecía impávido, al fin y al cabo aquel señor que se estaba muriendo hubiera podido hacerlo rey, pero se había decantado por su primo. No tenía nada que agradecerle.

Fue el teniente general Carlos Iniesta Cano el que me contó el ambiente de esos días:

—Íbamos allí los incondicionales del Caudillo, rezábamos y muchos llorábamos sin avergonzarnos...

Pero ninguno de ellos entró en la habitación, ni siquiera la hermana, Pila, que vociferaba por los pasillos:

—Dejadlo morir, que no sufra más.

Colás también fue al hospital, pero había tenido una embolia y quedó con el cerebro alterado, perdida la cabeza, sin recordar quién era.

Un día se presentó Vicentón Gil. Cristóbal lo había echado del lado de su suegro a patadas y a puñetazos hasta que ambos acabaron con las batas desgarradas, pero ahora se dirigió hacia él, lo abrazó y le suplicó:

—Perdona, Vicente, todo el mal que te he hecho... pasa a verlo...

Vicentón se puso de rodillas al lado de la cama, se limitó a cogerle la mano y a cubrirla de besos. Después se cuadró brazo en alto y dijo:

—General, a sus órdenes.

Franco, sin abrir los ojos, sonrió.

Cristóbal dirigía a treinta y siete médicos, que se llegaron a conocer como «el equipo habitual», porque así firmaban los partes diarios. Punciones en el abdomen, resección total del estómago empalmando los restos de aquella víscera sangrante con un trozo de duodeno, extracción de coágulos de sangre del tamaño de un puño, suturas en carne podrida que se deshacía debajo del bisturí, todo se intentó para detener aquel chorro inagotable de vida que se vaciaba y aplazar el final irremediable.

Nenuca, que no dejaba ni cuando dormía el bolso donde llevaba el testamento, se encaró con sus médicos, el marido incluido, para increparles:

—¿Por qué no le dejáis morir en paz?

El nieto, José Cristóbal, que solo tenía dieciocho años, escribió en un papel que «cuando esté como mi abuelo que no se me deje padecer como a él». José Luis Palma, el médico más joven del equipo, un testigo imparcial sin ninguna afinidad con el marqués de Villaverde, confesó, sin embargo, en un libro que escribió sobre aquellos días terribles:

—No fue decisión exclusiva del doctor Martínez-Bordiú hacerlo sufrir de aquella manera tan monstruosa, no hubo ensañamiento por su parte, ¡fuimos todos! Tantos días de agonía interminable nos habían embotado la razón haciéndonos perder el sentido de la realidad. ¡Dios, qué obcecación por arrancar de las garras de la muerte aquel cuerpo mutilado y ya muerto!

Pero la mente, la lucecita de El Pardo, continuaba encendida. El neurofisiólogo Joaquín Carbonell le hacía dos escáneres cerebrales diarios que mostraban que el encefalograma estaba correcto «a pesar del deterioro de su cuerpo, sigue vivo», de lo que se deduce que Franco estuvo consciente hasta el final.

No se quejaba. Solo una vez que le preguntaron absurdamente:

—Excelencia, ¿cómo se encuentra?

Contestó:

—Regular.

Fue la última palabra que pronunció.

Don Juan Carlos se apoyaba en la pared al salir sin poder contener las lágrimas musitando:

—Cómo sufre.

El doctor Palma afirma que «se notaba que lo quería mucho y que le dolía el calvario por el que estaba pasando su mentor». Carmina, sin embargo, no se atrevía a entrar en la habitación y perseguía a los nietos para pedirles:

—Cuando me llegue la hora a mí no me hagáis esto, no me traigáis al hospital, quiero morirme en casa, tranquilamente, en mi cama... —Para después gemir—: Dios mío, cuánto daría por irme con él. ¡Mi Paco!

Todo el amor que sentía por su marido se le acumulaba de golpe en estos días; al mismo tiempo ella y los suyos tenían terror al futuro, a lo que podía ocurrirles. Cristóbal, la bata abierta y manchada, los dedos amarillos de nicotina, ojeroso y macilento, una mañana detuvo al príncipe en el pasillo y le preguntó con humildad, toda su arrogancia ya vencida:

—Alteza, ¿qué pasará con nosotros cuando Franco muera?

Y Juan Carlos le contestó:

—No te preocupes, yo respondo con mi vida de la vuestra —y señalando la sala donde estaba el Caudillo, dijo—, al fin y al cabo todo lo que soy se lo debo a él...

Solo un día se atrevió la Señora a entrar en la habitación.

Franco, que pesaba ya menos de cincuenta kilos, estaba boca arriba, con una sonda en la nariz, algodones en los oídos y un tubo gástrico metido en el agujero de su boca abierta desprovista de dientes. Su mujer se acercó a su oído y le susurró:

—Paco, Paco, soy yo, abre los ojos.

Pero él apretó tercamente los párpados:

—Paco, abre los ojos.

El doctor Pozuelo, que le estaba tomando el pulso en esos momentos, notó que se alteraba e hizo salir a la Señora de la habitación. Solo cuando su mujer estuvo fuera, Franco abrió los ojos y el médico se dio cuenta de que estaba llorando. Juanito Zamorano, el ordenanza, dijo bruscamente mientras le subía la sábana para que le cubriera el escuálido pecho:

—No es un mono de feria, no le gusta que lo vean así.

Palma dice compasivamente:

—No era más que un viejo indefenso y doliente que reclamaba ayuda desde el fondo oscuro de sus angustiados ojos.

Al final fue Nenuca la que entró con paso firme en la sala de reanimación. Las persianas estaban perpetuamente bajadas por miedo a los fotógrafos, tan solo la luz de un flexo iluminaba el cuerpo menudo de su padre, la sábana había resbalado y se advertía una enorme herida llagada que le atravesaba el abdomen, su respiración era superficial y anhelante, tan solo interrumpida por el zumbido de los monitores. Olía a cloro y pudrimiento. A los pies de la cama, como inútiles escudos contra la muerte, estaba el manto del Pilar y en un rincón el brazo incorrupto de santa Teresa. De pronto se oía un gorgoteo, el pecho se abombaba convulsivamente y volvía a caer, recuperando su ritmo monótono.

Su hija le acarició las mejillas, los pobres brazos llenos de manchas rojas, ocres y azules, se inclinó sobre él y le dijo:

—Papá.

Oyó la voz de su hija y abrió los ojos. Ojos despavoridos, vivos todavía, dramáticamente vivos, mirada de bestia herida que suplica una mano piadosa que la libre del sufrimiento.

Nenuca asintió. Cayeron los párpados, le besó la frente, salió y le dijo serenamente a su marido, aunque estaba rota por dentro:

—Cristóbal, se ha terminado, que muera en paz.

Esa noche el doctor Martínez-Bordiú, con profundas huellas de cansancio en el rostro, se rodeó tan solo del doctor Vital Aza y de dos enfermeras de su más absoluta confianza, Conchi y Nani, y le practicó a su suegro una eutanasia pasiva.

El Caudillo de España podría decir ya con el poeta:

*Estamos al otro lado
de los sueños que soñamos,
a ese lado que se llama
la vida que se cumplió.*

En las aldeas la muerte se anuncia con tres golpes en la puerta. Aquí es una

máquina que emite un pitido siniestro en el silencio de la noche y aparece plano el encefalograma. Ciego de fatiga, sin darse cuenta, Cristóbal inició la maniobra de resucitación acostumbrada, pero la mano del doctor Vital Aza lo detuvo:

—No. Más no.

Tanta gente y qué solo se muere uno.

Nani, mientras le cerraba los párpados, dijo:

—Pobriño, morir en esta hora *tan bruxa y tan lonxe da terriña...*

En el pasillo esperaba Juanito Zamorano sollozando en silencio y con el uniforme de gala de capitán general con el que iban a vestir a su Caudillo después de embalsamarlo. Al advertirlo, un hombre disfrazado de enfermero y con unas cuartillas en la mano corrió a un teléfono custodiado por una pareja de soldados con boinas rojas y el fusil en posición de prevengan. Los dos bajaron el arma con estupor, comprendiendo que al fin Franco había muerto.

Cristóbal dijo:

—Gracias por todo.

La agencia Europa Press se adelantó por cuatro segundos a Pyresa con la gloria de la exclusiva tecleada en la larga serpentina del teletipo: Franco ha muerto Franco ha muerto Franco ha muerto.



PILAR EYRE ESTRADA (Barcelona, 1951) es una periodista y escritora española. Estudió Filosofía y Letras y Ciencias de la Información.

Ha ejercido el periodismo como columnista, entrevistadora y reportera en diversos periódicos y revistas (*Hoja del Lunes*, *Mundo Diario*, *La Vanguardia*, *Interviú*, *El Periódico de Catalunya* y *El Mundo*, entre otros) y ha colaborado también en varias emisoras de radio y televisión.

Es autora de numerosos libros, entre ellos *Dos Borbones en la corte de Franco*, *Secretos y mentiras de la Familia Real*, *Vips: Todos los secretos de los famosos*, *Mujeres, veinte años después* y *Cibersexo*; también de las novelas *Todo empezó en el Marbella Club* y *Callejón del olvido* y de la biografía *Quico Sabaté, el último guerrillero*.

Sus novelas históricas *Ena*, *Pasión imperial*, *María la Brava* y el relato biográfico, a caballo de la novela, *La soledad de la reina* la han convertido en todo un fenómeno editorial.

Fue finalista del Premio Planeta 2014 con la novela *Mi color favorito es verde*, historia autobiográfica que cuenta la historia de amor de madurez de una periodista con un reportero de guerra, al que conoce tres días antes de que este tenga que partir, su secuestro y la búsqueda que la periodista emprende para tratar de reencontrarlo.